Daniel Bensaïd

UNA LENTA IMPACIENCIA

Traducción del francés: Javier Garitazelaia

Las notas a pie de página son de Daniel Bensaïd, excepto las que aparecen expresamente señaladas como “N(ota) de T(raductor)”

1

La cuarta persona del singular

“Una lenta impaciencia. O algo parecido”

George Steiner

“Nosotros, digo, y no sé quién soy cuando me incluyo dentro de esta conserva de nosotros”

Erri de Luca

He dudado durante mucho tiempo en escribir este libro, que inserta una trayectoria personal en los avatares intelectuales y políticos de una generación. Siempre hay algún impudor, o algo de artimaña, cuando se habla de uno mismo. Y nunca he tenido afición por las confidencias, ni por la confesión. Al contar los recuerdos propios se corre también el riesgo de hurtar los ajenos y de apropiarse indebidamente de una experiencia compartida.

En aquellos tiempos (los años setenta) en que cuestionar las fluctuantes fronteras entre lo público y lo privado se consideraba una suprema audacia, en que “poner las tripas sobre la mesa” pasaba por ser un gesto liberador, preferí mantener lo íntimo bajo la línea de flotación. Eso me valió algunos problemas. Pero sigo convencido de que la transparencia, en vez de ser transcendente (como escribió una mano anónima en los ventanales de Nanterre, en Mayo 68), puede ser dañina. Y más ante la invasión del *voyerismo* electrónico y televisivo. Mientras el individuo esté expuesto a la brutalidad, física o verbal, de la dominación, el derecho de cada cual a su parte de oscuridad se mantendrá imprescriptible.

Cualquier confidencia autobiográfica lleva consigo la marca del pecado y no deja de tener alguna malicia. “Retratarse a uno mismo” es misión casi imposible. “Nadie puede decir la verdad sobre sí mismo”: el sutil Heine, sin haber sido iniciado en los claroscuros del inconsciente, no se engañaba. Agonizando en su colchón, no dejó de escribir “confesiones”. Esta última revelación era sin duda el signo de un desasosiego y de una llamada. Rompiendo con los arcanos de las conveniencias y de la decencia, también Swann tuvo que ser presa de una extrema angustia para cometer la indelicadeza, en la cruel escena de los zapatos rojos, de confiar a los Guermantes, en medio de sus diversiones mundanas, el anuncio de su próxima muerte.

Raymond Molinier, viejo aventurero a quien propuse escribir el relato de su vida, consideró insultante la propuesta. Contar, eso está bien para quienes han colgado los guantes o los crampones. Mientras hay vida, hay acción. ¡No hay jubilación en la revolución! Ante una propuesta semejante, Jules Fourier, veterano del Frente Popular, de la guerra de España, de la Resistencia, y superviviente de Mauthausen, se sometió con reticencia, como si cometiese una falta de pudor. Eran hombres de antes de la era mediática, de antes del tiempo de las apariencias, tan propicio como un invernadero tropical a la fastuosa eclosión de los egos, a la necesidad neurótica de reconocimiento, al halago narcisista de la imagen. El *cavaliere* Silvio Berlusconi dijo un día que se había atentado contra lo más valioso − su imagen. Es difícil resumir mejor el espíritu de la época. Al *Bilderverbot*[1] de los viejos judíos no le faltaba sabiduría prospectiva.

Un detonante me ha decidido a arriesgarme en este proyecto improbable. El 21 de enero es el aniversario de la ejecución de Louis Capet[2] y de la muerte clínica de Lenin. Ese día, nuestro profe de historia en la clase preparatoria del instituto Pierre-de-Fermat, como viejo esteta monárquico, solía lucir una corbata negra de luto. Nosotros le contraponíamos encarnizadamente fulares y corbatas rojas. Por una fortuita coincidencia, el 21 de enero de 2001 defendí (con mucho atraso) mi habilitación para dirigir investigaciones filosóficas. Convencido durante mucho tiempo de la inminencia de grandes jaleos, siempre había descuidado esta formalidad.

En las circulares ministeriales se precisa cuáles deben ser las figuras obligatorias de este ejercicio de patinaje académico. El expediente debe “proporcionar una síntesis de algunas decenas de páginas, donde aparezca claramente, por una parte, el recorrido científico del candidato, su metodologia y la coherencia de las diferentes piezas del historial; por otra parte, las posibles prolongaciones de sus investigaciones”. En resumidas cuentas: ¡mi vida (espiritual, despojada de toda carne) y mi obra! El ejercicio acaricia la ilusión retrospectiva de un recorrido coherente basado en la razón.

¿Cómo jugar a este juego sin acabar introduciendo un orden artificial en curiosidades y pasiones desordenadas, en encuentros y en titubeos debidos en parte al azar? ¿Qué unidad atribuir a un itinerario lleno de falsas pistas y de replanteamientos? ¿Qué relación establecer en esta serie de intentos y de errores, sin hacer interferir las circunstancias biográficas, puesto que −en mi caso− las “piezas del historial universitario” no son separables del historial militante, y dado que la “metodología” requerida por las autoridades universitarias aparece subordinada a bifurcaciones políticas y a decisiones muy poco metódicas?

La defensa [de la tesis], más amistosa que solemne[3], fue la ocasión para una confrontación cómplice entre trayectorias intelectuales, en la que se mezclaban atracciones mutuas, divergencias reales, desconocimientos y malentendidos. Tuve la sensación de que pertenecíamos a un paisaje amenazado de desaparición. Nos habíamos formado en la secuencia histórica abierta por la Gran Guerra y la Revolución Rusa, en un continente casi hundido. Nuestros años −cincuenta, sesenta, setenta− son tan lejanos, para las mentes nuevas del nuevo siglo, como lo fueron para nosotros la Belle Époque, el escándalo Dreyfus o las heroicas gestas de Teruel y de Guadalajara. ¿Podrán alcanzarles todavía los rayos de nuestros extinguidos astros? ¿Quedará tiempo para salvar la tradición del conformismo que siempre la amenaza?

¿Transmitir? ¿Qué? ¿Y cómo? Los herederos deciden sobre la herencia. Hacen la selección, y le son más fieles en la infidelidad que en la mojigatería conmemorativa. Porque la fidelidad puede también convertirse en una rutina banalmente conservadora, un impedimento para asombrarse del presente. ¿Cómo no desconfiar además de esta virtuosa fidelidad, que la traición acompaña como su sombra? ¿Se sabe siempre a qué y a quién se es fiel de verdad?

La fidelidad tiene un pasado. Nunca es cierto que tenga un futuro. Muchos amigos, cansados de tener que cepillar la historia a contrapelo, han hecho las paces con el orden insostenible de las cosas. ¡Qué melancólica era la desencantada fidelidad de los cuarentayochistas de *La educación sentimental*[4]! “Mantenerse fiel a lo que se fue”, es ser fiel al desgarro del acontecimiento y al instante de verdad en que se manifiesta de repente lo habitualmente invisible. Es no ceder a las órdenes de los vencedores, no someterse a su victoria, no volver a sus filas. Al contrario que la adhesión canina a un pasado marchito, es ser “fiel a las citas”, amorosas, políticas o históricas.

Los niños ven el mundo a su escala. Esta visión a ras de suelo fue para mí la de un embaldosado, las grietas en el linóleo arrugado, los Tours de Francia en miniatura, con corredores que eran chapas de cerveza o de limonada. Un estanque nos parece un océano, un jardincillo una jungla, un dedal una inmensidad. Conservamos esta relación infantil con la historia. Del menor pliegue hacemos una montaña, de una rendija un abismo vertiginoso. En la “vieja Europa”, fatigada, tullida, reventada, nuestras generaciones de postguerra han conocido más farsas y vodevilles que epopeyas. De tragedias vividas a distancia o por delegación, sólo hemos tenido los restos tragicómicos. Nuestro teatro de bulevar aplaudió al *buffone*, al *fanfarone*, al *pantalone*, mucho más que al heroísmo de los adolescentes del *Cartel Rojo*[5]. Nacidos de una guerra de la que se nos ha hablado pero que no hicimos, sólo hemos tenido tomas del Palacio de Invierno y batallas del Ebro imaginarias. De igual manera, antes que nosotros, Gilles Perrault creyó poder proseguir en Argelia la guerra de civilización que había perdido; se encontró en las filas de un ejército colonial de ocupación; y nunca acabó de expiar este siniestro malentendido[6]. Régis Debray, que había partido persiguiendo una historia que se escapaba, volvió con un borrador del *Diario de un pequeño burgués entre dos fuegos y cuatro muros*, desolado por no haber escrito en treinta años una línea que valiese lo que un verso de Rimbaud. Teníamos prisa y hemos tenido que plegarnos, contra el tiempo que siempre apremia, a la ruda escuela de la paciencia y aprender la lentitud de la impaciencia.

Muchos han regresado de sus viajes a Abisinia[7], heridos de decepciones y de amargura. Otros quedaron allí. Michèle Firk, que esperó sin sorpresa la llegada de los verdugos. Pierre Goldmann, desconsolado por no haber encontrado a Marcel Rayman. Michel Recanati, frustrado de una época a su medida. En su vida y en sus libros, François Maspero no dejó de llevar consigo el espectro de su hermano caído en el frente en la lucha contra el nazismo.

¿Revolucionarios sin revolución? ¿Búsqueda suicida de un ideal caduco? ¿Tragedias quijotescas? Cuando retomó su camino, "la adarga al brazo", sintiendo bajo sus talones "el costillar de Rocinante"[8], el Che Guevara, a diferencia de lo que ha pretendido una psicología de pacotilla, no era suicida. Refiriéndose a la eventualidad de su próxima muerte, escribió en la carta de despedida a sus padres: "Yo no la busco, pero está en el cálculo lógico de probabilidades". Esta lógica era el simple corolario de un "momento ilógico de la historia de la humanidad".

Nuestras generaciones postheroicas no han sido parcas en bonsais de Chateaubriand y de Malraux. No se escoge el momento histórico. Hay que contentarse con los desafíos y las apuestas que propone la época, y "tener la modestia de decirse que el momento que se vive no es ese momento único de la historia a partir del cual todo acaba y todo recomienza"[9]. Cuando las grandes esperanzas llevan plomo en el ala, las pequeñas vuelan a ras de tierra, en las resistencias prosaicas y las conspiraciones minúsculas.

¿Cómo abordar una historia en que lo individual y lo colectivo se mezclan sin cesar? ¿Yo? ¿Nosotros? La primera persona del singular pierde la pluralidad de ángulos de vista, de miradas cruzadas, de perspectivas múltiples. Cae en la trampa de la complacencia y de la autocompasión, presa de la ilusión del sujeto soberano, dueño de su vida y de su razón.

Atrapado en el pegamento generacional, el "nosotros" impone promiscuidades no consentidas con quienes ya no hay nada en común. Cada vez me resulta más difícil reconocerme en esta *Generación* de viejos comicastros que no quieren salir de escena. Cada vez es más odioso ese ridículo título de "sesentayochista", portado en bandolera como un certificado de nobleza imperial. La saga de Hervé Hamon y Patrick Rotman es un ejemplo de esta corrupción y de esta confiscación generacional: una principesca *success story*, todo lo contrario del rigor de la escuela de los *Annales*[10]. Su reconstruída "generación" es pródiga en confesiones trucadas y parca en autocríticas sinceras. Está falseada hasta el ridículo: "Nosotros inventamos el tercer mundo", se enorgullece Jean-Pierre Le Dantic. "Nosotros descubrimos el tercer mundo", insiste Bernard Kouchner[11]. También otros antes que ellos pretendieron haber "descubierto" América, como si les hubiera estado esperando, como si no existiera sin ellos; ¡y como si a las bellas desconocidas sólo pudiera despertarlas de su sueño histórico el beso resurrector de Occidente!

El "problema de las generaciones" ha proporcionado muchas veces un hábil pretexto para sustituir las clases sociales por las clases de edad. Esta representación tergiversada de los antagonismos tranquiliza: "Ya se les pasará eso". Eso: la revuelta, la insumisión, la obstinación, porque "la juventud se pasa". *Happy end*. Todo acaba por volver al orden y a las filas. Cuestión de biología. Aburrida sabiduría de viejos que han sentado la cabeza.

> *Así todo pasa, así todo cansa,*
> *Así nos las arreglamos*[12]

Para dar cuenta de una experiencia colectiva, es difícil evitar el uso del "nosotros". Aunque precisando inmediatamente que no se trata de un "nosotros" mayestático (en el mejor de los casos, una cortesía; en el peor, un abuso de poder), sino de un "nosotros" efectivo. Inestable e incierto, designa unas veces a un grupo definido (la Liga Comunista), otras a una comunidad invisible, cuyos vínculos de afinidad corren bajo la superficie engañosa de las comunidades visibles; o incluso también a una conjuración tácita, sin adhesión formal, sin contornos ni fronteras, de los irreductibles de cuello rígido.

El "nosotros", decía Lucien Goldmann, no es el plural del "yo", sino otra cosa distinta. La solución estaría en escribir "en la cuarta persona", como proponía Gilles Deleuze, citando a Ferlinghetti: "La voz de la cuarta persona del singular, por la que nadie habla, y sin embargo

existe". Este imaginado empleo del "se" evitaría tanto la dudosa majestuosidad del "nosotros", como el sospechoso orgullo del "yo"[13] enfrentado con sus super-yo.

Se vive, se ama, se muere…

No se es serio, cuando se tiene diecisiete años…[14]

La profundidad del "se", sigue diciendo Deleuze, es "la del propio acontecimiento o de la cuarta persona". Ya que para acceder a su propia singularidad hay que saber borrar la parte subjetiva del acontecimiento. El "se" supera entonces el relato subjetivo, lo anecdótico de lo "demasiado cerca". Se convierte en "la marca del paso, de la entrada en el movimiento", del desarraigo del ser en el flujo del devenir.

Trataré por tanto de mantenerme en una voz intersticial, en equilibrio inestable entre un "yo", un "nosotros" y ese inasequible "se". En este intervalo incómodo, donde vive la "cuarta persona del singular", el "yo" no puede eclipsarse por completo. Pero lo importante, dice Heine, es "indicar siempre sinceramente su color", en lugar de pretender la objetividad o la imparcialidad del testimonio. Lo anuncio por tanto, de una vez por todas. El color será rojo. Tan cierto como que "el aire es rojo, como se gritaba"[15]. Y que un "escrito de partido" no es un acto de sectarismo, sino una garantía de honestidad elemental hacia el lector.

Al cabo de los años, la conspiración de los egos ha triunfado por completo sobre la de los iguales[16]. "Renegación", decía Guy Hocquenghem. No me gusta la retórica de la traición. En el fondo, las veletas son fieles a sí mismas, y los advenedizos a lo que se han convertido.

La línea de división pasa más bien entre los antiguos y los ex. Es la frontera del cinismo y del resentimento. "Antiguo" conserva algo de afectuoso. La palabra sugiere, sin pesadumbre, experiencias comunes, una especie de amistad informal. Los antiguos no se lamentan. No son ni renegados, ni arrepentidos. Cuando ya no quedan ánimos, continúan de otra manera, por otras vías, bajo otras formas.

"Ex", por el contrario, pasa secamente la página. Los ex juegan un papel en el que no creen. "Reniegan incluso de su cualidad de renegados" y "a la vergüenza de la deserción añaden la cobardía de la mentira"[17]. El fenómeno es recurrente en la historia: "los antiguos apóstoles que soñaban con la edad de oro para toda la humanidad, se han contentado con propagar la edad de la *plata* [del dinero]; algunos de ellos son multimillonarios, y más de uno ha llegado a los puestos más honoríficos y más lucrativos −se va rápido con los ferrocarriles". ¡Todavía más con el avión supersónico!

A veces los antiguos se convierten en "ex", uniéndose al mundo de las almas muertas, un mundo de fantasmas y de espectros, que ya no son más que haber sido. Por suerte, aunque los Famas acaban (casi) siempre por ganar, no todos los Cronopios se vuelven Famas. Estos últimos tienen el gusto de la victoria. Pero si fueran los únicos en hacer la historia, "ya no habría Historia"[18]. Caeríamos en las garras del Destino o de una Providencia de siniestra memoria, de la que tanto ha costado deshacerse.

Al inclinarse demasiado sobre el pasado se corre el riesgo de caer en él, para sacar excusas y justificaciones. Periodistas poco rigurosos[19] me han atribuido abusivamente la frase de que habríamos tenido "razón de no tener razón". La intención era hacerme pasar por un doctrinario embadurnado de certidumbres, inaccesible a la duda, que opone obstinadamente sus quimeras a la realidad. No recuerdo haber pronunciado esa frase. Pero, reflexionando, no me parece ni chocante ni inverosímil.

Se puede, en efecto, tener razón de no tener razón. Es incluso un caso frecuente. Cuestión de contexto y de circunstancias. ¿No tener razón contra quién, ante quién, sobre qué? En política, como en historia, no existe el juicio de las flechas[20]. El éxito inconstante o la caprichosa victoria del momento no demuestran nada. La última palabra nunca está dicha. A pesar de las apariencias inmediatas, Lutero no tenía razón y en cambio la tenía Münzer. La

verdadera modestia consiste, según André Suarès, en “saber no tener siempre la razón y equivocarse a propósito” [21]. Porque la sinrazón es muchas veces la razón de los vencidos.

El criterio pragmático de “lo que funciona” en el instante es bueno para Tony Blair (o para Deng Xiao-ping[22]). Porque la eficacia es siempre relativa al factor tiempo. Reivindicando un realismo práctico frente a la impotencia de los principios, Régis Debray me dijo un día que había servido a Mitterrand preocupado por la eficacia. Diez años después, esta supuesta eficacia ya no era tan evidente. ¿Eficaz en qué, y para quién? Me imagino que también Sami Naïr justifica estar al servicio de Chevènement por una preocupación por la eficacia. Al igual que Luc Ferry o Blandine Kriegel invocarán la voluntad de ser útiles, para ennoblecer sus lamentables adhesiones a las *raffarinadas* y a las *sarkozyadas*. Esta servidumbre es tanto más despreciable por ser voluntaria y consentida. ¿Están tan convencidos de ser útiles, y a qué?

Cuestión de escala, y de perspectiva. En el tribunal de Dios o de la Historia, Juana de Arco, Saint-Just, Blanqui y muchos otros fueron condenados. Los jueces les negaron la razón. Pero en una historia profana no hay Juicio final. La apelación siempre está abierta. A la vista de cómo va el mundo, sí, teníamos razón en no haber tenido razón contra Stalin y sus procesos, contra los terroríficos congresos de los vencedores, contra las bienaventuranzas de la mundialización liberal celebradas por Alain Minc. Y razón de pensar, a contracorriente, que este mundo todavía puede cambiar y que podemos contribuir a ello.

Nos hemos equivocado a veces, tal vez muchas veces, y en muchas cosas. Pero no nos hemos equivocado ni de combate ni de enemigos.

Treinta años después de la independencia, Argelia está presa de la guerra civil. Con los osarios camboyanos y los enfrentamientos entre pueblos que ayer se proclamaban hermanos, se malogró la guerra de liberación indochina. El socialismo humanista soñado por el Che parece haberse desvanecido. ¿Y entonces? ¿Es una razón suficiente para pasarse, con armas y bagajes, al lado de los vencedores y enrolarse en las cruzadas imperiales de George Bush y Donald Rumsfeld?

La “dispersión del sentido” no justifica en nada las retractaciones y las adhesiones. Antes incluso de la caída del Muro de Berlín y el estallido de la Unión Soviética, Jean-Christophe Bailly constataba, hablando de los años sesenta: “La revolución cambiaba de puerto de atraque, de continente, según el color político, pero venía de fuera, y tenia esa virtud irracional de una emoción ligada a algo lejano que había que hacer llegar. Movimiento sentimental, aunque repleto de teorías, que esperaba de los combatientes reales mucho más de lo que estos podían dar. Hoy día hay un tono de burla, incluso de soberbia. Se oculta, o se ríe entre dientes de haber alzado banderas, de haber coreado nombres. La cantidad de ilusión era enorme −pero si no hubiera habido ilusión, si no hubiera habido este movimiento, este sobresalto, la convergencia activa de todos estos rechazos, estaríamos cubiertos de vergüenza, y no por las meteduras de pata que hayamos podido cometer en medio del fuego graneado de las acciones de apoyo”[23]. “Ya no hay tercermundismo, concluía Bailly, pero la realidad a la que reaccionaba con torpeza el tercermundismo, se mantiene”

Me quedo ahí. La multitud planetaria de las manifestaciones del 15 de febrero de 2003 contra la guerra imperial luchaba a su vez contra la vergüenza que tendría si no hubiera hecho nada. Sin buscar héroes positivos. Es mucho mejor así: ni Ben Laden ni Saddam Hussein son los campeones del nuevo internacionalismo.

¿Deber cumplido? ¿O servicio inútil? Mientras se reivindique el derecho a volver a comenzar, la última palabra nunca está dicha. Y siempre se recomienza por el medio, sostiene Gilles Deleuze. Ni tabla rasa, ni página en blanco: “Lo que está en cuestión, de alguna manera, es el futuro del pasado”[24].

Este libro no es una novela. Es un libro de aprendizaje −aprendizaje de la paciencia y de la lentitud−, inacabado, desde luego. No tiene otra ambición que describir un itinerario militante e intelectual, tras el desastre del estalinismo, en la época de la apoteosis mercantil, cuando los

jeroglíficos de la modernidad muestran sus secretos a plena luz. No es ni una autobiografía, ni unas memorias. Las únicas memorias que valdrían en este caso, como las tiernas y testarudas de Cadichon, serían las de un asno. Se trata más bien de un simple testimonio, para ayudar a comprender lo que hemos hecho y lo que queremos.

Libretas de apuntes o cuadernos, cuyos subrayados, cantinelas, fragmentos, citas, controversias, conmemoraciones, componen un mapa político de lo Tierno[25], o un paisaje del pensamiento, como esos dibujos para niños que esconden un ogro benevolente entre el follaje[26].

NOTAS CAPITULO 1

1. La prohibición de la imagen y de la representación.

2. Luis XVI, rey de Francia, guillotinado por la Convención el 21 de enero de 1793 (N de T).

3. El jurado, presidido por Georges Labica, estaba compuesto por Jacques Derrida, Michael Löwy, René Schérer y André Tosel.

4. *L'Éducation sentimentale*, novela de Gustave Flaubert escrita en 1869, en la que aparece la revolución de 1848.

5. *L'Affiche rouge*. En abril de 1944 aparecieron en las calles de Paris miles carteles de color rojo con las caras de varios partisanos fusilados. Los puso el gobierno de Vichy para desprestigiar a los resistentes por su origen extranjero. Pero tuvo el efecto contrario, y muchos jóvenes pintarrajearon los carteles rojos con inscripciones de apoyo. Hay una película de Frank Cassenti con ese título. (N de T)

6. Ver Gilles Perrault, *Go!*, París, Fayard, 2002.

7. Alusión al viaje de Rimbaud a Etiopía, tras haber abandonado muy joven la literatura. (N de T)

8. Ernesto Guevara, *Carta a sus padres.* En la web: http://www.elhistoriador.com.ar/documentos/america_latina/che_guevara/carta_che_guevara_a_sus_padres.php.

9. Michel Foucault, *Dits et écrits*, II, París, Gallimard, "Quarto", 2002. p. 1267.

10. Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Génération*, París, Seuil, 1988.

11. Citados por Kristin Ross, *May 68 and its Afterlives*, Chicago, University of Chicago Press, 2002.

12. Versos de Alphonse de Lamartine (*Golfe de Baya*), ligeramente retocados; el original dice: *Ainsi tout change, ainsi tout passe. / Ainsi nous-mêmes nous passons* [*Así todo cambia, así todo pasa / Así nos las arreglamos*] (N de T)

13. Ver René Schérer, *Regards sus Deleuze*, París, Kimé, 1998.

14. Verso de Arthur Rimbaud, cantado por Leo Ferré. (N de T)

15. André Suarès, *Valeurs et autres écrits*, París, Robert Laffont, "Bouquins", 2002, p.337.

16. Juego de palabras de difícil traducción: en francés, "egos" e "iguales" ("égaux") se pronuncian igual. La "conspiración de los iguales" es el nombre que se ha dado a un movimiento revolucionario, encabezado por Babeuf, en época del Directorio (1796). (N de T)

17. Heinrich Heine a propósito de Schelling, *De l'Allemagne*, París, Gallimard, "Tel", 1999, p. 149.

18. François Maspero, *L'Abeille et la Guêpe*, Paris, Seuil, 2002, p. 200. Esta cita hace referencia al libro *Historias de Cronopios y de Famas*, de Julio Cortázar

19. Christophe Nlick, Philippe Cohen, Emmanuel Lemieux. El primero lanzó la piedra en su libro sobre los trotskistas, los otros le siguieron los pasos, contentándose con citar la cita.

20. Alusión a una película del año 1958 de Samuel Fuller, "Run of the Arrow", traducida en castellano como "*Yuma*" y en francés como "*Le jugement des flèches*" (*El juicio de las flechas*). (N de T)

21. André Suarès, *Idées et Visions*, París, Robert Laffont, "*Bouquins*", 2002, p. 158.

22. En una versión más pintoresca: "No importa que el gato sea blanco o negro, sino que cace ratones". He conservado la mala costumbre de adoptar el punto de vista del ratón, a quien no se le suele tener en cuenta.

23. Jean-Christophe Bailly, *Le Paradis du sens*, París, Bourgeois, 1967.

24. Paul Valéry, *Varietés*, II, París, 1998, p. 336.

25. *La carte de Tendre*, es el mapa de un país imaginario llamado *Tendre* [Tierno], atribuído a François Chauveau en el siglo XVII, como una representación topográfica y alegórica de la vida amorosa. (N de T)

26. Podrían servir de modelo los "*hupomnemata*", que fascinaron a Foucault. Se trataba, en su opinión, de una memoria material y de materiales brutos con vistas a una escritura acabada, antes de la formación de la subjetividad moderna. Memorándums, donde se consignan las cosas leídas y oídas, acciones y ejemplos de los que se ha sido testigo, fragmentos de obras: "Se trataba de constituirse a sí mismo como sujeto por medio de la apropiación, la unificación y la subjetivación de un ya-dicho fragmentario" (Michel Foucault, *Dits et Écrits*, II, *op.cit*. p. 1249). Lamento no dominar las técnicas del hipertexto que permitirían abrir espacios de disgresión, construir aproximaciones, establecer resonancias, proceder a un montaje donde los desórdenes de la memoria vendrían a perturbar los diseños humanos.

El partido de las flores y de los ruiseñores

"La mente nunca está dispuesta de forma espontánea a tomar en cuenta el orden del tiempo, y la revolución es un largo y un lento movimiento de impaciencia, paciente en sí mismo […]. Vivimos el tiempo de la lentitud revolucionaria. El tiempo de la inevitable lentitud revolucionaria."

Dionys Mascolo

La fe en la soberanía de la razón es un pecado de orgullo intelectual. Se tiene la pretensión de elegir su trayectoria con plena consciencia, con plena libertad. Se habla de comprometerse. La falsa modestia de la fórmula reflexiva esconde mal la suficiencia de un sujeto que se pretende dueño de sí mismo y de sus actos. Como si el que "se compromete" condescendiera a hacer donación de su persona. Como si con esa donación honrase la causa que se digna abrazar.

Se ha hablado mucho de "intelectuales comprometidos". Si la palabra "intelectual" todavía permite distinguir entre "trabajadores del pensamiento" y "trabajadores de las cosas", valga pues[1]. A condición en todo caso de no olvidar la asimetría de su relación: en la división social del trabajo, los saberes teóricos y el manejo del lenguaje juegan un papel importante, pero no existe actividad humana que no implique una intervención pensada. Lo no-intelectual no existe.

Tal vez por eso, según Blanchot, "intelectual" aparece como un "nombre irrisorio", "un nombre con mala fama". ¿Designa una posición social, una distinción funcional o jerárquica, un orden o una excelencia? En todo caso, no es un oficio. ¿Tal vez entonces un magisterio del juicio? Esta "parte de nosotros mismos que nos vuelve hacia lo que se hace en el mundo para valorarlo y juzgarlo" [2]. En el intelectual habría juez, una tentación de juicio, un deseo secreto de erigirse en juez de jueces, unas ganas reprimidas de hacer de dios, de sacerdote, o de payaso. Una propensión a salir de la fila para alzar el vuelo.

El intelectual no es un especialista de la inteligencia. Desde que llevan ese nombre, sigue diciendo Blanchot, "los intelectuales no han hecho otra cosa que dejar momentáneamente de ser lo que eran". Intermitentes, por tanto. Consagrados a una doble intermitencia, del pensamiento y de la acción. Nunca se contentan con ser "uno entre otros", sino que tienen la exorbitante pretensión de ser escuchados como los "representantes de lo universal" y "consciencia de todos". De ahí la recurrente tentación de utilizar la influencia adquirida en un ámbito particular para extender su autoridad.

¿Intelectual comprometido? El orden de las palabras incomoda. Primero intelectual, como si el compromiso se derivase por necesidad lógica, por deducción necesaria, por simple encaminamiento de la razón. Como si la acción, en suma, no fuese más que el intelecto aplicado. El concepto salvaguarda así el orden de prelaciones y de privilegios. El verbo manda sobre la carne. Relegando a un segundo plano la pasión y las emociones, la mente es lo primero.

Mirándolo bien, "comprometido intelectual" expresaría mejor la fragilidad de las razones y la paradoja de la decisión, en virtud del cual, "si sé, no decido" [3]. ¿Por qué obstinarse en colocar esta parte de riesgo o de apuesta bajo la autoridad de una posición social? Nadie hablaría de "obrero comprometido", o de "campesino comprometido", de enfermera o de maestro comprometidos. Al comprometerse, el intelectual, sólo él, parece aceptar disminuirse, derogar la regla del oficio, el deber de reserva y la sacrosanta "neutralidad axiológica". Entrando en la melé, se vuelve sospechoso de bastardía fronteriza, a caballo entre teoría y práctica, entre verdad y opinión. Traicionando hoy a la burguesía por el hombre, ¿por qué no iba a renegar mañana, a la inversa, de la humanidad en beneficio de los nombramientos, las distinciones, las promociones y el adulador reconocimiento de sus semejantes?

Figura en vías de desaparición, la elevada silueta de los centinelas de lo universal se pierde ya en el mercadillo de las corporaciones pensantes. Se disuelve en la masificación de los conocimientos, en la fragmentación social del trabajo y en el desclasamiento mediático de su sacerdocio. Resulta por tanto muy fútil preguntarse si, en la hora del "*General Intellect*", la noción de intelectual tiene todavía algún sentido, si la figura del compromiso sartriano sigue estando de actualidad, si el maestro pensador generalista está en vía de extinción en beneficio del intelectual específico foucaldiano y del experto científico.

Justo en el momento en que se devalúa, nunca título alguno habrá sido tan ruidosamente reivindicado, mostrado, exhibido al pie de las tribunas de prensa o de innumerables peticiones. Como las que florecieron (por cuerpos de profesiones: cineastas, escritores, abogados, médicos, periodistas, universitarios…) para apoyar a los sin-papeles contra las leyes Pasqua, y que la prensa saludó como una novedad. Eran, en efecto, el signo de un doble movimiento: por una parte, la democratización de las funciones intelectuales; por otra, una afirmación de casta corporativa, característica de la refeudalización de las relaciones sociales.

¿De dónde viene la incierta legitimidad del poder intelectual? ¿De la competencia o de la notoriedad? La relación entre ambas es problemática. Hay competencias sin notoriedad,y notoriedades notoriamente incompetentes. En la época del gran espectáculo mediático, basta con creer que una no va sin la otra, o con hacer como si la certidumbre de tener razón en el cielo de las ideas permitiera "despedir a la razón en el mundo, pero también al mundo de la razón" [4]. Lo que Péguy denominaba "el partido intelectual" tiene siempre tendencia a erigirse en "mensajero de lo absoluto", en "sustituto del sacerdote", en cofradía superior, "marcada por lo sagrado".

Para verificarlo basta con pasar revista a la galería de nuestros intelectuales-sacerdotes. Podemos imaginar sin mucho esfuerzo a la mayoría de ellos sentados en un tribunal de la inquisición, unos en el papel del obispo implacable bajo su sobrepeso, otros supurando resentimiento como demacrados mandatarios de la divina providencia. No toman partido en un asunto. Se erigen en espadas de una causa santa.

Cada cual reconocerá a los suyos.

¿Comprometido intelectual? Y por qué no simplemente *militante*, sin ningún privilego de experto, en estricto pie de igualdad ciudadana. Si la política no es ni un oficio, ni un saber particular (como el del arquitecto, del carpintero o del zapatero), si es cierto que en democracia la competencia política es la suma algebraica de las incompetencias individuales, cuando el sociólogo, el físico, el biólogo, el filósofo, toman posición, no cuentan más que uno entre otros. Su cualidad profesional no les confiere ninguna autoridad jerárquica sobre la vida de la ciudad.

¿Militar? En tiempos de individualismo sin individualidad, la palabra no tiene buena prensa. Tiene el color sepia de los heroismos anticuados. Huele un poco demasiado a cuartel y a soldado. Aunque comprometerse tampoco resulta mucho mejor: ¿alistarse, reengancharse…? ¿En el ejército, en la legión, en las órdenes…? Militar conserva al menos la preocupación por lo colectivo. El militantismo no es un placer solitario. Es un principio de solidaridad y de responsabilidad compartida. He oído definir al militante como "un intelectual que no piensa" [5]. ¿Y si, por el contrario, un intelectual que no milita no fuese más que un ideólogo irresponsable, que no tiene que dar cuentas a nadie, y que zapea al día siguiente sus caprichos de la víspera?

Militar, para Dionys Mascolo, es "un pensamiento de actos", una ética exigente de la política: "Toda actividad política es moral, compromete consigo el universo de valores morales, y manifiesta por consiguiente juicio moral". Esta exigencia es todo lo contrario de los moralismos políticos, cuya amonestación se infla a medida que su política se desmoraliza y gira al cinismo resignado.

La responsabilidad militante es todo lo contrario de la irresponsabilidad diletante. No sólo la del eterno francotirador, que se cree libre con el pretexto de que cabalga solo, sino también la del perpetuo "compañero de ruta", que pretende guardar sus distancias y preservar una ilusoria reserva, cuando sólo está gestionando la posibilidad de jugar, según las circunstancias, con ambas manos, en dos tableros. El "estalinista del exterior" fue en otro tiempo el prototipo ejemplar de este simpatizante, imbuído de su independencia y sin embargo servilmente lleno

de prejuicios. Fue uno de los “peores subproductos del estalinismo” y supo “hacer su papel con la más culpable de las inocencias” [6].

Este “sombrío caso de simpatizante” ha conocido muchas variantes. Sartre, compañero de ruta del estalinismo, lo fue también del maoísmo. Aragon, por su parte, fue el bardo oficial del Partido. El uno adherente y el otro no, ambos quedaron sin embargo como “simpatizantes”, de dentro o de fuera. Pasando del anticomunismo por principios al concubinato con los poderes estalinistas o maoístas, Sartre no cambió de error: en todo momento “confundió el proyecto revolucionario con el estalinismo”. En cuanto a Aragon, su celo en abrazar las sinuosidades burocráticas no le impidió mantenerse como un simpatizante del interior.

¿Intelectual comprometido? ¿Comprometido en qué? No hay compromiso sin más, indeterminado, sin adjetivos, sino compromisos específicos. No se trata de consagrarse a tal o cual fetiche, de abrazar una causa sublime, sino de irreconciliarse con el mundo tal como va. Si este mundo no es aceptable, hay que intentar cambiarlo. Sin certidumbre de futuro, desde luego. Esta lógica no falla. Y cuando se cree franquear soberanamente, con toda libertad, el solemne umbral del compromiso, ya se está embarcado, y antes que nada la mente.

Porque nuestros comienzos son siempre recomienzos.

Por el medio, desde luego.

La mala fe pretende que el mundo va bien y, sobre todo, que no hay que cambiar nada. La resignación murmura que es consternador, pero que no se puede hacer nada, porque el mercado es natural y la desigualdad eterna. El cínico senil, en fin, admite de labios afuera que no todo es lo mejor en el mejor de los mundos, pero añade al punto que la humanidad es demasiado mediocre para merecer el desvelo de modificar el curso de las cosas.

Sin embargo, como no existe la eternidad, hay que apostar por la “parte no fatal del devenir”, inserta “en esta facultad general de superación, que se diversifica en el sueño, la imaginación, el deseo, cada uno de ellos apuntando más allá de los límites”[7]. La noción de compromiso alude torpemente a esta apuesta lógica por lo incierto. Una apuesta profana, cotidiana, relanzada cada día.

Esta apuesta, ineluctable en tanto lo necesario y lo posible sigan estando desacompasados, la hacen con total discreción innumerables desconocidos por todo el mundo. El disidente polaco Karol Modzelewsky, a quien un día se le preguntó por el secreto de su perseverancia, a pesar de las decepciones y de las desilusiones, respondió simplemente: “La lealtad hacia los desconocidos”. Más allá de las pertenencias gregarias y de las identidades exclusivas, estas afinidades electivas, siempre están esas fidelidades moleculares, esta comunidad escondida de lo compartido; esta conspiración minúscula y esta conjuración discreta cuyo “nombre secreto”, transmitido de boca a boca, era el comunismo, según Heine. A pesar de las infamias cometidas en su nombre, sigue siendo la palabra más justa, la más cargada de memoria, la más precisa, la más apta para nombrar los retos históricos de la época.

El 11 de julio de 1999, a las 19 horas, Roberto MacLean fue asesinado en la puerta de su casa en Barranquilla. Un hecho casi banal: en Colombia, las ejecuciones políticas se cuentan cada año por millares. MacLean era negro y revolucionario. Tenía treinta y nueve años, militaba desde los catorce. Impulsaba el Movimiento cívico de su ciudad. Desde hace más de diez años, vivía cada día la crónica de su muerte anunciada.

¿Otro asunto? No. Es el asunto más mortalmente importante. MacLean es una especie de delegado emblemático de esos desconocidos con quienes nos une una deuda insaldable.

No tengo el sentido religioso del sufrimiento redentor. Nunca he concebido mis compromisos como una ascesis o una reparación. Nunca he pronunciado votos de pobreza o de castidad intelectual. Siendo joven comunista, me produjo pronto aversión la beatería burocrática de los sacerdotes estalinistas y de su réplica maoísta. Los jóvenes guardias rojos a la francesa, salmodiando el pensamiento del Gran Timonel, me resultaban odiosos. Insoportables, esos

frailones haciendo donación de su persona a la Causa (del pueblo o del proletariado). ¿La Causa? Nunca se me ha ocurrido hacer sacrificios a estos ídolos ventrílocuos. Militar es lo contrario de una pasión triste. Es una experiencia alegre, a pesar de los malos momentos. Mi partido, como el de Heine, es "el partido de las flores y de los ruiseñores".

Durante los sombríos años ochenta resistimos bien, bajo la condescendencia satisfecha de los ex−esto, ex−aquello, decepcionados de todo, salvo de ellos mismos. Con el sarcasmo en la punta de los labios, preguntaban con un tono de compasión irónica: "Entonces, chaval, ¿sigues militando todavía?" Como si fuéramos una especie en vías de desaparición, los últimos mohicanos de una tribu condenada. Como si hubiéramos perdido nuestro tiempo y arruinado nuestros talentos, en lugar de trepar escalones, triunfar en la carrera y recoger laureles.

Desde el final de los años noventa, el ambiente de fondo, sin llegar a escarlata, ha recuperado color. Y ha cambiado el tono. Pillados por la duda, los "ganadores" han puesto sordina a su arrogancia. Ya que, en tiempos desapacibles, de restauración y de contrarreforma, evitamos los grotescos naufragios en "el horroroso mar de la acción sin meta"[8].

Hemos tenido, hay que reconocerlo, la suerte generacional de poder escapar a los morbosos juegos de la duplicidad, de los falsos pasaportes[9] y de las mentiras que arrugan el alma. No hemos tenido que filosofar en secreto, proclamando públicamente la muerte de la filosofía, ni que leer a escondidas libros incluídos en el índice por los sacerdotes del partido, ni que vivir clandestinamente amores prohibidos. No hemos tenido que sufrir el desgastante complejo de la traición que, de *La Conspiración* a *Antoine Bloyé*, obsesiona las novelas de Nizan.

No, nosotros no hemos perdido nuestro tiempo. Nos hemos rodeado de muchos desconocidos indispensables −centenares y millares de MacLean. Hemos conocido los flechazos amistosos, las conmociones resurrectoras, propicias al rejuvenecimiento de los corazones y de las almas. Desde luego, hemos vivido más tardes de derrota que madrugadas triunfales. Pero hemos acabado con el Juicio final, de siniestra memoria. Y, a fuerza de paciencia, hemos ganado el precioso derecho a recomenzar: "Estamos reducidos por el momento a reconocer la derrota y, en un mismo movimiento, a profundizar un rechazo que no ha tenido que dar sus razones, ni siquiera en el origen: porque era evidente. Después, si es posible, ya vendrán las propuestas positivas. No es necesario, a pesar a los malévolos emplazamientos, ser capaces de decir lo que queremos, para saber lo que nunca querremos a ningún precio. Es muy sencillo. Tan sencillo que, por primera vez desde hace mucho tiempo, es posible sentirse tranquilos en esta situación. No existen ahora esos riesgos de error que durante tanto tiempo nos han paralizado" [10].

Hemos sido, como debe ser, jóvenes impacientes. La historia nos mordía la nuca. Como si debiéramos recuperar el tiempo perdido del siglo de los extremos, como si tuviéramos miedo a perder nuestras citas, políticas y amorosas.

En el Libro de Job, la palabra *sabreen* designa a "los que tienen paciencia". Hemos debido iniciarnos en esta paciencia bíblica, en esta vieja paciencia judía, más de cinco veces milenaria, transformada hoy día en paciencia y en resistencia palestinas. Hemos debido aprender la necesaria lentitud revolucionaria, el coraje de lo cotidiano y la voluntad de cada día, que siguen siendo una impaciencia contenida y dominada. Hemos debido someternos a la "labor paciente que da forma a la impaciencia de la libertad"[11].

Como todas las herejías (porque "la herejía también es una forma de impaciencia"), el comunismo es "una rabia del presente" [12], una impaciencia que remonta a la de Amos y de los profetas, ávidos de apresurar el fin de los tiempos o la incierta venida del Mesías.

Sin embargo, nada llegó. Y hubo que aprender "el arte de la espera". De una espera activa, de una paciencia apresurada, de una resistencia y de una perseverancia, que son lo contrario de la espera pasiva de un milagro. Porque "el milagro no es de este mundo, pero las planchas más duras pueden ser perforadas" [13].

NOTAS CAPITULO 2

1. Ver Benjamin Fondane, *L'Écrivain devant la révolution* [1935], París, París-Méditerranée, 1997.

2. Maurice Blanchot, *Les intellectuels en question*, París, Fourbis, 1996.

3. Jacques Derrida, en Jacques Derrida y Élizabeth Roudinesco, *De quoi demain…* Paris, Fayard/Galilée, 2001.

4. Maurice Blanchot, *Les intellectuels en question*, *op. cit.*

5. Por Dick Howard, en un debate en Bordeaux por invitación del *Passant ordinaire*.

6. Ver Dionys Mascolo, *Le Communisme*, París, Gallimard, 1953; y *À la recherche d'un communisme de pensée*, París, Fourbis, 1993.

7. *Ibid*.

8. Alfred de Musset, *Confessions d'un enfant du siècle*, París, Garnier-Flammarion, 1993.

9. Ver el hermoso libro de Charles Plisnier, *Faux passeports*, premio Goncourt 1938, reedición Actes Sud.

10. Dionys Mascolo, "La part irréductible", 2/10/1988, en *À la recherche d'un communisme de pensée, op. cit*.

11. Michel Foucault, *Dits et Écrits, II, op. cit.* p. 1397.

12. George Steiner, *Épreuves*, París, Gallimard, "Arcades", 1993.

13. Hannah Arendt, *La Tradition cachée*, París, 10/18, 1997, p. 50.

3

La fuerza del *habitus*[1]

"Y además, no hay que alardear de sus historias."

Erri di Luca

Rosebud? Llega un momento,dice François Maspero, en que se tiene ganas de hablar de la infancia. No es muy buena señal. Más bien la señal de que la sombra ha girado. Que se tiene la vida por detrás, y no por delante. Que la pegajosa piedad hacia uno mismo gana terreno. Algunos, como Proust, supieron explotar con genio ese deseo *retro*. Otros, como Vallès o Gorki, lo invirtieron en la pasión por lo social. El propio François Maspero lo manipula con la melancólica delicadeza que le caracteriza. Philippe Caubère ha sabido convertir un devorador narcisismo en unos fuegos artificiales con gracia amarga.

Yo no tengo ni esas ambiciones ni esos talentos. A pesar de la sabia recomendación de Erri di Luca, debo referirme sin embargo a esos años de aprendizaje, aunque sólo sea para deshacer la ilusión de creer haber escogido con plena libertad una vida que nos estaba en parte trazada.

Caí dentro del comunismo.

A menos que se me cayese encima.

Por parte materna, el ambiente era rojo. Según los registros de la prefectura del Sena, mi bisabuelo Jules Léon Starck, fontanero de profesión, hijo de Régina Starck, costurera soltera, se casó ¡con una noble venida a menos, Adèle Aimée Adolphe Bernard de Tracy! Mi abuelo, Eugène Louis Hippolyte Jules, nacido el 22 de setiembre de 1857 (fecha aniversario de la República), era "tornero de madera", en el pasaje de la Main-d'Or, 4 bis. Mi madre pretendía que el apellido Starck era de origen "luxemburgués". Sospecho que era simplemente germánico. Pero después de la guerra de 1870-1871 y el asedio de París, Luxemburgo debía parecer más presentable que la victoriosa Alemania. Me gusta imaginar sin embargo que estos Starck de origen incierto descendían de aquellos carpinteros, ebanistas, sastres, inmigrados renanos, instalados en el corazón del barrio rebelde de Saint-Antoine. Y me gusta pensar que pudieron participar en aquellos primeros círculos subversivos que Marx y Engels frecuentaron en 1844, durante su estancia parisina,

Cuando la Comuna, Hyppolite era un "*titi*[2] parisino" (decía él) de catorce años. Con esa edad se era casi adulto. Durante el asedio de París comió ratas. Después de la semana sangrienta, su familia proscrita tuvo que refugiarse en Blois. Consiguió establecerse como joven chatarrero o trapero. De sus tribulaciones comuneras, conservó un retrato de Jean-Baptiste Clément que dominaba solemne el comedor. Todos los años, el primer domingo de mayo, se levantaban de la mesa familiar para entonar a coro, con voz encogida, *El tiempo de las cerezas*[3],

Grosero, de un humor bastante sombrío, Hippolyte no fue tierno con sus allegados. Mi madre le concedía las circunstancias atenuantes de una infancia miserable. Como la Françoise de Proust, era capaz de apiadarse por la suerte de la humanidad más lejana y tratar en cambio a sus más próximos con una dureza que rozaba la crueldad. En cambio, se le empañaban los ojos de lágrimas al hablar de un cierto Carle Marx (*sic*), del que dudo que hubiera podido leer ni una sola línea. Esta confusión de sentimientos caracteriza muchas veces la sensibilidad popular. También mi madre podía apiadarse de un gato aplastado y llorar a lágrima viva leyéndome una página de *Sin familia*[4] o de *Los Miserables*, pero no era de tipo "aprensivo".

Una veintena de años más joven que Hippolyte, mi abuela Mathilde trabajó como bordadora en la restauración de tapicerías del castillo de Blois. Se desgastó la vista y acabó su vida casi centenaria y prácticamente ciega. También había perdido un brazo en el campo de las labores, amputado tras pincharse con una aguja infectada.

Mi madre era la menor de tres hijos. Hippolyte tenía otros tres de un primer matrimonio. El tío Alfred, atacado con gas mostaza, había vuelto de las trincheras con los pulmones hechos trizas. Desde el congreso de Tours[5], se declaró comunista, "para no volver a ver eso nunca más". A los catorce años, con el certificado de estudios en el bolsillo, mi madre se colocó en un taller como aprendiz modista. Entregaba sombreros de fiesta o de ceremonia en los barrios ricos. En 1931, al alcanzar su mayoría de edad, ya "obrera de primera", se fue a dar la vuelta al mundo viviendo de su trabajo. Primera etapa: Oran, donde sus patrones bloisenses le habían encontrado un empleo. Encontró a mi padre. La gran aventura planetaria se detuvo allí. Al menos había intentado volar.

En el pequeño medio colonial de los franceses metropolitanos (funcionarios, militares de la guarnición, comerciantes), casarse con un judío, y además divorciado, estaba mal visto. Intentaron disuadirla. Le prometieron enfermedades venéreas e hijos anormales. Pero ella no era de las que se dejan intimidar. Se hizo filosemita, hasta el punto de lucir la estrella de David y de inventar por desafío improbables orígenes en un *yiddishland* imaginario.

Su hermana mayor, mi tía Hélène, tenía un colmado-cantina en Blois, en el ángulo de la calle del Puits-Châtel y de la plaza Ave-Maria. La clientela consumía a crédito y arreglaba cuentas a fin de mes, el día de la paga. La población de estas callejuelas insalubres, al pie de las gradas de Saint-Louis, se parecía a la de *L'Assommoir*[6]. La cantina acogía una pequeño población de obreros que jugaba a cartas y bebía vinazo barato. La tienda estaba impregnada de un vago olor al vino blanco que acompañaba a los tentenpiés matinales. Las mujeres trabajaban en las chocolaterías Poulain y tenían que someterse al cacheo corporal a la salida de la fábrica, por si habían mangado una tableta de chocolate. Al comienzo de la tarde, mi tía retiraba el picaporte y cerraba la tienda. Era su momento para ella. Lo consagraba a los crucigramas, o a saborear con ansia algunas páginas de Proust.

Mis primos Jean y Philippe se hicieron obreros, electromecánico y chapista de automóvil. Ambos eran comunistas, por supuesto. Durante el verano pasaba una semana en casa de mi tía. Jean me hinchaba la cabeza inflingiéndome los cursos de formación de la CGT sobre la explotación. Yo aprovechaba para leer en la pobre biblioteca los clásicos básicos: Hugo, Dumas, Zola, Vallès, Aragon, algunos Simenon; y las obras encuadernadas, con fuerte olor a cola de pescado, de las ediciones de Moscú: *El camino de los tormentos* de Alexis Tolstoi, *Así se templó el acero*, de Nicolas Ostrovski.

Las lecturas de juventud forman la sensibilidad. Mi madre tenía emociones más bien exuberantes. Hugo, Eugène Sue, Balzac, eran los pilares de su panteón íntimo. Hablaba de Cosette o del Chourineur con temblor en la voz. Extraía de sus evangelios republicanos una moral popular de probidad y de trabajo:

> *Cuando se ha trabajado bien, y se tiene el corazón contento,*
>
> *Nunca se puede ser completamente desgraciado…*

Mi padre, en cambio, era de emociones discretas. Siguiendo un riguroso código social, sólo se permitía exteriorizarlas en la oscuridad de una sala de cine. *Lo que el viento se llevó* o *Asesinatos* le hacían saltar las lágrimas. Esas efusiones a escondidas le parecían compatibles con los cánones de una virilidad sin desmayo.

La vida cotidiana estaba plagada de pequeños ritos de sociabilidad. Si un mendrugo de pan era arrastrado por la reguera, había que recogerlo, besarlo y dejarlo respetuosamente en el reborde de una ventana. Si una hogaza estaba puesta del revés sobre la mesa, era el pan del verdugo; había que colocarlo con cuidado del derecho. Cuando preparaba su cus-cús o su pastel de castañas, mi madre dejaba a un lado la parte del pobre, que raramente venía a reclamarla. Después de una jornada ansiosa, esta parte reservada solía acabar la mayor parte de las veces en mi plato. Pero ocurría también que el pobre se manifestaba en forma de un viejo mercader árabe de tapices, jovial y desdentado, que tenía mesa franca en nuestra casa.

Por parte paterna, el peso de la herencia ideológica era muy ligero. Los judíos pobres de Mascara no cortaban el Talmud en cuatro, ni prestaban mucha atención al concepto. La situación profesional de mi abuelo Élie nunca me pareció muy clara: vagamente catavinos (¡el vino peleón de Mascara!), bombero voluntario, y reputado mujeriego hasta su muerte. Los días

de penuria, la abuela Zora hervía agua para hacer creer a los vecinos que en la chimenea se cocinaba un festín. Tuvieron seis hijos, cinco chicos y una chica, la tía Julie.

Mi padre, cuarto de los muchachos, abandonó la escuela a los siete años por razones poco claras. Siendo adolescente, se empleó en Oran de camarero e inició una prometedora carrera pugilística. El boxeo ofrecía a los judíos del norte de Africa una posibilidad de promoción social. Alphonse Halimi, Robert Cohen y muchos otros siguieron este camino. Campeón del norte de Africa amateur en categoría welters, mi padre habría podido convertirse en un buen boxeador. Probablemente subió al ring del Central Boxing Club de la calle Fondouk, recordado por Camus en *El verano*: "En esa caja rectangular respiran un millar de hombres y dos o tres mujeres −de esas que, según mi vecino, siempre tienen que llamar la atención. Todo el mundo suda ferozmente. Esperando los combates de las 'promesas', un gigantesco *pick-up* tritura a Tino Rossi. Es la romanza que precede al crimen." Estos despiadados combates enfrentaban a árabes y judíos, marinos y estibadores, argelinos con fama de falsificadores y oraneses con fama de salvajes.

Los rigores del entrenamiento eran poco compatibles con el trabajo en los clubs nocturnos. Adiós pues a los guantes y al milagro de una carrera profesional. Para consolarse, cuando yo era bebé mi padre me sacaba de la cuna en plena noche y me pegaba a la oreja un aparato de radio para escuchar los legendarios combates de Cerdan en América contra Tony Zale. Esperaba despertar en mí una vocación. *El bombardero marroquí* fue en efecto mi primer ídolo deportivo. Más tarde, una vez que mi madre me hubo enseñado, durante una infección aguda, a leer las sílabas con el método *Riendo* ("*Ri-ri ri-e la va-ca…*"), me ejercitaba en la lectura con *L'Equipe*. Mi carrera en el noble arte se limitó sin embargo a algunas lecciones de iniciación y a sesiones de salto a la comba y de *shadow boxing* delante del espejo del armario, hasta que mi madre decretó que tenía las manos demasiado frágiles (¡manos de intelectual!) para este tipo de ejercicio. ¡Ella no había parido un hijo para que le aplastasen la nariz unos brutos!

Soy tanto un retoño de la taberna como de mi familia, Tras ser hecho prisionero durante *la guerra de broma*[7], mi padre se evadió. Gracias a un testaferro, compró un pequeño café a la salida de Toulouse en la carretera de Narbonne. Me costó mucho tiempo comprender por qué milagro burocrático, tras ser detenido en una redada por la Gestapo el 29 de diciembre de 1943, pudo escapar a la suerte de sus hermanos Jules y René, enviados hacia los campos de la muerte. Gracias a las gestiones y a la tenacidad de mi madre, se quedó en espera en Drancy[8] hasta la Liberación. Ella consiguió papeles de conveniencia, gracias a la generosidad de monseñor Salièges, exhumó copias de registros parroquiales del barrio de Saint-Antoine. El libro de Maurice Rajfus sobre Drancy acabó por ponerme al tanto. El terror totalitario tiene sus reglas y sus procedimientos. Les debo la existencia. Y mi hermana el haber sobrevivido. Cuando los hombres de la Gestapo vinieron a detener a mi padre, examinaron su sexo. Si hubiese sido muchacho, lo habrían deportado. Al ser chica, la desdeñaron.

El mostrador de la taberna fue mi primera escuela y mi primer observatorio sociológico. Un mostrador es una especie de confesionario profano, un diván del pobre, a donde vienen a confiar las existencias magulladas. En los años cincuenta, nuestro tugurio no tenía ni tele ni *flipper*. Justo un billar de tacos, en el que me ejercitaba tardes enteras, y mullidos tapices de cartas con los colores de Dubo-Dubon-Dubonnet, de Byrrh o de Cinzano, sobre las que se desarrollaban furiosas partidas de belote, de ramo o de poker. A mi padre, virtuoso de las cartas, le daba un placer evidente barajarlas y distribuirlas, desplegando milímetro a milímetro el abanico de la buena (o mala) fortuna.

En el límite de la ciudad, en los confines de un barrio que venía a morir al pie de los viñedos, en lo que se llamaba la media campiña, el *Bar des Amis* [Bar de los Amigos] acogía una clientela popular en la que se mezclaban refugiados españoles, albañiles portugueses, antifascistas italianos, obreros de la Onia (la futura AZF) o de la fábrica de explosivos, empleados de correos y ferroviarios, mecánicos y pequeños comerciantes. Desde que abría, los carteros tomaban su bocado matinal regado con blanco seco y café con calvados. Por la tarde, a la hora del aperitivo, desembarcaban los obreros en motocicleta, se quitaban el hule, ponían a secar sus guantes sobre el radiador. La bebida estelar era el *pastis* de la casa, fabricado ilegalmente con saquitos de anís escondidos en la chimenea y alcohol no desnaturalizado proporcionado por un farmaceútico cómplice. El invento costaba la mitad que

el Ricard o el 51, todo el mundo podía ofrecer generosamente su ronda. Este intercambio de suma cero era una especie de *potlatch* popular. Era bueno para el comercio, no para la salud.

Ronda a ronda, los clientes repetían, hasta las mil horas, sus miserias profesionales o domésticas. Aprendí mucho de estas conversaciones de mostrador. Abría mis oídos de par en par a los relatos épicos de la guerra de España o a las proezas todavía tan próximas de Achille Viadieu o de Marcel Langer. Pierrot, un habitual, solía estar silencioso, con la mirada perdida, vuelta hacia ese pasado que seguía siendo, en la grisura cotidiana de su puesto de almacenero, el momento intenso de su vida. Un rumor le atribuía la ejecución de un colaboracionista del barrio (tal vez fuera el mismo que denunció a mi padre y lo envió a Drancy). Supervivientes de la guerra civil española, antiguos brigadistas internacionales o de la MOI, recordaban también, junto al último vaso antes de irse, esos tiempos oscuros en los que, a pesar de todo, habían tenido la impresión de tutear a la Historia.

La taberna era muy roja. El domingo, después del partido del Téfécé[9], la sala se llenaba, Tony García, un acordeonista español, sacaba su instrumento y la asamblea cantaba a coro el repertorio popular: *La Môme caoutchouc* −"… qué se puede hacer con ella, eh!, es una locura…"−, *Prosper yob-la-boum* −"…es el rey del asfalto…"−, *Je suis le maître à bord* −"…yo solo, soy el patrón…"−, y la inolvidable *Manon*[10]:

Y de pronto, todo se calla cuando aparece Manon,

Manon es la belleza, la inefable juventud…

Yo esperaba con placer estas apariciones de Manon. La imaginaba

En medio de las canciones, de las risas y de las chicas

en un Montmartre donde burbujeaba alegremente el *champagne*. Me encantaban esas historias de náufragos, de chicos malos y de amores desgraciados. Si la fiesta iba bien, mi padre salía de su reserva para tararear una vieja canción árabe o andaluza. Se subía a un velador y arrastraba a mi madre a un vals −¡al revés, por favor! El domingo era día de *kémia*: caracolillos y cangrejos de mar cocidos, muy especiados para mantener la sed. El lunes por la mañana, la sala, cubierta de conchas, caparazones y cáscaras de altramuces, se parecía a un campo de batalla o a los *Qlipoth* de la Kabbala.

La célula comunista del barrio celebraba en la taberna sus reuniones anuales de entrega de carnets. La Unión de Mujeres Francesas organizaba ahí sus meriendas de solidaridad con las buenas causas. Para la cena de nochevieja, se desembalaba charcutería, quesos y pollos fríos. Se empujaban las mesas para poder bailar pasodobles, valses o tangos. Los más ágiles se ejercitaban con las danzas rusas del Ejército Rojo. Al alba, se abrían cestas de ostras, surgidas de algún sitio, y se cantaba a voz en grito, levantando el puño en alto, una estruendosa *Internacional*:

… *el género humano es la Internacional*! Choin-choin!

Reinaba en esas asambleas un cierto ambiente a lo *Beso Rojo*[11]. Se vibraba con las hazañas de Emil Zatopek o Vladimir Kuts. El Sputnik, la perrita Laika y Yuri Gagarin anunciaban una nueva era y una tierra prometida. En 1956, sin embargo, el levantamiento de Budapest hizo que me pegase al aparato de radio. No por ferviente simpatía hacia los consejos obreros insurgentes de los que no tenía la menor idea, sino por ansiedad por la suerte del glorioso equipo magiar (Puskas, Czibor, Kocsis "*Cabeza de oro*", Hidegkuti), del que no se tenía noticias.

El gran asunto de esos años, la guerra de Argelia, no llegó siquiera a sembrar la cizaña en esta peña de "*Alegres Pescofis*" (la sociedad de pescadores que se dedica más a los banquetes y los concursos de cartas que a las salidas campestres). Mi padre apenas tenía nostalgia de su tierra natal. Conservaba un recuerdo más bien molesto. Nunca fue muy locuaz sobre la cuestión argelina, mantenía una especie de complicidad tácita con clientes árabes y en ocasiones se ponía un quepis de cartero para lanzarse a imitar al general De Gaulle. Un día echó a su primo Henri, un inocentón simpático que tonteaba con la OAS y que pretendió guardar en nuestra casa una maleta con quincallería mortífera.

En la taberna había una original línea de división entre esfera privada y esfera pública. La puerta entre la sala y la cocina, donde tomábamos nuestras comidas, estaba siempre abierta. Los clientes tenían una vista desde arriba de nuestra intimidad doméstica y podíamos

mantener con ellos una conversación sin soltar el cuchillo y el tenedor. Nunca conocí la familia cerrada contra la que imprecaba Gide: “Hogares cerrados, puertas atrancadas, celosa posesión de la felicidad…” La mía fue muy abierta al mundo.

Junto a la familia y la taberna, el tercer ingrediente del *habitus* fue la escuela. Siendo de natural bastante sociable, me gustaba mucho la escuela. Como más adelante me gustaría el instituto o las colonias. Nunca fui a regañadientes. Todo lo contrario. A los tres años, obligado a quedarme en casa por una infección aguda, estuve condenado a hacer interminables siestas bajo la vigilancia de una asistenta a la que obligaba, bajo amenaza de agitarme para hacerme subir la fiebre, a jugar a médicos: le exigía que se subiese las faldas para enseñarme sus muslos y sus ligueros. Ella lo hacía, aterrorizada ante la idea de que mi padre pudiera sorprenderla en una situación tan embarazosa. A la salida de las clases, pegaba mi nariz al cristal empañado y miraba con envidia a los niños que caminaban con sus gorros y sus carteras llenas, como cuernos de la abundancia, de *plumiers*, de pizarrillas, de cuadernos.

Reclamé ir a párvulos, Todavía conservo en el oído el crujido de las hojas de castaño pisoteadas en otoño, y bajo los dedos la nervadura de las hojas de plátano. Copié con celo las frases de instrucción cívica, caligrafiadas cada mañana en el negro encerado por buenos maestros revestidos de virtud republicana. Vibré con la historia edificante de las vidas ejemplares de valor, de dedicación, de perseverancia: Bayard, el caballero de Assas, Bernard Palissy, Pasteur, Bara y Viala (¡cuya suerte envidiaba!). Me gustaban las lecciones en que se desvelaban misterios como el de la vela y la glicerina, los prodigios del imán y el magnetismo de la barra de ebonita frotada con una gamuza. Y adoraba el ambiente *Grand Meaulnes*[12] de los patios de recreo, los tinteros de porcelana encajados en los pupitres, el olor de la tinta violeta, las plumas Sergent-Major, los mapas coloreados de Europa colgados en la pared y el rechinar de la tiza en la pizarra negra.

Iba a la escuela anexa de la escuela normal [de magisterio] Saint-Agne. Los profes estaban encargados no sólo de sus alumnos, sino de formar a los alumnos-maestros que asistían a las lecciones. El maestro del curso elemental encarnaba a mis ojos la severidad de los justos. Antiguo resistente con perfil de ave rapaz, el señor Villeroux era un militante laico, adepto al método Freinet[13]. Nos hacía componer en plomo nuestras redacciones para imprimir en una artesanal prensa manual un pequeño periódico titulado *Ladrillos rosas*.

El jueves era, o bien la sesión de cine-club, o la salida de los “*francas*”, dispuestos a librar una interminable batalla con los “*talas*”, digna de la *Guerra de los Botones*[14]. Como mis padres no cogían vacaciones −pequeño comercio obliga−, solía pasar seis semanas de verano en una colonia (¡de la CGT!) en Ussat-les-Bains. Nunca entendí, en los años setenta, el desprecio sesentayochista hacia la “*colo*” [colonia infantil], denunciada como una especie de presidio o de campo de concentración para niños. Después de un mes de julio sofocante arrastrándome por el barrio a la espera de la retransmisión de las llegadas de etapa del Tour, eran mis vacaciones y me gustaban.

En otoño de 1957, entré en sexto curso en el instituto (¡piloto!) Bellevue. Los “acontecimientos” de Argelia dividían a los alumnos. Mi joven profe de francés, el señor Le Bihan, era un bretón católico, prendado de Maurras, de Barrès y de la poesía parnasiana. Al menos no era antisemita. Me cogió afecto y se dedicó a cultivarme, imponiéndome lecturas extraescolares, sumergiéndome en Péguy, en Claudel, en Brasillach. Más adelante, siguió de lejos mi trayectoria militante. Consciente del antagonismo de nuestras convicciones, se consoló con la idea de que un enamorado de Juana de Arco en el fondo no podía ser malo.

Poco antes de su muerte, me envió una última carta, fechada el 27 de diciembre de 1995, acompañada de mis viejos ejercicios: “Le ruego que me excuse por el hurto que cometí, sustrayendo a la vigilancia general, donde no habrían servido de nada, tres ejercicios que usted había compuesto en sexto y quinto, justo en una hora bajo mi cuidado. Tendrá que excusarme también por devolvérselos tan tarde y un poco manchados y maltratados: han tenido muchos lectores. No le había perdido de vista, pero estaba a años luz de su constelación, que no citaré para no envenenar nada. La palabra más indulgente que haya dicho Pierre Boutang era que podíamos volvernos marxistas a condición de ser inmortales… Usted domina perfectamente la lengua francesa pero, para serle franco, no domina, o no todavía, este irritante carácter de la revolución […] y usted ya sabe que Renan decía que Francia se había vuelto loca tras la decapitación de su rey. Pero un hombre de nuestra casa, educado en Bellevue, ha encontrado

el nudo de la tragedia francesa y se ha remontado a sus fuentes (¿ha ido usted a Domrémy[15]?). Le felicito porque, a pesar de sus blasfemias, usted escribe frases que Brasillach habría podido escribir".

¡Afectuoso, pero temible homenaje!

En 1989, en un debate sobre el bicentenario de la Revolución Francesa, Pierre Chaunu, que se jactaba de escupir cuando pasaba delante del liceo Carnot[16], me dijo que, aún estando en los extremos más opuestos, teníamos al menos en común el desprecio por los burgueses "panzudos" y aburguesados. Dudosa connivencia. No se lo habría contado a mi madre, muy puntillosa cuando se trataba de la República. Un día en que la tele difundía un reportaje sobre la corte de Inglaterra, mi cuñado cometió la imprudencia de emitir una duda sobre lo acertado del regicidio. No le volvió a dirigir la palabra durante más de diez años. ¡Rehabilitar a la realeza, bajo su techo! ¡Hay cosas sobre las que mamá no transigía!

NOTAS CAPITULO 3

1. El "*habitus*" es un concepto teórico formulado por Pierre Bourdieu, para explicar cómo los individuos interiorizan las estructuras sociales por medio de esquemas de percepción y valoración, de pensamiento y de acción. El *habitus* es por tanto un sistema de disposiciones duraderas que orientan las valoraciones, percepciones y acciones de los individuos. (N de T)

2. *Titi*, golfillo. (N de T)

3. *Le Temps des cerises* es una canción popular, con letra de Jean-Baptiste Clément, que se asocia simbólicamente con la *Commune* de París de 1870. (N de T)

4. *Sans famille* (1878), lacrimógena novela de Hector Malot sobre un niño que descubre que su madre es en realidad su madrastra. *Les Misérables* (1862), novela de Victor Hugo. (N de T)

5. En el Congreso de Tours (1920) de la SFIO, partido socialista francés, una mayoría de los delegados decidió convertirse en sección francesa de la Internacional Comunista, futuro Partido Comunista Francés. Se hace referencia a este Congreso en diversos lugares de este libro. (N de T)

6. *L'Assommoir*, *La Taberna*, novela de Émile Zola, publicada en folletín desde 1876. (N de T)

7. "*Drôle de guerre*", "la guerra ridícula" o "guerra de broma", denominación despectiva de los enfrentamientos armados entre Francia y la Alemania de Hitler, entre octubre de 1939 y mayo de 1940, que concluyeron con la ocupación de una gran parte del territorio francés y la implantación del régimen títere de Vichy en el resto. Pese a su mala fama y corta duración, fue un conflicto armado que ocasionó gran número de muertos y el posterior confinamiento de todos los soldados y oficiales franceses en guarniciones militares bajo vigilancia. (N de T)

8. Campo de concentración cerca de París creado en 1941 por el gobierno de Vichy. En 1943 se hizo cargo directamente la Gestapo. (N de T)

9. Toulouse Football Club.

10. Tango de *Manon*, popular ópera de Jules Massenet basada en la novela de Abbé Prévost, estrenada en 1884. (N de T)

11. *Rouge Baiser* es el título de una película dramática dirigida por Véra Belmont en 1985, ambientada en 1952, y que trata de una adolescente que forma parte de las Juventudes Comunistas. (N de T)

12. *Le Grand Meaulnes*, novela de Alain Fournier, 1913 (N de T)

13. Célestin Freinet (1896-1966), destacado pedagogo francés, creador de las técnicas que llevan su nombre. (N de T)

14. Los "*francas*" (*franc camarades*, los verdaderos camaradas) eran la organización de juventud laica, siempre dispuesta a pelear con los "*talas*" (los que van con ropa talar, de misa). [*La Guerre des boutons*, novela de Louis Pergaud (1912) llevada al cine en 1961 y 2011. (N de T)]

15. Mi pasión por Juana de Arco nunca me había llevado hasta Domrémy. Pero había recorrido el camino de las batallas: Orléans, Patay, Jargeau, La Charité-sur-Loire. Y el del suplicio: Saint-Valéry-sur-Somme, Compiègne, Rouen.

16. Sadi Carnot (1837-1894) fue Presidente de la República Francesa hasta que fue asesinado por un anarquista. Sus restos están en el Panthéon. (N de T)

Los caminos agrestes

> “Un error de la política civilizada es no contar para nada con el placer, ignorar que debe en medio de cualquier especulación sobre la felicidad social. La moral falsea los espíritus sobre este particular, y los introduce en esa política simple que especula sobre lo útil sin relacionarlo con lo agradable.”
>
> **Charles Fourier**

En junio de 1960 mi padre murió de un cáncer. Su precoz desaparición me ahorró probablemente los conflictos de adolescencia. A cambio, me sumergió en un período de meditación morbosa y me hizo tomar conciencia de la precariedad material. Mi madre, con mi esporádica ayuda, debía mantener ella sola el café para pagar mis estudios. Cuando en 1966 me fui a París, vendió su pequeño negocio, pero tuvo que continuar haciendo trabajos domésticos durante una decena de años para conseguir los años de cotización para una escuálida pensión.

El golpe de Estado gaullista, las barricadas de Argel, la OAS, sembraron la cizaña en el instituto. Se instauró una lucha, al principio sorda. Después fue una guerra abierta. Algunos adoptaban ademanes marciales para entonar virilmente el *Canto de los Africanos*[1]. Yo escogí el otro campo. ¿Influencias familiares, amistosas, afectivas? No importa. Uno se compromete, y después ya se ve.

Mis colegas se repartían en dos categorías muy distintas: el barrio y el instituto. La banda del barrio frecuentaba los bailongos[2], hacía pedorrear *mobylettes* sin tubo de escape, se cardaba meticulosamente el pelo, llevaba botas vaqueras y *jeans* deslavados. Los del instituto pertenecían por lo general a familias acomodadas. Aprendices y colegiales de formación profesional, de un lado; los ganadores de la reproducción social, del otro. A caballo entre estos dos mundos, tuve la suerte de poder frecuentar el segundo sin romper con el primero. Esta ventajosa bastardía social permite soñar con las estrellas conservando los pies en la tierra.

Mi amigo más cercano, de la escuela al instituto, era Bernard, el hijo de nuestro médico de familia, el doctor Salomon Tauber, conocido en la Resistencia como “Roger”. Era un judío rumano, concejal comunista y administrador del hospital Varsovia, fundado para atender a los refugiados españoles de la guerra civil. Solía pasar muchos jueves en casa de los Tauber. Tras la muerte de mi padre, me llevaban de vacaciones a su casa de Cavalaire. La madre, “Camo”, había sido dirigente del Partido y miembro del Comité Central en la Liberación[3]. Sin llegar a emitir abiertamente críticas iconoclastas, sentía una franca hostilidad contra Jeannette Vermeersch y su moralismo natalista, En 1961, la casa de los Tauber fue volada por la OAS, a consecuencia de lo cual algunos de nuestros profes organizaron una guardia nocturna armada.

En otoño de 1961, mi amigo Bernard se propuso evangelizarme dándome a leer el *Manifiesto Comunista*, del que me entregó solemnemente un ejemplar. Me costó superar el obstáculo de los múltiples prólogos. El propio texto no me aportó la revelación esperada. Triunfando sobre mis dudas, Anette se mostró más convincente que Bernard. Ella tenía también padres comunistas. Nuestro idilio, comenzado en quinto, se prolongó hasta el último curso, jalonado de disgustos y desavenencias. Ella me hizo leer *Los Thibault*, escuchar a Aragon a través de Ferré, descubrir *Un día en la vida de Ivan Denisovich*. Los jueves abandonaba los entrenamientos del Téfécé para ir en su compañía a visitar a los comerciantes del centro de la ciudad, a los que ofrecíamos publicidad barata en el periódico del instituto, *L’Allumeur du Belvédere*. Los miércoles éramos asiduos a la sesión de cineclub, animada por Raymond Bordes y por los responsables de su excelente cinemateca. Para nosotros era sobre todo una sesión de flirteo. Después, el inevitable debate educativo sobre la película nos ofrecía una tribuna de agitación política sin demasiada preocupación por la estética cinematográfica.

Los días que hacía bueno, Anette se subía en plan amazona sobre mi bicicleta azul, con el manillar de carrera vuelto del revés, como para fardar. Yo pedaleaba, con la nariz

voluptuosamente cosquilleada por su morena cola de caballo, que se movía como los traviesos pompones que se colocan sobre los chiquillos en los tiovivos de feria. Íbamos por la orilla de Pechbusque, hasta la zona de baño en la confluencia del Garonne y el Ariège. El traje de dos piezas a cuadros de Anette me hacía volver un poco la cabeza.

Aunque no había oido hablar todavía de las *ratoneras* de octubre de 1961[4], los muertos de Charonne en febrero de 1962 me indignaron y me hicieron dar el salto.

Desde el día siguiente de aquella jornada, creamos en el instituto un círculo de las Juventudes Comunistas. Esta entrada en política puso fin definitivo a mi carrera futbolística al mismo tiempo que a mi carrera teatral. Junto a algunos amigos y amigas, familiarizados con los bastidores del Grenier de Toulouse, nos habíamos propuesto montar una pieza de Synge, aprovechando en lo posible los consejos de Roger Blin, que había venido a representar *Godot*. Hombre solitario, nos dedicaba amablemente sus mañanas dominicales. Entre dos ensayos, chupando su pipa de espuma, nos preguntaba distraidamente si habíamos oído hablar del grupo *Octubre*[5]. Siendo fans de Prévert, no ignorábamos este episodio cultural del Frente Popular. Pero Blin no contaba que él mismo, Raymond Bussières y algunos otros habían simpatizado entonces con la Oposición de Izquierda. En aquella época, la herejía se mantenía de forma discreta.

Una tía de Anette, comunista ortodoxa por encima de toda sospecha, me deslizó un día entre las manos un ejemplar de *La Voix communiste*. Pretendía mostrarme qué calumnias era capaz de inventar la prensa anti-comunista, disfrazada de prensa oposicionista. ¿Era sincera? ¿O era una estratagema para probarme? El hecho es que la lectura no me escandalizó. El tono de los artículos, su insolencia frente a la clerigalla dirigente del Partido, la crítica de su tibieza sobre la cuestión argelina, me resultaron simpáticos. No podía saber que tras el anonimato y los seudónimos, se encontraba gente como Felix Guattari, Lucien Sebag, Denis Berger, Gabriel Cohn-Bendit y otros.

Los esfuerzos conjugados de Anette y de Bernard acabaron por enrolarme en su conspiración. Recogimos nuestros carnets de la JC, “promoción Daniel Féry”, nombre del joven tipógrafo comunista caído en Charonne. No tardamos mucho en entrar en disidencia. Aunque nuestro instituto piloto era mixto, el puritanismo proletario entonces en vigor se oponía a la mezcla de sexos. Los muchachos se afiliaban a las Juventudes Comunistas, las chicas confinadas en el gineceo de la Unión de chicas jóvenes de Francia (*sic*)[6]. Aunque compartíamos los mismos cursos, las mismas salidas, los mismos autobuses escolares, el Partido pretendía imponernos una segregación claustral. Desde la primera reunión se levantó un viento de tormenta. Primera (modesta) victoria contra el despotismo burocrático: conseguimos (¡*no obstante lo dispuesto*!) constituir un círculo mixto. ¡Sólo habría faltado que los jueves nos hubieran separado a Anette y a mí en nombre del catecismo rojo!

Esta intimidad conquistada con elevada lucha, no nos impidió espulgar concienzudamente los *Principios elementales de filosofía* de Politzer, devorar los folletos de Duclos o de Waldeck-Rochet, ni, desde luego, vibrar con la edificante lectura del inmortal *Hijo del pueblo*, atribuído al camarada Maurice [Thorez]. Pero la sigilosa santurronería y la desconfianza jesuítica que flotaban en la sede federal de la calle Pargaminières nos abrumaban ya. Desde las primeras reuniones me oí plantear, con voz mínima y vacilante, las cuestiones sacrílegas: “¿Y Hungría? ¿Y Budapest? ¿Qué dice el Partido sobre este asunto?”

Apenas encartados, ya teníamos el espíritu ingenuamente contestatario.

De la insumisión a la conspiración, sólo había un paso.

El encuentro con Armand Gatti, en 1962, fue un balón de oxígeno. Acababa de dirigir en Cuba *El otro Cristóbal*, con Jean Bouise. El Grenier de Toulouse montaba, “en primicia mundial”, sus *Crónicas de un planeta provisional*. Después de las representaciones, Gatti se dejaba arrastrar de buena gana a la sala trasera del café Tortoni (¡hoy transformado en McDonalds!), que era nuestro cuartel general. Apoyado en el respaldo de una silla, voluble, hablaba hasta medianoche bajo un fuego graneado de cuestiones. De Cuba, de Michaux, de cine, de teatro. Sus manos volaban a su alrededor como pájaros mágicos y multicolores. Su aliento libertario nos conquistaba. En esas noches de humo y alcohol, gozábamos de un sentimiento de

amplitud, un gusto de revuelta y de poesía, lejos de la confinada atmósfera del local donde los bonzos del Partido estaban tristemente escondidos.

Recibíamos a veces la visita de Gérard (de) Verbizier (llamado Verjat). Desde el punto de vista dinástico era *casher*[7], A pesar de su partícula, su genealogía política podía presumir de un abuelo delegado por la Haute-Garonne en el Congreso de Tours, en compañía de Vincent Auriol. El futuro presidente escogió mantener la vieja casa, junto a Léon Blum. El abuelo "Ver" votó por los soviets. Descendiente de hidalgos vidrieros (uno de los oficios que los nobles podían ejercer sin rebajarse) del Ariège, Gérard conservaba en la región vínculos familiares y amistosos. De vez en cuando surgía furtivamente su endeble silueta de estudiante dostoievskiano, bajo las arcadas de la plaza del Capitolio, como si escondiese alguna máquina infernal bajo su abrigo raído. Sólo eran folletos y escritos mal multicopiados, que nos deslizaba de forma tan discreta como si fueran curiosidades pornográficas. El complot estaba en marcha.

En 1964, entré en clase preparatoria en el instituto Pierre-de-Fermat (el del famoso teorema). Los estudiantes de letras eran en su gran mayoría feroces "bolches". Pensionistas la mayor parte, desembarcaban del Aude, de Ariège, de Gers, del Aveyron o del Tarn. Radicalizados por la guerra de Argelia, la revolución cubana y la eterna guerra con los fascistas de Occidente, no desdeñaban llevar la "*faluche*" [8] o cantar *Petronille,* "con acento de Carcassonne" por favor. Nuestro círculo de estudiantes comunistas contaba con casi una cuarentena de miembros.

En esos años de conflicto chino-soviético, de *Declaración de La Habana* y de *Discurso de Argel*, el tercermundismo iba viento en popa. François Maspero editó a Frantz Fanon con el famoso prólogo de Sartre. Nos entusiasmaba *El Socialismo y el Hombre*, del Che, celebrando un socialismo humanista, lírico y caballeresco, todo lo contrario de las petrificadas tribunas de los bonzos del Kremlin. En 1965 nos llegaron de París *Pour Marx* y *Lire le Capital*[9], portadores de temibles revelaciones sobre el anti-humanismo teórico y la determinación en última instancia. Devorábamos con devoción estos textos prestigiados por las portadas grises de la colección "Theorie", de austera sobriedad, sin renunciar sin embargo a nuestro derecho de crítica, al haber sido iniciados por la lectura de Henri Lefebvre a un marxismo no conformista: su paso por Toulouse, después de la guerra, había dejado un sentido recuerdo.

Verbizier nos mantenía al corriente de las últimas peripecias de las batallas *picrocholinas* parisienses[10], que devastaron la UNED y la UEC al final de la guerra de Argelia. Descifraba, para los asombrados provincianos que éramos, los arcanos de las confrontaciones históricas que oponían a ortodoxos normalizadores (encabezados por Roland Leroy), "italianos capitulacionistas" (dirigidos por Philippe Robrieux y Alain Forner) y auténticos oposicionistas de izquierda (alineados tras Alain Krivine y Henry Weber). Nos animaba con habilidad a crear un círculo de estudios más o menos clandestino, que reuniera a estudiantes "deseosos de formarse" y a intelectuales del Partido que hubieran manifestado veleidades de independencia crítica (como el historiador Rolande Trempé, el psiquiatra politzeriano Rodolphe Roellens, y el doctor Jean Garripuy, antiguo miembro del gobierno Billoux en el Ministerio de Salud). La experiencia fue tan breve como concluyente. Ya en la segunda sesión, dedicada a la lectura comentada del libro de André Gorz *Estrategia obrera y Neocapitalismo*, Bernard Tauber preguntó cómo era todavía posible, medio siglo después de Octubre, que Nikita Kruschev fuese derrocado por una revolución palaciega, sin el menor debate democrático. Forzamos incluso el atrevimiento hasta asombrarnos de que el Partido no reeditase a Trotsky o a Rosa Luxemburg, "para informarse, aunque no se esté de acuerdo".

Nuestras preguntas olían a azufre. Pese a las precauciones oratorias, era ya demasiado. Garripuy se puso furioso. Eramos unos irresponsables, unos arrogantes, unos mocosos. Por muy poco no nos trató, a la manera de Jean Ferrat, de "pobres imbéciles". ¡Los rusos habían hecho la Revolución y vencido al nazismo! No tenían que recibir lecciones. Ya no hubo más reuniones. Nuestra experiencia de oposicionistas atemperados se malogró. Pero había cumplido su función pedagógica.

Nuestro círculo, receloso ante las turbulencias parisinas, envió a dos delegados al congreso de la UEC de la primavera de 1965, con la misión de informarse y procurar ver claro. Volvieron convertidos a la Oposición de Izquierda, asegurándonos que Krivine y sus colegas eran gente abierta, no dogmáticos, no sectarios (ésta era nuestra primera preocupación). Manteníamos sin embargo nuestras reservas provincianas. Los parisinos son buenos habladores, pero el blá-blá-blá no hace al monje, ni al bolchevique. Pero confiábamos en la sagacidad de nuestros

emisarios. La entusiasta adhesión de Bernard Tauber, heredero de una dinastía partisana por encima de toda sospecha, ofrecía una especie de garantía tranquilizadora.

Va pues por la Oposición de izquierda.

La vuelta universitaria de 1965 estuvo agitada por la preparación de las elecciones presidenciales de diciembre. Nuestra oposición denunciaba la adhesión del Partido a la candidatura de Miterrand desde la primera vuelta. Nos exasperaba también la tibieza del apoyo a la lucha del pueblo vietnamita, el prudente "Paz en Vietnam", que quedaba tan lejos de nuestro slogan: "FNL vencerá". El compromiso a regañadientes a favor del FLN argelino todavía estaba en la memoria. Y contábamos entre nosotros con algunos antiguos "*portadores de maletas*" [11].

Pronto estuvo en el ambiente la exclusión. En la fiesta de Todos los Santos de 1965, algunas semanas antes de las votaciones, Hanry Weber vino a dar un *stage* [cursillo] en Pointis, antiguo feudo de los Verbizier, en lo más recóndito de la rugosa Ariège. Se trataba de iniciarnos, en formación acelerada, en la historia del estalinismo y de la contrarrevolución burocrática. La *Historia del Partido bolchevique*, de Pierre Broué, ocupó su lugar entre nuestros libros de cabecera, junto al *Tratado de Economía marxista* de Ernest Mandel. Estos rudimentos de cultura histórica nos parecían sin embargo un poco insulsos y pobremente narrativos, comparados con las lujosas construcciones conceptuales de los althusserianos que parecían mirarnos de arriba abajo desde el santuario de la calle Ulm[12] y los prestigiosos *Cuadernos para el Análisis*.

Y además, no veíamos con agrado la exclusión del Partido. Tauber padre y su amigo Stéphane Barsony (judío hungaro-rumano, antiguo miembro de las Brigadas Internacionales, resistente de la MOI y médico de los pobres) nos advertían contra las manipulaciones de que podíamos ser objeto y contra las desviaciones que tan a menudo habían acabado en el basurero de la Historia. Nos recordaban los malos ejemplos de Doriot o de Lecoeur. Romper con el Partido equivalía en esa época a exiliarse de la clase obrera, embarcarse en una aventura sin salida por parte de intelectuales renegados. Pero llegó Weber para apaciguar nuestras dudas, desvelando la maquiavélica táctica del entrismo. Se trataría sólo de constituir una organización independiente de juventud para aguerrirnos haciendo libremente nuestra propia experiencia. Después de la cual volveríamos al redil del Partido, más fuertes que nunca, para derribar a los burócratas. Este plan inverosímil nos parecía razonable, de tantas ganas como teníamos de creérnoslo. ¡Más razonable, en todo caso, que un puñado de estudiantes, con el culo entre dos clases, desafiando al gran partido de los fusilados!

El congreso de la Unión de Estudiantes Comunistas tuvo lugar en Nanterre, en pleno extrarradio rojo, en Pascua de 1966. El sector de letras de la Sorbona, bastión de la Oposición de izquierda, había sido excluído de forma preventiva. Su reintegración era para nosotros una cuestión previa a los debates del congreso. La delegación tolosana contaba con algunos disidentes, procedentes sobre todo del circulo de preparatoria, entre ellos Antoine Artous y yo mismo. En los accesos al congreso, nos cruzamos con el estado mayor de los excluídos. Deambulaban con chaleco ceñido y traje austero, orgullosamente arqueados, espectros románticos de los insurgentes de las Tres Gloriosas[13] o de la *Educación Sentimental*. Creímos adivinar en ellos a los futuros Enjolras y los futuros Hussonet, sin adivinar que dos años más tarde levantaríamos nuestras propias barricadas.

En el gran gimnasio de Nanterre, bajo la estricta vigilancia de un servicio de orden compuesto por peces gordos del Partido y empleados municipales, la batalla fue breve. Guy Hermier y Jean-Michel Catala, encargados de la normalización, llevaron el asunto con eficacia. Nuestros portavoces no excluídos todavía tuvieron sin embargo acceso al micro. Catherine Samary sacudía con vehemencia su rubia cabellera. Pierre Rousset desafiaba bravamente a los antiguos acusadores de su padre David. Los delegados de Caen anunciaban con orgullo que se unían sin pesar a los auténticos revolucionarios, prohibidos en el congreso. Robert Linhart, orador de los "ulmistas", hizo una intervención tal vez brillante, evitando cuidadosamente defendernos. Debía estar pensando ya en la escisión maoísta, que se consumaría el siguiente otoño. En suma, los althusserianos nos abandonaron a la excomunión de la ortodoxia. La misa burocrática estaba ya celebrada. Sólo nos quedaba abandonar el

congreso (y el Partido) con la cabeza alta y un desafiante fular rojo anudado al cuello. Yo salí con paso poco seguro. Las inflamadas intervenciones de mis camaradas me habían convencido a medias de lo serio de la aventura en que estábamos embarcados. De la emoción, me olvidé de la maleta, y tuve que volver sobre mis pasos para pedir avergonzado a los cancerberos municipales que me la restituyesen.

El concilio histórico de nuestra disidencia, bautizada Juventud Comunista Revolucionaria (por si fuera poco), tuvo lugar en una sala minúscula, en el primer piso del café de la plaza Saint-Sulpice. En el lugar sólo debía haber una cincuentena de personas muy apretujadas. En comparación con el gran partido de los proletarios, de sus legendarios sindicalistas, de sus heroicos resistentes, de sus laureados poetas, nuestra conspiración juvenil era microscópica. Qué importa: teníamos el sentimiento de estar viviendo uno de esos momentos históricos, uno de esos actos de fundación destinados a hacer época, una especie de separación entre la sala Lancry y la de Gravilliers, o un congreso de Tours en miniatura.

Alain Krivine supo darnos ánimo. Explicó, con la mayor seriedad del mundo, que los partidos tradicionales, incluído el partido comunista, habían perdido toda influencia entre la juventud rebelde. El camino estaba libre. Los grandes espacios y las grandes esperanzas eran nuestras. Ibamos a ver lo que íbamos a ver. Nuestro complot apenas contaba con doscientos conjurados, los más mayores (el propio Alain) no tenían más de veintisiete años (yo tenía alrededor de veinte, y "no dejaré decir a nadie…"[14]). Pero estábamos convencidos de que las horas del estalinismo estaban contadas (más lentamente de lo que imaginábamos) y que los vientos de la Historia soplaban a nuestro favor. En nuestro nuevo periódico, *La vanguardia juvenil* (cuyo título, fiel a la tradición, contrastaba con el apoliticismo idiota y falsamente enrollado de la nueva publicación ortodoxa, *Nosotros los chicos y chicas*), una caricatura mostraba nuestro espíritu de conquista. Un gigante miraba condescendiente a un hombrecillo minúsculo: "¿Es usted, la JCR?", preguntaba el fortachón al enano. Y el enano respondía orgullosamente, levantando la cabeza: "¿Y usted es el partido comunista?"

La vuelta al redil fue espantosa. A la ida, la delegación tolosana había acudido con un billete colectivo. Así que tuvimos que volver juntos. Pasando por Châteauroux, Limoges, Brive, Uzerche, Gourdon, Cahors, Mantauban: casi siete horas interminables de malas caras. Nuestros camaradas nos miraban solapadamente, como si fuésemos almas perdidas, sin atreverse todavía a creer que nos habíamos pasado al enemigo de clase. No importa, éramos sospechosos de deserción, o de traición, y nosotros experimentábamos ya un vago sentimiento de exilio o de cuarentena.

En Toulouse, comí en casa de Jean Cariven, un camarada cuya familia pertenecía al *establishment* comunista de la ciudad: en Tours, su abuelo había tomado la decisión buena. Un recuadro de *Le Monde,* dentro de la información del congreso, anunciaba nuestra disidencia y nuestra estruendosa salida. Cariven padre nos trató de imbéciles manipulados (vaya a saber por quién). Al ser extraño a la *nomenklatura* local del partido, yo era por fuerza el mal genio del asunto. Mi amigo me defendió valerosamente. Padre e hijo eran una especie de gigantes que medían cerca de dos metros. La escena fue apoteósica. Los dos titanes se alzaron en toda su estatura. Estallaron gritos. Volaron platos. Sus siluetas proyectaban sobre la pared sombras titánicas. Yo me deshice en lágrimas en medio de la vajilla destrozada.

A pesar de esos adioses lloriqueantes, abandoné sin pesar el mejor de los mundos burocráticos posibles. Lo que me apenaba era el sentimiento de romper con un universo y su mitología, con una parte de mi infancia y de mí mismo: los relatos heroicos de la guerra de España, las proezas de la MOI, el acordeón de Tony Garcia, la hospitalidad de los Tauber, mis primos currelas, y los miles de Pierrot soñando desde el fondo de su rutina cotidiana con oriflamas escarlatas y magníficos amaneceres. Yo no tenía cuentas que dar a los dirigentes del Partido, pero me entristecía pasar por un traidor a los ojos de valiosos desconocidos. La clientela comunista de la taberna no hizo comentarios. Pero los silencios eran elocuentes, casi resignados: como yo estudiaba, seguro, me estaba pasando al otro lado. Aspirado por la prometida ascensión social, me convertía en un tránsfuga de clase. No estaban asombrados. Sólo entristecidos.

El complejo de traición de los intelectuales, mantenido a sabiendas por las direcciones del Partido, viene de lejos. Basta leer las memorias de comunero Gustave Lefrançais para comprender su origen. El proletariado francés hizo muy pronto la experiencia de la felonía de las clases dirigentes. Las experiencias fundadoras de Junio de 1848, del asedio de París y de la Comuna no se olvidan. Esas experiencias revelaron no sólo el salvajismo de que son capaces los poseedores, sino también la cobardía y la deslealtad de que son capaces los aliados de la víspera, republicanos o demócratas. De ahí procede una desconfianza tenaz respecto a las políticas parlamentarias, los ascensos sociales, los cambios de chaqueta. El sindicalismo revolucionario de los Sorel y los Pelloutier se nutrió de ello. Se ha perpetuado en el radicalismo de la CGTU y en la recurrencia del tema "clase contra clase". Esta desconfianza, profundamente arraigada, ha sido aún más viva por el hecho de que el sistema escolar y universitario ha constituído en Francia una formidable máquina de promoción social y de renovación de las élites populares. Rebota sobre los intelectuales, considerados mutantes sociales, que fluctúan entre las clases según las relaciones de fuerza. Como reacción, se ha desarrollado un obrerismo endurecido, que las direcciones sindicales y políticas han sabido utilizar, presentándose como la encarnación exclusiva de un proletariado ventrílocuo. Este juego perverso ha reducido a los intelectuales franceses al rango de intelectuales serviles, útiles firmantes de peticiones si llega el caso, cortejados adornos para las tribunas dominicales, pero mantenidos bajo sospecha, e interiorizando ellos mismos una culpabilidad social indefinible, digna del *Proceso* de Kafka. Aragon fue el prototipo de esta figura ambigua[15] .

Como golpe de gracia, recibí una tarjeta de mi primo Jean, escrita en el papel cuadriculado de un cuaderno escolar. Todavía la tengo: "Si de verdad has hecho campaña contra Mitterrand, es que eres un dogmático, un revisionista, un desviacionista, un obrerista (¡sorprendente!), y a fin de cuentas un renegado. Te has quedado en la época de las minorías actuantes tan severamente condenadas por Lenin y que tanto mal nos han hecho en el partido". Era el vocabulario de la época. El texto me apenó. A pesar de su ridículo, no había duda alguna de la sinceridad del primo cegetista. Hoy día ya jubilado, es un simpatizante activo de la LCR. No hay que desesperar de nada.

Mis dos años de clase preparatoria estuvieron más ocupados en el aprendizaje de la disidencia política que en la preparación de los concursos. Yo quería sobre todo sacar los Ipes[16], que asegurarían mi independencia financiera, convirtiéndome en un alumno profesor con sueldo mensual. Pero no tenía grandes pretensiones de entrar en una escuela importante. En el instituto Fermat los éxitos eran escasos, los concursantes parisinos se llevaban la parte del león. Y además, no tenía muchas ganas de emigrar hacia la capital.

Pese a su dispersión, las actividades "extraescolares" no eran una pérdida de tiempo. Ampliaban el horizonte de curiosidades y proporcionaban un método de trabajo. Encargado de una ponencia sobre el nacimiento del sentimiento nacional en la literatura francesa, me marqué un buen tanto en clase de segundo aplicando escrupulosamente la dialéctica politzeriana a la lectura de Du Bellay, de Ronsard y de *La Henriade*. El militantismo fue también benéfico para mis estudios. Excluídos de los estudiantes comunistas, habíamos formado "grupos de estudio y de investigación" (sobre Roland Barthes y la nueva crítica, sobre Maurice Godelier y la crítica de la racionalidad económica, sobre Lévi-Strauss y el estructuralismo). Fue una especie de efímera universidad autónoma y un contrapeso crítico al empolle de los concursos. Las vías de la radicalización son sinuosas, cuando no impenetrables.

En la taberna continuaba con la fregotina y el servicio a la hora del aperitivo o durante los agobios dominicales. Mi madre veía con malos ojos el nacimiento de una pasión política que me desviaba del trabajo. No podíamos permitirnos ese lujo. Pero no dejó de manifestar una solidaridad sin falla en la adversidad. En 1962, cuando el dirigente comunista español Julián Grimau fue ejecutado por el régimen franquista, participé en mi primera manifestación violenta bajo la bandera republicana de la guerra civil (en Toulouse, los jóvenes comunistas españoles eran todavía tan numerosos como sus homólogos franceses). El día de la ejecución, mi madre colgó un retrato de Grimau detrás del mostrador, echó las persianas y colocó un cartelito manuscrito: "En huelga, por solidaridad contra la represión franquista". Fue el único comercio cerrado en toda la avenida.

Un día, durante los años de preparatoria, un comando de extrema derecha distribuyó una octavilla antisemita a la salida del instituto, denunciándome como un agitador bolchevique. El director del instituto, un facha empedernido con la mirada azul horizonte, gran protector de los enchufados, tenía por costumbre presidir con guantes blancos una ceremonia anual por el aniversario de Austerlitz. Utilizó el incidente para convocar a mi madre.

Este señor L. pensaba sin duda poder intimidarla y convencerla para que presionase sobre mí. Yo era becario, y por tanto vulnerable. La víspera de la confrontación, capitulé largamente con mi madre sobre los resabios antisemitas del asunto. Sobre este punto sensible, ella reaccionaba de forma inmediata. Con humor belicoso, acudió a la convocatoria resuelta a pelearse. Frente al peligro, le gustaba darse ánimo citando a Hugo: "… Tiemblas, ¡carcamal! Si supieses a dónde te llevaría…". En casos más extremos, prefería lanzar un grito de guerra menos poético, de recio carácter rabelesiano: "De todas formas, ellos no me harán un agujero en el culo: ¡ya tengo uno!". Frente a una sabiduría tan irrefutable, "ellos" sólo podían comportarse bien, ya fuesen nazis, antisemitas u otro tipo de ostrogodos.

El señor L. no tuvo tiempo de abrir la boca. Atacándole directo a la cabeza le arrinconó contra las cuerdas: "Ya he conocido otros individuos de su especie bajo la ocupación", etc. El hombre de los guantes blancos se esperaba una humildad más contrita. Quedó desarmado por esta carga. Su ojo azul horizonte se puso a media asta.

Salimos con la cabeza muy alta:

− ¡Ya has visto cómo he arremetido contra tu L.! Se pensaba que me iba a impresionar con su pinta de falso testigo. Se ha quedado callado, todo tirante, como Brutus…

− ¿Brutus?

− Brutus, el león.

− ¿…?

− Tenía la piel tan tirante que cuando cerraba la boca abría el agujero del culo…"

Aunque no tuvieran elegancia académica, estas palabras escatológicas tenían un eficaz vigor.

En la primavera de 1966, pasé sin convicción los concursos del ENSET[17] y de Saint-Cloud. Me bastaba con ser admitido: daba derecho a los Ipes. Admitido en el ENSET, no me importó fallar en el oral, tras una lamentable y ridícula exposición en inglés (el acento tolosano se acomoda muy mal con la lengua de Shakespeare). ¡Qué importa! El porvenir material ya estaba asegurado. Nos fuimos en cuadrilla (entre otros, con mi condiscípulo y futuro rector Jean-Paul Gaudemar) a acampar a Saint-Pierre-la-Mer. Allí me llegó la convocatoria para el oral de Saint-Cloud. Este golpe de suerte pareció ante todo como la ocasión para un alegre garbeo por "*Pantruche*"[18] . Bernard Tauber y Jean-Pierre Millet estuvieron encantados de escoltarme en esta expedición. La estancia no fue muy estudiosa. Por la mañana, mis colegas se recuperaban voluptuosamente de las noches tumultuosas, mientras yo iba a analizar los sonetos de Louise Labé o a descifrar los misterios geodésicos de un mapa de estado mayor. No tuve siquiera la curiosidad de ir a mirar el anuncio de los resultados. Mi profe de filosofía me informó por teléfono de mi admisión.

A bordo del animoso "dos-caballos", cogimos directamente la carretera para Bressuire, donde se celebraba el primer *stage* nacional de la Juventud Comunista Revolucionaria. La perspectiva de "subir a París" no me entusiasmaba. Era dejar tras de mí un universo de amistades y de amoríos, cerrar un capítulo feliz: las pompas de jabón estallando jovialmente sobre el suelo recién lavado por mi madre con abundante agua, el rayo de sol rebotando alegremente sobre los veladores cromados, las vibraciones de calor en el extremo de la avenida sobrecalentada de la que surgían los camiones con las primicias de Cavaillon, de Perpignan o de Clermont-l`Hérault, las barras de hielo azuladas depositadas por el distribuidor junto a la puerta, la sombra refrescante de la taberna protegida por la espesa tela de la marquesina, con los colores rojo y verde de la cerveza Monplaisir, las cabalgadas de Bobet en el Izoard escoltado por sus fieles escuderos Barbotin y Deledda, las apuestas dominicales

sobre los *cracks* del trote −Jamin o Gélinotte−, las alas cortadas del Téfécé cuando Brahimi y Bouchouk se fueron a unirse al FLN…

Mis años de aprendizaje en el mostrador tuvieron el mérito de vacunarme contra las mitologías que florecieron alrededor del 68. Nunca me he reconocido en el culto religioso del proletariado rojo, en las genuflexiones de los frailongos maoístas y en las salmodias del pensamiento Mao Zedong (no más que en la vida edificante de san Mauricio o de Santiago). El pueblo de mi infancia no era imaginario, sino carnal. Era capaz de lo mejor y de lo peor. De la dignidad más noble y del más deplorable servilismo. ¡Pierrot, el pistolero resistente comunista, estaba tan subyugado por su patrono que los domingos le conducía gratis la camioneta para transportar los caballos a los campos de carreras! Los mismos individuos eran, según las circunstancias, capaces del valor más sorprendente y de la cobardía más desoladora. No eran héroes. Eran más bien personajes tragicómicos, llenos de pliegues, de contradicciones, de ingenuidades y de marrullerías.

Pero eran “los míos”. Yo estaba embarcado a su lado.

Escogí mi campo muy temprano. Primero, por un movimiento del corazón. Quedaban por encontrar las razones de esas pasiones. Visto por el retrovisor, se podría tener la impresión de una trayectoria rectilínea, de una sola colada. Sin embargo, ¿cuántas casualidades, accidentes, acontecimientos, encuentros, bifurcaciones hacen falta para trazar una trayectoria? Un montón de contingencias, una trama de pequeñas naderías que nos convierten, empujados por la fuerza del *habitus*, en el caos determinado pero imprevisible que somos. De estas naderías, de un batiburrillo de ejemplos, de relatos, de lecturas, de perfumes y de sonidos, me he fabricado un superego atornillado a mis partes de sombra, como la tapa de una olla express. Cuando la presión sube, dejo escapar un chorro de vapor. La tapadera aguanta bien.

Y además, no hay que alardear de sus historias…

Con el pretexto de probar que no se escoge la libertad, aquí estoy, a pesar de esta sabia recomendación, chapoteando en plena saga de los orígenes. En cuanto se suelta un poco la brida, el ego se escapa a saltos y brincos. Hay que volver a agarrarla.

NOTAS CAPITULO 4

1. El "*Cant del Africains*" es una canción militar colonial, de los años 1940, que fue adoptada como suya por la OAS y los "*pieds noirs*". (N de T)

2. Tanto las ferias anuales en el Midi, como las fiestas patronales en el Norte.

3. Para un recuerdo tierno y gracioso de las familias Tauber y Barsony, ver Piotr Barsony, *Ça va s'arranger*, París, Seuil, 2003.

4. La *ratonnade* del 17 de octubre de 1961 fue la brutal represión de la policía de París, dirigida entonces por Maurice Papon (antiguo colaborador del régimen de Vichy y de la Gestapo), contra una manifestación organizada por el FLN en contra del toque de queda, provocando entre 200 y 300 muertos, la gran mayoría argelinos. Muchas víctimas fueron arrojadas al Sena. El hecho se ocultó a la opinión pública y se exculpó a los culpables. El 8 de febrero de 1962, junto a la estación parisina de Charonne, se produjo otra masacre. En la década de los 1990, en el contexto del proceso contra Pappon por crímenes contra la humanidad, volvió a la actualidad la masacre de 1961 y posteriores. Hoy día está oficialmente reconocida la existencia de dichas masacres. (N de T)

5. *Octobre* fue un grupo francés de agit-prop y teatro proletario, en los años 1930. Hacía representaciones en las calles, fábricas en huelga, mítines políticos. Jacques Prévert colaboró activamente con el grupo. (N de T)

6. "*Jeunes filles*", chicas jóvenes, pero puede entenderse también como "solteras". (N de T)

7. *Casher*, correcto, en hebreo. (N de T)

8. *Faluche*: gorra tradicional de los estudiantes franceses, parecida a una boina. *Petronille* es una antigua canción humorística, de principios del siglo XX. (N de T)

9. Publicados en castellano con los títulos de *La revolución teórica de Marx* y *Para leer Capital* (N de T)

10. Picrochole, personaje de *Gargantua*, de Rabelais. (N de T)

11. "*Porteurs de valises*", red de apoyo al FLN en territorio francés, durante la guerra de Argelia. Solían transportar fondos y documentos falsos. (N de T)

12. En la calle Ulm de París se encuentra la Escuela Normal Superior, donde residió durante muchos años Louis Althusser. En el libro se hace referencia en varias ocasiones a Ulm, ulmistas, etc. (N de T)

13. Las tres jornadas ("gloriosas") de la revolución de 1830. En *L'Éducation sentimentale*, novela de Flaubert, se habla de la Revolución de 1848.(N de T)

14. "*Je ne laisserai personne dire que c'est le plus bel âge de la vie"* [No dejaré a nadie decir que es la edad más bella de la vida], frase de Paul Nizan que fue uno de los emblemas de Mayo 1968. (N de T)

15. Sobre Aragon, leer el aplastante testimonio de André Thirion, en *Révolutionnaires sans révolution* (Arles, Actes Sud, 1999), y el vitriólico panfleto panfleto de Jean Malaquais, *Aragon ou l'intelligence servile* (reedición, París, Syllepse, 1999). Esto no quita nada a la virtuosidad de la escritura de Aragon. A veces se encuentra, como en *La Semaine sainte*, el aliento de Chateaubriand o de Tolstoi, un poco arruinado por un lirismo artificial cercano a la grandilocuencia.

16. Ipes: especie de salario estudiantil obtenido por concurso, a cambio de un contrato de diez años con la Educación Nacional.

17. Escuela Normal Superior de Enseñanza Técnica, en Cachan. Saint-Cloud es una Escuela Normal Superior.

18. París, en argot. (N de T)

5

Las grandes (des)esperanzas

"No nos sentimos fuera de nuestra época, al contrario, no dejamos de concertar con ella compromisos vergonzosos. Este sentimiento de vergüenza es uno de los motivos más poderosos de la filosofía"

Gilles Deleuze y Félix Guattari

¿Qué es la filosofía?

"¡Desenhebrar en tormenta, en nubarrones que se entrechocan! Es algo desconocido en civilización, donde nunca se han perfeccionado las evoluciones en línea curva, como la tormenta, el hormiguero, el serpenteo, las olas rotas…"

Charles Fourier

En otoño de 1966 descendí del tren nocturno en la estación de Austerlitz con un único baul que contenía mi guardarropa y mis libros más queridos. En una foto que un fotógrafo ambulante me hizo cerca del Trocadero, vestido con una chaqueta azul, tengo todo el aspecto de un *rugbyman* de pueblo que llega a disputar una final.

En una de las últimas notas de la Fundación Saint-Simon, Philippe Raynaud me ha calificado de "filósofo rústico". La intención era despreciable, pero me agrada el adjetivo. Recuerda la "rudeza plebeya" apreciada por Heine: "Para partir troncos gruesos, se necesita una cuña gruesa"[1].

En cuanto a lo de "filósofo", en estos tiempos enfermos en que la filosofía suele aparecer como la medicina general de las almas, el título permite a veces amasar un pequeño capital simbólico. No me lo tomo mucho más en serio que mis primos de Toulouse, que se preguntaban en qué clase de mercado negro podía servir un oficio tan exótico. La palabra debería estar reservada a los autores que han dado su nombre propio a un acontecimiento del pensamiento. Estos no abundan. Yo simplemente me he convertido, por el juego de las circunstancias, en "enseñante de filosofía" y *húsar* rojo[2] de la República. "Lo primero es alimentarse y vestirse", decía Hegel.

La filosofía no es por tanto para mí una vocación o un sacerdocio. Demasiadas abstracciones, conceptos y sistemas. Tengo más la fibra literaria. Después de haber superado los concursos de las grandes escuelas en la opción de letras modernas, me bifurqué por rechazo a la división intelectual del trabajo y por interés en las ciencias humanas. En suma, escogí la disciplina filosófica por su indisciplina. Algunas décadas más tarde, su definición me sigue resultando incierta. Para Deleuze, "¿Qué es la filosofía?" no es una pregunta inicial. Sería una de aquellas con las que se concluye una obra llegada a la madurez. Yo he renunciado a planteármela.

Tal vez la filosofía contemporánea sea sólo lo que queda cuando se ha deshojado todo el resto (la teología, la física, la estética, las llamadas ciencias exactas, y después las llamadas humanas −como si las otras fuesen inhumanas). Tomando en serio la tesis de Marx sobre el decaimiento de la filosofía, Henri Lefebvre denominaba a ese resto no ya filosofía, sino "filosofismo". Deleuze, por su parte, veía en la filosofía "un pensamiento que desconfía del pensamiento", para hacer retroceder, en la medida de lo posible, la necedad. ¡Falsa modestia! ¡Tarea hercúlea!

Entré en la carrera en una época en que había más pasión por Lévi-Strauss, por Lacan, por Saussure, por Freud, por Braudel, por Foucault, que por los clásicos Vrin[3]. El "grado cero de la escritura" tendía entonces al grado cero de la literatura, al menos de la literatura novelesca, en nuestras latitudes. Era la confirmación de la teoría luckasiana de la novela. El género habría conocido su edad clásica en el siglo XIX, expresando el conflicto de la modernidad entre un

nuevo individualismo y una sociedad presa del desdoblamiento generalizado del valor. Tras una salva de grandes novelas existenciales o metafísicas (Proust, Musil, Kafka, Lowry, Blanchot), anunciadas desde la mundialización victoriana por las epopeyas teológicas de Melville o de Conrad, la vena novelesca europea parecía a punto de apagarse, reducida a una fenomenología aplicada y a subjetividades fluctuantes. Aparecía condenada en adelante a producir en serie anécdotas y escenas domésticas en un armario escobero. Sobre todo en Francia. A semejanza del cine intimista de Rohmer, y con algunas brillantes excepciones, la novela se volvía el espejo narcisista de las clases medias, la transformación en frases y páginas de los pequeños anuncios sentimentales o sexuales del *Nouvel Observateur*: "joven cuadro deportivo, bachiller+x, cultivado, amante de los viajes, busca alma gemela, guapa, bachiller+y, con conversación e ingenio…". Un tropel de enfermedades del siglo, el lirismo de Goethe o de Musset a la baja. Este egotismo mediocre anunciaba ya el repugnante cinismo de la generación Houellebecq-Dantec, consensuadamente adulada, desde los *Inrocks* al *Monde des livres*.

Los focos creativos habían emigrado bajo otros cielos o a otros escenarios, la novela femenina (Woolf, Duras, Lessing), la novela antitotalitaria (Bulgakov, Grossmann, Solzhenitsyn), la novela post-colonial barroca (García Márquez, Alejo Carpentier, Vargas Llosa, Lezama Lima, Guimarães Rosa, los escritores antillanos). Reconvertido a la filosofía por decepción hacia la literatura, admiraba a inventores de escritura como Perec[4]; a los pioneros de una sociología negra de la modernidad, a la manera de los maestros de la novela negra americana (de Hammet a Crumley); a los servidores del texto y descubridores de formas, como Maurice Nadeau; a los trabajadores de la lengua como Jean-Christophe Bailly o Serge Pey y, mucho más tarde, Michel Surya[5].

Tal vez quise consolarme de mis frustraciones zambulléndome a cuerpo descubierto en las grandes arquitecturas conceptuales. Pero habiendo llegado tarde a la cultura filosófica, me he quedado en la materia como un autodidacta que descubre en desorden a los clásicos. Esta falta de fundamentos es difícil recuperar. Es una de las razones, aunque no la principal, de que me haya mantenido siempre al margen del gremio filosofante de los coloquios, seminarios y grandes misas académicas.

El año 1966-1967 fue un tanto sombrío. Era la prehistoria. Los *flics* [maderos] tenían todavía bicicletas y esclavinas, y las calles adoquines, los pasos de peatones clavos. Las carreteras no estaban todavía atiborradas de rotondas inglesas y de gendarmes escondidos. Los chatos teléfonos de ebonita negra sobresaltaban por sorpresa a cada timbrazo. Las bicis tenían manecilla de cambios y sillines de cuero, moldeados por el trasero del propietario. El tintineo de las viejas Underwood llevaba el compás de inmortales obras sinfónicas. Viajar en avión era todavía un acontecimiento. Hacían falta siete horas en tren nocturo para llegar a Avignon o a Toulouse desde París. Una carta era una carta, con su sobre y su sello, y no un correo electrónico. Los obreros y las obreras no se habían vuelto todavía "gente" indiferente. Era el tiempo de antes, ni mejor ni peor, simplemente de antes.

En la ENS [Escuela Normal Superior] de Saint-Cloud, compartía una desangelada habitación con un opositor maníaco y maoizante (todavía irradiado por el gran sol rojo divisado de lejos, durante un reciente viaje iniciático a Pekín). Era un personaje de una rigidez prusiana, engominado y almidonado, con el labio superior adornado por un escaso y ralo mostacho. Por suerte, los fines de semana se volvía al Norte, de donde era originario. El ambiente de la Escuela era algo sofocante. En esta enrarecida atmósfera de incubadora reinaba una somnolencia melancólica. A muchos condiscípulos les acechaba la *acedia*[6] de los antiguos monasterios. A puerta cerrada, se cocían al baño maría las ambiciones novelescas y los fantasmas sexuales. Algunos acariciaban en secreto su primera novela maldita. Otros soñaban con el próximo baile de Sêvres o de Fontenay, donde encontrarían el alma gemela con quien compartir la exaltante aventura de un primer destino en Béthune, en Homécourt o en Romorantin. Ni la glacial competencia de Alexis Philonenko sobre la filosofía alemana, ni la sabia jovialidad y la sonrisa fruncida de Jean-Toussaint Desanti, discurriendo "idealidades matemáticas", consiguieron convencerme para asistir asiduamente a las clases. Refractario a este invernadero de neuronas, aprovechaba la menor ocasión para recargar pilas en Toulouse. Me volví, en definitiva, un intermitente del concepto.

Intelectual y políticamente, Saint-Cloud sufría un complejo de inferioridad respecto a la prestigiosa calle de Ulm. Los alumnos se veían a sí mismos como provincianos "insignificantes", exiliados del Barrio Latino, donde se levantaba en ráfagas el viento del Este de la Gran Revolución Cultural Proletaria (GRCP), con el triste lodazal de Nanterre a guisa de Sorbona. Las Escuelas Normales Superiores eran entonces semilleros comunistas. Una petición de apoyo al Partido Comunista para las elecciones legislativas de 1967 recogió la adhesión de más de la mitad del alumnado cloutiense. Ulm se volvió el gran cuartel general de la disidencia maoísta. Saint-Cloud se contentó con seguirle los pasos. En 1967, cuando ya se abatía la normalización sobre la Comuna de Shangai, los nuevos guardias rojos hicieron voto de pobreza intelectual, y tal vez también de castidad. Como San Francisco al desnudarse y descalzarse, se propusieron despojarse de los atributos de cultura burguesa, comenzando por los comprometedores volúmenes de la *Pléiade*[7]. Omar Diop[8] solía venir a mi cuartucho a desahogarse por el tormento que le creaban estas renuncias impuestas.

En este clima fanático, yo estaba cogido entre dos fuegos, atrapado en una *no man's land* [tierra de nadie], entre los ortodoxos purificadores del partido y el celo exaltado de los adoradores del Gran-Timonel-Sol-Rojo-de-Nuestro-Corazón (*sic*). Como aplicado lector de las estereotipadas requisitorias publicadas en *Pekin Informations* contra el revisionismo yugoslavo y de las elegías a la gloria de Enver Hoxha, no podía tragarme las fábulas de los cirujanos chinos que realizaban milagros haciendo operaciones sin quirófano gracias a la inspiración del pensamiento Mao Zedong.

Desde las primeras clases en Saint-Cloud, reparé en un grandullón, risueño y anguloso, con ojeras azuladas y el pelo rubio rojizo (que pretendía ser "veneciano"). Su aspecto de desplazado Pierrot lunar destacaba de forma extraña de la fauna de estos lugares y contrastaba con la austeridad ambiente. Presentí al energúmeno, al desviado potencial, a un trabajador de lo negativo exquisito con la norma.

Camille Scalabrino tenía un pronunciado acento del Franco-Condado y acompañaba sus arabescos retóricos con un atronador "¡santo dios!". Se declaraba vampiro. El hecho es que dormitaba jornadas enteras y sólo se animaba por la noche, ya fuera para una expedición cinéfila o musical, o simplemente para pasar una noche blanca meditando sobre algunas páginas (nunca más de media docena) de Sartre o de Merleau-Ponty. Con el canto del gallo, volvía a su edredón.

Habiendo tenido como profesor en Besançon a Pierre Lantz, se proclamaba con orgullo "sartriano", enfrentando a contracorriente la ola althusseriana. Me propuse convencerle para que rompiera con el Partido. Aunque yo mismo estaba excluído, le solía acompañar a las dominicales ventas puerta a puerta de *L'Huma-Dimanche*, en Suresnes o Puteaux. Se mostró coriáceo. Citando "*Los Comunistas y la Paz*"[9], sostenía que el Partido, lastrado como un trompo por su composición social, acababa siempre por caer de pie, cualesquiera que fueran sus errores. Nuestra complicidad amistosa acabó sin embargo por formar el núcleo de un complot confidencial al que se sumaron algunos conjurados[10]. Frente a los batallones en prietas filas de la Unión de Juventudes Comunistas Marxistas-leninistas y a sus prestigiosos Gedeones[11], era ligero.

La verdadera vida, para nosotros, no estaba desde luego en la Escuela. En Pascua de 1967 tuvo lugar en la calle de Horticulteurs el primer congreso solemne de la JCR. Fui elegido (¿nombrado?) para la dirección nacional. Nuestro miserable local, hecho trizas, en la calle Servan, no tenía siquiera electricidad. Dábamos vueltas a la manivela de la *roneo* [multicopista]. La candela que iluminaba las veladas proyectaba inquietantes sombras sobre la pared, dando a los conciliábulos nocturnos una dimensión épica. Yo pertenecía al círculo "socio-filo". Se solía reunir en la calle Boissonade, en el sótano de David Rousset[12]. Corriendo de una manifestación sobre Vietnam a una asamblea de la UNEF, todavía encontrábamos tiempo para redactar *L'Avant-Garde Jeunesse*, nuestro modesto "irregulario", impreso por Simon Blumenthal, un veterano de las redes de ayuda al FLN. Después de lo cual podíamos saborear, junto a la sensación del deber cumplido, una película de cine negro en la calle Champollion, engullir un cus-cus en la calle de la Huchette y acabar la sesión en *La Joie de Lire*, abierta hasta media noche. Cuando perdía el último tren de la 1:07 para Saint-Cloud, encontraba refugio en el canapé del compadre Verbizier. Vivía en la calle Scheffer, en una habitación en el desván, a la que se accedía por un ascensor prehistórico, con un contrapeso que se accionaba tirando con fuerza de una cuerda.

La JCR estaba dirigida por una corriente ligada a la IV Internacional, cuyos principales animadores eran Alain Krivine, Henri Weber y Gérard Verbizier. Había también, alrededor de François Fourquet, un pequeño grupo de Ciencias-Políticas, procedente de la antigua *Voz Comunista* y ligada al *Boletín de la Oposición de Izquierda*, animado por Félix Guattari. Por último, una corriente incierta, encarnada por Janette Habel, habría podido ser definida más o menos como guevarista. Era de quien me sentía más próximo.

Los domingos en Saint-Cloud eran aún más tristes que los de Ville-d'Avray y yo prefería acompañar a Fourquet o a Verbizier al hospital de La Borde, en Cours-Cheverny. Esas visitas me iniciaron en la psicoterapia institucional. Me permitieron también descubrir al personaje Félix Guattari. A pesar de la reivindicada deconstrucción de la jerarquía y de la arquitectura hospitalaria, él era el centro geométrico y el pivote carismático de este universo que se pretendía a-céntrico y rizomático, y sobre el que ejercía una incontestada autoridad antiautoritaria.

El curso universitario 1967 comenzó bajo auspicios muy diferentes. El ambiente era eléctrico. Aunque tal vez no sea más que una ilusión retrospectiva.

En el segundo *stage* de verano de la JCR en Bressuire, me encontré con Martine, una estudiante tolosana de sociología, con quien me veía antiguamente bajo los arcos de la plaza del Capitolio. Era dorada como un *croissant* caliente y tenía una mirada irónicamente ausente, a lo Marie Trintignant. Baile del 14 de julio, tatachín, emociones, noche estrellada. Decidimos irnos a vivir juntos a la vuelta del curso. También Alain Brossat y Denise Avenas buscaban dónde alojarse: formaríamos por tanto un embrión de comuna o de soviet en un apartamento alquilado en los confines de Garches y de Saint-Cloud. Se acabó el siniestro cuartucho de la ENS, adiós al coturno psicorrígido, terminaron los desayunos en estado de alerta, con el pesado cántaro de leche al alcance de la mano para hacer frente a la eventual agresión de un guardia rojo fanático que se hubiese levantado con el pie equivocado.

Alain Brossat y yo habíamos concluído nuestra licenciatura, arrancando el último certificado en el examen de otoño. Mientras hacíamos cola en los pasillos de Nanterre, esperando para perorar ante Mikel Dufrenne sobre la estética transcendental, teníamos la cabeza en otro lugar. La prensa anunciaba en portada la muerte del Che en Bolivia. Incrédulos, no queríamos admitirlo. Un mito es inmortal. Escrutábamos con perplejidad las fotos de sus restos crístológicos, buscando en vano en las curvas de la frente o en el implante de la barba un desmentido fáctico. Esta tragedia era la nuestra. El Che era nuestro mejor antídoto a la mística maoísta. Janette Habel había traído de Cuba y traducido *El Socialismo y el Hombre*. En el *Discurso de Argel* descubríamos una audaz denuncia del egoísmo burocrático soviético. El mensaje testamentario a la conferencia Tricontinental fue el Manifiesto internacionalista de nuestra generación. Sentíamos la "trágica soledad" del pueblo vietnamita. Ella nos dictaba un imperativo categórico de solidaridad: "¡Crear dos, tres, muchos Vietnam!". Frente a las jerarquías soviéticas y chinas, dedicadas a una fatal "guerra de zancadillas" a costa de los pueblos indochinos, nos sentíamos investidos de una misión internacional y buscábamos nuestro camino al lado de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (la OLAS) [13].

Nuestro mítin de homenaje al heroico guerrillero muerto llenó la sala de la Mutualité. Tomó la palabra Maurice Nadeau, recién regresado de La Habana, donde habia asistido a la conferencia de la OLAS. Ernest Mandel trazó un retrato del Che, al que había conocido en el debate económico de 1964 sobre los estímulos morales y materiales. Con un nudo en la garganta, entonamos el *Canto de los Mártires*[14] *(Vous êtes tom-om-ombés…*), o más bien acompañamos al disco con voz vacilante, repitiendo con fuerza el estribillo para darnos ánimo:

Pero ha sonado la hora, y el pueblo vencedor…

El comienzo de curso 67 olía a pólvora. Se intensificaban los bombardeos americanos sobre Vietnam. En Francia, las ordenanzas gaullistas provocaban un ascenso de la agitación social. Después de la emblemática huelga de la Rhodiaceta, las de Caen y de Rendon acabaron en motín. Militábamos a tiempo completo en el campus de Nanterre, donde la JCR estaba bien implantada [15].

Nanterre-la-Locura tenía bien merecido su nombre. La prensa de la época describía la cenagosa *no man's land* [tierra de nadie] del campus, encajonado entre los *bidonvilles* fotografiados por Élie Kagan durante la guerra de Argelia y las columnas todavía desparramadas de casas baratas. La barraca que hacía de estación tenia todo el aspecto de un apeadero destartalado del Far West, perdido a las puertas del desierto. Una vez en el campus, la jornada transcurría entre la cafetería, el restaurante universitario y la residencia, sin frecuentar mucho las aulas. Se encadenaban las reuniones. La mayor parte del tiempo, hacíamos causa común con la banda de los anarcos animada por Jean-Pierre Duteuil y Daniel Cohn-Bendit. Cuando un comando facha de *Occidente* desembarcaba de París para una incursión salvaje en nuestro territorio (casi) liberado, Xavier Langlade y Jacques Tarnero organizaban la autodefensa de este santuario inexpugnable. Cuando el decano Grapin, derogando los principios de franquicia universitaria, autorizó a la policía a intervenir en el interior de los edificios, sufrió la misma suerte que los invasores pronazis y fue pronto echada fuera de sus muros.

Estas actividades tan variadas como desbordantes casi no dejaban tiempo para el estudio. Brossat y yo estábamos inscritos en un master bajo la dirección de Henri Lefebvre. Alain se ocupó valientemente de la "noción de cambio de campo" de Althusser y Foucault. Inspirado por un sexto sentido político, elegí como tema "La noción de crisis revolucionaria en Lenin". Lefebvre aceptó con benevolencia dirigir estas "investigaciones" heterodoxas. Paralelamente debíamos seguir el seminario de Paul Ricoeur sobre Cassirer y las formas simbólicas. Teníamos cosas mejores que pensar que en juguetear con esas sutilezas hermeneúticas, sobre todo porque Ricoeur aparecía entonces como la prueba de una época filosófica caduca, condenada al cubo de la basura de la prehistoria por la hegemonía estructuralista.

Lo poco que aprendimos aquel año fue "al amor de la lumbre". Brossat sacaba su laya de conceptos para combatir el cambio de campo. Denise Avenas anotaba estudiosamente *El Capital* para iniciar a un grupo bachiller de Rueil en la teoría del valor-trabajo. Entre la lectura de *El guardián entre el centeno* de Salinger y *Las cosas* de Perec, Martine se dedicaba con moderación a la sociología, sobre todo desde el punto de vista de la novela policíaca. En cuanto a mí, como el autodidacta de *La Náusea*, leía por orden cronológico las *Obras* casi completas de Lenin, compradas en grupos de cinco, cada fin de mes, en la librería Racine.

El movimiento estudiantil iba ganando amplitud en Italia y Alemania. Apenas un puñado (JCR y anarcos sólo) protestamos en la desierta y glacial explanada de los Inválidos contra la represión que sufrían Modzelewski y Kuron en Polonia. Difundimos su *Carta abierta al Partido Obrero Polaco*, traducida y multicopiada por nuestra cuenta. En febrero de 1968, partimos *nach Berlin* [hacia Berlín] para manifestarnos por Vietnam. Las manifestaciones internacionales no eran todavía moneda corriente. Berlín, con su "universidad crítica" animada por los estudiantes del SDS, figuraba como la capital de la contestación, a caballo entre las dos Europas. El nombre de Adorno no nos decía gran cosa. De Marcuse, justo conocíamos *Eros y Civilización*, traducido por Boris Fraenkel para las ediciones de Minuit. *El Hombre unidimensional* no apareció en francés hasta el otoño de 1968. En cambio, conocíamos la influencia ejercida por Lefebvre y su crítica de la vida cotidiana sobre la Internacional situacionista.

Llenamos un autocar de nanterreses para la expedición berlinesa. Eran de la partida Manuel Castells, entonces asistente en sociología, Paulo Paranagua, un muy joven surrealista, hijo de un diplomático brasileño, y Sophie Petersen. El viaje en enero por las llanuras nevadas duró más de veinticuatro horas. Para pasar el rato, repetíamos cánticos revolucionarios y seguíamos por el transistor los logros de Jean-Claude Killy en los Juegos de Grenoble. En la frontera alemana oriental, los *vopos,* avisados de que íbamos a Berlín para una causa justa, nos dieron una buena acogida. Alain Krivine había trabado lazos privilegiados con el SDS. La víspera de la manifa, su carismático líder Rudi Dutschke nos hizo el honor de una visita. Nos impactó el encanto magnético de este hombre pequeño y desbordante de alegre malicia. Al día siguiente, casi medio siglo después del asesinato de Rosa Luxemburg, decenas de miles desfilábamos por el Kurfürstendamm. La multitud juvenil repetía con buen humor: "*Wir sind eine kleine, radicale Minderheit*!". ["¡Somos una pequeña minoría radical!"]

De vuelta a París, esta "pequeña minoría radical" redobló su ardor. En medio de esta efervescencia, Xavier Langlade fue detenido en una manifestación contra la sede de American Express. Al día siguiente, alrededor del café cortado matinal, Brossat sugirió una acción de solidaridad en ruptura con la rutina habitual. En lugar de desplegar prudentemente unas pancartas, ejerceríamos nuestro talento para los *graffitis* dentro de los vestíbulos y de las aulas.

En tiempos en que las plantillas y las pintadas todavía no causaban furor, esta simple trasgresión escritural de inspiración situacionista tuvo el efecto de un detonador. Se vio aparecer en las grandes cristaleras interiores frases propicias a la meditación, como "La transparencia no es transcendencia". La mano anónima que trazó esas palabras ignoraba que, treinta años más tarde, el ideal de transparencia se convertiría en el mantra del panóptico mediático y que el "deseo de transparencia"[16] consumaría la gran cofradía de los aparentes. No importa: la explosión poético-mural de Mayo ya estaba lanzada.

De una cosa a otra, en una escalada de desafíos, la jornada acabó en apoteosis, con la profanación simbólica de la sala del consejo, ocupada. Una sesentena de rebeldes festejaron el acontecimiento hasta la madrugada. Servidumbre militante obliga, me perdi ese alegre desenlace: tenía que acudir aquella tarde a una reunión de jóvenes trabajadores en Levallois. Bajo el impulso de esta memorable jornada, organizamos una jornada de puertas abiertas en la facultad. El sol fue cómplice. Las comisiones retozaron sobre el inmundo césped. De estas cabriolas nació el movimiento del 22 de marzo. Se definió como antiimperialista (solidario con los pueblos indochino y cubano), antiburocrático (solidario con los estudiantes polacos y la primavera de Praga), anticapitalista (solidario con los obreros de Caen y de Redon),

La JCR aprovechó la tregua de pascua para hacer cónclave. Estuvimos a un paso de aporrearnos con las sillas por una cuestión menor, las elecciones en la Mutua estudiantil. Henri Weber, apoyado por los partidarios de un sindicalismo estudiantil tradicional (entre ellos Guy Hocquenghem y Henri Maler) reprochaba a nuestra comuna nanterresa su comprometedora alianza con los libertarios. Los falsos hermanos (enemigos) lambertistas me llegaron a acusar de haber tratado a los sindicatos de burdeles, y a la UNEF de puta. Era pura calumnia. Sin pretender ser un ferviente feminista de primera hora, ése no era mi vocabulario.

Así estaban las cosas cuando nos llegó la noticia del atentado contra Rudi Dutschke, abatido por un pistolero mientras circulaba en bicicleta por las calles de Berlín. Se encontraba en coma, entre la vida y la muerte. Volvíamos a verlo lleno de ánimo, galvanizando la manifa de Berlín por Vietnam. Junto a los anarcos, salimos en seguida a manifestarnos delante de la embajada de Alemania. El pequeño cortejo se resistía a dispersarse. Una consigna transmitida poco a poco fijó una nueva cita en el Boul'Mich [Boulevard Sain-Michel]. Allí quiso interponerse la policía. Su intervención enfureció a la pequeña tropa. En la esquina de la calle de las Escuelas, cualquier cosa sirvió de proyectil: de la terraza del Sélect Latin volaron vasos, tazas, garrafas, sillas, veladores. Las señales de tráfico fueron derribadas, arrancadas las rejillas de hierro al pie de los árboles. Era uno de esos momentos imprevisibles en que el miedo al quepis y a la porra se evapora como por encanto. Uno se siente de pronto invulnerable. Sólo después se comprenden esos signos imperceptibles que anuncian un cambio inminente del ambiente de fondo. La manifestación por Berlín aparece *a posteriori* como una especie de prólogo de Mayo 68, y las refriegas pascuales del Barrio Latino como la prefiguración de las barricadas de la calle Gay-Lussac.

Después de esta llamarada, parecía que el año universitario debía acabar sobre ruedas. Era ya tiempo de pensar en redactar mi memoria sobre Lenin y la crisis. Con Martine, nos fuimos en autostop para retirarnos a estudiar en la cabaña de mi madre, en Saint-Pierre-la-Mer. De paso por Toulouse, arengamos a un aula repleta de la facultad Albert-Lautman (nombre del gran lógico −tío de Alain Krivine− ejecutado por los nazis), contando con detalle la epopeya nanterresa. El auditorio, muy animado, salió en manifestación, barriendo de paso a un grupo de *Occidente* (donde seguramente estaría Bernard Antony, el futuro "Romain Marie" del Frente Nacional). Hermano pequeño del "22 de marzo", había nacido el Movimiento del 25 de abril.

Partimos hacia la costa de Aude con el sentimiento del deber cumplido. Hacía un tiempo magnífico. Pasábamos largas horas tostándonos en las rocas, anotando los voluminosos volúmenes de Lenin. Por la mañana, iba corriendo hasta el pequeño puerto de Brossolette para comprar *Le Monde*. Un hermoso día, los titulares anunciaron que la Sorbona estaba ocupada por la policía y el Barrio Latino amotinado. Inmediatamente volvimos a embalar a Lenin, los bañadores y las cremas bronceadores.

La JCR había reservado acertadamente la gran sala de la Mutualité para un mítin europeo el 9 de mayo. Yo debía intervenir como militante del "22 de marzo", junto a Ernest Mandel,

Massimo Gorla (futuro diputado italiano), Paolo Flores d'Arcais (uno de los impulsores, junto a Nanni Moretti, de los *girotondi* contra Berlusconi) y Henri Weber. Por la tarde tuvo lugar una sentada improvisada en la plaza de la Sorbona, en la que Dany Cohn-Bendit trató con aspereza a Aragon, llamándole crápula estalinista. Iba llegando la hora y comenzamos a preocuparnos por la suerte de nuestro mítin. Entonces Weber tuvo entonces la idea de ofrecérselo al movimiento, abriendo la tribuna y retirando (en una innovadora operación de *No Logo*) las siglas que decoraban la sala. Cohn-Bendit se unió a los oradores inicialmente previstos. Al día siguiente fue la tremenda noche de las barricadas.

Partiendo del viejo león de Denfert, la manifestación en protesta contra el cierre de la Sorbona llegó al cruce del Luxembourg, donde vaciló, sin decidirse a dispersarse. De pronto, golpes sordos. Se estaban extrayendo adoquines. ¿Provocación? ¿Innovación? ¿Espontánea repetición simbólica de un gesto que recordaba los gloriosos precedentes de la calle Saint-Merri, de la calle de la Fontaine-au-Roi (defendida por Varlin, Ferré y Jean-Baptiste Clément), de la calle Ramponeau (donde disparó Lissagaray), del cruce Ledru-Rollin (donde cayó el diputado Baudin)? En varios momentos pareció que este arrebato se iba a extinguir con la caída de la noche. Pero aparecieron motosierras, no se sabe de dónde. Cayeron árboles. Coches volcados, transformados en murallas, con troneras y matacanes. Los barricadistas rivalizaban en imaginación, como si participasen en el concurso del más hermoso edificio subversivo, decorando los adoquines con macetas de flores, con telas, con piezas antiguas. ¡La barricada más generosamente inútil fue levantada, por una especie de ironía, voluntaria o no, delante del… *impasse* [callejón sin salida] Royer-Collard! Pero sus defensores no mostraron menos determinación contra cualquier idea de rendición.

De madrugada, nos encontramos, con Alain Krivine y un puñado de extenuados supervivientes, con los ojos enrojecidos y lagrimeantes, en el patio de la ENS de Ulm. Algunos alumnos maoístas de la Escuela Normal, que habían corrido a esconderse la víspera por la noche, denunciando ese capricho de "jardinería pequeño burguesa", emergían corridos de vergüenza de sus sueños escarlatas.

Había comenzado Mayo 68.

No hace falta volver a contar las peripecias de este mes, vividas día a día en una confusión comparable a la de Fabrice en Waterloo[17]. Marchamos bajo los muros de Renault-Billancourt como si fueran a derrumbarse, a la manera de las murallas de Jericó, con el sonido de nuestros roncos megáfonos. Enviado a Bruselas a propagar la buena nueva, fui expulsado de Bélgica y prohibida la residencia, tras un mítin con mucho humo en la cervecera del Maillot Jaune. Una columna motorizada de militantes belgas escoltó el coche del alcalde del barrio de Saint-Gilles que me llevaba de nuevo a Francia. En la Sorbona tuvimos reuniones regulares de formación y publicamos un modesto boletín diario a doble cara, titulado simplemente *Aujourd'hui* [Hoy]. La mayor parte del tiempo yo me encargaba de la redacción, junto a Henri Weber y Guy Hocquenghem. La noche en que ardió la Bolsa, Krivine, Weber y yo habíamos querido levantar la cabeza del guión para reflexionar sobre la continuidad de los acontecimientos. Aquel 24 de mayo sentíamos claramente que el movimiento estaba en un punto de inflexión. Apenas llegados a su apartamento de la calle Saint-Georges, Alain encendió la radio mientras abría una lata de sardinas. Todavía se peleaba en el Barrio [Latino]. Henri lo veía como la confirmación de que la imaginación se ahogaba y de que el movimiento comenzaba a morderse la cola. Siempre activista, Alain quiso volver a salir a mitad de la noche a recorrer las últimas barricadas. Furioso ante esta febril agitación, Henri se fue a acostar. Seguramente tenía razón. De pronto, en el Boulevard Raspail, unos matones nos agarraron a Alain y a mí y nos arrojaron a una camioneta camuflada con un inquietante acolchado. Nos esperamos lo peor. Pero sólo fue una intimidación.

A finales de junio, la JCR fue disuelta por decisión del gobierno, al mismo tiempo que otras organizaciones como Voz Obrera (hoy Lucha Obrera), Una decena de camaradas, entre ellos Pierre Rousset, Isaac Joshua y Alain Krivine (demasiado conocido ya para no resultar molesto en situación de clandestinidad) se encontrabron [presos] en la Santé, mientras que algunas

camaradas mujeres, como Pierrette Chenot, fueron encarceladas en la Roquette. Se aprovechó el verano para restablecer las distendidas relaciones entre los grupos locales, para poner en pie buzones de cartas y contactos fiables, para echar las bases de una estructura clandestina y preparar una vuelta estruendosa.

Por medio de Jean Labib, Weber y yo habíamos encontrado refugio en casa de Marguerite Duras, en la calle Saint-Benoît nº 5. Por razones de seguridad, este retiro tan poco discreto en el corazón del barrio de Saint-Germain-des-Prés era absurdo. Era imposible bajar a comprar una *baguette* al mercado de Buci sin encontrar a algún conocido. La mayor parte del tiempo estábamos emparedados. El mes de julio fue muy caluroso. Nos habíamos comprometido por contrato a entregar a ediciones Maspero a partir de otoño un libro sobre Mayo, escrito en caliente, sin perspectiva, sin documentación ni archivos, y sobre todo sin experiencia de escribir. Marguerite estaba dudosa, pero tuvo la delicadeza de no desanimarnos. Para sostener nuestros ardores grafómanos, habíamos descubierto bajo el fregadero una reserva de *pisse-dru*[18], Ella trabajaba en un rodaje y traía a casa las sobras del buffet de plató, con las que nos pegábamos un festín. Un día, en su ausencia, recibimos la visita de un grupo de patibularios "*katangueños*"[19] que habían venido a robar a "la vieja" (*sic*) en nombre del proletariado. Rechazamos a los intrusos. Aunque nada descontenta por tener a domicilio dos devotos guardaespaldas, Marguerite hizo instalar un ojo de buey.

Mientras nos deslomábamos trabajando en nuestro castigo de vacaciones, ella recibía a menudo la visita vespertina de Dionys Mascolo, de Robert Antelme y de Maurice Blanchot. Formaban parte del Comité Estudiantes-Escritores, cuyo manifiesto, publicado en *Lettres Nouvelles*, se comprometía imprudentemente a renunciar a las firmas de autor. Para nuestra gran vergüenza, todavía no habíamos leído *La Especie Humana* de Antelme, ni *El Comunismo* de Mascolo, y tampoco gran cosa de Blanchot, aparte de *Thomas el Oscuro*. De Marguerite, Henri conocía *Un dique contra el Pacífico*. Me propuse rellenar mis lagunas cogiendo de las estanterías *Diez horas y media de una tarde en verano* o *Una tarde del señor Andemas*. Aú considerando nuestras urgencias militantes, nos faltó curiosidad y apenas prestamos atención a los conciliábulos de nuestros anfitriones. Todavía hoy lamento haber pasado de largo de este valioso encuentro.

Durante un tiempo, Marguerite aceptó servir de buzón y recibir el correo de la Liga. Yo iba a recoger ese correo, haciéndole compañía mientras ella desayunaba huevos al plato en la cervecería del Pré aux Clercs.

En agosto, Henri y yo continuamos por separado nuestros trabajos de escritura, antes de volvernos a ver cerca de Vauvert, en una masía de la familia Lamour. Compañera del economista Michel Gutelman, especialista en cuestiones agrarias, Catherine Lamour acababa de adherirse a la Liga. Entre una *abrivada*[20] y un estofado de toro del Gard, organizábamos expediciones para embadurnar con alquitrán (prácticamente indeleble) "*Liberez Krivine et Rousset!*" [Libertad par Krivine y Rousset]

Durante este tiempo, Jean Labib y Michel Rotman se dedicaron a recorrer el Hexágono para restablecer las comunicaciones con las secciones locales y a poner en pie un sistema de cotizaciones que necesitábamos de forma apremiante. A pesar de tener una dirección nacional parcialmente decapitada por las detenciones, las secciones respondían por sus propios medios a las exigencias de la situación. Lo mismo ocurrió durante nuestra segunda disolución, en junio de 1973. A pesar de su reputación leninista, nuestra organización reticular se las arreglaba bastante bien sin sus dirigentes. Una bomba podría haber aniquilado a su comité central sin que la organización dejase de funcionar, porque cada militante era una conjuración en sí mismo (misma).

Los colegas Rotman y Labib hicieron bien las cosas. Desde final de agosto, pudimos reunir en Bruselas a nuestra dirección nacional al completo (a excepción de los presos en la Santé), tras un cruce discreto de la frontera por campos de remolacha y lúpulo. Reencuentros, emociones, efusiones, relatos… Conclusión práctico-teórica: Mayo 68 no era más que un comienzo, "un ensayo general", una pálida copia de Febrero. Había que aplicarse sin tardar en los preparativos de Octubre. Los derechos abonados por Maspero a los coautores de *Mayo 68, ensayo general,* financiaron el lanzamiento de nuestro *Iskra*, un periódico con la función de

“organizador colectivo” que anunciaba con orgullo su color, *Rouge* [Rojo], título elegido por consejo de Jean Chalit.

Nuestra estancia en Bruselas fue lo bastante larga para compadecernos de los pobres Marx, Hugo y todos aquellos que, en sus peripecias represivas, tuvieron que buscar un día refugio en Bélgica. No está en cuestión la generosa hospitalidad de nuestros camaradas belgas, todo lo contrario. Estábamos albergados en un local clandestino de la sección belga de la IV Internacional, en medio de pilas de revistas y periódicos sin vender, oliendo a moho y a tabaco frío. Pero nada en esta ciudad podía contrarrestar la aversión que inspiró a Baudelaire. La plaza de Brouckère había perdido el encanto que todavía tenía para los antepasados de Jacques Brel. Las jarras de cerveza fresca ingurgitadas en la plaza del Ayuntamiento (cerca de la casa donde residió Marx en 1846) y los mejillones con patatas fritas de Chez Léon (que todavía no se había convertido en la cadena internacional especializada en molusco y patatas fritas) no bastaron para alegrar nuestro exilio en miniatura.

Dada la composición social de nuestra organización, en su gran mayoría bachiller y universitaria, el horizonte era la vuelta al curso. En Bruselas, recibimos la visita de una delegación del PSU, encabezada por Marc Heurgon y Jacques Sauvageot, entonces presidente en ejercicio de la UNEF. Nuestras conversaciones sobre el futuro del sindicalismo estudiantil se atascaron. El PSU quería conservar el control de su microaparato y nosotros subestimábamos los retos financieros de las batallas en torno a la gestión de la MNEF. Algunos meses más tarde, el congreso de Marsella de la UNEF concluyó, en víspera de Navidad, con una batalla nocturna de procedimiento, durante la cual los abogados salvaron a la dirección saliente, invalidando por vicios administrativos a las grandes secciones locales cuya mayoría había basculado hacia la izquierda bajo la presión del movimiento. De madrugada, con la boca pastosa, engañados y doloridos, formábamos un pequeño grupo en el atrio de la facultad Saint-Charles (entre otros Samuel Joshua, Sami Naïr, Joanny Hocquenghem). Vimos salir el pálido sol de diciembre, rumiando esta vergonzante lección de maniobra burocrática.

Pero la UNEF estaba perdiendo ya su importancia. La policía mexicana disparaba sobre los manifestantes de la plaza Tlatelolco. Los estudiantes se levantaban en Pakistán. Puños enguantados en negro se alzaban en el podio olímpico de los Juegos de Mexico. El planeta parecía cubrirse de hogueras, y nosotros sólo queríamos ver su luz.

La historia nos mordía la nuca.

Todavía no había llegado el tiempo de la lenta impaciencia.

NOTAS CAPITULO 5

1. Heinrich Heine, *De l'Allemagne*, op.cit., p. 75

2. *Hussard noir*, Húsar negro, denominación que se daba a los enseñantes públicos en época de la III República francesa, tras las leyes de Jules Ferry. Al parecer, a causa del uniforme, aunque también por cierta idealización de su destino (el sobrenombre lo introdujo Péguy). Húsar rojo, título que se autoadjudicaron muchos enseñantes de izquierdas. (N de T)

3. Famosa editorial filosófica especializada en los clásicos. (N de T).

4. O más tarde, y en un género diferente, François Bon, artesano de una prosa poética del tiempo, de las máquinas, de la materia y del paisaje.

5. Jean-Christophe Bailly fue militante de la Liga Comunista en Nanterre después del 68. Dijo haberla abandonado cuando las pesadillas sobre una hipotética fusión con Lucha Obrera comenzaron a inhibir su imaginación poética. Serge Pey, que se unió a la Liga después del 68, sigue siendo un amigo y un poeta, internacionalmente reconocido, con una inventiva inagotable.

6. *Acedia*: para los cristianos, un estado de tristeza que impide alegrarse con la idea de Dios; trastorno de melancolía. (N de T)

7. *La Pléiade* es una colección editada por Gallimard (utilizando el nombre de un movimiento literario del siglo XVI) que publica a los principales poetas franceses. (N de T)

8. Que aparece en *La Chinoise*, de Jean-Luc Godard. Resultó muerto algunos años después en una prisión senegalesa.

9. De J.-P.Sartre (N de T)

10. Como Jean-Luc Painaut, Michel Tourneux, Gilbert Vaudey-Jederman (predispuesto por su cultura surrealista y su pasión por los poeta del *Gran Jeu* contra el pueril catecismo maoísta) o Jean-François Petillot (que después sería traductor de Stefan Zweig).

11. *Gedeones*: los "grandes dirigentes", según la fórmula utilizada por Gilles *Châtelet en Vivre et penser comme des porcs*, Paris, Exils, 1998.

12. Además de Pierre Rousset, el hijo de David, anfitrión de estos lugares, el círculo reunía a Henri Weber, Pascale Werner, Dominique Mehl, Bertrand Marie, Bertrand Prouet, Josette y Jeanine Trat, Philippe Mussat, Jean-Michel Gerassy. Marc Sautet, el futuro gurú de los cafes filosóficos, hizo algunas apariciones. El único *ulmard* [de la Escuela de la calle Ulm] entre nosotros, Hocquenghem aparecía de forma intermitente, prestigiado por su diferencia, siempre rechinando y extrañamente hermoso. Venía de otro mundo, donde encarnaba en solitario nuestra disidencia en la disidencia.

13. Constituída aquel año en La Habana a iniciativa de los cubanos, François Maspero acababa de editar los documentos en un número especial de la revista *Partisans*.

14. Marcha fúnebre e himno revolucionario, de la época de la revolución rusa de 1905. (N de T)

15. Nuestro círculo contaba en sus filas con Xavier Langlade, Bernard Conein, Jean-François Godchau, Nicole Lapierre, Marc Sandberg, Alain Frappard, Dominique y Florence Prudhomme, Scalabrino, Brossat, Denise Avenas, Martine y yo mismo. Durante el año, se unieron a nosotros Aron Barzman (hijo de un guionista americano víctima del maccarthysmo), Pierrette Bourgoin (la hija del coronel), Sophie Petersen (futura consejera en el Elíseo con Mitterrand), Raymond Piskor, Danièle Schulman, Jacques Rzepsky, Manuel Castells (refugiado español, militante de Acción Comunista, entonces joven encargado de curso de sociología), Evelyne Haas (la compañera de Serge July, cofirmante junto a Geismar y él, del memorable *Hacia la guerra civil*). Brigitte Jacque y Pascal Bonitzer hicieron apariciones furtivas.

16. Michel Surya, *De la domination*, Tours, Farrago, 1999, p. 33.

17. Ver Daniel Bensaïd y Henri Weber, *Mai 68: une répétition générale*, París, Maspero, 1968; y Daniel Bensaïd y Alain Krivine, *Mai Si!*, París, La Bréche, 1988.

18. Vino Beaujolais, de variedad de viña "Pisse-Dru" (N de T)

19. *Katangais*, banda equívoca que apareció en medio de los combates de Mayo 68. Empleaba palabrería muy radical y realizaba acciones violentas y exacciones económicas. Acabaron siendo expulsados de la Sorbona por estudiantes revolucionarios. (N de T)

20. *Abrivada*, especie de encierro de toros en Arles. (N de T)

Mayo Sí (caso no cerrado)

"Creemos que una revolución es una solución limpia, y sabemos que esto tampoco es exacto. Son burdas simplificaciones de las cosas."

Paul Valery
Variations, II

"Al intentar explicar el presente por el pasado, se reconoce al mismo tiempo cómo el pasado se vuelve inteligible por el presente y qué luz toma en cada nueva jornada; nuestros hacedores de manuales históricos nunca lo han sospechado. Ellos creían que los actos de la historia de la revolución estaban cerrados, y ya habían pronunciado su juicio definitivo sobre los hombres y sobre las cosas"

Heinrich Heine
De la France

Basta de machaqueo sesentayochista, de pegamento generacional, de sublimados recuerdos de dormitorio en la más bella edad de la vida. Ya se ha dicho demasiado, y hecho demasiado. Una montaña de lo que era un pliegue o un altozano en une triste llanura, pero no una cima histórica lanzándose al asalto de los cielos. No nacimos a la acción política en el 68, y no somos rehenes de este nacimiento imaginario[1].

Pero como cualquier acontecimiento auténtico, el "caso 68" no está cerrado. La socióloga americana Kristin Ross[2] ha desmontado hace poco el laborioso trabajo de "gestión memorial" que, tras treinta años de celebraciones y de conmemoraciones, ha acabado por reducir la huelga general más importante de la historia a un monomio juvenil o a una banal "limpieza de primavera".

Esta empresa de desactivación de minas ha llegado a su culminación con la fórmula de un sociólogo alemán que sostiene que "en 1968 en Francia no ocurrió nada" [3]. El espejismo de un acontecimiento sólo habría enmascarado el auténtico acontecimiento de la Primavera de Praga. Preocupados por justificar su trayectoria posterior, muchos "actores de Mayo" han contribuído generosamente a esta revisión, acompañando y nutriendo con su testimonio autorizado la reacción liberal de los años ochenta. Desde 1977, Gilles Deleuze ya había percibido en el odio y rencor manifestados por los nuevos filósofos contra Mayo 68, el sig**o** irrefutable de una elevación del "umbral habitual de imbecilidad[4]"

Se trataría por tanto de una empresa de despolitización y de deshistorización. En vez de abrir un campo inédito de posibles, el acontecimiento queda reducido a un simple eslabón, inserto en un largo proceso de modernización y de *aggiornamento* cultural. En lugar de mostrar las contradicciones del capitalismo contemporáneo, la explosión social no es más que un acelerador que permite "la realización de sus deseos más profundos". "Siguiendo esta teleología del presente, la historia oficial elimina la memoria de las alternativas pasadas, donde se podrían entrever otros desenlaces posibles de lo que efectivamente ocurrió" [5]. La ruptura temporal se difumina en la repetición de lo mismo. No ocurrió nada que hubiera podido alterar el orden inmutable de los trabajos y los días.

Un año después de las jornadas de Junio de 1848, que partieron en dos el curso de la historia moderna, Auguste Comte publicó su *Calendario positivista* o *Calendario general de conmemoración pública*. Asignaba a la conmemoración la función de "desarrollar

profundamente en la generación actual el sentimiento de continuidad", con el fin de "hacer que prevalezca convenientemente el espíritu orgánico sobre el espíritu crítico" y contribuir a que "orden y progreso" triunfen definitivamente sobre "las utopías subversivas": "Cuando el sacerdocio de la Humanidad haya conseguido así libremente adoptar su teoría del pasado, habrá tomado, de esa manera, posesión del futuro". Llevado por su pasión normativa y por su procupación por conjurar los tumultos revolucionarios, Comte profetizaba "el advenimiento social de la única filosofía [la suya] que pueda terminar la revolución occidental". De acuerdo con esta lógica de rueda dentada, Rousseau quedó excluído del calendario positivista, a causa de su "espíritu crítico". El querido Blanqui tenía razón al considerar que el positivismo no era más que una "execrable doctrina del fatalismo histórico", según el cual "lo que ocurre está bien, sólo porque ocurre"[6].

En 1998, los oficiantes mediáticos de las ceremonias del trentenario hicieron positivismo sin saberlo, anticipando la ocurrencia del barón Seillière[7] para quien "el nuevo positivismo" constituye el discurso apologético adecuado del nuevo orden liberal. Los sesentayochistas cansados y arrepentidos pretendían cultivar por su parte el sentimiento de continuidad, y hacer prevalecer sobre las utopías subversivas de antaño el progreso a paso de tortuga de la democracia de mercado. Creyeron poder domesticar el futuro apropiándose del pasado. Conjurando los espectros de Mayo, quisieron consagrar la victoria del espíritu orgánico del capital sobre el espíritu crítico de la calle, y acabar de una vez por todas con la interminable revolución occidental.

Con el peso de los años, entre renuncias y compromisos, los rebeldes de ayer, reciclados en tonos rosa bombón y verde pálido, o reconvertidos a la bufonada mediática, al reducir el acontecimiento político a un banal despecho amoroso o a una gran herida narcisista, se han dedicado a considerar sus propias emociones de juventud con la conmovedora condescendencia de la edad madura y adulta, adultos envejecidos y maduros enranciados.

No había llegado todavía el asfalto a cubrir los adoquines cuando, ya desde el otoño del 68, el mito había saltado sobre las espaldas de la Historia. Hubo la "revolución inencontrable", ejercicio de exorcismo en caliente ejecutado con cierto talento por Raymond Aron. Hubo el mayo juicioso y laborioso "de los proletarios", revisado por Georges Séguy, para aplicar una ducha fría a los ardores líricos de la primavera. Hubo, en sentido contrario, las baladronadas marciales de Alain Geismar y de Serge July en su memorable ensayo *Hacia la guerra civil*. Con el pequeño libro rojo en el puño, André Glucksmann celebraba la victoria definitiva del "Viento del Este" sobre el viento del Oeste. No es sorprendente que estos predicadores de la nueva resistencia popular se hayan espantado después ante sus propias pulsiones totalitarias. Tardaron poco en metamorfearse en los nuevos cruzados de Occidente, surfeando en el viento realmente dominante, por supuesto el viento del Oeste. Prudentemente retirado de la escena a la espera de que le llegase su hora, Mitterrand se contentaba con acariciar su "parte de verdad".

De manera más sobria, nosotros hablábamos de "ensayo general". También era exagerado, sin duda. Pero desde luego menos delirante que las grandezas líricas de los futuros ex–nuevos filósofos.

En 1978 el coche-escoba de la Unión (y de la desunión) de la izquierda había pasado por ahí. "¡Una sola solución, el Programa Común!", habían coreado durante seis años los cortejos Nation-Bastille-République y vuelta. Corolario lógico: no hay programa común = no hay solución. Duelo por las grandes esperanzas y entierro sin mucha pompa del anunciado cambio.

El décimo aniversario todavía ofreció la ocasión para una controversia estratégica. Habían caído las dictaduras en Grecia, en Portugal, en España. En Francia, a pesar de su división, la izquierda había rozado la victoria en las elecciones legislativas de marzo. Rivalizando con la democracia cristiana, el partido comunista italiano había alcanzado en 1976 su apogeo electoral. Los partidos comunistas del sur de Europa intentaban su renovación eurocomunista. Se debatía apasionadamente sobre el golpe de Estado en Chile, sobre la revolución portuguesa de los claveles, sobre la transición monárquica negociada en España. Se polemizaba con ardor sobre el poder popular, la huelga general, la autogestión, las zonas liberadas y la insurrección armada. Pero los vientos ya habían empezado a arremolinarse. La

era *TINA*, *There Is No Alternative* [*No hay alternativa*], iba a iniciarse en la Inglaterra de Thatcher y en la América de Reagan.

En Francia, la derecha giscardiana estaba en el poder. Convertidos en consejeros virtuales del príncipe, los pretendientes del 68 tascaban todavía el freno en las antecámaras, con un pie puesto ya en el resquicio de la puerta. Excedido por el énfasis de un gesto sesentayochesco observado a distancia, Régis Debray anunciaba las celebraciones postmodernas de Mayo: "La república burguesa había festejado su nacimiento en la toma de la Bastilla, un día festejará su renacimiento en el uso de la palabra de 1968". El movimiento de contestación aparecía retrospectivamente como una recuperación cultural consistente en "dar costumbres [morales] a la industrialización"[8]. Este movimiento habría contribuido a sacudir y a romper los valores colectivos que frenaban la nueva expansión del capital, "las dos religiones solidarias de la nación y del proletariado". Después de Mayo, y gracias a él, "lo privado se come a lo público": "la comunión de los egos en las barricadas se ha convertido en egocentrismo generalizado, el don de sí en culto del yo, la exaltación de las libertades en ratificación de las desigualdades". Este desprecio resentido anunciaba con la cabeza vuelta la reacción contra el "pensamiento 68"[9], bajo el tema: "¡Es culpa del 68 y de los sesentayochistas!". Anticipaba también, con un agudo sentido de la oportunidad, la reinterpretación autojustificatoria de Mayo por parte de los adheridos al mitterrandismo victorioso.

En 1988, cambio de decorado. El 68 festejaba sus veinte años, y no era por cierto su más bella edad. Mitterrand iniciaba su segundo septenio. El sesentayochista estaba en la cuarentena canosa y aburguesada. ¡Por fin ricos y famosos! Con un estilo de telenovela −"¡amor, gloria y belleza!"− la *success story* de Hamon y Rotman ofrecía a esta generación satisfecha su novela de aprendizaje. El azul del buzo ya estaba pasado de moda. La historia social también. Las masas y las clases se habían borrado de la foto recuerdo. Era la hora de las intrigas palaciegas, de las encantadoras princesas y príncipes de la Mitterrandia.

La quisimos tanto[10]*…*

Variante narcisista:

Nos hemos querido tanto…

Adiós a los amores y a las armas.

¡Hagan sitio a la realpolitik!

Después de la imaginación al poder, ¡"la imaginación en el buen sentido! [11]"

En plena reacción liberal reaganiana y thatcheriana, las ceremonias del vigésimo aniversario tuvieron el aspecto de una batalla de memorias, dividiendo a una generación repartida −desigualmente− entre rebeldes y arrepentidos. El ascensor social de la promoción Mitterrand y el apetito de poder habían hecho su trabajo. En adelante, era conveniente reducir Mayo 68 a un fenómeno generacional y cultural, a un levantamiento de la juventud contra los arcaísmos de un Estado jacobino centralizador, contra las pudibundeces de un orden moral anticuado y contra la rigidez de las jerarquías sociales establecidas. Su empuje modernizador habría tenido como principales virtudes la promoción de un individualismo hedonista, la liberación sexual, y una aspiración a la descentralización. Dicho de otra manera, una revolución liberal del viejo buen capitalismo. Régis Debray podía anotar con satisfacción esta confirmación de sus sombrías profecías.

En el plano internacional se abría paso el desencanto del tercermundismo y de sus ilusiones líricas. Pascal Bruckner se dedicaba a desculpabilizar al hombre blanco, invitándole a contener sus sollozos. Los nuevos filósofos, que habían descubierto (tarde) el *gulag* a través de Solzhenitsyn (por no haber leído a tiempo a David Rousset, Ante Ciliga o Victor Serge), levantaban ahora el adoquín editorial. En la pantalla de las ideologías, la oposición binaria entre totalitarismo y democracia (sin adjetivos) sustituía a la lucha de clases y al antiimperialismo. La revolución debía ser declarada "imposible, en todas partes y en todo momento" [12].

1998. Treinta años, ya…

Hola, *et caetera*.

Sin volverse del todo rojo, el ambiente iba recuperando color. En Francia desde luego, con las banderas y las hogueras del invierno de 1995. Todavía más en Europa, con la euro-marcha de los parados de 1997 en Amsterdam, Tras los euromercados, las eurodivisas y la euromoneda, llegaban los tiempos de las eurohuelgas, euromarchas, eurorrevueltas, y de las euromanifestaciones de Niza (2000), Génova (2001), Florencia (2002). Desde 1999, la movilización de Seattle contra la Organización Mundial del Comercio iba a dar un nuevo auge a los movimientos de resistencia a la mundialización liberal.

En un libro publicado con ocasión del treinta aniversario, Henri Weber, convertido en 1986 al socialismo fabusiano, caracterizaba "los acontecimientos" de Mayo por su dimensión internacional, por su dinámica sobre todo generacional ("su fuerza matriz no es una clase social, sino una clase de edad") y por su pretensión "democrática y libertaria" [13]. Este tríptico apenas permite comprender lo que, en estos "acontecimientos" (en plural), ha hecho del Mayo francés un acontecimiento singular de alcance internacional. Porque esas características son comunes a todos los grandes movimientos estudiantiles de los años sesenta, de los Estados Unidos a Alemania, pasando por México, Japón, Polonia o Pakistán. La "modernización de las costumbres" forma parte de una sólida tendencia que ha acabado por imponerse, de la Suecia social-demócrata a la *movida* postfranquista en España, sin que se haga de ello toda una historia.

La mirada puesta en el acontecimiento determinaba el balance que, treinta años despúes, se pretendía hacer. Para Weber, era "muy positivo": "A mediados de los años 70, la sociedad francesa se había vuelto mucho más liberal, más democrática, más hedonista, más solidaria, más igualitaria". El giro liberal se había dado, en efecto, Pero, lejos de reforzar la solidaridad y la igualdad, iba a aniquilarlas metódicamente, y a ello contribuyeron no poco los dos septenios de François Mitterrand. ¡Weber en cambio lamentaba "la pronta y ardiente vuelta", tras las huelgas del invierno de 1995, "de la cultura revolucionaria y del anticapitalismo principista", así como "el rebrote de la ideología de la lucha de clases" y "las rigideces introducidas en la economía" por las conquistas sociales! Es positivo todo lo que favorece el acceso de las clases medias a la élite dirigente, son negativas las "rigideces" que estorban el funcionamiento eficaz del capitalismo liberalizado. ¡Una valoración socialmente prototípica!

Kristin Rosse rechaza los dos discursos que concurren en la neutralización política de Mayo 68, Por una parte, la "confiscación biográfica" que reduce el acontecimiento a un "drama generacional", para conjurar mejor el espectro de la lucha de clases en beneficio de un conflicto recurrente de generaciones. Hay que pasar la juventud, dice el refrán[14]. Este truco permite al mismo tiempo instituir a los portavoces mediáticos de la generación como los intérpretes autorizados de los años sesenta: en virtud de una implacabla ley biológica del envejecimiento, que supondría un necesario progreso en el orden de la sabiduría y de la razón, los bohemios insumisos se metamorfosean en bobos asentados y en advenedizos espabilados. El orden puede entonces reinar en el mejor de los mundos capitalistas posibles.

La otra forma de neutralización del acontecimiento es "la anestesia sociológica". Esta recuperación que tiene pretensiones cultas, disuelve la singularidad en las tendencias de fondo, la larga duración y la cuantificación estadística. Repite, a menor escala, la difuminación política inflingida a la Revolución Francesa con ocasión del bicentenario. Cuando ya estaba en curso un proceso de modernización ineluctable, un accidente (los malos consejos prodigados a Louis Capet en 1789, o las torpezas policiales en 1968) habría hecho derrapar la situación y abierto un molesto paréntesis, antes de que la historia retome su curso normal y el progreso su marcha hacia adelante. Esta teoría del derrapaje o de la desviación[15], escamotea la bifurcación del acontecimiento y disuelve la pluralidad de los posibles en la fatalidad del hecho consumado[16]: tras un desafortunado desvío o un lamentable contratiempo, el gran río de la historia volvería tranquilamente a su cauce.

No contentos con banalizar el acontecimiento, estos discursos le imputan la responsabilidad de los arcaísmos y de los “retrasos” acumulados por la sociedad. Al contrariar la fuerza de las cosas, la Revolución Francesa habría creado un país de pequeños propietarios rurales, con sus centenares de quesos y de vinos, retrasando una urbanización y una industrialización liberadoras. De igual manera, Mayo 68 habría reforzado las “rigideces sociales” (léase: ¡los derechos sociales conquistados!) y obstaculizado una reforma liberal inscrita de forma natural en el sentido de la historia. Mientras que Marx fue acusado injustamente de determinismo económico, este determinismo histórico y tecnológico constituye la trama profunda de la retórica neoliberal.

Esta relectura ideológica de Mayo forma parte del “cambio cultural” operado en el campo intelectual hacia finales de los años setenta. Bajo los efectos del reflujo, la “crítica artista” se separa de la “crítica social”[17]. En los años sesenta, en cambio, la reivindicación de justicia social y la crítica de la alienación mercantil iban a la par.

En mayo de 1988, un magazine *enrollado*, *Technikart*, publicaba un número aniversario con una portada con gancho: *¿Fue Mayo 68 un camelo? Encuesta sobre un mito francés*. El conjunto del dossier mostraba, sin florituras, de la forma más llana y clara del mundo, la despolitización liberal-libertaria: “Mayo 68 no fue político sino cultural. No fue revolucionario sino contestatario, no fue utópico sino hedonista. Mayo 68 no fueron los años 70, sino los años 90. Mayo 68 ni siquiera ocurrió en el mes de mayo, sino en marzo [en la universidad de Nanterre]”.

Salida de escena de la huelga general. Vuelta al punto de partida de la “comuna estudiantil” y a sus *stars*.

¿Mayo 68 contra marzo 68? ¿La tosquedad obrera contra la modernidad universitaria? ¿La contrarrevolución proletaria contra la revolución juvenil? Por haber sabido volver a tiempo de sus emociones de juventud y de su “obsesión por la relación con la clase obrera”, Serge July tuvo derecho a las calurosas felicitaciones de los tecno-conjurados. Rechazada la huelga, demasiado pesada, demasiada gente, no lo bastante *light*, no lo bastante *fun*. Conclusión tecno-moderna: “Intentan hacernos tragar un 68 político que nos molesta, el nuestro es social, cultural, es el del 22 de marzo”.

Esta oposición entre la pesadez arcaica de lo social y la insostenible ligereza de la cultura apareció claramente en 1997, cuando Jacques Julliard y Romain Goupil opusieron lo “societal” a lo social, el intenso color hollywoodiense del movimiento contra las leyes Pasqua al anticuado color sepia de los piquetes de huelga, la modernidad triunfante de los creadores de imágenes al conservadurismo limitado y corporativo de los ferroviarios.

Enfático discurso de los nuevos viejos de *Technikart*: “Ser un traidor feliz o un pobre tipo sin cuartos, ésta es la excitante alternativa que nos ha legado la generación del 68 […]. Los años 90 han puesto en marcha un programa revolucionario: reapropiarse de la propia vida. Una insurrección subterránea y silenciosa que −para desesperación de los viejos cernícalos y de los románticos anticuados− no necesita recurrir a ninguna barricada. A la lógica de la ruptura, de la tabla rasa, con la que tanto se excitaron los revolucionarios leninistas de Mayo 68, sucede un imaginario de alianzas. No sustituir un mundo y sus califas por otro, sino por el contrario aceptar el que nos ha sido legado en herencia y habitarlo lo mejor posible”.

Después de la generación Mitterrand, la generación *cocoon*. Después de renegar, resignarse al orden inmutable de las cosas. ¡Mañana, los perros (guardianes)! ¡Y cada uno a su caseta!

Triste época.

Si no se hubiera tratado más que de una fiebre estudiantil, Mayo 68 figuraría en un lugar modesto en la crónica de las revueltas de campus, muy numerosas en aquellos años. Nada habría justificado su duradera radiación internacional y su alcance simbólico universal. La liberalización de las costumbres, el derecho a la contracepción y al aborto, el individualismo sin individualidad, se han impuesto, con algunos años de diferencia, en todas las sociedades desarrolladas.

Si la singularidad francesa del 68 todavía hace correr tinta, se debe en gran medida al contexto internacional: la simultaneidad de la primavera de Praga, la ofensiva del Tet en Vietnam, los levantamientos estudiantiles en México y Pakistán.

Y sobre todo, a la huelga general, la más poderosa del siglo XX. ¡Bajo los adoquines, la huelga! ¿La última de un ciclo, el epílogo de la epopeya obrera del siglo XIX, su remate final, el último sobresalto de un mundo a punto de desaparecer, simbolizado por un viejo filósofo subido a un tonel delante de la fortaleza obrera de Billancourt? ¿O la primera huelga cívica de un nuevo ciclo, un levantamiento en masa contra la cosificación mercantil, en un país urbanizado, donde el trabajo asalariado representa más del 80% de la población activa, un alzamiento social generalizado que prefigura las luchas del siglo XXI? Probablemente algo de ambas: lo nuevo está naciendo y lo antiguo no acaba de morir.

Una irrupción general, entre el ya no y el no todavía.

Kriston Ross tiene el mérito de resituar la breve secuencia de Mayo (entre la explosión estudiantil del 3 de mayo y el discurso de De Gaulle del 30 de mayo anunciando las elecciones generales), en sus condiciones espaciales y temporales. Recuerda la relación entre la radicalización del 68, la guerra de Argelia y la descolonización. Insiste en el papel de las ediciones Maspero, la influencia de los libros de Fanon, de Sartre, de Nizan. Habla del contexto internacional: la muerte del Che, la revolución cubana, la guerra de Indochina, la revolución cultural en China. Este contexto pone de relieve el acontecimiento. Hace de él un momento de cristalización de los posibles y le da su verdadero alcance político.

Un momento raro, en el que se combinan los efectos del desmantelamiento de los imperios coloniales, una rebelión masiva del trabajo contra el capital (en Francia, en Italia, en Argentina sobre todo), de las guerras de liberación (Vietnam, colonias portuguesas) y de los movimientos de masa por la independencia política (Checoslovaquia), de los movimientos democráticos de la juventud en todos los continentes, el ascenso de los movimientos antirracistas y antiguerra en los propios Estados Unidos. Sin duda, este haz de fenómenos no bastó para llevar una amenaza seria al corazón mismo del sistema. Sin duda, se trataba todavía de rupturas al margen o en los márgenes. Sin duda, el año 68 conoció su desenlace provisional en la reconducción simbólica del reparto de Yalta: Lyndon Johnson retirándose a su rancho mientras los carros sovieticos aplastaban la primavera de Praga, Leonid Breznev volviendo la espalda al levantamiento parisino para ir a descansar a su dacha. También en China, el giro termidoriano estaba iniciado.

No importa. En el tiempo de un relámpago primaveral, resurge el mito fugaz, esta “ilusión muy antigua y sin embargo muy moderna”, esta “estrella de todos los renaceres”, de la que hablaba el revolucionario peruano José Carlos Mariategui, en un ensayo de los años veinte titulado precisamente *La Lucha final*: “El milenio mesiánico no vendrá nunca. Porque el ser humano sólo llega para volver a partir. Pero no puede dejar de creer que su nuevo viaje será el último. Ninguna revolución puede prever la revolución siguiente, aunque la lleva ya en germen en sus entrañas”.

La leyenda dorada post-sesentayochista de los años ochenta y noventa se ha dedicado a disolver la figura obrera (y en menor medida la del militante anticolonialista) en beneficio del líder estudiantil. En su libro, publicado a comienzos de los años noventa, Hamon y Rotman proponían una historia anecdótica y biográfica, donde los aparentes ocupan el papel principal. Esta historiografía ahistórica deja fuera de juego lo que Adolfo Gilly denomina “la política del pueblo” o la política del oprimido[18].

Aunque la crítica de Kristin Ross es corrosiva, la repolitización que reclama no va mucho más allá de generalidades contestables. Así, el sentido político del 68 se referiría sobre todo al “encuentro del colonizado”, a la deconstrucción de las identidades sociales”, a “la apertura a la alteridad”. Nunca aborda la situación desde el ángulo de las estrategias, de las relaciones de fuerza reales, de los debates de orientación sobre la huelga general y su salida. El desdén por el trabajo sociológico, ciertamente insuficiente pero no menos necesario, le juega una mala

pasada. Ignorando con altivez muchas encuestas circunstanciales, alimenta su planteamiento con testimonios parciales y a veces superficiales, acabando por dar una imagen deformada de la realidad. La crítica ideológica del discurso ideológico no consigue restablecer la dimensión política del tema.

Aunque la actividad de una nueva izquierda radical anunciaba muchos cambios en marcha a largo plazo, la escena política del 68 seguía estando ampliamente dominada por las organizaciones de la izquierda tradicional, sobre todo por el Partido Comunista. No basta con constatar que las conquistas de la huelga general fueron inferiores a las de 1936 o de 1945 y relativamente limitadas en comparación con la amplitud sin precedentes de la movilización. Los compromisos acordados por las direcciones sindicales en las negociaciones de Grenelle, su anunciada voluntad de no ampliar la dinámica reivindicativa al enfrentamiento político, tienen una gran parte de la responsabilidad. La cuestión sigue siendo saber por qué esos resultados, no despreciables pero muy por debajo de las posibilidades, no suscitaron fracturas más importantes en los sindicatos y en los partidos mayoritarios. No ocurrió nada comparable, en proporción, a la crisis provocada por las huelgas de Renault en 1947.

En lugar de dar toda su importancia a la cuestión estratégica del poder, Kristin Ross ve en cambio en ella la señal del reflujo: sólo aparecería en el momento en que caía el impulso inicial y cuando el acontecimiento se apagaba. Poniendo espalda contra espalda a Raymond Aron y a Pierre Goldmann (que veía en la ausencia de enfrentamiento armado la demostración de los límites inherentes a la coyuntura concreta), Ross afirma que “la cuestión real era ajena a los parámetros de una revolución, fallida o no; ¿por qué ocurre algo en lugar de no ocurrir nada?”. La temática de la lucha por el poder o por el cambio de gobierno habría quedado por tanto prisionera de un “relato determinado por la lógica del Estado”. La representación de una oposición entre un imaginario Lenin y una Rosa Luxemburg igualmente imaginaria no va más allá de los clichés y las trivialidades ordinarias[19]. El relato de Ross, sutil cuando trata de descifrar los síntomas culturales, acaba por oponer un modo de despolitización a otro, reduciendo la cuestión estratégica de Mayo a un encuentro fallido entre obreros y estudiantes.

De la rehabilitación legítima del acontecimiento se desliza a su hipóstasis fetichizada, tomando prestada de Alain Badiou la fórmula mágica de “algo que llega por exceso, más allá de todo cálculo”. Esta inversión teológica, que eterniza el instante del milagro en lugar de buscar en él un modesto fragmento de eternidad[20], apenas prepara para comprender la trayectoria de las diferentes corrientes políticas a lo largo de los años setenta y siguientes. Como si, una vez reducida a su momento crítico, la política debiera extinguirse con él.

El problema no es cómo conmemorar el 68 de otra manera, sino en admitir que no hay un único “espíritu de Mayo”, sino espíritus en plural, su Mayo y el nuestro, en oposición tanto a su confiscación liberal como a su denigración regresiva.

Liberal o social-liberal, la “gestión memorial del 68” se abandona de buena gana a las efusiones nostálgicas y narcisistas, porque se alegra de esta “falsa revolución” que nos habría “curado definitivamente de la gran noche”, preparando el advenimiento de una “izquierda de gestión y de consenso”[21].

De forma simétrica, la restauración republicana a la manera Finkielkraut hace responsable al 68 del relajamiento de las costumbres y del retroceso de la cohesión social. “¿Qué nos ha ocurrido? Sí, ¿qué ocurre en Francia treinta años después de Mayo 68?”, se preguntaba el futuro neochiraquiano Alexandre Adler con ocasión de las ceremonias del trentenario[22]. Las “dificultades del 68 en tener descendencia” y las “raíces lejanas” de las dificultades presentes se remontarían, según él, a la derrota del gaullismo. Al mito liberal de un post-68 hedonista e individualista, opone el anti-mito gaullista de una Resistencia una e indivisible. A explicación corta, respuesta simple: la salvación por la unión sagrada republicana, autoritaria y securitaria. A falta de un tándem Pasqua-Chevènement, remontando juntos del brazo los Campos Elíseos y llevando sobre sus talones los fantasmas de Malraux y de Debré (padre), el exestalinista se reconvierte a las *sarkozyadas* securitarias.

“Si las generaciones felices, concluía Henri Weber, son aquellas que han realizado al menos en parte los ideales de su juventud, la generación de 1968 no tiene demasiado motivo para clamar su dolor” [23]. Esta autosatisfacción saciada repite las bienaventuranzas mundializadas de

Alain Minc y la euforia perpetua de Bruckner. La misma cantinela acompaña por lo general los vuelcos y los virajes: no cambiamos nosotros, es la vida, es el viento, es el aire de los tiempos…

Tiene buenas espaldas, la vida. Tiene buenas espaldas, el viento.

Queríamos un mundo donde el derecho a la existencia importase más que el derecho de propiedad, el poder popular que la dictadura mercantil, la lógica de las necesidades que la de los beneficios, el bien público que el egoísmo privado. El social-liberalismo en el poder bajo Fabius, Rocard, Bérégovoy, Jospin ha llevado justo a lo contrario. Gritábamos: "¡Las fronteras no importan!" y "¡Todos somos judíos alemanes!". Y la izquierda gobernante se ha dedicado a expulsar a los sin-papeles. Su Europa liberal se ha llenado de nuevas "zonas de espera" y otros centros de retención. Nos habíamos alegrado al ver la Bolsa ardiendo en una fogata, y los sesentayochistas reciclados indexan su humor con la curva del CAC40[24].

"Los agnósticos y los escépticos, los moderados y los ponderados, los previsores y los prudentes han dicho y hecho menos tonterías, sobre todo porque han hecho menos", suspira con nostalgia Weber. Los moderados y los ponderados, los prudentes y los previsores de hoy día son precisamente nuestros regentes y nuestros gerentes, nuestros triunfadores y nuestros advenedizos (¡y en qué estado!). Jóvenes que han sentado la cabeza. Su utopía del mal menor no es la menor de las utopías.

No era más que un comienzo. Lo importante es la continuación. Y el final, desde luego, que no acaba.

NOTAS CAPITULO 6

1. Para una reevaluación crítica de Mayo 68, ver Daniel Bensaïd y Alain Krivine, *Mai SI!*, op.cit.

2. Kristin Ross, *May 68 and its Afterlives*, Chicago, University of Chicago Press, 2002.

3. Wolf Lepenies, respondiendo a una conferencia de Kristin Ross, Princeton, Institute of Advanced Study, 1999: "Nada ocuriró en Francia en el 68. Las instituciones no cambiaron, la universidad no cambió, la condición de los trabajadores no cambió. En realidad, el 68 es Praga, y Praga derribó el muro de Berlín" (citado en Kristin Ross, *May 68 and its Afterlives, op. cit.,* p. 19).

4. Gilles Deleuze, *Deux régimes de fous* [1977], París, Minuit, 2003, p. 131.

5. Kristin Ross, *May 68 and its Afterlives, op. cit.,* p. 6.

6. "Auguste Comte no ha descubierto nada nuevo. Ha clasificado, denominado, pedantizado. Este pretendido fundador de la ciencia positiva se ha arrojado bruscamente a las extravagancias del misticismo. Este destructor de dogmas ha improvisado la religión de la humanidad con sacramentos y sacerdocios. ¿Por qué? El golpe de Estado le aterrorizó. Vio el triunfo repentino e inesperado del pasado. Para ablandarlo y seducirlo, le ha ofrecido una religión ultra-aristocrática, el sistema de castas, la servidumbre de las masas, la dominación absoluta de los ricos, todas las locuras acumuladas del Brahmanismo y del Cristianismo" (Auguste Blanqui, *Carnets*, 1 de abril de 1869, en *Instructions pour une prise d'armes*, París, Éditions de la Tête de Genille, 1972). La ideología también tiene su cómico de repetición.

7. Presidente de la patronal francesa entre 1998 y 2005. (N de T)

8. Régis Debray, *Modeste contribution aux cérémonies officielles du dixième anniversaire*, París, Maspero, 1978.

9. Ver Luc Ferry y Alain Renaut, *La Pensée 68*, París, Gallimard, 1985.

10. *Nous l'avions tant aimée…:* título de un libro de Daniel Cohn-Bendit publicado en 1988 para el vigésimo aniversario, París, Seuil, 1988.

11. Elocuente fórmula del Crédit Agricole para una campaña publicitaria en los años noventa.

12. Gilles Deleuze, *Deux régimes de fous, op. cit.*, p. 131.

13. Henri Weber, *Que reste-t-il de Mai 68?,* París, Points Seuil, 1998.

14. Inspirándose en Karl Mannheim, Kristin Ross desmonta la función del concepto de generación que crea una solidaridad ficticia en una clase de edad. En su *Lettre ouverte à ceux qui sont passés du col Mao au Rotary* [*Carta abierta a los que se han pasado del cuello Mao al Rotary*] (París, Albin Michel, 1986), Guy Hocquenghem se sublevaba contra la supuesta complicidad de esta peña de los ex.

15. En su *Réponse à John Lewis*, Althusser sostiene también la tesis, de sólidos presupuestos normativos, de la "desviación estalinista".

16. "El hecho consumado tiene una potencia irresistible. Es el destino mismo. El espíritu está abrumado y no se atreve a rebelarse. ¡Fuerza terrible para los fatalistas de la historia, adoradores del hecho consumado! Todas las atrocidades del vencedor son fríamente transformadas en ineluctable evolución regular" (Auguste Blanqui, *op. cit.*).

17. La distinción entre "crítica artista" (referida principalmente a la alienación) y "crítica social" (referida a la injusticia social) ha sido desarrollada por Luc Boltanski y Eve Chiapello en *Le Nouvel Esprit du capitalisme*, París, Gallimard, 1999.

18. Ver Adolfo Gilly, *El Siglo del Relámpago, Siete ensayos sobre el siglo XX*, México, Ediciones La Jornada, 2002.

19. Kristin Ross, *May 68 and its Afterlives, op.cit.* p. 73-75. Este enfoque de la cuestión del poder está en sintonía con los de Toni Negri en *Imperio* o John Holloway en *Cambiar el mundo sin tomar el poder*.

20. Baudelaire: buscar "lo eterno en la fugacidad del instante" (N de T)

21. Bernard Guetta, *Le Nouvel Observateur*, 23 de abril de 1998.

22. *Le Monde*, 20 de mayo de 1998.

23. Henri Weber, *Que reste-t-il de Mai 68?, op. cit.*

24. Índice bursátil semejante al IBEX35. (N de T)

Pensar la crisis

"En la historia del mundo, un acontecimiento no siempre es de manera directa el resultado de otro, y más bien los acontecimientos influyen los unos sobre los otros por intermitencia"

Heinrich Heine
De l'Allemagne

"Toda la historia humana, en tanto que manifiesta el pensamiento, puede que sólo haya sido el efecto de un tipo de crisis"

Paul Valéry
Varietés, I

"No me intereso por lo que no se mueve, me interesa el acontecimiento. El acontecimiento apenas ha sido una categoría filosófica"

Michel Foucault
Dits et Écrits, II

En la apacible somnolencia de un curso preparatorio provinciano, el *Pour Marx* de Louis Althusser cayó como un meteoro procedente de un lejano planeta. Su lectura parecía elevar nuestra desordenada actividad hacia cumbres conceptuales. La sobria seriedad de la portada gris prometía tesoros insospechados. Abriéndonos al descubrimiento de un "continente historia", una ciencia nueva nos invitaba a viajar hacia archipiélagos inexplorados. Pero nos dejaba perplejos que este noble conocimiento no fuese más histórico que azucarado el del azúcar. Reduciendo la abundancia histórica al orden inmutable de las estructuras, ¿no se corría el riesgo de hacer impensable, o improbable, la revolución[1]?

La época se prendaba por las grandes coherencias estructurales. Los estudiantes de letras se apasionaban por la lingüística saussuriana y por las estructuras elementales de parentesco. A diferencia de las evanescentes figuras de la modernidad, lo estable y sólido parecía ser la única materia digna de un saber propiamente científico. Entre Althusser y nosotros se produjo de entrada un malentendido. Sospechábamos de su antihistoricismo militante al edificar un paraíso conceptual purificado de toda historicidad. Su desdén por la historia carnal le permitía también eludir un balance serio del período estalinista. Al declararse a favor del orden burocrático en el conflicto que nos enfrentó al aparato del partido, su polémico artículo sobre los "problemas estudiantiles" reforzó nuestra desconfianza[2].

Nuestra discrepancia era completamente política. No manteníamos la misma disputa respecto al Partido. Resueltamente antiestalinistas, convencidos de que la Unión Soviética había conocido desde hace mucho tiempo una contrarrevolución burocrática, no creíamos en las posibilidades de tranquila autorreforma. No teníamos ilusiones en las capacidades de regeneración del propio Partido. La ruptura era por tanto inevitable.

El pensamiento de Althusser sirvió de apoyo al dogmatismo maoísta nacido en el claustro de la calle de Ulm. Buscamos por todas partes las municiones que nos ayudarían a resistir este viento del Este. Nuestra heterodoxia hizo flechas de todas las maderas: los cursos de Gérard Granel en Toulouse, los experimentos psiquiátricos de Tosquelles y de Guattari, las traducciones de Marcuse o las (piratas) de Wilhelm Reich[3], los ensayos de Lucien Goldmann. Buscábamos argumentos dispares contra los estragos de un marxismo positivista y autoritario. El ensayo de Daniel Guérin sobre los movimientos populares bajo la Revolución Francesa nos proporcionó un antídoto a la ortodoxia jacobina que dominaba la historiografía comunista, de

Mathiez a Soboul. Aunque comparada con la ascesis althusseriana la prolijidad de Henri Lefebvre parecía sospechosa de diletantismo, su entrometida curiosidad nos animaba a abandonar los senderos trillados y manidos. Al margen del provincialismo teórico hexagonal y apartado del marxismo filosófico occidental, Ernest Mandel nos iniciaba a la crítica de la economía política y nos hacía descubrir un marxismo abierto, cosmopolita y militante, desconocido en Francia.

En un momento en que la historia, tras las grandes turbulencias de la resistencia y de la guerra de Argelia, parecía estar sin respiración, la retórica estructural fue hegemónica en los medios intelectuales. Con el pretexto de "ruptura epistemológica", la pretensión de hacer ciencia confería a los pequeños maestros del conocimiento un estatus social eminente, al tiempo que les proporcionaba una aureola de respetabilidad académica. Permitía así a los aprendices de mandarines rojos conciliar un proyecto subversivo ruidosamente proclamado con la herencia positivista dominante en la Universidad francesa.

Henri Lefebvre denunciaba (y en esa época hacía falta cierto descaro) esta "ideología estructuralista" como "una ideología de poder" y como "el nacimiento de una ideología bajo pretexto de luchar contra la ideología"[4]. El formalismo de lo vacío producía una visión empobrecida de lo real en detrimento de lo posible. Si una teoría es "una gimnasia de lo posible", una realidad fetichizada, amputada de sus posibles, impone códigos aprobados sin crítica. Tiende a justificar el orden burocrático establecido, en Moscú, en Pekín, o en el seno mismo del Partido. No deja casi lugar al desorden y a la crisis.

Un marxismo glacial, sin estilo ni pasión, llevado a un objetivismo científico sin subversión crítica, se reducía cada vez más a un esqueleto dispuesto a ponerse el ropaje de nuevos dogmatismos. La inercia de las estructuras acababa por legitimar curiosos compromisos entre una intransigente radicalidad en la teoría y un realismo resignado en la práctica. Tocados por la gracia maoísta, los expertos en el tema podían conciliar, en el mejor de los casos, una revuelta generacional antijerárquica con un sólido apetito de poder y de promoción social. El maoísmo francés no tardaría en perecer por esta contradicción.

Opuesta a las oscuras impurezas de la ideología, la pureza luminosa de la ciencia conducía a un programa de despolitización. "Se desdramatiza", constataba Lefebvre, para protegerse mejor de los tumultos de la época. El orden de la reproducción capitalista y su doble burocrático parecían imponerse entonces como el nuevo "horizonte insuperable de nuestro tiempo", La historia acabó sin embargo por plantar cara. Lo prueba el 68, o el 11 de setiembre.

Integrarse en octubre de 1966 en el santuario de la ENS [Escuela Normal Superior] de Saint-Cloud era sumergirse en un curioso caldo de cultivo. El viento del Este de la "Gran Revolución Cultural Proletaria" soplaba a ráfagas. El Gran Timonel sujetaba firme el timón en medio de la tempestad. Su "sol rojo" iluminaba la frente radiante de los catecúmenos estudiantes. No les faltaba más que el misal rojo. Llegó por cargamentos enteros en el otoño de 1966. El espíritu corporativo en vigor en el retiro conventual de las escuelas *normales* era propicio para la difusión de esta nueva liturgia.

Atrapado en el torbellino de las corrientes, las tendencias, las fracciones, no valoré la oportunidad que me ofrecía la inteligencia jovial de Touki Desanti, la austera competencia de Alexis Philonenko, los seminarios de Pontalis o de Nicolas Ruwet. Después de obtener el diploma en la convocatoria de otoño de 1967, me dediqué a la memoria de licenciatura sobre "El concepto de crisis revolucionaria en Lenin". El título no era muy académico. En esa época, sin embargo, no parecía filosóficamente incorrecto, al menos en Nanterre. El propio Lefebvre había publicado un libro (injustamente olvidado) sobre el pensamiento de Lenin, y Althusser acababa de pronunciar en la Sorbona su inococlasta conferencia sobre *Lenin y la Filosofía*. ¡Va pues por Lenin!

El tema resultó ser de explosiva actualidad. Releyendo la memoria, redactada deprisa y corriendo en setiembre del 68, inmediatamente después de haber acabado el manuscrito de *Mayo 68, ensayo general*, la elección del tema mostraba los interrogantes del momento. ¿Cómo escapar a la mórbida eternidad de las estructuras? ¿Cómo encontrar estratos excitantes en el largo plazo? ¿Cómo traspasar el círculo vicioso de la infernal repetición? ¿Cómo entreabrir la estrecha puerta por la que un día podría aparecer un espectro sonriente o

un mesías intempestivo? ¿Cómo articular teóricamente el acontecimiento revolucionario con sus condiciones históricas?

El concepto de "crisis" nombra a lo que abre brecha, al desajuste del orden reinante, a la discontinuidad y la ruptura. Mantiene sin embargo la inserción histórica, que distingue al acontecimiento del milagro religioso. Establece así una distancia entre lo sagrado y la política profana. En cuanto a Lenin, daba su nombre propio a la irrupción de una subjetividad histórica: la clase oprimida en lucha, o el partido leninista como forma al fin encontrada de la subjetividad revolucionaria. Alimentados con la lectura de *Historia y Conciencia de Clase*, respondíamos a la tiranía de la estructura impersonal con una subjetivización (llegando hasta un voluntarismo claramente izquierdista). A la sabia frialdad de las estructuras ventrílocuas, respondíamos con la palabra que brota de los "grupos en fusión".

En la búsqueda de esta subjetividad creadora, tomé a granel del psicoanálisis, de la epistemología, de la lingüística, analogías discutibles, comparando la relación entre historia y acontecimiento de la misma manera que Bachelard conjuga la onda y el corpúsculo. La topología freudiana de *Más allá del principio del placer* servía de argumento contra la dialéctica del en-sí y el para-sí, según la cual la plena conciencia "para sí" del Partido emergería de las tiniebras inconscientes de la clase "en sí". Por si acaso, tomé la fórmula freudiana popularizada por Lacan del "*Wo es war, soll ich werden*"[5], para describir el movimiento de autotransformación o de autoemancipación que conduce al proletariado alienado hacia su propia verdad. El partido se distinguía tanto del "ello" burbujeante de pulsiones, como del "yo" tiránico de la censura. Se identificaba con el esfuerzo por el cual el proletariado, tomando conciencia de su latente ser de clase, se abriría a una inmediatez ectoplásmica[6].

Estaban de moda las referencias lingüísticas. Greimas proponía considerar las transformaciones del lenguaje como el resultado de la acción del ritmo sobre la estructura, o de la palabra sobre la lengua. Abría así la posibilidad de brechas diacrónicas en la inmovilidad sincrónica. La política revolucionaria se convertía, también ella, en una cuestión de ritmos y de arritmias.

Estos intentos de articular el acontecimiento con la estructura suponían la mediación hipotética de un sujeto inasequible. El propio tiempo tendía así a convertirse en una especie de dios secular o de subjetividad sin sujeto, el agente providencial de toda metamorfosis que, riéndose burlón, mueve los hilos del monigote humano. Enfrentado a esta dificultad, busqué apoyo en Gustave Guillaume, quien veía el presente como "la imagen por la cual una parcela de futuro se resuelve incesantemente en parcela de pasado" [7]. Saqué de ahí la aventurada conclusión de que la crisis revolucionaria es también, a su manera, la forma en que se resuelve en el presente la doble determinación del pasado y del futuro.

En cuanto a la dimensión política de la crisis, la memoria de licenciatura partía de las definiciones clásicas de Lenin en *La Quiebra de la Segunda Internacional*, y de Trotsky en su *Historia de la Revolución rusa*. El primero destaca la interacción entre diversos elementos de una situación crítica: cuando los de arriba ya no pueden gobernar como antes; cuando los de abajo no lo soportan más; cuando esta doble imposibilidad se traduce en una entrada en escena de las masas. Retomando estos criterios descriptivos, Trotsky destaca su "reciprocidad condicional"[8]. La condición última de la crisis, que combina sus elementos en una coyuntura propicia, es la intervención de una vanguardia unida por una voluntad estratégica común. Lenin hace de ella el rasgo que distingue una simple situación revolucionaria de una crisis revolucionaria, susceptible de conocer un desenlace victorioso: "La revolución no surge de cualquier situación revolucionaria, sino sólo en el caso de que, a todos los cambios objetivos enumerados, se añada un cambio subjetivo, a saber la capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones de masas lo suficientemente vigorosas para quebrar por completo al antiguo gobierno, que nunca caerá, ni siquiera en una época de crisis, si no se le hace caer". Esta capacidad se afirma por un proceso, en el curso del cual el poder de los dominados se refuerza con el debilitamiento recíproco de sus enemigos. La crisis sólo sería pensable desde el punto de vista del sujeto con capacidad de resolverla. Todavía falta por determinar por qué exactamente la crisis es crisis[9].

Así tomaba forma un dispositivo que combinaba la categoría del presente, como tiempo específico de la acción política, y la representación de la crisis, como nudo de temporalidades desacordadas. De esta relación surgía la posibilidad eventual del cambio en la estructura. Esta lectura forzada de Lenin estaba muy influída por la de Luckacs. Al afirmar que las llamadas crisis económicas cumplen *in fine* una función de regulación y permiten corregir los desequilibrios recurrentes del ciclo de acumulación, este último estima que "sólo la conciencia del proletariado podía abrir una salida a la crisis del capitalismo". La diferencia entre la crisis que decide y las crisis reguladoras no reside en su extensión o en su profundidad particulares, ni siquiera en una transformación de la cantidad en calidad, sino en esto: que el proletariado deja de ser el objeto subordinado, para desplegar activamente el antagonismo inscrito en el corazón de la producción capitalista. Cuando su subjetividad rebelde se levante frente a la objetividad petrificada del capital y del Estado, sólo entonces la crisis podrá volverse efectivamente revolucionaria.

En ruptura con el "socialismo fuera del tiempo" que dominaba el movimiento obrero reformista, esta acentuación del lado subjetivo de las cosas favoreció sin ninguna duda, en el post-68, una pasión excesiva de la voluntad y algunas pulsiones izquierdistas. Pero al menos tenía el mérito de sacudir las cadenas de la fatalidad estructural y de interpelar a la responsabilidad de cada cual.

Apenas tenía conciencia, en cambio, de la trampa a que podía conducir esta dialéctica del sujeto, desembocando en un desconcertante juego de escondite entre, por un lado, un sujeto teórico tan ausente como abstracto (un proletariado virtual situado en la estructura formal del modo de producción), y por otro, el sujeto práctico de una vanguardia representando al proletariado "para sí", consciente del sentido de la historia y de su propio papel en esta teodicea profana. Aunque este "para sí" se vistiera con prudentes comillas, tendía a hacer del partido el equivalente del espíritu absoluto hegeliano, al abrigo de los flujos y reflujos de la "conciencia de clase" [10].

Esta lectura de Luckacs constituía el fundamento teórico de nuestro voluntarismo político, galvanizado por la iluminación todavía activa del acontecimiento. La noción de crisis revolucionaria permitía así reconciliar, en una especie de epifanía histórica, al sujeto práctico con su fantasma teórico. En el desgarro de un momento propicio, el espíritu y el cuerpo se reunían para fusionar: el sujeto virtual, investido de un potencial estratégico, y el sujeto político que lo actualiza. La noción de proyecto estratégico se convertía en el nudo que une entre sí las nociones de crisis, de presente y de partido, en tanto categorías específicas de la política. La lucha de clases no podía reducirse a una combinatoria de relaciones y de funciones sociales. Debía pensarse como un enfrentamiento estratégico permanente.

Muchos años más tarde, algunas páginas de Foucault vinieron a reafirmar esta intuición: "Los sociólogos reavivan el debate de nunca acabar, para saber qué es una clase y quién pertenece a ella. Pero, hasta ahora, nadie ha examinado, ni ha profundizado, la cuestión de saber qué es la lucha. Lo que me gustaría discutir, a partir de Marx, no es el problema de la sociología de las clases, sino el método estratégico referido a la lucha"[11]. No se podría expresar mejor lo que, desde antes de 1968, fue nuestra constante preocupación: pensar estratégicamente, y no sociológicamente, la formación de las relaciones sociales antagónicas; pensar la lucha de clases, no como fundamento último de los juegos de poder, sino como la condición de las estrategias en presencia. Había que desembarazar todavía este pensamiento estratégico de las representaciones clásicas de un sujeto actor y dueño de sus actos, así como de sus consecuencias[12].

La fórmula althusseriana que definía la historia como "un proceso sin sujeto ni fin" parecía ahogar la subjetividad revolucionaria en un fatalismo objetivista. Pero nosotros no estábamos dispuestos (todavía) a sacar todas las consecuencias de una noción de estrategia articulada en un proceso histórico sin juez ni Juicio final. Sin duda, el contexto polémico tras el 68 lo dificultaba. Después de la elección de una cámara gaullista en paradero desconocido, a los militantes, despedazados entre entusiasmo y decepción, les costaba mucho admitir que la crisis hubiese cicatrizado y el orden restablecido. Si sólo era un principio, el combate debía continuar[13]. El deslumbramiento de la huelga general, rompiendo de golpe el círculo de hierro de las alienaciones cotidianas, la experiencia de la cobardía rutinaria de los aparatos, el

contraste entre la creatividad de la calle y la inercia de las representaciones electorales, todo parecía estimular la búsqueda de una espontaneidad popular redentora.

Los más cultivados buscaron en Rosa Luxemburg el apoyo teórico a este primado del movimiento sobre la organización, de la espontaneidad sobre la conciencia. En Italia, Rossana Rossanda celebraba las virtudes regeneradoras del movimiento social, afirmando que el centro de gravedad de la lucha se había desplazado "de las fuerzas políticas hacia las fuerzas sociales". Cuando las vías de transformación política parecen cerradas, la fórmula tiene su parte de verdad: por defecto, la salida aparece entonces del lado de lo social. Después de 1995 ha vuelto a aparecer esta oposición entre lo social y lo político, que se mezcla con la, implícita, entre la pureza (de lo social) y las impurezas (de lo político). Un fetichismo ahuyenta al otro: la "ilusión de lo social" sustituye a lo que Marx llamaba "la ilusión política", sin llegar por ello a superar su antinomia formal.

En su *Historia del Bolchevismo*, reeditada en 1967, Arthur Rosenberg avanza una teoría general de la conciencia, por la cual los principios de organización estarían directamente en función del estado sociológico y del desarrollo histórico del proletariado[14]. La distinción entre el partido y la clase, que es central en el *¿Qué hacer?* de Lenin, aparece como la expresión de un desarrollo todavía embrionario de las clases modernas. Esta sería la razón de que los círculos intelectuales y las sociedades conspirativas jugaran todavía, a comienzos del siglo XX, un papel pionero. A medida que las relaciones mercantiles se desarrollan y el capital extiende su dominación impersonal, el crecimiento y la concentración de los asalariados producirían en cambio una conciencia de clase adecuada. Este determinismo socio-histórico opone a las incertidumbres estratégicas la tranquila certidumbre de una evolución orgánica. Atacando al conservadurismo burocrático del aparato social-demócrata alemán, Rosa Luxemburg desarrolló una dialéctica de la conciencia por la que el proletariado alienado alcanza, a través de su experiencia histórica, la culminación de su concepto. Cada derrota, cada error, cada revés, se convierten en momentos necesarios de un recorrido iniciático. Rosa concluía, en contra de la pretensión del partido y de sus jefes a dirigir, que "el único sujeto al que incumbe el papel dirigente es el yo colectivo de la clase que reivindica el derecho a cometer ella misma los errores"[15]. Mostraba así una fe inquebrantable en "un reforzamiento creciente de la conciencia de clase" y en un movimiento socialista que sería simplemente "el movimiento propio de la clase obrera". Recogía así la idea, extendida a comienzos del siglo XX (antes incluso de la difusión de las teorías freudianas), de que el partido sería el intérprete consciente de un proceso inconsciente.

A diferencia de Lenin, para quien no hay identidad espontánea entre lo político y lo social, entre el partido y la clase, para Rosa Luxemburg la organización es un producto casi orgánico de la lucha. El partido se contentaría entonces, como buen pedagogo, con explicitar "simplemente la conciencia política". Aunque fustiga la "inacción metódica" del aparato social-demócrata de su tiempo, ella coquetea con una interpretación mecánica del paso de lo inconsciente a lo consciente[16]. A este "luxemburgismo" vulgar de los epígonos se refería Lukács en su librito sobre Lenin: "Sería forjarse ilusiones imaginar que la conciencia de clase, verdadera y susceptible de conducir a la toma del poder, pueda nacer en el seno del proletariado, sin sobresaltos ni regresiones, como si el proletariado pudiese poco a poco penetrarse ideológicamente de su vocación revolucionaria"[17]. Pensador de la crisis, Lukács concede en cambio demasiada poca importancia al desarrollo desigual de las formas de conciencia y de organización[18].

Criticando la confusión "desorganizadora" entre el partido y la clase, Lenin fue uno de los primeros en concebir la especificidad del campo político como un juego de poderes y antagonismos sociales transfigurados, traducidos en un lenguaje propio, lleno de desviaciones, condensaciones y lapsus reveladores. Continuando con esta analogía, se podría pensar en un partido en el papel de un analista a la escucha de lo social, interpretando sus sueños y sus pesadillas. Esta relación de lo político con lo social, concebido no a la manera de un reflejo sino de una transposición, determina la posibilidad de las alianzas y fundamenta la noción misma de hegemonía.

La crisis revolucionaria aparece entonces como el operador de una verdad del acontecimiento, que se escucha pero no se enuncia.

Un famoso texto de Lacan, publicado primero en los *Cuadernos para el análisis*, y recuperado en 1967 en el primer volumen de los *Escritos*[19], presentaba el objeto de la ciencia como el sujeto "en exclusión interna respecto al objeto". Tuvo una gran repercusión en el mundillo universitario. Representaba la relación de la ciencia con el saber por medio del nudo borromeo[20], cuyas superficies se interpenetran. La imagen hizo furor. La teoría no decía por tanto la verdad sobre la verdad, sino que la verdad de los posibles hablaba, a quien supiera entenderlo, a través de la teoría. Para la sociedad, para la clase, para el partido, la crisis podía concebirse, hablando propiamente, como la "hora de la verdad": "Lo que importa, en los tiempos de crisis, es que manifiestan lo que hasta entonces estaba latente, rechazan lo que es secundario y superficial, sacuden el polvo de la política, ponen al desnudo los verdaderos resortes de la lucha de clases, tal como se desarrolla realmente"[21]. La política se revela no como aritmética, sino como álgebra. Su lenguaje es irreductible a las determinaciones sociales inmediatas, presupuestas por las nociones de reflejo o de superestructura. Su "necesidad" es de otro orden, "mucho más compleja" que las reivindicaciones directamente deducibles de la relación de explotación. Porque, al contrario de lo que imaginan los marxistas mecánicos a quienes atacaba Lenin, la política "no sigue dócilmente a la economía". Y sus objetivos estratégicos no son directamente deducibles de las luchas económicas.

Esta idea original de la política atraviesa de parte a parte el pensamiento de Lenin, desde las polémicas de juventud contra las corrientes populistas o contra el "marxismo legal" de Strouvé, a las de 1921 contra el corporativismo de la Oposición Obrera. Desde 1968, nos sirvió de plomada contra el neopopulismo maoísta y las diversas variantes de obrerismo. Determinó nuestra comprensión del papel específico que podía jugar el movimiento estudiantil en una coyuntura particular. La división en clases, escribía Lenin a propósito de las luchas estudiantiles en Rusia, es desde luego "el cimiento más profundo de los agrupamientos políticos", el que "determina a fin de cuentas estos agrupamientos, pero este 'a fin de cuentas' lo establece la lucha política". Por ello "la expresión más vigorosa, más completa y mejor definida de la lucha política de las clases es la lucha de los partidos" [22]. La política no es por tanto el reflejo de lo social. Es su transposición, en la sintaxis y en la gramática específicas de un conflicto global.

La crisis aparece como el momento de ruptura en el que la teoría puede transformarse en arte estratégico[23]. Lenin dedujo de ello la necesaria disponibilidad de los revolucionarios a lo improvisado del acontecimiento en que se desvela la realidad ocultada de las relaciones sociales. Puesto que "no sabemos, y no podemos saber, qué chispa puede prender el incendio, en el sentido de un despertar particular de las masas", debemos "preparar todos los terrenos, incluídos los más antiguos, los más amorfos, los más estériles en apariencia". Ya que "el comunismo surge de todos los puntos de la vida social, se incuba en todas partes: si se tapa una salida, el contagio ya encontrará otra, a veces *la más imprevisible*" [24].

¡Cultivar todos los terrenos!

¡Mantenerse al acecho de las salidas más imprevisibles!

Esto fue para nosotros palabra de ley, frente a la falsa humildad de un populismo orientado a "servir al pueblo". Treinta años más tarde, en el contexto de reacción y de restauración liberales, la controversia sobre las filosofías de la resistencia y del acontecimiento nos volvería a llevar a los mismos interrogantes sobre la noción de crisis estratégica, sobre las relaciones entre necesidad y contingencia, entre historia y acontecimiento, y sobre la singularidad de la política. Si el acontecimiento, como lo lamentaba Foucault, apenas había sido abordado como categoría filosófica, es precisamente porque se trata de un concepto estratégico.

NOTAS CAPITULO 7

1. La contribución de Étienne Balibar a *Lire le Capital* confirmó esta inquietud: “La inteligencia del paso de un modo de producción a otro no puede aparecer nunca como un hiato irracional entre dos períodos sometidos al funcionamiento de una estructura. La transición no puede ser un momento, por breve que sea, de desestructuración. Ella misma es un movimiento sometido a una estructura que hay que descubrir”. (*Lire le Capital*, tomo II, París, Maspero, 1965)

2. Louis Althusser, “Problèmes étudiants”, en *La Nouvelle Critique*, enero 1964. Althusser nunco autorizó la reedición de este artículo. Ver Daniel Bensaïd, *Résistences*, París, Fayard, 2001, p. 104. Ver también la obra colectiva *Contre Althusser pour Marx*, París, Éditions de la Passion, 2000.

3. *La Función del Orgasmo, o la lucha sexual de los jóvenes*, traducido y difundido a escondidas por Boris Fraenkel y Jean-Marie Brohm.

4. Henri Lefebvre, *L’Idéologie structuraliste*, París, Anthropos, 1971. Le parecía que el estructuralismo como ideología, en lugar de hablar de algo, se contentaba con “discurrir sobre el discurso”, reclamando cada lenguaje su metalenguaje.

5. Que se podría traducir, siguiendo las sugerencias del propio Lacan, por: “Donde eso estaba, debo devenir”. No sobrevenir o advenir, sino “venir al día en este mismo lugar en tanto que es lugar de ser”. Sobre la interpretación por Lacan de esta fórmula, ver Jacques Lacan, *Écrits, I*, París, Seuil, 1967, p. 416-417.

6. Tomé también de la crítica sartriana de la razón dialéctica la definición del proyecto, extendido entre sus condiciones necesarias y el horizonte abierto de los posibles, como “la unidad cambiante de la objetividad y de la subjetividad”.

7. Ver Gustave Guillaume. *Langage et Science du langage*, Laval, Presses de l’Université de Laval, 1964.

8. “Cuanto más resueltamente actúa el proletariado, y con más seguridad, más posibilidad tiene de arrastrar a las capas intermedias, más aislada está la capa dominante, más se acentúa en su seno la desmoralización; y, a cambio, la desagregación de las capas dirigentes lleva el agua al molino de la clase revolucionaria”.

9. En *Poder político y Clases sociales*, aparecido en Maspero en 1968, Nicos Poulantzas combinaba la abstracción teórica de los “modos de producción” con la realidad empírica de las “formaciones sociales”, en cuyo seno cabalgan y se articulan. Su punto de articulación era el lugar mismo de surgimiento de la crisis en una coyuntura determinada. Se convertía así en una categoría específicamente política. No se trataba ya de contemplar la sucesión mecánica de modos de producción, sino de pensar la crisis revolucionaria de una formación social concreta, cuyas contradicciones se articulan por la lucha de clases.

10. Esta lectura unilateral del Lukács de *Historia y Conciencia de clase* debería corregirse hoy a la luz de su defensa redactada en 1926, *A Defense of History and Class Consciousness*, Londres, Verso, 2000.

11. Michel Foucault, *Dits et Écrits, II, op. cit.*, p. 606. Ver en *Marx l’intempestif* la segunda parte sobre “Marx crítico de la razón sociológica”.

12. Aunque la estrategia permite a la burguesía ejercer su dominación, no significa que actúe como el sujeto soberano de su propia historia, porque “el poder burgués ha podido elaborar grandes estrategias sin que le haga falta para ello suponerles un sujeto” (Michel Foucault, *id.*, p. 310)

13. *Lotta Continua* fue el nombre de una de las principales organizaciones revolucionarias en Italia.

14. Arthur Rosenberg, *Histoire du bolchevisme*, París, Grasset, 1967.

15. Rosa Luxemburg, *“Cuestiones de organización de la social-democracia rusa*” (respuesta a *¿Qué hacer?*), artículo aparecido en la *Neue Zeit* y en *Iskra* en 1904. Edición francesa con el título *Marxisme contre Dictadure*, Cahiers Spartacus, 1946. París,Ver *también Huelga de masas, partido y sindicatos*, así como los dos artículos recogidos por Henri Weber (editor) en *Socialisme, la voie occidentale*, París, PUF, 1983.

16. Con el que el propio Freud topó, como lo testimonian sus revisiones “topológicas” de la *Introducción al psicoanálisis* al *Más allá del principio del placer*.

17. Georg Lukács, *Lénine*. París, EDI, 1969.

18. Pensador del acontecimiento, legitima así en teoría el izquierdismo mostrado en la desastrosa acción insurreccional de marzo de 1921 en Alemania. En el contexto post-68, no nos desagradaba este izquierdismo teórico, obsesionado por el efecto de ejemplaridad (ilustrado sobre todo por la epopeya trágica de Guevara) o por la chispa susceptible de incendiar la llanura.

19. Jacques Lacan, *Écrits, I, op. cit*.

20. *Nudo borromeo*: figura que representa tres aros entrelazados, de modo que al soltar uno de ellos quedan libres también los otros dos. (N de T)

21. Lenin, *Obras*, XXXI, Moscú, Ediciones de Moscú, p. 99.

22. Lenin, *Obras*, VII, Moscú, Ediciones de Moscú, p. 287.

23. “La historia en general, y más en particular la historia de las revoluciones, es siempre más rica en contenidos, más variada, más multiforme, más viva, más ingeniosa, de lo que piensan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas. Y esto se entiende porque las mejores vanguardias expresan la conciencia, la voluntad, la pasión de decenas de miles de hombres mientras que la revolución es uno de los momentos de exaltación y de tensión particulares de todas las facultades humanas −la obra de la conciencia, de la voluntad, de la pasión, de la imaginación de centenares de miles de hombres aguijoneados por la más áspera lucha de clases” (Lenin, *Obras*, XXI, p. 91).

24. Lenin, *Obras*, XXXI, Moscú, Ediciones de Moscú, p. 91.

La historia nos mordisqueaba la nuca

"En el proceso del pasado ante el futuro, las memorias contemporáneas son los testigos, la historia es el juez, y la sentencia es casi siempre una iniquidad, ya sea por la

falsedad de las declaraciones, por su ausencia o por la ignorancia del tribunal. Por suerte, la apelación sigue abierta, y la luz de los nuevos siglos, proyectada de lejos sobre los siglos pasados, denuncia el juicio de las tinieblas"

Auguste Blanqui

"Hay que tener la modestia de decirse que el momento que se vive no es ese momento único, fundamental o irruptivo de la historia, a partir del cual todo acaba o todo recomienza."

Michel Foucault, 1983

Para Michel Foucault, el punto que une a autores como Althusser, Lacan o él mismo, todos tachados de "estructuralismo" a pesar de sus negaciones , es "la urgencia en plantear de otra manera la cuestión del sujeto". Se trataba, en su opinión, de contestar la supremacía del sujeto soberano que reinaba entonces en la filosofía europea a través de la fenomenología o el existencialismo.

Con la huelga general, este sujeto expulsado por la estructura se rebelaba y volvía de pronto con fuerza. En un espectacular vaivén, el interés se dirigió de nuevo a los esquivos flujos de una subjetividad deseante. El propio Foucault, gran deconstructor del sujeto clásico, se dedicó a explorar cómo se constituye el sujeto a través de sus resistencias a las "prácticas de sometimiento"[1].

Después de un siglo de derrotas y de traiciones, los vencidos de siempre tendrían al fin derecho a la revancha y a las reparaciones:

Claro que sí, eso se mueve

Terminarán los malos días

Y atentos a la revancha

Cuando los pobres se pongan a ello[2]

Las "condiciones objetivas" estaban ya reunidas, sólo teníamos que resolver lo más rápido posible la cuestión de las condiciones subjetivas, bajo pena de vertiginosas recaídas en una barbarie de la que el siglo ofrecía ya muchos ejemplos. Teníamos prisa. En un debate de la Liga, resumí este sentimiento de urgencia en una frase: "¡La historia nos muerde la nuca!" La fórmula tuvo un éxito inesperado. Se convirtió en la máxima de nuestra impaciencia revolucionaria. El momento era propicio para el énfasis y la grandilocuencia. Hubiese sido más sobrio y más exacto decir que la historia nos mordisqueaba la nuca.

¿Mayo 68 ensayo general? Sólo nos quedaba preparar el gran estreno.

Si Mayo 68 no era más que un comienzo, la continuación estaba por escribir. Había que preparar el congreso de fundación de nuestra nueva organización. Lanzar un nuevo periódico. Dotarse de estatutos y de documentos programáticos. En setiembre apareció el primer número de *Rouge*, quincenal, con un enorme martillo y una temible hoz, estilizados, en la portada, que se iban a convertir en nuestra sigla (todavía no se hablaba de "*logo*") fácilmente reconocible.

En otoño de 1968, liberado de la prisión, Alain Krivine partió inmediatamente al servicio militar, ¡a la guarnición de Verdun! El apartamento de Janette Habel en la calle René-Boulanger, donde yo era inquilino, estaba muy cerca de nuestros minúsculos locales, en Fauburg-Saint-Denis y Fauburg-Saint-Martin. Se convirtió en su anexo. Algunas noches insomnes parecía el Smolny[3].

Después de haber entregado a Maspero el manuscrito del libro escrito con Henri Weber, y defendido en casa de Henri Lefebvre, en la calle Rambuteau, la tesis sobre el concepto de crisis revolucionaria, escribí un artículo sobre Lenin y Rosa Luxemburg, para la revista *Partisans*, con la colaboración de Sami Naïr. Este último, discípulo de Lucien Goldmann y de Serge Mallet, cortante como una cuchilla, acababa de desembarcar de Marsella. Parecía un joven lobo hambriento, llegado al asalto de la capital. Nuestro artículo[4] se convirtió en la referencia teórica de un (ultra)leninismo obnubilado por el momento paroxístico de la toma del poder.

La adhesión de la nueva organización a la IV Internacional fue la cuestión más polémica del debate de congreso. Durante nuestro retiro veraniego, Henri Weber y Charles Michaloux, miembros ya de la minúscula sección francesa, se habían propuesto convencerme de su gran proyecto. Nuestra disolución era la ocasión para un nuevo comienzo. Había que atreverse a romper con las rutinas grupusculares. Comenzando por reunir en una misma organización a los antiguos del Partido Comunista Internacionalista y a los jóvenes de la JCR, antes de abrir una discusión seria con Lucha Obrera. Estas perspectivas me dejaron perplejo. De los *Black Panthers* a los *Zengakuren*[5], de las guerrillas guevaristas a los movimientos de liberación indochinos, emergían por fin las nuevas cabezas, profetizadas por André Breton en 1953 en sus *Prolegómenos a un tercer Manifiesto Surrealista*. Sin experimentar la menor hostilidad hacia el trotskismo (tenía el mayor respeto hacia los veteranos que habían atravesado sin renunciar la “medianoche en el siglo” de que habla Víctor Serge), sentía que, si la historia apretaba el paso, había que pasar página, ir al encuentro de lo nuevo que estaba naciendo y pensar en una inédita V Internacional.

El debate del congreso sembró la cizaña en las filas[6]. Desde antes del 68, la mayor parte de los dirigentes de la JCR se definían como trotskistas[7], pero nunca habían intentado reclutarme. ¿Apuro? ¿Timidez? ¿O síndrome elitista de “pueblo elegido”, poco proclive al proselitismo (la elección no hace buena pareja con la conversión)? Tal vez mis camaradas pensaban sencillamente que mi singular estatus de “independiente” les era útil como prueba de la autonomía efectiva de la JCR respecto a la Internacional y al Partido Comunista Internacionalista, su sección francesa. A lo largo de los debates acabé por decidirme, en parte por reacción negativa frente a los augumentos de los oponentes a la IV Internacional[8]. Las razones positivas me las proporcionó Sami Naïr. En lugar de insistir, como hacía Ernest Mandel, en un improbable inventario de las fuerzas existentes, se dedicaba a una demostración de pura lógica. El capitalismo es un sistema mundial de explotación y de dominación, regido por la ley del desarrollo desigual y combinado. ¿De acuerdo? Para combatirlo, hace falta una organización revolucionaria internacional. ¿De acuerdo? Ya existe una, es verdad que minúscula, que ha sufrido sin traicionar ni desmerecer las pruebas de un siglo terrible. ¿Seguimos de acuerdo? *Ergo*: nos corresponde unirnos a ella, transformarla y convertirla en el instrumento que necesitamos. ¿Qué objetar a esta implacable lógica?

Tres semanas antes del congreso, un texto, firmado por los “a-trotskistas” de nuestra dirección provisional[9], tomaba posición firme a favor de la adhesión. Para arrastrar a los vacilantes, bastaba con dejar de vacilar uno mismo. El empujón fue irresistible. Para no envenenar las cosas, habíamos contemplado un compromiso dilatorio de última hora. El entusiasmo juvenil de los nuevos militantes nos desbordó. ¡Había que saber concluir un debate!

En Pascua de 1969 tuvo lugar el congreso de fundación de la Liga Comunista. Debido a la prohibición que seguía en vigor en Francia, se tuvo que celebrar clandestinamente en Mannheim, con la ayuda hospitalaria de nuestros camaradas alemanes. Para hacer llegar discretamente a los delegados, Michel Rotman organizó un ingenioso juego de pistas y un gigantesco cruce de fronteras. Los doscientos congresistas dormían en un gimnasio, en el mismo suelo. Por la mañana, se atropellaban en los escasos lavabos para conseguir un rápido

aseo. Para unos aprendices de revolución que soñaban con guerrillas y maquis, era el menor de los inconvenientes. Después de tres días de inflamadas polémicas, los estatutos, cuyo primer artículo recogía la adhesión de la Liga Comunista a la IV Internacional, fueron votados por alrededor del 80% de los delegados.

De vuelta a París, lejos de estos vuelos líricas, nos volvió a atrapar la prosaica política hexagonal. De Gaulle preparaba su referéndum sobre la reforma de las instituciones. A nuestro entender, un plebiscito debía favorecer forzosamente a quien tomaba la iniciativa. Sin embargo, Henri Weber, que tenía una cabeza política (¡ya entonces, bajo el alboroto, se abría paso el senador!), tuvo una revelación mientras descifraba la pila de periódicos desatendidos a causa del congreso: "¡Están abandonando al viejo!". En efecto, la lectura del *Figaro* daba a entender la derrota del general abandonado por Giscard. Revestido en su dignidad, De Gaulle se marchó a pasear por la marisma irlandesa. Su dimisión suponía automáticamente la organización de unas elecciones presidenciales.

La dirección nacional recién elegida fue convocada de urgencia a la ciudad universitaria de Antony. Michel Rotman pasó a recogerme. Por el camino, sugirió con prudencia que tal vez podríamos pensar en presentar un candidato. Para una organización de un millar de miembros y una media de edad que no pasaba de los veinticuatro años (con veintiocho, Alain Krivine parecía un venerable decano: ¡yo mismo tenía veintitrés!), eso era muy atrevido. Henri Weber se mostró reticente. Y no le faltaban razones: no teníamos un duro en la caja, ninguna experiencia de los medios de comunicación y ni siquiera conocíamos la ley electoral. Ibamos a rompernos la crisma mostrando nuestro amateurismo a plena luz. Este disuasivo discurso concluía con una de esas máximas de sabiduría exótica que tanto gustaban al futuro senador: "¡Cuánto más arriba sube el mono por el árbol, más enseña el culo!". Esta elevada sentencia no bastó para enfriar nuestro intrépido entusiasmo. Quedaba por encontrar el candidato o la candidata que tuviera, como exigía la ley, veinticinco años cumplidos. Se pensó primero en Jean-Michel Krivine, respetable cirujano, todavía miembro del Partido Comunista; después en André Fichaut y en Janette Habel[10]. La solución brotó al fin con la fuerza de la evidencia. La pega era que Alain Krivine, ausente de esta reunión, estaba en Verdun en el cuartel, y no sabíamos si un *quinto* tenía derecho a ser candidato. Era no tener fe en las virtudes de la democracia burguesa. Perplejo pero disciplinado, Alain aceptó, sin medir todavía las consecuencias duraderas de esta decisión. ¡Va por el recluta candidato!

Treinta y cinco años más tarde, se puede decir que fue una buena jugada, la mejor sin duda.

Con sus gafas de estudioso y su "corbata" (objeto de mofa libertaria), tenía un *look* romántico doctrinario. No hay que fiarse de las apariencias. Alain es sobre todo un pragmático hiperactivo, animado por una vocación y una auténtica pasión por la política. Se ha mostrado material, mediática y moralmente incorruptible. La campaña presidencial de 1969 era sólo la segunda en tener cobertura televisiva. No es seguro que otro candidato tan joven hubiera resistido tan bien a los halagos y las seducciones de la personalización. Formado en la lucha contra todas las formas de burocracia, Alain era una especie de tranquilizador hermano mayor y un ejemplo de rigor igualitario, siempre dispuesto a asumir su parte de trabajo, siempre disponible, incluso a plena noche, para salir corriendo en apoyo de un camarada varado en una comisaría, siempre dispuesto a contentarse con el almuerzo más frugal o a satisfacerse con la más incómoda hospitalidad militante.

Este conjunto de cualidades tiene, desde luego, su contrapartida de defectos. Por rechazo visceral a cualquier privilegio y a cualquier relación jerárquica, a Alain siempre le ha repugnado organizar el trabajo de los demás. Alejado de las lógicas de poder, es un prototipo insólito de dirigente que rechaza dirigir. Sin duda, este defecto es mejor que el contrario. Pero eso no niega que este tipo de dirección no dirigista ha tenido a veces efectos desorganizadores, obstaculizado el trabajo colectivo, favorecido la chapuza organizativa en la que se han gastado cantidad de energías y de buenas voluntades. Aunque Alain ha dado el tono, todo nosotros hemos tenido nuestra parte de responsabilidad en estos rasgos constitutivos de nuestra corriente.

Como Alain no podía beneficiarse de un permiso excepcional hasta después de haber recogido las cien firmas de alcaldes requeridas en aquella época por la ley electoral, tuve que encargarme de la conferencia de prensa anunciando su entrada en liza en la campaña presidencial. Los periodistas no se alteraron. Pero la audacia tuvo resultados. *Rouge* pasó de quincenal a semanal[11]. Dispusimos de varias horas de televisión y de radio, aunque no siempre

sabíamos qué hacer con ellas. El apartamento de la calle René-Boulanger se transformó en cuartel general y en vivac permanente. Nos pasábamos las noches en blanco redactando discursos, octavillas, folletos, carteles. Un simpatizante puso a nuestra disposición una avioneta de turismo para los mítines de provincias. El de Marsella estuvo cargado de emociones. Un valeroso marino, recién reclutado, encargado de recogernos en el aeropuerto, emocionado por la importancia de su misión, se puso a jugar a los ases del volante. Después de derrapar en dos curvas, dimos vuelta de campana. Salimos del vehículo por el destrozado parabrisas y rodamos a los pies de un sorprendido automovilista que nos había evitado por poco. Con acento del Vieux Port, exclamó: "¡ven a ver, Gilberte, es Monsieur Krivine!". La cara de Alain salía a diario en los carteles y las pantalla de televisión. Su aparición a rastras entre cascotes y trozos de vidrio no dejaba de tener gracia.

Todavía bajo el *shock*, subimos a la tribuna cubiertos de polvo y con restos de gravilla. Como en el famoso "gran mítin del motropolitano" [12], se montó un alboroto al fondo de la sala. Nuestro vigilante servicio de orden neutralizó pronto a los alborotadores que pretendían "perturbar el mítin", y los sacó *manu militari* a la acera. El director de teatro Daniel Mesguich me contó mucho más tarde, sin ningún rencor, que siendo joven consejista se encontraba entre los alborotadores y que sufrió la enérgica llamada al orden de nuestra guardia roja.

La popularidad del candidato recluta, reconocido en la calle, asediado por testimonios de simpatía, comenzó a embriagarnos de ilusiones electorales. Nos pusimos a soñar en un resultado sorpresa. Lo fue. Pero no en el sentido esperado. Detrás de Pompidou y Poher, que se quedaron solos en carrera para la segunda vuelta, Jacques Duclos obtuvo alrededor de un 20%, el tándem Defferre-Mendès apenas el 5%, Michel Rocard un 3%, y Alain el 1%. Le superó hasta un tal Ducatel. Un año después de la huelga general, la experiencia nos aleccionó sobre la glacial lentitud de los fenómenos electorales. El resultado no era deshonroso. Nos confirmó sin embargo en la idea de que las elecciones eran la "trampa para bobos" que habíamos denunciado el año anterior en las legislativas, y que la revolución no pasaba por la "farsa electoral" [13].

Durante la campaña, me encargué de responder al correo del candidato. Centenares de cartas de queja se referían en mescolanza a las frustraciones de la huelga general inacabada, pero también a litigios de lindes, denuncias administrativas, querellas domésticas, gatos que habían quedado colgados en árboles a falta de una rápida intervención de los bomberos… Saqué una lección definitiva. Aunque un resultado electoral sea un indicador estadísticamente significativo, las motivaciones individuales son muy erráticas.

Los caminos de las urnas son a veces tan impenetrables como los del Señor.

En nuestro imaginario político, América Latina era una especie de continente gemelo. Cuba se había proclamado primer territorio liberado del Nuevo Mundo. El Che había renunciado al ejercicio del poder para consagrarse a la permanencia de la revolución. Qué importa dónde le sorprendiera la muerte… Fue en un pueblo perdido y desolado de Bolivia. En Chile, en Venezuela, en Argentina, en Uruguay, muchos quisieron tomar las armas que les había legado en su mensaje testamentario a la Tricontinental. Por un generacional juego de espejos, reconocíamos a nuestros semejantes en los jóvenes militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno, del MLN-Tupamaros uruguayo, *a fortiori* del Partido Revolucionario de los Trabajadores argentinos (sección de la IV Internacional). Estas organizaciones habían nacido durante la década en la onda de choque provocada por las revoluciones argelina, cubana y vietnamita.

En abril de 1969, el 9º Congreso Mundial de la IV Internacional decidió una campaña de solidaridad con Bolivia. Los hermanos Peredo se estaban preparando para retomar el combate interrumpido por el asesinato del Che. Lanzamos una colecta de fondos expresamente destinados a comprar armas para la guerrilla. Intrépidos bachilleres treparon a los tejados de los Colegios de Francia y de Navarra para desplegar pancartas rojas reclamando armas para un país que la mayoría habría tenido problemas para situar en un mapa, a pesar de las estudiosas escuelas de formación donde, con apoyo de cifras, explicábamos la importancia estratégica de la producción de estaño y retratábamos la epopeya histórica de los mineros del siglo XX y de Huanuni.

Siempre por Bolivia, reunimos en casa de Delphine Seyring a un círculo de simpatizantes actores y cantantes. Entre ellos, Paul Crauchet y Jacques Charbit (hijo del sindicalista revolucionario compañero de Monatte y de Rosmer), antiguos miembros de las redes de apoyo al FLN argelino. Estaba también una jovencísima Coline Serreau. Un desconocido arrinconó a Alain Krivine para hablarle de la pasta que le reportaba *Un hombre y una mujer*. Alain, poco cinéfilo, debió pensar en alguna trata de blancas y otros tráficos ilícitos. Mal fisonomista, no había reconocido a Pierre Barouh.

Sin desanimarnos, nos lanzamos a un curso magistral sobre el papel estratégico de Bolivia, la revolución de 1952, el saqueo de los recursos mineros, la teoría de la revolución permanente. El auditorio comenzó pronto a dar señales de fatiga y de distracción, Nuestros invitados esperaban educadamente poder conversar alrededor del buffet donde se estaban resecando las aceitunas y calentando las bebidas.

Pero nuestro celo didáctico no se debilitó. No queríamos reproducir con nuestros simpatizantes la manipulación utilitarista que ha caracterizado tantas veces la relación del Partido Comunista con los intelectuales compañeros de viaje, acantonados en el papel de peticionarios y de jarrones decorativos para tribunas electorales. Considerábamos que su ayuda debía estar basada en una información pormenorizada y en unas convicciones razonadas. Tal vez resultaba ingenuo. Pero tras tantos años en que los intelectuales habían servido sobre todo de carne de petición, nuestros escrúpulos eran respetables[14].

Después de la discusión, Delphine Seyrig me sugirió, con su voz misteriosa y acariciante en la que oía vibrar los cautivadores ecos de *Besos robados*, que tendría una habitación a disposición de nuestros mineros bolivianos en tránsito.

Preparar un congreso sólo tiene servidumbres. Alexandra era una joven americana de diecisiete años, pariente lejana de Jane Fonda. En el 68, durante la ocupación de la Sorbona, apareció en el *stand* de la JCR sobre un par de patines de ruedas, con botas y falda minimalista. Volvió a partir con un paquete de panfletos bajo el brazo para ir a evangelizar a los maquinistas de la Opera y a los obreros fundidores. Caí bajo el encanto de sus ojos golosos, de su vitalidad desbordante, de su delicioso acento hollywoodiense. Aunaba una falsa ingenuidad *yankee* con una comicidad judía neoyorkina. Su abuelo, recaudador de fondos para Israel y amigo de Ben Gurion, había hecho un papel en *Exodus*. Su madre Mary-Jo, amiga de Aimé Césaire y de René Loibovitz (firmante del manifiesto de los 121), vivía en la calle Saint-Guillaume, en el mismo inmueble que Catherine Deneuve. En la escalera podía cruzarse con la *Belle de jour* en galante conciliábulo con el bello Marcello. El compañero de Mary-Jo era un pintoresco judío-americano-austríaco, desenvuelto y achaparrado, que se parecía como un hermano al Costello de Abbot y se ocupaba de las redes de ayuda a los desertores americanos del Vietnam.

Además de su valioso bilingüismo, “Alex” tenía la rara competencia de saber escribir a máquina con soltura. Eso le valió ser movilizada más a menudo de lo habitual para teclear los boletines internos del debate preparatorio del congreso de fundación. Una tarde de enero de 1969, cansados del crepitar de la máquina y de las polémicas sobre los principios de organización o de la “dialéctica de los sectores de intervención”, nos dimos una escapada de baile al Romeo Club. Fue el comienzo de un romance que duró dos bellos años. Como en las canciones de amor, acabó de forma más bien triste.

En esos años de liberación de las costumbres y de procesos contra la santuarización de la vida privada, los militantes se consideraban emancipados de los viejos prejuicios sobre la pareja y la fidelidad. Pero a pesar de las proclamaciones solemnes de liberación compartida, los seres no son siempre iguales antes los celos y las miserias del corazón. No se despoja tan fácilmente del viejo hombre (o de la vieja mujer). Aunque pueda esperarse derribar de un asalto los poderes establecidos o revolucionar las relaciones de propiedad por decisión legislativa, no se abolirá por decreto el complejo de Edipo o la tentación del incesto. La transformación de las mentalidades y de las culturas es un asunto de (muy) larga duración.

Yo quería vivir a fondo mi pasión con Alex, pero no podía (ni deseaba) romper con Martine, una buena mujer neurótica y anoréxica: un dilema de desalentadora banalidad novelesca. Aunque, conforme al slogan de la época, nos empeñábamos en “vivir sin tiempos muertos”, eso

no siempre era compatible con el deseo de “disfrutar sin límites”. Además de las continuas manifestaciones y las interminables reuniones, desplegábamos una desbordante actividad de agit-prop, bajo el liderazgo de Clovis Versa, profesor excluído del PCF en Cannes,. Lo testimonian, además de la colección del periódico, la impresionante cantidad de folletos publicados en dos años, tanto en la colección “*Clásicos Rojos*”, como en una serie de formación, o incluso los panfletos escritos a vuelapluma en respuesta a los discursos de Nixon o a los proyectos gubernamentales de criminalización de las drogas. Clovis, cinéfilo lacónico, estaba dotado de una especie de genio pedagógico, junto con un agudo sentido de la oportunidad. Tuvo mucho que ver en la cantidad y la calidad de nuestra prolífica literatura.

Atrapado en un torbellino de trepidantes actividades, me encontraba desgarrado entre dos amores y embrollado en ocupaciones del tiempo tan barrocas como el palacio del Cartero Cheval[15], Estos años de doble vida me han dejado, si no remordimientos, un gusto penoso y amargo.

A comienzos de 1971, esperlaba con alivio la partida al servicio militar que me obligaría a cortar estos nudos que se habían vuelto asfixiantes. Mis camaradas decidieron que debería hacerme declarar inútil. Aunque habíamos reeditado por nuestra cuenta a clásicos del antimilitarismo revolucionario, en la colección “*Clásicos rojos*” de Maspero, la frase “¡Si te dan un fusil, cógelo!” no era todavía una orden intangible. La quinta del 46 estaba pletórica y el sesentayochista resultaba demasiado desobediente para “*el gran mudo*” [el ejército] [16]. Al Ministerio de Defensa no le desagradaba depurar efectivos al menor pretexto. Tras algunas semanas en observación en el hospital militar Larey de Toulouse, las autoridades competentes me notificaron mi exención, dándome a entender claramente que no se habían dejado engañar con mi simulación[17]. Durante el forzoso retiro hospitalario, para luchar contra el apoltronamiento de jornadas vacías tumbado en una litera, me dediqué a la hilarante lectura de *Muerte en Venecia* y *Pabellón de Cancerosos*. Meditaciones sombrías.

La dispensa del servicio armado habría alegrado a más de uno. Yo sin embargo la acogí con menos sentimiento. Sin acuartelamiento, mis amores quedaron algunos meses en suspenso, hasta mi primer destino como profesor titular en el instituto Condé-sur-Escaut. Con nuestras grandes esperanzas, no hacíamos planes de carrera. En 1969, las pruebas de agregado de filosofía fueron una farsa. Se había creado un comité de lucha contra los concursos en general, y contra la oposiciones de instituto en particular. El día de las pruebas escritas, temiéndose un boicot activo, la policía hacia guardia alrededor de la biblioteca de Sainte-Geneviève. Mientras reinaba la confusión y se discutía intensamente sobre si transigir o no, aparecieron cañones de mosquetones por encima de las estanterías: “¡No se hacen las *opos* con un fusil en la espalda!”. Alain Brossat y yo soplamos gustosos en las brasas de la sedición, para gran desesperación de nuestros estudiosos condiscípulos. Hubo gritos, lágrimas, crujir de dientes. La convocatoria se retrasó hasta otoño.

Al año siguiente, el concurso coincidió con el centenario de la muerte de Lenin. La Liga no perdió la ocasión para celebrar el acontecimiento con un mítin en la Mutualité. Era la víspera de la última prueba. La sesión acabó alegremente, pero muy tarde, junto a un [filete] tártaro en *L’Épi d’Or*. Al día siguiente no estaba en las mejores condiciones para afrontar la espinosa cuestión de “Dios en la obra de Leibnitz”. Había pasado totalmente por alto la monadalogía y la teodicea. Todo mi imaginario teológico no fue suficiente para sacarme del apuro. No importaba. El viejo mundo agonizaba. Ernest Mandel nos prometía una revolución en Europa antes de cinco años. ¡Al diablo con el título! Ni siquiera merecía la pena rellenar los formularios de impuestos. Convencí de ello a Henri Weber, que un buen día se encontró con sus muebles en el rellano y un precinto en su puerta.

Ese mismo año 1970-1971, efectué mis prácticas de Capes[18] en el Jean-Baptiste-Say (donde el estudiante Michel Field, militante de la Liga, se mostraba como un agitador lleno de futuro), después en La Fontaine (donde mi compañera de curso era una tal Sylviane Agacinski), y en la escuela normal de Auteuil (donde formé equipo con Patrick Viveret, prometedor joven giscardiano). En la reentrada de setiembre, recibí mi hoja de ruta. Mis aspiraciones eran modestas, tales como Gourdon (muy práctico, en la línea París-Toulouse), o Vendôme (en homenaje a Ronsard), y también, sin llegar a creérmelo, Sète, donde la arena es tan fina.

¡Condé-sur-Escaut! No tenía la menor idea dónde quedaba esa encantadora aldea, pero el Escaut me sugirió en seguida una brumosa humedad:

con Italia que bajaría por el Escaut

con Frida la rubia, cuando se vuelve Margot[19]

Pero nada desalienta a un húsar *negro* −o rojo−, sin miedo y sin reproche, de la República. A Politzer le destinaron a Cherbourg. Nizan había aterrizado en Bourg-en-Bresse, Lefebvre en Clermont. Yo podía contentarme modestamente con Condé. El instituto reclutaba a sus alumnos en una treintena de kilómetros a la redonda, entre familias obreras de la mina o de la metalurgia. Alquilé una habitación minúscula, encima de una gasolinera. Por la noche, cenaba en un restop. Los clientes habituales tenían una casilla para su servilleta de cuadros. El patrón ponía un tampón sobre la cuenta. Diez tampones daban derecho a una comida gratis. El tiempo fluía así sinuosamente a orillas del Escaut.

El instituto de Condé apenas había sido tocado por la sacudida del 68. En la reunión de enseñantes de inicio de curso, un director termidoriano anunció, con una pomposa perorata hugoliana, que él estaba "en el centro de todo, como un eco sonoro". Desaconsejó la lectura de *Le Monde* en la sala de profesores. Una colega de inglés fue llamada al orden por haber hecho escuchar *folk* a sus alumnos. Los colegas veían con malos ojos la formación de una sección sindical que podría sembrar la discordia en su pequeña comunidad. ¡La principal actividad de su "peña" corporativa era organizar disparatadas salidas los sábados por la noche para ir a degustar un cus-cús regio al otro lado de la frontera belga! ¡Toda una aventura! La vida en Condé se anunciaba locamente salpimentada de *harissa* y placeres prohibidos.

Algunos días después de la vuelta a clase, el "eco sonoro" me reprendió severamente por haber recomendado a los alumnos que ahorrasen a sus familias la compra del famoso manual en dos volúmenes de Huisman y Vergès. Este manual que oficializaba el divorcio entre la Acción y el Conocimiento no auguraba nada bueno. Su adquisición me parecía aún más discrecional al figurar oficialmente en el programa el *Manifiesto del Partido Comunista*. Comprarlo sería más económico y más provechoso. El librero local, especializado en la reventa de manuales de ocasión, se quedó por tanto con su stock de libros sin vender. Mi arrogancia parisina había interrumpido el ciclo anual de su negocio y la acumulación paciente de su (pequeño) capital comercial. La amonestación de que fui objeto era el resultado de una denuncia presentada al director. Un articulito en *Minute* anunció la llegada del *caos*[20] filosófico parisino a la tranquila ciudad de Condé.

Mi experiencia pedagógica fue de corta duración Pero me mantuve bravamente en mi puesto, como el centinela del *Desierto de los Tártaros*[21], mientras la guerra civil retumbaba por detrás. Mis camaradas pensaban que estaba perdiendo el tiempo. Deserté por tanto, con pena sólo por esos alumnos, todavía adormecidos por la mañana, que vivían en su mayoría en ciudades obreras, sin cine ni biblioteca, con la tele como única lumbrera sobre el mundo. Las chicas llevaban plisadas faldas azul marino y jerseys ajustados a los codos, muy distinto de los corsés y las minifaldas sexy de las provocadoras estudiantes de La Fontaine. Después de las clases, los alumnos mataban el tiempo en un tugurio esperando al autobús de vuelta. Prefería su compañía a las partidas de futbolín con mis colegas envejecidos antes de tiempo. Jugábamos épicas partidas de 7-14-21, regadas con horribles Viandox con granadina, Fernet-Branca con limonada, y otros brebajes cada cual más repugnante. Cuando los abandoné para preparar la gran noche, los estudiantes me regalaron un ejemplar encuadernado de los *Cantos de Maldoror*[22], con emocionantes dedicatorias. Meses más tarde, todavía me escribían cartas adolescentes, llenas de tierna angustia y de interminable hastío.

El efímero exilio a orillas del Escaut fue la ocasión para poner término a mis desórdenes amorosos. Los domingos por la noche, cogía el tren para Valenciennes y volvía a París los jueves por la tarde. Quedaba poco tiempo para mis múltiples reuniones y mis dos amores. El activismo pedagógico, político, afectivo y sexual se volvía insostenible. Con Alex, el desamor estaba en marcha. Pero la separación fue penosa. Intentaba aliviar una indefinible tristeza leyendo, al ritmo entrecortado del ferrocarril, la *Novela inacabada* y *Los ojos de Elsa*[23]. Por otra parte, Martine quedó embarazada de un amigo común. Se fue a abortar a Inglaterra. A la vuelta, le azotó de lleno la muerte de una de sus mejores amigas en un accidente de carretera. Se puso a beber. Parecía cada vez más un cordero degollado. De desventura sentimental en desastre conyugal, de fracasos profesionales en chapuzas eventuales, su vida se convirtió en un interminable *vía crucis*.

Martine murió en el hospital de Montpellier en enero de 2000, algunos días antes de su cincuenta cumpleaños. Nunca habría imaginado que tendría la fuerza para arrastrar hasta tan lejos su agonizante vida. Sus exequias fueron la imagen chirriante y desolada de su propia existencia desvencijada. En Sainte-Bauzille-de-Montmel, a donde se había retirado, estrenó el nuevo cementerio. El día del entierro, una tempestad de nieve se abatió sobre el pueblo. Su tumba solitaria y enorme era un agujero sombrío en la nieve virgen. Ni flores, ni coronas: el florista se equivocó de dirección y las entregó en la iglesia de un pueblo vecino. Éramos una veintena[24] tiritando y pateando el suelo para calentarnos, esperando a un improbable coche fúnebre extraviado en la tormenta. El ataud acabó por ser tragado por la tierra helada. David, el hijo de Martine, milagrosamente curado de una infancia caótica, pronunció palabras de adiós. Yo leí algunos extractos de viejas cartas, llenos de angustia y de humor negro. Martina siempre ejerció sobre su entorno una atracción magnética y suscitó desvelos de una infinita paciencia. A cambio no mostraba ningún reconocimiento. Como si esta sociedad nunca podría darle más que una parte de todo lo que le debía. Como si eso sólo fuese una mínima compensación.

Entre conflictos sociales, movilizaciones estudiantiles, campañas de solidaridad con el Vietnam, ajustes de cuentas con los grupos de extrema derecha, 1970 y 1971 pasaron a toda máquina. Llegamos a organizar hasta tres acciones en una sola jornada, desde colgar una pancarta en un monumento hasta ocupar una embajada o un consulado. En enero de 1972, con motivo de la investidura de Richard Nixon, la embajada americana organizó una recepción en los salones de un gran hotel. Conocíamos de memoria el testamento del Che: hostigar en todas partes al enemigo, que no se sienta seguro en ningún sitio. Editamos falsas tarjetas de invitación e introdujimos, entre los muy selectos invitados, a un grupo de militantes que no eran conocidos. Para la ocasión se vistieron con afectado traje y corbata, por encima de toda sospecha. La ceremonia se convirtió en un juego de tartas de crema, estilo Hermanos Marx.

En enero de 1972 fui a Toulouse a impulsar la campaña de defensa de tres camaradas[25] detenidos en la frontera española, la noche de fin de año, con fajos de literatura clandestina disimulados dentro de las puertas trucadas de su vehículo. Satisfecho por haber pasado la doble página de mis amores difuntos, volví pronto a zambullirme a cuerpo perdido en los juegos del amor y del azar. Este nuevo desorden iba paralelo a una huída hacia delante en política.

Repetíamos a lo largo del tiempo que “estaba planteado el problema del poder”. Bajo el impulso de Gérard Guégan, las ediciones *Champ libre* reeditaban a los clásicos de la estrategia. Yo era responsable, junto a Robert March, de las relaciones con los primeros núcleos en Cataluña y Madrid de la que se convertiría en nuestra organización hermana en el Estado Español. En esa misma época, tuvimos en Bayona y Burdeos varios encuentros con los dirigentes de ETA “VI Asamblea”. Mayoritarios en el último congreso de esta organización, habían evolucionado, bajo influencia de la revolución cubana, del nacionalismo vasco tradicional hacia un internacionalismo guevarista. Cuatro de ellos, entre los que se encontraba Jose Iriarte “Bikila”, emprendieron en la primavera de 1972 una huelga de hambre en la iglesia de Saint-Lambert. Envueltos en su saco de dormir, recibían muchas visitas de apoyo, como las de Simone de Beauvoir y de Gisèle Halimi.

Esta nueva dirección de ETA había escrito un manifiesto con el arrogante título de “Euskadi, Cuba de Europa”. Fue acusada de “españolismo” por los nacionalistas irreductibles, por haber organizado una colecta de solidaridad con los trabajadores de la construcción en huelga en Andalucía. Pensábamos que nuestros nuevos amigos debían estar influídos por el maoísmo. Les propusimos incluir en el orden del día de nuestras reuniones un balance de la Revolución Cultural china, a cambio de una exposición por su parte de la cuestión nacional. Les importaba un bledo el maoísmo y no comprendieron muy bien por qué teníamos que hablarles de China. Aunque no dejaron de tomar detalladas notas que fueron la materia de un artículo en su órgano clandestino *Zutik!*

En esa primavera de 1972 estábamos también orgullosos de las proezas de nuestra organización hermana, el PRT argentino. En 1969, había alimentado la crónica de la prensa internacional con su papel en los levantamientos populares de Córdoba y de Rosario, después con evasiones espectaculares, finalmente con el secuestro y ejecución del director general de Fiat en Argentina. Un día, un quincuagenario de punta en blanco se presentó en la ventanilla

fortificada de nuestro local del número 10 del *impasse* Guéménée. Había sido enviado por la multinacional con el fin de entrar en contacto con “nuestros amigos argentinos” para negociar de forma preventiva una especie de inmunidad para los cuadros de su empresa en el país.

En Pascua hice mi primer viaje conspirativo a Barcelona. De madrugada, esos nombres de pueblos catalanes desfilaron como otros tantos lugares atormentados por los personajes fantasmas de los *Siete domingos rojos* de Ramón Sender, o de las novelas de Arturo Barea o de Juan Marsé. Provisto de un manual de *Español en 90 lecciones*, y de algunos ejemplares de *Mafalda*, me esforzé por reavivar mis recuerdos de conjugación latina y dominar el manejo del *ser* y el *estar*. Cuando el Talgo atravesó al alba las pequeñas estaciones de Massanet y de Fornells, saludé la memoria de Francisco Sabaté Llompart. El 6 de enero de 1960, en esta misma estación, con las armas en la mano detuvo el tren de las 6:20 a Barcelona. Combatiente de retaguardia de una guerra perdida, herido, fue abatido en Sant Celoní. Su odisea figura en *Los bandidos* de Eric Hobsbawn, que acababa de editar Maspero.

Tenía la cita en un bar oscuro del Paseo de Gracia, frente a la casa de Gaudí. Como saliendo directamente de las páginas de *L’Espoir*, con un pequeño bigote, se presentó “Agustín”. Era un joven obrero metalúrgico, moreno y pequeño, parecido a los que aparecen en las tiras gráficas de mayo de 1937, vestidos con mono azul y una boina, con el cigarrillo en los labios y el dedo en el gatillo, defendiendo la Telefónica de la Plaza Cataluña.

Nuestro discreto cónclave tuvo lugar en un barrio popular de Hospitalet de Llobregat. Estas reuniones tenían entonces cierto aire festivo. La mayor parte de nuestros camaradas vivían en las catacumbas de la clandestinidad. José Idoyaga “Petxo” estuvo recluído durante un año en un piso de Pamplona, donde redactaba la prensa clandestina de ETA-VI. La organización le ofreció generosamente una bicicleta estática para que hiciese ejercicio y gastase su desbordante energía (tras una huelga de hambre en Bayona, Petxo se tragó pantagruélicamente, ante nuestros espantados ojos, una buena veintena de costillas). Las reuniones eran por tanto la ocasión de reencuentros calurosos y de una amistosa descompresión. Se intercambiaban mil anécdotas. Se informaba del menor signo de rebelión contra el régimen. Se atendía a la chimenea donde se asaban burifarras chorreantes de grasa. Hijo de campesinos catalanes de pocas palabras, Enrique era el alma del grupo.[26]

En esta reunión pascual de 1972, los protagonistas fueron los madrileños. Preparaban un Primero de Mayo histórico, inspirado en los esquemas de movilización experimentados en Francia: dobles citas, recorridos cronometrados, grupos móviles y cócteles Molotov. Era una operación audaz. A pesar de las detenciones, resultó un éxito. Después de la represión de 1969 contra el movimiento estudiantil, confirmaba un aumento de la combatividad y representaba una (modesta) victoria moral.

Quien expuso el plan de batalla, croquis en mano, fue presentado como el Moro. Natural de Melilla, el Moro tenía cabeza de ave de presa, verbo cortante y sentido de la eficacia. Al cabo de los años, nos convertimos en los mejores amigos del mundo. En 1973, tras una oleada de detenciones en Madrid (nuestro aparato, “el apa”, casi nunca aguantaba más de un año), la dirección de la LCR-ETA VI (convertida en sección de la IV Internacional en el Estado Español tras la fusión entre LCR y ETA VI)[27] se trasladó a Barcelona. El Moro compartía con dos camaradas vascos, Petxo y Xirri, una vivienda cerca del viejo barrio popular de Pueblo Seco y del Molino. Cuando la tele retransmitía un partido del Athletic de Bilbao, la revolución mundial suspendía su paso de cigüeña. Salían del frigo las cervezas heladas. Formábamos una alegre tribuna, gritando “At-le-ti! At-le-ti!” para saludar los logros de un equipo 100% vasco, algunos de cuyos jugadores (como el portero Iribar) eran reputados simpatizantes de ETA.[28]

Antes de coger el tren para Montpellier, pasé mis últimas horas merodeando por las inmediaciones del hotel Falcon, legendaria sede de la dirección del POUM en 1937, deambulando por las huellas del extraviado personaje de *Al margen* de Mandiargues, y degustando en la Plaza Real churros saturados de aceite acompañados de horchata de chufa.

Los camaradas de Montpellier estaban en el meollo de las turbulencias del Midi vitícola. Antes de 1968, el cantante occitano Claude Marty y el cultivador Claude Rives eran miembros de la LCR en Carcassonne. Cuando los esbirros de *Occidente* amenazaron con alterar las representaciones de las obras de Armand Gatti en el Grenier de Toulouse, Maurice Sarrazin

nos distribuyó sitios gratuitos, para que neutralizáramos a los alborotadores. Pedimos refuerzos a Marty. Llegó con su club de halterófilos del Aude, con los antebrazos ceñidos con impresionantes puños metálicos. A los primeros gritos de los petimetres −"¡Shakespeare sí, Gatti no!"−, nuestra robusta guardia occitana impuso silencio a los energúmenos, sorprendidos por esta enérgica defensa de la cultura popular.

Despertando los gloriosos recuerdos de Marcellin Albert y de los bravos "*pious-pious* [reclutas] del 17", el Midi rojo resoplaba. Marty cantaba *La Comuna de Narbona*. Claude Rives y Jean Huillet organizaban "comités de acción vitícolas" capaces de movilizar en pocas horas a centenares de viticultores en cualquier punto del Aude o del Hérault. Nuestro camarada Paul Alliès, hoy día consejero regional socialista y pilar de la Convención por la VI República, animaba unos *Cahiers Occitanie Rouge* de muy buen aspecto y disputaba a los regionalistas el terreno del occitanismo.

Estimulados por la anunciada agonía del franquismo, inspirados por los levantamientos vitícolas, solidarios con la lejana guerrilla argentina, Paul Alliès, Antoine Artous, Armand Creus y yo firmamos en la primavera de 1972 una contribución al debate preparatorio del 3º Congreso de la Liga. Se titulaba: "¿Está planteado el problema del poder? ¡Planteémoslo!". Suscitó la indignación de unos y el entusiasmo de otros. El "BI-30" (boletín interno nº 30) se convirtió en una especie de manifiesto del *gauchismo* [izquierdismo] en nuestras filas. A falta de sentido político, no le faltaba lógica formal. En 1969, el 9º Congreso mundial había adoptado una orientación de lucha armada para América Latina. En el Chile de la Unidad Popular, se precisaban las amenazas de golpe de Estado. En España, el franquismo no acababa de acabar. Italia, entre "mayos *rampantes*" y "otoños calientes", estaba en ebullición permanente. En las estadísticas de huelgas, Inglaterra disputaba a Italia lo alto de la tabla. Ernest Mandel pronosticaba irrupciones revolucionarias inminentes en Europa. ¡Fatal confusión entre el eficaz enunciado de una profecía estratégica condicional y una predicción adivinatoria!

Pero no se podía pretender indefinidamente que "las condiciones objetivas" maduraban hasta el punto de pudrirse, y contentarse con deplorar la ausencia de "factor subjetivo" a la altura de las tareas o con denunciar las eternas traiciones de las direcciones burocráticas. Había que corregir con urgencia este estrabismo divergente entre sujeto y objeto. Más todavía cuando nuestra prensa denunciaba cada semana la "marcha hacia el Estado fuerte" y la imposición de legislaciones de excepción, que parecerían pálidas al lado de las políticas de seguridad de Sarkozy y de las legislaciones de excepción "antiterroristas". El combate se anunciaba dramáticamente desigual. La hipótesis plausible de un escenario a la chilena, en caso de victoria electoral de la izquierda, planteaba el problema de una acumulación de fuerzas militares. Nuestros clásicos preconizaban un trabajo subversivo en el ejército. Nos pusimos a ello[29], creando un misterioso "Frente de soldados, marinos, aviadores revolucionarios". Estudiamos también las experiencias clásicas de insurrecciones urbanas, desmenuzadas bajo el seudónimo colectivo de Hans Neuberg en el libro del Komintern sobre *La Insurrección Armada* (reeditado entonces por François Maspero), o el levantamiento de Asturias relatado por Manuel Grossi.

La insurrección urbana es un enfrentamiento de resolución rápida. En un Estado moderno de gran tradición institucional y parlamentaria, no sabíamos cómo acumular fuerzas a largo plazo. Francia no era China. No disponía de las vastas extensiones con las que contaba el joven Mao en su famoso folleto de 1927, *Por qué el poder rojo puede existir en China*. Un campesinado rebelde no era un medio menos favorable que las fábricas para la acumulación primitiva de experiencias militares y de armas artesanales. Lo confirma el legendario precedente del maquis limusino animado por Georges Guingoin bajo la ocupación alemana. En fin, la pequeña fábrica de armas montada por Michel Pablo en la frontera marroquí para ayudar al FLN argelino ocupaba un lugar destacado en la leyenda dorada de la IV Internacional[30], Pensamos incluso en reeditar la operación al servicio de nuestros camaradas vascos y españoles, en la perspectiva de una próxima caída del régimen franquista. La cuestión no era por tanto puramente teórica[31].

Fue el tiempo del "leninismo apresurado", según la fórmula de Régis Debray en *La Crítica de las Armas*, con la diferencia de que el "foquismo", del que fue teórico, era muy apresurado, pero muy poco leninista[32]. Nuestra febril impaciencia se inspiraba en una frase de Trotsky que se solía citar mucho en nuestros debates: "La crisis de la humanidad se resume en la crisis de su dirección revolucionaria". Si eso era cierto, nada más urgente que resolver dicha crisis. Cada cual, en la medida de sus medios, debía contribuir con su débil fuerza a resolver la

alternativa entre socialismo y barbarie. Dependía en parte de él que la especie humana se hundiese en un futuro crepuscular o se desarrollase la sociedad de la abundancia. Esta visión de la historia cargaba sobre nuestras débiles espaldas una responsabilidad aplastante. Ante esta implacable lógica, las miserias sentimentales o las ambiciones profesionales no importaban mucho. Cada cual se volvía personalmente responsable de la suerte de la humanidad.

Una carga temible.

NOTAS CAPITULO 8

1. André Glucksmann, perdonavidas antes del 68 de un “estructuralismo ventrílocuo”, se apuntó entonces al giro subjetivista: en una revista de 1969 titulada *Viento del Este*, que nunca superó su primero y único número, pretendía que bastaba “echar al *flic* [madero] de nuestras cabezas para que se derrumbaran las murallas del Jericó capitalista..

2. Estribillo de “*La Semaine sanglante*”, con letra de Jean-Baptiste Clément y utilizando la música de otra canción revolucionaria, *Le Chant des paysans* [El canto de los campesinos]. La canción fue escrita en plena represión brutal de la Comuna de París. (N de T)

3. El Instituto Smolny, antiguo colegio para chicas de la nobleza, fue el cuartel general de los bolcheviques durante la Revolución de Octubre de 1917. (N de T)

4. Cuando llegué a Porto Alegre en 1980 descubrí que, traducido y multicopiado, se había convertido en un clásico de la formación de nuestros camaradas en la clandestinidad.

5. Movimientos estudiantiles radicales en Japón en los años sesenta.

6. Este animado debate se publicó, a partir de 1969, en tres grandes folletos de la colección *Cahiers rouges* (ediciones Maspero), bajo el título general *Construir el partido, construir la Internacional*: 1. Teoría y sistema de organización; 2. La dialéctica de los sectores de intervención; 3. Del internacionalismo a la Internacional.

7. Alain Krivine, Henri Weber, Charles Michaloux, Gérard Verbizier, Jean Labib, Jean-Marc Rosenfeld, Catherine Samary.

8. Isaac Joshua y Henri Maler, por una parte; por otra, Guy Hocquenghem apoyado por André Glucksmann que sin ser miembro de la organización contribuía entre bastidores a los documentos minoritarios. Indeciso, Bernard Guetta no llegó a tomar posición.

9. Camille Scalabrino, Michel Recanati, Michel Rotman y yo mismo. Ver el documento “Por qué nos hemos adherido?” en *Del internacionalismo a la Internacional*, *Cahiers rouges*, op. Cit., nº 8-9.

10. André Fichaut, obrero de la EDF en Brest, militante trotskista desde 1947. Ver sus memorias, André Fichaut, *Sur le pont, souvenirs d’un ouvrier trotskiste breton,* París, Syllepse, 2003.

11. Jean-Pierre Beauvais, hoy director de publicación de *Politis*, cumplía de hecho un papel similar en *Rouge* y aseguraba las negociaciones con nuestro pequeño impresor de la calle Fauburg-Montmartre, especializado en prensa hípica.

12. Se refiere a una popular canción satírica francesa del siglo XIX, que habla de un obrero que ha cobrado la paga y, en lugar de llevarla a casa, se la gasta en la taberna, y para evitar los reproches de su mujer acude a un mítin socialista en la sala del Metropolitano. Un provocador monta una pelea y como consecuencia de la misma la policía detiene al protagonista de la canción, que a pesar de ello está muy satisfecho con el mítin. (N de T)

13. Título de un imperedecero ensayo teórico publido por Alain Krivine (con el apoyo de Jeff Pétillot, hoy traductor de Stefan Zweig bajo el seudónimo de Claude Niemetz) en las ediciones del *Seuil*, animadas por Claude Durand.

14. Un círculo de cantantes y actores simpatizantes tomó pronto el relevo de esta reunión. Se juntaba en una sala del café Le Tambour, en la Bastilla. Formaba parte del mismo Philippe Caubère, joven actor del Teatro del Sol.

15. Ferdinand Cheval, cartero francés que invirtió más de treinta años de su vida en construir un estrafalario “palacio ideal” en su pueblo natal, Châteauneuf-de-Galaure. Su obra está hoy considerada “patrimonio cultural”. (N de T)

16. “*La grande muette*”, expresión con la que se aludía al ejército: los reclutas, privados de sus derechos cívicos, debían permanecer “mudos” ante sus mandos. (N de T)

17. Una simulación sofisticada, basada en una albuminosis imaginaria complicada con una alergia al yodo que no permitía hacer exámenes radiográficos, bajo riesgo de agarrar un edema de Quincke. El asunto estaba perfectamente elaborado.

18. Certificado de Aptitud de Profesorado de Segundo Grado (N de T)

19. Jacques Brel, *Le plat pays* (El país llano) (N de T)

20. "*Chienlit*" es la palabra (en desuso) que empleó De Gaulle para referirse al Mayo 68, como un caos o desbarajuste. (N de T)

21. Película del año 1976, adaptación de la novela de Dino Buzatti. Trata de un teniente destinado a una fortaleza perdida esperando a un enemigo que nunca llega. (N de T)

22. Poesías escritas por el conde de Lautréamont. (N de T)

23. De Louis Aragon (N de T)

24. Entre ellos los fieles Olivier Cogis y Odile Recklin, que tuvieron la paciencia de sostenerla y soportar durante más de treinta años sus caprichos, Jacques Treiner y Françoise, Edwy Plenel, venidos de París.

25. Jacques Giron, Gilles Marquet, Gilbert Dufour.

26. En mis estancias en Barcelona estuve alojado con una joven pareja de militantes. La camarada estaba embarazada. Cuando nació, el bebé heredó de nombre oficial mi seudónimo de entonces, Jebrac. Este nombre, que había adoptado sin haberlo elegido, no figuraba en ninguna nomenclatura de estado civil. Un muchacho catalán recibió este nombre exótico, de sonoridades vagamente gasconas. Nunca me encontré con este ahijado desconocido. Murió en 2003, con treinta años, en un accidente de moto.

27. En realidad, hasta su reunificación en 1977 hubo dos "organizaciones simpatizantes de la IV Internacional", la LCR (después LCR-ETA-VI) y la LC. Ambas organizaciones provenían de una escisión de finales del año 1972, tras un debate de tendencias (muy expresivo en sus denominaciones: "La Liga en marcha" y "La Liga en la encrucijada") que guardaba relación directa con la política que estaba realizando en aquellos momentos la LC francesa. Ambas integraron después en sus filas a buen número de militantes y cuadros procedentes de ETA-VI (a su vez dividida entre "mayoritarios" y diversos grupos "minoritarios"). (N de T)

28. Estas efusiones antifranquistas a puerta cerrada habrían desencadenado la ira de Jean-Marie Brohm, crítico fundamentalista del deporte de competición.

29. Bajo la responsabilidad sobre todo de Jean-François Vilar, de Alain Brossat, de Bernard Cohen, de Jean-Yves Potel, y después de Jean-Louis Enet y de Gilbert Paulat.

30. Ver Sylvain Pattieu, Les Camarades des frères, París, Syllepse, 2002.

31. Los padres de Paul Alliès, con su hospitalidad incondicional e indefectible, no dudaban de que sus viñas y el apacible Clos de la Reine Claude acogían a veces a inquietantes conjurados.

32. Régis Debray, *La Critique des armes*, tomo I, París, Seuil, 1974.

9

El tiempo del “leninismo apresurado”

“Toda sociedad secreta conlleva una sociedad aún más secreta por detrás, bien porque percibe el secreto, porque lo protege, o porque ejecuta las sanciones por su divulgación […] Toda sociedad secreta conlleva su modo de acción, secreto en sí mismo, por influencia, disimulo, insinuación, supuración, presión, radiación, del que nacen las contraseñas y los lenguajes secretos ”

Gilles Deleuze y Félix Guattari

En febrero de 1972 el militante maoísta Pierre Overney fue abatido por un vigilante, delante de Renault-Billancourt. La manifestación que partió de la estación del Este para escoltar el cadáver hasta el [cementerio] Père-Lachaise fue imponente. El cortejo de la Liga, cubierto de banderas rojas estampadas con la hoz y el martillo, iba precedido de una corona erizada de espinas. Sophie era la encarga de llevarla. Hacía mucho frío. Fue el pretexto para prestarle caballerosamente mis guantes.

Sophie se había unido a la Liga en verano de 1968. Desapareció en seguida. Su marido suizo había sido expulsado por extranjero, tras una redada policial a la salida de una reunión. Condenada a un exilio forzoso en Suiza, hacía algunas apariciones por París para estar con sus abogados y seguir sus gestiones para el levantamiento de la expulsión. En uno de esos breves viajes, nos topamos en casa de Henri Weber. La profundidad de su mirada azul bajo de una *chapka* le daba un aire de heroína tolstoiana o de princesa de las estepas. Fue un deslumbramiento. Un flechazo. Como si la Manon de mi infancia irrumpiera en mi vida:

Y de repente todo se calla al aparecer Manon

Manon es la belleza, la inefable juventud…

Este breve encuentro sin palabras fue también, por desgracia, un encuentro sin después. Sophie reapareció en otoño de 1970. Cuando su silueta y su desafiante talle, altivamente arqueado, se recortaron a contraluz en el brillo cegador del callejón, a la entrada de la tasca Chez Robert donde solíamos comer, metí la nariz en el plato. Seducido, maravillado, intimidado.

A veces, por la tarde, se aislaba para redactar el “*Topo rojo*” destinada a la fábrica Nord-Aviation de Châtillon. Había desertado del instituto mucho antes de acabar el bachillerato para hacer una carrera de actriz, interrumpida por la gran sacudida de Mayo. Sin diploma escolar, se había mostrado virtuosa en el arte de redactar octavillas claras, llenas de hallazgos pedagógicos, y sin el menor rastro de lenguaje estereotipado. Con esta reputación, le llamaron para dar lecciones de “*hojas topo*” a algunos encopetados universitarios, incapaces de desarrollar un argumentación convincente sobre los “aumentos salariales iguales para todos” o de defender la causa del Airbus contra la costosa operación de prestigio del Concorde. A pesar de sus veintitrés años y un natural reservado, Sophie no dudaba en lanzarse, a las puertas de la Snias [Sociedad nacional industrial aeroespacial], en disputas polémicas con los liberados sindicales, sorprendidos ante el descaro de esta juvenil amazona. Y su voz, cultivada en cursos de arte dramático, le permitía mantener a raya sus gangosos megáfonos.

El episodio de los guantes fue entre nosotros la primera señal anunciadora de una intriga galante. La confusión de mis sentimientos iba ya más allá de una tierna inclinación, pero respetaba (hasta cierto punto) la institución conyugal, y me escondía en mi timidez natural: ¿demasiado bella para mí? Y además, a decir verdad, tampoco tenía prisa en volver a caer en los desórdenes amorosos. Creía querer gozar el mayor tiempo posible de los redescubiertos encantos de una vida de aventurero soltero.

Las exequias de Pierre Overney fueron interpretadas como el canto del cisne de Mayo 68. Fue, en efecto, una especie de apoteosis melancólica y de adiós a las ilusiones líricas. Después de la manifestación, volvimos al callejón Guéménée. En Chez Robert, el patrón, visiblemente alterado, nos anunció que nos estaban esperando. Sorpresa: Michel Piccoli se aburría en una banqueta al fondo de la desierta sala. En aquella época, la Liga hacía reuniones en su casa, en torno a un boletín, *Tele 7-Rouge*, destinado al personal de radio y televisión. Impactado por los recientes acontecimientos, quería comprometerse más. Sugirió incluso la posibilidad de hacerse liberado de la Liga. Hubo que explicarle con mucho miramiento que eso no era tan sencillo. Bolchevismo obliga: antes de ser elegible a un puesto de liberado por su célula de base, había que ser, al menos durante un año, militante *estagiario* [en prácticas], después titular, etc. Nuestra pedagogía disuasiva le convenció sin demasiadas dificultades. Dos años más tarde, nos concedió su aval financiero para comprar a crédito el material de fotocomposición necesario para el lanzamiento de *Rouge diario*. Fue un gesto generoso y valiente. Las organizaciones de la izquierda revolucionaria eran muy inestables y poco solventes. Aunque nosotros siempre nos esforzamos en honrar puntualmente las órdenes de pago de esta deuda, tanto moral como financiera.

En 1972, los funerales de Pierre Overney simbolizaron un cambio de paisaje político. El nuevo partido socialista había nacido un año antes en el congreso de Épinay. Con nuestra apresurada agitación, apenas habíamos prestado atención a lo que sólo considerábamos politiquerías hexagonales. Pero hubo que rendirse a la evidencia. A finales de junio de 1972, el Programa Común fue firmado por François Mitterrand por el partido socialista, Georges Marchais por el partido comunista, y Robert Fabre (¿quién se acuerda del farmaceútico de Rodez?) por los radicales de izquierda. Respondimos inmediatamente, redactando durante la noche un folleto profético: *¡Cuando sean ministros!* A medida que yo las iba escribiendo, las hojas eran directamente dactilografiadas y después maquetadas por Sophie.

De madrugada, convencidos de haber salvado nuestra alma sirviendo lo mejor posible los intereses históricos del proletariado, tomamos, frente a frente, nuestro primer café cortado en la estación de Austerlitz. Después nos retiramos juiciosamente, cada cual a su casa. La flecha de Cupido estaba lanzada. El taxi que nos llevó paracía despegar hacia las estrellas. Cuando descendió, en la plaza Saint-Sulpice, sorprendió mi pudor deslizando en mis labios un beso dulce como una promesa. Aunque el Programa Común produjo muchas decepciones, habrá tenido al menos, a falta de haber cambiado el mundo, este benéfico efecto colateral.

Como en un sofisticado mapa de lo Tierno[1], las maniobras de aproximación habían comenzado algunas semanas antes. Un domingo de mayo, desocupado, pasé a última hora de la tarde por el local para corregir las pruebas de un boletín interno. Tuve la afortunada sorpresa de encontrarme a Sophie, ocupada en multicopiar su hoja. Cenamos en el Procope. Su sonrisa oblicua daba un toque de divertida curiosidad a sus labios. Parecía decir: “picarón, que te veo venir…” Sophie tenía revólveres en los ojos, prestos a cargarse de tormentas, de pólvora, de insolente ironía, o de repentinos destellos de risa solar. Su azul intenso era una invitación a sumergirse a cuerpo descubierto en misteriosas profundidades, en busca de doblones y tesoros hundidos. Su gravedad serena y a la vez burlona me traspasaba como una navaja. Petrificado, balbuceaba sin recuperar el aliento, como si el menor silencio pudiese ser fatal. Preso de pánico, incapaz de sostener la mirada de acero que se divertía con mi desconcierto, buscaba en los estucados y molduras del venerable café las fallas y las grietas donde, en caso necesario, podría encontrar refugio y desaparecer.

Dos días después de la memorable noche del Programa Común, tras un mítin antifranquista en Toulouse, como por casualidad, fui a merodear al local, por lo general desierto los sábados. Como por casualidad también, Sophie estaba en su mesa de maquetación. ¡Qué curioso! ¡Qué extraño! ¡Y qué coincidencia…! Me contorsionaba en un desvencijado sillón, sin saber cómo dirigir nuestro folletón hacia su feliz desenlace. Con un tono de falsa improvisación, acabamos por decidir, con aire desenvuelto, “irnos a una peli”. Daban *2001, una odisea en el espacio*. Antes de despegar hacia esa inmensidad sideral, cenamos prosaicamente, deprisa y corriendo, en una cervecería. En los manteles de papel había un horóscopo del mes. Los augurios no podían ser más favorables. Ambos éramos Aries, y los astros coincidían evidentemente en predecirnos las mejores fortunas sentimentales. Al día siguiente, Sophie vino a vivir a mi sexto piso sin ascensor, en la calle Ernest-Renan. Como para dar a entender prudentemente que se

trataba de un ensayo de vida en común, y no de una instalación de duración indeterminada, su bagaje se reducía a una pequeña maleta.

Lo provisional todavía dura. No nos habíamos equivocados de historia de amor.

El resto del año 1972 pasó volando como un romance. Después de la gran manifestación de julio en el Larzac, nos fuimos, con Paul Alliès y Geneviève ("Patchou"), a hacer una *road movie*[2] por las carreteras de España. Deambulamos por el Barrio Chino, todavía fiel a su leyenda, y por la Barceloneta, aún no sacrificada a los dioses del Olimpo. Hicimos etapa en Alcoy, atormentado por los fantasmas de la guerra civil. Saludamos, al pasar, la plaza de toros de Ronda y los palmerales de Elche. Entramos en Granada canturreando a Lorca. Seguimos hacia Sevilla, asistimos a una mediocre corrida, recorrimos las cuevas de flamenco para turistas. Volvimos por Alcaraz, Albacete (donde medoreaba todavía la sólida silueta de André Marty), después Poblet y Urgell. Mientras desfilaban los kilómetros, repasábamos nuestro repertorio de canciones revolucionarias, de *La colina roja* a *La semana sangrienta*[3]. Repetíamos a coro, con ardor vengativo, "*A los de Oviedo*":

Con sus cigarrillos encendien la mecha

De sus granadas de hierro blanco,

Los de Oviedo, con espléndido entusiasmo

Rechazaron sus cadenas…

Al pie de Jaen, no dejamos de saludar con deferencia a los aceituneros altivos:

Andaluces de Jaén, aceituneros altivos

Decidme en el alma, ¿de quién

De quién son estos olivos?

Por las carreteras nocturnas, Patchou repetía el repertorio de Piaf, con su acento y su guasa nimesa. Como recuerdo, le volvía a pedir, una vez más, *Manon*. La vieja tonadilla me volvía a sumir en las tardes llenas de humo y felizmente melancólicas de la taberna familiar.

En Montmartre por la noche, el champagne chispea

En medio de las canciones, de las risas y de las chicas.

Y de repente todo se calla…

Para agradarme, Patchou encadenaba con Lulú:

Lo sabes bien, Lulú

Eres demasiado alegre

Te gustan las joyas

La buena vida te llama

Lulú, eres demasiado bella

Y yo, yo estoy celoso

A la vuelta, echamos el ancla en Pézenas, en la casa familiar de Paul, en el número 1 de la calle Albert-Paul-Alliès (nombre del abuelo historiador de la ciudad de Molière). Los domingos, la familia al completo transhumaba a la comida dominical bajo el tilo del Clos de la Reine Claude, una masía en medio de las viñas a la salida de la ciudad. Estas jornadas largas y lentas obedecían a un ceremonial perfectamente regulado: el aperitivo bajo la glicinia, los pequeños patés de Pézenas como preámbulo gastronómico, la caracolada o la *caponata* de Lucienne, los vinos escogidos por Albert, el *trou* [aguardiente] occitano para distanciar los *pélardons* [quesos] y los postres.

Al cabo de los años, Pézenas y el Clos se han convertido en un refugio amistoso. La acogida de Paul y de sus padres, su siempre abierta mesa, iban mucho más allá que una generosa

hospitalidad. Era una curiosa mezcla de *potlatch*[4] precapitalista y de *economía de la ayuda*[5] postcapitalista, cuando las relaciones monetarias estén abolidas. Como en las novelas de la Condesa de Ségur, el granjero dejaba bajo el cenador de glicinias, según la temporada, melones, tomates, albaricoques. Lo cotidiano obedecía a un ritual de sociabilidad completamente opuesto a las rutinas y los automatismos mercantiles. Cada gesto estaba orientado a la búsqueda de un placer o al despertar de un sabor: el leño para el fuego de la chimenea era escogido según el perfume singular que daría al consumirse. La elección de un vino en la bodega, el higo recién cogido del árbol para acompañar al jabugo, las reinas-claudias del jardín, nada se dejaba a la indiferencia. Lo ordinario tenía un aspecto de fiesta permanente.

Después de más de treinta años seguimos degustando estos instantes preciosos, bajo el signo de una amistad que los desacuerdos políticos y las estruendosas polémicas de sobremesa no han podido quebrar, a pesar de los relámpagos de un Paul tronante como Júpiter en el olimpo doméstico. Paul es una energía práctica siempre en movimiento, un arte de vivir hedonista, una generosidad sin límites y una hospitalidad afectuosamente despótica. Es una amistad sellada por un pacto invisible, como la que Saint-Just soñaba en hacer una de las instituciones republicanas, esta amistad que resiste a la prueba de las discordias y de las disputas. Esta “relación sin dependencia, sin episodios, en la que sin embargo entra toda la simplicidad de la vida”, de la que habla Maurice Blanchot.

Con la cabeza todavía soleada por nuestra escapada ibérica, en París nos esperaba una brutal desilusión. Nuestros camaradas argentinos presos en la penitenciaría de Rawson, en los confines de la Patagonia, habían planeado junto a algunos otros detenidos una audaz evasión colectiva. Su plan, cuidadosamente cronometrado, preveía un amotinamiento coordinado con un apoyo militar del exterior. Algunos guardianes habían sido comprados. Tras la salida, camiones de apoyo debían llevar a los fugitivos hasta el aeropuerto, donde desviarían un vuelo con destino al Chile de la Unidad Popular. El 17 de agosto se ejecutó el plan. Funcionó casi hasta el ínfimo detalle que, en estas operaciones, transforma de pronto el triunfo en tragedia. El camión se atrasó. Mario Roberto Santucho, el dirigente histórico del Partido Revolucionario de los Trabajadores, artífice del plan y uno de los fugados, “requisó” un coche que pasaba y seleccionó a media docena de dirigentes de los diferentes movimientos que tomaban parte en la evasión[6]. Consiguieron volar hasta Santiago, y de ahí a Cuba.

Robi Santucho no podía prever que los otros diecisiete camaradas que dejaba tras él en Rawson quedaban condenados. Entre ellos su propia compañera, Anna María Villarreal “Sayo”, tan delicada y tan frágil, y Pedro Bonnet, un simpático joven a quien conocí en París en compañía de Luis Pujals (asesinado en 1972 en una comisaría de Buenos Aires). El 22 de agosto, los militantes atrapados fueron fríamente abatidos sin ningún tipo de proceso en el recinto de la prisión de Trelew por los asesinos de la dictadura. El Cuarteto Cedrón dedicó a las víctimas de la matanza una cantata, interpretada en pre-estreno en París durante un gran mítin de la Liga en el Palacio de Deportes.

Impaciente por volver clandestinamente a Argentina tras pasar por Cuba, Santucho hizo etapa en Bruselas. Tuvimos una larga discusión con él en el domicilio de Ernest Mandel, en la calle Josse-Impens[7]. Había en su personalidad una fuerza magnética: apenas cuarentón, cabellos negros en alas de cuervo, nariz fina y perfil ligeramente indio, una voluntad tensa como un arco hacia un objetivo final. Originario de la región azucarera de Tucumán, procedía del nacionalismo revolucionario y se había radicalizado, como toda una generación latinoamericana, bajo la influencia de la revolución cubana y del Che, con quien había estado durante una estancia en Cuba. Emanaba de él una pasión que movía montañas. Mi imaginario de joven militante creía descubrir la determinación de Lenin, escondido en su cabaña de Finlandia en vísperas de la insurrección de Octubre.

La reunión fue sin embargo desagradable, fastidiosa, impregnada de un extraño malestar. Discutíamos en un pequeño salón con muebles adornados de coquetos tapetes de puntillas de Brujas. En la biblioteca se alineaban, en atestadas filas, los pesados volúmenes encuadernados de la *Neue Zeit*, de Kautsky y de Rosa Luxemburg. Reinaba una atmósfera de museo del movimiento obrero europeo. Robi Santucho venía de otro mundo. Se encontraba en la IV Internacional casi por accidente, a causa de las fusiones entre grupos argentinos, en base a un acuerdo con Nahuel Moreno para preparar la lucha armada. Mientras hablábamos, debía

estar imaginando los fantasmas de Sayo y de sus otros compañeros sacrificados, inclinados sobre sus hombros. Tenía la idea fija de volver lo más rápido posible al país para retomar el combate, tal vez para arreglar un contencioso personal con los asesinos. ¡Y nosotros le pedíamos cuentas por las posiciones de Fidel Castro sobre la Primavera de Praga y el Mayo francés! Vista desde Rawson, Praga quedaba lejos. Para continuar su guerra, Robi Santucho necesitaba el apoyo de los cubanos. Creía poder apoyarse en el gran patio trasero del "campo socialista". En la guerra como en la guerra. Para él, el mundo se dividía en dos campos, amigos o enemigos. Aunque no todo iba lo mejor en el mejor de los mundos socialistas posibles, había que hacer bloque con quienes consideraba "aliados estratégicos" Este "campismo" falsamente realista era todo lo contrario de la tradición de la Oposición de Izquierda al estalinismo. Aunque intentamos convencerle de que este falso realismo de cortas miras tenía un precio exorbitante, él no entendía: ¿la IV Internacional, cuántas divisiones?

En 1981 encontré ese mismo "realismo" ilusorio, teñido con una capa de cinismo, durante los acontecimientos de Polonia. Un camarada que durante su exilio parisino había estado cercano y que entonces militaba en clandestinidad en las filas del MIR chileno, me declaró toda su simpatía hacia los huelguistas de Gdansk. El nacimiento de Solidarnosc justificaba de manera impactante todas nuestras críticas del estalinismo y las dictaduras burocráticas. Pero, tal como era el mundo, los trabajadores polacos no tenían "ninguna posibilidad de lograr" relanzar la construcción de un socialismo democrático, y más valía por tanto que los soviéticos restablecieran el buen orden lo más rápido posible, bajo pena de ver debilitado y dividido al "campo socialista" frente al "enemigo principal" imperialista. Era mucho más urgente, en su opinión, que la dictadura chilena diera signos de desgaste y que las movilizaciones populares ascendieran de nuevo en todo el cono Sur. Ese discurso, por parte de un camarada formado e informado, me dejó atónito.

Pero no había el menor cinismo en el caso de Santucho. Le preocupaba además la discordia que había estallado en las filas del PRT. La regional-Sur de Buenos Aires había entrado en disidencia. Sospechaba probablemente que nosotros habíamos podido aprovechar su ausencia para animarla, cuando no para suscitarla. A diez mil kilómetros de allí, las reliquias del movimiento obrero europeo, el té y los espejillos debían parecerle irreales.

El 19 de julio de 1976, Robi Santucho fue muerto junto a su nueva compañera, Liliana Delfino, en el asalto de los militares contra una "casa operativa" donde se había refugiado, algunos días antes de exiliarse en Cuba. Con su decena de muertos y desaparecidos, el árbol genealógico de la familia Santucho puede leerse como un martirologio de la lucha popular de los años setenta en Argentina[8].

En la primavera de 1973 hice la campaña de las elecciones legislativas en Toulouse, una circunscripción pretendida por Jean-Jacques Servan-Schreiber. El partido comunista presentaba a René Piquet. Le había conocido durante mis vacaciones en Blois, cuando siendo joven secretario federal de Loir-et-Cher prometía un brillante futuro en la dirección del partido. En una circunscripción vecina, el candidato de la Liga era el veterano Jules Fourrier, republicano bretón, libre-pensador laico, pintor de brocha gorda, sindicalista libertario, que se había unido al partido comunista a comienzos de los años treinta, en pleno "tercer período", por gusto a la "pelea de clases", decía. Encarnaba ese "heroísmo burocratizado" de los años treinta, citado por Isaac Deutscher. Elegido en 1936 por la circunscripción del muelle de Javel, donde se encontraban las fábricas Citroën, fue el diputado comunista más joven en la cámara del Frente Popular. En 1937 fue agente de enlace de André Marty en las Brigadas Internacionales en Albacete. Desorientado por el pacto germano-soviético, formó parte de los diputados comunistas que votaron los plenos poderes para Pétain. Esta mancha en su "biografía" se le quedó pegada a la piel, como la sangre en las manos de Lady Macbeth. Pero no tardó en superar ese momento de confusión. Viviendo con una militante de familia poumista que conoció en España, deportado a Buchenwald como resistente, rompió con el Partido y creó, en los años cincuenta, el círculo *Germinal* (una corriente de izquierda en el seno del PSU). Después de 1968, participó en el lanzamiento de *Socorro Rojo*, y después se unió a la Liga en 1969, como quien vuelve a su casa.

Con su acento bretón, su mirada maliciosa, su enorme cabeza sonriente, Jules era todo un personaje. Nuestra generación tenía entonces tendencia a creer que en adelante las campañas

electorales se harían sobre todo en los medios de comunicación. Él había sido formado en los años treinta en la escuela de agit-prop del Partido, en una época en que *L'Humanité* se difundía en bicicleta por los pueblos. Los adeptos al *tupperware* y los huecos de escalera no han inventado nada. Jules no hablaba de militantismo de campo. Lo llamaba simplemente "levantar polvo". Nos recomendaba pasar por cada aldea, por cada barrio, colocar en la alcaldía o en el bar de la esquina uno o dos cartelitos anunciando una reunión pública. Sólo acudirían dos, tres o seis personas. Sería un comienzo. Habría que perseverar. La siguiente vez acudiría el doble. A pesar de sus piernas enfermas, que le recordaban dolorosamente el campo de concentración, en lugar de coger el autobús, una vez por semana Jules se iba del local con un paquete de volantes bajo el brazo para repartirlos por los buzones mientras volvía a su casa a pie. Se asombraba de que los jóvenes militantes no hiciesen lo mismo de forma espontánea. ¡No era tan complicado! ¡Una vez a la semana! El "polvo" acabaría por dar resultados.

¡En la "pelea de clases", cada pulgada de terreno cuenta!

La cuestión del Concorde era el gran tema de la campaña electoral tolosana. El partido comunista defendía el avión de prestigio en nombre de los efectos tecnológicos anunciados y de la "grandeza francesa". No era todavía el "produzcamos francés", de siniestra memoria, pero ya daba el tono. Llevábamos sistemáticamente la contradicción a las reuniones de Servan-Schreiber (protegido por esbirros de extrema derecha) o de René Piquet. Rompiendo la tregua electoral, estalló una huelga ejemplar en las fábricas Ruggieri, con un comité de huelga elegido. Nuestros camaradas jugaban allí un papel de primer orden. Exasperados por nuestras interpelaciones, los dirigentes comunistas locales ni siquiera se atrevieron a celebrar sus reuniones de libertad de palabra, siguiendo el modelo de los "*Dígame, señor Marchais*", organizados entonces a escala nacional. En el recuento de votos, nuestro resultado fue sin embargo pequeño.

Tan pronto pasada la página electoral, partimos en autobús para Milan, donde debía celebrarse una gran manifestación internacional de apoyo a los pueblos indochinos. Acabó de forma apoteósica en la legendaria pista de madera del Vigorelli, que todavía vibraba por los logros de Fausto Coppi, Jacques Anquetil, Roger Rivière, en sus carreras por el récord de la hora. El cortejo de la Liga, precedido por una fanfarria (en la que Sophie tocaba alegremente la pandereta), tenía muy buen aspecto. Cuando entraba en la pista del velódromo, donde se iba a celebrar el mítin, para dar una vuelta triunfal, hordas de fanáticos mao-estalinistas a los gritos de "Viva Stalin" se lanzaron gradas abajo, decididos a zumbar al trotskista. Subestimaban la *furia francese* de nuestro servicio de orden, resuelto a vengar la memoria de las víctimas de los procesos de Moscú. Terminó con una medieval batalla campal, en medio del césped, a golpes de astas de banderas, bajo la mirada de un público pasmado ante el imprevisto espectáculo.

De vuelta a París, los preparativos de la manifestación del 21 de junio contra el mítin racista de *Orden Nuevo* en la Mutualité estaban en todo su apogeo. El asunto olía a pólvora. Manifestación a manifestación, nuestro contacto con las fuerzas del orden se hacía cada vez más violento. El año anterior, una manifestación nocturna contra un mítin racista de *Orden Nuevo* en el Palacio de Deportes acabó en disturbios. Para proteger la distribución de octavillas a la puerta de las fábricas Citroën de Rennes contra los esbirros del sindicato amarillo de empresa, tuvimos que enviar varias camionetas de refuerzos parisinos e imponer, a base de cócteles Molotov, el respeto a la democracia sindical. En la universidad de Niza, una guerra civil larvada enfrentaba a nuestros militantes con los fascistas locales. Se multiplicaban las escaramuzas en los mercados de Aligre o de la Convención. Era una escalada.

La preparación de la manifa del 21 de junio fue un modelo del género. Presintiendo que sería importante pero minoritaria, habíamos almacenado con días de antelación cantidad de cócteles y de barras de hierro en contenedores de obras, diseminados en distintos puntos de la capital. Michel Recanati, Charles Michaloux y yo estábamos encargados de la dirección de las operaciones. La mañana del día 21, el asunto tomó un giro inquietante. Aunque la Liga era la principal fuerza organizadora, la iniciativa reunía a las diferentes familias de la extrema izquierda. En esta marcial emulación, nadie quería tener la responsabilidad de una retirada. Intentamos en vano pensar en algunos golpes de efecto que permitieran relativizar la manifestación de la noche.

Los militantes tenían dobles citas de célula en andenes del metro. Habían recibido recorridos cronometrados casi al minuto, para saltar de forma perfectamente sincronizada en los accesos de la Mutualité. Al final de la tarde, los "jefes de grupo" se reunieron para recibir las últimas consignas. Las caras estaban tensas, un poco pálidas. Yo presenté un plan de una simplicidad bíblica. Según las informaciones de las estafetas encargadas de comunicar los últimos informes sobre el dispositivo policial, debíamos poder formar un cortejo de algunos miles de militantes, todos con casco y provistos de barras de hierro, a la altura de la plaza Monge. Cargaríamos inmediatamente en dirección a la Mutualité. Después, la consigna era simplemente "ocupar la calle hasta el último metro". El silencio perplejo y las miradas de interrogación que acogieron esta arenga decían bastante.

Esta carga heroica hizo correr después (demasiada) tinta[9]. Tras el primer asalto y la primera cortina de llamas, el miedo contenido se transformó en furor. Como un resorte que se distiende, la audacia de los manifestantes se volvía inversamente proporcional al temor que la había precedido. Nunca habíamos visto semejante sálvese-quien-pueda de policías largándose, empujándose, rodando por el suelo, con manifestantes pisándoles los talones. Mientras las primeras líneas cargaban, grupos móviles laterales les bombardeaban con cócteles. Cristophe Aguiton y sus tiradores hacían maravillas. Bajo su ridículo casco, Edwy Plenel tenía el bigote en orden de batalla. Habíamos pasado de conejos a cazadores. El cortejo acabó por refluir y trozearse. Tras una última estampida contra los coches de policía estacionados en la plaza Edmond-Rostand, el contingente principal se replegó hacia el Sena y atravesó el puente de Austerlitz. Al pasar por la plaza de la Bastilla, los extenuados manifestantes ya no tenían banderolas. No tenían fuerzas siquiera para gritar consignas. Sólo se oía el carraspeo metálico de las barras de hierro golpeando contra el asfalto. El último grupo de esta reventada horda descendió por la calle del Fauburg-Saint-Antoine hacia el local de *Orden Nuevo* que fue tomado al asalto. Misión cumplida. Dispersión.

Aquella noche, la reunión de *debriefing* [balance] fue jubilosa, a pesar de una vaga inquietud por las consecuencias del asunto. Al día siguiente, tras el Consejo de Ministros, el veredicto fue portada de los informativos. La Liga Comunista era disuelta. Sus responsables, según el Ministro de Interior Marcellin, eran merecedores de persecución por intento de asesinato sobre los agentes de la fuerza pública. Como ya se encontraba condenado con suspensión de pena, Pierre Rousset había sido dispensado de manifa y encargado de la guardia del local del *impasse* Guéménée. Fue detenido durante la noche. Se decidió que Alain Krivine se dejaría detener después de una conferencia de prensa celebrada bajo la protección de François Mitterrand: sería más útil en prisión que en una incómoda clandestinidad. ¡Y además, se podrían volver a utilizar los slogans con alquitrán indeleble del verano del 68, todavía visibles −"Libérez Krivine et Rousset!" [¡Libertad para Krivine y Rousset!]!

El 21 de junio ha suscitado muchos comentarios, como si a falta de verdaderos combates, la manifestación hubiese alcanzado con el paso de los años proporciones épicas en la memoria de exmilitantes integrados. Al día siguiente de la disolución, nuestra situación era curiosa. En Argentina, nuestros camaradas, como represalia, habían ametrallado la embajada de Francia. Se notaba que las declaraciones exageradamente amenazadoras de Marcellin no tenían sentido político. Los dirigentes de la Liga estaban siendo buscados. Pero, libertad de prensa obliga, *Rouge* seguía siendo legal. Con la legislación francesa, es más difícil prohibir un periódico que una organización. No dejó de aparecer ni una semana. Volvió a encontrar la función tradicional de la prensa revolucionaria como "organizador colectivo", en torno al cual se reunían círculos de difusores y de lectores. Alain Bobbio y yo, responsables de la publicación, encontramos refugio en un rincón perdido del distrito trece, en casa del actor Paul Crauchet, ausente por encontrarse de gira. Agentes de enlace llevaban los artículos a buzones secretos. *Libération* y *Politique Hebdo* nos prestaron sus teclados de fotocomposición y sus mesas luminosas de maquetación.

La acción del 21 de junio, estratégicamente discutible, fue popular en las empresas. Los obreros nunca se han mosqueado por ver a Guignol pegar al gendarme. Y además, la causa era legítima −una manifestación antirracista en defensa de los trabajadores inmigrados (sólo era el comienzo de una campaña de extrema derecha fascistizante cuya continuación se ha visto después). Centenares de personalidades, intelectuales, sindicalistas, artistas, firmaron un llamamiento contra la disolución de la Liga, impreso en carteles generosamente pegados por las calles. A pesar de su fobia antiizquierdista, el partido comunista se vio obligado a

defendernos y a participar (¡nada menos que Jacques Duclos!) en un mítin de solidaridad en el Circo de Invierno. ¡Una gran novedad!

A finales de agosto, los camaradas belgas de Mouscron nos hicieron pasar la frontera campo a través, para celebrar en Gand la primera reunión de dirección nacional después de la disolución. Los reencuentros fueron alegres. Algunos habían tomado como excusa la clandestinidad para dejarse fantasiosos bigotes, floridas barbas, o para teñirse el pelo con henna. Jacques Rzepsky y Olivier Martin, organizadores de la reunión, ostentaban vistosas corbatas que les daban aspecto de subasteros flamencos. Pero el ambiente era eléctrico. Los responsables del sector empresa se oponían a las derivas izquierdistas. Consideraban que la desventura nos iban a desorganizar, en un momento crucial para nuestra implantación obrera. La troika formada por Recanati, Michaloux y yo mismo, directamente responsable del 21 de junio, no se inclinaba a la autocrítica. Recibimos el refuerzo inesperado de nuestros mayores: de Pierre Frank, que siempre tuvo afectuosa admiración por Auguste Blanqui, y de Michel Lequenne, para quien los numerosos testimonios de solidaridad a favor de la Liga justificaban *a posteriori* nuestros derrapajes militares.

Marcellin había supuesto que la Liga sufriría la misma suerte que los *maoístas* de la *Causa del Pueblo*, que nunca se repusieron de su disolución en 1970. Eso era no tener sentido común y equivocarse sobre nuestro enraizamiento social y sobre la realidad de las relaciones de fuerzas. Estábamos menos aislados de lo que él creía. En setiembre, Krivine y Rousset fueron liberados. Ciertamente las vicisitudes ligadas al episodio de semiclandestinidad nos complicaron un poco la vida, pero no fue grave.

Salvo para Michel Recanati.

Buscado como el principal responsable del 21 de Junio, “Ludo” se entregó a la policía en otoño tras una breve estancia en el extranjero. La liberación de Krivine y de Rousset hacía pensar en una estancia relativamente breve en la [cárcel de la] Santé. Sería mejor que hundirse en una espiral de clandestinidad de incierta salida. Pasar por la caja-prisión fue para él la ocasión de hacer balance de su joven vida y de afrontar sus fisuras íntimas. Se había enterado recientemente de que aquel a quien siempre había considerado su padre, y que admiraba, no era su verdadero padre. A la luz de esta revelación, había revisado la película de su infancia y su adolescencia. Durante nuestro verano de fuga, discutimos muchas veces, sin abordar este tema de frente. Se contentó con aludirlo, una noche que cenábamos en un restaurante ruso en Clignancourt, pretendiendo que había tenido en Rusia una aventura amorosa de la que habría nacido un niño. Nunca supe si se trataba de una fábula destinada a comprobar nuestras reacciones, o de un traumatismo real: habría reproducido su propio abandono paterno.

A la salida de la prisión, Ludo había cambiado. Algunos meses más tarde, vino a buscarme como amigo y responsable de las cuestiones de seguridad. Acababa de iniciar un psicoanálisis y se sentía obligado a tomarse unas “vacaciones de la organización” *sine die*. Intenté en vano disuadirle; le aconsejé que se tomase tiempo para coger aire sin descolgarse, para ocuparse un poco de él y de la reconversión profesional que le ilusionaba. Pero Ludo, monje soldado, se vivía a sí mismo como un jefe militar. Meticuloso, concienzudo al extremo, llegaba a vomitar de nervios antes de una manifa o del comienzo de un mítin. Al confiarse a un psicólogo, tenía la sensación de traicionar nuestros secretos. Experimentaba una culpabilidad incontrolable. Su cura estaba bloqueada.

Se alejó. Sus apariciones se hicieron más raras. Ya no respondía a las invitaciones, a las propuestas de salir. Huía de la discusión. Después, desapareció. No nos enteramos de su suicidio, ocurrido en 1979, hasta mucho más tarde. Ludo era ante todo un hombre de acción, inteligente, carismático, duro y frágil a la vez. Una herida profunda afloraba en el estallido de su risa quebrada o en su sonrisa crispada, como si se tratase de una manifestación de debilidad desplazada. A través de la película de Romain Goupil, *Morir a los treinta años*, su suicidio suele ser visto como el símbolo de una tragedia generacional y el punto final de un período en que la historia nos mordía la nuca. ¿Se sabe alguna vez cuántos hilos cruzados, anudados, rotos, conducen al suicidio? ¿Se puede reducir este instante de decisión extrema, desenlace singular de una historia singular, a un simple encadenamiento causal o a la ilustración edificante de una aventura colectiva?

La película de Goupil tiene valor por la espontaneidad de las imágenes de aficionado, por la autenticidad de la juventud, por la presencia de Michel, sobre todo. Ahí la realidad excede a la

ficción. Sin embargo, como el fresco de Hamon y Rotman, produce un narcisista efecto de lupa sobre el microcosmos militante. La historia aparece como un juego trágico tomado a broma por una banda de adolescentes encabritados ante la entrada en la vida. Muchos antiguos militantes desencantados han podido reconocerse en esa nostalgia rechinante de los relatos de Olivier y de Jean Rolin. Pero no era "por diversión", como dicen los chavales. Al menos, no para todo el mundo. Ludo, por su parte, se tomaba las cosas terriblemente en serio. Durante el verano de 1972, había cogido la costumbre de preguntar, con un inicio de risa inmediatamente estrangulada: "*A quoi bon?*" ["¿Para qué?"]. Se había convertido en una especie de contraseña cómplice, un simulacro de distancia irónica, que indicaba que hacíamos seriamente lo que pensábamos que había que hacer, sin tomarnos sin embargo (demasiado) en serio; y que éramos muy conscientes del lado paródico de nuestros *remakes* del Cartel Rojo.

"¿Para qué?" Está claro, después de visto, que Ludo no (se) planteaba la cuestión en sentido irónico. Le había empezado a atormentar en serio. La "*columna ausente*" [10] sobre la que había construído su joven y esquiva vida se tambaleaba peligrosamente.

Comparada con las generaciones precedentes, sólo hemos conocido −al menos, en Francia− pruebas benignas. Pero estábamos embarcados, sobre todo a través de nuestros vínculos internacionales, en una aventura común con nuestros camaradas vascos, bolivianos, chilenos, argentinos, mexicanos, brasileños. Muchos no sobrevivieron. Guardo la memoria de decenas de caras borradas de repente. A estas caras desaparecidas debemos la lealtad reivindicada por Karol Modzelewski hacia los desconocidos con quienes nos une una deuda impagable. Por fidelidad hacia ellos. Por respeto hacia nosotros mismos. Nada más desagradable que esas fotos, tomadas a la salida de banquetes conmemorativos o de congresos socialistas, donde una colección de veteranos rancios levantan el puño entonando con burla la *Joven Guardia* o la *Internacional*. Como para decir: "¡Éramos jóvenes! ¡De todos modos, nos divertimos mucho!". O incluso: "¡Era todo falso, pero cómo nos hemos asentado!"

El "*Nosotros que nos queríamos tanto*" en versión Narciso envejecido…

La farsa no fue sin embargo la misma para todo. Hubo también quien pagó el pato.

"Se puede reir de todo, pero no con cualquiera", dice Pierre Desprogres.

Aquel mismo año 1973, François Maspero hizo un intento de suicidio.

NOTAS CAPITULO 9

1. *La carte de Tendre*. Ver nota 25 del capítulo 1. (N de T)

2. *Road movie*: película que transcurre en un viaje por carretera. (N de T)

3. "*La butte rouge"* es una canción antiguerra escrita en 1923 por Gaston Montéhus. Habla de un episodio sangrante de la Primera Guerra Mundial. (N de T)

4. El *potlatch* era una ceremonia de intercambio de regalos, practicada por pueblos aborígenes de la costa pacífica norteamericana. (N de T)

5. "Economía del don", o de la ayuda", es una concepción de la economía en la que las riquezas se ofrecen mutuamente sin contrapartida a cambio. (N de T)

6. Entre otros, el *pelado* Gorriaran, organizador una docena de años más tarde de la espectacular ejecución del dictador nicaragüense Anastasio Somoza en las calles de La Asunción (Paraguay), donde había encontrado refugio después de la revolución sandinista.

7. Además de Ernest, Hubert Krivine y yo mismo, estaba también presente el "viejo" Marcos, militante argentino que había trabajado en la fábrica de armas organizada por la IV Internacional en la frontera marroquí para ayudar al FLN argelino. Después del golpe de Estado de Bumedian se quedó en Argelia. A través de Elbio, nombre que utilizaba, el joven Edwy Plenel tuvo su primer contacto con el movimiento trostskista.

8. Ver en particular el capítulo sobre "La familia Santucho" en el emotivo libro de Marta Diana, *Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas* (Buenos Aires, editorial Planeta, 1996). Sobre las relaciones entre la Liga Comunista y el PRT, tuve la sorpresa de descubrir bajo la pluma del psiquiatra Miguel Benassayag (en *Che Guevara, du mythe à l'homme*, París, Bayard, 2003, p. 103-105) una fabulación tan rocambolesca como calumniosa.

9. Por ejemplo, ocupa un lugar desproporcionado en el grueso libro de Christophe Nick, *Les Trotskistes*, París, Fayard, 2002.

10. *Sur une colonne absente*, título de un libro de ensayos de Merleau-Ponty. (N de T)

10

Llorar por ti, Argentina

"Todos los profetas han sido violentos por dulzura."

André Suarès
Idées et Visions

El 10º Congreso mundial de la IV Internacional tuvo lugar en enero de 1974 en una lluviosa playa de Rímini. Se rompió por el balance de la lucha armada en América Latina, por la inminencia de la revolución en Europa, por la ejecución por un comando vasco de Carrero Blanco, el designado sucesor de Franco. Se formaron dos bloques. Uno, mayoritario, agrupaba a la mayor parte de las secciones europeas y a una parte de las secciones latinoamericanas; la otra, minoritaria, se reunía en torno al Socialist Worker Party de los Estados Unidos y del Partido Socialista de los Trabajadores de Argentina, dirigido por Hugo Bressano, conocido como Nahuel Moreno. Durante el debate preparatorio, cada corriente podía estatutariamente presentar sus posiciones en las diferentes secciones. Gracias a *Mafalda, El español en 90 lecciones* y a los *Siete domingos rojos*, había acabado por apañármelas en español. Así que fui enviado a Argentina a defender nuestra orientación.

En la historia de los trotskismos latino-americanos, Argentina es una tierra caliente. Después de la guerra se enfrentaron dos corrientes. La de Juan Posadas veía el populismo nacionalista de Juan Perón como un elemento progresista. La de Nahuel Moreno consideraba por el contrario al peronismo como una especie de prefascismo de país subdesarrollado. Después del derrocamiento de Perón, en 1955, la tendencia posadista comenzó a decaer. Su gurú acabó en los años sesenta desarrollando posiciones más cercanas a la paranoia crítica según Dalí que a la teoría de la revolución permanente. Moreno en cambio revisó sus posiciones anteriores para relacionarse con la resistencia peronista. Comprendió el impacto de la revolución cubana en el continente y, desde comienzo de los años sesenta, pensó en comprometer a su organización en la lucha armada. Con esta perspectiva, inició un acercamiento con el grupo de Tucumán dirigido por Mario Roberto Santucho. De este proceso nació el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) argentino. A contratiempo.

Desde 1965, con el desembarco de los marines en Santo Domingo, los vientos habían comenzado a cambiar. De la muerte del Che en 1967, del fracaso de las guerrillas peruana, colombiana, guatamalteca, Moreno sacó la conclusión de que se imponía un nuevo giro. Santucho se mantuvo en cambio en el proyecto inicial. En el 9º Congreso mundial de 1969, el PRT se presentó dividido en dos delegaciones: el PRT-*Combatiente* (de Santucho) por una parte, y el PRT-*La Verdad* (de Moreno) por la otra. Algunas semanas después del congreso, estallaron en Argentina levantamientos urbanos, el *Cordobazo* y el *Rosariazo*. La ciudad de Córdoba era un feudo del PRT-Combatiente, aunque el PRT-La Verdad contaba también con una sólida implantación sindical: su candidato a las elecciones presidenciales de 1973 era obrero en la industria automovilística. Moreno hizo de estas explosiones urbanas su argumento para preconizar una vuelta a las formas clásicas de huelgas y levantamientos urbanos contra un fetichismo de la guerrilla rural inspirada en la revolución cubana (o en su leyenda). Santucho dedujo en cambio la necesidad de reforzar la preparación militar en la perspectiva de transformar esas luchas espontáneas en movimientos insurreccionales organizados.

Treinta años y una hecatombe más tarde, la controversia puede parecer siniestramente ridícula. En el contexto no lo fue. Entre 1970 y 1973, el Cono Sur de América Latina se encontraba en irrupción permanente. Chile estaba gobernado por la Unidad Popular de Salvador Allende. En Uruguay, los Tupamaros multiplicaban los golpes de efecto. En Bolivia, los golpes de Estado militares se alternaban con los levantamientos de mineros apoyados por la poderosa central sindical. Miles de vidas estaban en juego. La tragedia chilena, los treinta mil desaparecidos argentinos, las prisiones uruguayas, lo iban a confirmar. En pocas semanas,

entre junio y setiembre de 1973, la dictadura militar se impuso en Chile y en Uruguay. La dolorosa experiencia de la “vía chilena” estaba en todas las mentes.

Argentina se distinguía por una tradición de violencia social extrema, por la existencia de un movimiento obrero bajo hegemonía peronista, por la actividad de importantes corrientes peronistas de izquierda armadas (como los Montoneros) y por la presencia de una izquierda revolucionaria influída por el castrismo. Un ensayo de Ernest Mandel destacaba las debilidades estructurales de la burguesías nacionales dependientes en el continente; deducía una relación orgánica casi inmediata entre las tareas democráticas y la dinámica socialista de la revolución. Pero subestimaba el hecho de que, a la fragilidad de las clases dominantes, correspondía una debilidad simétrica de las clases dominadas, encuadradas de forma más duradera y más sólida de lo que imaginábamos por formaciones nacionalistas y populistas. La capacidad del peronismo para sobrevivirse, pese a sus peores compromisos y a una corrupción galopante, no había acabado de asombrarnos.

Cuando desembarqué en Buenos Aires, en octubre de 1973, el continente estaba bajo el *shock* del golpe de Estado de Pinochet, la caída del palacio de la Moneda, el suicidio de Salvador Allende. En la propia Argentina, la situación era paradójica. Un año antes, la dictadura militar había sido barrida por la movilización popular. El presidente Cámpora aseguraba la interinidad a la espera de la triunfal vuelta del exilio de Perón. Reinaba en el país una extraordinaria libertad de circulación, de expresión, de reunión. Los kioskos estaban cubiertos de publicaciones con portadas rojas. El retrato del Che destacaba por todas partes. En el cruce de Callao y Corrientes, se podía encontrar a todo tipo de figuras de la subversión continental: brasileños que esperaban la caída de su propia dictadura, conspiradores bolivianos en tránsito, vecinos uruguayos, chilenos que no imaginaban todavía que pudiese ser tan largo, algunos paraguayos con todo lo necesario para el mate. Sin embargo, la prensa diaria estaba llena de noticias de hechos violentos, escaramuzas armadas, tiroteos, secuestros y peticiones de rescate. Para repartir una simple octavilla a las puertas de una fábrica, se necesitaba a veces una voluminosa protección armada, tanto contra los burócratas sindicales de gatillo fácil, como contra la policía.

La delegación encargada de representar las posiciones mayoritarias de la Internacional formaba un cuadro pintoresco. Heda Garza, una judía neoyorkina cuadragenaria, no pasaba desapercibida con sus sombreros excéntricos, su abigarrado maquillaje y sus minifaldas. Su exhuberancia yanki hacía que los taxistas nos estafasen invariablemente, sin poder siquiera protestar −discreción obliga: nos relacionábamos con camaradas clandestinos y no nos podíamos arriesgar a llamar la atención por un incidente estúpido. El tercer miembro del equipo, Ramiro del Valle, era un brillante lingüista mexicano, de imperturbable placidez.

Mi primera visita fue a los camaradas de la Fracción Roja del PRT-Combatiente. Esta disidencia había sido excluída por Santucho a su regreso al país. Los desacuerdos se referían tanto a puntos de orientación y de funcionamiento como a cuestiones internacionales. La nueva organización, presente sobre todo en la zona sur de Buenos Aires, pretendía manifestar su fidelidad hacia la IV Internacional y demostrar a la vez que, en materia de lucha armada, era capaz de rivalizar en coraje y determinación con el PRT histórico, que en ese momento estaba en el apogeo de su potencia. Habiendo acumulado un sustancioso peculio gracias a algunos secuestros exitosos, nuestros camaradas acababan de editar por miles de ejemplares un voluminoso número de su nueva revista, *Cuarta Internacional*, orgullosamente titulada *“¡Sí, trotskistas!*”, para desafiar la caza de brujas orquestada por los estalinistas locales, pero también el anti-trotskismo destilado solapadamente por los dirigentes cubanos. A mi llegada, esta revista estaba a la vista en todos los kioskos.

La dirección de la Fracción Roja estaba compuesta en parte por brasileños que se habían unido a la Liga francesa durante su exilio parisino: Paolo Antonio Paranagua, joven surrealista de Nanterre que se ha había convertido después de Mayo 68 en el animador de nuestra célula de Renault-Billancourt, su compañera Maria Regina “Neneca”, Flavio Koutzii conocido como “René”[1]. En 1971, este grupo de exiliados proyectaba volver al país para reconstruir una organización. El primero en volver, Luiz Eduardo Merlino, fue detenido y asesinado en cuanto llegó. Los otros tuvieron que desviarse, unos hacia el Chile de la Unidad Popular, otros hacia Argentina, para adquirir experiencia militar y aguerrirse en la sección hermana.

Una hermosa mañana, por tanto, me presenté muy temprano en una extraña pensión familiar, donde Paolo y Neneca alquilaban un cuartucho cuidando su reputación de estudiantes extranjeros, estudiosos y sin historias. Pese a la hora matinal, Paolo ya había partido por el sendero de la guerra. Neneca, radiante, me informó en torno a un desayuno de las últimas peripecias, acentuando su relato con una contagiosa alegría de vivir. Ella me llevó a reuniones de estudiantes de La Plata, armados hasta los dientes. Neneca no era una asesina. Simplemente una estudiante que habría podido broncearse tranquilamente en las playas de Leblon paladeando *batidas de melao*. Pero aterrizó en ese agujero, en medio de las fieras. Se mantuvo valiente, en la detención, la prisión, la tortura. Volvió de allí con una carcajada astillada para siempre.

En un mes, pude visitar a todas las células de la Fracción Roja. Faltos de información a causa de su aislamiento, los camaradas estaban ávidos de informes sobre la situación europea, de discusiones teóricas, de detalles sobre nuestra epopeya del 21 de junio. Tenían la fastidiosa costumbre de grabar las reuniones para que los *cassettes* circularan después entre los ausentes y los miembros del aparato excluídos de las reuniones por razones de seguridad. Estos archivos sonoros les costarían caro en las detenciones de 1975.

En La Plata, Buenos Aires o Córdoba, las reuniones comenzaban distribuyendo armas y municiones ante la eventualidad de una intrusión hostil. Mientras se preparaba el mate, uno (una) responsable exponía el plan de evacuación del lugar. Yo me aseguraba, mejor dos veces que una, del buen funcionamiento del seguro, rezando a las buenas hadas proletarias para que la aparición de un gorro de cartero o de empleado del gas no desencadenase una mortífera guerra civil. Había que dar vueltas durante horas por barrios interminables, a bordo de camionetas entoldadas, antes de poder entrar de espaldas en “casas operativas”, algunas dotadas de “cárcel del pueblo”. Nuestros camaradas eran jóvenes, intrépidos, llenos de confianza en el futuro socialista de la humanidad. Tres años más tarde, la mitad de los que conocí durante esas reuniones habían sido detenidos, torturados, asesinados.

Estaba claro que íbamos por mal camino. Había una distancia demasiado grande entre la actividad legal, de un lado, y las conspiraciones de catacumbas, del otro. La situación del país era desde luego precaria, inestable, incierta. Se podía aprovechar la apertura democrática, por efímera que fuera, para acumular fuerzas, mientras se mantenía por prudencia un aparato que permitiría, si fuera necesario, replegarse a la clandestinidad. La organización de Moreno, rebautizada Partido Socialista de los Trabajadores, abría por todas partes locales públicos y reclutaba a manos llenas. En Mar del Plata, unos jovencísimos marinos pescadores me hicieron visitar con orgullo, en el barrio del puerto, la pequeña cabaña de madera que lucía las siglas del partido al que servía de local. En la sede central de Buenos Aires, Moreno me enseñó, detrás de su sillón, los impactos de una ráfaga disparada desde la calle (semejante a las que rayan la habitación de Trotsky en Coyoacán) y el parapeto levantado en el balcón tras esta agresión para formar un ángulo muerto.

La *plenaria* del PST preparatoria del Congreso mundial reunió en Buenos Aires a un millar largo de militantes. Moreno insistió en que contásemos juntos a los presentes con el fin de firmar un acta en forma debida. Yo me indigné por estas formalidades de papeleo entre camaradas de palabra. El insistió, alegando las malas pasadas que le habrían jugado antaño los europeos *tramposos*. Tuve que aceptar el atestado previo a la apertura del debate. En cuanto a la discusión, fue más bien de un proceso. Como en una mala película de romanos, una camarada se acercó al pie de la tribuna y arrojó un misterioso paquete. Contenía una colección completa de *Rouge*. La camarada se lanzó a una vehemente diatriba teatral, acusando a los camaradas franceses de jugar a Robin de los Bosques el 21 de junio, mientras no hacían nada para defender a los trabajadores inmigrantes o contra el colonialismo francés en las Antillas. Me indigné por esta arenga demagógica. Nosotros interveníamos en los hogares Sonacostra y precisamente acabábamos de hacer una campaña contra la represión de los jóvenes bachilleres guadalupenses. Abrí el paquete de periódicos y no me costó nada encontrar los artículos pertinentes. Recorrí las gradas brandiéndolos ante las narices de los impasibles participantes. Con la ayuda de una pizca de nacionalismo, los rostros se cerraban al paso del “estudiante del Barrio Latino” que había venido a dar lecciones a los colonizados.

En Córdoba todavía fue peor. Un dirigente de la Fracción Roja, del que se decía que era uno de los principales actores del secuestro y ejecución del director de Fiat Argentina, se propuso acompañarme. En su opinión, Córdoba era el *Far West*. El PRT estaba allí bien implantado. El contencioso de la escisión todavía quemaba. La visita de un representante de la Internacional a

esos lugares no dejaba de tener su peligro. Al ser el camarada uno de los hombres más buscados del país, cogimos dos vuelos separados. Lo esperé en la cafetería del aeropuerto. Cuando apareció en la pasarela del siguiente vuelo, tuve la impresión de vivir un *remake* de *Estado de Sitio*, la película de Costa-Gavras entonces en cartelera en los cines argentinos: americana azul, Ray Ban ahumadas, mirada al acecho, sospechosos bultos bajo la ropa. Llevaba su par de *hierros* para escoltarme a la sede del Partido Socialista de los Trabajadores donde tendría lugar la asamblea de debate. La acogida de los responsables locales fue glacial. Comenzaron por asombrarse por la presencia a mi lado de un "provocador" (*sic*) desconocido. Hice valer que era miembro, como ellos, de la Internacional, y que asistiría a la reunión sin intervenir. Fueron inquebrantables: antes anular la reunión que ceder. Yo tampoco quería retroceder. La situación estaba bloqueada y corría el riesgo de hacer diez mil kilómetros en balde. El camarada me sacó del aprieto proponiendo cortésmente esperarme el tiempo necesario en la taberna de la esquina −con su pesada artillería de campaña.

El debate fue una pesadilla. Doscientos militantes me explicaron que ellos no tenían necesidad de limosnas (el PRT procedía a distribuciones nocturnas de leche y mantas en viviendas obreras) sino de sindicatos. Como en un juego radiofónico, habían colocado una larga mesa donde se apilaban las obras completas de Leon Trotsky. Ante cada una de mis intervenciones, media docena de archiveros se zambullían febrilmente en los libros mágicos para pescar la cita que mata y poser pasar una antítesis al siguiente en intervenir. En el colmo de la desgracia, me entraron un terribles dolores intestinales (debidos a la comida o al *stress*). Procurando no perder la cara, no quería ridiculizarme solicitando una pausa para ir al servicio. Pasé tres interminables horas contorsionándome y retorciéndome, sentado incómodo en el respaldo de la silla. El organizador de esta memorable sesión, un tal César, fue abatido dos años más tarde a la salida de una reunión[2].

Mi velada en Córdoba no fue mucho más alegre. Los camaradas de la Fracción Roja en la ciudad sólo eran una media docena, ávidos de discusión y encantados por la oportunidad. Pasamos la noche entera parloteando en un remoto pabellón en las afueras. El debate era estratégico. Convencidos de que el FLN había logrado una victoria militar, defendían un proyecto de guerra popular prolongada, cuyo modelo era más vietnamita que cubano. Aunque me esforcé en desengañarles, explicándo que la lucha de liberación argelina había sido una victoria política pero una derrota militar, no daban su brazo a torcer. Al despuntar el día, se oyó un sospechoso ruido de motor (un vehículo de la limpieza). Al momento nos pusimos en pie de guerra, dispuestos a descerrajar. Sólo habría faltado un episodio grotesco para que la jornada acabase en mortal desbandada.

Estas peripecias tragi-ridículas eran sin embargo la espuma de un tema serio. El PRT de Santucho había tomado nota de la apertura democrática para desarrollar algunas actividades legales o semilegales. Aunque se consideraba en estado de tregua con la policía (con predominio peronista), estaba en estado de guerra contra el ejército golpista. El razonamiento (inspirado en los precedentes de Guatemala y Santo Domingo) era que una situación revolucionaria en Argentina se enfrentaría pronto a una intervención americana directa (¡Chile estaba cercano!). El PRT concebía por tanto la lucha como una guerra de liberación nacional por anticipado. De ahí la doble referencia simbólica, a José San Martín para la liberación nacional, al Che para la liberación social. Pero una cosa es luchar contra un ocupante efectivo, y otra declarar la guerra al ejército nacional de un Estado realmente existente, en nombre de la resistencia a un ocupante virtual.

Ibamos a tumba abierta contra un muro. Nuestros camaradas de la Fracción Roja querían rivalizar militarmente con el PRT, aún disponiendo de medios mucho más limitados y sin beneficiarse de la misma logística internacional. Pretendían demostrar así que el desacuerdo que les había llevado a la ruptura no era la lucha armada, considerada siempre como el discriminante principal entre revolucionarios y reformistas. ¡Crónica de un suicidio anunciado! En menos de tres años, el grupo fue diezmado. Prácticamente toda su dirección fue detenida. Los retratos de nuestros camaradas, presentados como terroristas extranjeros (brasileños), con los rasgos exhaustos, la barba hirsuta, los cabellos en desorden, fueron portada de los periódicos. En las fotos antropométricas, las mujeres −la carnosa Nora, la alegre Neneca− tenían el pelo deshecho, ojeras, feroces caras de viragos o de petroleras comuneras. Los supervivientes no se han repuesto. Paolo ha pasado página para dedicarse al periodismo y a la cinefilia. Neneca vive en los alrededores de Porto Alegre con media docena de gatos. La sonrisa sigue siendo brillante, pero ya no tiene ánimo. Flavio salió de la prisión tan flaco como

un superviviente de los campos de concentración y se ha reconstruído pacientemente, a costa de un largo trabajo de duelo. A pesar de sus “pedazos de muerte en el corazón” [3], es uno de los pocos que ha conservado, gracias a su militantismo en las filas del Partido de los Trabajadores, un compromiso político activo.

Todavía en 1985, esta tragedia argentina provocó con retraso otra víctima en el pequeño círculo de brasileños. Conocí a Celso Castro en 1973 en Buenos Aires. En medio de los años setenta, después de haber vivido sucesivamente los golpes de Estado de Brasil, Chile y Argentina, aterrizó en Francia donde fue permanente técnico de la Liga. Regresado al país después de rocambolescas peripecias en Venezuela (donde estuvo con Pierre Goldmann[4]), me lo encontré en Sao Paulo en mi primera estancia, en 1980. Pasamos juntos largas veladas en los bares de Pinheiros, bebiendo *caipirinhas* y recordando los viejos tiempos, quizás no tan buenos. Más de una vez le ví alejarse por la noche, con su gran cuerpo de andares tambaleantes sacudido por una tos profunda, por la calle de la Consolación (!). En 1985, junto a un compañero, irrumpió en pleno día, en Porto Alegre, en la casa de un antiguo cónsul de Paraguay de origen alemán, de comprobado pasado nazi. Los vecinos alertaron a la policía. Celso y su colega abatieron al cónsul y a su mujer. Después, cumpliendo un pacto mortal convenido de antemano, se mataron con una bala antes que ir a prisión. Se sospechó de un asesinato policial disfrazado de suicidio. Pero los amigos más cercanos estaban convencidos de la versión oficial. Era como si alguien a quien le hubiera caído una bomba atómica en la cabeza en 1975 en Argentina se hubiera muerto diez años más tarde en Brasil, me confió Flavio. Tal vez Celso nunca consiguió desprenderse del sentimiento de culpabilidad por haber escapado, a diferencia de tantos otros, a la tortura y a la muerte.

Cuántas caras borradas.

Cuántas risas extinguidas

Cuántas esperanzas masacradas.

El episodio argentino, espantoso en su momento, sigue siendo retrospectivamente una experiencia desoladora. Como las organizaciones clandestinas respetaban una especie de toque de queda, solía pasar solo la mayor parte de las noches. Llegada la tarde, aislamiento obliga, cada cual se iba a su casa, y no se sabía dónde. Me albergué en casas de militantes del Partido Socialista de los Trabajadores que apenas me dirigían la palabra. Cenaba un trozo de queso aderezado con *dulce de leche*. Tenía todo el tiempo del mundo para iniciarme en la música de Astor Piazzola o Gato Barbieri, en los tangos clásicos de Homero Manzi y Anibal Troilo, para deleitarme con los éxitos −*Mi Buenos Aires querido* (¡sin la menor ironía, desde luego!)− de mi compatriota Carlos Gardel (¡que su ídolo hubiese nacido en Toulouse mortificaba el chovinismo de mis anfitriones!).

En esta morbosa oscuridad, hubo también algún claro. Entre las enmarañadas ramificaciones de las escisiones del trotskismo argentino, se había separado del tronco del PRT un Grupo Obrero Revolucionario (GOR), animado por el “Che” Daniel Pereyra, que fue delegado del PRT-Combatiente en el 9º Congreso mundial. De una encantadora galantería, con su cautivadora mirada azul, este antiguo obrero metalúrgico era toda una leyenda. En los años sesenta, Moreno lo envió a Perú para asegurar la logística material y financiera de un proyecto insurreccional planeado en torno a Hugo Blanco (ganado al trotskismo en Argentina en los años cincuenta), que tenía una gran popularidad entre los campesinos del valle de la Convención. Daniel fue detenido y encarcelado tras una serie de exitosas expropiaciones[5]. Una vez liberado, volvió a Argentina en 1967, en el momento de la ruptura entre Moreno y Santucho. Formó parte entonces de los “viejos” trotskistas (muy jóvenes en realidad) que se quedaron en el PRT-Combatiente. Su inalterable alegría, su cortesía, su humor, su elegancia caballeresca, contribuyeron no poco a ganar nuestro apoyo a la orientación de lucha armada.

A medida que se fueron haciendo más precisas las intenciones estratégicas de Santucho, surgieron nuevas divergencias. Ya no se trataba simplemente de una abstracta posición de principio a favor de la lucha armada, concebida como línea de división absoluta entre revolucionarios y reformistas y como la conclusión lógica de la orden testamentaria del Che −”El deber de todo revolucionario es hacer la revolución”−, sino de traducir esta generalidad en estrategia concreta. El esquema desarrollado por Santucho, con una innegable prolongación en

las ideas, se inspiraba en las teorías vietnamitas de la guerra popular prolongada, más que en el foquismo guevarista. La creación del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), el proyecto de territorios liberados (en la región rebelde de Tucumán), los ataques a cuarteles en pleno centro de Buenos Aires para procurarse armamento pesado, se situaban en esa perspectiva[6]. *Porteño* hasta la punta de sus zapatos, a Daniel le gustaban las ciudades y muy poco el campo. Poco convencido de estos planes inverosímiles, constituyó el GOR con algunos camaradas.

Las ambiciones del grupo eran muy modestas. Sus dirigentes no soñaban con lanzarse al asalto del Palacio de Invierno. Se contentaban con estar humildemente en su lugar en un combate en el que sólo eran un pequeño engranaje. El GOR limitó su actividad a una propaganda armada: protección de las intervenciones en las puertas de las fábricas, expropiaciones para asegurar las bases económicas y logísticas del grupo (la vida clandestina cuesta cara), etc. El secuestro del psiquiatra jefe del pabellón de alta seguridad de la prisión de Villa Devoto fue uno de sus grandes hechos de armas. El tratamiento psiquiátrico de los prisioneros políticos equivalía a una forma de tortura blanca. La confesión grabada del psiquiatra fue publicada en un librito de gran impacto. Tras lo cual, el verdugo de almas fue soltado indemne, como dando un palmo de narices a las autoridades carcelarias.

El trío dirigente del GOR tenía su cuartel general en una verdadera-falsa tienda de juguetes. Detrás de una vitrina opaca por la suciedad, un tren eléctrico lento y polvoriento daba interminables vueltas en círculo. El negocio sólo era una −frágil− tapadera. Apenas había caballos de madera, osos de peluche o conejos con tambor. En el subsuelo, un artesanal taller metalúrgico, dotado con el instrumental necesario para transformar armas ordinarias en armas automáticas con silenciador. Los camaradas vivían frugalmente. A la hora de la comida, Daniel o Néstor iban a buscar una *pizza royal* y una botella de vino chileno en honor del camarada francés. Compartíamos las anchoas y las olivas de la amistad. Fueron los momentos más calurosos de mi expedición argentina.

Algunos meses más tarde, Néstor, un hombrecillo con mirada de no-me-olvides y poeta lleno de sensibilidad, se colgó en su celda. Daniel escapó una vez más a la dictadura. Hoy día vive en Madrid y ha publicado un libro sobre la lucha armada en América Latina[7]. Tiene buena salud, buena vista y buena moral. Tan dinámico y alegre como siempre, ha atravesado los deprimentes años del post-franquismo sin rendirse, atento al menor rebrote de esperanza, fiel a sus compromisos, a sus compañeros y a sus muertos.

¡Hasta siempre, "Che" Pereyra!

En el curso de esta "*inspección de rancho*" [8] por Argentina, tuve una cita, en una oscura trastienda, con Raymond Molinier, otra leyenda del movimiento trotskista. Toda su vida es una novela. Omnipresente en las querellas y escisiones de la Oposición de Izquierda en los años treinta, tras la guerra parecía haber desaparecido por América Latina. El historiador Pierre Broué escribía que había partido de Lisboa con destino desconocido como dueño de un circo ambulante. Se le creía muerto, confundido tal vez con su hermano Henri, caído durante la liberación de París. Raymond volvió a salir a la superficie durante el Congreso Mundial de 1969 en Rimini… ¡como delegado de Uruguay! Cuando un joven camarada español, aficionado a la arqueología trotskista, estaba contando la rocambolesca vida de un aventurero desaparecido de nombre Molinier, un viejo señor distinguido se presentó simplemente con un: "Yo soy Molinier". Fue como la aparición de un resucitado a las doce campanadas de la media noche.

En el verano siguiente, estábamos pasando algunos días en la casa familiar de los March en Foixá, cerca de Gerona. Un día, al volver de la playa, un vecino nos dijo que habíamos tenido la visita de nuestro tío Raymond. ¡Mosqueo! España vivía bajo una dictadura y no se nos ocurría de qué tío podía tratarse. Al día siguiente apareció en un cacharro, directamente salido de *Fantasía entre los paletos*, entre una nube de polvo por el camino de tierra: ¡Molinier! Había conseguido una chapucilla para algunos meses en una agencia inmobiliaria de la Costa Brava. Tenía que repartir por las playas prospectos de venta de apartamentos junto al mar. De esta forma tenía acceso a una roneo y a una máquina de alcohol, un verdadero chollo en la España franquista, donde estas máquinas eran raras y solían caer con frecuencia en las redadas.

Raymond había conseguido nuestra dirección a través de Pierre Frank, que pasaba sus vacaciones en Collioure. Comentario despiadado de este atravesado viejo bolchevique: “¡Cuando uno está cansado, se duerme! ¿Acaso la burguesía suspende la lucha de clases para tomarse vacaciones?”. Propuso ponerse al servicio de la sección española. ¡Sección, era mucho decir! El pequeño núcleo militante apenas tenía algunas decenas de miembros de confianza. Antes de volver a partir para Argentina, Raymond “expropió” las máquinas de su empresario para ofrecérselas a los camaradas catalanes.

Antes de su partida, nos puso una misteriosa cita, a Robert March y a mí, al atardecer en el pequeño puerto de Sa Riera. Apoyado en una barca, se quitó con precaución un zapato, luego desatornilló el talón y exhumó como una preciosa reliquia una hoja de papel cebolla cuidadosamente plegada. Era una de las últimas cartas del Viejo [Leon Trotsky], reconciliándose poco antes de su muerte con quienes llamaba “sus sobrinos”, los turbulentos Frank y Molinier. Robert y yo estábamos poco informados de las peripecias fraccionales de entreguerras y no sabíamos nada de la excomunión que había caído sobre los dos compadres. Raymond, por su parte, estaba convencido que el documento equivalía a su absolución y rehabilitación. Lo volvió a meter con devoción en el talón del zapato.

En Argentina, Molinier se convirtió a comienzos de los años setenta en uno de los hombres de confianza de Santucho. Bajo una falsa identidad de ingeniero francés residente en Montevideo, llevaba la prensa clandestina del PRT al aeropuerto de Ezeiza, disimulada en gigantescos huevos de Pascua. Fue él quien aportó dinero fresco a Santucho, que se encontraba a la espera en Santiago tras su evasión de Rawson. Interrogado por los aduaneros chilenos por llevar encima un portafolio atiborrado de dólares y de pesos, declaró con aire de entendido: “Telefoneen de mi parte al presidente Allende” (que conocía personalmente). En otoño de 1973 había fundado su propio grupo y hacía una permanencia al fondo de una oscura taberna, donde recibía a su puñado de conjurados y distribuía su boletín *Patria socialista*. Curioso patriota argentino, este viejo pirata cosmopolita, veterano de innumerables conspiraciones derrotadas.

Con Molinier, la realidad superaba siempre a la ficción. Surgía donde no se le esperaba. Era difícil seguir la lógica de sus relatos, llenos de asombrosas coincidencias. Se podía pensar que inventaba, hasta que un detalle preciso venía a autentificar su improbable fábula. Antes de la guerra, junto a Frank, había hecho timos para asegurar la logística de la organización. El famoso circo con el que había partido de Lisboa, era un canal de evacuación de resistentes perseguidos. Su antigua compañera francesa vivía en Argentina con uno de los verdugos de Oradour[9]. Su joven compañera alemana (con setenta años pasados, Raymond seguía siendo un seductor impenitente), hija de honorables pastores luteranos muy sorprendidos al descubrir a semejante “yerno”, fue secuestrada y asesinada por los militares argentinos. A final de los años ochenta, después de la caída de la dictadura, pudo recuperar su cadáver martirizado con los ojos arrancados. Pretendía haber depositado antes de la guerra, en el Museo Social de Amsterdam, valiosos archivos que nosotros creímos imaginarios, hasta que un día reaparecieron, hallados en la reserva donde dormitaban desde hacía una cuarentena de años. Hojeando una revista durante un viaje transatlántico, tuvo la idea de organizar un negocio de import-export de *pull*-overs de piel de llama, comprados a precio de mayorista en las cooperativas peruanas y revendidos a buen precio en las *boutiques* de Saint-Germain-des-Prés (en beneficio de la causa, por supuesto). De vuelta a Francia, con cerca de ochenta años, se compró un casco integral para participar en las heroicas cargas del servicio de orden de la Liga. Como le faltaba el aliento, si el cortejo aceleraba él se quedaba atrás. Entonces cogía el metro para volverse a unir a la cabecera de la manifa dos o tres estaciones más allá. Hizo también de intermediario en la compra por emires de castillos Renacimiento de segunda categoría, desmontados piedra a piedra y reedificados, en una versión petrolera de *Fantasma en venta* de René Clair.

Entre revolución y aventura, conspiración y estafa, la vida de Molinier fue una novela con muchas escenas y muchas temporalidades, llena de agentes dobles y de pasaportes falsos. Lo más asombroso es que no llegó a extraviarse en sus propios laberintos y que, mal que bien, permaneció fiel a su causa. Murió pobre, sin el menor rastro de enriquecimiento o de confort personal.

Mi vuelta a París en 1973 fue, en sintonía con la estancia, una especie de grotesco tiro de gracia. En el embarque del vuelo me tocó junto a Jean-Edern Hallier. Nos habíamos conocido vagamente poco después del 68. Se instaló a mi lado. ¡Diecisiete horas de vuelo, con dos escalas en Río y Lisboa, flanqueado por este histrión! Aterrorizado por los despegues y los aterrizajes, se animaba a base de whiskys bien cargados, que dopaban su libidinosa grosería con las azafatas. Megalómano incansable, pretendía que Europa era un continente agotado, que ya no ocurriría nada interesante, que había sido envíado a hacer un reportaje a América Latina por un periódico verpertino, que acababa de ser recibido por Banzer en Bolivia, que había visitado el Chile de Pinochet, que su notoriedad internacional igualaba ya, si no superaba, la de Sartre. Traía de su viaje los materiales de un libro, *El primero que se duerma despierta al otro*, en el que figurarían algunas pintorescas confidencias de Molinier, Para escapar a esta agobiante (y comprometedora) compañía, tuve que fingir un profundo sueño.

Me enteré más tarde que el matamoros había malversado de paso fondos de solidaridad destinados a la resistencia chilena. ¡Y pensar que el microcosmos mundano del Hexágono haya dado renombre literario a esta penosa impostura! Hallier nunca pagó al fotógrafo Élie Kagan por las fotos publicadas en el *Idiot international*. Élie, un fortachón de barba roja, aventurero superviviente de los campos de concentración, fue el autor de las valiosas fotos de la masacre de argelinos en octubre del 61. Había fotografiado también las escenas de barricadas en el Barrio Latino. Huyendo de sus apremiantes demandas, Jean-Edern Hallier agravó su caso cometiendo la imprudencia de proferir insultos antisemitas desde el fondo del cuarto de baño de su apartamento (en la calle de Birague) donde se había atrincherado. Élie se propuso entonces no perder la ocasión de abofetearle en público. Un día de mítin en la Mutualité le esperó al pie de la tribuna, con la máquina de fotos en bandolera, para darle una sonora torta. En adelante, en cuanto veía de lejos la barba rojiza de Kagan, Jean-Edern Hallier se largaba como un conejo sin hacer preguntas. Gracias Élie, por este acto de justicia popular inmanente.

Mi misión iniciática en Argentina me vacunó contra una visión abstracta y mítica de la lucha armada. Constaté que las armas no son una frontera infranqueable entre reforma y revolución, y que puede existir un reformismo armado: la larga historia del populismo latino-americano ofrece muchos ejemplos. Bajo el impacto de la revolución cubana, la lucha armada pudo aparecer como una línea divisoria de aguas. Pero eso no definía una estrategia. Guerra popular prolongada, insurrección armada, propaganda armada: muchos proyectos diferentes, muchas prácticas podían acomodarse bajo un mismo vocablo.

Las armas tienen su lógica. Para el PRT-ERP, los militantes eran ante todo combatiente en la sombra. Soldados de la noche, se hacían pasar durante el día muchas veces por trabajadores apolíticos o indiferentes, al precio de una dolorosa esquizofrenia si estallaban conflictos sociales en su empresa. Un aparato militar genera sus propias necesidades. Una parte considerable de la energía movilizada y de los riesgos corridos por los militantes del GOR o de la Fracción Roja estaba consagrada al mantenimiento de su propio (micro)aparato. Comprar armas, almacenarlas, mantenerlas, alquilar casas operativas, mantener a los militantes clandestinos, eso cuesta caro. Se necesita dinero. Para conseguirlo, hay que expropiar bancos. Para expropiar bancos hacen falta armas. En esta espiral, cada vez más militantes son profesionalizados y socialmente desarraigados. En lugar de fundirse en el medio social como un pez en el agua, su existencia depende cada vez más de un aparato en expansión.

En su apogeo, el PRT habría tenido un presupuesto comparable al de un (pequeño) Estado africano. La vida de los dirigentes oscila entonces entre dos posibilidades: una existencia peligrosa, pero materialmente confortable, de aventureros en el límite del bandidismo social, o bien la ascesis moral de una disciplina monacal. Santucho se esforzó por mantener la segunda opción, tal como lo atestigua el manual de reglas de vida, *Moral y proletarización*, con que dotó a su organización[10]. Se cuenta que el hombre más buscado de Argentina deambulaba por las calles de la capital vestido con un miserable poncho bajo el que disimulaba sus armas. Pero tal vez la leyenda supere a la realidad.

Nuestras pequeñas historias se insertaban bien que mal en la historia sin más, aunque, como Fabrice en la contienda de Waterloo o como el pintor Géricault empujado de un lado para

otro en la confusión de *La Semana Santa*[11], nos costaba descifrar las líneas de fuerza. Un ciclo político tocaba a su fin. El iniciado por la revolución cubana, por las conferencias de la OLAS, por el mensaje del Che a la Tricontinental. Régis Debray, liberado de las mazmorras bolivianas, hizo en 1974, en *La Crítica de las Armas*, un balance de las tesis desarrolladas ocho años antes en *Revolución en la revolución*. Esta revisión crítica entraba en resonancia con nuestros propios interrogantes. Subrayaba la complejidad de los países latino-americanos, que los textos de la Trilateral situaban entre los países coloniales al mismo nivel que países de Africa o de Asia sometidos a formas directas de dependencia. Ahora bien, su soberanía, aunque en parte era formal, tenía consecuencias estratégicas. Así, "la guerra revolucionaria en América Latina" estaba "a caballo entre dos clasicismos históricos, incómodo vértigo: mezclando algunos rasgos de la guerra civil revolucionaria con los de la lucha popular de liberación, debe combinar el corto y el largo plazo, la insurrección popular en los centros industriales (huelga general revolucionaria) y la formación de un ejército popular o campesino en el campo, el trabajo en el seno del ejército (como en Rusia) y la construcción de un ejército nuevo (como en China)". Elegante manera de conjugar teóricamente los clasicismos. La práctica fue más problemática.

Esta situación singular forzaba a los revolucionarios a acortar los ritmos y a construir su proyecto tomando como hipótesis de partida lo que todavía no era más que un escenario posible. Dando por segura una futura ocupación extranjera, Santucho consideraba así como logrado, al riesgo de comprometer las tareas del momento subordinándolas a hipotéticas tareas futuras, lo que trataba precisamente de demostrar: la posibilidad de una guerra popular en Argentina,.

Aunque siempre mantuvimos nuestras distancias respecto a la teoría del *foco*, no podíamos dejar de reconocernos, al menos en parte, en la revisión (auto)crítica de Debray sobre las ilusiones de un "leninismo apresurado". También nosotros debíamos hacer nuestro examen de conciencia. ¿La lucha armada votada en el 9º Congreso mundial? Una generalidad a contratiempo. ¿La tragedia de la Unidad Popular chilena? Una lección para la izquierda europea.

"Muchos morirán, víctimas de sus errores", había profetizado el Che. Muchos habían muerto, en efecto, comenzando por él mismo. Muchos, entre ellos el campesino boliviano Thomas Chambi, Luiz Merlino, Nestor el poeta, el legendario Jo Baxter[12], Pedro Bonnet, Luis Pujals, Celso Castro, el negro MacLean, los chilenos Bautista von Schouwen, Miguel y Edgardo Enríquez, Robi Santucho y "Sayo" de Villarreal, Benito Urteaga, Domingo Mena, Liliana Delfino, los camaradas de la Fracción Roja…

Todos estos vencidos con quienes nos une una deuda.

Aunque breve, el episodio argentino sigue siendo el más doloroso de mi vida militante. Forma sin duda parte constitutiva del superego, que dicta el imperativo de continuar, de no renunciar ante la menor herida, de no ceder al primer desánimo. Al contrario de la mención que suelen hacer los hastiados ex, nuestra lucha no era un juego (ni un juego intelectual, ni una curiosidad diletante, ni un desvío iniciático antes de la inevitable vuelta al redil de los niños prodigios). Al menos, no para todo el mundo.

NOTAS CAPITULO 10

1. De vuelta a Brasil a mediados de los años ochenta, Flavio se convirtió en una figura del Partido de los Trabajadores en Rio Grande do Sul, donde fue elegido senador antes de ser miembro del gabinete gubernamental del Estado bajo la presidencia de Olivio Dutra.

2. En el año 2002, me encontré en Porto Alegre con algunos participantes en aquella reunión. Celebramos fraternalmente el reencuentro. Había corrido mucho agua y mucha sangre bajo los puentes.

3. Flavio Koutzii ha publicado en Brasil un libro (*Pedaços de morte no caraçao*) sobre su experiencia en las prisiones argentinas.

4. Pierre Goldman (1944-1979) fue un militante de las Juventudes Comunistas y de la UNED. En 1968 marchó a Venezuela donde participó en la guerrilla. De vuelta a Francia tomó parte en varios atracos. A consecuencia de uno de ellos, la policía le acusó de la muerte de dos farmaceúticas y fue condenado; no obstante, una gran campaña de solidaridad consiguió la revisión de la condena, y resultó absuelto de asesinato. Escribió un par de libros que tuvieron cierto éxito editorial. En 1979 fue asesinado en la calle, tal vez por una trama policial o por mafiosos que participaron después en el GAL (Goldman había mostrado sus símpatias con ETA). (N de T)

5. Sus aventuras peruanas proporcionaron la materia para una película y un libro, *Avisa los compañeros, pronto*.

6. El proyecto de Santucho se situaba de hecho en continuidad con el del Che en Bolivia. Esta guerrilla boliviana, lejos de los bastiones de la lucha de los mineros, parecía irrazonable. Pero, como han establecido testimonios posteriores (entre ellos el de Benigno), se trataba en realidad de un ambicioso plan de crear un núcleo de guerrilla en la intersección de Bolivia, Perú, Argentina y Chile, en una perspectiva bolivariana de liberación a escala continental. La Junta de Coordinación del Cono Sur entre el ELN de Bolivia, el PRT argentino, el MIR chileno y los Tupas uruguayos compartía, en opinión de Santucho, dicha óptica.

7. Daniel Pereyra, *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Canguro, 2000

8. *Tournée des popotes*: giras de inspección que hizo el general De Gaulle entre los soldados franceses en Argelia en los años 1959-1960. Ha quedado como una expresión popular. (N de T)

9. Oradour-sur-Glane, pueblo francés lemosín donde en 1944 se produjo una matanza de civiles por una división de las SS, como represalia por un atentado de la resistencia. Oradour está declarado pueblo “mártir”. (N de T)

10. Donde se puede leer por ejemplo: “La pareja sólo puede estar basada en una unión integral entre sus miembros y en la base material de su actividad social, del papel concreto que juegan en la sociedad, el de militantes revolucionarios. Su relación será armoniosa y positiva en la medida en que contribuyan a desarrollar como revolucionarios a los camaradas de la pareja, y a enriquecer sus relaciones con la organización revolucionaria, con la clase obrera, con el pueblo, y con el conjunto del proceso revolucionario. La pareja también es una actividad política”.

11. Ver la novela de Aragon, *La Semaine sainte* (1958), París, Gallimard, 1988.

12. Militante de origen peronista de incendiaria reputación militar, Baxter se había unido a la IV Internacional y tenía sobre todo amistad con Luis Pujals. Tras el asesinato de este último, responsable de la regional de Buenos Aires, ordenó a los grupos militares disparar a matar contra los policías. Exiliado en Chile durante los últimos meses de la Unidad Popular, cogió el avión en cuanto se enteró de la prohibición de la Liga en Paris, para aportarnos su apoyo material y logístico. A la llegada de este vuelo, murió abrasado en el choque de un avión de la Varig durante su aterrizaje en Orly.

La violencia domesticada

"Podemos denominarlos bárbaros de acuerdo con las reglas de la razón pero no si los comparamos con nosotros, que los superamos en toda clase de barbarie"

Montaigne

"La selva había logrado poseerlo muy pronto y se había vengado en él de la fantástica invasión de que había sido objeto. Me imagino que le había susurrado cosas sobre él mismo que no conocía, cosas de las que no tenía idea hasta que se sintió aconsejado por esa gran soledad… y aquel susurro había ejercido una irresistible fascinación. Resonó violentamente en su interior porque tenía el corazón vacío...

Intenté romper el hechizo, el denso y mudo hechizo de la selva, que parecía atraerle hacia su seno despiadado despertando en él olvidados y brutales instintos, recuerdos de pasiones monstruosas y satisfechas. Estaba convencido de que sólo eso […] había seducido a su alma forajida hasta más allá de los límites de las aspiraciones lícitas."

Joseph Conrad
El corazón de las tinieblas

Auschwitz e Hiroshima atormentan el inconsciente de las generaciones de postguerra. A esta hiperviolencia han venido a añadirse las revelaciones, no ya sobre la existencia (conocida, para quien quería abrir bien los ojos), sino sobre la amplitud del fenómeno concentracionario, sobre las hecatombes del *gulag*, sobre las masacres coloniales, sobre las guerras civiles del Congo o de Indochina, sobre las "desapariciones" en la Argentina de los generales. El siglo de los extremos concluyó con las masacres étnicas de los Balcanes o de Ruanda, y la vuelta a las guerras de religión.

Me adherí con quince años a las Juventudes Comunistas bajo el impacto de la emoción sentida al descubrir la violencia a domicilio. Al menos los manifestantes caídos en el metro Charonne tenían un nombre. Sus exequias fueron seguidas por un inmenso cortejo. Hizo falta mucho tiempo, en cambio, para que los muertos anónimos del 17 de octubre de 1961 ocupara su lugar en la memoria colectiva[1].

En los años sesenta y setenta, la escalada de violencias físicas y sociales parecía dar una indiscutible legitimidad a las resistencias armadas del oprimido. Las antiguas y míticas, de las milicias de Max Hölz en el Ruhr, de las Brigadas Internacionales, del *Cartel Rojo*, del maquis Guingouin, de los francotiradodes y partisanos celebradas en los recuerdos de Charles Tillon. Las más próximas, del Orés [Argelia], de la guerra del pueblo según Giap, del paso a las armas según el Che. La nueva izquierda revolucionaria desarrolló una retórica de la violencia liberadora inocente.

La iconografía del Che ilustra esta violencia emblemática sin estados de ánimo. Simboliza una preocupación ética a la hora de recurrir a la violencia física. En los años ochenta, el arrepentimiento generacional la quiso convertir en el ejemplo patológico de una violencia revolucionaria fetichizada. Hay sin duda un fondo de "pasión triste" en esos eslóganes declinados a la manera de "patria o muerte" o "liberación o muerte". Aunque hay que distinguir estas disyuntivas del mortífero nihilismo de un Millán Astray, que erigía la muerte como suprema virtud sacrifical[2]. La tragedia del Che se sitúa en lo que él mismo describió como "un momento ilógico de la historia de la humanidad", el momento en que la lucha de liberación vietnamita aparecía "trágicamente sola" y abandonada por un pretendido "campo socialista". Su muerte solitaria en Bolivia fue el reflejo patético de esta "soledad vietnamita", o palestina. Y su exhortación a "crear dos, tres Vietnam" significaba una terrible requisitoria póstuma contra todos aquellos que habían "dudado en hacer de Vietnam una parte inviolable del territorio socialista".

El hecho de que Guevara hubiera ejecutado personalmente a un agente de la dictadura infiltrado en la guerrilla suele ser presentado como la prueba de una pulsión sádica. Nadie sabe qué partes turbias e inquietantes de uno mismo puede poner en movimiento el ejercicio de la violencia física, *a fortiori* cuando compromete el derecho de vida o de muerte. Se puede discutir hasta el infinito sobre el estado de excepción en caso de guerra o de guerra civil, o sobre la relación entre la excepción y la regla. Todos los movimientos de resistencia se enfrentaron a estos dilemas. Merleau-Ponty, que no era ningún sanguinario, admitía la ejecución de ocupantes o de colaboracionistas en el fuego del enfrentamiento, aunque rechazaba la pena capital infligida *a posteriori*. En cuanto a Robespierre y Saint-Just, opuestos por principio a la pena de muerte, apoyaron el regicidio porque quien se concebía como el intercesor entre Dios y los hombres no podía formar parte de la ciudadanía común.

El Che ejecutó a un enemigo que había llegado como asesino. En lugar de especular sobre interpretaciones psicológicas de este acto, habría que meditar sobre la decisión de asumir la responsabilidad, en vez de refugiarse en la cadena anónima del mando y descargarla en subordinados. Es difícil, o imposible, desenredar la dimensión política de una decisión tan extrema, de su parte psiquicamente oscura. Pero reducir la primera a la segunda, reducir la decisión que se toma en una situación límite a una tendencia suicida o autodestructiva, como ocurre con la anti-leyenda del Che (y como podría serlo para Marcel Rayman o el coronel Fabien), es jugar la carta de la despolitización. Esta psicología de pacotilla es lo que queda cuando se ha eliminado por arriba y por abajo la política.

Durante su proceso, los asesinos del prefecto Érignac[3] se defendieron diciendo que habían apuntado a un símbolo del Estado opresor y no al hombre privado. El problema es que ambos son indisociables. Hay que aceptarlo. Saber si la ejecución de un ocupante o de un colaboracionista es legítima plantea una decisión política difícil, forzosamente frágil, con riesgo de error y de injusticia. Por más que lo hayan dicho los acusados, Córcega no es Francia bajo la ocupación alemana, ni Érignac era un Obersturmfúhrer [teniente], y su asesino no es ni Marcel Rayman, ni Thomas Elek. Cuestión de juicio político. Es así.

El asunto es tanto más importante porque la justificación del nuevo militarismo imperial en nombre de la lucha "antiterrorista" hace del acto terrorista una categoría intederminada e indefinible. En la retórica de los fértiles cerebros del Pentágono, la amenaza terrorista comenzó a suplantar al peligro totalitario mucho antes del 11 de Setiembre, desde finales de los años noventa. Se ha insistido mucho en lo vago de esta palabra-comodín[4]. En un largo discurso del 25 de octubre de 1984 (!), George Schultz, entonces Secretario de Estado de Defensa, intentó el arriesgado juego de las definiciones, caracterizando tautológicamente al terrorismo como una "barbarie moderna que llamamos terrorismo", o como una "forma de violencia política", en fin, como una "amenaza para los valores y para la civilización occidental". Pese a la abundancia de fórmulas y una imprecisión muy poco artística, Schultz concluía de forma perentoria: "No hay duda sobre nuestra capacidad para utilizar la fuerza donde y cuando haga falta para combatir al terrorismo". ¡En 1984, como si se tratase de un ejercicio de *novlangue*[5] orwelliana!

Más sutiles son los manuales del ejército americano que definen el terrorismo como "el uso calculado de la violencia con fines de intimidación o de coerción para alcanzar objetivos políticos, religiosos, ideológicos u otros" ¿U otros? Una definición tan elástica podría aplicarse perfectamente a las guerras coloniales y a las expediciones imperiales que marcaron el final del siglo XIX y el conjunto del XX.

Si se considera la difuminación de la distinción entre beligerantes y poblaciones civiles como un criterio que permite definir mejor el terrorismo, resulta que el terrorismo es una característica de nuestra época, en tanto época de la guerra global[6]. De las guerras nacionales a la guerra "sin límites" predicada por Georges Bush, pasando por la "guerra total" de los estrategas alemanes de entreguerras, la constante extensión del ámbito de la guerra (en el tiempo y en el espacio) tiende a incluir a las poblaciones civiles en el cálculo estratégico: cualquier civil se convierte en un enemigo (de hecho o en potencia).

La evolución del armamento sigue esta tendencia histórica. Walter Benjamin se preocupaba ya en los años treinta por esta lógica implacable de las armas[7]. Preveía que, con la guerra de

gases, el desenlace de una guerra ya no tendría los mismos límites: “Con la distinción entre población civil y población combatiente, se derrumba la base más importante del derecho internacional”. No podía imaginar entonces que las víctimas civiles, que representaban el 10% de las víctimas de guerra a principios del siglo XX, representarían el 90% a comienzos del XXI, contabilizadas por lo general bajo la rúbrica de “daños colaterales”. Benjamin presentía que el “simple lanzador de bombas”, solo consigo mismo y con su dios en la soledad de las alturas, tendría en adelante el apoderamiento de su jefe gravemente enfermo, el Estado. “Y allí donde éste pone su firma, no vuelve a crecer la hierba”. Los autores de los atentados contra las torres de Manhattan son la réplica de este lanzador de bombas. Ellos también, en la soledad de las alturas, estuvieron solos con su dios. Para ellos también, los empleados de las torres gemelas eran sólo insectos sin rostro.

Los bombardeos del terror, de Gernika, de Dresde, *a fortiori* de Hiroshima, aparecen como los actos fundadores del gran terrorismo de Estado moderno. El terrorismo artesanal de los irregulares de todo tipo es, después de todo, el reflejo invertido y no menos repugnante.

Estas tendencias muestran a qué punto muerto conduce la cruzada maniquea del Bien contra el Mal. ¿Cómo distinguir el “buen” terrorista checheno del mal terrorista Al-Qaeda? ¿El “buen” terrorismo de Estado israelí del mal terrorismo de los kamikazes palestinos? ¿El terrorismo, como el infierno, serían los otros? ¿Los “terroristas” de la víspera, los del Cartel Rojo, del FLN argelino, del Irgoun y de la Haganah bajo mandato británico, se pueden transformar al día siguiente en resistentes, en liberadores, en héroes y mártires. Cuestión de mirada y de juicio político, al que ningún formalismo moral (que según Alain Badiou no es más que una “teología degradada”) puede sustraerse. Como escribe Aijaz Ahmad: “El terrorismo que atormenta a los Estados Unidos es el que llega cuando la izquierda comunista y el nacionalismo anticolonialista han sido derrotados, cuando los problemas creados por la dominación imperialista son más agudos que nunca. El odio eclipsa a las ideas revolucionarias. La violencia privatizada y la venganza reemplazan a las guerras de liberación nacional, los candidatos milenaristas al martirio, a los revolucionarios organizados. Cuando la razón es monopolizada por el imperialismo y destruída en sus formas revolucionarias, la sinrazón gana terreno” [8].

En el contexto de los años sesenta y de las luchas de liberación nacional, Mayo 68 mostró una asombrosa moderación recíproca. Después de haber hecho un relato épico de la noche de las barricadas en el Barrio Latino y que se hubiera imaginado una masacre de estudiantes (todos los “muertos” contabilizados acabaron por hacerse conocer), la historia revisada sólo ha visto al contrario un simulacro de guerra social y una especie de violencia “de mentirijillas”: la prueba de que no pasó nada que mereciera el título de acontecimiento, como si el alcance de un acontecimiento se midiese necesariamente por el número de cadáveres. Valmy[9] fue sólo un modesto cañoneo. Para Goethe y la Europa moderna representó sin embargo un conflicto fundacional. Y no habría que olvidar tampoco que, aunque hubo pocas muertes en Mayo en comparación con la amplitud de la sacudida social, en todo caso las hubo, y significativas: además del estudiante maoísta Gilles Tautin, ahogado en Flins, los obreros Blanchet y Beylot, muertos en el recinto de las fábricas Peugeot en Montbéliard.

Sin embargo, todo ocurrió como si, tanto por parte de los manifestantes como de la policía, se hubiese fijado implícitamente un límite que no había que franquear. Las memorias del prefecto Grimaud muestran esta preocupación por una gestión inteligente de la crisis. Con unos meses de diferencia, con Papon, el carnicero de Octubre del 61, en la Prefectura, el escenario habría podido ser muy diferente. Por su parte, los manifestantes no iban más allá de la violencia teatralizada de las barricadas y del uso de armas artesanales, deteniéndose en el umbral de las armas de fuego. Se puede ver en ello el signo de una representación simbólica o de una parodia de insurrección “de fogueo”, de una comedia del poder que se representa sin llegar a creérsela de verdad. De forma más prosaica, este equilibrio de la violencia contenida muestra sin duda los límites de una dualidad de poder emergente, aunque embrionario.

Toda sociedad desarrolla una cultura específica de la violencia. La era del capital y de las conquistas coloniales vio nacer una “industria de la masacre”[10], en palabras de Marx y Engels a propósito de la guerra de Secesión. Prefigurando lo que hoy se denominan “catástrofes

humanitarias", los genocidios coloniales y el holocausto victoriano son la cara oscura de la modernidad[11].

La Primera Guerra mundial supuso franquear una nueva etapa en las prácticas de muerte en serie. Los campos de exterminio de la Segunda revelaron una relación insospechada de la especie humana con su capacidad de autodestrucción. El arma atómica inauguró una nueva edad del terror, borrando las fronteras entre civiles y beligerantes, deshaciendo las leyes de la guerra que pretendían introducir una regulación en la lucha a muerte concebida como la forma paroxística del conflicto. En el primer volumen de su trilogía sobre *Los orígenes del Totalitarismo*, Hannah Arendt vio en "el tiempo del imperialismo" la prefiguración de los fenómenos totalitarios del siglo XX y "el germen de las catástrofes" [12]. El motor de la idea imperialista es, en efecto, "la expansión, como objetivo político permanente y supremo". No hay que ahondar muy lejos en esta lógica expansionista para encontrar la acumulación ampliada del capital, su bulimia de espacio y su consternada huída ante sus propias contradicciones, su impersonal violencia sistémica [13].

Paul Valéry, observador lúcido pero nada alborotador, resumió así la dinámica expansiva de los imperios mercantiles tras la Gran Guerra. Su ley motriz es la del máximo: máximas necesidades, máximo trabajo, máximo capital, máximo rendimiento, máxima ambición, máxima modificación de la naturaleza exterior, máximas relaciones e intercambios… Sólo falta en esta enumeración la máxima ganancia, pero no se podría pedir al respetable Valéry que fuese tan lejos. Este conjunto de máximos, dice, es la imagen misma de Europa. Confrontado al desarrollo conquistador de la mundialización marítima y al nacimiento del imperialismo moderno, Joseph Conrad sabía ya, veinte años antes que Valéry, que "toda Europa había contribuído a producir Kurz" [14]. Preveía el asalvajamiento de los conquistadores embrujados por su conquista, y el traspaso de los límites de lo que, por decencia, denominaba "las aspiraciones lícitas".

Medio siglo más tarde, en *El Americano impasible*, Graham Greene recordaría los bombardeos (franceses) sobre el Vietnam: "El cañón disparó un solo obús trazador y el *sampan* voló en pedazos que cayeron con un chaparrón de chispas; ni siquiera esperamos, para no tener que ver a nuestras víctimas forcejeando para intentar sobrevivir. Remontamos el vuelo y emprendimos la vuelta". Ese *sampan* pulverizado, esos muertos civiles anónimos, que ya no cuentan y que ya no se cuentan, esos seres sin rostro, deshumanizados y miniaturizados a escala de insectos, prefiguran el futuro de las guerras asimétricas, los "daños colaterales", la criminalización y la bestialización del enemigo, excluído de la especie humana en nombre del Bien que derrota al Mal absoluto[15].

No es sorprendente que, por un efecto *boomerang*, esta vieja Europa, minúscula en el mapamundi, haya conocido en el curso del siglo el "máximo" de violencia y la mayor concentración de muertes violentas por metro cuadrado: dos guerras mundiales, la revolución y contrarrevolución rusas, la guerra civil española, las guerras balcánicas, la resistencia griega, el judeocidio, …

Difícil hacer más.

Las violencias tienen su historia y sus tecnologías, del garrote y la honda a las armas de destrucción masiva, atómicas, químicas o biológicas, pasando por el *chassepot* [fusil] antimotines, el cañón hausmanniano, el submarino de combate. Los ejércitos tienen las suyas, de la tortuga romana a las fuerzas de despliegue rápido, pasando por el orden oblicuo de Federico II, la artillería napoleónica, las columnas blindadas de la Wehrmatch o la guerra aérea según Giulio Douhet. La historia de las doctrinas estratégicas ordena y combina estos elementos. En la medida en que tiende por necesidad a pensar la totalidad y a superar la compartimentación de los conocimientos, la gran teoría militar es apasionante.

Entramos hoy día probablemente en una nueva mutación de los medios y de las modalidades del conflicto extremo, en una metamorfosis de la noción misma de guerra. La doctrina de la guerra preventiva, oficializada en 2002 por la administración estadounidense, se carga gran parte de los principios sobre los que se había edificado el derecho internacional interestatal. La "guerra asimétrica" quiebra la reciprocidad del riesgo corrido y desdramatiza la decisión (ya no hace falta "declaración") de entrar en guerra por parte de quien toma la

iniciativa. Esta asimetría no es sólo en las fuerzas y medios utilizados, también en la estimación de las pérdidas y los costes: las víctimas se cuentan por unidades en el lado de los poderosos, por decenas o centenares de miles en el de los dominados (cuando se molestan en contarlos). La nueva guerra global o imperialista franquea así alegremente las restricciones del derecho internacional existente, sin que se haya sido definido un nuevo código de usos de la violencia. Por eso busca sus justificaciones en valores de orden superior. Al proclamarse "ética" o "humanitaria", se arroga la exorbitante pretensión de trazar una nueva frontera entre lo humano y lo no-humano; por ello la recaída en una nueva forma de guerras santas y de guerras raciales, y la diabolización del enemigo.

La privatización generalizada del mundo no podría limitarse a las mercancías, a los bienes, a los servicios. Se extiende inevitablemente a la privatización de la violencia, al debilitamiento del monopolio de Estado sobre su ejercicio legítimo, a la diseminación de sus medios y a la proliferación de actores "irregulares" (milicias, bandas, mafias). La puesta en escena, deliberadamente confusa por la retórica imperial, de un terrorismo oscuro e intangible, se apoya en estas tendencias reales para construir, en base al miedo y a la angustia, la visión de un mundo acosado por bárbaros[16]. Enmascara el hecho de que esta barbarie no es en absoluto extraña a la civilización: es el anverso y el reverso. Es *su* barbarie.

En nuestras veladas latinoamericanas, un negro bromista de Santo Domingo solía contar con acento caribeño la historia del león y el negro cimarrón. El negro condenado es castigado a enfrentarse con el león en el ruedo. El león lo persigue y le rasga la espalda de un zarpazo. Pero el negro, con un último esfuerzo, consigue escapar. El león lo vuelve a atrapar, hace restallar sus mandíbulas y le arranca pedazos de carne al pobre negro, que logra volver a escapar. Octavio tiene el arte de alargar la historia y mantener a su público en vilo. Con un impulso desesperado, el negro consigue pillar al león por detrás, cogerle la cola, y morderla hasta hacerle sangrar. El león se tuerce de dolor. La multitud indignada se levanta de sus asientos: "¡*Pelea sucia, negro*!" ¡Combate desleal! ¡Entre los opresores y los oprimidos, la lucha ha sido siempre asimétrica!

Pero la evolución reciente de las técnicas y las estrategias invita a plantearse la cuestión −ausente en los debates de los años sesenta o setenta− de una antropología de la violencia. La tradición revolucionaria estaba acostumbrada a una cierta despreocupación, oponiendo la violencia de los dominantes a la de los dominados, como si entre ellas no hubiese ninguna parte de sombra común. La crueldad rencorosa de los oprimidos, acreditada en muchas circunstancias, se solía considerar como el producto de una contaminación pasajera por la brutalidad que viene de arriba. "Han hecho de nosotros unos bárbaros", se lamentaba amargamente Babeuf ante lo que caracterizó como el "populicidio" de la Vendée[17]. Por lo general, la izquierda revolucionaria se ha mantenido en las metáforas clásicas de la violencia como "partera" o "locomotora" de la historia, sin ahondar más allá. Se suponía que esta violencia justiciera se ejercía ineluctablemente en el sentido del progreso. Las reflexiones de Georges Sorel o de Walter Benjamin sobre la dialéctica del derecho y de la fuerza no han tenido las prolongaciones y las profundizaciones que requerían.

En sus artículos sobre Tolstoi, redactados entre 1911 y 1938, André Suarès se mantiene en una estricta interpretación de las raíces sociales de la violencia: "La violencia es la única relación entre dos clases irreductiblemente enemigas". Aparece entonces como legítima y "positiva": "Adaptará todas las formas, desde la unión de los obreros contra los patronos hasta la guerra civil". Suarès avanza sin embargo una hipótesis que amplia el tema: "La riqueza es el signo de la violencia, a todos los niveles". Esta violencia, que actúa en la guerra, existe también entre los sexos, "por la voluntad y el deseo", como entre los hombres, "por el hecho de la fortuna": "Quien posee, lo quiera o no, envilece el objeto de su posesión, lo arruina o lo mata. La propiedad es la violencia" [18].

Aunque esta violencia ha conocido a lo largo del siglo mutaciones y transformaciones cuantitativas y cualitativas, su percepción por la izquierda radical en los años sesenta no evolucionó a la par, a pesar de las grandes protestas contra el arma atómica. La legítima defensa de los colonizados, celebrada en los escritos de Fanon prologados por Sartre, alentaba la imagen de una legítima violencia liberadora por parte de los oprimidos. Esta justificación ha derivado a veces, sobre todo en algunos medios maoístas, hacia un inquietante fetichismo de la violencia.

En Francia, apenas se han visto teorizaciones explícitas de la violencia como catalizador necesario de la subjetividad revolucionaria, en todo caso nada comparable a los escritos del grupo Baader-Meinhof en Alemania, o algunos desarrollos del "*operarismo*" italiano[19]. Por fortuna, el inenarrable *Hacia la guerra civil*, firmado por Alain Geismar y Serge July tras el 68, no marcó época y tuvo poca influencia. La Nueva Resistencia popular mostró, mucho más allá de las previsiones, que cuando la historia tartamudea, se repite como farsa: el *Tigre de papel* de Olivier Rolin lo demuestra de forma patética. Finalmente, si durante estos años ha habido alguna contribución a la reflexión sobre la violencia, habría que buscarla en el catálogo de las ediciones *Champ libre* que publicaron, bajo el impulso de Gérard Guégan, muchos clásicos y documentos sobre la estrategia y el arte militares.

La práctica de la violencia física en los años setenta es objeto hoy de una doble escenificación. Para algunos actores de la época, de vuelta a las ocupaciones corrientes, cristaliza, a falta de las guerras y las revoluciones que no han conocido, el momento fantasmagórico del gran estremecimiento. Es entonces objeto de una exageración y de un énfasis líricos, inversamente proporcionales a la resignación prosaica ahora triunfante. Para otros, abierta u oblicuamente arrepentidos, el gusto deliberado por la violencia constituiría la única línea de demarcación entre un atemperado reformismo de izquierda y la búsqueda mítica de un improbable apocalipsis. La Violencia con mayúsculas aparece como la matriz originaria de las tentaciones terroristas y sanguinarias. Esta (mala) patraña se ha vuelto el *leitmotiv* polémico de los dirigentes socialistas sin proyecto, frente a la izquierda revolucionaria. Sin embargo, en el teatro de la crueldad del siglo pasado, los revolucionarios han sido víctimas mucho más veces que verdugos, y en ocasiones doblemente víctimas −perseguidos por las dictaduras militares o fascistas y por las burocracias estalinistas o los agentes de la GPU. Los social-demócratas, en cambio, han estado en todas las guerras coloniales que no había que hacer, y ausentes de las que había que hacer, en defensa de la República española o de la independencia argelina. Sin olvidar su parte de responsabilidad en el asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, inaugural de las prácticas criminales en el seno del movimiento obrero.

Sorprende retrospectivamente el aspecto paradójico de la violencia ejercida por una organización como la Liga en los años setenta. Una parte de Europa vivía entonces bajo la bota de dictaduras. En distintos países se ponían en marcha legislaciones y policías de excepción[20]. En Italia, la estrategia de tensión de una derecha extrema sembraba la confusión en la contienda social y alimentaba un juego perverso de manipulaciones propenso a las sospechas recíprocas[21]. En Francia, el Ministro del Interior, Marcellin, era un peligroso maníaco del orden. Chile, en fin, estaba cercano.

Lo que destaca en este contexto es nuestra preocupación por "hacer como si", por mostrar lo que habríamos podido hacer si no nos hubiésemos fijado a a nosotros mismos límites que no había que traspasar, por razones tanto morales como políticas. Estábamos atentos a la coyuntura, a las relaciones de fuerza, y a que nuestras acciones fuesen justificables y comprensibles entre los trabajadores.

La visita a París del general Ky, dictador sudvietnamita, fantoche de los Estados Unidos, es un buen ejemplo. Sus desplazamientos oficiales estaban sobreprotegidos, no sólo por los servicios franceses sino por la presencia de su personal guardia pretoriana. Quisimos demostrarle que, a pesar de este lujo de precauciones, habríamos estado en condiciones de abatirle. Subidos al tejado de la Escuela Politécnica, un grupo del servicio de orden consiguió arrojar con precisión un globo de pintura sobre su vehículo oficial. Demostración conseguida: habría podido ser también una granada o un disparo; no fue más que un palmo de narices. Para conseguir lo que parecía una simple farsa, se corrieron riesgos reales (y tal vez desmesurados): los guardaespaldas del general no estaban equipados precisamente con pistolas de aire comprimido. Desenfundaron a la primera salpicadura y habrían podido disparar, si nuestros artilleros saltarines no hubieran desaparecido ya rápidamente por los tejados.

La acción contra el Banco de España, en vísperas de la Navidad de 1970, es otro ejemplo. Las penas de muerte pronunciadas por el tribunal de Burgos contra Izko y otros militantes nacionalistas vascos podían ser ejecutadas de manera inminente. Fue un asalto al banco como casi no se ven en los *western*, ni siquiera en los pasajes burlescos de *Dos Hombres y un*

Destino. París estaba cubierto de nieve. Habíamos reunido en el barrio de Les Halles a una cuarentena de bandidos enmascarados. Nuestra irrupción en masa en el banco pareció tan insólita y distinta a los habituales escenarios cinematográficos que las cajeras, creyendo que se trataba de una broma, comenzaron a troncharse de risa. Los responsables de la operación les explicaron en pocas palabras que se trataba de una acción política, que no queríamos ni sus personas ni sus liquideces, pero que ibamos a saquear todo para protestar contra la injusticia franquista. Como continuaban sonriendo sin parecer comprenderlo, una lámpara estrellada de golpe contra el mostrador dio la señal para el saqueo. Se hizo con un tan caótico furor que acabamos por activar la señal de alarma al pulverizar el interior de la vitrina blindada. Siguió un gran desmadre. Las cajeras ya no reían. Aullaban en medio del estruendo de las barras de hierro, de los cajones vaciados, de los archivos volcados. No hubo ni una detención. Pero también esta vez, un gesto de pánico de un vigilante armado habría podido desencadenar un episodio desafortunado. A la salida del banco, mientras los asaltantes se quitaban divertidos el pañuelo, divisamos a un turista escandinavo filmando la escena y haciéndose con una pintoresca colección de fotos. ¡Película confiscada! No se llevaría este bonito *souvenir* de su escapada parisina.

Nuestro sentido del espectáculo era innegable. La misma tarde del ataque al banco, habíamos previsto ocupar el Sacré-Coeur [Montmartre] y montar barricadas para la noche de Navidad. Antes habíamos llevado una camioneta con víveres suficientes para aguantar un asedio de varios días. La policía tendría que elegir entre tolerar este *belén* de combate o desalojar a los ocupantes, con el riesgo de unos altercados poco compatibles con la buena nueva de la Navidad. A las 19:30, varios centenares de militantes que habían partido de cinco puntos diferentes subían en fila india al asalto de la colina de Montmartre, como hormigas por la nieve. En el momento en que nos reuníamos en la plaza de la basílica expiatoria de “los crímenes de la Comuna”, los transistores anunciaron que los condenados vascos acababan de ser indultados. Quedamos aliviados pero, confesémoslo, un poco decepcionados por no haber podido tañir la campana del Sacré-Coeur en la noche de Navidad.

Algunos años más tarde, organizamos una nueva acción contra la pena de muerte, pronunciada esta vez contra dos militantes vascos, Garmendia y Otaegui, que fueron ejecutados. Disfrazados de turistas, con aparatos fotográficos en bandolera, un centenar de militantes ocuparon las torre de Notre-Dame. En una indagación previa, un guía nos había explicado, no sin orgullo, que en caso de avería eléctrica se podía accionar la campana con la cuerda, como en tiempos de Quasimodo. Esa información no cayó en oído de sordo. Por la mañana recorrimos las farmacias para arramblar con un botín de bolas Quies, con el fin de proteger los tímpanos de los futuros campaneros. Los desvalijados farmeceúticos debieron encontrar extraño este repentino sobreconsumo. También conseguimos en los mataderos un respetable número de tarros con sangre de vacuno. Creyendo que se trataba de una broma de estudiantes de medicina, el vendedor se extrañó por una cantidad tan inusual.

Al final de la mañana, habíamos ocupado la plataforma entre las dos torres, obstruído las escaleras de caracol con alambre de púas, vertido la sangre por las gárgolas y hecho sonar la gran campana. Los campaneros, encasquetados y con los tímpanos protegidos, tuvieron que afanarse entre varios para mover la enorme campana, que según el guía fanfarrón se oiría a diez kilómetros a la redonda. Cuando la policía vino a desalojarnos, hubo que negociar un repliegue en buen orden y sin detenciones. Ni los maderos ni nosotros teníamos muchas ganas de emprender una batalla entre las torres, a decenas de metros por encima de la plaza, donde los verdaderos turistas, reducidos a la dimensión de miserables insectos, alzaban los ojos asombrados por lo que debían considerabar la puesta en escena de un gran espectáculo. El equilibrio del terror funcionó. Ganamos la batalla. Pudimos descender por una torre, mientras los policías subían por la otra, cortando las alambradas. Pero el asunto también podía habérsenos ido de las manos.

Nunca les faltaba imaginación hollywoodiense a los dirigentes del servicio de orden. Para la visita de un Jefe de Estado americano (Nixon, sin duda) quisimos organizar una espectacular acción simbólica de solidaridad con el Vietnam. Planeamos envolver la estatua de la Libertad (su réplica, desde luego) con trapos impregnados de gasolina y transformarla en antorcha que iluminase la noche. Resultaba complicado escalar la estatua para echar por encima de su hombro el cable que permitiría izar la sábana. La solución fue enganchar el cable a una flecha lanzada desde el pie del pedestal. Nuestros arqueros se entrenaron concienzudamente en tiro con arco en el bosque de Vincennes. La segunda flecha fue la buena. Desgraciadamente, el

cable no tardó en ceder bajo el peso del paño sobrecargado de combustible. Sólo quedó el montón de neumáticos al pie de la estatua, cuya llama desprendía una espesa humareda negra al paso de los *bateau-mouches* [golondrinas].

Otras muchas anécdotas confirmarían esta irónica desviación de una violencia simbólica[22]. También hubo entre los maoístas una contención y una autoburla comparables. Pero Geismar, Glucksmann, Benny Lévy o Serge July nunca han sido grandes humoristas. Confrontados a la prueba crucial de pasar de la palabra al acto (la posible ejecución del directivo de Renault, Nogrette, secuestrado como represalia por el asesinato de Pierre Overney), dieron prudentemente marcha atrás. Las ejecuciones efectivas de Tramoni (el vigilante asesino de Overney), del agente americano Ray, del agente del Mosad Barsimontov, o del P-DG [Presidente Director-General] de Renault por Acción Directa fueron muy posteriores. Se situaban ya en un contexto de reflujo y, al menos dos de ellas, estuvieron ligadas a conflictos internacionales.

Los observadores se han preguntado por la diferencia entre Italia, Alemania y Francia en la dinámica comparada de las violencias de los años setenta, dejando aparte el caso de España por el hecho de la represión franquista. Algunos piensan que la espiral de la escalada se cortó en Francia por la influencia que tuvieron sobre el microcosmos de la nueva resistencia maoísta intelectuales humanistas como Sartre. Hay muchas otras razones, sociales y culturales.

En Alemania, la violencia armada fue muy minoritaria y terminó prácticamente con la tragedia de Stammheim[23]. Los textos de Andreas Baader y de Ulrike Meinhof indican claramente su estrecha relación con la herencia traumática y la "culpabilidad" por el pasado alemán. El país que conoció "la más vasta juventud insurgente" de la Europa moderna y las más intensas manifestaciones violentas fue sin duda Italia: "una larga temporada de subversión política y social", de 1969 a 1980[24]. La violencia tomó las proporciones de un fenómeno social a gran escala. Lo demuestran los 24.000 procesos y 5.000 condenas sancionando estos años de plomo. Entre 1969 y 1980, de los 12.690 actos violentos contabilizados (una parte nada despreciable imputable a la extrema derecha), más del 40% se dirigieron contra empresas y sus mandos, el 30% contra los aparatos de Estado. Entre los inculpados en el Norte de Italia por "intento de subversión del orden constitucional", los militantes procedentes del Sur están sobrerrepresentados.

Las especificidades de la situación italiana tienen tal vez que ver con la génesis de un Estado-nación tardío, impuesto desde arriba a la sociedad, el traumatismo del fascismo, la importancia del anti-fascismo en la izquierda radical, las intrigas de un aparato de Estado mafioso (confirmadas después por las revelaciones sobre la red Glaudio y las operaciones de "manos limpias"), la soberanía limitada impuesta por la OTAN, el peso de un proletariado industrial reciente y de una inmigración interior procedente de las regiones urbanas del Sur (esos obreros a quienes se les llamaba "*terroni*" o paletos), los efectos de una brutal urbanización, una ferviente tradición católica transformada en una izquierda radical justiciera.

En enero de 1976, asistí al primer congreso de Lotta Continua. En aquella época era la organización más importante de la izquierda extraparlamentaria. Las *Tesis* presentadas en nombre de la dirección por Adriano Soffri expresaban tímidamente la intención de romper con algunas ingenuidades izquierdistas: "La historia de estos diez últimos años ha demostrado que la reivindicación del derecho a la violencia revolucionaria, que ha tenido y conserva un valor subjetivo, no puede ser considerada como discriminante estratégico y se revela incapaz de fundamentar una línea política realmente autónoma". El fetichismo de las formas de lucha, y en particular de la violencia, comenzaba a ser percibido como la expresión de una impaciencia juvenil: "La teoría de la ejemplaridad de la acción armada, la teoría del partido como detonador, el culto al fusil, son los rasgos con que se presenta la desviación militarista en los márgenes del movimiento".

El engranaje, pese a todo, estaba en marcha. Aunque el congreso de enero de 1976 marcaba el apogeo de Lotta Continua, y su líder carismático gozaba de una autoridad incontestada (llegando a manifestaciones de culto a la personalidad que a nosotros nos chocaban), al siguiente otoño iba a autodisolverse, tras una apocalíptica segunda sesión del

congreso. Soffri se describió a sí mismo como un pianista de *saloon*, intentando tocar como si no ocurriese nada, mientras a su alrededor volaban las sillas, resonaban las balas y se hundía el decorado. Lotta Continua no consiguió siquiera aprobar el viraje iniciado. Había perdido el control incluso de su servicio de orden, muchos de cuyos militantes, desde 1977, pasaron a engrosar las filas de los grupos armados.

La aparición de estos grupos y su ascenso exponencial, entre 1977 y 1980, ocurrió justo después de que el partido comunista hubiese alcanzado, en 1976, su apogeo electoral, hasta llegar práctidamente a igualar, con un 35% de los votos, a la democracia cristiana. Pero su línea de "compromiso histórico" demostró pronto ser un callejón sin salida. El compromiso social concluído por los sindicatos (conocido como compromiso del EUR, por el nombre del edificio donde tuvo lugar la negociación) se saldó con frustraciones, divisiones y el reflujo del movimiento iniciado en el otoño caliente de 1969. Paradójicamente, la perspectiva insurreccional, que para Lotta Continua formaba parte del proyecto estratégico, mantenía una relación subordinada con el "compromiso histórico", cuyo desbordamiento debería haber preparado. En 1977, las dos orientaciones, concurrentes y a la vez complementarias, entraron en crisis paralela.

El número de "atentados y violencias", unos 600 de media anual entre 1969 y 1976, se elevó de repente a más de 2.000 de media entre los años 1977 y 1979. Los atentados mortales "atribuídos" a la izquierda pasaron de 3 ó 4 al año, en la primera mitad de los años setenta, a una media de 25 entre 1979 y 1981. Vino después el tiempo de la retrología, de la desvinculación y de los arrepentidos, el tiempo de la venganza de Estado contra el enemigo inconfesable y vencido. Un cuarto de siglo más tarde, "este país recuerda aquel tiempo con un resentimiento intacto en un icono de odio", constata amargamente Erri de Luca[25].

En Francia, los motines de Le Mans, Caen y Redon en vísperas del 68, las luchas del Joint francés en 1971 o de Lip en 1973, mostraba a nuestro entender la tendencia de un joven proletariado de origen rural a romper con el legalismo de las grandes organizaciones sindicales. Las acciones volentas de masas seguían siendo sin embargo obra de los movimientos rurales, como los comités de acción vitícolas[26]. Después de la disolución de la Izquierda Proletaria y la desbandada de los "nuevos partisanos", la Liga Comunista habría sido ciertamente la más apta para dotarse de un proyecto militar y comprometerse en una vía comparable a la de la extrema izquierda italiana. La eficacia de sus acciones paródicas demuestra una disciplina y una meticulosidad prometedoras. Su cultura política y sus decisiones jugaron desde luego un papel de cortafuegos en la evolución del paisaje de la izquierda radical en Francia.

Esta cultura se caracterizaba ante todo por una concepción no militarista de la autodefensa. Se debía en parte a que algunos de sus cuadros (como Henri Weber) habían sido influenciados por la organización sionista de izquierda Hashomer Hatzair. Nuestro servicio de orden, reclutado según criterios políticos y no físicos o técnicos, fue concebido desde su formación como una tarea militante entre otras, no como un comando permanente especializado de *supermen* y *superwomen*. Sus miembros eran elegidos todos los años por las células de base. Desde 1971, lejos del estereotipo de la banda de brutos con fuertes brazos, era mixto, incluído su equipo dirigente. En aquella época eso no era corriente entre las organizaciones de izquierda, y no dejó de terner consecuencias en una cierta desacralización de la violencia física. En fin, el Servicio de Orden siempre se mantuvo bajo la responsabilidad directa de la dirección política, de la que dos o tres miembros eran personalmente responsables. Esta estrecha relación contribuyó eficazmente a frenar las derivas a la italiana y las tendencias de los "militantes" a autonomizarse. En el caso de Lotta Cotinua, esta autonomización, acelerada por la crisis de la organización, contribuyó a los derrapes militaristas y a la huida hacia adelante[27].

La Liga se benefició también de su participación en experiencias internacionales, fértiles en enseñanzas prácticas. El papel de algunos militantes en la cuestión argentina, la implicación en la lucha antifranquista en España y en Euskadi, la participación en la experiencia portuguesa entre abril de 1974 y noviembre de 1975, proporcionaron un valioso material de reflexión sobre las lógicas de la violencia y sobre los errores políticos que no había que cometer. A final de los

años setenta, el estudio comparativo de los procesos chileno y portugués ocuparon un lugar central en nuestros *stages* y nuestras escuelas de formación[28].

En fin, nuestro esfuerzo de implantación en las empresas y el buen sentido de nuestros obreros veteranos constituían un principio de realidad que contrabalanceaba las tentaciones izquierdistas. A diferencia de las organizaciones surgidas de Mayo 68 sin tradición organizativa ni memoria estratégica, la Liga tenía sus raíces en la historia del movimiento obrero. Se alimentaba de los debates de los años treinta, cuya herencia pretendía apropiarse, no sólo por el relanzamiento del antimilitarismo revolucionario, sino también por medio de la asimilación de las grandes discusiones sobre las "lecciones de Octubre", las acciones de marzo de 1921 en Alemania, la insurrección de Hamburgo en 1923, el fracaso de la resistencia a la Marcha sobre Roma, la resistible ascensión del nazismo en Alemania, la insurrección de Asturias en 1934 o el Mayo 1937 en Barcelona. Estas referencias históricas no constituían modelos, sino valiosas referencias estratégicas[29].

Sin embargo, todos estos parapetos no habrían bastado para impedir posibles derrapes después del 21 de junio de 1973. La disolución marcaba los límites legales de las formas de violencia. La dinámica de enfrentamientos con la extrema derecha en la que estábamos atrapados corría el riesgo de convertirse en una pequeña guerra privada. El golpe de Estado chileno nos incitaba a reflexionar sobre los posibles escenarios en caso de victorias electorales de la izquierda, en Francia o Italia, aún más en la hipótesis plausible (después del gran movimiento contra el proceso de Burgos y la huelga general de Pamplona) de un derrocamiento brutal de la dictadura franquista. Habíamos contemplado franquear un nuevo escalón, diferenciando la estructura legal pública del servicio de orden, de un aparato conspirativo encargado de prepararse para un eventual endurecimiento de la situación. Ahora bien, semejante aparato no puede quedarse dormido de forma indefinida o contentarse con ejercicios de fogueo. Tiende inevitablemente a desarrollar su propia lógica y a ejercer una presión para pasar a la acción real. En 1973, el horizonte todavía lejano de una victoria electoral de la izquierda en 1978 nos daba tiempo para verlas venir.

Las tareas prioritarias de la nueva estructura fueron la organización del trabajo en el ejército y la puesta en pie de diversos servicios técnicos. Partiendo de reivindicaciones democráticas de tipo sindical (como el transporte gratuito para los reclutas, el servicio militar cercano al domicilio o el aumento de sueldo), lanzamos un llamamiento público, firmado por cien soldados de todas las armas, conocido como el "llamamiento de los cien". Estos cien hicieron pronto escuela y se convirtieron en varios millares. Los comités de soldados surgían como champiñones. Pusimos en pie una red logística de corresponsales civiles encargados del correo, la impresión de las hojas de cuartel, el transporte del material, el apoyo jurídico. Este movimiento conoció su apogeo en otoño de 1974, cuando soldados de contingente salieron en uniforme a manifestarse en masa por las calles de Draguignan y de Karlsruhe. Era lo nunca visto. Estas dos manifestaciones fueron alentadas por militantes de la Liga, Robert Pelletier en Draguignan y Luc Bernières en Karlsruhe. Nos temimos una dura condena, pero el proceso a los reclutas de Draguignan acabó en triunfo. Robert Pelletier hizo una defensa política ejemplar. Recibió el refuerzo, como testigos de moralidad, de David Rousset y de dos futuros Ministros del Ejército, Charles Hernu y Jean-Pierre Chevènement[30].

El final de los años setenta marcó sin duda un giro, tanto político como cultural. Una serie de acontecimientos contribuyó a la toma de conciencia de que la violencia física, y con mayor motivo la violencia armada, por bien intencionada que fuese, no era la simple continuación de la política por otros medios. Porque pone en movimiento algo oscuro e imposible de controlar, cuyos primeros frutos se perciben en las pequeñas cosas cotidianas. Así, habíamos tomado la costumbre de organizar en los cursos de formación una sesión "especial policía". Era una especie de juego de rol. Militantes detenidos en situación comprometida eran sometidos a un interrogatorio en cuyo transcurso tenían que poner en práctica las enseñanzas contenidas en un folleto muy didáctico sobre "lo que un revolucionario debe saber sobre la represión". Algunos dirigentes hacían de interrogadores. Estas sesiones tenían mucho éxito, pero invariablemente permitían verificar dos cosas. Por una parte, la facilidad con que un individuo, por muy precavido que esté, puede enredarse en sus engaños y mostrar fallas íntimas. Por otra, el sadismo latente de algunos "policías" que ponían tanto celo en su papel de una sola

tarde que se sentía con espanto despertar al “tchekista” que dormita a veces sin saberlo en lo más profundo de nuestro inconsciente.

¿Quién conoce la mezcla de asco y de turbio disfrute que algunos han podido experimentar practicando la “jambización”[31] en Italia o, en una versión suave, rompiendo con una barra de hierro las rodillas de un adversario? En los años ochenta, en Mexico, Mario Payeras, uno de los fundadores de las guerrillas guatemaltecas[32], nos contó cómo, con el crecimiento de la guerrilla y el reclutamiento de combatientes muy adolescentes, la fuerza armada había comenzado a desviarse de sus finalidades políticas. Y cómo una representación maniquea de la lucha social, al disponer de la fuerza de las armas, podía caer en horrores, que no son monopolio del polpotismo camboyano. Sacaba la conclusión de una necesaria vuelta a formas más clásicas de organización y al primado de lo político sobre lo militar, sin el cual la lógica de la violencia se embala y amenaza con volverse incontrolable.

Habiendo leído a Victor Serge, Ante Ciliga, Trotsky o David Rousset, no descubrimos el *gulag* con Solzhenytsin. A lo largo de los años ochenta, la lectura de los *Relatos de Kolyma*, *El Tchekista* de Zazubrin o los diarios de Isaac Babel, nos marcó más que la de *El Archipiélago*[33]. Sin duda porque estos autores (como también el Pilniak de *El año desnudo*) habían sido actores de la revolución, comprometidos del lado de los rojos en la guerra civil contra los blancos. Sus relatos tratan del período anterior al Termidor soviético. Testimonian desvíos policiales y burocráticos ya existentes desde esa época de la guerra civil en las prácticas del aparato y de la Tcheka. Muestran que la lógica despótica del poder no se reduce a sus deformaciones y a sus abusos. Pero eso no justifica establecer una simple continuidad entre el presidio político de las islas Solovki, abierto desde comienzos de los años veinte, y las grandes deportaciones de los años treinta. El cambio de escala, cuantitativo y cualitativo, destacado por Trotsky y por Hannah Arendt y hoy día confirmado por el testimonio de los archivos y por los trabajos de historiadores como Moshe Lewin o Eric Hobsbawm, constituye una verdadera ruptura contrarrevolucionaria[34]

Tras la liberación de Indochina, el desencadenamiento de los conflictos entre China, Vietnam y Camboya, a final de los años setenta, dio un golpe terrible al mito de la solidaridad entre los pueblos. Las primeras revelaciones sobre los osarios camboyanos suscitaron cuestiones cruciales sobre las posibles desviaciones de una violencia (la “plancha de clavos” frente al ordenador, de la que habla Armand Gatti) cuyas virtudes liberadoras habíamos contribuído a magnificar. Informaciones cada vez más numerosas y precisas comenzaban a confirmar nuestras sospechas sobre la cara oculta de la Gran Revolución Cultural china y su coste humano: millones de muertos[35].

Algunos instruyeron entonces el proceso al tercermundismo, otros se resignaron a afligirse más discretamente. Las victimas sólo merecían compasión si se mantenían en su papel. En cuanto se atrevieran a vencer, no tardarían en ponerse los hábitos del verdugo. Paralelamente a la contrarreforma iniciada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher, *El Sollozo del Hombre blanco* de Pascal Bruckner iba a coronar esta empresa de desculpabilización del hombre blanco, de supresión de la mala conciencia colonial, de rehabilitación de los valores occidentales[36]. Conscientes del “desgarro” que se estaba produciendo en el gran relato de la emancipación, preferíamos la sobria respuesta del reportero americano que aparece en escena en *Los Gritos del Silencio* de Joffé[37]. Al periodista que le pregunta por su ceguera ante la crueldad mostrada por los “liberadores” *jemers* rojos, le dice haber subestimado los efectos de la barbarie infligida a los pueblos dominados por años de guerra, defoliantes, napalm, humillaciones cotidianas, que se añaden a las imágenes acumuladas de un siglo de hiperviolencia salvaje. Este reparto de las responsabilidades no redime a los oprimidos de su propia parte. No se puede justificar lo injustificable. Pero tiene el mérito de recordar que la dialéctica de la violencia se juega (al menos) entre dos, y que la relación, como en las guerras del mismo nombre, es asimétrica.

A comienzos de los años setenta, las armas empuñadas y la luz de las hogueras parecían todavía cargadas de esperanza. En el umbral de los años ochenta, el horizonte se había

ensombrecido considerablemente. Algunos liberadores se habían convertido en criminales. La fuerza propulsora de nuevos derechos había perdido su inocencia. Violencia y progreso ya no marchaban juntos, al mismo paso, en el supuesto sentido de la historia. La reflexión sobre el totalitarismo obligaba a reconsiderar el sentido de las masacres masivas y de los genocidios, no como accidentes aberrantes, sino como reveladores de la "banalidad del mal" de que es capaz la especie humana. La revolución iraní hacía problemática la idea misma de revolución.

En 1975 apareció en francés el ensayo de Norbert Elias sobre *La Dinámica de Occidente*. Este fresco histórico culminaba en un monopolio de Estado militar y policial, garantizando la aparición de "espacios pacificados y de campos sociales en cuyo interior el empleo de la violencia sólo sería la excepción". En las sociedades modernas, el monopolio de la violencia física debería poner a los individuos "al abrigo de un ataque súbito o de un atentado brutal a su integridad física". A cambio, estaban obligados a "reprimir sus propias pasiones y pulsiones agresivas que empujan a ejercer una violencia sobre sus semejantes" [38]. Esta utopía securitaria del decaimiento del riesgo formaba parte entonces de las ilusiones del progreso. Un cuarto de siglo más tarde, se ha acelerado la tendencia a la privatización de la violencia y a su diseminación. Se han multiplicado las depuraciones étnicas y las masacres religiosas. El mundo se hunde en la hiperviolencia de la mundialización armada. El horizonte de una sociedad decente y pacificada retrocede. La "sociedad del riesgo" se rebela.

Esta evolución crepuscular plantea de nuevo con fuerza la cuestión de la dialéctica de los fines y los medios y de la regulación ética de las violencias. A diferencia de la mayor parte de los lectores apresurados que leen a contrasentido el folleto de Trotsky, *Su moral y la nuestra*, como un breviario del cinismo político, este texto, escrito en 1938 en respuesta a los procesos de Moscú y a las interpelaciones de John Dewey, es un alegato contra el sentido común burocrático y su máxima de que "no se puede hacer una tortilla sin romper huevos". Trotsky sostiene por el contrario que "el fin que justifica los medios plantea de entrada la cuestión de saber qué justifica el fin", porque éste también "necesita justificación". "El gran fin revolucionario" excluye necesariamente de sus medios "los procedimientos y los métodos indignos, que alzan a una parte de la clase obrera contra las otras, que intentan hacer la felicidad de las masas sin su concurso, que disminuyen su confianza en sus propias fuerzas sustituyéndolas por la adoración a los jefes".

Estos criterios apremiantes implican sobre todo un rechazo categórica de las armas de destrucción masiva, que no hacen distinción entre civiles y combatientes. Se oponen por principio a las guerras de razas o de religiones. Condenan sin apelativos, por razones tanto políticas como morales, atentados como los del 11 de setiembre. Desde luego, la regla no puede responder a todas las situaciones concretas. Pero al menos permite designar y circunscribir la excepción, en lugar de banalizarla[39].

La desproporción cada vez más escandalosa de los medios técnicos y logísticos de la violencia armada, la asimetría creciente de las armas en presencia, la "contradicción abierta", señalada desde 1933 por Walter Benjamin, "entre los gigantescos medios de la técnica y su ínfimo esclarecimiento moral", empujan a concebir formas de lucha en sí mismas asimétricas[40]. Étienne Balibar habla de conjugar a Lenin y Gandhi para oponer "la impotencia" a la búsqueda mortífera del poder a cualquier precio.

La extinción de la violencia social y física en las sociedad, por desgracia, no será para mañana. Mientras la relación social sea una relación de fuerza, el oprimido no podrá renunciar a ejercer la fuerza de su derecho. La hipótesis de una inversión dialéctica, por la cual la dulzura llegará "al corazón de los grandes violentos al descubrir la vanidad de las cosas"[41], sigue siendo, por un tiempo todavía indefinido, demasiado arriesgada para fundamentar una política. Se puede ser resueltamente pacífico sin caer en la ilusión de un pacifismo angélico.

A falta de poder erradicar la violencia en un futuro previsible, al menos hay que esforzarse por disciplinarla y domesticarla, lo que supone desarrollar una nueva cultura jurídica y una cultura de la propia violencia. Se puede aprender a degustar el vino sin volverse alcohólico. Se puede también aprender a fumar sin volverse toxicómano. A conducir sin volverse un loco del volante. ¿Por qué iba a ser imposible desarrollar una cultura de la violencia domesticada? Algunos códigos militares y algunas artes marciales han esbozado pasos en esta dirección. Bajo peligro de autodestrucción colectiva, nuestra época tiene la responsabilidad de inventar a su vez nuevas regulaciones y nuevas costumbres.

NOTAS CAPITULO 11

1. A pesar de las fotos de Kagan y de las películas proyectadas clandestinamente por los movimientos de solidaridad.

2. Millán Astray, general falangista de la guerra civil española, célebre por su consigna “Viva la muerte”.

3. En 1998, el prefecto Erignac fue tiroteado en Ajaccio por independentistas corsos. (N deT)

4. Ver Eqbal Ahmad, “Des terrorismes”, *ContreTemps*, nº 3, febrero 2002.

5. La lengua oficial de Oceanía: idioma inventado por Orwell en su novela *1984*. (N de T)

6. Ver Qiao Liang y Wang Xiangsui, *La Guerre hors limites*, París, Rivages, 2003.

7. Ver sobre todo su recensión del libro de Ernest Jünger, *Guerras y Guerreros*. El artículo de Benjamin, “Théories du fascisme allemand”, está recogido en el segundo volumen de las *Oeuvres*, París, Folio, 2000.

8. Aijaz Ahmad, “A Task which never ends”, *Indian Frontline Journal*, octubre 2001.

9. La batalla de Valmy, en setiembre de 1792, enfrentó a los revolucionarios franceses con el ejército prusiano. Aunque militarmente fue una batalla menor, está considerada como un acontecimiento transcendental en el desarrollo de la Revolución Francesa. (N de T)

10. Lord Byron anunciaba proféticamente “esta época especializada en nuevas invenciones destinadas a matar los cuerpos y salvar las almas, propagadas todas ellas con las mejores intenciones.

11. Ver Mike Davis, *Génocides tropicaux*, París, La Découverte, 2003.

12. Hannah Arendt, *Les Origines du totalitarisme, L’Imperialisme*, París, Points Seuil, 1984, p.11.

13. Sobre la “violencia estructural” inherente a la lógica íntima del capital, ver sobre todo Bernard Guibert, *La Violence capitalisée*, París, Cerf, 1986.

14. *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad

15. Pyle, el americano tranquilo de Graham Greene, encarna esta temible buena conciencia: “No entendía siquiera lo que le decía; estaba ya absorbido por el dilema de la democracia y la responsabilidad de Occidente. Estaba ya resuelto −me dí cuenta muy pronto− a hacer el bien, no a una persona en particular, sino a un país, a un continente, a un mundo. Pues bien, ahora estaba en su elemento, con un universo entero que perfeccionar”. La cruzada ilimitada predicada por George W. Bush no data precisamente del 11 de setiembre de 2001.

16. Sobre la evolución de la guerra total a la guerra global, ver Daniel Bensaïd, *Walter Benjamin sentinelle messianique* (1991), *Le Pari mélancolique* (1997), *Contes et légendes de la guerre éthique* (1999), *Le Nouvel Internationalisme* 2003).

17. Se refiere a la revuelta popular que tuvo lugar en la Vendée enfrentada a la Revolución Francesa, y que desembocó en una feroz guerra civil. (N de T)

18. Andrè Suarès, *Idées et Visions*, op.cit., p. 440.

19. Ver mi crítica del libro de Toni Negri, *Marx en-delà de Marx,* en *La Discordance des temps*, París, éditions de la Passion, 1995.

20. El dossier de *Rouge* inventariando estas tendencias liberticidas, publicado en vísperas del 21 de junio de 1973, se titulaba “Ruido de botas en Europa”.

21. Ver Paolo Persicheti y Oreste Scalzone, *La Révolution et l’État,* parís, Dagorno, 2000.

22. En 1970, los sindicatos de policía, hartos de sentirse marginados, organizaron una jornada de explicación para la población. Replicamos inmediatamente, anunciando que, recíprocamente, también nosotros iríamos a explicarnos a la policía. Así que una manifestación clandestina intentó ocupar el cuartel Beaujon. Las primeras filas consiguieron penetrar en el recinto. Pero, al margen de cuáles fueran las intenciones de la operación, se trataba del ataque a un cuartel, donde había armas, etc. Una vez dada la alerta, aparecieron por todas partes soldados de guardia y cargaron sin advertencia. Como nuestros refuerzos tardaban en llegar

del metro, nuestra vanguardia encargada de mantener abiertas de par en par las puertas del cuartel sufrió una memorable paliza.

23. El 18 de octubre de 1977, el mismo día que la policía alemana rescataba un avión secuestrado en Mogadiscio (Somalia), aparecieron muertos por disparos o ahorcados en sus celdas de la cárcel de Stammheim, Andreas Baader y otros dos miembros de la llamada Fracción del Ejército Rojo (en mayo de 1976 también había aparecido ahorcada en su celda Ulrike Meinhof). Oficialmente se trató de un suicidio colectivo, aunque esta versión siempre ha sido cuestionada. (N de T)

24. Paolo Persichetti y Oreste Scalzone, *La Révolution et l'État*, op.cit.

25. La miserable extradición de Paolo Persicheti en agosto de 2002, con desprecio a la palabra dada en nombre de las autoridades francesas por François Mitterrand y Lionel Jospin, demuestra esta "resentimiento intacto".

26. A comienzos de los años 70, el enfrentamiento de los viticultores con la gendarmería ocasionó un muerto en Montredon-Corbières.

27. Daniel Bensaïd, "Les avatars d'un certain réalisme. Le Congrès de Lotta Continua", en *Quatrième Internationale*, nueva serie, nº 21-22, primavera 1975. Este artículo trataba sobre el papel de la violencia revolucionaria a la luz del congreso de Lotta Continua.

28. Estas cuestiones se reflejan en mi libro *La Révolution et le Pouvoir* (París, Stock, 1976), así como en un artículo colectivo de 1975, *Portugal: la révolution en marche* (Daniel Bensaïd, Michaël Löwy, Charles-André Udry, París, UGE, 1975).

29. En nuestras bibliotecas figuraban en lugar destacado, además del libro de Hans Neuberg sobre *La Insurrección Armada*, los de Manuel Grossi sobre la insurrección de Asturias en 1934, de George Orwell sobre Cataluña en mayo de 1937, de Jan Valtin sobre la abortada insurrección de Hamburgo en 1923, de Angelo Tasca sobre el ascenso del fascismo, de Emilio Lussu sobre *La Teoría de la Insurrección*, de Max Hölz sobre las milicias obreras del Ruhr a comienzos de los años veinte, así como los escritos militares de Trotsky, de Giap, del Che.

30. Las actas del proceso de Draguignan fueron publicadas en un libro, *Le Procès de Draguignan*, París, 10/8, 1975.

31. "*Gambizzazione*", ataque violento (por ejemplo, con disparos) a los miembros inferiores de una persona. Era un método mafioso que fue empleado también por las Brigadas Rojas. (N de T)

32. Mario Payeras ha escrito dos libros sobre su experiencia de la lucha armada rural y urbana en Guatemala: *Los días de la Selva,* y *El Trueno en la Ciudad*.

33. Ver las Chroniques de l'an 1918 y el *Journal de 1920*, de Isaac Babel, Arles, Actes Sud, 1997; *Le Tchékiste*, de Vladimir Zazubrin, París, Bourgois, 1990; o incluso *L'Année nue*, de Boris Pilniak, París, Autrement, 1998.

34. Ver sobre todo Moshe Lewin, *Le Siècle soviétique*, París, Fayard, 2003.

35. Ver el relato de una guardia roja, Hua Linshan, *Les Années rouges*, publicada diez años más tarde, París, Seuil, 1987.

36. Pascal Bruckner, *Le Sanglot de l'homme blanc*, París, Seuil, 1983.

37. *Killing Fields*, 1984, película de Roland Joffe, pariente de Abraham Joffe suicidado en 1927.

38. Norbert Elias, *La Dynamique de l'Occident*, París, Calmamm-Lévy, 1975, p. 188-190.

39. Lo que no hacía *Terrorismo y Comunismo*, libro escrito en plena guerra civil a comienzos de los años veinte.

40. Esta tendencia es claramente perceptible en las prácticas del movimiento altermundialista y en el uso de métodos de autodefensa pasivos.

41. André Suarès, *Idées et Visions, op. cit.*, p.420.

Color *Rojo*

"El color que estaba adentro, y que sale"

Paul Claudel
Conversaciones en Loir-et-Cher

En el bullicio incesante de los años setenta, dimos tirones entre una impaciencia bohemia por la pelea y el paciente hozar del topo. Alimentados de clásicos del movimiento obrero, nunca tuvimos la ingenuidad de creer que el movimiento estudiantil pudiera sustituir a la fuerza estratégica de la clase. Desde el otoño de 1968, corregir el desequilibrio (la palabra se queda corta) sociológico de nuestra implantación apareció como una cuestión de supervivencia política. Sentíamos la volatilidad de la radicalización en la juventud y temíamos ser barridos con ella, si no conseguíamos enraizarnos en lo cotidiano de las relaciones sociales.

Se formaron los primeros "grupos topos". Esbozado libremente por Pierre Wiaz y Piotr Barsony, el topo se convirtió en adelante en nuestro fetiche bromista, barrigudo y burlón. Hubo topos carteros (con la bolsa en bandolera), metalúrgicos (en mono), ferroviarios (subidos a las humeantes locomotoras de la historia), enfermeras (jeringa en mano). Su hocico, travieso y a la vez feroz, ilustraba nuestras "hojas de empresa", para disgusto de los burócratas estalinistas, que soñaban con romper el cuello al peludo animalito que parecía mofarse de ellos[1].

Aprovecho la ocasión para saludar con afecto al puñado de militantes obreros que, tras el 68, sufrió las rarezas exasperantes de una organización con gran mayoría estudiantil, las reuniones interminables, las discusiones superfluas, la teatralidad de debates tantas veces inútiles. Ya se trate de los antiguos (como André Fichaut, Jack Houdet, Roland Vacher[2]), de los primeros reclutados de la nueva generación (como el ferroviario-poeta Patick Seignon, "inventor" de los grupos topos, Isidore Garcia o Jo Malet en Toulouse y Jean Laferrière en Montrouge), o de los recién establecidos, todos tuvieron que ser pacientes para resistir semejante régimen con un aguante admirable, una robusta convicción y una insaciable curiosidad. Que se les rinda aquí homenaje a su paciencia de topos obstinados[3].

Después de haber pasado la página del militantismo estudiantil, fui asignado a diversas células de empresas, donde tuve la suerte de emprender a su lado un segundo y muy formativo aprendizaje. Cuando André Breton se adhirió al partido comunista, se le destinó con los electricistas y empleados del gas. En mi caso fueron la Compañía de Contadores de Montrouge, la célula de la estación de Lyon (distribuir el "topo" en los vestuarios en compañía de Rico Lajous[4] tenía sus riesgos), la célula del hospital Saint-Antoine. Tras la disolución de 1973, el "giro obrero" aprobado por la Liga se tradujo en una oleada de formaciones profesionales, de empleos industriales, de traslados geográficos. Sobre la marcha se lanzó una publicación mensual, *Los Cuadernos del Topo*, de la que, después de Suzette Triton, Sophie fue editora. Nos pasábamos muchos fines de semana, cara a cara, preparándonos para refutar los artículos de la prensa sindical sobre los aumentos salariales, examinando experiencias de control obrero, comentando las estadísticas del último censo socio-profesional, espulgando las sucesivas evaluaciones del Programa Común, argumentando a favor de las nacionalizaciones, estudiando la legislación sobre los comités de empresa y sobre la seguridad social. Fue una buena escuela. La colección de los *Cuadernos* lo atestigua.

En la primavera de 1974 murió Pompidou. Hubo que lanzarse a la caza de firmas de alcaldes para una segunda candidatura de Alain Krivine. La improvisada campaña de 1969 había contado con el impulso de Mayo. La de 1974 se hizo a contratiempo y en falso. En nuestras intervenciones televisadas, no nos olvidábamos ni el menor botón de uniforme del ejército rojo: comités de soldados para subvertir al "*gran mudo*" [ejército], consejos obreros para acabar con

el despotismo patronal y, como culminación, la insurrección armada para aplastar a las bandas armadas del capital. Estos incendiarios discursos, como para hacer temblar, se entrometían en los tranquilos hogares a la hora de la comida, entre el aguardiente y el queso. Mirábamos con condescendencia la primera campaña de Arlette, que nos parecía de perfil bajo, al halagar de forma demagógica al pequeño comercio.

La sanción fue terrible: ¡Krivine, 0,36%! Pero no nos íbamos a dejar desmontar por las peripecias de la "farsa electoral", Wiaz dibujó para la portada de *Rouge* a un melenudo Krivine como James Bond 00,36… Aunque entonces no teníamos conciencia, este veredicto de las urnas marcó el final del episodio post-68.

La campaña electoral de 1974 nos dio la ocasión de publicar durante un mes un *Rouge quotidien* [diario]. A la luz de esta experiencia, se fue abriendo camino la idea de un diario revolucionario. El año anterior había nacido *Libération*. Existían en Italia tres diarios de la izquierda radical (*Manifesto, Lotta Continua* y *Avanguardia Operaria*). Había uno en Inglaterra. La situación parecía propicia. En Portugal acababa de ser derrocada la dictadura, durante la campaña presidencial en Francia. En España, Franco tenía los días contados y la caída de la dictadura era inminente. Inglaterra e Italia estaban sacudidas por poderosas oleadas de huelgas.

La situación portuguesa, sobre todo, evolucionaba hacia una salida de dualidad de poder. Nuestra sección hermana había celebrado su congreso de fundación en enero de 1974, sólo tres meses antes de la revolución de los claveles. En octubre de 1974, fui invitado a una gira de mítines por el aniversario de la Revolución rusa. Lisboa conservaba el aspecto anticuado de una vieja metrópoli colonial decadente. En los arcos de la venerable plaza del Comercio, bajo el rótulo de *Almoços e Jantares*, donde solía andar, todavía era posible imaginar a Pessoa conversando con su banquero anarquista. En un mítin en Coimbra conocí a un joven estudiante de 17 años, Chico Louça[5], serio y elegante, que iba a ser un amigo durante más de treinta años. Volví a Lisboa en abril de 1975, después del fallido golpe de estado de marzo y la caída de Spínola. Se multiplicaban las ocupaciones de fábricas. Oficiales del Copcon se ponían al servicio del pueblo para acondicionar guarderías de barrio. En los cuarteles se formaban comités de soldados. En Setúbal, una asamblea popular que reunía a todos los órganos de contrapoder popular aparecía como un embrión de soviet[6]. Durante el verano, de los cuarteles salieron blindados para unirse a los manifestantes en las calles de Lisboa. Era una gran noticia en Europa. Desde luego, no podía durar mucho tiempo.

Contábamos con una sincronización entre la situación portuguesa y una radizalización inminente de la situación española. En octubre Franco estaba moribundo, pero la agonía se alargaba. La prensa española publicaba informaciones clínicas pormenorizadas, con apoyo de cuadros médicos. El patriarca parecía mantenerse sólo a base de tubos y mangueras. A comienzos de noviembre, los camaradas vascos organizaron un *stage* en una granja del puerto de Roncesvalles. Hacía un frío glacial. En la estufa de la sala común hervía todo el rato la sopa. Durante cuatro días, mientras seguíamos hora a hora por la radio la agonía del dictador, dimos la vuelta completa a las experiencias revolucionarias del siglo: la revolución alemana, la guerra civil española, los frentes populares, la experiencia chilena; como se repasan las lecciones en vísperas de un examen.

El 25 de noviembre, apenas cinco días después de la muerte de Franco, el golpe de Estado de los comandos de Amadora daba el pistoletazo de salida a la normalización de Portugal. La esperada sinergia no tendría lugar. Gracias a los camaradas de Montpellier y al talento organizativo de Paul Alliès, nuestros camaradas del estado Español pudieron celebrar en Languedoc su último congreso clandestino en julio de 1976. Algunos vinieron legalmente, otros con papeles falsos, hubo incluso quienes −fiándose más de los viejos senderos de los pasadores que de la fiabilidad de una documentación falsificada− atravesaron la frontera por monte o por mar. Tras un gran juego de pistas con dobles citas, los reencuentros estuvieron llenos de emoción. Muchos salían de las catacumbas. Los presos vascos, recién liberados, descubrían su nueva organización. La confianza y el entusiasmo parecían irresistibles.

Mientras Adolfo Suárez aseguraba la transición, fuimos[7] a fiestas de Ondarroa, el pequeño puerto de Bizkaia donde nuestros camaradas tenían una sólida implantación. En los muelles nos reuníamos cerca de doscientas persona para saborear bonito asado y escuchar los duelos vocales de los *bertsolaris*[8]. A la salida de un bar, se formaron cortejos a los gritos de "*Presoak*

kalera! Euskadi askatasuna!". Una de estas manifestaciones espontáneas acabó en batalla campal con la guardia civil. Le intenté quitar la carabina de las manos a un guardia con tricornio de cuero. Me salió mal. Tuve que atravesar una hilera de honor recibiendo una avalancha de culatazos en el parte baja de la espalda. Era el menor de los castigos y la prueba irrefutable de que la dictadura ya no era lo que había sido.

En Francia, parecía probable la victoria de la Unión de la Izquierda en las elecciones legislativas de 1978. Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski polemizaban sobre la actitud a seguir ante una eventual entrada de los comunistas franceses o italianos en el gobierno. Por nuestra parte, contábamos con la hipótesis de un escenario a la chilena. Ante esa eventualidad, la derecha tradicional no dejaría de sabotear la experiencia, como hizo con las huelgas patronales y las "*caceroladas*" del otoño de 1972 en Santiago. La extrema derecha se lanzaría verosímilmente a una estrategia de tensión a la italiana. Había que prepararse sin tardar para esta aceleración de los enfrentamientos de clases.

En esta efervescencia vio la luz el proyecto de diario *Rouge*. Lenin definía al *Iskra* de 1903 como un "organizador colectivo" para sublevar a toda Rusia. En la primavera de 1975, lanzamos una suscripción nacional para comprar una imprenta. El pintor Matta donó un cuadro apenas acabado. Yves Montand sacó de su bolsillo un fajo de billetes que entregó sin siquiera contarlos a un balbuceante Krivine. Michel Piccoli ofreció garantía financiera para el *leasing* contratado para adquirir el aparato de fotocomposición. Alain y yo tuvimos la inquietante misión de postular a Delphine Seyring. Nos pasamos una tarde entera discutiendo sobre las miserias del mundo sin atrevernos a abordar la espinosa cuestión del nervio de la guerra[9]. Al final de la languideciente entrevista, ella nos pilló a contrapié, sacando un talonario para financiar una confusa cooperativa de imprenta (¡tras la que se escondía una minúscula organización maoísta!).

Con Sartre, las cosas eran más fáciles. Recibía a los solicitantes en su apartamento del bulevar Raspail siguiendo un muy regulado ritual. Alain y yo (¡no se cambia a un equipo cuando pierde!) le soltamos nuestro discurso. El apadrinaba ya *La Causa del Pueblo* y *Liberación*. Tras media hora de tímidos asaltos por nuestra parte, hizo su aparición Simone de Beauvoir (parece que estas entrevistas estaban cuidadosamente cronometradas). Sartre sacó entonces una chequera de su cartapacio preguntándonos directamente cuánto queríamos. Nos atascamos en embarullados balbuceos, pero él probablemente tenía sus tarifas.

Michel Rotman organizó un encuentro con Jean-Luc Godard. El realizador de *El desprecio* y *Pierrot el loco* me intimidaba hasta el punto de sentirme lleno de indulgencia hacia sus antojos maoístas. Después de haberme dejado enredar en una alambicada presentación de nuestro proyecto, declaró con aspereza que un periódico era por fuerza una empresa fascista. Visiblemente encantado por mi perplejidad, explicó que el movimiento de una cámara era como una caricia alrededor de la imagen, mientras que el gesto mecánico del periodista que mueve brutalmente el carro de su Underwood o de su Remington para saltar de línea es el que se hace para abofetear a un niño. No tenía nada más que añadir.

En noviembre de 1975, los preparativos del diario culminaron en apoteosis con una gran fiesta roja en el gran mercado de la Villette. Siguiendo los consejos de amigos arquitectos, quisimos animar la inmensa estructura metálica con un falso techo coloreado y ondulante. Durante una semana, equipos militantes se turnaron para hinchar miles de globos multicolores. Cincuenta mil personas acudieron a los debates y a los espectáculos. El programa fue de lujo. Dr. Feelgood, Captain Beefheart, Paco Ibáñez, Catherine Ribeiro y muchos otros se sucedieron en el escenario principal, mientras Jacques Higelin o Guy Bedos actuaban a horas imposibles en escenarios anexos. Durante tres días y tres noches, más de setecientos camaradas montaron guardia, entumecidos y tiritando de frío alrededor de improvisadas hogueras, junto al canal del Ourcq. Los camaradas latinos prepararon una bañera entera de *feijoade* gigante, que daba señales inquietantes de fermentación. Los bretones aportaron un camión de ostras. Los de Montpellier, una cisterna de vino y un montón de *pelardones* [quesos].

Edwy Plenel, nombrado gran maestro de ceremonias, daba vueltas de un lado para otro, discutía con la empresa de sonorización sobre la factura, llamaba a un grupo del servicio de orden como refuerzo para escoltar los ingresos, se desesperaba por una avería del bloque

electrógeno susceptible de provocar una intoxicación alimentaria fatal para la vanguardia allí reunida.

Sin experiencia técnica y periodística, lo hicimos todo al revés. Una vez tomada la decisión de hacer un diario, parecía que la intendencia vendría por sí sola. Seguía siendo una manifestación de voluntarismo guevarista y un acto de fe en las virtudes de la acción ejemplar, aplicadas esta vez a la guerrilla periodística. Habíamos comprado una rotativa, pero no teníamos rotativista. Habíamos comprado el material de fotocomposición, pero no teníamos teclistas. Habíamos instalado telex y comenzado un periódico, pero el equipo apenas contaba con periodistas profesionales (a excepción de Bertrand Andusse y de Jean-Paul Besset, venido de *La Montagne* de Clermont-Ferrand). Con la rotativa por fin funcionando y los teclados entregados *in extremis*, no tuvimos tiempo para imprimir un número cero. La noche de la primera vuelta de las elecciones cantonales de marzo de 1976 debía aparecer diirectamente el primer número de *Rouge quotidien*: ¡los artistas trabajaban sin red!

Con el riesgo de romperse el cuello. Aquel domingo histórico fue un vodevil. Nadie dominaba el sistema correcciones en banda perforada, cuyos rollos colgaban en la pared como serpentinas en día de fiesta. El vendedor de las máquinas, compadecido de nuestro ejército *brancaleone*[10], se pasó casi veinticuatro horas seguidas en un trastero, con la mirada clavada en la pantalla de corrección, de donde acabó por emerger con los ojos rojos y exorbitados. Alain Krivine y yo, nombrados de sopetón directores de publicación, corríamos con un secador de pelo en la mano, para acelerar el secado de los bromuros, detrás de los maquetistas ocupados en centrar los últimos “filetes”. A la caída de la noche, las camionetas de las mensajerías se alineaban delante del local como las de los hermanos Rapetou[11] esperando la valiosa entrega.

Alrededor de la rotativa, el público de militantes retenía la respiración. Cuando aparecieron las primeras hojas, ligeramente manchadas, hubo una explosión de vivas, tan ferviente como si acabáramos de ganar el Mundial o de llegar a la Luna. Por desgracia, las placas de fotograbado no tenían la dimensión debida. Cuando la máquina alcanzó su velocidad de crucero, se salieron de los rodillos y se pusieron a planear peligrosamente como vulgares discos, bajo las miradas de consternación. Los kioskos parisinos fueron atendidos justo a tiempo. En cambio, los militantes marselleses o tolosanos saltaron de la cama en vano: habíamos “fallado a la provincia”, y no sería la última vez. Habíamos iniciado una carrera contra reloj de cerca de tres años, acompasada por el familiar crepitar de los télex.

Semanario o diario, *Rouge* aparece *a posteriori* como una escuela de periodismo tan eficaz al menos como las instituciones acreditadas. Antes de 1974, Hervé Chabalier, Bernard Guetta, Michel Field, Patrick Rotman y Dominique Pouchin hicieron allí una parte de su aprendizaje. El personal del diario nunca alcanzó la treintena de redactores[12].

Obligado a trabajar con medios tan limitados, el periódico se volvió nuestro universo y nuestro horizonte insuperable. Después del cierre compartíamos la cena en una tasca hasta avanzadas horas de la noche. Tras seis días de estampidas y carreras para llegar al cierre, el sábado nos juntábamos para jugar al fútbol en el parque de Sceaux. Al principio, inhibidos por la crítica brohmiana del deporte de competición, sólo pretendíamos un ejercicio lúdico entre equipos (¡casi siempre mixtos!): no se trataba de contar los goles. Cuando se hizo evidente que cada uno (una) llevaba alevosamente en su cabeza una escrupulosa contabilidad, se recuperó el espíritu de competición, oficialmente prohibido hasta entonces, y los partidos se volvieron encarnizados.

Esta vida de pecera tenía su peligro político: ver el mundo a través de los títulos de la portada y perder el contacto con la realidad. Cuando llegó la hora de hacer balance de nuestra intervención en la campaña legislativa de 1978, resultó, por las polémicas y malentendidos, que los militantes y su periódico no habían vivido la misma historia. Nuestra memoria de redactores se había quedado con las portadas, los títulos, los subtítulos. La de los militantes se había quedado con las acciones, realizadas o fallidas, las octavillas distribuídas, las peticiones firmadas, las manifestaciones y los discursos de mítines. Memoria de papel y memoria de acción: dos visiones sensiblemente diferentes, dos registros temporales desacordados, dos regímenes de realidad.

En la primavera de 1976 fui a Madrid con Henri Weber para entrevistar a Fernando Claudín sobre el eurocomunismo. Durante nuestra estancia llegó la noticia de la legalización del partido comunista. Lucía González y Jaime Pastor nos arrastraron a la pequeña recepción organizada con este motivo. Santiago Carrillo hizo una breve alocución, después apareció una especie de pastel gigante de aniversario cubierto de azúcar rosa, parecido a los que, en las películas americanas, pueden ocultar un gánster con su metralleta. En el reparto de esta pirámide pastelera, Henri consiguió apoderarse de la enorme hoz de mazapán, amorosamente enlazada con su inseparable martillo, que dominaba desde la cumbre del edificio. La blandió triunfalmente, como si morder con fuerza este símbolo constituyese una modesta revancha por los crímenes estalinistas durante la guerra civil.

Esta vez la guerra estaba definitivamente acabada. El pacto de la Moncloa no iba a tardar en enterrar a la República y su bandera, en nombre de una transición que instauraba la monarquía templada de Juan Carlos y gestionaba la herencia franquista. Un año más tarde volví a Madrid, junto a Michel Rovère, a cubrir para *Rouge* las primeras elecciones generales bajo la monarquía. Los resultados definitivos no se conocieron hasta un mes después de las votaciones. Las organizaciones militantes de la resistencia a la dictadura, partido comunista y extrema izquierda, fueron marginadas en beneficio de una renovación socialista venida de ninguna parte. Comenzaba el *desencanto*.

En Portugal la secuencia revolucionaria de abril de 1974 a noviembre de 1975 también estaba cerrada. En Inglaterra, las huelgas de 1974 habían finalizado un ciclo de lucha y se estaba gestando la contraofensiva liberal. En Italia, el partido comunista alcanzó su apogeo en las elecciones de 1976. Tras los espectaculares enfrentamientos contra la construcción del aeropuerto de Narita, se abatió una represión brutal sobre la izquierda revolucionaria japonesa: nunca llegó a recuperarse y sus dos principales corrientes, Chukaku y Kakumaru acabaron por desacreditarse y matarse (en sentido literal) entre ellas. Nuestra sección japonesa, duramente golpeada por los encarcelamientos y las multas, entró también en crisis.

En Francia, la izquierda unida en torno al Programa Común de gobierno partía como favorita para las elecciones legislativas de primavera de 1978. Esta perspectiva mantuvo una ilusoria prórroga en el contexto de reflujo europeo. Las elecciones municipales de la primavera de 1977 habían registrado un avance tan significativo como inesperado de las listas unitarias de extrema izquierda. Eso contribuyó a alertar al partido comunista sobre el peligro que le podía representar una victoria electoral que apareciese como el efecto diferido de Mayo 68. Desde el verano de 1977, su dirección abrió la polémica con el partido socialista sobre la cuantificación del Programa Común. No era más que un pretexto. La desunión condujo al fracaso electoral de marzo de 1978. Para François Mitterrand sólo era −ventajosa− cuestión de tiempo: siguiendo la lógica institucional de la Vª República, una victoria legislativa le habría dejado cautivo de sus aliados, mientras que un éxito en la elección presidencial le permitiría modelar a su guisa la mayoría parlamentaria. Su elección en 1981 llegaría en un contexto nuevo, después de que el movimiento obrero hubiera sufrido importantes derrotas (como en la siderurgia), después del “reajuste” sindical de la CFDT, después del comienzo de la contraofensiva liberal en los Estados Unidos y en Inglaterra.

La victoria de la derecha en 1978 representaba en cambio un golpe mortal para *Rouge diario*. Desde las primeras reuniones de la redacción, se habló de la crisis que acababa de golpear a las organizaciones de la izquierda italiana. El lanzamiento del diario había sido una especie de apuesta sobre la coyuntura que podría inaugurar una hipotética victoria de la izquierda. Las ventas andaban alrededor de 10.000 a 12.000 ejemplares. No era una cifra ridícula, pero la depresión post-electoral amenazaba con hacer insoportable el déficit. La evolución técnica en curso en la prensa iba a dar el golpe de gracia y a barrer las esperanzas de supervivencia de los más tenaces. Con la aparición de facsímiles, se descentralizaba la impresión de la prensa nacional; las mensajerías ya no aseguraban el envío nocturno desde París. Aún imprimiendo el periódico a menor coste, gracias a la auto-explotación consentida de los militantes periodistas, rotativistas, teclistas, maquetistas, imprimir algunos centenares de ejemplares en Marsella, Toulouse o Brest resultaba prohibitivo[13].

Había que saber detener un diario. Con la muerte en el alma.

Era admitir una derrota política y simbólica, pero también financiera. Una cosa es recaudar dinero para un proyecto que entusiasma, y otra mucho más difícil buscarlo para enjugar deudas. Hubo que (auto)despedir a la casi totalidad de los redactores. Aunque el miedo al desempleo no era tan fuerte como hoy, la dispersión del equipo suponía angustias individuales. Eso contribuía al ambiente de pesadumbre y abatimiento.

En el local de Montreuil, ayer todavía lleno de ruido, los télex se callaron, como un corazón que de repente deja de latir. Durante un año de siniestra memoria, estuve encargado de asegurar la reconversión del diario en el nuevo semanario, y de coordinar la gestión de las sociedades (de prensa, de imprenta, de librería, de edición), todas ellas en situación crítica. El conjunto amenazaba con derrumbarse como un castillo de naipes. La reunión semanal de los gerentes consistía en organizar los créditos para evitar la quiebra, llegando a fin de mes a base de suscripciones excepcionales o de préstamos militantes, y transfiriendo los vencimientos de una sociedad a otra. La situación era tan tensa que a veces el responsable de las ediciones o de la librería "se olvidaba" de firmar su cheque a la imprenta, ganando algunos días para calmar mientras tanto a otros acreedores.

Una época se acababa.

Otra comenzaba, llena de incertidumbres.

Había que pensar en nuevos proyectos.

El impulso vino del equipo dirigente de la Internacional[14]. Su lógica era simple. Tras un largo desvío por la revolución colonial, "el epicentro de la revolución mundial" volvía otra vez al corazón de la acumulación capitalista, donde reencontraría sus formas "clásicas". Herederas de los primeros congresos de la Internacional Comunista, las secciones debían ser como peces en el agua. Con dos condiciones: actuar por el reagrupamiento de la diáspora trotskista, y transformar radicalmente su composición social.

Esta orientación, por la unidad de los movimientos trotskistas y por una proletarización voluntarista (bautizada "giro a la industria" en la jerga de los camaradas americanos) no suscitó un entusiasmo unánime en la Liga. Una parte de la dirección se inquietó por la demagogia obrerista que comenzaba a soplar, y más aún por un eventual acercamiento con la corriente lambertista, presentado como el reencuentro natural de una famlia demasiado tiempo dividida[15].

El asunto estaba mal planteado. Debilitada por el cierre del diario, la Liga atravesaba una especie de resaca. Para muchos militantes había llegado la hora de entrar en la vida profesional. La organización lambertista rival había desarrollado en nuestras filas una columna entrista de varias decenas de militantes, dirigida desde fuera por Jean-Christophe Cambadélis[16]. En esas condiciones distorsionadas, una fusión habría sido mortal. La revolución nicaragüense de 1979 nos evitó ese escenario catastrófico. En la tradición de la Liga, el primer reflejo consiste en identificarse con una revolución en curso y sostenerla a fondo, a pesar de sus límites, de sus defectos o de las críticas hacia su dirección. Este reflejo operó a tope. François Sabado, uno de los más fervientes partidarios entre nosotros de la unidad del movimiento trotskista, volvió de una estancia en Managua en agosto de 1979 ferozmente sandinista. El acontecimiento inesperado colocaba así a nuestras discusiones doctrinarias ante la prueba de la realidad. En la conferencia preparatoria para el 11º Congreso mundial, celebrada en otoño en el gimnasio de L'Haÿ-les-Roses, delegados que representaban a unos cuatrocientos militantes abandonaron teatralmente la Liga. Algunos(as) a regañadientes. Se rompían viejas complicidades, en una mala imitación de las grandes rupturas históricas. Presentes en las gradas como observadores invitados, Cambadélis y Luis Favre contemplaban los destrozos con satisfacción. La hemorragia habría podido sernos fatal. Provocó en cambio un saludable sobresalto.

Fue el epílogo de una década en la que habíamos realizado prodigios, agotándonos en correr más rápidos que nuestra sombra. La Liga había conseguido un inicio de implantación social que le permitiría resistir a los siniestros años ochenta. Había acumulado experiencias de lucha, hecho su aprendizaje sindical. Se había zurrado contra el aparato burocrático en la CGT, contribuído a la construcción de una izquierda en la CFDT, renovado con las tradiciones de la

venerable Escuela Emancipada en el sindicalismo enseñante. Sin embargo, arrastrado por el torbellino activista de las acciones ejemplares u obnubilado por la hora fatídica del cierre del diario, nuestro pequeño grupo de “conspiradores profesionales” no había compartido plenamente esta mutación todavía parcial. Y nos habíamos quedado al margen de los cambios culturales en marcha, de las querellas editoriales, de las modas musicales.

Bajo la presión de una urgencia en parte imaginaria, los años setenta fueron más fértiles en polémicas políticas que en reflexión teórica, estuvieron más ocupados por las estrategias de lucha por el poder que por la paciente crítica de la economía política.

En 1975, las ediciones Stock nos propusieron escribir, a Henri Weber y a mí, un libro sobe “la revolución y el poder”. El director de colección, Jean-Claude Barreau, pensaba sin duda en un texto incisivo, condensado, panfletario. Habiéndose retirado Henri, entregué un denso ladrillo que según me dijo Régis Debray tenía el tamaño de tres libros (¡por lo menos!): una reflexión sobre las relaciones institucionales de poder, un balance del estalinismo en el siglo, y un ejercicio de síntesis de las experiencias estratégicas. Antes de perderme en la cotidianidad en migajas del diario, intenté probablemente hacer balance de una década tumultuosa y un inventario del dispar equipaje acumulado al cabo de estos años.

La primera parte de este indigesto adoquín muestra la influencia de Michel Foucault. Acababa de aparecer *Vigilar y castigar*. El primer tomo de la *Historia de la Sexualidad* se anunciaba para otoño de 1976. El *Rizoma* de Deleuze y Guattari, avance de *Mil Mesetas*, apareció ese mismo año. La distinción entre Estado, “efectos de poder”, “juegos de poder”, “relaciones de poder”, impregnaba en ese momento el ambiente. Ya desde las primeras líneas de *La Revolución y el Poder*, se daba el tono: “La primera revolución proletaria aportó su respuesta al problema del Estado. Su degeneración nos ha legado el problema del poder. Hay que destruir el estado y romper su maquinaria. Hay que deshacer el poder, en sus instituciones, en sus anclajes subterráneos (sobre todo, la división del trabajo). ¿Cómo puede contribuir a ello la lucha por la que el proletariado se constituye en clase dominante? Debemos retomar el análisis de las cristalizaciones del poder en la sociedad capitalista, seguir sus resurgencias en la contrarrevolución burocrática, buscar en la lucha de las clases explotadas las tendencias por la cuales la socialización (el marchitamiento) del poder puede imponerse sobre la estatización de la sociedad”. Seguía un recorrido por las diversas formas de malla institucional: la escuela, el ejército, la justicia, la prensa, la familia. Algunos guardianes de una ortodoxia imaginaria me reprocharon querer disolver la cuestión del Estado (a destruir) en una red de poderes a destejer.

La quincena de páginas (sobre 430) del último capítulo titulado “La inquietud militante” me valió todavía muchas más disputas. Bajo la presión del feminismo radical y del naciente movimiento homosexual, la crisis del “ideal militante”[17] se convertía en tema de preocupación. Con el pretexto de que “todo es política”, un nuevo discurso normativo pretendía abolir por decreto la distinción entre público y privado, y dictar imperativamente el comportamiento liberado del militante y de la militante ejemplares. Yo reconocía, desde luego, que un militante que renunciara a cambiar la vida, comenzando por la suya propia, “no llevaría en sí la revuelta necesaria para llegar hasta el final de su decisión”. Pero sospechaba también, tras la retórica de las máquinas deseantes, el anuncio de las deformaciones postmodernas: “Se habla hoy de divertirse[18]: ridícula aspiración del hombre fragmentado que se maravilla al ver volar por los aires sus propios trozos.

En un retrato un tanto heroico del militante aventurero, reproducía por mi cuenta un párrafo de *Las Citas fallidas*[19], en las que Régis Debray rendía homenaje a Pierre Goldmann: “Un militante no cuenta su vida. Entre lo vivido y lo decible, entre lo personal y lo político, hay una barrera inmemorial. Accesible o abrupto, el militante avanza por la vida −incluída la suya− como un iceberg: lo esencial está bajo la línea de flotación”. Este tono, muy “*lonesome cowboy*”[20], me valió una (merecida) tunda de palos por parte de las camaradas feministas, en primera fila de las cuales la brillante Frédérique Vinteuil[21], burlándose despiadadamente de mis nostalgias y mis claroscuros de macho iluminado (con vela).

Ella tenía un tanto de razón. Yo no estaba del todo equivocado. Un buen cuarto de siglo más tarde, sigo convencido de que había una ilusión, a veces dolorosa y en ocasiones mortal, al

pretender desvestir por decreto al “viejo hombre” (o la joven mujer) para exponerlos, desnudos como gusanos a la pálida luz de la época. Excitado por la inflación de la imagen, el temible deseo narcisista de “transparencia” y de “visibilidad” estaba en marcha[22]. Los más robustos resisten bastante bien esta puesta al desnudo. De otra no han sobrevivido.

La fórmula discretamente totalitaria del “todo es política” tiene su (pequeña) parte de verdad, a condición de precisar a continuación: en cierta medida y hasta cierto punto. La división entre privado y público es la marca de la alienación propia de una sociedad mercantil de desdoblamiento y de duplicidad generalizadas: cada individuo está partido en su interior, a semejanza de la mercancía (desdoblada en valor de uso y valor de cambio) o del trabajo (desdoblado en trabajo concreto y trabajo abstracto). Pero esta escisión íntima es también una protección contra las agresiones cotidianas, contra las relaciones de sumisión y de dependencia personal, contra las formas totalitarias de control y de dominación.

Mis tres años de hibernación bajo el caparazón del diario *Rouge* comenzaron con *La Revolución y el Poder*. Acabaron con la publicación en 1979 de *El Anti-Rocard o los harapos de la utopía*. Intentaba poner al descubierto la lógica neo-liberal que operaba en la retórica modernista de la “segunda izquierda” rocardiana que, con la ayuda de la reorientación sindical y la propulsión mediática, pretendía triunfar sobre los escombros de la primera. Pero la maniobra era prematura. En el congreso de Metz del partido socialista, Mitterrand supo desbaratarla habilmente con el concurso de Jean-Pierre Chevènement. Dotado de un mejor sentido de la historia que sus apresurados competidores, había comprendido que las relaciones de fuerza no permitían (todavía) emanciparse de la unión de la izquierda, por lo menos antes de haber reducido al mínimo al partido comunista y de haberlo vuelto a llevar a una posición subordinada. Eso ocurrió después de 1981.

Con sus desarrollos sobre el Estado, el eurocomunismo, la democracia de mercado, la noción de hegemonía, el *Anti-Rocard* cerraba el ciclo de las polémicas estratégicas de los años setenta. Al contrario de las predicciones de André Glucksmann en su período de apología beata de la Revolución Cultural, el viento del Oeste dominaba sobre el viento del Este. Comenzaba incluso a soplar en forma de borrasca, en los Estados Unidos y en Gran Bretaña. Para descifrar los jeroglíficos del presente, había llegado la hora de remontar de Trotsky y Lenin a la “crítica de la economía política”. De leer (o de releer) a Marx, para someter las fundaciones teóricas a la prueba del cambio de época.

NOTAS CAPITULO 12

1. Ver Daniel Bensaïd, *Résistances, essai de taupologie générale*. Waz aceptó amistosamente redibujar los topos para este libro.

2. El estupendo libro de André Fichaut, *Sur le pont. Souvenirs d'un ouvrier trotskiste breton, op. cit.,* testimonia las cualidades humanas y morales, la curiosidad intelectual, el coraje político de estos militantes, en una época en que, socialmente minoritarios en su propio movimiento, tenían que enfrentarse en su medio profesional al hostigamiento patronal y a la vez al ostracismo estaliniano.

3. La Liga conoció dos oleadas de implantación en la industria: una primera en 1973, una segunda a partir de 1979.

4. Rico, quinqui tolosano, poeta, cantante, artista plástico, falso Gainsbourg y verdadero Bashung, a quien conocí en Carcassonne en 1968, nunca hizo la menor concesión al decoro ni al buen gusto. Cuando sus desfallecientes pulmones le impidieron seguir cantando, se transformó en artista plástico. Como no sabía manejar bien el pincel, compuso obras de reciclaje. Tuvo sus períodos: las muñecas calcinadas, los mickeys crucificados, las vacas que ríen, los paquetes de *gitanes*, los macadans… Forzó el mal gusto hasta caer en un coma irreversible por una anestesia benigna. Salud al artista. (Ver Daniel Bensaïd, "En flânant sur les macadams", en *La Discordance des temps*, op.cit.).

5. Hoy día distinguido economista, diputado del Bloque Socialista, y siempre miembro de la IV Internacional.

6. Sobre esta experiencia, un equipo militante formado por Michel Rotman, Michel Lequenne, Roman Goupil y Daniel Edinger realizó una película militante.

7. Sophie y yo, con Johan y Sarah Alexander (la cantante israelí) en un *combi* acondicionado.

8. Los *bertsos* son cantos improvisados donde los cantantes se responden con juegos de palabras.

9. El dinero es el nervio de la guerra: Cicerón (N de T)

10. *La armada brancaleone* es una película italiana, del año 1966, sobe un grupo de bandoleros mal equipados que se integran en un ejército caballeresco. (N de T)

11. *Beagle Boys*, personajes de Wallt Disney (traducidos en español como *Los Golfos*; en francés como *Rapetou*) (N de T)

12. Jean-Paul Besset, Bertrand Audusse, Dominique Bouchet, Gilles Suze, Xavier Langlade y Bernard Alleton aseguraron sucesivamente la secretaría de redacción; Jean-Yves Potel, Denis Pingaud, Philippe Pignarre (que después creó la editorial *Les Empêcheurs de prnser en rond*), Madeleine Verdi, Michel Samson y Michel Spagnol formaron el equipo de la rúbrica política; Isabelle Richet, Jacques Rozenblum, Frank Tenaille, Georges Marion y Michel Rovère la rúbrica internacional; Suzette Triton, Nicole Geneste, François Blanc, Marc Legoutte y Thomas Coutrat la rúbrica social; Patrick Mars y Bernard Cohen mantenían la rúbrica "ejército". En cuanto a las rúbricas "cultura" y "sociedad", se repartían entre Jean-François Vilar, Marc Corti, Alain Brossat, Jeanne Vandale, Denise Avenas, Danièle Ohayon, Yann Plougastel, Gabriel Culioli y Denis Caron. Encargado de las cuestiones de educación, Edwy Plenel trabajaba en solitario en una oficina minúscula. De marzo de 1976 a enero de 1979, Alain Krivine, Alain Bobbio, Gérard Filoche y yo aseguramos por rotación la responsabilidad de la publicación. Más tarde, Anne Tristan, Paul Benkimoun y Patrick Roger pasaron a su vez por *Rouge* semanario.

13. Habríamos podido obtener una prórroga con el mercado que consiguiera nuestra imprenta Rotographie. *Libération* nos confió la impresión de un suplemento gráfico realizado semanalmente por el grupo Bazooka. Pero desde el primer número los camaradas rotativistas pararon las máquinas, negándose a imprimir unas caricaturas que consideraban sexistas. A ello siguió un tumultuoso debate sobre el ejercicio del control obrero en la prensa y la información (parecido al caso *Republica* en Portugal). Desde luego, perdimos el mercado.

14. Compuesto sobre todo en aquella época por Ernest Mandel, Livio Maitan, Charles-André Udry, Charles Michaloux, Jean-Pierre Beauvais, Isabelle Richert.

15. Ver Daniel Bensaïd, *Les Trotskysmes*, París, PUF, 2002.

16. Y desde dentro por Christian Féline, Daniel Glückstein (candidato por el Partido de los Trabajadores en las presidenciales de 2002), Pierre Dardot, etc.

17. François Fourquet acababa de publicar con este título un número especial de la revista *Recherches*. Nuestra revista *Critique communiste* publicó en diciembre de 1976 un número (nº 11-12) sobre "Militantismo y vida cotidiana". En ese número figura el artículo de Frédérique Vinteuil, "Militar sin mitología". En el mismo número figura también un artículo de Jean Nicolas sobre la cuestión homosexual. Camaradas de la Liga estuvieron entre los iniciadores e iniciadoras de la revista *Masques*, y después del Cuarh (Comité de Urgencia Anti-represión Homosexual). A final de los años setenta, cuando los hombres políticos no se pegaban todavía por aparecer en las fotos de la Gay Pride, Alain Krivine participó indefectiblemente por solidaridad en las manifestaciones de Cuarh, donde nuestros camaradas Jean Cavaillès y Jacques Fortin eran unos de los principales animadores. En los orígenes del movimiento feminista en Francia, militantes de la Liga (como la ginecóloga Irène Bortein y Aelxandra Weisgal) habían participado desde 1970 en los números pioneros dela revista *Partisans* sobre la liberación de las mujeres. Durante los años setenta, las militantes de la Liga participaron en la creación de círculos (el círculo Flora Tristan) o de revistas (*Les Pétroleuses, Remue-Ménage*, a la espera de los *Cahiers du féminisme*). *Critique communiste* publicó varios números-dossier, como "Feminismo, familia, sexualidad" (nº 4, diciembre 1975), con artículos de Denise Avenas, Sophie Oudin, Frédérique Vinteuil, Catherine Samary; después "Mujeres, capitalismo, movimiento obrero" (nº 20, diciembre 1977) con artículos de Antoine Artous, Frédérique Vinteuil y Jacqueline Heinen. Por mi parte, publiqué un largo artículo sobre "Cuerpo, palabra y mercancía", en el nº 17 de setiembre de 1977.

18. Juego de palabras de difícil traducción. "*S'éclater"* quiere decir "divertirse"; en cambio, "*éclater*" equivale a estallar o explotar. (N de T)

19. Régis Debray, *Les Rendez-Vous manqués*, París, Seuil, 1975.

20 "*Lonesome cowboy*" es una película (1968) dirigida por Andy Warhol, satirizando los *western*. (N de T)

21. Monique Saliou por su verdadero nombre, fue después jefa de gabinete de Jean Glavany en el Ministerio de Agricultura en el gobierno Jospin.

22. Ver Michel Surya, *De la domination*, Tours, Farrago, 1999. En su opinión, la transparencia es la mayor operación de justificación ideológica y sobre todo "la mayor operación de policía" (en el sentido foucaldiano del término) nunca realizada. Henri Michaux, moderado en sus apariciones, también lo era en curiosidad, porque, decía, ver es arriesgarse a ser visto. ¿Para vivir dignos debemos ser invisibles?

Pato o conejo

"Querían hechos. ¡Hechos! Le reclamaban hechos, como si los hechos pudieran explicar algo."

Joseph Conrad

"Es admirable que de hechos inciertos se saquen opiniones ciertas."

André Suarès

"Dios no existe más que para los editorialistas."

Graham Greene

Convencido de que cada época posee sus propias formas de escritura y contrariado por el desprecio de los escritores hacia el reportaje, el crítico ruso Tetriakov consideraba al periódico como la epopeya de nuestro tiempo. Quiso elevar "la literatura no inventada del hecho" por encima de las bellas letras inventadas. El periodismo sería en la actualidad "lo que fue la Biblia para el campesino de la Edad Media, o la novela didáctica para la *intelligentsia* rusa liberal". Quincenal, semanal o diario, *Rouge* se contentó con ambiciones más modestas. Sin rivalizar con los modelos del género como fueron los *Cuadernos* de Péguy o *La Antorcha* de Kraus, se esforzó por mantenerse como un "antiperiódico" y resistir a la parcelación del mundo.

Una publicación periódica puede sesgarse con su condición de diaria. Es más difícil escapar a su destino de mercancía. Se vende y se compra. Es la ley del mercado de opiniones. Así, *Rouge diario* no se extinguió por falta de talentos. Fue, por el contrario, un semillero de vocaciones, una escuela experimental, cuyos alumnos aprendieron a hacer prodigios con cabos sueltos. Sin publicidad ni patrocinadores, sin otro capital que la dedicación de sus redactores, una prensa militante sobrevive bajo una espada de Damocles financiera, siempre dividida entre los estereotipos de una jerga propagandística y un mimetismo servil respecto a la llamada prensa de referencia.

A pesar de una tenaz desconfianza hacia las derivas profesionales del "partido periodístico"[1], siempre he garrapateado para publicaciones marginales, del *Farol del Mirador*[2] a *Rouge*, pasando por *Inprecor*[3]. La confidencialidad de las tiradas protege de las tentaciones de la notoriedad. Mi primera entrevista para *El Farol*, en 1963, fue a Jacques Maritain, anciano señor frioleramente envuelto en un alegato mallarmeano, retirado a un convento de hermanos dominicos en Toulouse. Hablamos de su itinerario espiritual y de la guerra de Argelia. El artículo se subtituló *Un arriate de nomeolvides sobre un río de petróleo*. ¡Nada que haga subir las ventas!

Mis reservas hacia las prácticas periodísticas no se refieren a los riesgos profesionales más denunciados habitualmente: la corrupción material, los efectos de connivencia y promiscuidad, el juego de apariencias. Se refieren más bien a la lógica impersonal de la producción de la información, a los equívocos de la temporalidad periodística, a la carrera por el *scoop* [exclusiva], al frenesí del *zapping*, a la dilución de la historia en la actualidad. La periodicidad diaria empuja a confundir el hecho diverso con el acontecimiento, la anécdota insignificante con el elemento desapercibido destinado a tomar relieve con el tiempo. Kraus ironizaba sobre el hecho de que, al cambiar la actualidad todos los días, el periodismo tendría una verdad para cada día. El pensamiento, como la verdad, tiene sus ritmos. La reflexión, sus lentitudes. Se acomoda mal con la caza de la exclusiva y con la histeria del cierre. Tienen su propia profundidad de campo, que no hace buena pareja con el impacto de las portadas provocativas.

Edwy Plenel hizo su aprendizaje en *Rouge* diario. Después de su servicio militar, en 1979, entró en *Le Matin* y después en *Le Monde*, eligiendo la carrera por la que sentía una irresistible vocación. Con indiscutibles talentos de vivacidad, de memoria, de escritura, ampliamente confirmados después, se consideraba capaz de hacer este oficio sin sucumbir a sus espejismos. Veinte años después, intentamos hacer balance de esta apuesta en un pequeño libro dialogado, titulado *El Pato y el Conejo. El periodismo y sus críticas*[4]. El libro estaba ya terminado en sus dos terceras partes, compuesto, compaginado y anunciado en las librerías, cuando un incidente intempestivo le puso prematuro fin. Nunca llegó a aparecer. Poco importan las peripecias. Este proyecto, simplemente, no podía concluir. En veinte años, la brecha entre dos visiones del mundo y dos formas de compromiso se había ahondado. Una complicidad hecha de muchas cosas y de secretos compartidos, no bastaba para rellenarla. Por lo menos, el ejercicio nos ofreció la ocasión de buscar las raíces del desacuerdo.

El rechazo intelectual hacia el poder mediático no data de ayer. Si hoy reviste mayor virulencia, se debe tal vez al carácter creciente de este poder, cada vez más asociado a la riqueza. Pero la percepción de su función social no deja de oscilar entre la heroización del periodista justiciero, virtuoso denunciante de todo tipo de canalladas, y el resentimiento hacia los plumíferos y las voces serviles de un magisterio de dudosa legimitidad.

El conflicto entre el "poder intelectual" del filósofo, maestro de la verdad, y el "poder mediático" del sofista, demagogo venal y ojeador del terreno en el mercado de opiniones, viene de antiguo. Y no está cerca de apaciguarse. Aunque el sofista mantiene una relación sospechosa con el comercio, defiende en cambio las condiciones de una pluralidad democrática frente a una verdad aristocrática y potencialmente tiránica. Aunque el filósofo está tentado por el ejercicio autoritario del saber, recuerda en cambio que el número y la tirada no tienen gran cosa que ver con la búsqueda de la verdad. Gide pretendía que más allá del millar de lectores había por fuerza un malentendido.

La novedad de las pasionales controversias sobre las responsabilidades de la prensa y de los medios de comunicación no está en la agudeza de las polémicas. Tiene más que ver con la colusión explosiva entre una crítica intelectual, procedente del mundo universitario, y una crítica militante, exasperada por la anemia del espacio público y por la desigualdad creciente ante la producción y la difusión de la información.

La crítica elitista apareció en el alba de la modernidad, como reacción a la irrupción de las "masas" en los terrenos reservados de la política y la cultura. A veces antidemocrática, ha evitado en cambio, en estado naciente, algunos vicios que prometían gloriosas prosperidades. Los enciclopedistas vieron en el periodismo "la más vil de las literaturas". Balzac apreció el aburguesamiento y el "debilitamiento cotidiano del pensamiento". Dominado por el fetiche de la cosa escrita, el autor tendía a transformarse en simple "mercader de frases". Bajo el Segundo Imperio, con la nueva alianza "de la tinta y el dinero" (de la prensa y de la Bolsa), se formó una nueva configuración del espacio público. Información y especulación aparecerían en adelante orgánicamente ligadas. Y Mallarmé pudo alzarse contra el despotismo de la tirada, que anunciaba el aún más tiránico del sondeo y el índice de audiencia.

Desde 1909, la *Nouvelle Revue française* llamaba a "luchar contra el periodismo, el americanismo, el mercantilismo y la complacencia de la época consigo misma". Karl Kraus y la crítica vienesa denunciaban entonces la estrecha relación tejida entre la opinión pública y el mercado, que era la fuente de una subjetividad inauténtica que circulaba como una mercancía adulterada entre muchas otras. Musil se lamentaba al ver los periódicos convertidos en bolsas y en tiendas, en lugar de "estaciones de ensayo del espíritu". Denunciaba la invasión del espíritu periodístico en la novela, y la proliferación de periodistas-novelistas, que vendían su firma antes que su obra. "El periodismo, resumía secamente Kraus, piensa sin el placer del pensamiento".

Ambivalente como las críticas románticas de la modernidad, estas feroces polémicas, mezclan de forma confusa una pertinente crítica social de la mercantilización del espíritu y una "crítica artista", nostálgica de un aura y de una distinción perdidas[6].

El resentimiento del “poder intelectual” hacia el poder mediático no responde hoy día a los mismos resortes. Expresa sobre todo las frustraciones de una pequeña nobleza togada o de un bajo clero universitario que viven la masificación del trabajo intelectual como un desclasamiento, o incluso como una humillación. A la emblemática figura del intelectual legislador, que hacía o inspiraba la ley, Zygmunt Bauman opone la del intelectual plebeyo proletarizado, simple manipulador de signos sin más cualificación.

Los periodistas se lamentan a veces de que el proceso intelectual intentado a la prensa se parezca a las sospechas de las novelas policíacas. Por desagradable que sea, esta requisitoria, que pone el acento en las redes de connivencia, en las amistades interesadas, en las afinidades circunstanciales, en la pequeña frase que dice más de lo que querría decir, en el montaje artificial de elementos dispares que acaban por hacer sistema, no hace otra cosa que volver contra los medios de comunicación su propio frenesí investigador: “¡Toda la verdad sobre lo que se os pretendía ocultar!”. Si el periodismo se indigna por ser blanco de una policía intelectual sin reglas ni código, el sociólogo crítico también puede replicar legítimamente que el periodista hace sociología a diario sin respetar las “reglas del método”, hace política sin tener que rendir cuenta a los electores o a los militantes, hace filosofía espontánea sin someterse al penoso trabajo conceptual.

Rindiendo homenaje a Karl Kraus, representante típico del “intelectual a la antigua” amenazado por la irrupción de los “intelectuales de nuevo tipo”, Pierre Bourdieu constataba: “Como ocurre hoy, también entonces se estaban desplazando los límites entre el campo periodístico y el campo intelectual”. Las críticas condenatorias no contribuyen mucho a aclarar la lógica y los retos de estos desplazamientos. El resultado es una confusión inextricable entre una crítica aristocrática conservadora y una crítica social radical de la institución.

Kraus o Wittgenstein fueron tratados en su tiempo como conservadores. “Al escoger deliberadamente quedarse retrasados sobre su época, ésta todavía hoy no los ha pillado”, sostiene Jacques Bouveresse[7]. ¡Ironía del desarrollo desigual y combinado, o argucia de la discordancia y la inversión del tiempo, al transformar la retaguardia en vanguardia! Ocurre así que los últimos sean los primeros. Cuando se trata de salvar la tradición del conformismo que la amenaza, conservar no es un pecado. Toda la cuestión está en saber lo que se quiere salvar y lo que se piensa hacer con ello.

La ambivalencia de la crítica de los medios de comunicación puede encubrir en efecto una crítica sesgada de la democracia y de la política en general. La línea de división de aguas no pasa sin embargo entre intelectuales anticuados, celosos de su devaluado capital simbólico, y unos intrépidos periodísticas que se enfrentan sable en mano a las tierras desconocidas de una nueva época. György Lukács no se contentaba con denunciar trivialmente la corrupción del pensamiento por el dinero y el poder. Sin ignorar las grandezas intermitentes del periodismo, enmarcaba sus miserias en las formas generales del trabajo abstracto y de la reificación mercantil. Llegaba a subestimar incluso la manera en esta falta de convicción se puede vestir de intransigencia perentoria y de eclecticismo dogmático, o que puede encontrar una compensación en el fetichismo del detalle[8].

La polémica y la denuncia panfletaria pueden tener su utilidad. Tienen también sus límites. El panfleto de Nizan contra *Los Perros guardianes* declaraba una guerra sin cuartel contra la institución filosófica y los osos sabios del poder académico. No se molestaba en sutilezas sobre la filosofía de Bergson o la de Brunschvicg. Pero no excusaba de leerlos… Hay buenos y malos periodistas, como hay buenos y malos profesores. Pero la lógica institucional de la escuela o del periodismo no se reduce a la suma algebraica de sus virtudes y de sus vicios, no se reduce a las intenciones y a las cualidades de los agentes.

Si algunos críticos vehementes del periodismo traicionan hoy una duda sobre los fundamentos mismos de la democracia, es porque esta democracia está muy enferma. La frustración respecto a los medios de comunicación es un síntoma entre otros, como la abstención electoral, la desafiliación social, la denigración de la política[9]. La vida democrática da signos de languidez y sufre vértigos. Es víctima de la privatización generalizada del mundo y de la anemia del espacio público. Su formalismo procedimental disimula cada vez peor la realidad de un sistema de oligarquía plebiscitaria, tras las virtuosas profesiones de fe

democrática. Vaciado de sus retos, el debate público se convierte en un espejismo de apariencias y de señuelos, un simulacro de deliberación sin poder de decisión.

La espectacular escenificación de una elección engañosa, reducida a la expresión de una subjetividad individual y caprichosa −"¡Es mi elección!"− resulta significativa. La fórmula podría servir de máxima a la antipolítica postmoderna.

¡Cada cual su elección! ¡Y cada uno en su casa!

Porque no se puede discutir de gustos, de colores y de elecciones.

En lugar de indignarse o de lamentarse por los abusos del poder mediático (o judicial), más valdría ver en perspectiva la evolución histórica de su relación incestuosa con el dinero y la política, paralela a la del sentido común y de la opinión pública. La Revolución Francesa instituyó un nuevo espacio público. Se ha descrito la revolución belga de 1830 como "una revolución de la prensa". A comienzos de los años 1840, el joven Marx veía en la prensa libre "el ojo abierto en todas partes del espíritu de un pueblo", "el espejo espiritual donde se mira un pueblo". Esta reflexibilidad crítica le parecía la primera condición de la sabiduría política. La filosofía se introdujo en el periodismo para hacerse corresponsal de prensa y poner al día por medio del "ejercicio público de la razón", los prodigios y las fantasmagorías de la mercancía[10].

Lo que hizo entonces de la prensa "la más poderosa palanca de la cultura" fue su capacidad para "transformar el combate material en combate de ideas". Subsistía sin embargo una incompatibilidad irresuelta, entre la libertad de palabra y de escrito que regía en teoría en el espacio público, y el absolutismo despótico de la propiedad privada ejercido en la práctica. Esta contradicción fundacional no ha dejado de resolverse en favor del segundo.

El sentido común, crítico en la época de las Luces, se volvió apologético a medida que se institucionalizaba el espacio público post-revolucionario. Hablar hoy de prensa burguesa o de democracia burguesa suele parecer grosero o maleducado, como si el adjetivo fuese una marca de infamia. Desde luego no es un vibrante homenaje, pero no implica necesariamente ningún juicio de valor. Existe una prensa burguesa, por sus condiciones de producción (materiales, financieras, ideológicas), como existe una prensa sindical o militante. Recordarlo no impide distinguir entre una prensa bien hecha y un papel mal impreso, entre una burguesía ilustrada y una burguesía oscurantista, entre un enemigo competente como Raymond Aron y los ideólogos de pacotilla como Jean-François Revel o Bernard-Henry Lévy. Si todos los diarios fueran del mismo gris, no merecería la pena leerlos (ni comprarlos).

Desde finales del siglo XIX, la concentración del mercado de impresión y edición puso de relieve, sobre todo en los Estados Unidos, el concubinato entre el dinero y la información, sometiendo cada vez más a la prensa a un criterio de rentabilidad. En *El Tablero de latón*, publicado en 1919, Upton Sinclair protestaba contra el hecho de que el periodismo se convirtiera en uno de los medios de "la autocracia industrial [para] ejercer un control sobre la democracia política". Aunque el *New York Times* se negó a reseñar el libro, ni siquiera como publicidad pagada, se vendieron más de ciento cincuenta mil ejemplares. Al considerar al periodismo como una institución de clase, Sinclair señalaba la deriva de una prensa crítica hacia una empresa de información. Pensaba que esta poderosa tendencia podría ser contrarrestada todavía por el contra-poder de los sindicatos de periodistas y de trabajadores de la imprenta. Llegó a tomar la iniciativa de una suscripción para fundar un "semanario honesto" e independiente, el *National News*.

En el período entre guerras, la principal resistencia a las nupcias bárbaras del capital y la información fue la reivindicación del profesionalismo y la objetividad, expresada por muchos personajes de novelas negras. Este ideal heroico del desfacedor de entuertos, hermano gemelo del detective privado solitario expuesto a una institución policial corrupta, se alimentaba de la esperanza de que (todavía) pudiera romperse el vínculo entre la lógica empresarial del propietario y la lógica redaccional del periodista. Los códigos deontológicos que graban en mármol las reglas del oficio, muestran este catecismo positivista aplicado a la fabricación de la opinión[11]. Después de la guerra fría y el episodio maccarthysta, esta defensa del profesionalismo tuvo cierto éxito. Los vientos cambiaron de nuevo en los años setenta. Con el inicio de la contraofensiva liberal, la crítica neoconservadora empezó a denunciar la exorbitante

influencia de los periodistas sobre la información y su responsabilidad en el desastre estadounidense en Vietnam. Esta acusación reflejaba una fusión creciente de los desafíos políticos y financieros.

La explosión de las tecnologías de la comunicación confiere al poder mediático tal poder que los medios de contra-información (prensa militante, radios libres, redes alternativas) parecen insignificantes. El "cuarto poder" mantiene una relación tan estrecha con el poder del capital que cada vez resulta más difícil imaginar contrapoderes a su medida. La *Humanité* de Jaurès podía todavía pretender luchar con armas (casi) iguales con *L'Aurore* o *Le Figaro* de la época. La doctrina de la guerra asimétrica no se aplica sólo a los armamentos de destrucción masiva. La suerte de la mayor parte de las radios libres, la dificultad crónica de la prensa partidaria, la tasa de mortalidad de los boletines y periódicos efímeros muestran el desequilibrio estructural de las fuerzas en presencia en materia de información. Pero por frágiles y vulnerables que sean los contra-poderes, subordinados al poder que los domina a la espera de aplastarlos, siguen siendo siempre necesarios. A condición de no hacerse ilusiones sobre sus límites.

En 2000, AOL compró Time Warner por 160.000 millones de dólares (¡más de la tercera parte del presupuesto anual de defensa de los Estados Unidos, el doble del presupuesto militar chino!). Igual que existe un complejo militar-industrial, la masa de capitales invertidos en la producción mediática contribuye a la formación de un complejo mediático-financiero. En el punto de contacto de los negocios y la comunicación, la doble pertenencia de los Lagardère, Bouygues, Dassault, Pinault y otros, teje vínculos opacos entre estos dos complejos bulímicos. Los que han hecho fortuna con las tuberías y el comercio lucrativo del agua se interesan naturalmente por el cable y la fibra óptica. Siguen siendo redes[12].

Al acceder a la dirección de un "importante grupo empresarial", el "salvador" de Toyota, Georges Ghosn, no actuó precisamente con delicadeza: "La prensa escrita es como una tienda de ultramarinos, basta con aplicarle recetas sencillas". Vender, enfocar, invertir, obtener partes de mercado: la jerga del *marketing* invade este despiadado universo. La concentración capitalista de los medios de comunicación tiene, está claro, efectos de retorno sobre la organización de la profesión y sobre sus prácticas. En un estudio sobre la profesión de periodista, el sociólogo Alain Accardo habla de una "nueva proletarización" y de "*intelligentsia* precaria". En 1998, de un total de 29.000 carnets de prensa, los *free-lanzer* representaban ya más del 20%, progresando en casi un tercio desde comienzos de los años noventa. La aparición de los periódicos gratuitos refuerza esta tendencia. La frustración profesional que se deriva de ello es aún más dolorosa porque el oficio sigue estando adornado de un caducado prestigio social.

¡A sociedad del espectáculo, espectaculares medios de comunicación!

Sería ingenuo, desde luego, suponer una relación de dependencia directa entre lógica financiera y lógica redaccional. En tanto mercancía, la información debe conciliar su función útil y su rentabilidad comercial. Una prensa de pura propaganda, que se contentara con inculcar una ideología de Estado o de empresa, se volvería ideológicamente inútil. Si los lectores la siguieran leyendo a falta de algo mejor, la descifrarían a la manera de la *novlangue* orwelliana, como ocurrió en los países del Este sometidos a censura burocrática: dando la vuelta al mensaje. La relación entre el contenido de la información y sus condiciones económicas de producción es más una causalidad estructural que una causalidad lineal, condicionamiento más que mandato. Es el secreto mismo del poder del capital. Su dominación es tanto más absoluta por ser impersonal.

En la hora de la mundialización liberal, tal vez sea inevitable aceptar compromisos cada vez más comprometedores con la ley del mercado. En lugar de ocultarlos, envolviéndose en una zarandeada deontología, más valdría asumirlos claramente, aunque sea al precio de cierto cinismo. Esto permitiría al menos discutir abiertamente los límites de lo inaceptable.

El argumento de que el periodismo puede seguir siendo un honesto artesanado, con sus reglas, sus observancias, sus formatos, sus obligaciones, todo lo que hace una comunidad profesional, un gremio, o una corporación en el sentido antiguo del término, no es convincente. Kraus puso al descubierto la hipocresía inconsciente que hay en la profesión de fe del periodismo artesanal: "Es significativo ver hasta qué punto los periodistas se hacen una idea

modesta de su oficio cuando se les ataca, y con qué descaro se pavonean como la sabiduría del mundo cuando se encomiendan a los lectores y creen estar a solas con ellos”[13].

Atribuyéndose las mismas virtudes artesanales del que arregla sillas, el periodismo reivindica servidumbres y cualidades que no tendría el militantismo. El militante estaría preso de la rutina del prejuicio y de la repetición doctrinaria; el periodismo, por su parte, estaría disponible para la prueba de la novedad y atento a las interpelaciones de lo real. Tendría sobre el militante las ventajas de poderse asombrar todavía ante los misterios del mundo y dejarse sorprender por lo inesperado.

El parelelismo es poco convincente. Periodismo (¿cuál?) y militantismo (¿cuál?) no muestran ni las mismas prácticas, ni los mismos criterios. Reprochar al segundo que se mantiene a distancia de lo real para poder proteger sus certezas, mientras que el primero, virgen de todo prejuicio dogmático, afrontaría sin instrucciones de empleo un universo vuelto a su desnudez primera, es ingenuo, en el mejor de los casos, cuando no completamente deshonesto. Se trata de dos enfoques diferentes, de dos representaciones de lo real, de dos maneras de construirlo y de deconstruirlo. La oposición entre el periodista profesional y el publicista militante está en otro sitio. El primero se contenta siempre con interpretar el mundo. El segundo se esfuerza también por cambiarlo. Es la diferencia entre una lectura especulativa de lo real y una crítica expuesta a la prueba de su propia práctica.

No responden ni al mismo orden ni a los mismos criterios. Tomar distancias con el mundo militante (y las certidumbres doctrinarias que se le supone) significa también liberarse de sus obligaciones, sin por ello acercarse más a lo real. Creer estar haciendo un periódico de manera soberana, y dominarlo, es la ilusión del sujeto cartesiano, dueño y poseedor de su objeto, cuando él es quien os hace. Es el “efecto río Kwai”. En la novela de Pierre Boulle, el coronel Nicholson quiere hacer el mejor puente posible. Piensa en puente y sueña en puente, pero no sabe muy bien para quién y para qué pone tanto cuidado en construirlo. Preso de la manía del oficio, el periodista quiere hacer el mejor periódico. No colabora con un ocupante. Sólo tiene la preocupación por el trabajo parcial bien hecho. Se convierte en un fetichista del periódico, como Nicholson fue un fetichista del puente, o Bérégovoy un fetichista del franco fuerte. Su trabajo es ciertamente útil para el lector −sin lo cual no sería leído−, pero sirve *también* para el transporte de las divisiones y de las municiones ideológicas, como el puente servía para el transporte de tropas.

Alcancamos aquí el núcleo de la empresa ideológica. Lo “real” nunca es evidente. No encuentra su reflejo fiel en las palabras, aunque estén impresas. Un mundo en que el periódico y la realidad se confunden, sería absolutamente paranoico. Sería como ceder a la gran inversión, como en la canción satírica de Karl Kraus de que en el comienzo era la prensa:

La prensa estaba al principio

Y después llegó el mundo…

En el fondo, lo irritante en la falsa modestia del gremio periodístico es la pretensión exorbitante de representar una totalidad sin concepto, en arrogarse el punto de vista de Dios sin el poder de creación. Hace algunos años, una campaña publicitaria mostraba involuntariamente, en una especie de gigantesco lapsus comunicativo, esta inconmensurable arrogancia. Los carteles de gran formato colgados por los pasillos del metro proclamaban: “¡Cuando no sabe todo, no sabe nada!”. ¡Cuánto menosprecio social hay en esta fórmula! ¡Qué desprecio hacia los pequeños saberes parciales y los saber-hacer cotidianos! El trabajador sonámbulo que espera al metro nunca lo sabrá todo, por tanto nunca sabrá nada. Sólo le queda meter avergonzado su cabeza entre los hombros y caminar pegado a las paredes.

Lo “real” es múltiple, y muy problemático. Existe una realidad empírica, inmediata, tautológica, la de los hechos que “son los hechos”, la de los “hechos tan desnudos como pueden ser los hechos”, decía Conrad. Esta realidad autoritaria, ante la que no se puede hacer otra cosa que inclinarse, no es discutible. Existe también una realidad científica, donde los hechos están construídos y tienen sentido a la luz de una teoría. Existen también realidades simbólicas, estéticas, sin contar las de los posibles, que no son irreales. La realidad desnuda, que presupone la objetividad periodística, es la del empirismo ideológico. Separada de la totalidad

de sus determinaciones, un dato inmediato de la conciencia periodística no es más que una mala abstracción que se da ínfulas y se hace pasar por concreta. Desenredar la madeja de la totalidad no es, como se entiende a veces, “desrealizar” la obscenidad de los hechos puestos al desnudo para revisarlos mejor o para travestirlos a su guisa. Es, por el contrario, embarcarse en una peligrosa travesía de las evidencias. Más allá del espejo, siempre hay otras realidades posibles y otros posibles reales.

La discusión sobre el sentido de lo real es la misma que la del fetichismo del hecho. La psicología de las formas utiliza el conocido test del pato y del conejo. Si se contempla el dibujo desde un determinado ángulo, se ve un conejo con grandes orejas alzadas. Si se mira desde otro ángulo, se convierte en un pato con el pico entreabierto. ¿Es pato o es conejo? ¡Es pato y conejo! Los ángulos de visión sobre lo real difícilmente coinciden. Este es el fundamento mismo de la incertidumbre política. El mundo es esto, y es aquello, y muchas otras cosas también. Si no, todo sería sencillo, límpido, transparente, fielmente reflejado por un discurso unívoco, limpio de cualquier ambigüedad.

La ilusión del “pequeño hecho cierto” y de la evidencia factual es necesaria para la buena conciencia periodística. Wittgenstein ridiculizó este “deleite del hecho”. Foucault decía en cambio, en 1978, haber sido “atrapado por la cólera de los hechos”. Se proclamó entonces periodista y declaró la guerra a los sistemas concebidos para absorber y digerir todo sin dejarse inquietar ni sorprender. Su actitud era reveladora de un período de transición, de quiebra de las referencias, de crisis política e intelectual. Se hacía urgente “liberar la acción política de toda forma de paranoia unitaria y totalizante” [14]. Apenas dos años más tarde, el mismo Foucault se burlaba también del tópico de ”los pequeños hechos ciertos contra las grandes ideas vagas” y del “caballero de la exactitud enredado en sus propias aproximaciones”.

En la temporalidad a pedazos del periodismo, existe una tendencia recurrente al fetichismo de los hechos, tontos y tercos como hechos. Esta tontería de los hechos, incapaces de explicar nada, agobia a Lord Jim y lo enmudece ante los jueces en su proceso por el naufragio del *Patna*. El establecimiento y cotejo de los hechos tiene desde luego una importancia crucial, porque el discurso tiene que rendir siempre cuentas ante lo real. Pero la encuesta (en el sentido metódico que le dio John Dewey) no sólo implica un trabajo de registro, sino también de distribución, de montaje, de evaluación. De la misma manera que un plato cocinado no es la suma de sus ingredientes, el periódico no es un *collage* factual amenizado con un suplemento de alma editorial. De igual manera, la disputa judicial o la presentación de una experiencia científica, depende de una escenificación. A ello contribuyen la portada, los títulos, la jerarquía de la información, las ilustraciones y su leyenda, la elección y el lugar de las tribunas de opinión o del correo de los lectores. Los efectos de deformación y de ocultación resultantes no significan maquinación o complot. El inconsciente mediático es sutil de otra manera. Despolitizando el hecho realizado, la producción de la información fabrica altas dosis de opinión.

Una “comunidad científica” se reconoce como tal en la medida en que llega a ponerse de acuerdo en determinados hechos y en su teoría. La política responde a otro registro, donde reina la discordia. Tanto que casi no es posible definir una “comunidad política” o una “comunidad periodística”. La oposición irreductible de intereses y de visiones está en la base misma de la pluralidad constitutiva del campo político. Porque la política es el espacio de un conflicto que se refiere precisamente a la condición y la interpretación de los hechos.

Tetriakov soñó con un “periodismo por abajo”, que rompería el corporativismo de la “casta estética” en beneficio de un “gremio literario” y de una “literatura del hecho”, producida por “escritores factuales”. Brecht afirmó también no tener nada que esperar de los “Tolstois rojos”, porque “nosotros tenemos nuestra epopeya: el periódico”. Pretendiendo barrer las viejas jerarquías del espíritu y de las letras, estos enunciados traicionan la nostalgia de una pequeña producción del escrito. Juegan con la ilusión, extendida entonces en el movimiento socialista, de un decaimiento rápido del arte en beneficio de una literatura proletaria. Buscaban las fuentes de una renovación en la experiencia de las octavillas y de los boletines de empresa, de los corresponsales obreros, de la prensa sindical o partidaria. Apostaron por las cien flores de una “información por abajo”, destinada a lectores que serían a su vez redactores y actores.

En la era de la concentración de capitales, la prensa militante no ha dejado de perder terreno en beneficio de la empresa de prensa. *L’Unita* se acabó. *L’Humanité* está en situación precaria.

¿Cómo celebrar las virtudes del pluralismo y alabar los méritos del espacio democrático, aceptando −competencia mercantil obliga− estas desapariciones? ¿El mundo está en venta? ¿El mundo es una mercancía? ¿Debe beneficiarse la cultura de una situación de excepción para poder escapar al apetito de los comerciantes del Templo? ¿Y el periódico? ¿Qué ocurririría en una democracia sin partidos, y sin medios de expresión independientes del poder del dinero?

La figura tutelar de Albert Londres es emblemática de una época del periodismo crítico, la de los Tintin y los Rouletabille, la del reportero independiente e intrépido, hermano gemelo del aventurero y del detective solitario. En la época del crimen organizado, los Sam Spade y los Marlowe se han fundido en la maquinaria burocrática de la policía científica y de los servicios estatales especiales. Perviven algunos islotes de periodismo a la antigua. Su supervivencia es tan reconfortante como las confituras o las mostazas a la antigua. Pero el periodismo multimedia es ya una gran empresa capitalística y un aparato ideológico de mercado.

La escuela y la prensa son constitutivas de la democracia representativa y de la ciudadanía moderna. Ambas han contribuído a trazar nuevas particiones entre esfera pública y esfera privada. Con la aparición de las nuevas técnicas de comunicación y el dominio creciente de los mercados sobre la política, su función crítica se marchita en beneficio de una función apologética o de un papel de entretenimiento. También el reparto entre lo privado y lo público evoluciona, siguiendo un doble movimiento de privatización del espacio público de un lado, y de espectacular exposición de la vida privada del otro. Por ello la cuestión de la ética del periodismo se vuelve hoy tan pasional. De igual manera que la inflación del discurso ético compensa la difuminación de lo político, y la retórica de la “guerra ética” ennoblece la guerra a secas, esta ética profesional, por bienintencionada que sea, no conseguirá contrabalancear las fuertes tendencias de la comunicación mercantilizada.

Al igual que la escuela, amenazada también por la lógica mercantil, la prensa continúa cumpliendo funciones contradictorias. Al mismo tiempo que contribuye a reproducir la división social del trabajo y las relaciones de dominación (entre clases y entre sexos), la escuela transmite un saber socializado y forma la futura fuerza de trabajo. En nombre de esta contradicción siempre rechazamos, después de 1968, tanto la utopía pedagógica de la escuela liberadora como la ceguera izquierdista que predica la destrucción de la escuela en nombre de la lucha contra el encuadramiento escolar. En tanto espacio en conflicto, dividido entre misiones contrarias, hay que defender la escuela pública. De igual manera, la institución mediática cumple una doble función, de información necesaria para la vitalidad del espacio público por una parte, de reproducción y de difusión de la ideología dominante por otra. Por eso es una cuestión de principio la defensa incondicional de su diversidad, de su independencia relativa, de su libertad contra toda censura.

Más allá de las similitudes entre estas instituciones y estos campos, hay sin embargo una diferencia esencial. La escuela es (todavía) un servicio público. El saber que transmite y que circula por ella no es (todavía) mayoritariamente una mercancía. En cambio, los grandes aparatos mediáticos son empresas privadas que producen mercancías destinadas a un mercado y a consumidores. Los alumnos y estudiantes no son (todavía) clientes de la escuela o de la universidad. Si se aplicase a la educación los criterios de la competencia, de los índices de audiencia o de la curva de ventas, haría mucho tiempo que la filosofía habría desaparecido de los programas (y no está excluído que eso vaya a ocurrir). Esta diferencia ha permitido, en plena reacción liberal de los años ochenta, que subsistan en la universidad enseñanzas e investigaciones críticas sobre las lecturas del *Capital*, cursos de Deleuze, seminarios de Badiou o de Derrida. Estos estudios, que dan lugar a títulos reconocidos, nunca habrían sobrevivido, por falta de rentabilidad, a una lógica mercantil, a no ser, tal vez, bajo la forma de un lujo entregado a los caprichos del mecenazgo ilustrado.

El desmembramiento del periodismo entre su misión de información y los juegos de opinión es una vieja historia. Durante nuestro interrumpido diálogo, Edwy Plenel me señaló cómo la escena del *Juramento del Juego de pelota*, inmortalizado por David, muestra dos tipos de

periodistas. Instalado en medio de los diputados, Barère redacta su crónica diaria, subtitulada simplemente *Selección de lo que pasó la víspera en la Asamblea Nacional*. Subido a las gradas, de espaldas a la sala, Marat redacta su *Amigo del pueblo*. Uno representaría al sobrio periodismo factual del informe objetivo; el otro al periodismo militante y polémico. Barère estaría en el centro de la acción. Marat, en el voladizo, en la ventajosa postura del pasador de fronteras, entre la muchedumbre que ruge en el exterior, y el interior solemne de la institución.

¿Barère en el centro de la contienda y Marat a distancia?

La interpretacion depende de cómo se percibe la escena de la acción: la relación entre la calle, que quiere decir su palabra, y el recinto donde se atrinchera el poder. Barère y Marat no simbolizan entonces dos concepciones ideales de un oficio, sino dos políticas enfrentadas.

NOTAS CAPITULO 13

1. Por analogía con lo que Péguy denominaba el “partido intelectual”.

2. *L’Allumeur du Belvédere* era el periódico de los alumnos del instituto Bellevue, en Toulouse. Entre 1962 y 1964 fui uno de sus animadores, junto a Jean-Paul de Gaudemar, entre otros.

3. El nombre recuerda al órgano del Komintern, *Internationale Presse Korrespondenz*.

4. Destinado a la colección “Conversations” de ediciones Textuel.

5. Ver Jules Vallès, *L’Argent, par un homme de lettres devenu homme de Bourse*. En la misma época, Jean Richepin describía al periodismo como una “Bolsa de las letras”. Preocupaciones análogas se pueden encontrar en Maupassant o en Zola.

6. Sobre la distinción entre “crítica social” y “crítica artista”, ver Luc Boltanski y Ève Chiapello, *Le Nouvel Esprit du capitalisme, op.cit*.

7. Jacques Bouveresse, *Shmock ou le Triomphe du journalisme*, París, Seuil, 2001.

8. “Esta estructura se muestra de la manera más grotesca en el periodismo, donde la propia subjetividad, el saber, el temperamento, la facultad de expresión, se convierten en un mecanismo abstracto, independiente de la personalidad del redactor: la falta de convicción de los periodistas sólo se puede comprender como punto culminante de la reificación capitalista”, escribe Lukács en *Historia y Conciencia de clase*. El periodista escenificado por Arthur Schnitzler en *Los Periodistas*, redactando simultáneamente dos versiones contrarias de la misma actualidad para dos periódicos competidores, es la caricatura de este proceso de abstracción mercantil, por el que el periodista se vuelve órgano y apéndice del periódico que cree hacer.

9. Expresados, tanto en los Estados Unidos como en Francia, por el éxito de una crítica condenatoria, por las altas tiradas de los panfletos de Serge Halimi sobre *Los Nuevos Perros guardianes*, o de Pierre Bourdieu *Sobre la televisión*, por los conflictos editoriales sobre la evolución de *Le Monde*.

10. Ver la experiencia de *La Gaceta Renana*, que Marx dirigió en 1842. Es interesante señalar cómo, en otro período de transición, el periodismo sirvió de salida de emergencia de la institución y de pasarela entre filosofía y política, tanto para Nizan como para Politzer.

11. 1. El primer deber del periodismo es la verdad. 2. Tiene ante todo un deber de lealtad hacia los ciudadanos. 3. Tiene por esencia el deber de verificación. 4. Sus actores deben velar por preservar su independencia respecto a aquellos a quienes deben tratar. 5. El periodismo debe ser un atento vigilante independiente del poder. 6. Debe constituir un foro para la crítica pública. 7. Debe tener la preocupación por una información comprensible y proporcionada. 8. Sus actores deben poder utilizar su cláusula de conciencia, etc.

12. Bouygues es TF1 y LCI. Lagardère está presente en *Europe 1*, Hachette, *Le Journal du dimanche, Paris Match, Le Monde*; Vivendi en Canal+ y en M6; L’Orèal en *Marie Claire*; Louis Vuitton en *La Tribune*; los Chargeurs reunidos en *Libération*. Estos inversores no son, propiamente hablando, filántropos desinteresados.

13. *Die Fackel*, nº 613-621, 1923.

14. Tras la Gran Guerra, Valéry sentía la misma necesidad, pero añadía prudentemente la cuestión que incomoda: “¿Pero qué es un hecho?”

Alguna vez será

"La deseabilidad de la revolución es hoy día problemática."

Michel Foucault, 1977

A comienzos del siglo, las palabras comunismo, internacionalismo, lucha de clases, parecían poder alumbrar el futuro con su antorcha luminosa. En *El Camión*, Marguerite Duras se lamentaba de su oscurecimiento. Ante la prueba de las desilusiones, habían perdido su brillo por el camino. Desde 1977, Michel Foucault dudaba sinceramente de que la revolución siguiera siendo "deseable". Al año siguiente, después de la división y el fracaso electoral de la izquierda, esta duda se extendió entre unos treintañeros sesentayochistas, confrontados a una "entrada en la vida" (profesional), diferida el mayor tiempo posible.

Algo se resquebrajaba y se rompía, bajo el impacto del crepúsculo maoísta, el desgarramiento indochino, el reflujo social en Europa, el marchitamiento de los claveles portugueses, el establecimiento de la monarquía española, el asesinato de Aldo Moro en Italia, la elección de Karol Wojtyla al papado, la revolución islámica en Irán. *Liberación* se volvía "Liberalización". El efecto Solzhenitsyn, orquestado por los nuevos filósofos, simbolizaba este cambio. Para nosotros, que habíamos leído a Víctor Serge, Anton Ciliga, Trotsky, David Rousset, o Kravtchenko, el *Archipiélago Gulag* (y más aún los *Relatos de Kolyma*, de Chalamov) fue la confirmación de un desastre, no su revelelación.

La interrupción de *Rouge diario*, en enero de 1979, selló simbólicamente el final de una época y dio la señal para la diáspora militante. En Italia se abría la ápoca mortífera de las desvinculaciones y los arrepentimientos. La insurrección sandinista victoriosa de julio de 1979 consiguió sin embargo reavivar las brasas y recalentar durante algún tiempo los destemplados entusiasmos. Esta reanimación no tuvo mucha fuerza ante la contrarreforma liberal en marcha en Inglaterra y los Estados Unidos.

En Francia, tras veinte años de reinado exclusivo de la derecha, el mitterrandismo abría las carreras a los apetitos de promoción generacional. Encantados de poder portarse bien al fin, después de haber hecho demasiado el tonto, los decepcionados del maoísmo se reciclaron en el anticomunismo militante, con la excusa de defendsa de los derechos humanos y de una cruzada democrática contra los peligros totalitarios. Otros se dedicaron a las templadas delicias del "pensamiento débil". Habíamos crecido bajo el compromiso social de los Treinta Gloriosos y nos encontrábamos ahora sumergidos brutalmente en la helada ola de reacción liberal.

En sus *Confesiones de un hijo del siglo*, Musset se refería a ese no-sé-qué, vago y fluctuante, que durante la Restauración acompañó el incierto tránsito entre un pasado caduco y un futuro indescifrable. Una generación desencantada atravesaba la época, "acurrucada bajo la capa de los egoísmos". A falta de grandes promesas y de grandes esperanzas, en "la espantosa mar de la acción sin objetivo", era la hora de los placeres menudos y las pequeñas virtudes. También Heine, al llegar a París en 1832, se burlaba de los "antiguos apóstoles que soñaban con la edad de oro para toda la humanidad y se han contentado con propagar la edad de la plata" (el diinero): "¡El mercantilismo estalla de júbilo, se alboroza el egoísmo, y los mejores hombres deben llevar luto. Es la contrarrevolución. Reina ahora el terror del término medio!".

Enfrentados a las restauraciones liberales y al terror mitterrandiano del término medio, ¿también nosotros íbamos a naufragar en ese siniestro mar en calma sin horizonte de esperanza? Tras haber soñado con epopeyas y aventuras heroicas, ¿íbamos a sucumbir a la trampa de los espejismos y las apariencias, ser reducidos al minimalismo y a la miniatura postmodernas?

Los escritos póstumos de Louis Althusser rememoran los años setenta como aquellos en que quedó abolido un "universo de pensamiento". Hay sin duda una relación dolorosa entre este hundimiento de un mundo y la tragedia doméstica del 16 de noviembre de 1980, cuando el maestro estranguló a su compañera. Apoyado en otra visión de la historia, alimentado con una herencia diferente, nuestro universo no se desplomó. Pero fue sometido a dura prueba. La crisis era triple: crisis teórica del marxismo, crisis estratégica del proyecto revolucionario, y crisis social del sujeto de la emancipación universal. En un atroz desastre intelectual y moral, se multiplicaron los adioses: adiós a las armas, al marxismo, a la revolución, al proletariado. Apeados de las rutilantes locomotoras de la historia, los pasajeros veían alejarse la esperanza, con un sorber de mocos y un ahogado concierto de resoplidos.

Qué triste estaba mi corazón, en ese triste andén de estación…[1]

¡Sacad los pañuelos!

La brutalidad de la bifurcación aparece con claridad en el caso de Foucault. Volviendo en 1978 de un viaje a Japón, declaró al marxismo herido por una crisis indiscutible, incrustada a su vez en otra crisis todavía más amplia, la del pensamiento occidental y del concepto moderno de revolución. En flagrante contradicción con su preocupación por pensar lo múltiple y pluralizar los fenómenos históricos, sociales, ideológicos, pretendió instruir el proceso del marxismo (¡en singular!). Lo condenó en bloque (y como mayorista), sin precisar si se trataba específicamente del marxismo ortodoxo −de partido o de Estado. De esta manera, ignoró altivamente el tumultuoso *mascaret*[2], con sus corrientes cálidas y sus corrientes frías. Al reprochar a una tradición considerada marxista el haber confundido demasiadas veces un pronóstico histórico (apoyado en una necesidad mecánica) con una profecía estratégica o de resultados, ponía sin embargo el dedo en lo más sangrante de la llaga.

Aún reconociendo a los trotskistas el mérito de un "trabajo considerable" sobre la cuestión de la burocracia y de la Unión Soviética[3], Foucault proponía dar la vuelta a la cuestión habitual: interrogar al marxismo a partir del gulag, en lugar de interrogar al gulag a partir de Marx y de Lenin. Sin tratar a Marx como un pensamiento agotado, pretendía sólo aligerarlo de "la dogmática del partido que lo ha esgrimido y encerrado durante tanto tiempo". Este programa de búsqueda, al encuentro de un Marx sin ismos[4], ha dado después muchos resultados valiosos, en los terrenos más diversos.

En paralelo con las interrogaciones de Foucault, Lucio Colletti publicó en 1980 su *Declive del marxismo*[5]. Tomaba nota del "fracaso del salvamento althusseriano" del marxismo. El maoísmo sólo había sido, en su opinión, el último intento de pensar el cambio de sujeto revolucionario, en una época en que la creencia en la gran epopeya proletaria ya estaba agotada y los falsos ídolos chinos y soviéticos caían en añicos. En los años sesenta y setenta, la aparente hegemonía cultural del marxismo no habría sido, en realidad, más que una ilusión óptica, preludio de su crisis final. Renunciando a las promesas de la teodicea terrestre, Colletti predicaba una vuelta a Kant y a Kelsen, para quien la confusión entre hechos y valores, ciencia causal y teoría ético-política, fines y medios, constituía el pecado original (y mortal) del marxismo.

De una crisis a otra: detrás de la crisis del marxismo teórico, la crisis de la práctica y de la estrategia revolucionarias. Los escritos de Foucault en este período están muy impregnados del eclipse crepuscular de las expectativas. Por primera vez desde hace ciento veinte años, constataba con tristeza desde 1977, ya no había sobre la tierra "ni un solo punto del que podría brotar la luz de una esperanza". No había "más orientación", "ni un solo país socialista" del que todavía se pudiera decir: "Así es como hay que hacer". Foucault sacaba la conclusión de que "hemos regresado al año 1830, es decir que hay que recomenzar del todo". ¿Recomenzar? Sin duda. Pero no de cero. No a partir de nada, de una página en blanco o de una tabla rasa.

Siempre se vuelve a comenzar por el medio…

El siglo de los extremos ha tenido lugar.

No se podría borrarlo o ponerlo entre paréntesis. No se volverá a partir de 1830, de 1875 o de 1917, sin explicarse y sin saldar cuentas. Es “la edad de las revoluciones”, y no sólo tal o cual de sus avatares, lo que se ha vuelto problemático. Desde hace dos siglos, seguía diciendo Foucault, la esperanza revolucionaria “ha sobrevolado la historia, organizado nuestra percepción del tiempo, polarizado las esperanzas; ha constituído un gigantesco esfuerzo para aclimatar la sublevación en el interior de una historia racional y controlable”. La Revolución Francesa inauguró un nuevo paradigma de acción política, puso en escena a nuevos actores, introdujo nuevas legitimidades y nuevas representaciones, planteó nuevas ecuaciones estratégicas. Aunque Junio de 1848 y la Comuna de 1871 trazaron nuevas líneas de enfrentamiento entre clases, éstas seguían situándose, lo mismo que la revolución de Octubre, o la fallida revolución alemana, o la guerra civil española, en un mismo paradigma histórico.

A la vista de las derrotas y de las desilusiones, la cuestión no hace tanto tiempo planteada por Horkheimer se volvía punzante: “¿Es tan deseable, esta revolución?” [6]. A la luz de la revolución iraní, la cuestión para Foucault revestía un sentido nuevo. ¿Qué revolución es ésa que anuncia de inmediato su atributo específicamente islámico? ¿Qué ocurre, en el atardecer del siglo XX, con la relación entre revolución y religión? Era tentador −y nosotros no escapamos por completo a esta tentación− interpretar el proceso iraní de 1979 y el derrocamiento del Sha como la repetición de escenarios conocidos, con los imanes en el papel del pope Gapone en 1905. El primer acto religioso de la pieza sólo sería entonces un preludio al acto decisivo de la lucha de clases y a su feliz desenlace.

“¿Seguro que es así?”, preguntaba Foucault. En efecto, se trataba de otra cosa, no de una simple repetición. Tal vez del signo de que la “semántica de los tiempos históricos”, inaugurada por la Revolución Francesa, se deshacía a su vez[7].

El hundimiento de los horizontes de espera desembocaba en una inquietante postmodernidad: renuncia a los grandes relatos, resignación a la fragmentación del sentido, pérdida de perspectiva histórica, retracción de la temporalidad a un presente inmediato, deleite por lo efímero y el *zapping*, estetización de las revueltas[8]. Esta retórica postmoderna argumenta en base a las tecnologías de la comunicación, la fluidez de las redes, el desarrollo de los “inmateriales”, la disolución de los modos de socialización característicos de la modernidad. Pero su novedad no es tan absoluta como pretende. Desde la crisis de 1929, Paul Valéry declaraba abierta “la era de lo provisional”. Al quedar abolida la “superstición del día siguiente” (y su preocupación), estábamos condenados a volvernos “instantáneos”: “Todo nos parece tan precario y tan inestable en todo, tan necesariamente accidental, que hemos llegado a hacer de los accidentes de la sensación y de la conciencia menos firme, la sustancia de muchas de las obras”.

En este clima de renuncias, retractaciones y arrepentimientos, la revolución tendía a reducirse a una cuestión de deseo. Las máquinas deseantes de Lyotard o el “deseo de revolución” celebrado por Jean-Paul Dollé[9] aparecieron, al comienzo de los años setenta, como las primicias del “giro lingüístico” o cultural en las ciencias humanas[10], y del repliegue a la pura subjetividad deseante. Vagamente post-sesentayochista, y falsamente juvenil, este patético deseo de revolución desprende un perfume acre a flor marchita arrojada sobre una tumba. Las ganas sin más, eso es lo que queda cuando se agotan el impulso y el fervor de la primera vez: una veleidad sin voluntad, una avidez sin apetito, un capricho erótico o un fantasma de libertad. Una subjetividad sometida al sentimiento no práctico de lo posible.

Este deseo, que se obstina en creerse liberado de las necesidades, no es de hecho más que su reverso consumista. Porque la máquina deseante es ante todo una máquina de consumir, el reflejo invertido de la mercancía en el escaparate que capta con mirada incitante a la subyugada clientela.

La sustitución de la necesidad por el deseo es una vieja historia. Desde 1874, en los *Elementos de Economía* de León Walras, correspondía a la sustitución neoclásica del valor-trabajo por el valor-deseo. Según la subjetivización marginalista del valor, el objeto surgía del deseo. Para medir el valor, Charles Gide (el tío de André) proponía eliminar el término de utilidad, demasiado objetivo en su opinión, en favor de la “deseabilidad” (*sic*).

A final de los años setenta, la disolución de las necesidades en el ácido del deseo volvía a estar de moda. Desde 1972, Baudrillard afirmaba, en su "crítica de una economía política del signo", que "no tiene sentido una teoría de las necesidades". Rechazaba categóricamente la posibilidad de una teoría del "concepto ideológico" de necesidad. El librito de Georges-Hubert de Radkowski, *Los Juegos del deseo*[11], publicado en 1980, desarrolló una visión sofisticada de la inversión de la necesidad por el deseo. Proponía ponerse a "la escucha de este poder abisal del deseo" y de la manera como "nos trabaja". Apoyándose en el concepto de necesidad, la economía clásica habría errado el camino. Bajo su transparente simplicidad, este concepto vehiculizaría una "ambigüedad radical". La satisfacción de las necesidades no sería ninguna finalidad y no constituiría en ningún caso una razón de ser. La necesidad sería un "espectro alucinatorio", "perfectamente inútil", incapaz de explicar nada.

La necesidad, totalmente dedicada a la reproducción de lo mismo, y operando al nivel del mínimo vital, seguía Radkowski, sería "conformista, conservadora, contrarrevolucionaria", estaría del lado de la historia sufrida, y no de la historia actuada. No podría por tanto ofrecer un principio de transformación o de subversión, sino sólo un principio de sumisión y de adaptación al medio. El hombre de las necesidades sería en esencia un *homo oeconomicus*, una cáscara vacía, el hueco estéril dejado por una subjetividad perdida. El sujeto reencontrado se manifestaría, al contrario, por medio de una "nota falsa", al responder a la llamada de la carencia y a su insatisfacción fecunda: "Sólo es sujeto cuando surge el deseo que afloja las tuercas de la necesidad".

Se establece así una estrecha connivencia entre deseo y revolución. En la necesidad, todo sería rechazo de la alteridad y repetición de lo mismo: "Bienaventurada inocencia de la necesidad, impersonal, impasible, desinteresada, objetiva". El deseo, en cambio, estaría del lado de la falta, del pecado, de la transgresión. Al transformar una existencia sometida en existencia autónoma, sería esencialmente revolucionario, en la medida exacta en que desfataliza la necesidad del medio, y actúa como una fuerza de desadaptación. "Cambiaría la vida, cambiando de vida".

Este deseo liberador estaría sin embargo condenado a "avanzar enmascarado". La sociedad humana operaría con el deseo, pero sólo después de haberlo travestido en necesidad", naturalizado y domesticado, capturado en las redes de la disciplina económica.

Más allá de esta polémica contra la economía de las necesidades, Radkowski oponía a la crítica social una ontología o una teología del deseo. De manera a veces explícita, y siempre implícita, en su punto de mira estaba Marx.

Agnès Heller ha sido una de los pocos filósofos que han intentado explicitar una teoría de las necesidades a partir de Marx. Aunque juega "un papel oculto de primera importancia" en la crítica marxiana de la economía política, este concepto sigue estando mal determinado[12]. Está claro sin embargo que las categorías de la necesidad, múltiples en los textos de Marx, no son las de la economía política clásica, que confunden necesidad social y demanda solvente. Al contrario de lo que pretende Radkowski, esta necesidad historizada no es la marca de un resignado sometimiento a la necesidad natural de la reproducción simple. Aunque "la génesis de la especie es la génesis de las necesidades", estas se diferencian, a través de transformaciones y metamorfosis, en necesidades naturales, físicas y necesarias, y necesidades dinámicas socialmente producidas. Estas necesidades en movimiento no son ese deseo objetivado y petrificado, denunciado por Radkowski. Aunque no guste a los prejuicios del individualismo metodológico, se convierten, en cambio, en la expresión concreta del deseo socializado.

Determinada de esta manera, la necesidad no es una "pasión triste", incapaz de llenar una carencia irreductible, sino la pasión alegre de una revolución en permanencia. Trabaja el campo de los posibles para unir amorosamente el acontecimiento con la duración, las incertidumbres políticas con las determinaciones históricas. Destaca, sin plegarse a ellos, los límites de las categorías económicas, a las que desborda. La noción específica de "necesidad natural" se contenta con recordar las condiciones elementales de reproducción de la especie, y el imperativo ecológico de pensar los umbrales y los límites.

“Parte no fatal del devenir”, la revolución profana no responde a una dinámica compulsiva de los deseos, sino a una dialéctica subversiva de las necesidades. Responde al imperativo razonado de cambiar el mundo −revolucionarlo− antes de que se desmorone, con el estrépito de los ídolos de ceniza.

A partir de la Revolución Francesa, la idea de revolución estuvo asociada a las de aceleración, perfeccionamiento y progreso. Se convirtió en el nombre propio de los viejos sueños de un futuro mejor. Promovida a “locomotora de la historia”, embestía hacia el futuro con todo su poder metálico, hasta que su estampida maquinista se hunde en el descarrilamiento de los vagones de ganado.

A pesar de su reivindicada modernidad, esta revolución profana seguía nimbando al acontecimiento con un aura milagrosa. Fue necesario un paciente trabajo de secularización −siempre contrariado y sin cesar recomenzado− para pasar de la transcendencia sagrada (con su cortejo de tentaciones y de pecados) a la inmanencia trivial de las necesidades sociales. Siguiendo las experiencias y las pruebas, el proyecto político acabó por triunfar sobre el mito. La revolución acabó por descender del cielo a la tierra.

Ocurre como si ese movimiento de secularización estuviera hoy día agotado y amenazara con invertirse. La idea revolucionaria pierde su sustancia explosiva, en beneficio de una postura estética o ética, o de un acto de fe, o incluso de una valoración subjetiva de gusto. Desgarrada entre un imperativo categórico de resistencia sin perspectiva de contrataque y la espera de un improbable milagro redentor, entre un purificador peregrinaje a las fuentes y un deseo crepuscular de revolución conservadora. No es la menor de las paradojas ver a los neoconservadores liberales reivindicar la bandera del dinamismo y del movimiento, frente a una izquierda paralizada, inmóvil, y a su reformismo sin reformas. Si el “mejor de los mundos mercantiles” tuviera que seguir este curso, los ladrones de esperanzas habrían conseguido el *hold-up* [atraco] histórico perfecto.

No sólo el botín del siglo, sino de toda la historia.

Frente a esta contrarreforma, la esperanza revolucionaria se replegó, en los años ochenta, a una línea de resistencia estoica. La obstinación en no ceder, en no someterse a la fuerza de los hechos consumados, en continuar a pesar de todo, se pagó a veces con un fetichismo del acontecimiento, al que se espera como el *deus ex machina* de una historia desorientada. Quienes, como Alain Badiou, Jacques Rancière o Michel Surya, se negaron a abandonar el sentido de la corriente, a plegarse a las ráfagas de los vientos dominantes, y a cepillar la historia a contrapelo, no siempre escaparon a ello.

Pero lo que está ahora en cuestión no es tanto la necesidad de cambiar el mundo sino los medios para conseguirlo. La crisis del marxismo y el bloqueo de la idea revolucionaria llevan, “en última instancia”, al vacío dejado por la desaparición del gran sujeto mítico, al que André Gorz dijo su adiós, el mismo año en que Colletti proclamaba el declive del marxismo[13]. Muchos otros les siguieron después los pasos. Pero 1980 fue también el año del levantamiento obrero de Gdansk y de la huelga de los metalúrgicos de São Paulo, que tocó a rebato por la dictadura militar.

Ante el desmenuzamiento del granito proletario, Gilles Deleuze aconsejaba aprender a leer el “mapa variable de las masas”, por debajo de la reproducción de las clases y la simplificación binaria de su lucha. En vez de adioses al proletariado, se trataría en su opinión de una deconstrucción filosófica del gran sujeto clásico de la emancipación y del poder unificador de su razón soberana. También Foucault recordaba que el poder burgués había podido elaborar grandes estrategias “sin que le hiciera falta suponerles un sujeto”. Parafraseando a Althusser, avanzó la hipótesis de una “estrategia sin sujeto”[14]. El debilitamiento sociológico de la clase explotada no le llevaba a renunciar al concepto. Insistía en cambio en su alcance político y eficaz: “Los sociólogos reavivan el debate de nunca acabar sobre lo que es una clase. Pero hasta ahora nadie ha examinado ni profundizado en lo que es la lucha. ¿Qué es la lucha,

cuando se habla de lucha de clases? Lo que me gustaría discutir a partir de Marx no es el problema de la sociología de las clases, sino el método estratégico de la lucha" [15].

O sea, la lucha de clases concebida como concepto estratégico.

Con el patente declive de las "ciudadelas obreras" (la siderurgia lorena, los astilleros, las minas, la desindustrialización de Bilbao o de Liverpool), han ido ganando fuerza las categorías descriptivas que resucitan la imagen del pueblo llano precapitalista. A ello ha contribuido el populismo agrario, recuperado por Solzhenitsyn, así como el desempleo masivo y la experiencia de nuevas exclusiones y nuevas precariedades. Foucault fue reticente sin embargo al uso de la noción de plebe. Veía el peligro de convertirlo en el fondo permanente o la sustancia primera de una historia eterna, el foco nunca extinguido de todas las revueltas[16].

La contrarreforma liberal de los años ochenta ha reforzado la tendencia secular a una mayor división del trabajo, a una complejidad creciente de la sociedad, a una individuación individualista. La conciencia de pertenencias múltiples, complementarias o contradictorias, y el reconocimiento del "ser plural" han encontrado nuevos instrumentos de análisis en la problemática bourdieusiana de los campos sociales. Pero las clases sociales no se disuelven en el potaje postmoderno. Se transforman y se metamorfosean −como nunca han dejado de hacerlo por lo demás, de los tejedores silesios de 1844 y los sastres, ebanistas, joyeros, zapateros parisinos de 1848 a las fortalezas obreras de Billancourt o de Mirafiori, pasando por el minero de *Germinal* o el ferroviario de *La Bestia humana*.

La "condición obrera" no había desaparecido, constataban los sociólogos Stéphane Beaud y Michel Pialoux en 1999, tras una encuesta de diez años en la cuenca industrial de Montbéliard. Se había vuelto invisible. Los medios de comunicación y las ciencias humanas han contribuido a ello, desinteresándose de estas tribus en vías de desaparición, testigos de una época pasada. Los mismos que antaño exaltaban con lirismo al "proletariado rojo" se apresuraron a pronunciar su responso. Hicieron falta las huelgas del invierno de 1995, y la catástrofe electoral del 21 de abril de 2002, para que el mundillo autista se interesase de nuevo por estos mundos ocultos (y despreciados).

Pero más allá de los efectos de moda, se expresaba un legítima interrogante, sobre los agentes y actores de la transformación social, sobre su aptitud para subvertir el orden social establecido a pesar de los avasalladores sortilegios del fetichismo mercantil, sobre las condiciones actuales de las alianzas tácticas y de las convergencias estratégicas.

En una entrevista publicada en 1992 por *Le Nouvel Observateur*, Marguerite Duras afirmaba que la lucha de clases era en su opinión "el valor de izquierda" a restablecer con urgencia. Esta profesión de fe dejó atónito al entrevistador. Pero no le faltaba sentido político. En 1983, el giro a la austeridad preparó la irrupción en el paisaje electoral de la inquietante silueta lepenista. Los desenvueltos adioses al proletariado, la denigración de los perdedores (en una época en que se llevaban los ganadores modelo Tapie) sólo podía beneficar al renacimiento de populismos rancios.

Al denunciar la lógica de una "terrorífica solidaridad negativa", Hannah Arendt había comprendido bien cómo la mentira nazi de la comunidad *volkisch* respondía al "hundimiento de la sociedad de clases europea". La trasformación de las clases en masas fue, en su opinión, la precondición necesaria de la dominación total, porque los movimientos totalitarios son "organizaciones masivas de individuos atomizados y aislados". Esta atomización se expresa tanto en el plano social (por la represión, la individualización, la flexibilidad, la competencia generalizada) como en el plano discursivo (por medio de un trabajo sobre el vocabulario). También Walter Benjamin fue sensible al hecho de que la Alemania nazi se convirtiese en el país en que estaba prohibido nombrar al proletariado por su nombre.

Los "adioses al proletariado" no son sólo una discutible constatación sociológica. Contribuyen también a un desastre político y moral. Sobre los escombros de las solidaridades de clase, florecen pánicos identitarios, vínculos gregarios, mitos de los orígenes, sectas y tribus.

En el umbral de los años ochenta, estaba claro que la lucha final no sería para mañana, ni siquiera para pasado mañana. Frente a la triple crisis (teórica, social y estratégica) de las políticas de emancipación, cuando se extinguían las lamparillas del 68 y se alejaba el crepitar de las armas, había llegado el momento de (re)leer a Marx. No por la piedad de un eterno retorno a los textos fundadores, sino como un desvío necesario hacia nuestro presente, a través de caminos sgrestes, en los que podríamos cruzarnos con compañeros ignorados, descubrir escondidas afinidades electivas y desconcertantes atracciones astrales.

¿"Crisis de marxismo"? El "marxismo", dice Eustache Kouvélakis, es en sí mismo, constitutivamente, "pensamiento de la crisis" [17]. De la *Descomposición del marxismo*, diagnosticada por Sorel, a su *Declive* según Colletti, su historia es, de parte a parte, la historia de esta crisis. Empezó desde el momento en que al nombre propio de Marx se le encasquetó su sufijo doctrinario. Como se demostró en las grandes controversias estratégicas que agitaron al movimiento obrero en vísperas de la Gran Guerra, esta recurrente crisis no anunciaba una desaparición pura y simple, sino una arborescencia, una extensión rizomática, una puesta en plural. En respuesta a los desafíos de la época, tendencias opuestas no han dejado de disputarse su herencia.

La crisis de los años ochenta presenta rasgos comunes con las precedentes. Una vez más, el programa de búsqueda de Marx fue sometido a las dudas y a los interrogantes nacidos de un período de expansión y de transformación del capitalismo. Una vez más, las formas y las prácticas de los movimientos sociales fueron sometidos a la prueba de las metamorfosis del trabajo y de su organización. La singular profundidad de esta crisis tiene mucho que ver por tanto con el hundimiento de las sociedades y de las ortodoxias de Estado, presentadas durante más de medio siglo como la encarnación terrestre del espectro comunista.

El largo ayuno teórico del período estalinista agudizaron los apetitos. La caja de plomo de un marxismo oficial y la experiencia de las excomuniones inquisitoriales alimentaron el gusto por un pensamiento libre, cuyos precursores (demasiado) solitarios fueron los "grandes heréticos"[18]. Eustache Kouvélakis subraya el riesgo contrario, que la eclosión de "mil marxismos" conduzca hoy a una fragmentación o a una educada coexistencia de escuelas y de capillas, en un apacible paisaje consensuado del que habría desaparecido, por magia, la necesidad fecunda de crear diferencia. Jacques Derrida se preocupaba desde 1993, en sus *Espectros de Marx*, por esta tendencia a representar un Marx académico y asentado, contra un Marx revolucionario, y neutralizar por medio de la exégesis su llamamiento subversivo a la acción política.

En la bisagra entre los años rojos y los años grises, había llegado la hora, en 1980, de hacer un repliegue, geográfico y teórico, para escuchar a estos mil (y uno) marxismos, relatados hasta el alba por una Sherezade tan paciente como irreductible. Sin alejarse lo más mínimo del mundo de la acción inmediata, se trataba de hurgar de nuevo en las razones de una pasión, para reavivar mejor la llama; de pasar por la criba de la crítica los motivos siempre imperiosos para rebelarse; de marcar nuevas divisiones entre lo esencial y lo accesorio, la historia y la peripecia. Sin plan preestablecido, este trabajo de reconstrucción iba a abordar tres caminos, a veces paralelos, a veces cruzados, por lo que sería imposible decidir de antemano dónde acabarían por juntarse: el de un inventario de la herencia y de su pluralidad; el de la pista marrana y la razón mesiánica; en fin, el de un Marx liberado de las argollas doctrinarias que le han tenido tanto tiempo cautivo.

NOTAS CAPITULO 14

1. Leny Escudero, cantautor francés de origen vasco y gitano. Nacido en Sumbilla (Navarra) en 1934, sus padres republicanos tuvieron que refugiarse en Francia. Es muy conocida su canción "*Pour une amourette*" [*Para un ligue*], de la que está tomada la cita. (N de T)

2. El macareo es un fenómeno que se produce en algunas desembocaduras fluviales, cuando en la marea alta el mar entra con fuerza por medio de una ola única, con gran estruendo. También ocurre entre algunos ríos y sus afluentes, como la Garonne y la Dordogne, donde es conocido como "mascaret". (N de T)

3. Michel Foucault, *Dits et Écrits, op. cit*., p. 408. Pensaba probablemente en los trabajos del grupo *Socialismo o Barbarie* (Castoriadis, Lefort, Lyotard), o en el papel de Félix Guattari o Lucien Sebag en el entorno de *La Voix communiste* a finales de los años cincuenta.

4. Ver Francisco Fernández Buey, *Marx (sin ismos)*, Barcelona, Editorial Viejo Topo, 1998.

5. Lucio Colletti, *Le Déclin du marxisme*, París, PUF, 1980.

6. Michel Fouzault, Dits et Écrits, op. cit., p. 791 ("¿Inútil sublevarse?", *Le Monde*, 11 de mayo de 1979).

7. Ver Reinhart Koselleck, *Le Futur passé*, París, EHESS, 1990.

8. Para una crítica de las retóricas de la postmodernidad, ver Daniel Bensaïd, *Les Irréductibles*, París, textuel, 2000.

9. Ver Jean-Paul Dollé, *L'ordinaire n'existait plus*, París, Léo Scheer, 2001.

10. Sobre esta polémica, mal llevada en Francia, ver sobre todo: Fredric Jameson, *Postmodernism. The Cultural Logic of Late Capitalism* (Londres, Verso, 1992), *The Cultural Turm* (Londres, Verso, 1998) y *A Singular Modernity* (Londres, Verso, 2002); David Harvey, *The Condition of Postmodernity* (Oxford, Blackwell, 1991); Perry Anderson, *The Origins of Postmodernity* (Londres, Verso, 1998); Terry Eagleton, *The Illusions of Postmodernism* (Oxford, Blackwell, 1996); Alex Callinicos, Against Postmodernism (Cambridge, Polity Press, 1989); Ellen Meiksins Wood, *The Retreat from Class* (Londres, Verso, 1986); y Ellen Meiksins Wood y John Bellamy Foster (edit.), *In defense of History. Marxism and the Postmodern Agenda* (Nueva York, Monthly Review Foundation, 1996).

11. Georges-Hubert de Radkowski, Les Jeux du désir, París, PUF, "Quadrige", reedición, 2002.

12. Agnès Heller, *La Théorie des besoins chez Marx*, París, 10/18, 1978.

13. André Gorz, Les Adieux au prolétariat, París Galilée, 1980.

14. Esta observación mezcla imprudentemente dos cuestiones distintas. Por una parte, el uso mismo de la noción de sujeto aplicada al proceso histórico; por otra, una analogía estructural entre las revoluciones burguesas (o sencillamente de las condiciones en las cuales la burguesía desarrolla y establece su hegemonía) y las revoluciones sociales (en el que las clases oprimidas sufren los grilletes de la alienación y de la reificación mercantil).

15. Michel Foucault, *Dits et Écrits, II op.cit*., p. 606.

16. No hay "realidad sociológica de la plebe", escribía, sino un movimiento centrífugo: "La plebe no existe, pero hay plebe, esta parte de plebe…" (*Dits et Écrits, II, op.cit.* p. 421), El concepto de multitud popularizado por Toni Negri se reclama de la herencia de Deleuze y de Foucault (y, yendo más lejos, de Spinoza). Se sitúa en una formación discursiva en que la multitud es la nueva plebe del nuevo imperio.

17. Eustache Kouvélakis, en *Dictionnaire Marx contemporain*, París, PUF, 2001.

18. Trotsky, Antonio Gramsci, José Carlos Mariátegui, Karl Korsch, Ernst Bloch, el último Lukács, el último Althusser, y también Henri Lefebvre, Lucien Goldmann o Ernest Mandel.

E agora, Zé?

“En 1979, el mundo siguió cambiando, pero Billy no se dio cuenta.”

Dennis Lehane

Un último pote antes de la guerra

“Meus amigos foram as ilhas
Ilhas perdem o homem
Entretanto alguns se salvaram et trouxeram a noticia
De que o mundo, o grande mundo esta crescendo todos os días,
Entre o fogo e o amor.
Então, meu coraçao tambem pode crescer
Entre o amor e o fogo
Entre a vida e o fogo
Meu coraçao cresce dez metros é esplode.
−O vida futura! Nos te criaremos[1]“

Carlos Drummond

No hay regreso sin (largos) desvíos.

Ulises hizo una lenta experiencia.

En 1980, Europa entraba en una década mortífera. Las condiciones excepcionales que habían permitido el crecimiento de los “Treinta [años] Gloriosos” estaban agotadas. Desaparecía la base económica de los pactos sociales (keynesianos, populistas o burocráticos) de postguerra. En los Estados Unidos y en Inglaterra, el movimiento obrero sufría sus primeras grandes derrotas sociales. El advenimiento de Margaret Thatcher cerraba el turbulento capítulo abierto en 1968. Llegaba la hora de la contraofensiva liberal.

E agora, José?
A festa acabou,
A luz apagou,
O povo, sumiu
A noite esfriou
E agora, José?[2]

Empujada por los vientos alisios hacia orillas lejanas, donde antiguamente partían forajidos y capitanes, “ebrios de un sueño heroico y brutal”, la esperanza tomaba de nuevo los caminos del descubrimiento o del exilio. En Europa, se acababa el ciclo de esperanzas abierto por el 68. En América central, en cambio, parecía que los dados se habían vuelto a echar, antes de que se hubiera agotado por completo en el continente la fuerza propulsiva de la revolución cubana.

La victoriosa insurrección sandinista de julio de 1979 entreabría la estrecha puerta de los posibles.

América Latina tiene condiciones históricas y sociales particulares. A diferencia del mundo árabe, posee una larga tradición de resistencias campesinas, de luchas obreras, de levantamientos y de insurrecciones, que tienen su origen en las epopeyas de liberación nacional del siglo XIX. La amenazadora proximidad del "coloso del Norte" ha alimentado una conciencia anti-imperialista que apenas deja lugar a las ilusiones que han podido existir en Europa del Este sobre el papel liberador del Tío Sam. A pesar de un régimen burocrático cada vez más senil, la resistencia cubana al bloqueo *yankee* simboliza la continuidad de la epopeya bolivariana. En fin, la industrialización brasileña, la resistencia de los campesinos rebeldes a los efectos de la mundialización capitalista, las reivindicaciones de los pueblos indígenas, alientan poderosos movimientos sociales.

La onda de choque de los años ochenta no era imaginaria. La extensión de la revolución nicaragüense a Guatemala y El Salvador parecía cosa inminente en varios momentos. En Bolivia y en Santo Domingo hubo levantamientos populares. Entre 1980 y 1985, las dictaduras militares de Brasil, Uruguay y Argentina cayeron como fichas de dominó. La combinación de grandes huelgas obreras y revueltas agrarias en Brasil esbozaban nuevas relaciones de fuerza sociales.

Este impulso se quebró. Tras una guerra de diez años en América central, la doble derrota electoral, de los sandinistas en Nicaragua y de Lula en las elecciones presidenciales, cerró en 1989 esta prometedora secuencia. La guerra de "baja intensidad" de la "contra" nicaragüense con ayuda financiera y militar de los Estados Unidos, obligó a este pequeño país a dedicar más de la mitad de su presupuesto a la defensa. Los movimientos revolucionarios salvadoreños y guatemaltecos ya no debían enfrentarse sólo a obsoletas dictaduras militares, sino también a sofisticados consejeros militares formados por Israel o Taiwan. Siguiendo la doctrina preconizada por sus embajadores en Naciones Unidas, Jane Kirkpatrick o John Negroponte, los estrategas del Pentágono se dedicaron en adelante a evitar un nuevo ciclo de golpes militares, sosteniendo a las "democracias autoritarias".

A escala planetaria, el estallido del pretendido "campo socialista" transformó las relaciones geopolíticas, eliminando el imaginario gran patio trasero en el que, pese a todo, muchos revolucionarios latinoamericanos habían creído poder apoyarse. En Brasil, el Partido de los Trabajadores no sólo había desarrollado relaciones con Cuba, lo que era bastante lógico, sino también con Alemania del Este, donde sus cuadros realizaban de forma regular cursos de formación[3].

En el paso de los años ochenta a los noventa, la evolución de las coordenadas internacionales iba a arrastrar a la desmoralización y a la socialdemocratización de sectores de la izquierda, incluyendo a los componentes del Frente Farabundo Martí en El Salvador. La degradación de las relaciones de fuerza a favor de la hiperpotencia imperial se traducía en un proceso de recolonización continental, concretado después en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Alena), y más tarde en el plan Puebla-Panamá, en el redespliegue de la potencia militar estadounidense en el marco del plan Colombia, y en general en el proyecto de una gran zona de libre cambio de las Américas (Alca). El impacto de la mundialización liberal precipitó también una crisis de las burguesías y de las élites nacionales, que en las décadas precedentes habían sido ganadas a las perspectivas "desarrollistas"[4].

El levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994, el mismo día que entreba en vigor el Alena, fue sin embargo la señal de un nuevo ciclo de luchas, marcado por la emergencia de nuevas figuras populistas (Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Gutiérrez en Ecuador), el levantamiento popular argentino de 2001 y 2002, la bancarrota financiera y moral de este país (alumno modelo para los doctores del Fondo Monetario Internacional), y la esperanza nacida de la victoria de Lula en las elecciones presidenciales brasileñas de 2002.

Visto desde Europa, el futuro en 1979 se anunciaba plomizo, a pesar del levantamiento de los trabajadores polacos. Apenas terminada la experiencia de *Rouge diario*, con el desastre financiero más o menos controlado, la izquierda ocupada en lamerse las heridas de sus divisiones, y mientras la crisis comenzaba a golpear duramente a algunos sectores industriales

(como la siderurgia, el textil o el sector naval), la dirección de la Liga me envió a la dirección de la Internacional, con la tarea prioritaria de seguir la naciente experiencia brasileña.

En enero de 1980, el primer viaje con estas nuevas funciones tuvo por destino Nueva York. Todavía seguía en vigor el famoso cuestionario de moralidad política para obtener visado. Aunque sabía de sobra que debía mentir respondiendo que "no" a la pregunta sobre la pertenencia a una organización comunista, por desafío respondí que "sí". El cónsul, incómodo, me recibió en su despacho. El mandato presidencial de Jimmy Carter tocaba a su fin. Era el momento de las inspiraciones líricas sobre los derechos humanos. Yo ironicé sobre el anacronismo de este delito de opinión. Educado, aunque muy azorado, mi interlocutor acabó por preguntarme directamente si era miembro del partido comunista. Declaré que había sido excluído desde hacía mucho tiempo, y que más bien podía ser considerado como trotskista. Pareció aliviado, pretendiendo que el adjetivo comunista significaba un vínculo con potencias extranjeras hostiles (Unión Soviética, China o Cuba), mientras que el trotskismo era una opinión política, ¡Me concedió un visado excepcional de quince días, con el pretexto de un viaje "comercial" con el objetivo de negociaciones editoriales!

Nueva York se encontraba entonces bajo el impacto de la toma de rehenes en la embajada americana de Teherán. La prensa y la televisión andaban desatadas. Descubrí una brutalidad mediática muy diferente a las educadas perfidias francesas o británicas. Además, la Unión Soviética acababa de invadir Afganistán. Nuestros camaradas americanos, con una determinación casi sacrificial, llevaban sistemáticamente la contraria a los discursos oficiales. Sometidos a un rodillo apisonador ideológico, tenían tendencia a adoptar la desafortunada fórmula de que los enemigos de nuestros enemigos serían necesariamente nuestros amigos. Así, con muchas agallas, ostentaban a contra corriente (¡eso es decir poco!) *tee-shirts* en honor a la revolución iraní, adornados con la provocadora barba del ayatollah Jomeini. Era una postura valiente, sin ninguna duda, aunque políticamente discutible: en Iran, nuestros camaradas vueltos del exilio estaban ya presos y amenazados con la pena de muerte.

A nuestros amigos americanos, nuestras alambicadas críticas de europeos a la intervención soviética en Afganistan les parecían "*bullshiters*" [sandeces] de pequeño-burgueses que claudican ante la dura realidad del mundo. En virtud de la temible lógica binaria del tercero excluído, había que saber "escoger campo", decían. La determinación sin matices de la clase dominante y sus arrogantes simplificaciones tienden de esta manera, por un perverso juego de espejos, a reflejarse en la retórica de los oprimidos.

Aunque denunciábamos las intervenciones del imperialismo en la región del Golfo (sin prever, desde luego, las consecuencias retardadas veinte años después), nos negábamos a ver el menor aspecto progresista en la política soviética, motivada por intereses geoestratégicos regionales. Pero a fuerza de triquiñuelas, nos enredábamos en l alfombra afgana de las sutilezas dialécticas. Denunciábamos la intervención soviética como reaccionaria, pero añadíamos a continuación que el conflicto cambiaba de escala desde el momento en que las grandes potencias se enfrentaban por medio de tribus interpuestas. No se trataba sólo de una guerra civil afgana. La resistencia a la ocupación burocrática se engarzaba en la confrontación de potencias de la guerra fría. Interpretando muy mal algunos textos de Trotsky sobre la invasión de Finlandia por Stalin, nos negábamos a utilizar la consigna de retirada inmediata de las tropas soviéticas, que defendía una minoría de la Internacional[5].

Una reunión organizada por la Liga en la Mutualité me dejó el recuerdo más amargo de todas mis actuaciones oratorias. Un mítin es una especie de diálogo entre la tribuna y la sala. Lejos de dirigirse a una masa muda, el orador distingue rostros, cruza miradas en las que se pueden leer la aprobación o la perplejidad. A medida que me atascaba en los meandros de nuestra argumentación, sentí, aquella tarde, abatirse sobre la asamblea un velo de incomprensión. Por encima de las cabezas parecían encenderse y parpadear recalcitrantes signos de interrogación. Por primera vez desde el 68, no había verdadera conexión.

Era una señal que confirmaba que los vientos habían cambiado. Ya no éramos transportados por el aliento de la época. Por primera vez, nuestra generación malcriada, alimentada con los mitos progresistas de la postguerra, convencida de volar de éxito en victoria, debía aprender a cepillar la historia a contrapelo. Lo cual es, y no a la inversa, la condición ordinaria de la lucha revolucionaria.

… A noite esfriou

O dia não veio,

O bonde não vei,

O riso não veio.

Não veio a utopia

E tudo acabou

E tudo figiu

E tudo mofou

E agora, José? [6]

En marzo de 1980, aterricé en el aeropuerto de Río. El país estaba todavía bajo el yugo de la senil dictadura militar del general Figueiredo, un hombre que sentía tanta ternura por sus caballos como el emperador Calígula. Las huelgas obreras del año anterior, las veleidades de independencia de los sindicatos subordinados al Estado por medio de una ley del trabajo inspirada en la legislación mussoliniana, la creciente popularidad de un metalúrgico carismático del extrarradio paulista, anunciaban el final del régimen. Se abrían espacios democráticos. Renacía una prensa militante. Era un tiempo de claroscuros, entre semi-legalidad y semi-clandestinidad.

Ernest Mandel, siempre entusiasta, veía entonces a Brasil como la tierra de todos los renacimientos y de todas las esperanzas. El "milagro económico" de los años setenta había engendrado un proletariado industrial masivo y concentrado. El triángulo industrial del ABC (São André, São Bernardo y São Caetano) tenía más obreros que el legendario Ruhr. Muy atrás quedaban los 27.000 asalariados industriales (sobre todo en pequeñas empresas) del minúsculo Nicaragua. Este gigante social brasileño comenzaba a resoplar. Presionados por los movimientos huelguistas de 1978 y 1979, dirigentes sindicales calificados de "auténticos", por oposición a los "*pelegos*"[7] del sindicalismo oficial, estaban contemplando la creación de un partido de los trabajadores.

Brasil nunca ha conocido partido obrero de masas. El partido comunista había surgido más bien del nacionalismo revolucionario de los años treinta (simbolizado por la legendaria cabalgata de la columna Prestes[8]). Buscando una salida a la dependencia, jóvenes oficiales encontraron un modelo posible en el autoritario y burocrático desarrollo soviético. Bajo los regímenes populistas de los años cincuenta y sesenta, la vida política siguió dominada por los caciques regionales y sus prácticas clientelistas. A falta de partidos políticos modernos, el ejército y la Iglesia seguían siendo las dos grandes instituciones de dimensión nacional.

Una nueva izquierda radical, formada en la resistencia clandestina a la dictadura, emergía de las catacumbas, dividida políticamente y parcelada geográficamente. Constituía un mosaico de pequeñas organizaciones, en su mayor parte maoizantes o trotskizantes. La reactivación de las movilizaciones democráticas, el ascenso de las luchas sindicales, el renacimiento del movimiento estudiantil, la crisis agraria crónica, todo concurría a hacer converger a estos grupos en busca de una respuesta global a la crisis del país.

Armado con un inquebrantable racionalismo sociológico, Ernest veía en Brasil una especie de equivalente tropical de la Alemania bismarckiana, cuna del moderno movimiento obrero europeo. Estaba convencido de que podríamos desarrollar rápidamente una organización revolucionaria de varios millares de militantes. Al haber entablado amistades sólidas con los camaradas brasileños exiliados en Francia o en Argentina, y ser capaz de chapurrear en portuñol, yo era al parecer muy indicado para esta aventura.

Desembarqué por tanto en Río, con un gran saco de marinero en bandolera.

Nesta cidade do Rio

De dois milhões de habitantes,

Estou sozinho no quarto

Estou sozinho na America […]

De dos milhões de habitantes!

E nem precisava tanto…

Precisava de um amigo…[9]

En 1980, la antigua capital carioca ya no tenia dos, sino ocho millones de habitantes. Al descender del avión encontré no uno, sino dos amigos, João Machado y Joaquim Soriano. João, joven "crítico de la economía política" (y no economista, insistía), fan de Hegel y de Milton Nascimento, un *minero*[10] lacónico con barba de conquistador portugués, era el abogado convencido y convincente de la adhesión de la joven organización todavía sin nombre a la IV Internacional. Joaquim, astuto y hablador, con una barba hirsuta a lo Lula, *nordestino* lleno de entusiasmo, estudiaba agronomía en Río. Tomamos un desayuno matutino en un estudio de Copacabana, prestado por un simpatizante. Nuestra embrionaria conspiración no tenía nada de melancólica. Me enteré de que sólo teníamos tres camaradas en Río, uno de los cuales había sido liberado de la Liga durante su exilio en Francia. Esta relación de fuerzas abisalmente desfavorable no desanimaba a Joaquim. Enumeraba sin pestañear la cantidad de hercúleas tareas que nos esperaban: construir el Partido de los Trabajadores, construir una Central Unica de los Trabajadores, construir la sección brasileña de la IV Internacional. Comparado con nuestros desafíos históricos, el balzaquiano "¡entre los dos, a por París!"[11] no tenía envergadura.

Cuestión de escala, de espacio y de volumen

Era Brasil. Más que un país, un continente.

Dos años antes, nuestros camaradas habían creado, con aliados como Eder Sader y Marco Aurelio García, el periódico *Em Tempo*[12]. Ocupaban un pequeño local en el barrio estudiantil de Pinheiros, en São Paulo. El núcleo del grupo era originario de Minas Gerais, tradicional cuna de la política y de los políticos brasileños. El *minero*, como el normando, tiene fama de no estar "ni a favor ni en contra, sino todo lo contrario". De su región minera, nuestros camaradas habían conservado el verbo parco, acompañado de prudentes "tal vez" y de dichos populares elogiando la lentitud: "Cuidado con el cristo que es de barro…"

Las posibilidades eran ciertamente inmensas. Las precauciones, los plazos, los retrasos a la hora de tomar decisiones, muchas veces me exasperaban. Pero mis nuevos camaradas eran sabios. Procedentes de experiencias, de culturas regionales, de corrientes diferentes, evitaban concluir prematuramente sus discusiones con una votación, antes de haber buscado, tanto tiempo como fuera necesario, un amplio y paciente consenso. Esta práctica de democracia *bantú*, preferible a la democracia mayoritaria de las culturas parlamentarias, les hacía ganar en cohesión lo que perdían en tiempo.

Este pequeño equipo de *mineros* discretos y tenaces, caído en paracaídas en plena metrópoli paulista, era todo lo contrario de la carnavalesca exhuberancia atribuída a Brasil en la imaginería de Épinal[13]. Acostumbrado a reuniones donde se discute con aspereza para tomar la palabra, sus meditativos conciliábulos me desconcertaban. Podían quedarse en silencio durante largos minutos, atusándose doctamente sus perillas postcoloniales, mientras parecían buscar inspiración en las jeroglíficas grietas del techo. A veces temía que su silencio expresara una reticencia a hablar en presencia de un extranjero. El temor era infundado. Se trataba simplemente de un ritmo de pensamiento y de reflexión, muy preferible a la cháchara apresurada.

El grupo tomó el nombre de Democracia Socialista, en alusión al documento programático del mismo nombre, adoptado en 1979 por el 11º Congreso mundial de la IV Internacional. Estaba implantado sobre todo en Belo Horizonte y en Porto Alegre. El contraste entre las dos ciudades era llamativo. Los "gauchos" devoraban impresionantes *churrascos* y preferían el vino a la *guarana*. Raul Pont era el joven veterano e incontestado dirigente paternal del grupo. Descendiente de inmigrantes catalanes, con un gran corpachón y aspecto bondadoso, tenía una risa campechana. Se lo podía imaginar recorriendo las grandes extensiones donde pastan

los rebaños, con un humeante mate en la mano. Era la bondad generosa y la rectitud personalizadas. Militante desde los años sesenta de un pequeño grupo simpatizante de la Internacional[14], no se exilió durante la dictadura. Lula, que tenía tendencia a la demagogia obrerista en caso de desacuerdo, le atacó a veces en los primeros encuentros del PT, jugando al metalúrgico contra el intelectual. Sin éxito: Raul había conocido la prisión en una época en que Lula era todavía un dirigente sindical oficial tardíamente radicalizado, cosa que no dejaban de recordarle los impulsores de la oposición metalúrgica de São Paulo[15]. El futuro Presidente de la República nunca pudo ejercer sobre Raul el menor ascendente moral.

La acogida en Porto Alegre fue muy cálida. Descubrí que tenía una reputación inesperada en nuestro cenáculo militante. El artículo de *Partisans* sobre Lenin y Rosa Luxemburg, editado en portugués, figuraba entre los clásicos de formación del bolchevismo gaucho[16]. Raul y su compañera Éliane me llevaron a descubrir el puerto y el viejo mercado cubierto (todavía sin rehabilitar). Allí adquirí los utensilios indispensables para el mate, *calabassa* y *cimarao*. Raul hablaba con afecto de su ciudad, como si fuera su casa. No podía imaginar entonces que algún día sería su alcalde: ¿cómo pensar, recién salidos de las catacumbas de la clandestinidad, que la experiencia del presupuesto participativo se convertiría en una referencia mundial, y Porto Alegre en la capital simbólica de la resistencia a la mundialización mercantil?

En otoño de 1980 (que corresponde a nuestra primavera), la gran huelga de metalúrgicos de ABC anunciaba la muerte de la dictadura. Un domingo por la mañana, mi viejo cómplice Celso Castro, que fue también liberado de la Liga durante su exilio, me llevó a una asamblea de 80.000 trabajadores, reunidos en el estadio de São Bernardo do Campo. El talento de Lula como agitador popular era una maravilla. El arzobispo de São Paulo, dom Evaristo Arns, aportó su apoyo a los huelguistas abriéndoles las iglesias para organizar en ellas la solidaridad y la distribución de alimentos. Propuso a la multitud rezar por el éxito de la lucha. En ausencia de tradiciones propias en el movimiento obrero, este recogimiento colectivo equivalía a un juramento solemne. Fueron muy pocos los que, como nosotros, se abstuvieron de este acto de fe. Las banderas rojas y *La Internacional* aparecieron mucho más tarde, hacia los años ochenta.

El sábado por la noche, el pequeño mundo militante de la movida petista y del sindicalismo “auténtico” se reunía en el Paulistano da Gloria, una sala de fiestas con ambiente de los años treinta, donde músicos negros de punta en blanco tocaban sambas, generosamente regadas con cerveza y *caipirinha*. Entre dos piezas, circulaban los últimos chismes sindicales, y se esfumaban conjuras. En ese comienzo de década, Chico Buarque cantaba a dúo con Maria Bethania. Milton Nascimento honraba *Minas* y *Gerais*. Gal Costa recordaba en *India* un Paraguay melancólico. Egberto Gismonti jazzeaba músicas de circo. Rita Lee, con *Lança Perfume*, alzaba el estandarte del rock en el país de la bossa-nova. La maravillosa Ellis Regina, simpatizante del PT, hacía brotar las *Aguas de março*. Me gustaban los cabellos de maiz de Sivuca y las músicas nordestinas de Valdir Azevedo. No sé por qué sutil mestizaje africano, el áspero sonido sibilante de la lengua portuguesa se transformaba en caricias solares.

Un tal doctor Socrates hacía las delicias del equipo de los Corinthians. Simpatizante del PT, exhortaba a sus compañeros de equipo a la autogestión para resistir a la explotación de su fuerza de trabajo, impuesta por entrenadores-capataces. El Internacional de Porto Alegre (con los colores rojo y negro, en recuerdo de los emigrados libertarios italianos que fundaron el club) se lucía bajo la conducción de Falcao. Todo eso me recordaba mis emociones de joven recogedor de balones: en un memorable Téfécé–Botafogo, en el Stadium de Toulouse, tuve el privilegio de entrar en los vestuarios e impregnarme del olor a crema de alcanfor de los legendarios Didi y Garrincha, vencedores de la Francia de Kopa y Fontaine en la semifinal del Mundial de 1958.

A comienzos de los años ochenta, la Avenida Paulista, semejante a una Vía Apia a la gloria del capital, exhibía sus triunfantes sedes bancarias de cristales ahumados, como si allí, tras el vidrio y el cemento, se atesorase toda la plusvalía extraída de los barrios pobres y de los latifundios. Alguna raquítica villa colonial sobrevivía todavía, como una mala hierba en las grietas del asfalto, aplastada por toda esta pretenciosa modernidad. En contraste, en la Amazonía una multitud de *garimpeiros* con aspecto de harapientos esclavos egipcios ascendía al asalto del oro por los abruptos precipicios de la Serra Pelada. A miles de kilómetros de allí,

las nuevas pirámides de la Avenida Paulista se edificaban sobre el sudor y la sangre de los buscadores de este nuevo Klondike[17], donde abundaban los accidentes mortales.

En 1983, el país comulgó en el fervor a la muerte de Tancredo Neves, el primer presidente elegido tras la dictadura, muerto horas después de su investidura. El pueblo brasileño aprendió en esta ocasión a canturrear su himno nacional, cantado solemnemente por Fafa de Belém, envuelta en una inmensa bandera adornada con la divisa positivista que celebra el progreso dentro del orden (¡el orden ante todo!). Para familiarizarme con la lengua, pasaba mis momentos de soledad leyendo los *Sertaos* de Euclides da Cunha, siguiendo las "vías secas" y desoladas de Graciliano Ramos, perdiéndome en la exuberancia de Guimarães Rosa. Aprendí las historias de Tiradentes y de Antonio Conseilhero, la epopeya del gran Lampião y de Maria Bonita[18]: me recordaban los *Cangaceiros* de mi cineclub de barrio. Para comprender la mística popular y las raíces del famoso municipio de Canudos, que resistió al sistema decimal y a las criminales expediciones de la República positivista, me sumergía en *Cangaceiros e Fanaticos*, de Rui Faco[19].

Pasé horas y días charlando con grupos minúsculos, que emergían trabajosamente de su hibernación dictatorial, y siguiendo la prometedora eclosión del Partido de los Trabajadores. Fui a visitar en su vetusto local a Paulo Skromov, presidente del pequeño sindicato de los trabajadores del cuero. Trotskista de formación, formó parte del núcleo de dirigentes sindicalistas que iniciaron en 1978 la fundación del PT. Era un gigante de porte tranquilo. Recibía en su cafarnaún a obreros escuálidos y desdentados. Le ayudaba una especie de padre Joseph[20], un joven estudiante de insaciable curiosidad, arropado en una bufanda roja, que hablaba con la nariz mientras se bamboleaba de un pié a otro, como un rabino ante el Muro de las Lamentaciones[21].

A causa sin duda de la débil tradición estalinista, los prejuicios anti-trotskistas eran menores en Brasil que en muchos otros países. En la creación del PT, el carnet de miembro nº 1 fue reservado simbólicamente a Mario Pedrosa, el único latinoamericano que asistió en 1938 al congreso de fundación de la IV Internacional y que fue miembro de su dirección, al comienzo de la guerra, junto al jamaicano CLR James[22] y Max Schachtman. Un joven militante tipógrafo de Pernambuco, Paulo Roberto Pinto, llamado "Jeremías", fue también célebre por su papel en la formación de milicias campesinas. Asesinado el 8 de agosto de 1963 en una emboscada de latifundistas, su corta vida todavía se cantaba en las prisiones españolas en los años setenta:

> *Lo mataron en Tempe, latifundistas asesinos*
>
> *Cuando marchaba al frente de quinientos campesinos*
>
> *Camarada Jeremías, tu muerte será vengada…*

El Partido de los Trabajadores expresaba ante todo un gran sentimiento de clase. Su rápido auge expresaba el desarrollo de un masivo proletariado industrial, resultado del impetuoso crecimiento de los años setenta. Pero consiguió extender su implantación también al campo, gracias a las comunidades cristianas de base, influídas por la teología de la liberación. Federando a una miríada de grupos y de corrientes, su unidad y su cohesión se forjaron en torno al núcleo sindicalista inicial. En 1983, a excepción de São Paulo, donde obtuvo alrededor del 10% gracias al prestigio personal de Lula, el resultado electoral del partido pareció decepcionante: un 3% de media nacional. Algunos concluyeron prematuramente que el proyecto había nacido muerto. Con una perseverancia *gaucha*, Raul explicó en cambio que había que saber armarse de paciencia, valorar la falta de tradiciones partidarias en el país, vencer el enorme obstáculo que representaban los caciques locales y las relaciones clientelistas. Tenía razón. Nuestros camaradas estuvieron de acuerdo en que la construcción de su propia corriente estaba orgánicamente ligada a la del Partido de los Trabajadores, concebida no como una simple oportunidad táctica sino como una orientación estratégica. Se trataba de dotar a la clase trabajadora brasileña, por primera vez en su historia, de un gran partido de clase, pluralista y democrático. Las definiciones programáticas e ideológicas llegarían a medida que se hicieran experiencias colectivas.

La formación del PT llegaba sin embargo a contratiempo en el paisaje de la izquierda internacional. No sólo era contemporánea de la contraofensiva liberal en Europa y en América

del Norte, sino que precedía por poco a las primeras señales de desindustrialización en algunos países latinoamericanos. Esta “excepción brasileña” contribuyó a la influencia del PT sobre el continente, donde un nuevo movimiento social se recuperaba lentamente de las derrotas y de la represión ejercida por las dictaduras militares. Aunque la mayor parte de sus dirigentes fueron lógicamente influídos por la revolución cubana, el PT adquirió desde su origen una cultura pluralista transmitida por corrientes antiestalinistas. A diferencia de los partidos comunistas tradicionales y de muchas corrientes de la izquierda latinoamericana, tampoco interiorizó la caída del Muro de Berlín y el estallido soviético como un cuestionamiento de su propia historia.

Apenas diez años después de que el nuevo partido diese los primeros pasos, Lula se puso en cabeza en las elecciones presidenciales de 1989, aunque fue derrotado por muy poco por un efímero aventurero, Collor de Melo. Ese mismo año, los sandinistas perdieron las elecciones en Nicaragua. Este giro abría un período de redefiniciones para el partido brasileño.

Entre 1980 y 1990 estuve en Brasil de dos a tres veces al año. Comparando con la pesadilla argentina de los años setenta, la experiencia fue gratificante. Con mis nuevos amigos se estableció una especie de negocio militante equitativo. Yo llevaba mostaza a la antigua o *armagnac* local (preferible, desde luego, al coñac de exportación). A cambio, volvía con los últimos discos, *guarana* en polvo y *caxaça*. Joaquim intentó mejorar las miserables finanzas de nuestra joven sección. Me pidió que en cada una de mis visitas llevara un cargamento de *henna* (de moda, pero difícil de encontrar en Río). Luego la empaquetaba en saquitos para venderla a precio de oro en las playas de Copacabana y Leblon.

En 1985 me presentó a Isaac Axelrud, antiguo militante comunista y reputado periodista. Su utopía celeste había fracasado en 1956 con las revelaciones del informe de Kruschev. Pensó entonces en el suicidio. Como muchos otros judíos internacionalistas de vuelta del estalinismo, creyó poder recuperarse con una peregrinación a las fuentes. Esperaba encontrar en Israel un socialismo pionero. Allí se descubrió colono. Volvió entonces a Brasil con la resignación de un alma muerta. El nacimiento del Partido de los Trabajadores reavivó en él las brasas de la esperanza. Su encuentro con los camaradas de Democracia Socialista y la lectura tardía de Trotsky le permitió, según decía, dar sentido a su vida militante. Contaba su larga *Bildungsroman* [novela de formación] con sus ojos azules de niño eterno, agrandados por la curiosidad del mundo, la fidelidad y la inocencia. Fue uno de los primeros en darse cuenta de la importancia del naciente movimiento de los sin-tierra y en hacer una crónica para *Em Tempo*. A sus setenta y cinco años, partía temprano por la mañana, con el megáfono en bandolera, a la Rodoviaria de donde un incómodo autobús le conducía a las tierras ocupadas.

Isaac pertenece al círculo de esos militantes con quien nos une[23] una lealtad no negociable. En nuestro primer encuentro, me ofreció un librito, publicado el año anterior, sobre los orígenes del conflicto en Oriente Medio. La dedicatoria decía simplemente: “Camarada Daniel, si tuviera tiempo, lo escribiría un poco diferente”. Pero Isaac tenía prisa. Sentía llegar el fin de su vida irreprochable, tenía otras urgencias. La miseria de los sin-tierra no podía esperar.

En 1988 tuvo lugar en Porto Alegre una fiesta por los diez años de *Em Tempo*. La PT iba a conquistar pronto el ayuntamiento. Bajo el patrocinio de Raul Pont, tomó la palabra Olivio Dutra, antiguo líder del sindicato de empleados de banca, futuro alcalde y gobernador del Estado, así como Flavio Koutzii, nuestro viejo conocido, escapado del desastre argentino. El amigo mexicano Sergio Rodríguez[24] y yo completábamos esta tribuna de amigos. La noche continuó con *churrasco* y bailongo. Bailé *rocks* como para cortar el aliento con Neneca, la “negra” de La Plata superviviente también de nuestra tragedia porteña. Fue una especie de epílogo simbólico de la década.

A festa acabou…?

… E agora, José?

De 1990 a 2002 no volví a Brasil. Me contenté con seguir a distancia la evolución del PT, sobre todo tras el fracaso de la segunda campaña de Lula en 1994. Sólo volví a Porto Alegre en enero de 2002 y en 2003, para el segundo y tercer Foro Social Mundial. Desde mi primera visita en 1980, las cosas habían cambiado mucho. El PT administraba la ciudad desde hacía ya doce años. Raul había sido alcalde entre 1996 y 2000. Miguel Rossetto era vice-gobernador de Rio Grande do Sul. Jóvenes militantes cubiertos de chapas conducían con sonrisas cómplices a los visitantes a su oficina.

Después de las grandes derrotas sufridas por los pueblos latinoamericanos, el fervor campechano del Foro Mundial demostraba un vigoroso renacimiento de los movimientos sociales y la emergencia de un nuevo internacionalismo planetario, a la altura de los desafíos planteados por la mundialización capitalista. Porto Alegre se transformó durante una semana en capital mundial de las resistencias, erizada de pancartas y de banderas rojas. La universidad católica se transformó en un vasto *souk* [mercado árabe], con su intrincada red de tenderetes, talleres y seminarios. La propaganda más austera se codeaba con los productos del comercio justo, en un amontonamiento de camisetas y gorras, dominada por la efigie del Che. Abrumados por el calor húmedo, el campamento de la juventud reunía a unos veinte mil militantes venidos de América Latina, India, Japón, Europa, América del Norte, Corea del Sur… En el centro del campamento, una batería de ordenadores conectados a Internet, resguardados en un granero de adobe construído por campesinos ecologistas (asombrosa mezcla de modernidad tecnológica y de saber-hacer tradicional), formaba una torre de Babel electrónica tan activa como la sala de prensa oficial de las Naciones Unidas o de los Juegos Olímpicos.

Circulando por las recalentadas calles, se podía comprobar el orgullo de los taxistas, alabando la limpieza de su ciudad. Cuando pregunté maliciosamente a uno de ellos si se trataba de un ayuntamiento petista, me respondió: “¡Sí, pero PT de izquierda!”. Ya en confianza, le dije que conocía a Raul Pont. “*¡O Raul e um santo!*”, exclamó con devoción. Las cosas se torcieron cuando, creyendo halagarle, le hablé del talento de Ronaldinho. Al expatriarse a París, el ídolo local había traicionado a su pueblo. Era un tema tabú.

Con un tamaño comparable a Marsella, Porto Alegre está muy extendido (lo que plantea al ayuntamiento costosos problemas viarios), pero el centro de la ciudad es pequeño. Las decenas de miles de participantes en los foros no dejaban de encontrarse, en las cafeterías, los hoteles, los accesos al viejo mercado. Se sucedían alegres reencuentros, en los que flotaba un ligero perfume de último baile donde los Guermantes. Veinte o treinta años después, se encontraba a veteranos de muchos combates desesperados, a los supervivientes de campañas perdidas, también a resucitados de algún exilio ideológico. Con las cabezas más despobladas, las espaldas un poco dobladas, el pelo canoso, el paso menos alerta. Pero el corazón en su sitio, pese a las cicatrices del alma. Aquellos, al menos, no habían arrojado la esponja: los gauchos, Raul, Miguel, Lucio, Ubiratan, Tarsicio, y también los *globetrotters* de los años setenta, que han arrastrado sus rocinantes por mil caminos inciertos: Adolfo Gilly, Emir Sader, Flavio Koutzii, Hugo Blanco (descendido de su valle peruano de la Convención), Livio Maitan, Michel Warschawski, Tariq Alí, Luis Zamora, Armand Mattelart, Luciana Castellina… Se intercambiaban direcciones electrónicas. En este torbellino de revolucionarios no arrepentidos, los notables socialdemócratas tenían un aspecto triste. Se contentaban con apariciones furtivas, para poder decir que “estaban allí”.

En 2002 me encontré a Jean-Pierre Chévénement, escoltado por dos fieles: el periodista Philippe Cohen (un ex de la Liga) y mi viejo colega Sami Naïr, reciclado también al tricolor republicano. Yo estaba en compañía de Olivier Besancenot, un perfecto desconocido cuatro meses antes de las elecciones presidenciales de abril de 2002. Presenté a nuestro (todavía virtual) candidato cartero al comendador belfortiano, que caracoleaba entonces por encima del 10% en los sondeos y comenzaba a creer en su destino nacional. Desde su trono histórico, el republicano de las dos orillas nos tendió una mano condescendiente. Irritado por ese complejo de superioridad, le solté en tono bromista que estaba ante su última vuelta a la pista, mientras que cinco años después el joven cartero seguiría estando ahí. Era pura fanfarronada. Ni siquiera estábamos seguros de poder conseguir las quinientas firmas de electos requeridas para la candidatura de Olivier. Pero no pensaba que iba a acertar de ese modo. El 21 de abril de 2002, la curva ascendente de Besancenot se cruzó con la descendente del cachorro de león de Belfort. Sólo era cuestión de tiempo.

En enero de 2003, el ambiente del tercer Foro fue muy diferente al de 2002. El PT acababa de perder el gobierno de Rio Grande do Sul, mientras que Lula había ganado las elecciones presidenciales con más del 60% de los sufragios. En veinte años de marcha, no tanto tiempo a fin de cuentas, el metalúrgico de São Bernardo se convertía en el primer obrero presidente de América Latina. Su victoria era la del PT, partido surgido de la nada a final de los años setenta. Era también, en parte, nuestra victoria. El nuevo gobierno era un gobierno de coalición. Los petistas se aseguraron la mayor parte, pero estaban flanqueados por aliados molestos y comprometedores. Antiguos trotskistas (de la variante lambertista) figuraban en puestos clave en el primer círculo lulista: Antonio Palocci, ministro de Economía; el antiguo sindicalista Luiz Gushiken, ministro de Comunicaciones; Clara Ant, pionera del lambertismo brasileño, secretaria personal del presidente Lula. Y nuestro viejo conocido Luis Favre, el viejo compadre y cómplice de Jean-Christophe Cambadélis, vivía un gran romance con Marta Suplicy, la elegante alcaldesa de São Paulo. Nuestro camarada Miguel Rossetto asumía la pesada responsabilidad del Ministerio de Desarrollo rural y de la Reforma agraria, coexistiendo con un Ministerio de Agricultura atribuído a un representante directo de la gran propiedad rural.

Lo principal de la estancia estuvo dedicada a reuniones con nuestros camaradas brasileños, que se volvían a ver por primera vez después de la formación del gobierno. Para algunos, era todavía el momento de las ilusiones electorales, comprensibles por lo demás. Pero la ambigua victoria estaba llena de contradicciones. Aunque las luchas sociales urbanas se mantenían en sordina desde hacía diez años y el PT acababa de registrar derrotas inquietantes (entre ellas la pérdida de Rio Grande do Sul), Lula había ganado con facilidad en base a una campaña muy personalizada, gracias sobre todo al desgaste de los partidos burgueses. Para tranquilizar a aliados y mercados, había hecho una campaña moderada, dando garantías preventivas al Fondo Monetario Internacional, y rodeándose de personajes tranquilizadores para las empresas. Algunos camaradas creían ver en su gobierno una especie de doble poder institucional, entre los ministerios económicos y financieros (bajo influencia liberal) por un lado, y los ministerios sociales de la Reforma agraria, de la Ciudad, del Medio ambiente, por otro. ¿Un gobierno con dos cabezas y dos almas?

En menos de un año quedó claro que entre estas dos almas la relación era más que asimétrica. Prestigiosos intelectuales no tardaron en darle vuelta al slogan de la campaña presidencial que prometía la victoria de la esperanza sobre el miedo: el miedo vencía de nuevo sobre la esperanza.

Tras la clausura del Foro Social Mundial de 2003, nuestros camaradas organizaron, bajo el patrocinio de la fundación Axelrud, un seminario en el que intervinieron los invitados europeos[25] y latinoamericanos (bolivianos, argentinos, paraguayos, mexicanos), y también intelectuales brasileños, como el sociólogo Chico de Oliveira o el filósofo Paulo Arantes. La mayoría de los asistentes descubrió en esta ocasión la explosiva personalidad de “la senadora” Heloísa Helena. Aclamaciones, autógrafos, fotos de grupo: su llegada al foro no pasó desapercibida.

Senadora de Alagoas, en el Nordeste, Heloísa es militante del PT y de la tendencia Democracia Socialista desde comienzos de los años ochenta. Militante apasionada e intransigente, antigua (aunque joven) portavoz del grupo del PT en el Senado, se ha vuelto extraordinariamente popular en todo el país. Ante todo, por haber renunciado en 2002, cuando se le prometía la victoria, a ser candidata al cargo de gobernador de su Estado: se negó a asumir localmente las alianzas nacionales concluídas por el PT en torno a la candidatura presidencial de Lula. Es cierto que partidos que, vistos desde Río o desde São Paulo, parecen formaciones parlamentarias normales, están a veces ligados orgánicamente en los Estados del Nordeste a la oligarquía mafiosa. Desde la apertura de la sesión parlamentaria de enero de 2003, Heloísa se negó a ratificar el nombramiento del antiguo director del Banco de Boston a la cabeza del Banco Central. También se negó a votar, como le exigía la dirección del PT, al antiguo presidente José Sarney para la presidencia del Senado. En ambos casos, la dirección del partido le propuso abstenerse en el momento del voto, sin hacer declaraciones públicas. El compromiso fue divulgado por una prensa ansiosa de *boatos* [rumores]. Cuando Heloísa apareció en las pantallas de televisión, flanqueada por dos presidentes del PT, el antiguo y el nuevo, se quedó callada, pero dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Todo Brasil lloró con Heloísa.

Consagrada al partido al que ha contribuído durante veinte años a “hacer brillar la estrella”, Heloísa no se deja llevar por el claroscuro, las medias tintas, el arreglo consensuado de que está hecha la política. En su caso, diría Péguy, la política no ha eclipsado a la mística. Si falla, es por simplicidad. Afirma alto y claro pertenecer a la “tendencia Juana de Arco”, más que a la tendencia Galileo. Quiere tratar con las instituciones temporales, pero sirviendo primero las voces de su conciencia.

Oradora incendiaria, esta petrolera tropical sabe enardecer a las multitudes. Como la Juana de su altar íntimo, debe afrontar el grosero sexismo de los parlamentarios. Vestida siempre con unos vaqueros y una camiseta, en la sesión de investidura presidencial apareció excepcionalmente con un vestido rojo que le llegaba hasta las rodillas. Algunos senadores se burlaron indecentemente. Ella amenazó a un electo con ensartarle un cortapapeles. Esta marcial autodefensa hizo crecer su prestigio entre las mujeres, que tienen demasiada experiencia de las violencias sexistas[26].

En 2003, volví al país en tres ocasiones, una de ellas en julio, en compañía de Chico Louça. Como veintitres años antes, João Machado y Joachim Soriano vinieron a recogernos al aeropuerto. Hermosa fidelidad. La Avenida Paulista ya había perdido su soberbia. Sus pretenciosos edificios daban signos de decrepitud. Casi no se reconocía el Paulistano da Gloria (¿todavía existe?). Chico Buarque se hacía extraño. Las estrellas eran Los Tribalistas y Lenin. La voz sedosa de Maria Rita resucitaba la de su madre, Ellis Regina, prematuramente desaparecida. En el cruce de Ipiranga y de São João (cantado por Caetano Veloso), sobrevivía el viejo café Brahma, vestigio del São Paulo de comienzos de siglo donde Adoniran Barbosa cantaba el *Muro da casa Verde*, con una voz enronquecida por la *caxaça*. Al fondo del café, un pianista fatigado seguía desgranando en medio de la indiferencia la melancólica música de *Fascinaçao*. Se podía creer oir tararear al espectro de Ellis Regina:

Nos encontramos, sencillamente,

Y no hice nada para intentar gustarte,

Sin embargo te amo, con un amor ardiente

Del que nunca podré deshacerme…

¡Vaya canción hipócrita!

Desde luego que intentó gustarle. Y al revés.

También políticamente el país había cambiado. Lula residía en Planalto, donde antaño reinaban los generales. Desde 1994, sus consejeros en comunicación se habían dedicado a fabricarle una imagen respetable. Se acabaron el aspecto desaliñado y la barba guerrera. Los dirigentes de los sin-tierra llamaban irónicamente “transgénico” al presidente Luiz Inázio, que vestía ya a medida y llevaba la barba cuidada. Los extrotskistas de su entorno, apuntados al modelo liberal, iban también de punta en blanco.

Las discordancias de comienzos de año entre nuestros camaradas se habían apaciguado. Seis meses habían bastado para poner en evidencia la lógica dominante del gobierno: primero, estabilidad −vencer la inflación y tranquilizar a los mercados. Sólo después, según una imprudente fórmula presidencial, podría comenzar el “espectáculo del crecimiento”. Desde su trineo Papá Noel aplaude, y el mismo Dios se asombra por estos prodigios anunciados. En realidad, los tipos de interés récords, el objetivo de un astronómico excedente comercial, los compromisos concertados con el FMI, el pago de los intereses de la deuda, todo concurría a asfixiar la economía. No había un real en caja para la campaña “hambre cero”, para la reforma agraria o para inversiones públicas. Con gran alivio de los mercados, la continuidad triunfaba sobre el cambio.

El 15 diciembre de 2003, junto a otros tres parlamentarios, nuestra camarada Heloísa fue excluída del Partido de los Trabajadores, por 55 votos contra 27, oficialmente por no haber respetado la disciplina del partido durante el debate sobre la reforma de las pensiones. Este

veredicto concluyó un proceso de más de ocho meses. Al día siguiente del veredicto, muchos militantes exhibieron en señal de duelo una estrella negra en lugar de la estrella roja del PT. Renombrados intelectuales, petistas de primera hora, dieron públicamente un portazo al partido[27].

El sentido de estas exclusiones no es nada anecdótico. En un año de ejercicio del poder, el "*New PT*" ha atraído a cantidad de arribistas sin pasado militante y se ha transformado en la correa de transmisión de la política gubernamental, en lugar de representar con total independencia a los movimientos sociales ante un gobierno de coalición. La orientación general ha sido claramente neoliberal (nombramiento a la cabeza del banco central de un antiguo director del Banco de Boston, aceptación de la deuda, acuerdos con el FMI, compromiso sobre el Alca, reforma de las pensiones, tipos de interés astronómicos superiores al 20% de media anual, búsqueda obsesiva de un excedente comercial de 4,5%). En estas condiciones, el desempleo no ha dejado de crecer, ha aumentado el trabajo de los niños, y las grandes reformas sociales, como "Hambre cero", han quedado en punto muerto[28].

Como portavoz del grupo petista en el Senado, Heloíse había combatido en primera línea las políticas análogas de los dos gobiernos anteriores. No podía suscribirla para un gobierno petista, sin renunciar a sus opiniones. Cuestión de convicción o de conciencia.

Pequeño o grande, teológico o político, un proceso siempre es revelador del estado moral de una sociedad o de un grupo. De Sócrates a Jesús, de Juana de Arco a Uriel da Costa, de Louis Capet a Bujarin, ¿quién es el juez? Exorbitante poder de juzgar. Ante un tribunal de clérigos y de doctores, Juana tal vez llegó a preguntarse si de verdad no sería herética. A dudar de su causa. ¿Cómo pretender tener la razón sola, contra la Iglesia, contra el Partido?

¿Quién juzga? Del proceso de Juana al de Bujarin, siempre es la misma cuestión de la culpabilidad objetiva a los ojos de la razón de Iglesia o de la razón de Estado. En el tribunal de Dios o de la Historia, la disidencia es por fuerza una herejía, o una traición "objetiva". Apelar de la Iglesia visible a la Iglesia invisible, de la ley escrita a la ley no escrita, del partido a la clase, del Estado a la humanidad, es agravar el caso, añadir al delito de insumisión un imperdonable pecado de orgullo.

Frente al tribunal burocrático de la razón cínica, Heloísa sólo escuchó sus voces. Pero no recibió el juicio con indiferencia. Una exclusión sigue siendo una exclusión. Puedes ver destruída la obra de tu vida… Habrá que rebatir. Reconstruir un proyecto socialista y democrático. Recomenzar. Por el medio, desde luego, porque nunca se parte de nada.

En el momento en que están escritas estas líneas, no se puede predecir cómo evolucionará la experiencia del gobierno Lula. El reto tiene gran importancia. Si el país más poderoso del continente no es capaz, bajo un gobierno de izquierda, de hacer frente a "los *gigolos* del FMI", como les llama Heloísa, de emprender una reforma agraria radical, de soltarse la argolla de la deuda, ¿qué podrán esperar los bolivianos, los ecuatorianos, los uruguayos?

En el treinta aniversario del golpe de Estado de 11 de setiembre de 1973 en Chile, algunos medios de comunicación europeos se han atrevido a hacer un ejercicio comparativo entre "vía chilena" y "vía brasileña". Marco Aurelio Garcia, antiguo militante del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria en Chile y hoy día consejero personal del presidente Lula, declaraba en esta ocasión que "la principal lección" de la tragedia chilena sería que "un proyecto de transformación política requiere un sólido sistema de alianzas"[29]. Su comparación entre Salvador Allende y Lula concluía con ventaja para este último, que habría tenido la sensatez, antes incluso de la victoria electoral, de ganarse a los mercados y a los prestamistas internacionales, y de tranquilizar a los aliados nacionales y a la patronal. Marco Aurelio lamentaba retrospectivamente que la contemplada alianza entre la democracia cristiana y la Unidad Popular hubiese fracasado, como si la responsabilidad incumbiese a una "huída hacia delante" y a una radizalización irresponsables de la izquierda chilena.

Una memoria tan desfalleciente obliga a recordar algunas cosas. La Unidad Popular ganó las elecciones presidenciales del 4 de setiembre de 1970 con el 36,4% de los sufragios. Salvador Allende asumió sus funciones el 4 de noviembre del mismo año, después de que la mayoría parlamentaria demócrata-cristiana hubiese condicionado la investidura al doble compromiso de

respetar la propiedad y de no tocar al ejército. Habiendo iniciado la reforma agraria, la Unidad Popular ganó las elecciones municipales de abril de 1971 con el 50% de los votos. Inmediatamente después nacionalizó las minas de cobre, de donde el país obtenía el 80% de las divisas.

En junio de 1972, las negociaciones entre la Unidad Popular y la democracia cristiana sobre la delimitación de los tres sectores de la economía (mixta, privada, pública) se rompieron por iniciativa de la segunda. En agosto comenzó una huelga de la patronal de los camioneros y de los comerciantes contra el régimen. La prensa demócrata-cristiaa exponía su estrategia en términos crudamente militares: "¡Practicar la retirada estratégica, dejar al enemigo hundirse en medio del territorio amigo, paralizarlo y debilitarlo con una política de tierra quemada, cortarle sus retaguardias, y después pasar a la contraofensiva, cercarlo y destruirlo!". El 11 de octubre de 1972, se proclamó el estado de urgencia en veinticuatro de las veinticinco provincias colocadas bajo control militar. Esta "crisis de octubre" se solventó con la formación de un gobierno en el que hacían su entrada tres generales. La dirección del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) señaló entonces que "la incorporación de los generales al gabinete cambiaba sustancialmente el carácter del gobierno" y que "los partidos populares dejaban de constituir su eje político".

En marzo de 1973, la Unidad Popular seguía recibiendo el 44% de los votos en las elecciones legislativas, con gran pesar de la oposición que apostaba por el desgaste del régimen. El 2 de junio, un regimiento de blindados se levantó en Santiago. Allende llamó a los trabajadores a defender el gobierno y la central sindical les invitó a ocupar las empresas. Después del fracaso de ese "tankazo", las negociaciones entre la Unidad Popular y la democracia cristiana condujeron el 9 de agosto a la formación de un nuevo gobierno que incorporaba a los generales comandantes de las tres armas. El 18 de agosto, estos últimos abandonaron el gobierno, para volver obligados por la fuerza una semana más tarde. Se multiplicaron los allanamientos en fábricas y locales sindicales. Se intensificó la represión en el ejército contra los soldados antifascistas.

"¿Cuándo éramos más fuertes?", se preguntaba, a finales de julio, el dirigente mirista Miguel Enríquez[30]: ¿al día siguiente del *tankazo*, con la reacción a la defensiva, la derecha dividida, sus activistas obligados a esconderse? ¿o después del acuerdo de coalición con los militares, que obtuvieron a cambio la autorización para desarmar a las organizaciones de poder popular y la posibilidad de preparar el golpe de Estado en el seno mismo del gobierno?

Todavía el 4 de setiembre, 800.000 personas se manifestaron delante del palacio presidencial para celebrar el tercer aniversario de la victoria de la Unidad Popular. El 11 de setiembre fue el anunciado golpe de Estado de Augusto Pinochet. Salvador Allende encontró la muerte en La Moneda asediada.

Esta breve cronología recuerda que en varias ocasiones, la Unidad Popular intentó responder al sabotaje de la burguesía chilena y a los complots de la CIA (el Plan Cóndor, confirmado después por los archivos) por medio de una ampliación de sus alianzas hacia la democracia cristiana y la jerarquía militar. Después del golpe de Estado abortado en junio y la formación del gabinete de coalición con los militares, el secretario general del partido comunista, Luis Corvalán, se mostraba tranquilizador: "No hay ninguna duda de que el gabinete en que están representadas las tres ramas de las fuerzas armadas constituye un dique contra la sedición". Es verdad que el propio Corvalán había decretado, imprudentemente, que "conforme a la Constitución, el ejército no hace política" [31] (*sic*).

Estas alianzas pasadas como un nudo corredizo por el cuello de la Unidad Popular tuvieron desde luego como contrapartida concesiones en materia de orden público o reformas sociales susceptibles de desorientar a los medios populares y desarmar su vigilancia. Según Marco Aurelio García, la izquierda revolucionaria habría cometido entonces el error de "acantonarse en una posición errónea, queriendo constituir una alternativa absoluta en lugar de ser la componente crítica de la Unidad Popular". Este balance retroactivo tiene un valor de advertencia para el presente. Marco Aurelio sabe perfectamente, por haber sido miembro, que el MIR apoyó sin participar el gobierno de Allende, llegando a asegurar la guardia personal del presidente. Debe saber también que el MIR comenzó en 1972 a negociar su participación en el gobierno, pero que tuvo que renunciar ante las concesiones a la burguesía, las garantías al imperialismo, y el rumbo económico derechista, impuesto sobre todo por el partido comunista.

Ampliando el alcance de las lecciones chilenas, Marco Aurelio rinde homenaje a la lucidez del dirigente comunista italiano de aquella época, Enrico Berlinguer, que habría comprendido de entrada que "no se puede gobernar con una débil minoría". La tragedia chilena sirvió de pretexto a la izquierda respetuosa europea, para justificar el "compromiso histórico" italiano, la "unión de la izquierda" en Francia o el "pacto de la Moncloa" en España. Un cuarto de siglo más tarde, ¿cual es el balance? En Italia, el compromiso histórico ha desmovilizado el movimiento social, acumulado las frustraciones, preparado la burlesca consagración de Berlusconi. Sacrificando la alternativa social a las alianzas por la cumbre, los dirigentes de la izquierda gestionaria han evitado ciertamente el riesgo de golpe de Estado. Aunque al precio de un hundimiento en la crisis, de una capitulación a tumba abierta ante la contrarreforma liberal, del ascenso potencial de los populismos de extrema derecha y de la metódica autodestrucción de los partidos eurocomunistas.

El regreso a la experiencia chilena en forma de oración fúnebre desemboca en un paralelismo entre el modelo chileno y el modelo brasileño. El segundo, felizmente, no parece amenazado por un golpe de Estado militar en un futuro previsible. La experiencia de la dictadura es demasiado reciente. Y sobre todo, ni los poseedores brasileños ni el capital internacional se sienten amenazados hasta el punto de contemplar un recurso tan extremo. Apuestan más bien al desgaste y la descomposición de la experiencia[32].

Si la política liberal mantenida desde la entrada en función del gobierno continuara en la misma dirección, no sería imposible, por desgracia, que de aquí a algunos años el "modelo brasileño" aparezca retrospectivamente como un ejemplo de capitulación sin gloria. Las tribus indias del Quebec colgaban bajo sus tiendas, cerca de las ventanas, un objeto circular, como un tamboril adornado de plumas y de cuerdas, con una especie de rejilla en su centro. Era un atrapa-sueños. Sus redes debían rechazar los malos sueños y retener los buenos. El Partido de los Trabajadores es una especie de atrapa-sueños que, en contacto con el poder, se habría puesto a funcionar al revés, reteniendo los malos sueños y rechazando los buenos.

Ja nao dirao que estou resignado

E perdi os melhores días.

Dentro de mim, bem no fundo,

Ha reservas colossais de tempo,

Futuro, pos-futuro, pretérito,

Ha domingo, regatas, procissoes,

Ha mitos proletarios, condutos subterraneos,

Janela en febre, masses de agua salgade, meditaçao et sarcasmo.

Ninguem me fera colar, gritei sempre

Que se abafa un prazer, apontarei os desanimados,

Négociarei em voz baixa com os conspiradores,

Transmitireai recados que nao se usa dar nem receber,

Serei, no circo, o palhaço,

Serei as coisas mais ordinarias et humanas, e tambem as excepcionais […]

Tudo depende da hora

E de certa inclinaçao féerica,

Viva en mim qual um inseto[33].

José, e agora?

¿Y ahora?

NOTAS CAPITULO 15

1. “Mis amigos partieron para las islas / En las islas se pierden los hombres / Algunos sin embargo se salvaron y trajeron la noticia / De que el mundo, el inmenso mundo, está creciendo todos los días, / Entre el fuego y el amor. / Entonces, también mi corazón puede crecer / Entre el amor y el fuego / Entre la vida y el fuego / Mi corazón crece diez metros y explota. / ¡Oh, vida futura!, ¡Nosotros te crearemos!”

2. Carlos Drummond de Andrade, “José”, *Antologia poética*, Río-São Paulo, Editora Record, 2002: “¿Y ahora, José? / La fiesta terminó, / La luz se apagó, / El pueblo desapareció, / La noche enfrió, / ¿Y ahora, José?”.

3. Durante los días anteriores a la caída del Muro de Berlín, dos de nuestros camaradas de Democracia Socialista, la sección brasileña de la IV Internacional, estaban en un curso en Berlín Este, como militantes del PT. Vieron día a día cómo se descomponía la burocracia encargada de exponerles los misterios de la dialéctica, hasta acabar en una cascada de lágrimas.

4. En los años cincuenta y sesenta, la comisión económica de Naciones Unidas para América Latina (CEPAL) inspiró una teoría (“desarrollista”) del desarrollo basado en la intervención y en un cierto proteccionismo. A este reformismo de tipo keynesiano para países dominados se le ha denominado en ocasiones “cepaliano”.

5. Tariq Alí, Gilbert Achcar, Michel Lequenne, entre otros. La posición mayoritaria fue objeto de autocrítica en forma debida desde el año siguiente.

6. “La noche enfrió / El día no llega / El tranvía no viene / La risa no viene / No viene la utopía / y todo se acaba / Y todo huye / Y todo se pudre / ¿Y ahora, José?

7. *Pelego*: literalmente, tapete de silla (el tapete que se pone entre el lomo del caballo y la silla). En definitiva: un arrastrado. Es el nombre que se daba a los dirigentes sindicales que solían ser nombrados por el Ministerio del Trabajo, quien en virtud de la ley del trabajo podía suspender a un dirigente elegido y nombrar a un “interventor”. El presidente del sindicato metalúrgico oficial de São Paulo, Joaquim (o Joaquinzao) fue el arquetipo de este burócrata amarillo y mafioso en los años setenta y ochenta.

8. La “columna Prestes” fue un fallido movimiento democrático, entre 1925 y 1927, protagonizado por oficiales de baja graduación (el más significativo, el capitán Prestes, que acabó ingresando y dirigiendo el partido comunista brasileño). (N de T)

9. “En esta ciudad de Río, / De dos millones de habitantes, / Estoy solo en mi habitación / Estoy solo en América / ¡Dos millones de habitantes! / Yo no necesitaba tanto… / Sólo necesitaba un amigo…” (Carlos Drummond)

10. Originario de Minas Gerais.

11. “*À nous deux, París*”, exclama Eugène de Rastignac tras la muerte del padre Goriot (*La Comedia Humana*, Honoré de Balzac) (N de T)

12. Marco Aurelio García es hoy consejero especial del presidente Lula para política extranjera.

13. Imágenes populares que se hicieron muy famosas en Francia durante el siglo XIX. (N de T)

14. El POC, del que fueron miembros entre otros Raul Pont, Michel Löwy, Paolo Paranagua, Emir Sader, Marco Aurelio García, Celso Castro, Eduardo Merlino, Flavio Koutzii.

15. Entre ellos, Valdemar Rossi, el obrero designado para presentar el cuaderno reivindicativo de los obreros durante la visita del papa Juan Pablo II, o Vito Gianotti.

16. En el Foro Social Mundial de 2002, Lucio Costa me entregó como una reliquia un ejemplar multicopiado en brasileño de *Mayo 68, ensayo general*, que había pasado noches componiendo durante la clandestinidad.

17. Klondike, región del Yukon, en Canadá, conocida por la “fiebre del oro” (1896-1897). (N de T)

18. Tuve siempre cerca de mi escritorio una litografía de la pareja Lampião-Bonita, serigrafiada por presos.

19. Ver Mario Vargas Llosa, *La Guerra del fin del mundo*.

20. Padre Joseph: Joseph Wresinski (1917-1988), sacerdote francés y fundador del movimiento ATD-Cuarto Mundo, preocupado por la pobreza en las ciudades del primer mundo. Fue uno de los precursores de la Renta Mínima de Inserción. (N de T)

21. Zé Correa se convirtió poco después en uno de los dirigentes de Democracia Socialista y uno de los principales animadores del Foro Social Mundial desde 2001.

22. CLR James, revolucionario jamaicano, miembro del equipo dirigente internacional a final de los años treinta, autor del magnífico *Los Jacobinos negros*, sobre Toussaint Louverture y la revolución en Haití. Mario Pedrosa produjo una obra importante de crítica de arte. Ver *Mario Pedrosa e o Brasil*, colectivo, Editora Fundação Abramo, São Paulo, 2001.

23. Los camaradas brasileños, en homenaje, han dado el nombre de Isaac Axelrod a su fundación para la formación y la investigación.

24. Actualmente animador de la revista zapatista *Rebeldía*.

25. Francisco Louça, hoy brillante economista y diputado portugués, Christophe Aguiton, Janette Habel, Éric Toussaint, animador del Comité internacional para la abolición de la deuda del tercer mundo (CADTM).

26. Heloísa era en 2003 la mujer política más popular del país, por delante de la presidenta Marysa y de la alcaldesa de São Paulo, Marta Suplicy.

27. El sociólogo Chico de Oliveira,el filósofo Leandro Konder, el periodista Nelson Coutinho, el antiguo diputado Milton Temer. A través de la prensa, Heloísa recibió un amplio apoyo, desde el teólogo de la liberación Leonardo Boff al senador Eduardo Suplicy, pasando por el ensayista Emir Sader. Una petición internacional de protesta, firmada por personalidades como Noam Chomsky, Ken Loach y muchos parlamentarios y dirigentes sindicales o sociales, fue enviada a la dirección del PT. En vano. Triunfó la razón cínica.

28. En lo que se refiere a la Reforma agraria, por falta de créditos sólo se han establecido unas 15.000 familias de sin-tierra, de las 60.000 anunciadas. En noviembre de 2003, Miguel Rossetto, en presencia de Lula, hizo público el plan cuatrienal de Reforma, durante una marcha de los sin-tierra a Brasilia. El plan preveía la instalación de 400.000 familias hasta el año 2006, además de la viabilización de las tierras de otras 150.000 familias ya instaladas. Aún sin llegar a constituir una revolución de las relaciones sociales agrarias en un país de la dimensión de Brasil, esta reforma afectaría a unos dos millones de personas. Se ha anunciado la cuadruplicación del presupuesto del Ministerio. Queda por saber si, en un contexto de austeridad presupuestaria mantenida, se mantendrá el compromiso por parte del Ministerio de Economía y Finanzas.

29. Le Monde, 12 de setiembre de 2003.

30. Entrevista en *Punto Final*, 29 de julio de 1973. Desde la primavera, la LCR advertía contra la lógica sediciosa de la derecha chilena en un folleto titulado: “Chile: ¿socialismo sin revolución?”. Un nuevo folleto, de fecha 16 de setiembre de 1973, sacaba en caliente las primeras lecciones del golpe de Estado.

31. Entrevista con Luis Corvalán en la *Nouvelle Revue Internationale*, diciembre 1972.

32. Preguntado por los primeros meses del gobierno Lula, Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía en el 2001, antiguo director del Banco Mundial y antiguo consejero de Clinton en la Casa Blanca, declaraba (¡y él sabe de qué habla!): “Todo el mundo está a la vez contento y decepcionado. Contento de que los mercados hayan recuperado confianza en Brasil. Lula ha demostrado que podía gobernar como cualquier gobierno de derecha. Es un éxito. Esto significa que se evitarán los daños causados por los mercados financieros. Pero hay un riesgo: pensáis en complacer a los mercados financieros y ellos os dan suficiente margen de maniobra para haceros pensar que si tal vez les diérais un poco más… Y antes de que conozcáis verdaderamente la respuesta, ya han pasado cuatro o cinco años. Os echan del gobierno, los mercados financieros apenas están satisfechos −o siguen estando un poco gruñones− y vosotros no habéis tenido espacio para hacer aquello por lo que os han elegido” (Entrevista publicada en *Libération*, 26 de octubre de 2003).

33. “Ya no dirán que estoy resignado / Y que perdí los mejores días. / Dentro de mí, en el fondo, / Hay reservas colosales de tiempo, / Futuro, postfuturo, pretérito, / Hay domingos, regatas, procesiones, / Hay mitos proletarios, conductos subterráneos, / Fiebre en la ventana, masas de agua salada, meditación y sarcasmo. / Nadie me hará callar, gritaré siempre / Cuando se reprima un placer, animaré a los desanimados, / Negociaré en voz baja con los conspiradores, / Transmitiré mensajes que no se suelen dar ni recibir, / En el circo seré el payaso / Seré las cosas más ordinarias y humanas, y también las más excepcionales […] / Todo depende del momento / Y de cierta inclinación mágica / Que vive en mí como un insecto” (Carlos Drummond).

Los espectros de la casa azul

"¡Extraña y horrible curiosidad que fuerza a los hombres a dirigir sus miradas a las tumbas del pasado! Esto ocurre en períodos extraordinarios, al final de una época acabada, o inmediatamente antes de una catástrofe."

Heinrich Heine
Sobre Alemania

"Caminamos por este jardín del paraíso rodeados de fantasmas con la frente agujereada."

Natalia Sedova

"Espectros. Espectros atormentan estos lugares."

Malcolm Lowry
Bajo el volcán

Desde 1983, mantuvimos una reunión anual de las secciones y grupos simpatizantes en América Latina. Tenia lugar, alternativamente, en centros sociales en México y en conventos cercanos a São Paulo o Porto Alegre en Brasil. Allí se tejían sólidos vínculos políticos y amistosos.

Regadas con tequila o *caipirinha*, las distendidas reuniones se parecían a las veladas familiares: cada cual iba con su repertorio. Los mexicanos, con los ojos empañados, entonaban *corridos* llenos de amores desgraciados y corazones desgarrados. Una camarada americano-mexicana cantaba un *Summertime* que valía (casi) tanto como el de Janis Joplin. La palma se la llevaba Juju Guimarães, un *minero* sensible y ceremonioso. Después de hacerse rogar, para que no se dijera, preparaba la escena, evocando el cabaret de *Casablanca*, la elegancia de Bogart, el misterio de Ingrid Bergman… Y nos arrastraba en un torbellino de melancolía compartida.

As time goes by[1].

El comienzo de la década de los ochenta estuvo marcado por la revolución centroamericana y la caída de las dictaduras del Cono Sur. El Salvador y Guatemala estaban en estado de guerra civil. Bolivia y Paraguay aparecían como posibles eslabones débiles. Christophe Aguiton se fue a explorar Paraguay. Nos solíamos ver en México. Vestido con un largo pantalón de *fellah* egipcio, Christophe aprovechaba sus días de ocio para lanzarse con grandes zancadas al asalto de las pirámides o del Popocatepetl, bajo las miradas incrédulas de mis amigos mexicanos: "¡*Está loco*, este galo!".

Nuestra sección mexicana estaba en pleno desarrollo. Había conseguido una importante audiencia, gracias sobre todo a las campañas democráticas de apoyo a Rosario Ibarra. Esta mujer pequeña y coqueta, cuyo hijo había sido secuestrado una veintena de años antes por los esbirros del régimen priísta, era la figura de proa del movimiento de las madres y compañeras de desaparecidos. Margarito Montes Parra, un joven ingeniero agrónomo, astuto como un mono, avispado y bromista, impulsaba ocupaciones de tierras que ganaban para el PRT a pueblos enteros.

Mario Payeras, uno de los fundadores de las guerrillas guatemaltecas, se había replegado a México a mediados de los años ochenta, después de la abortada insurrección de Ciudad de Guatemala. Autor de un librito sobre la experiencia de los comienzos de la guerrilla rural, *Los Días de la Selva*, estaba terminando un segundo sobre el fracaso del levantamiento urbano, *El Trueno en la Ciudad*. En vísperas de la victoriosa insurrección sandinista de 1979, los movimientos revolucionarios salvadoreños y guatemaltecos parecían más aguerridos y mejor implantados. La ruptura del eslabón débil nicaragüense fue para ellos una falsa buena sorpresa. Movilizó al imperialismo en la región, atrajo a consejeros militares y mercenarios de todas clases. Cuando creían estar combatiendo todavía a dictaduras destartaladas, los revolucionarios guatemaltecos se encontraron frente a estrategas formados en la contrainsurrección. Para Payeras fue una gran lección del fracaso insurreccional salvadoreño y guatemalteco.

Cuando esperábamos por su parte un curso sobre las artes y las técnicas de la guerrilla, nos sorprendió recomendándonos ante todo volver al estudio de los básicos, comenzando por la lectura de Liddell Hart[2] y de los clásicos de la estrategia. En la nueva situación ya no bastaba con la fuerza del ejemplo, el voluntarismo guevarista, el saber acumulado por los cubanos. Apoyándose en testimonios, Payeras explicaba el vértigo que podía apoderarse de un movimiento armado en un país devastado por la pobreza. La rebelión reunía en poco tiempo a adolescentes desamparados, a combatientes desclasados, sin conocimientos históricos ni formación política. Era fácil que estos oprimidos sin ataduras concebieran la revolución como una guerra simplificada de pobres contra ricos. Sin una sólida columna vertebral política, sin un partido coherente y educado, afirmaba Payeras, en contra de las viejas tesis desarrolladas por Régis Debray en *Revolución en la revolución*, la lucha armada estaba llena de desviaciones y de violencias incontrolables. Viniendo de un veterano experimentado de la guerrilla rural y urbana, este neoclasicismo anunciaba un cambio de secuencia estratégica.

Brasil es el país del sublime kantiano: la árida extensión de los *sertaos*, los lujuriosos *panes de azúcar*, los pájaros variopintos, una tierra virgen apenas recubierta con una película de sedimentos históricos. En México, la historia está por todas partes. La tierra, las ciudades, están saturadas de ella. La historia de las revoluciones modernas se superpone a las civilizaciones indígenas aniquiladas por la colonización. En la capital, la avenida de la Reforma se cruza con Insurgentes. Cerca del Zócalo, casi se espera ver irrumpir a Zapata y a Villa, sombrero en mano, alzados sobre sus estribos, bajo los mosaicos de Sanborns. En los frescos del palacio presidencial, rodeados de obreros con casco, sabios en bata y heroicos aviadores, Marx, Engels, Lenin y Trotsky profetizan un mundo mejor.

En los años ochenta, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, sección mexicana de la IV Internacional, iba viento en popa. Después de la crisis bancaria de 1982, la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (*sic*) en el poder desde medio siglo antes se desmoronaba, minado por la corrupción. El Estado populista levantado en los años treinta, bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas, se tambaleaba bajo el impacto de la mundialización liberal. La presión del vecino estadounidense se acentuaba. En 1986, el PRT obtuvo seis escaños de diputados, entre ellos Rosario Ibarra. Las reuniones y los congresos reflejaban la dinámica confiada de una organización llevada por el éxito. Campesinos vestidos de blanco, como recién salidos de una película de Kazan, llegaban en grupos compactos. Asistían silenciosos a bizantinos debates sobre las variantes del trotskismo internacional o sobre el análisis de la renta petrolera, esperando sin rechistar el momento bendito de la pausa para comer. Los congresistas se regalaban entonces con carne de buey o vaca acompañada de *moros y cristianos*.

Durante un congreso, un enigmático *peón* joven, sentado a mi lado, me preguntó si la bandera roja que colgaba en la tribuna era la de los insurgentes zapatistas, de los que hablaban su padre y sus antepasados. Viejos campesinos de Morelos conservaban, cuidadosamente doblados en su sombrero, los títulos de propiedad entregados tiempo atrás por Zapata en persona. En esas reuniones todavía se podían encontrar a algunos veteranos nonagenarios, desdentados y llenos de arrugas, que siendo adolescentes habían conocido esta legendaria revolución, inmortalizada por John Reed y Einsenstein, por Kazan y Sergio Leone.

Para estos campesinos, la parte importante del congreso ocurría entre las sesiones plenarias. Se reunían entonces en círculo, por pueblos o por Estados. Como en una bien

ordenada *melé* en el Estadio tolosano, sólo se les veían las espaldas. De ese *pack* compacto subía el murmullo ahogado de un conciliábulo. Cuando se alzaban las espaldas, la decisión ya estaba tomada. ¿Cómo? Misterio. No por votación, en todo caso. En su cultura comunitaria, el principio democrático moderno −"un hombre, una mujer = un voto"− no tenía valor. Palabra, síntesis, consenso: democracia bantú. La coexistencia en una misma organización de prácticas democráticas modernas basadas en la opinión pública y de esta democracia orgánica directa planteaba muchos problemas. Los campesinos se adherían al partido por familias o por grupos. Sus votos bloqueados pesaban mucho en los debates. Los boletines internos de debate tampoco tenían mucho sentido. Muy pocos sabían leer español. La campana del pueblo les convocaba y uno de ellos daba lectura pública del periódico o del documento. En estas asambleas, la famosa delimitación entre el partido y la clase preconizada por Lenin en el *¿Qué hacer?* se volvía muy incierta.

En México, la realidad supera a veces a la ficción. El propio país es una leyenda, repleta de personajes novelescos de gran colorido, a lo Juan Rulfo, a lo José Revueltas, a lo Carlos Fuentes. Margarito Montes era uno de ellos. Hacia final de los años ochenta, se labró una reputación nacional. La prensa hablaba de él como un "Zapata del Norte". Tras haber dirigido muchas ocupaciones armadas de tierras, había llegado a la conclusión de que estos golpes de mano se quedarían en un eterno y estéril volver a empezar, si no se pasaba al aprovechamiento productivo de las tierras ocupadas. Desarrolló una experiencia de este tipo en la fértil región de la Cuenca del Papaloapan. En 1988, tras la fraudulenta elección del "*pelón*"[3] Salinas de Gortari, Margarito desembarcó en México con dos o tres camionetas Dodge, repletas de poco discretos guardaespaldas armados, equipados con *radiocasettes* que propalaban a pleno volumen los éxitos de Pedro Infante o Jorge Negrete.

Corpulento, con la risa a flor de labios, Margarito era un personaje cordial, apasionado por la literatura, orgulloso de sus orígenes *yakis*[4]. La sensibilidad mexicana es propensa a las efusiones. Rosario Ibarra, oradora vibrante de emoción, sabía tocar esa cuerda y poner en carne de gallina a toda una asamblea de duros coriáceos. Cuando homenajeaba a Margarito, sentado a su lado en la tribuna de un mítin, recordando los épicos combates de los campesinos, éste se ponía a lloriquear y sacaba de su bolsillo un gran pañuelo a cuadros para secar sus gruesas lágrimas. Pero no era un aventurero cualquiera. Había trabajado por cuenta de la Internacional, como ingeniero agrónomo, en los movimientos agrarios del continente, y recorrido Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Santo Domingo. Había adquirido una rica experiencia.

Bajo el mandato del "usurpador" Salinas, los vientos cambiaron. La Asociación de Libre Comercio entre los Estados Unidos, Canadá y México (Alena) promovió una modernización de la agricultura. El gobierno probablemente supo tolerar, y hasta cierto punto utilizar, las operaciones extralegales de Margarito, eliminar arcaísmos agrarios y reducir el peso de algunos caciques. Él mismo acabó por considerar que la modernización de la agricultura era inevitable. Por tanto, más valía negociar sus modalidades que colgarse de los mitos de la revolución mexicana y desgastarse en un combate de retaguardia perdido de antemano.

En un país en que la corrupción es una institución de la vida pública, la sabiduría popular afirma que nadie ha resistido nunca mucho tiempo a un bombardeo de pesos. También Margarito acabó por mudarse, de bandido social al servicio de los pobres, en una especie de señor de la guerra.

México es una tierra de espectros y de fantasmas. Con su cortejo de esqueletos jadeantes y burlonas cabezas de muertos que pueblan las litografías de Posada[5]. Durante más de treinta años, a semejanza de las "locas de la Plaza de Mayo" en Argentina, Rosario Ibarra no dejó de pelear por la reaparición en vida de su hijo "desaparecido".

En 1986, el PRT triunfó en un pequeño municipio rural de Morelos, contra los burócratas del PRI. La instalación del nuevo equipo fue la ocasión para una fiesta. Un diputado del partido se desplazó para la ocasión en una furgoneta oficial de la Cámara de Diputados, acompañado de

Álvaro, un camarada de origen colombiano responsable de la solidaridad con las revoluciones de América central. Durante las celebraciones, copiosamente regadas, estallaron incidentes con los secuaces del equipo municipal derrotado. Como en *Los Siete Magníficos*, los campesinos organizaron la autodefensa. Alvaro estaba demasiado *borracho* y se quedó solo atrás. Al regresar, los camaradas sólo pudieron constatar su óbito. Había muerto ahogado, por su lengua o por sus vómitos.

Para los aldeanos, el asunto resultaba embarazoso. Era una mala inauguración de la nueva era municipal. Investigación, testimonios, complicaciones: daría ocasión a las deshonestas autoridades para meter las narices en el asunto. Preferían que no se certificase la muerte *in situ*. Los camaradas de la capital tuvieron que partir con el cadáver de Álvaro en la camioneta parlamentaria. El difunto fue atado con una cuerda … en *el asiento del muerto*[6]. Hay que imaginarse a este muerto silencioso, meneándose, bamboleándose, traqueteando con las sacudidas y los baches. Como en una película de Buñuel, la expedición se detenía en los pueblos para negociar con los enterradores locales un féretro improvisado. Sin certificado de defunción ni permiso de inhumación, la mayoría se negaron. Finalmente, un comerciante comprensivo, mediante *mordida*[7], aceptó proporcionar una caja de madera blanca. El camarada Alvaro pudo así terminar decentemente su marcha mortal. Todavía hizo falta convencer a las autoridades competentes y obtener los papeles en la forma debida para poder darle sepultura definitiva.

En México no hay que asombrarse de nada.

País atormentado, país de espectros. El de Zapata, que merodea por las colinas de Morelos sobre su caballo blanco. El de Ambrose Bierce[8], el viejo *gringo*, volatilizado durante la revolución en una nube de polvo y mezcal. El del México *bronco*[9] de John Reed y de Eisenstein.

Los de la casa azul.

En el otoño de 1986, Sophie vino de forma inesperada a reunirse conmigo en México. Era un año después del terremoto. Muchos inmuebles estaban todavía inclinados. Restos de muros derribados extendían sus cascotes; en algunas avenidas se veían inmuebles despanzurrados.

Hicimos, desde luego, la peregrinación a Coyoacán.

Un benévolo joven camarada trabajaba de vigilante en la casa de Trotsky en la calle Viena. Conducía a los escasos visitantes a la tumba del Viejo, invadida de hierbajos. Los guiaba por los cuartos de la casa del tiempo detenido: los impactos de la ráfaga disparada por los esbirros de Siqueiros en la pared de la habitación, el periódico del día todavía abierto sobre el escritorio donde se abatió el piolet del asesino, libros cubiertos de polvo. El alucinado estudiante vivía allí, entre las sombras. A fuerza de dialogar con esos aparecidos, de oir el cuchicheo nocturno de los guardias, de cruzarse con las sombras de Jo Hansen, de Jan van Heijenoort, de Sheldon Hart (secuestrado por los asesinos) o de Ramón Mercader, sufría pesadillas e insomnios.

En contraste con este improvisado mausoleo, la casa azul de la avenida Londres era pura exhuberancia. Una explosión de azul y verde. Un salvajismo domado por el color, como un cuadro del Aduanero Rousseau.

Se comprende que el Viejo, al desembarcar en Tampico el 9 de enero de 1937, después de un largo errar por el Viejo Continente y una siniestra estancia en Noruega con los agentes de la GPU en los talones, hubiese podido creer, en este jardín de las delicias, en la posibilidad de recomenzar, de emprender un nuevo inicio en un nuevo país, tan brillante de colores como grises y glaciales habían sido las largas noches invernales de Oslo. Nuevo continente, nueva Internacional. ¡Nuevo amor, también! Como si este rejuvenecimiento general fuera portador de mil promesas. Como si ofreciera la posibilidad de arrancarse la túnica de Neso[10] de las derrotas y escapar, en este gran deslumbramiento solar, a su infernal repetición.

En el grupo de amigos que habían ido a recibir a Leon y a Natalia al puerto de Tampico, se destacaba una pequeña silueta envuelta en un *rebozo* de vivos colores: Frida Kahlo, como una diosa azteca, adornada de joyas de tierra y de metal. Un aleteo de cejas volando sobre una mirada intensa. “Una cinta alrededor de una bomba”, diría de ella André Breton.

A él ya le llamaban el *Viejo*. El organizador del Ejército Rojo, el proscrito de Alma Ata y de Prinkipo, el paria de un planeta sin visado, no era en cambio tan viejo. En 1937 tenía cincuenta y ocho años, pero cincuenta y ocho años sobrecargados con todos los éxodos forzosos, todos los desánimos del exilio, todas las heridas físicas y morales, agobiados por toda una energía frustrada de acción, reducida al comentario profético de las tragedias anunciadas. Poner el pie en tierra mexicana, vibrando todavía por el martilleo de las cabalgadas revolucionarias, era cambiar de mundo, a falta de haber podido cambiar el mundo. Era la posibilidad entrevista de un rearme de los corazones y de las razones.

Se puede imaginar su llegada a la casa de la amistosa hospitalidad. Todo este azul. Todo este verde. Toda esta vitalidad sensual. Las pinturas, con la enigmática cara de Frida, esculpida en el dolor dominado. “El destino tiene dientes de tiburón”, decía ella. Sabía de qué hablaba. Había experimentado la mordedura. El Viejo también, de otra manera distinta. Pero tanto uno como otro “seguían teniendo movimiento para ir más lejos”. Poco importaba su pierna mutilada, decía ella, puesto que tenía alas para volar. Rivera hablaba de ella, cariñosamente, como de una “explosión de alegría y de colores salida de las tinieblas del dolor”.

Él, el muralista, era el ogro y el amante, ávido de carne, como habitado por el recuerdo de esos indios caníbales que preparaban el *potzole* con la carne de los sacrificios humanos. Él pintaba la estampida de la historia mexicana en unos frescos concebidos como un arte público y popular.

La casa azul de la avenida Londres aparece pues como el comienzo de una renovación y de un renacimiento posibles. Como el lugar propicio para una primavera política y amorosa. Como un claro, una calma, un aire aligerado por el chaparrón. Pero los asesinos no estaban muy lejos. Nunca renunciaron. Rondaban alrededor de Coyoacán, observaban la casa, trazaban sus planes.

En 1929, Juan Antonio Mella, el joven fundador del comunismo cubano, fue abatido en México a la salida de un cine. Se acusó a los sicarios del dictador Machado. Pero Mella, que había viajado a Moscú para la Internacional Sindical roja, había simpatizado con Andreu Nin. Corría el rumor de que se había aproximado a la Oposición de izquierda. En 1929, después de la exclusión de Trotsky del Partido y su expulsión de la Unión Soviética, la caza de brujas estaba abierta.

Mella murió como un perro, abatido por los matones del dictador cubano. Tal vez. Murió en brazos de su amante, la fotógrafa italiana Tina Modotti, amiga de Frida. Tina volvió a México en 1940, con su nuevo compañero Vidali (uno de los asesinos de la GPU durante la guerra cvil española), poco antes del crimen de Ramón Mercader. Fue sospechosa de complicidad en el asesinato de Trotsky, por lo menos tuvo un papel turbio. Váyase a saber, en ese mundo glauco de renegados, de puñaladas y de venenos, de agentes dobles o triples. Ese mundo de máscaras, de personajes con doble fondo, de pasaportes falsos. El mundo de Charles Plisnier y de Victor Serge, de Ignace Reiss y de Krivitsky[11].

En esta efímera primavera de 1937, como para olvidar mejor los tentáculos que le acechan, don León galantea en la casa azul. Juega a Pigmalion, presta sus libros a Frida (Jack London, Ibsen, Dos Passos, Malraux, Tolstoi, Serge, Taine −¡también Maurras!). Le recomienda la lectura de Freud, incluido en el índice desde 1930, al mismo tiempo que el surrealismo, por el congreso de Járkov, donde Aragon consiguió sus galones de inteligencia servil[12]. Dentro de los libros prestados, como un colegial, el Viejo deslizaba tiernas notitas cuidadosamente dobladas. Sin duda era consciente de la comicidad de esta intriga juvenil. Para conjurar el ridículo, ironizaba en público: “Mi vicio es tener más de cincuenta años. Lenin decía que después de los treinta, los revolucionarios son buenos para *fisiller*[13]”. ¡Ah, este Lenin! ¡Siempre tenía una palabra para hacer reir! El no había sobrevivido a ese vicio del quincuagenario. Leon, sí. Y ahí estaba él, dispuesto a jugar el papel de vejete poseyendo la juventud sin perder el tiempo, bajo la mirada reprobadora y cómplice de sus austeros guardaespaldas. Frida no tenía esos escrúpulos. “El amor, decía ella, es como la revolución: se va, se viene. Nunca se ama lo suficiente”.

La ilusoria esperanza de haberse desprendido de la vieja piel, de haber dejado tras de sí un continente zozobrando en la tragedia, tuvo corta duración. Desde el 19 de enero, apenas instalados en Coyoacán, Trotsky y Natalia fueron atrapados por la tragedia. La radio anunció la apertura del segundo proceso de Moscú, el de Bujarin. El Viejo quiso creer hasta el final que podía coleccionar sus cactus y cuidar de sus conejos como si no ocurriese nada. En el fondo,

se sabía condenado. “Somos *babeufistas*[14] que todavía conservamos la cabeza sobre los hombros, ¿pero por cuánto tiempo?”, se preguntaba Victor Serge.

Más aún que el primer proceso de Moscú, el segundo fue un proceso de autómatas, un teatro de sombras, donde el acusado continuaba jugando su papel aunque ya no existía como persona. “Que el inocente se vea forzado a confesarse culpable, éste es el secreto de la obediencia perfecta, el índice irrecusable del terror totalitario”, dijo Trotsky. ¡Totalitario! La palabra no le daba miedo. Comprendía, en cambio, la atracción mutua de los dos totalitarismos, que gravitan el uno respecto del otro como estrellas no idénticas pero gemelas. Fue también uno de los pocos en no ser sorprendido apenas por el pacto germano-soviético de 1939 y por el despiece de Polonia. Ese desastre, que inspiró a Walter Benjamin sus tesis testamentarias sobre la lógica de la historia, era el desenlace lógico de la atracción recíproca entre dos sistemas antagónicos, regidos por una misma razón cínica.

Frente a los procesos estalinistas, expuesto a una incesante campaña de calumnias, con sus archivos apenas desembalados, Trotsky se pone en movimiento en la casa azul. Apremia a sus amigos (George Novack, Max Strachtman, J.P. Cannon, en los Estados Unidos, Naville y Rosmer en Francia) a constituir una comisión de investigación y un tribunal de honor. No se trata de justificarse personalmente, sino de hacer fracasar una monstruosa falsificación histórica, una mentira monumental. No hay ninguna garantia de que la historia haga nunca justicia, de que exista un juicio histórico final. Si no se hace nada, la mentira puede instalarse en el lugar de la verdad. No se trata de Trotsky, de su propio papel en la historia, sino, dice, “de todos nuestros fantasmas, de todos los que han luchado y que lucharán por la emancipación humana, porque los crímenes cometidos en nombre del socialismo comprometen el futuro”.

Espectros y fantasmas, otra vez. Condenados a errar para siempre, a repetir interminablemente la historia de sus derrotas y de sus suplicios, a sufrir indefinidamente la injusticia, tanto tiempo como triunfe la mentira.

La mayor parte de los intelectuales requeridos para participar en la comisión de investigación sobre los procesos de Moscú se negaron a ello. Algunos alegaron que frente al peligro fascista no era el momento de ponerse a aullar junto a los lobos. ¡Había que elegir campo, aunque éste fuera el de los centros de aislamiento, el de Kolima y Verkuta! Eminentes historiadores se refugiaron en una sutil retórica, pretextando la imposibilidad de probar lo que no existe. Si la Oposición de izquierda era inocente de los crímenes de que se le acusaba en Moscú, sería imposible aportar la prueba de unos hechos negativos. ¿Para qué entonces una comisión? Sofismas, cobardías, evasivas: el habitual deshonor de los intelectuales “amigos de la URSS” y de los complacientes compañeros de viaje.

Tanto mayor es el mérito de John Dewey por haber aceptado la presidencia de esta comisión, por haber hecho el viaje a México para realizar las audiencias (al no poder Trotsky entrar en los Estados Unidos). El filósofo era entonces casi octogenario. Era un liberal, en el sentido noble del término, que ademas era un teórico de la investigación, judicial o histórica, y de sus métodos. En este asunto estaban en juego, en su opinión, principios fundamentales de verdad y de justicia. No concibe su misión como un servicio de complacencia. Las reglas del procedimiento son estrictas: no creer *a priori* ni al señor Stalin, ni al señor Trotsky. ¿Pero cómo puede ser la investigación la fuente de reglas a las que ella misma debe someterse? En historia como en derecho, la lógica inmanente es “una disciplina exigente”. En cualquier juicio, no se puede evitar que la incertidumbre del veredicto responda a la incertidumbre de los hechos.

A pesar de las dificultades y los escrúpulos, Dewey aceptó la responsabilidad de presidir la comisión. De rechazarla, habría “fallado a la obra de toda [su] vida”. A decir verdad, sentía un vivo interés por este hombre que había presidido los Soviets, negociado en Brest-Litovsk, redactado los manifiestos de la Internacional comunista. Le empujaba una curiosidad intelectual hacia lo que tenía que decir, ahora que se encontraba caído y rodeado de un puñado de fieles, a la cabeza de partidos enanos y de una Internacional minúscula: “Había en él un no sé qué de inacabado, añadiendo el infortunio a la virtud”.

Al llegar a México con la delegación de la comisión, Dewey procuró no reunirse con Trotsky antes de las sesiones públicas, y veló para no dejarse ganar por la simpatía. Las catorce sesiones de la comisión se celebraron en la casa azul, del 10 al 17 de abril, a razón de dos al día. Los lugares, hoy vacíos, transformados en museo, donde sólo quedan los caballetes, los cuadros inacabados, las plantas huérfanas, parecen resonar todavía con el eco de las declaraciones y los interrogatorios, cuando se representaba, en una unidad clásica de tiempo y de lugar, ante una cuarentena de personas[15], una de las grandes tragedias del siglo.

Las primeras sesiones estuvieron dedicadas a las biografías, sobre todo a las relaciones entre Trotsky y Stalin. Las dos siguientes, a sus relaciones con los acusados de los procesos de Moscú. Otras tres, a refutar las acusaciones fácticas. Seis al pretendido sabotaje de la economía soviética. La última, a los alegatos de Albert Goldman y del propio Trotsky: "La humanidad no ha conseguido, hasta ahora, racionalizar su historia. Es un hecho. Tampoco hemos conseguido racionalizar nuestros cuerpos y nuestras mentes. El psicoanálisis intenta enseñarnos a armonizarlos. Sin mucho éxito, hasta ahora. La cuestión no es saber si podemos alcanzar la perfección absoluta de la sociedad. Después de cada gran paso adelante, la humanidad hace un desvío, o incluso un gran paso atrás. Lo lamento. Pero no soy responsable de ello". En su perorata, el Viejo contemplaba, no sin humor, que después de la revolución mundial esta humanidad pudiese sentirse tan fatigada como Dios en la tarde del sexto día, o que incluso pudiese aparecer una nueva religión. Pero no por ello, añadía, habría dejado de darse un gran paso.

Su declaración no estuvo obsesionada por la personalidad de Stalin. La verdadera cuestión era más bien la de saber cómo "la más eminente mediocridad del partido" había podido llegar a la cumbre del poder gracias a una máquina impersonal, de la que era más criatura que creador. Y por qué circunstancias esta mediocridad había podido jugar un papel tan desmesurado en la historia.

Durante horas, Trotsky se sometió a las preguntas, desmontando metódicamente los macabros montajes de los procesos, argumentando pacientemente en una lengua que no era la suya. Los jurados quedaron impresionados por este monumento de lógica. Estaba librando su combate más importante. Más importante, tal vez, que el de Octubre. Más que la epopeya del Ejército Rojo. Cuando la historia avanza por el lado bueno, siempre encuentra los hombres y las mujeres que necesita: "Octubre habría tenido lugar sin mí, tal vez sin Lenin". Cuando los vientos se vuelven contrarios, en cambio, los hombres que se necesitan se hacen escasos. Es en la derrota donde se vuelven irremplazables.

En este proceso a puerta cerrada en la casa azul, había que desenmascarar la impostura ante de que el mito devorara la memoria. Si no, la revolución podría quedar confundida para siempre con la contrarrevolución, los verdugos con las víctimas, el comunismo con el estalinismo que es su negación. Ante un puñado de hombres y mujeres de buena voluntad, la historia del siglo desfilaba en las mañanas perfumadas de la casa azul. El reto no era otro que la posibilidad de continuar y de recomenzar.

Reto insignificante y a la vez decisivo.

Dewey quedó persuadido de la impostura de los procesos de Moscú. También quedó convencido de que el régimen totalitario que los organizaba era el fruto natural y la consecuencia lógica de la revolución. Trotsky quería reconocer errores, pero defendía muy firme la ruptura de continuidad que representaban la reacción termidoriana y la contrarrevolución burocrática, expresada en millones de muertos. El Estado y su burocracia de advenedizos habían devorado al partido de Octubre. Una época nueva aportaba nuevos aventureros y una nueva inmoralidad política. A pesar del progreso de los conocimientos y de las técnicas, las costumbres apenas habían progresado respecto a la Florencia de Lorenzaccio y de los Borgia: la época seguía siendo una gigantesca fábrica de mentiras. Tal vez era el destino de las épocas de crisis y de transición, cuando una moral se deshace antes de que otra haya podido arraigar: "También Nerón fue un producto de su tiempo". Profeta desarmado, el exiliado de Coyoacán se consolaba con la idea de que la lógica de la historia sería más poderosa que el más poderoso secretario general.

Pero ya había avisado Engels, de una vez por todas: “La historia no hace nada”. ¿Es tan lógica como se querría creerla? ¿Tan fuerte para llegar hasta el final de la confesión, que hace dudar al inocente de su inocencia, y le fuerza a consentir su propio suplicio?

Al final de las audiciones, Dewey confió a Trotsky que acababa de vivir la experiencia intelectual más interesante de su vida. Aunque fascinado por lo trágico del personaje, le reprochaba “una brillante inteligencia encerrada en absolutos”. El filósofo seguía convencido de que el estalinismo era la consecuencia del comunismo. Trotsky insistía por el contrario en lo inédito del fenómeno estalinista. En relación al Estado totalitario burocrático, la vieja fórmula absolutista −”El estado soy yo”− parecería en adelante una máxima liberal. La fórmula de Stalin era más bien: “La sociedad soy yo”[16].

El diálogo entre Trotsky y Dewey sobre las relaciones entre moral y política fue la materia, un año más tarde, del folleto *Su Moral y la Nuestra*, muchas veces citado pero poco leído, y en general mal comprendido. La mayor parte de los comentaristas apresurados lo ven como un manifiesto del inmoralismo político, guiado por la única máxima de un fin que justifica los medios. Su lectura muestra el sentido absolutamente contrario. Sobre este punto, el artículo de Trotsky es nítido: “Si el fin no pudiese justificar los medios, habría que buscar en otro sitio los criterios de la acción. ¡En el cielo, ya que no en la tierra! La teoría de la moral eterna no puede prescindir de Dios. El sentido moral absoluto no es más que un tímido pseudónimo de Dios. Fueron los jesuítas quienes sostuvieron que un medio, en sí mismo, es indiferente y que su justificación viene impuesta por el fin perseguido. Por ello se mostraron superiores a la hipocresía de la Iglesia. Pero al burocratizarse, estos guerreros de la Iglesia se convirtieron a su vez en unos granujas redomados”.

Según el moralismo utilitario de Stuart Mill, el fin del bien común justifica moralmente los medios. Así mismo, para los partidarios contemporáneos de la “guerra ética” o “humanitaria”, la pureza de las intenciones (la defensa de los derechos humanos, la ingerencia humanitaria…) acabaría por justificar los medios más dudosos, y el ideal ético el peor de los terrores armados.

¿Pero qué justifica el fin?, se pregunta en cambio Trotsky. ¿Y quién es el juez? La moral no desciende del cielo, planeando sobre sociedades desgarradas por las luchas y los conflictos sociales. El medio sólo puede ser justificado por el fin, ¡“pero el fin también tiene necesidad de justificaciones”! El vicio está en el origen en la cuestión. Separando el fin de los medios, la “moralina” burguesa se mete en un atolladero lógico.

Dewey comprendía muy bien la argumentación de Trotsky. No la confundía con un utilitarismo vulgar, aún menos con una política cínica, y compartía su punto de partida: la interdependencia de los fines y los medios. No todos los medios eran por tanto legítimos. Si no había otro criterio, como afirmaba Trotsky, que el desarrollo de la conciencia y de la cultura −que libere a una humanidad realmente humana−, entonces no todos los medios estaban permitidos, ni siquiera a un ateo o a un descreído revolucionario. Pero cuando Trotsky, creyendo historizar el juicio moral y descartar cualquier riesgo de transcendencia abstracta, hacía de la lucha de clases “la ley de las leyes”, ¿no estaba acaso transformando, a su pesar, un medio en fin?” [17]. A diferencia de la mayor parte de las polémicas superficiales, la controversia era de alto porte. Por desgracia, quedó interrumpida antes de que Trotsky hubiera podido darle una continuidad, tal como había manifestado su intención.

El 14 de diciembre de 1937, en una conferencia de prensa en Nueva York, la comisión Dewey hizo públicos los resultados de sus trabajos. Fueron publicados en un grueso volumen de seiscientas páginas, fruto de trescientos días de titánico trabajo. Conclusión: “… 21. Concluímos que los procesos de Moscú son una falsificación […] 23. Declaramos a Trotsky y a Sedov no culpables”.

“¡Dos líneas!, gritó Trotsky al recibir la noticia. Pero dos líneas que pesarán mucho en la biblioteca de la humanidad”.

Durante la semana en que acogió las sesiones de audiencia de la comisión, la casa azul se convirtió en un atareado enjambre. Los dossiers se amontonaban sobre las mesas. Las taquígrafas volvían a copiar las actas de las declaraciones. Los abogados deambulaban por el jardín, intercambiando comentarios con un fondo de trinos de pájaros. En este minúsculo Edén transformado en sala de audiencias, el misterio del acontecimiento histórico se cruzó con el encuentro amoroso entre Leon y Frida.

El idilio fue de corta duración. El Viejo se acercaba a la sesentena. En su caso, la crisis sentimental se añadía a la crisis política. Éstaba agotado por el esfuerzo que había tenido que hacer para presentar un dossier sólidamente documentado. La tensión intelectual iba acompañada de un repentino sobresalto erótico.

Después de las fatigas de las audiencias y las emociones de una escampada amorosa, sintió la necesidad de ver claro, de analizar la situación, de saber dónde estaba su vida. En julio de 1937, se retiró a la granja de un amigo, en San Miguel de Reglas. Él, que había mostrado una imagen aristocrática al pasar revista a las tropas con impecable uniforme, dando sus órdenes desde el tren blindado, arengando al soviet de Petrogrado, estaba ahora presa de la angustia y del desorden afectivo.

Casi todos los días escribía a Natalia, que se había quedado en Coyoacán.

12 de julio: “Mira, había imaginado que vendrías a verme con sentimientos juveniles. Nos apretaríamos el uno contra el otro, juntaríamos nuestros labios, nuestras almas y nuestros cuerpos. Mi escritura está deformada por las lágrimas, Natalotchka, ¿pero puede haber algo más elevado que estas lágrimas? De todos modos, voy a rehacerrme…”. Como para conjurar su propio sentimiento de culpabilidad, como un adolescente culpable, se adelantaba a hacerle a Natalia una escena de celos retrospectiva, acusándole de una hipotética infidelidad en los lejanos tiempos de la guerra civil, mientras él surcaba el frente.

19 de julio, a las 13 horas: “Desde que he llegado aquí, mi pobre picha no se ha empalmado ni una sola vez. Como si no existiera. Ella también descansa de los esfuerzos de días pasados. Pero yo, todo entero, yo pienso en tu coñito querido. Quiero chuparlo, hundir mi lengua en su profundidad. Natalotchka querida, te penetraré todavía muy fuerte, con mi lengua y con mi picha. Perdóname, Natalotchka, estas líneas; creo que es la primera vez en mi vida que te escribo así.”

19 de julio, a las 20 horas: “¡Toda la gente está en el fondo terriblemente sola, escribes, Natalotchka, mi pobre y vieja amiga! Mi querida, mi bienamada. Para tí no ha habido más que soledad. Todavía vivimos el uno para el otro, ¿no? Es preciso que trabaje. Cubro de besos tus ojos, tus manos, tus pies. Tu viejo León.”

Durante esta crisis, se resignó a romper con Frida. A veces se tiene la ilusión de poder dejar atrás el pasado. Pero siempre acaba por volverte a atrapar traidoramente en alguna curva. El pasado siempre lleva un largo o dos de ventaja. Resurge, travieso, delante de uno. Para Leon, para Natalia, este pasado estaba muy cargado. También de espectros. No de espectros burlones y ligeros, como los “fantasmas en venta” de René Clair, que se aparecen en las ruinas de una mansión escocesa. Sino de espectros dolorosos. De los más próximos, primero: la hija, Zina, suicidada en Berlín, el yerno Platon Volkov, el hijo Serguei desaparecido en los campos de concentración, el hijo y compañero Liova Sedov, muerto en París en 1938 en circunstancias controvertidas. De los suicidados del Termidor soviéticos, después: Abraham Joffe, Essenine, Maiakovski −a los que seguirán muchos otros. De los compañeros asesinados, por último: Rudolf Klement, arrojado en trozos al Sena, Erwin Wolf, liquidado en España, Ignace Reiss, asesinado en una carretera suiza, Andreu Nin, desaparecido en los sótanos de la GPU en Alcalá de Henares. Y ahora, Christian Rakovski, el último lazo con la vieja generación. Tras él ya no quedaba nadie…

Sólo una grande y terrible soledad.

Y la inmensa fatiga que sintió antiguamente Moisés a las puertas de Cannan.

Al llegar a Tampico, había querido creer en una nueva oportunidad, en una nueva tirada. Con cincuenta y ocho años, le esperaba el espejismo de un nuevo mundo. Era una ilusión. Un sueño de color azul. Que se transformaba en pesadilla: “Esta noche, he soñado que iba con Lenin. Estábamos en el puente de un barco. Él estaba acostado en una camilla. Me preguntaba con solicitud por mi enfermedad. Intento llevar mi enfermedad con perseverancia…” La fatiga le

agobiaba, pero sabía que todavía necesitaba algunos años de trabajo implacable para poner en orden la herencia y poder pasar el testigo.

Lo que le atrajo hacia Frida, además de su frágil fuerza, era tal vez el sentimiento compartido de la herida, la de la historia que reflejaba la del cuerpo; había adivinado a través de su pintura a una gran intérprete del dolor. Seguía siendo una ilusión. Un diálogo improbable entre dos máscaras. Un encuentro fallido entre dos culturas, dos historias, dos fidelidades, incapaces de reunirse. El profeta desarmado nada podía ante la complicidad incestuosa y sagrada entre Diego y Frida. Nada podía ante su androginia compartida. Era incapaz de desenredar los vicios y las virtudes mezcladas de su México oscuro.

Siempre en la agonía, pero "risueña hasta las lágrimas", Frida cojeaba como el diablo de pie hendido[18]. Él sabía que no podría seguir a ese diablo. Su vida ya no podía separarse de la historia que había hecho y que le había hecho. Natalia formaba parte de esa historia, no Frida. Acabó pues por pedirle que le devolviese sus cartas. Ella se las devolvió. Él las destruyó. Borró así las huellas de esta pasión efímera, de esta llamarada crepuscular y sin futuro. Como regalo de despedida, ella le dejó un autorretrato dedicado: "Con todo mi amor".

Divorciada en 1939, Frida se volvió a casar un año más tarde, siempre con Diego,

El retrato de Stalin domina ahora desde su caballete la casa azul. ¿Revancha? ¿Conversión? ¿En nombre del antifascismo? ¿De la fractura entre el Oriente bárbaro y el Occidente putrefacto? ¿Respuesta al requerimiento de elegir su campo? ¿O la todavía inquietante influencia de Tina Modotti, la amiga perdida y reencontrada?

Después del asesinato del Viejo, Frida fue interrogada, sospechosa como Tina después del de Mella. Declaró que había muerto "por culpa de todos nosotros". Reconoció también que se había cansado pronto de él, de ese trozo de historia desembarcado en Tampico como el sabor blanco de las leyendas aztecas. Demasiado disciplinado, demasiado racional, demasiado autoritario para este país. No lo bastante sensual. Demasiado europeo, sin duda. Ella nunca había sido trotskista. Fue sólo solidaria de las decisiones y de los combates de Diego. Siempre Diego. ¿Pero por qué esta celebración de Stalin, después de semejante trayectoria? ¿Por haber visto "Gringolandia" y estar de vuelta? ¿Por haber visto ese "*pinche* París" y esa vieja Europa, tan putrefacta como su pobre pierna, que no dejaba de fabricar nuevos Hitler y nuevos Mussolini? La esperanza se despertaría en el Este, en Rusia, en China.

Animada por una necesidad tardía de creer en los milagros, de creer en un marxismo taumaturgo que podría curar las enfermedades, el mundo, y su pierna, pintó después de la guerra una especie de ex−votos. Tras veintidos operaciones y la amputación, ya no era más que un suplicio que se transporta y que se exhibe.

Todo este sufrimiento destrozado.

Y ese rojo invisible en la equívoca quietud de la casa azul.

¡Cuántos fantasmas atormentan esta casa mágica! Un año después de la llegada de la comisión Dewey, diez meses después de su ruptura con Frida, Leon se preparaba allí para acoger a André Breton, leyendo *El Amor loco*. El ambiente se enrarecía. La soledad se espesaba. Desde mayo de 1937, las noticias de España no dejaban casi esperanzas. En Moscú, continuaban los procesos y las confesiones. Y Munich confirmó después esa guerra que venía. Como la de Troya, acabaría por tener lugar.

En 1938, al tomar Breton la palabra en el Bellas Artes, abucheado por provocadores estalinistas, fue defendido por Rivera. El encuentro entre el poeta y el revolucionario recluído no fue espontáneamente cordial. Trotsky consideraba la novela como el pan de cada día. Breton sólo veía en ella banalidades y trivialidades en las que se corrompe lo maravilloso. El primero apreciaba en Céline una prosa a ras de suelo. El segundo no veía más que la suciedad de una pluma sumergida en el fango. El primero alababa el realismo de Maupassant y de Zola. El segundo concedía a regañadientes y sin convicción que, buscando bien, podría encontrarse en Zola algún rastro de poesía.

Hombre de las Luces perdido en medio de un siglo oscuro, Trotsky se preguntaba si, al contrario que Freud, los surrealistas no pretendían negar lo consciente en beneficio de lo

inconsciente. Se asombraba de su gusto por el “azar objetivo”, sospechando que se estaban trajinando “una pequeña ventana sobre el más allá”. Usted ha escrito, reprochaba a Breton, que estos fenómenos contingentes conservan para usted un carácter inquietante. Inquietante, en el estado actual de nuestros conocimientos…, se defendía el poeta. “¡Ah bueno, si lo precisa así, retiro mi objeción!”.

En julio de 1938, durante una estancia en Pátzcuaro, Breton sorprendió a Trotsky acariciando a un perro: “Al menos, los perros son fieles, leales…”. Se indignó por estos tópicos. Entre el poeta y el revolucionario, la tentación por lo maravilloso y por el misterio parecía cambiar de campo: ¡cómo podía llegarse a conceder al animal bondad humana! Siguiendo este *pathos*, se acabaría por decir que el mosquito es intencionadamente cruel y el cangrejo deliberadamente retrógrado… Que sí, que sí, se empeñaba el Viejo, un poco provocador; este perro siente amistad por mí. Tanta necesidad tenía de ello.

La sola presencia de Trotsky paralizaba a Breton. Según su propia confesión, le privaba de sus medios y le daban unas curiosas ganas de desaparecer, de esconderse, como si compareciese ante uno de esos hombres −Rimbaud o Lautréamont− con los que pretendía modelar su sensibilidad y su pensamiento. Trotsky le parecía a sus ojos, junto con Freud, el único ser vivo de esta especie. Cuando por fin le entregó el proyecto de *Manifiesto para un arte revolucionario independiente*, el Viejo se paró en la frase que afirmaba “toda licencia para el arte, salvo contra la revolución proletaria”: “Tiene usted demasiado celo, Breton. Suprima el final de la frase y deje: ¡toda licencia para el arte! ¡A secas! Todavía hace quince años yo habría podido escribir como usted”. Hace quince años, sin duda... Con mayor razón durante la guerra civil, cuando, en medio de la tormenta, redactó *Terrorismo y Comunismo*, confundiendo peligrosamente la excepción y la regla.

Pero en este último año, en la casa azul, había sufrido la prueba siempre recomenzada de los desórdenes amorosos, de la debilidad humana, del penoso duelo. Había podido verificar una vez más que los sentimientos no marchan al mismo ritmo que los decretos y las órdenes del día; que las costumbres, las mentalidades, las emociones, representan otra temporalidad que la economía o la política. La economía necesita un plan, concluía, pero para la creación intelectual “la revolución debe establecer desde el comienzo un régimen anarquista de libertad individual. ¡Sí, anarquista! ¡Ninguna autoridad, ninguna obligación, ni el menor rastro de órdenes!”

Silone, Giono, Péret desde luego, firmaron el *Manifiesto* para un arte independiente.

Ni Gide, ni Bachelard, ni Martin du Gard.

¿Le gusta este jardín? Evite que sus hijos lo destruyan.[19]

1938. El mismo año que Trotsky, Breton, Rivera, Frida, Natalia, Jacqueline, Van Heijenoort conversaban en el patio de la casa azul, el cónsul de Malcolm Lowry erraba por Quauhnahuac, en otro jardín abandonado a las malas hierbas, bajo la masa viril del volcan y la mujer dormida a su lado como una odalisca sensual. ¿Los volcanes? “Se puede volver sentimental sobre ellos”, ironizaba Lowry.

De un jardín al otro: del Edén a los Qlipoth de los kabalistas, mundo de los caparazones, de las conchas y de los demonios. En Quauhnahuac, en 1986, descendimos por la calle Nicaragua siguiendo las huellas de un cónsul fantasmagórico que titubeaba bajo los efectos del mezcal. Paramos en las *cantinas*, visitamos la casa de Lowry (abocada a una próxima destrucción, se nos dijo), elevamos los ojos hacia el volcán, al atardecer tomamos una copa en el Casino de la Selva. Seguimos la carretera fatal de Tomalin. Enfilamos hacia Oaxaca, donde la desgarrada pareja conoció la felicidad y la separación, al pie de las ruinas del Monte Alban cargado de tormentas amenazadoras.

¿Se puede vivir sin amor? ¿Y se puede amar en un mundo sin dioses? [20] En la novela de Lowry, los tres personajes en busca de amor se encuentran para perderse mejor. El cónsul se consume de culpabilidad impotente mientras “están perdiendo la batalla del Ebro” y agoniza la España republicana. El eco de esta batalla perdida resuena como un reproche. Acompaña como un ruido de fondo la última jornada de sus fatales encuentros con Yvonne.

Ellos pierden la batalla. ¿Ellos? ¿Nosotros?

El siglo se juega ahí abajo, en la agonía de la España republicana.

Fin de jornada.

Viejo final de partida perdida, acabar de perder[21]

Yvonne muere sola, derribada y pisoteada por el caballo del señor del ejidal, marcado en la grupa con el número 7, cifra fatídica de suerte y desgracia. Un día de diluvio místico en Osasco, en la barriada de São Paulo, encontré un caballo semejante, tal vez era el mismo, enloquecido por los relámpagos, relinchando de terror, apretándose contra un murete, mientras un torrente se precipitaba por la callejuela de tierra roja.

Geoffrey muere solo, en un vertedero, en medio de las basuras, abatido como un perro por fascistas mexicanos que le tratan de "idiota bolchevique", de judío, de agente de las Brigadas Internacionales, de *escorpión*. Le llaman "Trotzky" en burla, por su barba y un vago parecido. Agoniza allí, mientras pierden la batalla del Ebro. Y en su muerte miserable resuena el anunciado asesinato de la calle Viena.

A la calle Viena, con su tumba desolada y sus muros ametrallados, volvimos en setiembre de 1986, flanqueados por nuestro guía alucinado. Pasamos de la avenida Londres a la calle Viena, del jardín paradisíaco al recinto carcelero carcomido por las malas hierbas. Algunas semanas antes, Jan van Heijenoort, el joven secretario y guardaespaldas del Viejo durante los años treinta, había venido a hacerse abatir en esta ciudad que había abandonado para alejarse de Leon y de Frida y volver a su pasión por la lógica matemática.

Van Heijenoort: un resucitado, llego para unirse, medio siglo más tarde, al círculo de espectros de la casa azul. Joven amante clandestino de la sulfurosa Frida, se alejó a tiempo, en 1939, para consagrarse al estudio de Bertrand Russell, de Frege, de Gödel. Ultimo superviviente de los ángeles guardianes de la casa azul, volvió en 1986, empujado por un "azar objetivo", para hacerse asesinar por su cuarta esposa, Ana María Zamora. En vísperas de Pascua, su suegro Adolfo Zamora, antiguo abogado de Rivera y de Trotsky, le había llamado a los Estados Unidos donde residía, rogándole que viniera con urgencia, porque Ana María amenazaba con matarse. Van Heijenoort se tomó la amenaza en serio. Sabía que era depresiva, y que estaba armada. "También me quiere matar a mí", confió a amigos americanos antes de partir. Pero fue fiel a su última cita. El día siguiente al viernes santo de 1986, el antiguo secretario de Trotsky fue abatido con tres balas mientras dormía. Su antigua compañera se mató con una cuarta bala disparada en la boca[22].

Es lo que llamamos dirigirse a la salida[23]

El México de Lowry era una especie de paraíso infernal o de infierno paradisíaco. Su libro quería ser "una profecía, una advertencia política" [24], un eco de las viejas profecías indias. El siglo XX mexicano comenzó con una gran insurrección campesina que puso al desnudo la barbarie escondida tras la dictadura positivista de Porfirio Díaz, de igual manera que el municipio de Canudos desveló la crueldad de las cruzadas modernas, y como el "populicidio" de la Vendée mostró a Babeuf la ferocidad de que sería capaz el orden nuevo.

De Canudos a la Cristiada, el contratiempo de la historia está acompasado por ambivalentes revueltas populares. Casi un siglo más tarde, el levantamiento neo-zapatista del 1 de enero de 1994 lanzó un nuevo desafío, frente a la brutal modernización del gran mercado de las Américas. Después de su larga marcha sobre México, el subcomandante Marcos volvió a las montañas de Chiapas, al igual que Zapata, tras haberse sentado en el sillón presidencial, volvió antaño a las colinas de Morelos.

El desvío por las herejías populares, brasileñas o mexicanas, me ayudó a comprender las roturas y las fracturas de los tiempos históricos, a cuestionar las ilusiones de un progreso de sentido único.

NOTAS CAPITULO 16

1. *Conforme pasa el tiempo*, canción de la película Casablanca. Francisco Louça la utilizó como título de un erudito libro, escrito en colaboración con Chris Freeman*: As Time Goes by. From the Industrial revolution to the Information Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 2001.

2. ¡Más tarde nos enteramos, divertidos, que Liddell, gran teórico de la defensa dinámica, resultó ser un primo lejano de Christophe Aguiton!

3. "*Pelón*": calvo.

4. Los indios *yakis* tienen fama de no haber sido nunca derrotados en sus conflictos con el Estado mexicano. Para detener una guerra interminable, Lázaro Cárdenas tuvo que negociar con sus jefes una *paz de los bravos*.

5. El grafista en que se inspiró Diego Rivera.

6. El asiento del copiloto (N de T)

7. *Mordida*: el precio de la corrupción, cuya práctica está muy extendida.

8. Ambrose Bierce, periodista y escritor norteamericano, famoso por sus cuentos y su *Diccionario del Diablo*. En 1913 fue a México y se unió al ejército de Pancho Villa; desapareció en 1914 en Chihuahua, sin que se supiera más de él. (N de T)

9. *Bronco*: rebelde e indómito como un caballo salvaje.

10. Túnica de Neso (Nessus): se refiere a la fábula del centauro que, en venganza, consiguió untar con su propia sangre la túnica de Hércules, que al ponérsela le quemó la piel hasta hacerle morir lenta y dolorosamente. (N de T)

11. Ver Charles Plisnier, *Faux Passports, op.cit*.; Élizabeth Poretski, *Les Nôtres*, Arles, Actes Sud, "Révolution"; Victor Serge, *Les Années sans pardon*, París, Maspero, 1971.

12. Sobre el papel de Aragon en este congreso de Járkov, ver sobre todo André Thirion, *Révolutionnaires sans révolution*, Arles, Actes Sud, "Révolution", 1999, y en particular el capítulo 18: "El congreso de Járkov o la mano de Moscú". Sobre Aragon, ver también el panfleto de Jean Malaquais, el autor *de Javanais, Le nommé Louis Aragon ou le patriote professionel,* París, Syllepse, reedición, 1998; y Dionys Mascolo, *Lettre polonaise sur la misère intellectuelle en France*, París, Minuit, 1957.

13. *Fisiller*, deformación (fonética) de "*fusiller*", fusilar. (N de T)

14. Seguidor de Babeuf: sinónimo de partidario de la igualdad absoluta entre las personas. Baboeuf murió guillotinado en 1797 por el Directorio, acusado de la "conspiración de los iguales". (N de T)

15. Entre ellos Natalia, Frida, Jan Frankel, Jan Van Heijenoort, Albert Goldman, y por parte de la comisión John Dewey, John Finerty, Otto Rühle, Francisco Zamora.

16. Leon Trotsky, *Les Crimes de Stalin*, París, Grasset, 1937.

17. El artículo de Trotsky, "Their Morals and Ours", apareció en junio de 1938 en la revista *New International*. La respuesta de Dewey apareció en *New International* en agosto del mismo año bajo el título "Means and Ens. Their Interdependence, and Leon Trotski's Essay on Their Morals and Ours". Si el fin es "deducible del movimiento histórico", concluye el filósofo, entonces la interdependencia entre fines y medios desaparece o, al menos, "está sumergida": "La elección de la lucha de clases como medio debe ser justificado sobre la base de la interdependencia entre fines y medios, por el examen de sus consecuencias efectivas, y no de manera deductiva. Las consideraciones históricas son ciertamente pertinentes para este examen. Pero el presupuesto de una ley invariable del desarrollo social no lo es. Una cosa es decir que la lucha de clases es un medio para alcanzar el fin de la liberación de la humanidad. Otra radicalmente diferente es pretender que existiría un fin absoluto de la lucha de clases que permitiría determinar los medios utilizables". En cierta manera, Dewey se muestra más intransigente que Trotsky sobre el principio de inmanencia.

18. Al diablo se le atribuye aspecto de macho cabrío. (N de T)

19. En castellano en el original. (N de T)

20. El amor imposible resuena como un leitmotiv en *Bajo el Volcán*. Ver sobre este punto Christine Pagnoulle, *Malcolm Lowry. Voyage au fond de nos abîmes*, Lausanne, L'Âge d`Homme, 1977. Ver también el hermoso artículo de Lucien Goldmann sobre la película de Jean-Luc Godard, *Le Mépris*: "¿Se puede amar todavía en un mundo sin dioses?".

21. Samuel Beckett, *Fin de partie* [1956], París, Minuit, 1989.

22. Ver Anita Burdman Feferman, *From Trotski to Gödel, The Life of Jan van Heijenoort*, Natick, A.K.Peters, 1993

23. Samuel Beckett, *Fin de partie, op.cit.*

24. Prefacio de 1948 a *Bajo el Volcán*.

Vientos de torbellino

"¡El mercantilismo estalla de júbilo, se alboroza el egoísmo, y los mejores hombres deben llevar luto. Es la contrarrevolución. Reina ahora un terror del término medio!"

Heinrich Heine

"Lo que está en cuestión, de alguna manera, es el futuro del pasado"

Paul Valéry

En enero de 1990, tuvo lugar en São Paulo la primera reunión de las secciones latinoamericanas después de los acontecimientos de Alemania oriental. Para entonces, la esperanza de renacimiento de un socialismo democrático en Europa del Este parecía ya muy comprometida. Los efectos de la caída del Muro de Berlín eran por lo menos contradictorios. Visto desde América Latina, era evidente. En una intervención, avancé la hipótesis de que la ruptura del catastrófico equilibrio de Yalta podría ser el preludio a una vuelta a las guerras en esta vieja Europa que, como se olvida demasiadas veces, conoció el mayor número de muertes violentas por metro cuadrado durante los dos últimos siglos. Asombrada por esta sombría profecía, una camarada mexicana preguntó: "¿Los *Balcanos*?"

Sí, los Balcanes…[1]

Aparte de las peregrinaciones internacionalistas, mi empleo del tiempo durante los años ochenta se repartió entre la universidad de Saint-Denis, la edición mensual de *Inprecor* y la dirección de la Internacional, cuya sede acababa de ser repatriada de Bruselas, tras el levantamiento por el gobierno Mauroy de las prohibiciones de estancia que databan de 1968.

Nuestro bonsai de Komintern se contentaba con un local de varias plantas, en la calle Godefroy-Cavaignac. El cosmopolita equipo se parecía tanto al ejército *brancaleone* como a los *Pieds Nickelés*[2]. John Ross, actual consejero de Ken Livingstone en la alcaldía de Londres, era un inglés sonrosado y mofletudo, salido de una novela de Dickens; melómano erudito, especialista en la sexualidad de los ratones, solía deambular con un maloliente *camembert* Lanquetot en el bolsillo de la chaqueta. Tom Gustafson, un entusiasta hombretón sueco, consultaba ávidamente su diccionario bilingüe para seguir las discusiones en francés. Livio Maitan, italiano exiliado en París, se consolaba del *calcio* apoyando con fervor al Paris-Saint-Germain de Dominique Rocheteau. Ernest Mandel y Charles-André Udry rivalizaban en capacidades, polemizando a golpe de estadísticas tomadas del *Financial Times* o de la *Neue Zuricher Zeitung*. Manuel Aguilar Mora, mexicano cinéfilo, esperaba impaciente a que acabasen las reuniones para correr a ver *La Última Mujer* (¡en la escena de la automutilación de Depardieu se levantó del asiento gritando y llamando a su madre!). Gerry Foley, un americano-irlandés, leía y hablaba una cincuentena de idiomas, que aprendía por ristras: había convertido su habitación en una especie de *igloo*, tapizado sólo de diccionarios. Cuando Ernest se lanzaba por una cascada de analogías históricas para marear la perdiz del presente, el "Moro" Miguel Romero amenazaba con abandonar la sala. Sakai el japonés se expresaba parsimoniosamente en un inglés básico, estallando en risas enigmáticas y en repentinas cóleras, acompañadas de ideogramas sacados de las viñetas del *Lotus bleu*. El círculo se ampliaba a veces con lacónicos neozelandeses y australianos[3].

Este pintoresco pequeño mundo recibió al cabo de los años el refuerzo del polaco Zbiegniew Kowalewski, sorprendido durante una estancia en Francia por el golpe de Estado del general Jaruzelski de diciembre de 1981, y del turco armenio Masis, que nunca conseguía saciar su hambre. Zbiegniew elaboraba, junto a Cyril Smuga, un *Inprecor* clandestino en polaco. Masis enviaba a Turquía folletos subversivos minuaturizados.

A pesar de los ridículos y de la tendencia megalómana a abrazar la dialéctica de la revolución mundial, este mini-Babel fue una excelente escuela de lenguas, de método, de escritura y de trabajo colectivo.

Alguien que se ponía a pensar más que maestro pensador[4], Ernest Mandel fue para nosotros un tutor teórico y un enlace entre dos generaciones. Aprendimos mucho de él, sin que se convertiese nunca en alguna especie de gurú autoritario, a la manera de Michel Pablo, de Juan Posadas, de Pierre Lambert o de Tony Cliff. El término "mandelismo", forjado por sus adversarios, nunca llegó a imponerse. Joven militante trotskista belga durante la guerra, formado por Abraham Léon[5], deportado político con diecisiete años, Ernest se esforzó durante los años cincuenta en pensar lo inédito de la época, en lugar de contentarse con vigilar piadosamente la herencia. Del *Traité d'économie marxiste* [Tratado de economía marxista], a comienzos de los años sesenta, al *Spätkapitalismus* [El capitalismo tardío] publicado en 1977, y a las *Long Waves* [Ondas largas], aparecido en inglés en 1980, se esforzó por esclarecer los misterios contemporáneos de la acumulación de un capital que, moribundo en el período entre guerras, daba muestras de recuperado dinamismo. Estar día a día al lado de Ernest era una fuente de conocimientos y una iniciación permanente a los fundamentos del marxismo.

Políglota, escribía casi indiferentemente en alemán, en inglés o en francés. Hablaba también una curiosa jerigonza de español trufada de italianismos. Pero decía soñar en flamenco, su lengua materna. Su influencia y su prestigio eran manifiestos en Alemania, en América Latina, en el mundo anglo-sajón. El desconfiado director de la *New Left Review*, Perry Anderson, le consideraba un interlocutor privilegiado[6]. A pesar del éxito de sus libros en ediciones de bolsillo, su notoriedad en Francia era menor. Mostraba sin embargo una cultura multidisciplinar muy superior a la de muchas mediocridades mandarines de efímero renombre. ¿No era lo bastante sofisticado, demasiado belga? En todo caso, demasiado extraño al medio universitario-mediático, a su suficiencia autárquica y a su frivolidad. Dificultad suplementaria: estaba catalogado como economista y dotado de una sólida cultura germánica, dos características poco compatibles con las ligerezas del espíritu mundano a la francesa.

Cuando trabajé a su lado, me inspiró más respeto que afecto. Como la Françoise de Proust, parecía a veces más generoso hacia la lejana humanidad que atento a sus allegados más íntimos. El diálogo no era fácil. Tan pronto administraba a su interlocutor una lección en forma de monólogo, como le sometía a un cerrado interrogatorio para recoger las informaciones que podían reafirmar su propia opinión. La relación no solía ser recíproca e igualitaria. Salvo con Charles-André, al que trataba con toda razón como su *alter ego* y heredero destinado a asegurar la sucesión.

Hombre de las Luces, confiado en las virtudes liberadoras de las fuerzas productivas, en los poderes emancipadores de las ciencias y en la lógica histórica del progreso, tuvo sin embargo la inteligencia de abrirse precozmente a la inquietud ecológica. Las novelas policíacas, la colección de sellos y los álbumes de animales formaban parte de sus *hobbys*. Ernest era un caso ejemplar de furioso optimismo de la voluntad, atemperado por un pesimismo intermitente de la razón: en su caso la revolución permanente prevalecía sobre la catástrofe permanente. Y la profecía socialista acababa (casi) siempre por derrotar a la barbarie.

Manejaba como un virtuoso una dialéctica histórica mezclada de positivismo y objetivismo sociológico. Esta dialéctica, demasiado formal para mi gusto, tendía a transformarse en truco retórico y en maquinaria para escamotear en el sentido de la historia universal las dificultades políticas de la coyuntura. Confrontado a acontecimientos que se integraban mal en los esquemas preconcebidos (la revolución nicaragüense o la guerra de Afganistán), Ernest esquivaba la dificultad invocando muchos antecedentes históricos y adoptando muchas precauciones teóricas, sin pronunciarse sobre la cuestión precisa. Este desgarro entre teoría y práctica era consecuencia de una vida militante demasiado tiempo minoritaria y confinada en los márgenes. En definitiva, con las debidas proporciones, tenía debilidades comparables a las que Abraham Joffe reprochaba con afecto a Trotsky en la carta de despedida escrita la víspera de su suicidio, en 1927.[7]

Ernest no era sin embargo un intelectual etéreo. Asumía plenamente, con abnegación, su parte de las servidumbres cotidianas. ¡Dedicó mucho tiempo valioso y mucha energía a inútiles correspondencias con interlocutores insignificantes, a polémicas minúsculas, o a buscar apoyos financieros! Tras su cordialidad belga, era capaz también de grandes cóleras épicas que hacían temblar las paredes.

Charles-André Udry era sin duda el más próximo a él, sin que hubiese entre ellos una relación de maestro a discípulo, sino más bien una especie de emulación en la carrera del saber. Esta afinidad no era fruto del azar. Ambos eran mestizos culturales, francófonos germanistas, impregnados de la cultura clásica del movimiento obrero alemán. Perteneciente a otra generación, Charles-André estaba más inclinado a la acción, dotado de un mejor sentido político y de una gran creatividad práctica. Junto a él es, sin duda, donde he aprendido más. Brusco hasta el punto de parecer a veces brutal, reprimía (mal) una sensibilidad delicada, una atención a los otros, una generosidad solidaria. Afectado por un perfeccionismo enfermizo, no ha producido todavía aquello de lo que sería capaz. A pesar de una perentoria seguridad de fachada, quedaba atenazado por la angustia de no hacer suficientemente bien, por un voraz deseo de seducir y recibir a cambio una aprobación tranquilizadora. Hemos pasado juntos noches enteras puliendo palabra a palabra textos que cayeron pronto en el olvido. He llegado a tomar notas de sus exposiciones y a darles forma, sabiendo que él mismo no lo haría con el pretexto de enriquecer y mejorar indefinidamente sus observaciones. Una exigencia tan excesiva acaba por transformarse en un elitismo involuntario, privando a los militantes de un material puede que imperfecto pero no menos útil.

Tal vez Ernest y Charles-André sean dos personajes sobredimensionados respecto a sus paises de origen. Convertidos en *footloose* predicadores de la revolución mundial, no han encontrado un campo de acción a la medida de sus capacidades. Bajo su impulso, abrimos en 1983 un Instituto Internacional de Investigaciones y de Formación (IIRF), instalado en Amsterdam, en Wilhelmparksweg, lindando con el Wondelpark y a dos pasos del museo Van Gogh. Se organizaban allí dos veces al año cursos internacionales de tres meses, alternos en inglés y en español. La sesión anglófona inaugural tuvo lugar en otoño de 1983. Las sesiones de primavera se destinaban en prioridad a los camaradas latinoamericanos. Estas estancias prolongadas reunían a grupos dispares. A militantes demasiado absorbidos por el activismo diario les daba la oportunidad de tomar altura, leer, reflexionar colectivamente, tejer amistades (y a veces amores) cosmopolitas. Todo ello bajo el liderazgo de Pierre Rousset y de Sally, su compañera filipina. Durante una década, han cuidado de estos lugares donde respiraban los espíritus subversivos, haciendo de directores de estudios, de gerentes ecónomos, y hasta de confidentes o confesores si era el caso.

Latinos, africanos, tailandeses, filipinos, dominicanos, descubrían con asombro la relajante serenidad de los canales, la riqueza de los museos, la tranquilidad ciclista de las orillas del Amstel. Se ratificaban así en la idea de que la Europa aburguesada no sería nunca el continente de las revoluciones: en el mejor de los casos, un gran patio trasero económico y cultural, con sus institutos y sus organizaciones no gubernamentales. Los momentos de relajo transcurrían corriendo por el Wondelpark, organizando partidos intercontinentales (¡mixtos!) de fútbol, comprando libros de ocasión en casa Van Gennep. Los brasileños anglófonos, que solían participar en la sesión de otoño, arropados en desgastados abrigos, se parecían al Caetano Veloso aterido, embutido en una pelliza, cuyo retrato adornaba la portada del disco *London*, grabado durante su exilio británico.

Hacia 1988, los vientos de la historia volvieron a arremolinarse. En México, la elección contestada de Salinas de Gortari anunciaba la recolonización del país y la apertura de una crisis política crónica. En setiembre, menos de dos meses después de las elecciones de julio y las movilizaciones contra el fraude electoral, tuvimos una reunión muy cerca de una hacienda encantadora, como salida de las leyendas de la revolución de 1911. Sergio Rodríguez presentía la importancia del cambio. En los paseos matinales en compañía del Moro, antes de un copioso desayuno de fríjoles y huevos *rancheros*, pronosticaba que la frustración engendrada por el fraude electoral[8] iba a provocar la aparición de núcleos de lucha armada. Menos de seis años más tarde, la insurrección neozapatista del 1 de enero de 1994 confirmaría estas previsiones.

En 1989, sin embargo, desgastados por los diez años de guerra civil impuestos por la *contra* con el apoyo de los Estados Unidos (una guerra que obligó a Nicaragua a dedicar a la defensa más de la mitad de su presupuesto), y minados por la corrupción, los sandinistas perdieron las elecciones. Esta derrota tal vez valiera mejor para el futuro que el mantenerse a cualquier precio en el poder por la fuerza de las armas. Agotadas y aisladas, las guerrillas salvadoreñas se vieron forzadas a negociar una frágil paz que sancionaba un punto muerto estratégico. En Brasil, Lula fracasaba por poco en su primer intento presidencial.

A posteriori, esta coincidencia de fechas parece muy elocuente. Ese mismo año 1989, el general cubano Arnaldo Ochoa y Tony de la Guardia fueron fusilados tras una caricatura de proceso. Había visitado Cuba en 1983, junto a Sophie, en el treinta aniversario del asalto del cuartel de Moncada. Como la mayor parte de los visitantes, quedamos seducidos por el país, por su historia, por la acogida de los cubanos, y sentimos el aliento todavía tibio de la revolución. Aunque el régimen cubano era incontestablemente autoritario y burocrático, conservaba una amplia legitimidad popular, a pesar de los años de bloqueo y de presión norteamericana. Cuba no era una especie de Rumanía o de Bulgaria tropical, ni Fidel, a pesar de sus accesos de megalomanía senil, un clon de Honecker o de Ceaucescu. Veinte años después, la isla seguía gozando entre la izquierda latinoamericana de un prestigio no exento de críticas. Ejercía un atractivo que nunca han ejercido sobre Europa occidental las dictaduras burocráticas de Europa oriental. Después de todo, no es culpa del pueblo cubano si el movimiento socialista internacional ha sido incapaz, desde hace más de cuarenta años, de romper su aislamiento, ni siquiera de imponer el levantamiento del bloqueo. El resto −la penuria, las colas, la *libreta*[9] alimentaria, el racionamiento y los privilegios− se deriva de ahí. Pero los métodos represivos, la censura explícita o implícita, el caudillismo burocrático, no son menos intolerables.

La lectura de las actas del proceso Ochoa-La Guardia, publicadas en Cuba por las ediciones del Estado, son abrumadoras, como lo son los testimonios de Ileana de la Guardia (la hija de Tony), de su compañero Jorge Masetti, o del comandante Benigno, compañero del Che en Bolivia[10]. La degeneración de una revolución no es lineal. Pasa por umbrales y por niveles. Joseph de Maistre, hablando con conocimiento de causa, decía que una contrarrevolución no es una revolución en sentido contrario, sino “lo contrario de una revolución”. No hay simetría entre el acontecimiento revolucionario y su negación. El proceso Ochoa fue la confirmación de una descomposición política y moral anterior. Sin renunciar a la solidaridad con Cuba frente a las amenazas y el bloqueo imperialista, no se podía caer en el error de los “amigos de la URSS”, que se quedaron silenciosos ante los procesos de Moscú con el cobarde pretexto de no aullar junto a los lobos. Viniendo de militantes solidarios, la condena de este tenebroso caso burocrático era más fiel al espíritu de Guevara y de la revolución que un silencio cómplice.

Junto a Gilles Perrault y un viejo militante libertario español, acudimos en delegación a la embajada cubana para entregar una petición exigiendo la liberación de Patricio de la Guardia, el hermano gemelo de Tony, en prisión por el único motivo oficial de no haber denunciado a su hermano. Cuando un ordenanza nos rechazó por el interfono, conseguimos colarnos dentro siguiendo la estela de una visitante. Una vez en el lugar, el invisible embajador, informado de nuestra intrusión, condescendió a enviarnos a su chófer con la orden de que rechazara categóricamente recibir el texto que pretendíamos entregarle. Gilles recuperó para la ocasión el tono del abogado que conocía por formación. Dejando solemnemente nuestro panfleto sobre una mesa, declaró que quedaba depositado en territorio cubano.

Como escribió Deleuze, era la hora del “cierre de los posibles”.

En otoño de 1989, el Muro de Berlín se derrumbó con un gran estruendo histórico. ¡Champán y Alka-Seltzer! Champán, para celebrar la muerte de un cadáver cuya descomposición corrompía desde hacía mucho tiempo el ambiente. Alka-Seltzer, porque los cascotes del muro no nos iban a evitar. Aunque habíamos combatido desde primera hora contra el estalinismo y sus avatares, no saldríamos indemnes de una derrota histórica del movimiento obrero y de sus grandes esperanzas. ¿Quién puede creer que la Historia, como un San Luis bajo su roble[11], acabará por hacer justicia?

En enero de 1990, Ernest Mandel intervino en la Mutualité en un mítin de la Liga sobre los acontecimientos de Alemania. Tras el largo paréntesis del estalinismo, vino a decir en sustancia, la revolución volvía a ponerse en marcha en el punto en que se había detenido con el asesinato de Rosa Luxemburg. Los comités ciudadanos de Dresde y de Berlín reanudaban la tradición de los consejos obreros de Saxe o de Baviera… Estos desahogos líricos dejaron desconcertados a muchos militantes. Se cruzaban miradas incrédulas y pasmadas. Pegado a su principio de esperanza, a su mitología, negándose a enterrar el mundo de ayer y a reconsiderar el compromiso de toda una vida, el "viejo" parecía bajarse en marcha de un tren con destino desconocido. Ese discurso ya no valía. Las palabrar flotaban y estallaban como pompas sobre un auditorio perplejo. Este patético mítin aparece después como el signo de una muerte anunciada[12].

En vísperas de la Segunda Guerra mundial, Trotsky podía todavía considerar el futuro de la Unión Soviética en forma de alternativa: o un relanzamiento democrático de la revolución, o el hundimiento final bajo un bombardeo de mercancías. De creer a Vassili Grossman, en *Vida y Destino*, una expectativa parecida debió existir en las horas extremas de la resistencia en el Stalingrado asediado. Pero no se piden cuentas a los vencedores, constata con amargura. Gracias al compromiso de Yalta, el régimen sobrevivió mucho más tiempo del previsto, sin restauración capitalista ni revolución antiburocrática, rodeándose de una zona protegida de Estados subordinados.

No desapareció sin embargo la esperanza de una auténtica revolución. Acechamos los signos más tenues: en las huelgas de Vorkuta y en el levantamiento de Berlín Este en 1953, en los consejos obreros de Budapest en 1956, en la Revolución Cultural china y la comuna de Shangai, en las huelgas de Gdansk y la creación de Solidarnosc. Pero el tiempo no es neutro. Algo se rompió en los años setenta. La "fuerza propulsiva de Octubre" estaba agotada[13]. El crecimiento extensivo burocrático se había vuelto insostenible. Tras las ambiciones conquistadoras de la época del Sputnik y del gran salto industrial de postguerra, el país se había atascado en sus contradicciones y se agotó en una absurda carrera armamentística, ilustrada por el episodio de la polémica sobre la instalación de los Pershing y de los SS-20. La curva de esperanza de vida, hasta entonces ascendente, empezó a caer a mediados de los años setenta. Pulverizada por el totalitarismo burocrático, la sociedad ya no era capaz de renovación. En pocos meses, las manifestaciones de Alemania oriental cambiaron la consigna "Nosotros somos el pueblo" (denunciando por contraste al innombrable: la burocracia despótica) por la más ambigua de "Nosotros somos un pueblo". La dinámica social se ahogaba en un redescubierto orgullo nacional. De igual manera que los slogans autogestionarios de Solidarnosc en Polonia −"¡Dadnos nuestras fábricas!"− se difuminaron pronto en la venalidad liberal: "¡Comprad nuestras fábricas!".

Siguiendo la contrarreforma de los años ochenta en Occidente, se impuso la atracción del fetichismo mercantil. La población liberada del yugo burocrático soñaba con un bienestar a la sueca. Nosotros pronosticábamos, por el contrario, una inserción dependiente y subordinada en el mercado mundial. Según la vieja ley, más actual que nunca, del desarrollo desigual y combinado, quienes creían acceder al primer mundo por el camino real del mercado se iban a ver *cuartomundizados*, con la prima añadida de los horrores de una acumulación primitiva mafiosa de capital. Ésta no es una razón, desde luego, para añorar unos viejos tiempos que no tenían gran cosa de bueno y un sistema social que en nada constituía un modelo deseable. Emponzoñado o apuñalado por la contrarrevolución burocrática de los años treinta, el ideal revolucionario había conocido una lenta agonía. Para que fuese posible volver a comenzar, hacía falta primero que llegase a su término.

"¡Vientos del Este!", celebraron algunos, confiados en el sentido de la historia y poco atentos a sus malas pasadas. ¿Vientos del Este? Vientos de torbellino, más bien. Y vientos de arena, como iba a mostrar, desde 1991, la primera guerra del Golfo y la expedición Tempestad del Desierto. Sólo era el primer episodio de una lógica de guerra que apostaba por un nuevo reparto del mundo y una redistribución de las alianzas, que la ruptura de los equilibrios de postguerra hacía posible.

En un libro aparecido en la primavera de 1989 con ocasión del bicentenario de la Revolución Francesa, algunos meses antes de la caída del Muro de Berlín y algunas semanas antes de las manifestaciones de Tiananmén, le hacía decir a mi indignada bicentenaria: "Habrá que reiniciar y revisar todo. Volver a discutir todo y volver a disputar todo. Volver a poner todo en juego, el pasado y el futuro. Sólo entonces habremos acabado con Termidor" [14]. Y en el libro sobre

Juana de Arco, aparecido en abril de 1991: “Se había anunciado el fin de la historia, como antes el fin de los tiempos. Y he aquí que el tiempo se eterniza y, rechazando quedarse en su final, la historia se rebela. Las viejas heridas supuran de nuevo. Y de nuevo, dolores y convulsiones presagian monstruosos alumbramientos. […] La guerra nos ha llegado de nuevo. O mejor dicho, nunca nos había abandonado. Siempre ha estado ahí. Se la llamaba fría. Sólo lo fingía. Fría en el centro, ardiente en la periferia” [15].

Fin del “corto siglo veinte”. Y continuación.

Los años 1989-1990 marcaron también un giro personal. Impedido para viajar por razones de salud, a falta de poder actuar, me puse a escribir.

Edwy Plenel dirigía entonces en Gallimard la colección “*Au vif du sujet*” [La base del problema]. Un fin de semana de 1987 en Juvanzé, en casa de Christine Daure y Christophe Aguiton, me propuso escribir un libro para el veinte aniversario de 1968. Yo no tenía ningún entusiasmo. El ritual decenal de los reencuentros sesentayochistas me exasperaba. Cuanto más se difumina el acontecimiento, más se inclinan sus cansados y saciados actores, con compasión y los ojos húmedos, sobre su difunta juventud, más levanta su copa la cofradía de los renegados, y más ironizan los arrepentidos sobre sus ingenuidades de antaño. Al cabo de los años, las ceremonias conmemorativas se parecen cada vez más a un carnaval de almas muertas.

Escribir no es un sacerdocio ni una razón de ser. Edwy, obstinado, volvió amistosamente a la carga con ocasión del bicentenario [de la Revolución Francesa]. En esta ocasión yo tenía una razón militante para aceptar. La conmemoración miterrandiana se anunciaba como un *show* consensuado, una gran reconciliación girondina, un reajuste cenagoso, con François Furet haciendo de termidoriano maestro de ceremonias. En lugar de abandonar el acontecimiento a la lúgubre celebración del recuerdo, resultaba tentador atizar las brasas y emprender una batalla por la memoria.

Escribir siempre es un problema. Para dedicarse a ello hace falta, decía Valéry, “tener curiosidad por la forma”. No siendo sociólogo ni historiador profesional, necesitaba una forma que permitiera conciliar la seriedad documental con la pasión polémica de la rememoración. Corriendo el riesgo de ser acusado de identificación megalómana, opté por una prosopopeya en primera persona. Hablando en presente, la Revolución carnal, bicentenaria indigna e indignada, al contrario que la República, su advenediza melliza, se niega a instalarse en su pisito amueblado, ceder a la rutina y a los espejismos de la promoción social. Rechazando su final, anunciado demasiado pronto, se considera resueltamente permanente e ininterrumpida. Esta opción formal permitía desfatalizar el hecho consumado, restablecer el sentido de las bifurcaciones, dar al relato su subjetividad estratégica y a la razón histórica su parte de emoción. “Remontar la pendiente del todo hecho”, habría dicho Péguy.

Durante la redacción de este ensayo, Edwy estuvo presente más allá de lo que implicaba su función de director de colección. En el papel de Sr. Ramírez[16], con un trapo-esponja sobre los hombros, prodigando al borde del ring sus consejos a un boxeador debutante, me bombardeaba con libros, me inundaba de documentos, iba de un lado para otro con un buen humor compartido[17],

Debo por tanto a la insistencia de Edwy y de Nicole el haber empezado a escribir, en 1988, cosas distintas a los folletos, artículos de boletines internos, textos de circunstancias[18], Escribir es una servidumbre más que una vocación. Obra siempre recomenzada, el libro roe la cabeza. Exige esfuerzos desmesurados para un resultado tan decepcionante como efímero. La sabiduría requeriría escribir sólo libros indispensables. ¡Precepto muy ecológico! Los bosques estarían mejor, las bibliotecas también.

Las ideas, como se sabe, suelen llegar corriendo o pedaleando. Como si a partir de un determinado momento la carrera permitiese vagabundear al espíritu. Como si el dulce roce del viento en los radios estimulase las ganas de dar brincos y de cabriolas.

Troté bastante aquellos años, a veces en compañía de Christophe Aguiton, en Brasil, en México, en los *stages*, y de forma más habitual en el Jardín Botánico. Mientras intentaba seguir sus consejos, regular las zancadas y economizar el aliento, me entretenía a chorro continuo

con su visión del mundo, de las nuevas tecnologías de telecomunicación, de los últimos avances estratégicos del general Lucien Poirier y de Jean-Paul Charnay, y de paso verificaba conmigo algunos proyectos increíbles. A la vuelta de Marruecos, donde había visitado a su futuro suegro Abraham Serfaty en la prisión de Kenitra, me contó un plan de evasión. ¡No hay problema! Con Christophe nunca hay problema. Aunque yo no veía muy claro a un equipo de nuestro servicio de orden jugando a las ratas del desierto marroquí con los esbirros de Hassan II pisándole los talones. No insistió.

Pero a Christophe, síntesis deportiva del profesor Cyclopède y de Géo Trouvetout, nunca le ha faltado imaginación[19]. Una idea lleva a otra. Basta con seleccionar. Esta efervescencia y esta energía desbordante le han hecho jugar un importante papel en la formación de los sindicatos *Sur*, en el lanzamiento de las marchas europeas de parados entre 1994 y 1997, en el desarrollo de Attac, en la organización de las contra-cumbres y de los foros sociales mundiales. De Quebec a Mumbai, de Tokio a Porto Alegre, de Bangkok al Cairo, todo el movimiento altermundialista planetario conoce a Aguiton.

Encontré sobre todo un placer cada vez mayor en las escapadas ciclistas con Sophie. En verano, partiendo de Bonnieux como campo base, nos gustaba partir a primera hora del día, bordear los acantilados de Lioux, subir hacia Sault por la granja fortificada de Javon, deslizarnos en medio de la lavanda y la retama, descender rápidamente por las gargantas del Nesque o el valle de Toulourenc, parar en el albergue de Savoillan o en el de Brantes, encaramado frente a la vertiente norte del Ventoux. Algunas veces seguíamos por el puerto de Murs para caer sobre Carpentras, las Dentelles de Montmirail, el puerto de Propiac, donde visitábamos a Thérèse y Gilles Perrault, que pasaban ahí sus vacaciones. O enfilábamos hacia el oeste, seguíamos al pié del pequeño Luberon por Oppède y Maubec, después, pasado el horrible nudo ferroviario y vial a la salida de Cavaillon, subíamos suavemente hacia Eygalières por la carretera Jean Moulin, antes de correr hacia Maussane.

Para excursiones más largas, nos gustaba cruzar la meseta de Valensole, la Camargue, el Hérault. Pero no tenían menos encanto los pequeños paseos alrededor de Bonnieux: descender la hondonada para tomar el café y comprar la prensa en Lourmarin, visitar a Jean-Paul Clébert en su nido de águilas de Oppède-le-Vieux[20], trepar por la ruta de los Claparèdes, dejar a la derecha los ramales de Buoux y de Sivergues, después el albergue de Regain, donde echó el ancla el viejo cinéfilo Morénas, con los tesoros de su cine ambulante, y continuar hacia Saignon por un pequeño camino (con olor a avellano). Al final de la ruta, encogido al pie del Mourre-Nègre, el encantador pueblo de Auribeau parece estar sumergido, a cualquier hora que se llegue, en una siesta permanente: el tiempo mismo parece estar descansando. El joven Olivier Besancenot pasaba ahí sus vacaciones familiares, ayudando a recoger la lavanda; en las elecciones presidenciales de 2002 fue el más votado, con un resultado récord del 38%: una excepción político-cultural a contra corriente del empuje lepenista en la Vaucluse.

En primavera o en otoño, recorríamos la Île-de-France: el valle de Chevreuse y Port Royal, el bosque de Compiègne donde fue capturada Juana de Arco, Giverny con los nenúfares de Monet invadidos de turistas y el pueblo de Chérence, colgando sobre los meandros del Sena. Cuando el fin de semana era favorable, cogíamos el tren para ir a la bahía de Somme, a Carantec a casa de Juliette Inizan y Vincent Jullien, a Belle-Île a casa de Muriel y Pierre Mesguich.

Gracias a la hospitalidad de Olivier Jullien y de Annie Sicre en Bois-le-Roi (donde se refugió Georges Bataille durante la guerra) tuvimos todo el tiempo del mundo para recorrer el bosque de Fontainebleau y las orillas del Sena: la margen derecha, por Héricy hasta Vulaines y la casa de Mallarmé, y la vuelta por la orilla izquierda, por el arrebatador pueblo de Samois, vibrando todavía con la guitarra de Django Reinhardt. Barbizon, desde luego, por la sinuosa carretera de los altos de la Sole, con los fantasmas de Millet, de Stevenson, de Trotsky, y la villa Les Marguerittes, donde pasó sus últimos años David Rousset. Más allá de Fontainebleau, nos gustaba bordear el canal, entre Moret y Moncourt, y las orillas del Loing, entre Montigny y Grez, o el valle secreto de la Orvanne hasta el molino de Flagy. Volviendo de Nargis o de Dordives, hacíamos un alto silencioso al pie del campanario, fantástico y destrozado, de Saint-Mathurin de Larchant. Leyendo a André Suarès me enteré de que durante la Edad Media fue “la iglesia de los locos”, una especie de “leprosería del alma” [21]: “Se llevaba a los locos a Larchant para Pentecostés. De Rouen a Dijon, y de Reims a la Loire, se iba recogiendo a los coléricos y a los melancólicos. La inmensa peregrinación de los locos se reunía en Montereau y en Moret; se formaban entonces afluentes de un único río […] En fin, la enorme serpiente de la locura, que

trepa y se tuerce por las carreteras, llega a Larchant". Esta locura habita todavía las piedras sueltas donde se posan extraños pájaros.

En estos paseos, entre dos canciones que ayudaban a coger la cadencia, trazábamos proyectos, añadíamos revueltas. Mientras rodaba, inventaba tramas filosófico-policíacas[22], abandonadas tan pronto como las concebía. Los libros escritos durante esta década deben mucho a estas escapadas ciclistas.

Llevado por mi impulso grafómano, entre 1989 y 1991 publiqué tres "ensayos de filosofía histórica": el de la Revolución Francesa, y los que tratan de Walter Benjamin y de Juana de Arco. La forma es la resolución de una duda. El *Sentinelle messianique* [*El centinela mesiánico*] exigía una escritura fragmentaria, dibujando un mosaico estrellado. *Jeanne de guerre lasse* [*Juana cansada de guerra*] imponía en cambio forma diálógica, en correspondencia con el "diálogo de la historia y el alma carnal" [23]. Sin perder su consistencia histórica, su densidad terrena y "terrosa", la Doncella, robusta hija del pueblo que sólo escuchaba sus propias voces, se convertía a su vez en una voz y en una presencia espectral.

Los tres libros componen una especie de trilogía sobre la historia y la memoria. Las *Tesis* de Walter Benjamin sobre el concepto de historia son la piedra angular. Sin tratarse de un proyecto bien definido, esta "crítica de la razón histórica" fue una especie de paso necesario, antes de volver de nuevo a la cuestión de Marx y de los mil (y un) marxismos.

NOTAS CAPITULO 17

1. En un libro publicado antes de la caída del Muro, escribí, interpelando a los sacerdotes termidorianos del bicentenario de la Revolución Francesa: “Vivís en la ilusión precaria del tiempo detenido, con el pretexto de que este viejo continente minúsculo, cortado en dos desde hace medio siglo, parece haber alcanzado un equilibrio definitivo. ¡La ilusión de la planicie y de la meseta! Os falta perspectiva. Conozco el precio de esta paz aparente, de esta paz de superficie. En menos de cuarenta años de guerras y de revolución, Europa ha sido el más dañado, el más transtornado, el más lacerado de los continentes. Y ya oigo los crujidos en sus contornos y los rugidos subterráneos en su centro”. (*Moi, la Révolution. Remembrances d’une bicentenaire indigne*, París, Gallimard, 1989).

2. *La Bande des Pieds Nickelés* [la Banda de los Holgazanes] la componían sólo tres personajes: Croquignol, Ribouldingue y Filochard, en una conocida historieta gráfica de los años treinta prolongada (con diversos autores) hasta los noventa. Sobre el ejército *brancaleone*, ver nota 10 del capítulo 12. (N de T)

3. Al cabo de los años, Janette Habel, Jacqueline Heinen, Penny Duggan, Claude Jacquin, Gilbert Achcar vinieron a reforzar el grupo. Xavier Langlade (el viejo cómplice de Nanterre), Michel Rovère, John Barzman (hijo del realizador hollywoodiense víctima del maccarthysmo), Vincent Kermel, fueron sucesivamente responsables de la edición de *Inprecor*. Durante toda la década, Nicole Geneste aseguró con eficacia la coordinación del conjunto.

4. Juego de palabras difícil de traducir: “*Mettre-à-penser*” (ponerse a pensar) y “*Maître-penseur*” (maestro pensador) suenan muy parecido. (N de T)

5. Trotskista belga, autor del libro de referencia sobre *La Conception matérialiste de la question juive* [La concepción materialista de la cuestión judía] (París, EDI, 1968), Abraham Léon murió en la deportación.

6. Cuando, a mediados de los años ochenta, Ernest dedicó varias semanas a redactar su ensayo sobre la novela policíaca, *Meurtres exquis* (París, La Brèche, 1996), Perry Anderson le envió indignados correos por dedicar su precioso tiempo a Hercule Poirot, cuando el marxismo se encontraba asediado por todas partes.

7. “Querido Leon Davidovitch, nos unen diez años de trabajo común y creo que también relaciones de amistad; esto me da derecho, en el momento de la separación, para decirle lo que en su caso me parece una debilidad […] Siempre me ha parecido que le faltaba esa inflexibilidad, esa intransigencia de la que dio pruebas Lenin, esta capacidad para quedarse solo en caso de necesidad y seguir en la misma dirección […] Usted siempre ha tenido razón en política, desde 1905, pero ha renunciado a menudo a la posición justa en favor de una unificación, de un compromiso cuyo valor sobreestimaba […] He querido decirle esto muchas veces, pero no me he decidido hasta el momento en que le digo adiós.” Sin duda, el Trotsky leninista hasta el exceso de los años treinta intentaba conjurar la presencia en él de ese doble.

8. Cuauhtemoc Cárdenas había sido escandalosamente privado de una probable victoria.

9. Cartilla de racionamiento que da derecho a los productos alimentarios básicos.

10. Ver Jorge Masetti, *La Loi des corsaires*, París, Stock, 1993.

11. Se refiere a la leyenda de Luis IX, San Luis, recibiendo las quejas de sus súbditos sentado bajo un roble, haciendo del rey francés el “inventor” de la justicia. (N de T)

12. Ernest Mandel murió en verano de 1996.

13. La fórmula fue empleada por el dirigente comunista italiano Enrico Berlinguer. Levantaba acta, a su manera y por sus propias razones, del cambio histórico.

14. Daniel Bensaïd, *Moi, la Révolution, op.cit.* Dos años más tarde, en 1991, antes de las nuevas guerras de los Balcanes, escribí de nuevo, en *Jeanne de Guerre lasse* (París, Gallimard, 1991): “No hay vestido irrompible, ni mapa definitivo. Las costuras acaban siempre por rasgarse, la tierra por sacudir sus fronteras mal trazadas. Un orden antiguo se deshace antes de que uno nuevo haya tenido tiempo de tomar forma. Esto nunca ocurre de forma amistosa. La vía de un nuevo equilibrio supone primero enormes desórdenes, guerras y revoluciones, que definirán las nuevas jerarquías de dominación y dependencia. No se desliza suavemente de una época a otra”.

15. *Jeanne de Guerre lasse, op.cit.,* p. 167.

16. Jose Luis Ramírez, boxeador mexicano que celebró en el año 1984 una pelea mítica contra Edwin Rosario, revancha de la corona mundial en peso ligero. (N de T)

17. Mi bicentenaria insumisa interpelaba irreverentemente a François Mitterrand, como maestro de ceremonias del bicentenario. A la entrega del manuscrito, la casa Gallimard exigió, siguiendo los consejos jurídicos del despacho del doctor Kiejman, un recorte de una veintena de páginas. He conservado esta orden de censura *soft* dictada por un celo cortesano, con los pasajes a suprimir subrayados. No se trataba de ceder, aún al coste de renunciar a la publicación. Edwy estuvo intratable y puso en la balanza su dimisión como director de la colección. En un solo fin de semana obtuvo el acuerdo de otro editor para publicar el libro con los cortes exigidos por Gallimar compuestos en letra cursiva. Este ridículo asunto llegó a oídos de Mitterrand. Y el libro apareció sin amputaciones.

18. Entre ellos la coordinación de tres manifiestos de la Liga. El de 1972*, Ce que veut la Ligue Communiste* [Lo que quiere la Liga Comunista] (París, Maspero, 1972) fue redactado en dos días y una noche en blanco por un pequeño equipo (Charles Michalait, Clovis Versa, Michel Rotman, Jean-Marc Rosenfeld y yo). Junto a Paul Alliès coordiné el de 1978, *Oui le socialisme* [Sí, el socialismo] (París, Maspero, 1978), una voluminosa obra que pretendía ser exhaustiva. El de 1991, *A gauche du possible* [A la izquierda de lo posible] (ed. La Brèche) respondía al cambio de período consecutivo a la caída del Muro de Berlín.

19. En 1984, estábamos encargados de organizar, en la Selva Negra, el primer campo europeo de organizaciones de juventud de la IV Internacional. Temiendo una incursión de militares franceses estacionados en la región, pusimos en pié un dispositivo de alerta y vigilancia, tanto de noche como de día, con torres de guardia y sirenas. El campo daba por un lado a una abrupta pendiente boscosa. Para economizar grupos de guardia, Christophe tuvo la idea de tender entre los árboles hilos provistos de petardos, cuya detonación daría la alerta en caso de intrusión. Hacían falta cientos de metros de hilo y centenares de petardos. Pasamos una jornada entera saqueando tiendas de artículos de broma en los pueblos de alrededor y esforzándonos en hacer comprender en un alemán básico lo que estábamos buscando. En vano, desde luego.

20. El escritor Jean-Paul Clébert, nuestro cuñado por alianza, se refugió en el Luberon mucho antes de que se pusiera de moda. En los años cincuenta, asustado por el éxito de su libro *Paris insolite*, se retiró a una granja.

21. André Suarès, *Idées et Visions, op.cit*.

22. Esparcí por *Jeanne de guerre lasse* algunas de estas sinopsis filosófico-policíacas.

23. Y el diálogo entre historia y memoria con que acababa el *Walter Benjamin*.

El enigma del *marrano*

"Este pueblo espectro"

Heinrich Heine

Somos supervivientes de segunda generación. Supervivientes de un "tiempo de lo monstruoso". La judeidad me cayó encima desde el nacimiento. Cuando el 29 de diciembre de 1943 la Gestapo vino a detener a mi padre por una denuncia, los hombres de cuero examinaron el sexo de mi hermana, que tenía diez años. Si hubiese tenido un pito circuncidado, se la habrían llevado. Mi prima Reine no tuvo esa suerte: se la llevaron en el convoy 87 junto a su hermano Roger y mis tíos Jules (su padre) y René. Ninguno regresó[1]. He crecido con estos fantasmas, con la sombra del judeocidio tras los talones.

¿Se consigue alguna vez escapar de los orígenes? Mi padre no tenía espíritu religioso. A punto de morir,señalaba con insistencia que no quería ni rabino ni "payasadas". Fue enterrado un día de *shabbat*, sin *kaddish* y sin otra ceremonia que los puñados de tierra arrojados sobre el féretro. Se empeñó sin embargo en hacerme circuncidar. En 1946 era un signo de fidelidad y de supervivencia, un desafío a la maldición milenaria. En la colonia de vacaciones, en la ducha colectiva, este prepucio orgullosamente desmochado me daba la impresión de atraer todas las miradas como un pábilo en la tormenta.

A pesar de la proximidad del genocidio, mis padres nunca pensaron en ahorrarme la marca de un apellido judío. En los años cincuenta, antes de la oleada de repatriados, los Benamou, Benichou, Benkimoun, Bensimon y otros no eran frecuentes. De manera que el exótico apellido Ben − judío, el hijo de− me hacía pasar muchas veces por árabe. ¡Irónica confusión de orígenes!

Hemos sobrevivido por tanto. ¿Hemos? Ese "nosotros" de incierta pertenencia habría podido disolverse con el tiempo en el gran juego de los mestizajes y las asimilaciones. La tragedia lo resucitó.

Teológicamente, no soy *casher*. Todo lo más, medio judío[2]. Pero no se puede escapar a la marca del apellido y de la circunscisión. Mi propia madre acabó por descubrir (o inventarse) lejanos orígenes judíos, probablemente imaginarios. El hecho es que tuvo que compartir la prueba del antisemitismo. En Oran, el simple hecho de casarse con un judío suscitaba el ostracismo en el autárquico círculo colonial de los metropolitanos. Se le predijo hijos anormales y una herencia sifilítica. Durante la Ocupación, tuvo que enfrentarse a la estigmatización y a la Gestapo. Tras la detención de mi padre, se debatió por parroquias y obispados para obtener el certificado de "no pertenencia a la raza judía" que salvó a mi padre de la deportación.

Mis padres siempre asumieron la judeidad sin vergüenza ni negación, pero nunca tuvieron la menor expectativa en el Estado de Israel. Mi padre se alegró, me parece, de la expedición franco-británica a Suez. No recuerdo sin embargo haberle visto manifestar nunca la menor arabofobia. Había crecido en Mascara, en medio de jóvenes árabes, y mantenía con sus clientes de origen magrebí una tácita connivencia. Mantenía, en cambio, una distancia circunspecta hacia las solidaridades tribales y los códigos familiares que su hermana menor, mi tía Julie, llamaba pomposamente "las conveniencias". El jueves, después de hacer provisión de café y aceitunas en la cooperativa de bodegueros, y de haber comprado cangrejos y caracolillos para la *kemia* dominical, visitábamos a mi tía Georgette, que había quedado enferma por las secuelas de la deportación. Ella reinaba en la trastienda de su taberna, con un

espeso moño negro azabache recogido en una redecilla: no habría sorprendido verla escrutar una bola de cristal. En cambio, la vidente de la familia (reconocida como tal en las páginas amarillas del listín) era mi otra tía, Mimi, viuda del otro tío deportado, René. Dueña de un garito o algo así después de la guerra, se había establecido como vidente justo en el momento en que había empezado a perder la vista.

En el corazón de un barrio equívoco del centro de la ciudad, donde el pequeño comercio ilícito bordeaba el proxenetismo común, el bar de Georgette ("Chez Jules", en recuerdo de su marido deportado) se convirtió en el lugar de cita de primos, primas, tías, parientes próximos o lejanos. Al desembarcar de Oran después de la independencia, o de Fez donde se habían refugiado, reconstruían allí el archipiélago familiar. Con una pizca de desdén, mi padre llamaba a este areópago gregario "el sindicato".

Outsider en su propia tribu, él no era judío ni por religión ni por adhesión comunitaria, sino por fidelidad y por desafío. Hablaba poco de su internamiento en Drancy, y rara vez de sus hermanos deportados. Pero llevaba, de forma ostensible, una cadenita con la estrella de David. A la menor palabra oída en el mostrador que oliese a antisemitismo, exhibía su estrella amarilla de Drancy, guardada al alcance de la mano en la caja registradora. Sin decir una sola palabra, la ponía delante de las narices del energúmeno, conminado a retractarse de inmediato si no quería aterrizar vapuleado en la cuneta. No habiendo superado siquiera el certificado de estudios [primarios], su principal lectura diaria era *L'Équipe*. Casi no llegué a verle con un libro en las manos, a excepción de *Aguas mezcladas*, de Roger Ikor, o del *Último de los Justos*[3].

Era un judío no judío, sin renegar y sin pánico identitario. Jean-Claude Milner le habría calificado de judío inauténtico, o de "judío de negación", por oposición a la supuesta autenticidad del "judío de afirmación". De vuelta, esta jerga heideggeriana de la autenticidad continúa jugando malas pasadas. En ruptura con la comunidad, mi padre no tenía nada del judío advenedizo, apegado a las vanidades del mundo, siempre dispuesto, según Benny Lévy, a caer en el campo de la canalla, como esos *conversos* convertidos en inquisidores[4].

Debí heredar esa pertenencia negativa. No tenía la menor idea del Kippur, de Pessah o de la fiesta de las velas. Pero la consigna paterna era estricta: no dejar pasar nunca una palabra antisemita sin reaccionar. Más valía arriesgarse a un infortunio que ceder sobre este principio.

Esta intransigencia se extendía al combate contra todos los racismos y todas las xenofobias. De adolescente, fui formado por una generación de judíos de Europa central y oriental que habían conocido las persecuciones, la guerra, el judeocidio. El comunismo representaba para ellos la consecuencia lógica del cosmopolitismo de las Luces y la esperanza de una respuesta al fin hallada a la obsesiva "cuestión judía". Habían combatido en las Brigadas en España, o en las filas de la MOI y de las FTP durante la Resistencia[5]. Lo habían hecho como proletarios (sombrereros, sastres, zapateros), como comunistas, bundistas u opositores de izquierda, y no (o no sólo) como judíos.

Las genealogías electivas valen más que las herencias soportadas. Nuestros padres espirituales se llamaban Abraham Léon, Hirsch Mendel, Isaac Deutscher, Ignace Reiss, Joseph Berger, Meyer Shapiro, Ernest Mandel, Abimaël Glückstein (Tony Clift), Jacob Moneta, Léopold Trepper, Henri Curiel. Remontándose más lejos en el tiempo, se llamaban Heinrich Heine, Moises Hess, Karl Marx, Rosa Luxemburg, Lev Davidovitch Bronstein, Abraham Joffe, David Riazanov… ¡Una hermosa galería de antepasados! En equilibrio inestable entre su medio original y su inclinación hacia lo universal, estos judíos descreídos, estos mutantes, quisieron creer obstinadamente en la emancipación internacionalista. Fueron segados en su ímpetu: "La decadencia de la Europa burguesa ha obligado al judío a abrazar el Estado-nación: es la consumación paradójica de la tragedia judía" [6].

Durante los años ochenta, cuando el concepto de totalitarismo iba ganando terreno, (re)descubríamos a Antelme, Rousset, Primo Levi. Algunos comenzaron entonces a asombrarse de que la primera generación de supervivientes hubiese podido relativizar la singularidad del genocidio, disolviéndola en la masa de los crímenes nazis, reduciendo así lo inédito a lo ya conocido, como para protegerse del inquietante enigma de un acontecimiento inaudito[7]. Se ha reprochado a Ernest Mandel haber comparado los campos de concentración con otros crímenes (como las masacres coloniales) e intentado explicar la tragedia específica

por un encadenamiento causal revelador de un sistema consagrado a las racionalizaciones instrumentales fragmentarias. Confrontado al nazismo victorioso, Trotsky habría abierto el camino a este tipo de interpretación, al constatar sumariamente que “la civilización capitalista vomita una barbarie no digerida”.

Para estos hombres de las Luces debía resultar difícil admitir un elemento antropológico irreductible a las relaciones sociales históricas. En cambio, podían asociar el análisis histórico de la “deshumanización” con la reificación capitalista, con el divorcio entre la técnica y las emociones, con la rutina administrativa del trabajo parcial, con el “contrato de indiferencia mutua” característico de la sociedad mercantil, o con una lectura psicoanalítica de las neurosis contemporáneas. Estaríamos así mejor preparados para afrontar la “repetición de lo monstruoso”, o lo que Gunther Anders denomina el “destino de la monstruosidad” [8].

Los judíos internacionalistas supervivientes del desastre rechazaban, y es comprensible, ser reducidos al papel de víctimas. Querían tomarse su revancha sobre quienes habían pretendido clavarles contra su voluntad al muro de una pertenencia religiosa o étnica, someterlos al destino y a la desgracia de la raza. Pretendían escoger ellos mismos el terreno y las armas de su combate por la especie humana. Tras un oscuro fin de siglo, su profesión de fe humanista y su principio de universalidad pueden parecer ingenuos o irrazonablemente optimistas. Pero no eran menos legítimos.

Sirviéndose del carisma de Paul Newman, la película *Exodus*[9] tuvo un gran impacto entre quienes éramos adolescentes a finales de los cincuenta. Atormentados por la culpabilidad occidental del genocidio, algunos jóvenes “franceses de origen” se vieron tentados a hacer su *allya* [migración] a la nueva frontera defendida por los *kibbutzim* en armas. Como reflejo de una literatura maniquea y edificante de postguerra, era fácil identificarse con los buenos *cow-boys* intrépidos, asediados por pérfidos *indios*-palestinos. El nuevo éxodo parecía poder conciliar la supervivencia al genocidio y la aventura socialista. Suscitó vocaciones.

La Juventud Comunista Revolucionaria, creada en abril de 1966, contaba en sus filas con una parte desproporcionada de jóvenes militantes de origen judío. Fue la generación de los Recanati, Cyroulnik, Najman, Cucharts, Harrari, Rzepsky, Rubinstein, Landau, Czalcsinsky, Milewsky, Rogozinsky, Pieckny, Weisgal, Zeliksonn, Maler, Rotman, Baruch, Meyer, Rosenfeld, Rosvègue, Rosenzweig, Mikhaïlovitch, Blum, Roterdam, Barsony, Tauber, Treiner, Johsua, Chaouat, Hassoun, Slyper, Dreyfus, Trat, Godchau, Sidi, Cohen, Bénichou, Samary, Bortein, Weber, Krivine…

Se atribuye a Annie Kriegel la ocurrencia de que las discusiones en la dirección de la Liga no se hacían en *yiddish* por la única razón de que yo era sefardí[10]. La verdad es que los judíos orientales eran entonces, en la extrema izquierda, una ínfima minoría, por lo general de origen egipcio: los hermanos Lévy entre los maoístas, los hermanos Johsua, el psicoanalista Jacques Hassoun, Gérard Chaouat o Jacques Stambouli en la Liga. Algunos estaban vinculados por tradición familiar al comunismo egipcio, representado por la gran figura de Henri Curiel[11].

Esta importante componente de origen judío entre la juventud rebelde de los años sesenta no es ningún misterio sociológico. En su mayor parte eran hijos e hijas de supervivientes. En otras circunstancias, habría habido entre ellos muchos(as) candidatos(as) al *Cartel Rojo*, a convertirse en Marcel Rayman o Thomas Elek en ciernes. Probablemente sea uno de los secretos de la intrépida motivación que animaba a nuestro servicio de orden de los años setenta. Nuestra guerra no había acabado.

En 1967, sólo un año después de la fundación de la JCR, la Guerra de los Seis Días puso a dura prueba el internacionalismo juvenil de esta generación. Hubo pocos casos de compromiso voluntario en la defensa de Israel. Estas defecciones fueron excepcionales. En plena crisis, invitamos a Nathan Weinstock a dar una conferencia en la calle Rennes sobre su libro, *El Sionismo contra Israel*[12], que acababa de aparecer. La sesión fue tumultuosa. Intransigentes contra el antisemitismo, salimos todos de ahí resueltamente antisionistas, profundamente convencidos de que, lejos de ser incompatibles, ambas cosas iban a la par. Era, en resumen, mantenerse fiel a los sufrimientos judíos, negándose a transformar a su vez a los palestinos en pueblo paria. No podíamos prever todavía el asedio de Beirut, la suerte inflingida a la población de los territorios ocupados, la colonización de Cisjordania, ni la construcción de un nuevo muro

de la vergüenza. La prueba de la Guerra de los Seis Días fue constitutiva en nuestra educación internacionalista y en nuestra visión del mundo.

Alimentados por un universalismo refractario a las nostalgias comunitarias, pretendíamos escoger nuestro combate, en lugar de sufrir la fatalidad de los orígenes. La "cuestión judía" nos parecía, si no resuelta, al menos llamada a disolverse poco a poco en la lucha de clases y en la fraternización general. Aunque, recluída en el espacio privado de las relaciones familiares, reaparecía no menos subrepticiamente entre nosotros en forma de *private jokes* [bromas privadas] y de historias judías, guiños y connivencias, que exasperaban a quienes se sentían excluídos de estas complicidades indefinibles. En 1969, Pierre Rousset regresó muy motivado de una estancia en los campamentos palestinos. Insistía en nuestra responsabilidad decisiva para contribuir a romper el mito comunitario del sionismo. Su inflamado discurso fue acogido con miradas divertidas y sonrisas cómplices. Desde luego, estábamos convencidos de antemano. Pero una voz cáustica preguntó irónicamente: "¿esto es lo que queréis romper?" Pierre no apreciaba este humor en segundo grado. La emprendió contra estos lazos afinitarios de los que se sentía excluído.

En la época del imperialismo y del colonialismo, el antisemitismo racial se sitúa en la lógica de los racismos modernos. A pesar de los *pogroms*, el sionismo se mantuvo minoritario entre los judíos de Europa central mientras subsistió una esperanza de liberación social. La prueba del genocidio hizo de Israel un Estado refugio. La creación de un "Estado judío", étnico y teocrático, basado en el derecho de sangre, fue considerado desde su fundación, tanto por Isaac Deutscher como por Martin Buber, como un mortal callejón sin salida. Franz Rosenzweig o Walter Benjamin buscaron una tercera vía entre asimilación y sionismo, para un judaísmo en diáspora o en "disimilación". El propio Freud se mostró reservado ante el proyecto de Herzl, temiendo el "fanatismo irrealista de [nuestro] pueblo" y rechazando "la ilusión de una esperanza injustificada" [13]. Es verdad que todo eso fue antes de la gran catástrofe.

Constituirse en Estado-nación y territorializarse a contratiempo (en el momento en que los Estados-nación declinan bajo el impulso de la mundialización mercantil, cuando se multiplican diásporas y mestizajes) es una trampa que lleva en germen el anuncio de nuevas tragedias. Isaac Deutscher vio con amargura en Auschwitz "la terrible cuna" de la nueva nación judía, el acontecimiento (re)fundador de una "comunidad negativa" nacida de la persecución. Le resultaba doloroso pensar que "la identidad judía y su continuidad" debía su nuevo contrato vital al exterminio: "Hemos visto renacer al fénix de la judería de las cenizas de seis millones de judíos, ¡vaya resurrección!"[14]. Maxime Rodinson subrayó por su parte la paradoja de un judaísmo conservado por el antisemitismo y por el sionismo político moderno, que es en parte su consecuencia. La creación del Estado de Israel cristalizaba de nuevo una identidad en diáspora, que tendía a decaer, a falta de base coherente, cultural, social o incluso religiosa: "No creo que haya motivo para alegrarse" [15].

Erigida en memoria de Estado, la memoria judía se hizo tristemente selectiva. La cultura del exilio y de lo errante, sustraída del poder estatal, comenzó a petrificarse en historia oficial y en razón de Estado. La reconstrucción de una historia mítica para un pueblo superviviente de la historia tendía a justificar un cierre de filas comunitario y a reforzar una identidad genealógica basada en un arcaico derecho de sangre. A no ser que, por una desvío crítico, el trabajo de los historiadores israelíes sobre los orígenes del Estado de Israel venga a llenar un día el gran agujero negro cavado en la memoria judía.

Por suerte, para mantener el hilo de otro relato posible, hubo los Spinoza, Heine, Marx, Freud, Rosa Luxemburg… ¡y tantos "otros heréticos"![16] Por suerte, contra el egoísmo de la elección, tan fácilmente reversible en maldición, hubo su impulso de exuberante universalidad, demasiado expansivo para poderse contener en el estrecho espacio del sionismo y en su mortífera huída hacia delante.

En opinión de Benny Lévy, el ateísmo judío sólo fue un triste subterfugio para ennoblecer la ignorancia de "la irremisibilidad del ser judío". Tuvo sin embargo gloriosos antecedentes,

comenzando por Bernard Lazare, ese “ateo rutilante de la palabra de Dios”. Internacionalista ateo, nunca me he sentido judío ni por la raza, ni por la religión, ni por la lengua. Pero lo he sido, en cierta medida y hasta cierto punto, por solidaridad incondicional, no hacia un Estado perecedero, sino hacia aquellos y aquellas que fueron perseguidos bajo este nombre. Por la historia, en definitiva. Todo lo contrario de la inmovilidad sin historia, reivindicada hoy día por los nuevos místicos, para quien todo está ahí desde el principio, en toda la eternidad. Este éxtasis de los orígenes pretende de hecho conjurar la revuelta política contra la fatalidad del mundo. Se alimenta de la decepción por una historia que habría traicionado las promesas que imprudentemente se le habían achacado. “¡Nada de visión política del mundo! ¡Nada de historia! ¡Nada de dialéctica! Todo está ahí desde el principio […] Basta sólo con el retorno” [17].

¡Las nuevas directrices no podrían ser más claras!

Haciéndose comunistas, muchos habían esperado reparar el daño particular que se les había hecho integrándose en el movimiento de emancipación universal, borrar el estigma impuesto con la elección voluntaria del combate común. Las cosas ocurrieron de otra manera. La expresión de Marx de que el judaísmo se ha perpetuado no a pesar de la historia, como anacronismo, sino por la historia y por sus tragedias, se ha confirmado de forma siniestra.

Con el genocidio nazi, esta historia tomó un rumbo imprevisto, desafiando las ilusiones beatas en un progreso de sentido único. La persistencia de un antisemitismo burocrático en la Unión Soviética quebró paralelamente la confianza en porvenires internacionalistas. Movilizando contra ellos los viejos rencores chovinistas, el régimen estalinista hizo de los judíos (sobrerrepresentados en el aparato de Estado) los chivos expiatorios del resentimiento y de las frustraciones populares. Se había querido creer que el enigma de la cuestión judía estaba resuelto, o a punto de serlo. No ha dejado de reaparecer y de envenenarse.

Al definir a este pueblo sin Estado como un “pueblo-clase”, Abraham Léon intentó dar carne al espíritu y resolver la ecuación *péguysta* del “alma carnal”. Restablecido en su realidad histórica, este “pueblo-clase” parecía abocado a disolverse lógicamente en la sociedad sin clases. Léon no excluía sin embargo la posibilidad contraria, que pudiera realizarse la pretensión sionista de fundar un Estado. Al margen de cuáles fueran las intenciones de los padres fundadores, no se trataría ya de un mítico “renacimiento nacional”, sino de un nacimiento nacional a contratiempo y a contracorriente, llevando consigo los gérmenes de nuevas tragedias. La realización del diseño sionista sería así el producto monstruoso de un momento monstruoso de la historia humana. Medio siglo después de su fundación, Israel no se ha convertido en el refugio anunciado, sino en el lugar del mundo donde los judíos están más amenazados.

En la tradición de las Luces, también Trotsky esperaba una solución socialista a la cuestión judía. Presintiendo el desastre, reconocía con tristeza, en una entrevista concedida en 1937 a un periódico americano: “Durante mi juventud, tendía más bien a pensar que los judíos serían asimilados en sus respectivos países y que la cuestión judía desaparecería de manera casi automática. El desarrollo histórico del último cuarto de siglo no ha confirmado el pronóstico”. La cuestión no se arreglaría ni por la asimilación forzosa, ni por la edificación de un gigantesco *ghetto* nacional, cuya insustancialidad quedó mostrada por la siniestra farsa burocrática del Birobidzhán[18]. La fundación de un Estado judío constituiría en cambio un camino peligroso, con el espectro de un nuevo Massada[19] en el horizonte. La puerta por la que podía aparecer el Mesías era aún más estrecha de lo que se imaginaba.

Una pequeña minoría revolucionaria judeo-árabe de Palestina se opuso valientemente a la partición de 1947, Todavía recuerdo la desolada sensatez del veterano trotskista palestino, Jabra Nicola, advirtiéndonos contra posibles ilusiones sobre las virtudes del nacionalismo árabe: en la región, insistía, las relaciones de dominación eran reversibles; la comunidad judía, instalada hoy en el papel de colonos opresores, podía encontrarse un día en el papel de una minoría nacional oprimida en el seno del mundo árabe. Por difícil, por lejana, por incierta que fuera, la única solución internacionalista pasaba por tanto, en un plazo, por la autodeterminación de todas las comunidades nacionales y por su coexistencia voluntaria en el seno de un Estado plurinacional[20].

Nuestra hostilidad a definir un Estado por una sustancia religiosa o étnica no nos llevó a adular al nacionalismo palestino, con quien éramos activamente solidarios. A diferencia de un

Alain Geismar (reciclado después en los gabinetes ministeriales de la izquierda plural) exhibiendo el *keffieh*, nunca nos ha tentado disfrazarnos de *fedayin* para hacer del Barrio Latino una "zona liberada". Por razones tanto estratégicas como morales, estábamos convencidos de que no habría victoria militar del movimiento palestino sin división del bloque sionista y sin fracturas en la propia sociedad israelí. Esta convicción venía reforzada por la valerosa experiencia de nuestros camaradas israelíes de Matzpen. En aquella época de demagogia maoísta, nuestra sutil dialéctica de lo universal y lo particular nos valió ser acusados, tan pronto de tibieza hacia la causa de los oprimidos, como, y todavía peor, de indulgencia con la colonización sionista.

¡Terrible *double bind*[21]! ¡Aplastante doble sospecha! Para unos, el antisionismo político, opuesto a la ocupación y a la colonización de Palestina, era sospechoso de antisemitismo racial. Para otros, el reconocimiento de un hecho nacional israelí era sospechoso de complacencia colonial.

En 1982, la guerra del Líbano, el asedio de Beirut y las masacres de Sabra y Chatila fueron un punto de inflexión en la región y en el movimiento de solidaridad con la causa palestina[22]. Por primera vez tuvo lugar en París una manifestación de judíos contra la guerra en el Líbano. Aunque consciente de la ambigüedad que supone para un internacionalista ciudadano del mundo manifestarse "como judío", acudí igualmente, sin prevenir a mis camaradas. Me parecía eficaz una protesta que permitía disociar judaísmo y sionismo, judíos y Estado de Israel: al tocar la fibra de la mitología comunitaria, resultaba más molesta para las autoridades sionistas que una manifestación izquierdista diez veces más numerosa, y más difícil de descalificar invocando un antisemitismo solapado. Mostraría por otra parte a los militantes árabes vinculados a la causa palestina que no se trataba de un conflicto religioso sino de un conflicto político, cuyas líneas de división traspasaban las fronteras comunitarias. En esta manifestación, en la plaza de Ternes, me encontré con Marcel-Francis Kahn (uno de los iniciadores) y Alexandre Minkowski, pero también, con gran sorpresa por mi parte, con algunos militantes de la Liga que se habían hecho el mismo razonamiento y quedaron aliviados al verme.

El problema se planteó de nuevo, a medida que los sucesivos gobiernos israelíes se dedicaban a confesionalizar y etnicizar el conflicto de Oriente Próximo para negar la cuestión palestina como cuestión nacional y despolitizar el derecho de los palestinos a un Estado soberano. Su deseo explícito sería que la figura misma del palestino, constituída por medio siglo de resistencia y reconocida internacionalmente por los acuerdos de Oslo, se diluyese de nuevo en la indiferenciación del "mundo árabe", o en el claroscuro de los movimientos islamistas. En Francia, el llamamiento de los representantes comunitarios judíos a "identificarse con el Estado de Israel", su pretensión de hablar en nombre de todos los judíos, transformados a su pesar en cómplices de Sharon y de sus crímenes, nos llevó, a comienzos de la segunda Intifada, a una toma de posición colectiva "como judíos" [23].

Algunos años antes no habría podido imaginarme que un día adoptaría semejante actitud, reivindicando la legitimidad de un origen para justificar una toma de posición política. Hizo falta, para ello, un deterioro sensible de las relaciones de fuerza y un profundo retroceso de la conciencia política. Muchos de los firmantes de estos textos experimentaron las mismas reticencias y los mismos escrúpulos. El criterio de eficacia se impuso finalmente sobre las dudas. El eco que tuvieron estas iniciativas acabó por justificarlas. Permitieron a centenares de firmantes salir de su cavilación individual, para expresar colectivamente el rechazo a ser asociados contra su voluntad con las exacciones del Estado israelí en los territorios ocupados, el rechazo a que el judeocidio sirviese de excusa para una política de colonización, de conquista y de *apartheid*[24].

"¡No en nuestro nombre!". Adoptando estas posiciones, no "aunque", sino "porque" éramos judíos, quisimos romper la imagen del consenso comunitario y ayudar a los militantes árabes, confrontados al ascenso del integrismo, a subrayar el carácter político, y no religioso o racial, del conflicto. Apareció también un llamamiento simétrico de militantes de origen árabe residentes en Francia, condenando firmemente "cualquier desviación racista o confesional, en Oriente Próximo o en Francia" [25].

¿Se puede definir una “identidad judía”? ¿Se trataría del simple reflejo de uno mismo en la mirada del otro, de la consecuencia de ser “tenido por tal” o de considerarse como tal? ¿Del resultado de una lejana elección mítica? Spinoza desenmascaró hace mucho tiempo esta impostura, mostrando que esta elección “consiste [para los judíos] sólo en la felicidad temporal de su Estado y en las ventajas materiales”. Por mi parte, no deseo sentirme elegido, ni para compartir los beneficios de esta elección, ni para soportar la aplastante responsabilidad de que los judíos deberían ser mejores que el común de los mortales.

El destierro que soportaron Uriel da Costa y Spinoza planteaba ya el espinoso problema de saber por dónde pasan las fronteras de la judeidad y quién está habilitado para trazarlas. ¿Quién decide sobre las pertenencias? ¿Quién es juez? Algunos han respondido a este embarazoso dilema anexionándose al filósofo blasfemo: “A pesar de todo es de los nuestros, lo quiera o no”. ¡Una doble jugada que permite sacar prestigio del miembro que se amputa! Otros, en cambio, prefieren delimitar estrictamente el círculo de la pertenencia.

Para Lévinas, los judíos sin práctica que se creen ateos “siguen siendo judíos a pesar de todo”. No se puede huir de su condición. ¿”Irremisibilidad” del ser judío? ¿Implacable destino, sellado por el origen? Freud admite estar ligado al judaísmo con un vínculo difícil de definir, que no es “ni la fe, ni el orgullo nacional”[26] ¿Ni comunidad nacional, ni comunidad religiosa? ¿Acaso una tribu cultural, difícil de circunscribir, por encima de las diferencias lingüísticas, rituales y territoriales de la dispersión? “Una religión con algunos de los caracteres de una etnia”, respondía Maxime Rodinson: fórmula confusa, a imagen de ese errante “pueblo espectro”, que para Heine fue “el símbolo melancólico de la humanidad”.

Tal vez esta identidad paradójica se encuentre en la figura emblemática del *marrano*, católico sin fe, judío por elección pero sin saber, ser hendido y desgarrado, dedicado a perpetuar un judaísmo adulterado por la obsesión del secreto y atormentado por sus dudas contenidas. Una vez liberados de la persecución, tras haber conocido el universalismo cristiano, los *marranos* ya no reconocían su propio rostro. Se habían vuelto mutantes, judíos no judíos, despedazados entre una pertenencia comunitaria exclusiva y la apertura a una humanidad universal, entre un formalismo de la fidelidad y una infidelidad aún más fiel. Este secreto les hacía vivir bajo un estandarte falso. Pertenecían sin pertenecer, y vivían dolorosamente este pertenencia despertenecida, y este aprendizaje de una libertad moderna.

Lo que fascina en la figura del *marrano* imaginario es su doble identidad sin duplicidad, su desdoblamiento sin desgarro, el paso de un mundo y de una época a otra. Esta ambivalencia, refractaria a las raíces y a los arraigos. Esta fisura íntima. El problema, del *marranismo* es cómo salir de él sin renegar, encontrar, en el paso y en el tránsito, una salida que no sea ni una vuelta a un sí idéntico, ni una adhesión a la causa de los vencedores: una escapada hacia el tercio excluído, una entereza para hacer vivir un texto bajo el texto, e incluso otro bajo el sub-texto. Una aptitud para llevar a cabo este juego de escondite que escapa a las identificaciones policiales y tiránicas. Hubo sin duda, y probablemente todavía haya, muchos comunistas *marranos*.

El *marrano* apresurado es paciente, obligado a falsear sin cesar, a pensar contra sí mismo, a llamar a su otro, sin poder nunca descansar en la comodidad de una tranquila reconciliación. Con él, la herencia se vuelve problemática. Una herencia sin modo de empleo, sobre la que está obligado a tomar una decisión, dice Derrida, resistiéndola para mejor probarla. Esta dialéctica de la infiel fidelidad se opone a cualquier fantasma de pureza, a cualquier cierre de filas comunitario, a toda integridad y a todo integrismo. Tal vez así el *marranismo* político conduzca a una salida, entre los pánicos identitarios y la diversidad indiferenciada del cosmopolitismo mercantil. A un internacionalismo reinventado.

Hasta los *Espectros de Marx*, yo había leído a Derrida de forma intermitente, según la inspiración del momento. Debería haber sentir mucho antes las señales de lo que podíamos compartir sin saberlo, más allá del exilio de una Argelia próxima y lejana: la experiencia de la discordancia y del contratiempo, la lógica de la espectralidad, la curiosidad hacia el *marrano* “en ruptura de pertenencia”. Derrida no cree ni por un segundo que este asunto del *marrano* se pueda archivar sin más. “¿Y si no sólo Spinoza sino el propio Marx hubiese sido un *marrano*, una especie de inmigrado clandestino?”

Paciente, el *marrano* es también impaciente.

Con lentitud.

Y actúa a largo plazo.

NOTAS CAPITULO 18

1. Mi tío Jules habría muerto en Dachau. El rastro de mi tío René, reputado rebelde y camorrista, se pierde desde su llegada a la prisión Saint-Michel en Toulouse, donde habría sido apaleado hasta morir por los hombres del Obersturmführer Karl-Heinz Müller. Marcou, el hermano pequeño de Reine y de Roger, que tenía diez años cuando la redada, consiguió escapar a la vigilancia de los gestapistas. En recuerdo de su hermano mayor muerto durante la deportación, puso a su primer hijo el nombre de Roger. Este primito bromista y despabilado se suicidó en el verano de 2003. Tal vez tenía escondida en lo más profundo la herida de haber sustituido a su tío desaparecido.

2. De Montaigne a Proust, el caso de los grandes bastardos culturales merecería un estudio especial.

3. Novela de André Schwarz-Bart, premio Goncourt en 1959. (N de T)

4. Benny Lévy, *Être juif*, Lagrasse, Verdier, 2003.

5. FTP-MOI: *Francs-tireurs et partisans - main-d'œuvre immigrée* (Francotiradores y partisanos – mano de obra inmigrada) fueron las unidades comunistas de la Resistencia francesa, activas contra los nazis y contra el régimen de Vichy desde 1942 (N de T)

6. Isaac Deutscher, "*Qu'est-ce qu`être juif*?" [¿Qué es ser judío?], en *Essai sur le problème juif*, París, Payot, 1969.

7. Ver Norman Geras, "Les marxistes face à l`Holocauste", en *Le Marxisme d'Ernest Mandel*, París, PUF, "Actuel Marx", 1999. Enzo Traverso se ha dedicado después a una interpretación antropo-histórica de la violencia nazi: *La Violence nazie. Une généalogie européene*, París, La Fabrique, 2002.

8. Se supone que los monstruos no se reproducen ni se repiten. La inversión de la excepción y la regla banaliza la monstruosidad. Sobre esta inversión, ver Richard Matheson, *Je suis une légende*, París, Folio, nueva ed. 2001.

9. Película dirigida por Otto Preminger en el año 1960, basada en la novela de Leon Uris. Trata del intento de hacer llegar a Israel, en un barco mercante, a cientos de judíos de campos de refugiados en Chipre, y las dificultades que oponen las autoridades británicas. (N de T)

10. La ocurrencia de Annie Kriegal subvalora el papel en la dirección de la Liga de Gérard Verbizier, Jean Métais, Alain Bobbio, Pierre Rousset.

11. Sobre Henri Curiel, ver la soberbia biografía de Gilles Perrault, *Un homme á part*, París, Barrualt, 1984.

12. Nathan Weinstock, *Le sionisme contre Israël*, París, Maspero, 1967.

13. Carta del 26 de junio de 1930.

14. Isaac Deutscher, *Essai sur le problème juive, op.cit.*

15. Maxime Rodinson, prólogo a *La Conception marxiste de la question juive*, de Abraham Léon, París, EDI, 1968.

16. Ver Yiriyahu Yovel, *Spinoza et autres héretiques*, París, Seuil, 1991.

17. Benny Lévy, *Être juif, op.cit.*, p. 115.

18. En 1928, Stalin creó en el extremo de Siberia, junto a la frontera china (en una región muy despoblada y peligrosa, en condiciones extremas), un *Oblast* autónomo para asentar a los judíos de la Unión Soviética. Algunos miles de judíos se trasladaron a la región, pero su presencia siempre fue minoritaria. (N de T)

19. Massada, escenario de una batalla mítica para los judíos, que resistieron heroicamente a la invasión romana (un equivalente a Numancia). (N de T)

20. Ver Michel Warschawski, *Israël-Palestine, le défi bi-national*, París, Textuel, 2001, seguido de un comentario crítico de Elias Sanbar.

21. Literalmente, “doble vínculo”, o “doble costreñimiento”. Se refiere a la situación de una persona que recibe mensajes diferentes o incluso contradictorios. Se ha aplicado a la descripción de la esquizofrenia. (N de T).

22. Este punto de inflexión fue destacado en una resolución del Comité Ejecutiva de la IV Internacional, redactada en colaboración con el libanés Gilbert Achcar y el israelí Michel Warschawski.

23. Este llamamiento publicado en *Le Monde* del 18 de octubre de 2000, fue firmado entre otros por Francis Kahn, Rony Brauman, Pierre Vidal-Naquet, Marie-Claire Mendès France, Gisèle Halimi, Daniel Singer, Laurent Schwartz, Stanislas Tomkiewicz, Hubert Krivine, Maurice Rajfus, Michel Löwy, Janette Habel, Michèle Sibony, Pierre Khalfa, Samy e Isaac Joshua, Henri Maler, Richard Wagman, Olivia Zemor, Eyal Sivan. Recogió varios centenares de firmas.

24. Sin ninguna concertación previa, llamamientos similares aparecieron en Gran Bretaña, Canadá, los Estados Unidos, Australia. De forma paralela, se formó también, a iniciativa de Richard Wagman, Michel Sibony y de un pequeño núcleo militante (en el que estaba Jean-Claude Meyer en Estrasburgo) una valiente Unión de Judíos por la Paz, minoritaria pero muy activa.

25. Aparecido en Le Monde el 19 de noviembre de 2000, este llamamiento fue firmado entre otros por Adonis, Tahar Ben Jelloun, Fahti Ben Slama, Djamel Bouras, Mohammed Harbi, Camille Mansour, Amir Rikabi.

26. Ver David Bakan, *Freud et la tradition mystique juive*, París, Payot, 1977.

La gimnasia de los posibles

"Intentando explicar el presente por medio del pasado, se reconoce al mismo tiempo cómo el pasado se vuelve inteligible por el presente y qué luz toma en cada nueva jornada; nuestros fabricantes de manuales nunca hasta ahora lo han sospechado. Creían que los actos de la historia de la revolución estaban ya cerrados, y ya habían pronunciado su juicio definitivo sobre los hombres y las cosas."

Heinrich Heine

"Sólo una inteligencia rara puede imaginarse que la revolución social sea una conclusión, un cierre de la humanidad en la beatitud de los sosiegos muertos. Sólo una ambición ingenua y malvada, idiota y solapada, puede querer hacer concluir la humanidad con la revolución social. Sólo una temible supervivencia religiosa puede querer enclaustrar la humanidad. El socialismo, lejos de ser definitivo, es preliminar, previo, necesario, indispensable, pero insuficiente. Es anterior al umbral. No es el fin de la humanidad. Ni siquiera es el comienzo."

Charles Péguy
De la raison

No sé qué coincidencias me llevaron, a finales de los años setenta, a interesarme por la *kabbala* y la mística judía. Tal vez fue la lectura de la *Crítica del lenguaje* de Fritz Mauthner. Una lectura lleva a otra, y encadené con Scholem, Benjamin, Landauer, Rosenzweig, Bloch, Lukàcs, Tucholsky. La pista Benjamin remontaba a Blanqui y a Péguy, la de Péguy se cruzaba con la de Georges Sorel y Bernard Lazare. Tanto como a la contingencia de los encuentros, esta constelación obedecía a una necesidad escondida. Mi curiosidad era sin duda la señal de un desconcierto teórico, en un momento en que las confiadas certidumbres de los primeros compromisos estaban sometidas a ruda prueba. Ante el hundimiento de los horizontes de espera, necesitábamos un materialismo aleatorio, aliado con las sutilezas de la razón mesiánica.

Fue un momento de renovación. El reto estaba en desenredar las nociones de utopía, de mesianismo, de esperanza, para desembarazarse de esta "*esperancitis*" que Gunther Anders reprocha a Ernst Bloch. Hacía ya mucho tiempo, Spinoza había visto en la esperanza una alegría inconstante, "nacida de la imagen de una cosa futura o pasada cuya salida se tiene por dudosa".

Fue también el tiempo en que muchos, con el proyecto roto, volvieron al redil comunitario. Amigos cercanos, casados por lo civil, experimentaron la tardía necesidad de pasar por la sinagoga. Internacionalistas decepcionados se pusieron a busca de unas raíces. Rebeldes cosmopolitas se hicieron con una genealogía identitaria. Benny Lévy, antiguo "Gedeón"[1] de la Izquierda Proletaria, se fue a meditar a una *yeshiva*[2]. Viejos comunistas vencidos y decepcionados habían efectuado ya antes este amargo retorno. Stéphane Barsony, veterano de las Brigadas Internacionales, cansado de haber recorrido los escarpados caminos del desencanto, se esforzó en el crepúsculo de su vida por encontrar en el Estado de Israel las circunstancias atenuantes mínimas en las que mal que bien creer él mismo. ¿Por qué, se preguntaba con un delicioso acento húngaro y un humor chirriante, sólo los judíos tienen que demostrar que valen más que los otros?

Al sumergirme en una literatura judía, tenía sólo la preocupación de comprender una tradición y una cultura que me resultaban extrañas. Quería confrontar con esta exploración el racionalismo de las Luces con otras vías del conocimiento. Remontando en el tiempo siguiendo

las huellas de Gabriel Albiac o de Yormiyahu Yovel, descubrí el sincretismo de los *andalusíes*, las sutileza de la Disputa de Barcelona, la insumisión de Uriel da Costa y el tranquilo furor de Spinoza[3].

En el umbral de los años ochenta, navegando por las aguas espesas y turbias de un presente opaco, atrapados en sus capas aceitosas, éramos atraídos hacia el fondo por los fantasmas del siglo. No eran espectros sonrientes, sino amargos aparecidos, cargados de decepciones y de resentimientos. Habíamos querido cerrar el terrible paréntesis de su gran teatro de la crueldad. Nos despertábamos de repente sobresaltados por los malos sueños de una memoria atormentada. Para escapar a la prueba del desastre, la época se esforzaba en soltar lastre.

No más pasado, no más dias siguientes. No más esperas, no más "sueños hacia delante".

¡Deprisa, deprisa[4]*!* ¡Vivir deprisa!

Tal vez ya no era medianoche en el siglo, sino un venenoso atardecer, que se rarasaba voluptuosamente en un fulgor de sacrificio. Sacrificio de Marx. Sacrificio del comunismo. Fin anunciado de la historia. Fin de partida.

En estos tiempos de contrarreformas y de restauraciones, al igual que para Blanqui después del aplastamiento de la Comuna, sólo el capítulo de las bifurcaciones parecía todavía abierto a la esperanza. A condición de que el intempestivo mesías de Benjamin viniese a despertar a Marx de un largo sueño dogmático y arrancarlo de las pesadillas estalinianas.

El juego de pistas benjaminiano iba descubriendo poco a poco un paisaje de pensamiento (Blanqui, Péguy, Sorel, Proust) desconcertante para un marxista ortodoxo. Para el Péguy socialista y militante, el supuesto sentido de la historia no podía servir para desentenderse de una imperiosa responsabilidad, aquí y ahora. No podía sustraernos, en nombre de leyes históricas abstractas, de la cita del presente. No se puede escapar del temible deber de decidir (se) de forma falible, humana, carnal. Al riesgo de perderse. El socialismo no es una tierre prometida, un juicio final, un fin último y enclaustrado de la humanidad. Está "antes del umbral", inclinado sobre lo desconocido, en la inquietud del presente y en la "potencia del disentimiento histórico".

Exhumadas por Benjamin de la gran hibernación de las bibliotecas, las "bifurcaciones" estratégicas de Blanqui dejaban entrever otra relación entre historia y acontecimiento, regla y excepción, repetición infernal de la catástrofe e irrupción mesiánica de lo posible. Contra un materialismo planamente determinista, su crítica feroz del positivismo se apoyaba en los atomistas y en su "materialismo subterráneo del encuentro". Después de haber intentado moler la singularidad del acontecimiento en los poderosos engranajes de la maquinaria estructural, el último Althusser había descubierto, también él, el "milagro del clinamen"[5]. Con el riesgo añadido de ceder a la tentación inversa: un fetichismo del acontecimiento sin historicidad, la página en blanco sobre la que el presidente Mao pretendió diseñar a su manera una humanidad absolutamente nueva, la "tabla rasa" en la que toma su revancha el "idealismo de la libertad". La política de la revolución tiende entonces a confundirse con la teología de la revelación.

Mi curiosidad por la insumisión de Juana de Arco, por los milenarismos medievales cuyo eco transmite, por los "cristianos sin Iglesia", por las transgresiones de Sabbatai Tsevi y de Jacob Frank, por los rebeldes apasionados de Canudos o de la Cristíada, han contribuído a despertarme una particular sensibilidad a la impaciencia de las herejías populares.

Se trataba de encontrar, en paralelo a la relectura de Marx, las categorías que permitieran afrontar una gran crisis de los tiempos modernos. Sin las resistencias de primera hora a la contrarrevolución estalinista, la oscuridad de la historia se habría vuelto absolutamente desesperante. Para escapar a la angustia de su implacable lógica, había que arrancar de los escombros del siglo los materiales de las reconstrucciones futuras. El concepto benjaminiano de historia invierte el sentido de las esperas. Ya no esperábamos al Mesías. Éramos nosotros los esperados. Dotados de una "débil fuerza mesiánica" de liberación, nosotros respondemos a

la espera[6]. Toma forma una nueva temporalidad histórica, en el diálogo entre la historia y el alma pagana, en la tensión dialéctica entre la historia y la rememoración, entre las pretensiones judiciales del tribunal histórico de siniestra memoria y las incertidumbres de la memoria, entre las derivas periodísticas de la historia historiada y las tendencias novelescas de la memoria, entre las miradas vacías de la historia monumental y los ojos en brasas de la memoria amorosa, entre la manía coleccionista de la historia anticuaria y los recuerdos selectivos de una memoria olvidadiza.

El simple transcurrir de duración homogénea no puede ser el lazo causal entre lo que precede y lo que sigue. El orden de sucesión no es un orden suficiente de inteligibilidad. Para avanzar, hay que saber volver atrás. Retroceder para saltar mejor. Volver a poner el pasado en juego. Dar una nueva oportunidad a los vencidos de ayer y de siempre. Contra la historia completamente hecha, "hecha de antemano", liberar el "haciéndose" del "todo hecho".

Los vencidos tienen una larga memoria. A veces, sólo tienen eso. Es la única oportunidad que les queda para escapar al expolio de los vencedores y para desafiar la infernal repetición de las derrotas. Sólo su fidelidad a los antepasados esclavizados puede invertir todavía el sentido de los signos, salvar a la tradición amenazada por el conformismo, y salvar al estilo de los aburguesamientos de la moda (que es, precisamente, un estilo dominado por el conformismo),

La racionalidad instrumental se ha empeñado en vaciar al tiempo de sus bultos mesiánicos, en disolver las sorpresas del acontecimiento en las regularidades relojeras. Ha pretendido desencantar el espacio, reducido a su fría medida geométrica. La política del acontecimiento arremete contra esta pesada cadena del tiempo abstracto. Al igual que el amor, que se conjuga en presente, la revolución es un "puro presente sin mezcla", que se vuelve hacia el pasado para descifrar los presagios de lo posible. Tanto en la insurrección como en el enamoramiento, hoy es "el instante que vuela a la velocidad de una flecha". Mientras surca el aire, "el instante no podrá petrificarse".

Ni la débil fuerza mesiánica burocratizarse.

El triste final del siglo XX quedará como un tiempo de *bodas de ceniza*[7] y de acontecimientos sin proyección. La proclamada muerte del comunismo no fue en realidad más que la segunda muerte de un cadáver, descompuesto hacía tiempo. ¿Cuál es, exactamente, ese cadáver? ¿Qué vacío deja tras él? ¿Y si el parásito burocrático no desapareciese hasta no haber corroído hasta el hueso el cuerpo que laboriosamente destruye? Es la ambigüedad y el enigma de esta muerte en dos tiempos: por lejos que se retroceda, no se pueden recordar ya unos buenos viejos tiempos por los que suspirar.

No crecimos pegados a la tranquilizadora masa de una montaña mágica, a ningún Sinaí protector, santificado por el rayo divino. Como si lo consumado fuera irreversible. Como si nunca hubiera necesidad de recomenzar. Como si lo que ya estaba hecho fuera definitivo. Era subestimar el poder de eliminación y de devastación perfeccionados en la reacción estalinista, poderosa hasta el punto de poner en peligro no sólo el acontecimiento de Octubre, sino también el propio nombre de Marx, y volver inaudible su estruendo ensordecedor. Sartre consideraba, con algo de imprudencia, que el comunismo era "el horizonte insuperable de nuestro tiempo". Se negaba a pensar la época de otra manera que como "la época de la cuestión comunista". En los años ochenta, por una cruel trampa de la sinrazón, el capital parecía convertirse a su vez en el horizonte insuperable de todos los tiempos. La historia amenazaba con desaparecer −y con ella la política, desde luego− en la desolación de la eternidad mercantil.

No se podía hacer como si no pasase nada, como si se tratase de un pasajero eclipse de los posibles, como si todo debiera, ineluctablemente, fatalmente, volver a ser como antes. Pero el desastre no nos podía sorprender. Habíamos pronosticado desde hacía mucho tiempo la asfixia mortal de una economía de mando burocrático. Aunque habíamos subvalorado sus consecuencias duraderas. Habíamos querido creer que las cosas retomarían tranquilamente su curso interrumpido, que sonaría la hora de una gran renovación socialista, y que la historia acabaría por hacer justicia a los últimos de sus justos.

Habíamos prestado poca atención a la advertencia de Engels de que “la historia no hace nada”. Tal vez habíamos subestimado lo que es una restauración. Mucho más que una anulación, que un restablecimiento, que una vuelta al punto de partida. Confrontado con otra restauración, Hegel se consolaba con la idea de que la reacción nunca llegaría siquiera “a ensuciar con un poco de fango los cordones de las calzas del coloso”, y aún menos a desatar y quitar sus zapatos alados. Nuestro oscuro fin de siglo ya no creía tanto en las ilusiones del progreso y en el sentido de la historia como para permitirse semejantes subterfugios teológicos.

¿Qué nuevo comunismo podían preparar estos desmoronamientos y hundimientos? ¿Fin de la historia o fin de sus grandes ilusiones? La corrosión o el simple desgaste del tiempo no podría aniquilar por sí sóla la fuerza profética de un acontecimiento tal que otros acontecimientos resurrectores lo restablecerán necesariamente en memoria de los pueblos, como sólo un comienzo es capaz de escuchar a otros comienzos[8]. Este es sin duda el secreto del silencio helado que siguió al estallido del socialismo realmente inexistente. No se trataba de un magnífico amanecer, de esos que iluminan de pronto una mañana llena de promesas. Sino de una agonía crepuscular, que no anuncia ninguna “nueva manera de comenzar”.

Habíamos llegado por tanto a la inquietante hora en que parece cerrarse la estrecha puerta de lo posible. En que la revolución se convierte en el nombre de este acontecimiento inconstante que no ha querido venir, o que −peor aún− se ha presentado bajo la forma de su propio desmentido. Tal vez ese punto extremo del desencanto era también el instante precioso del saber roto y del asombro, a partir del cual todo vuelve a ser posible; el de un despertar proustiano, propicio, en la lúcida frescura de un alba incierta, para una lectura más espabilada de Marx.

¡Feliz acontecimiento!

¡Buena nueva mesiánica!

No la del confort en algún cálido albergue, tras una marcha agotadora. Ni la de un *happy end* de la Historia universal. Sino la de una partida gozosa en el rocío de una mañana soleada; la de una puerta de nuevo entreabierta a otros mundos posible.

El acontecimiento hace un corte profundo en las oscuras venas del tiempo. Sin él, el futuro sólo sería un pasado estirado, prolongado, eternizado, “que se arrastra interminablemente por la larga ruta estratégica del tiempo” [9].

Desde que la resignación al orden inmutable de las cosas se ha impuesto sobre la voluntad de cambiarlo, profetas y mesías tienen mala prensa. En la celebración prosaica del hecho consumado, se han convertido, en el mejor de los casos, en sinónimo de infantilismos ilusos, en el peor, de aspiraciones totalitarias. Pero a pesar de la confusión corriente, el antiguo profeta no es ni adivino, ni brujo, ni mago. Es el que empuja las puntas del presente en las desconocidas bifurcaciones del futuro.

De igual manera, las predicciones históricas de Marx no expresan pronóstico científico, sino proyecto o hipótesis, siempre susceptible de fallar. A diferencia del oráculo griego, esta profecía estratégica, como las del Antiguo Testamento, es siempre condicional.

Tomadas de Blanqui, de Proust, de Benjamin, las nociones de espera, de sueño, de rememoración, de bifurcación, componen una nueva representación de la historia. Asocian la necesidad de las determinaciones históricas con la contingencia del acontecimiento, y permiten comprender al vuelo la oportunidad de una coyuntura. Ya no se trata de profecía mítica o religiosa, sino, en la distinción establecida por Hermann Broch, de una “profecía lógica”. De un arte de las relaciones de fuerza, de las mediaciones y del contratiempo.

Esta profecía profana es política de arriba abajo, y no una utopía. Hostiga al presente en nombre de la tradición amenazada. No promete un futuro garantizado en forma de destino. Alerta en condicional sobre la probabilidad de una catástrofe, que todavía hay tiempo de conjurar.

Acabaremos mal si…

Pero esto (todavía) puede arreglarse…

El profeta es ante todo un aguafiestas que no deja dormitar en paz. Su impaciencia mesiánica es una vigilancia, una vigilia, una guardia, la experiencia plenamente actual de un futuro anunciado, que tarda y no llega; el contrario exacto, por tanto, del aburrimiento ante la monótona repetición de los trabajos y los días. Porque no hay un solo instante "que no lleve consigo su oportunidad revolucionaria", aunque sea ínfima, frágil e insignificante[10].

Los tiempos mesiánicos, cuando un viejo orden se rompe sin que el nuevo haya todavía tomado forma, son necesariamente destemplados. Son propicios para los rumores, los prodigios, los surgimientos. Propicios también para los charlatanes, los magos matutinos, los mercaderes de pociones y de ilusiones. Propicios al fin a las presencias espectrales y a las apariciones mesiánicas. Éste es el secreto de Juana: una pasadora, un enlace, entre dos épocas, entre dos sexos, entre dos formas de creencia, entre dos prácticas de la guerra. Es el secreto de su fuerza espiritual y de su debilidad carnal, inextricablemente mezcladas: "El pasado muere y renace en cada generación. En estos tiempos sacudidos por las poderosas corrientes de lo irracional y de lo inconsciente, es lógico que el espíritu humano se sienta más cercano a Juana de Arco, en mejores condiciones para comprenderla y apreciarla: Juana ha vuelto hacia nosotros, traída por la marejada de nuestra propia tempestad" [11].

Es también el secreto de la melancolía de Saint-Just, de su silencio y su mutismo, cuando comprendió que lo necesario y lo posible no coincidían.

Cuando los asuntos cotidianos toman la delantera, cuando se vuelve a formar el mal pliegue del hábito, cuando la revolución aburguesada se instala en los pisitos amueblados de la república, cuando la llama del acontecimiento se convierte en ceniza burocrática, héroes y mesías caen fatigados, y los centinelas de ojos enrojecidos por la vigilancia tienden a adormilarse. Experimentan un aplastante desánimo, el mismo que embargó al Moisés de Vigny llegando a Canaan. El de Juana, caída en tierra, aplastada por su armadura, bajo las puertas cerradas de Compiègne. El de Uriel da Costa, colocando en su sien el elegante pistolón y dejando a la comunidad de los rabinos la carga de su suicidio blasfemo. El de Saint-Just, encerrado en el silencio definitivo de la noche termidoriana. El de Guevara, desafiante, en una escuela perdida de Bolivia, donde el asesino vino a matarlo. Cuando se vuelve a cerrar las batientes de lo posible, estos desánimos individuales son melancólicos,.

Antes de Orléans, Juana ya sabía, y lo decía, que duraría "un año, no mucho más" . También ella tenía prisa. Ardía con la devoradora impaciencia de los heréticos. Porque "la herejía es también una forma de impaciencia" [12].

"Yo, la Revolución", "Juana harta de guerra", "Walter Benjamin, centinela mesiánico" parecen alejados de Marx. Se trataba −los datos lo demuestran− de un camino paralelo, para volver mejor a la cuestión del comunismo, por el camino agreste de las herejías, por el desvío de la racionalidad mesiánica, por el escarpado sendero de una lógica del acontecimiento.

En nombre de los encadenamientos factuales, la historia historiada, escribana del hecho consumado, exonera a los termidorianos de sus responsabilidades. En lugar de resignarse a la idea de que lo hay debía fatalmente ocurrir, la historia estratégica busca desplegar el manojo de los posibles escondidos en toda coyuntura.

> "*Não serei o cantor de uma mulher, de uma historia,*
>
> *Não direi os suspiros ao anoitecer, a paisagem vista da janela,*
>
> *Não distribuirei entorpecentes nem cartas de suicida,*
>
> *Não fugirei para as ilhas, nem serei raptado por serafins.*
>
> *O Tempo é a minha materia,*
>
> *O Tempo presente os homems presents,*
>
> *A vida presente"*[13]

NOTAS CAPITULO 19

1. “Gran dirigente”. Ver Gilles Châtelet, *Écrire et penser comme les porcs, op. cit*.

2. “*Yeshiva*”: centro de estudios ortodoxos de la Torá y el Talmud. (N de T)

3. En esta exploración diletante, me aproveché de las clarificadoras investigaciones de Michel Löwy, mi viejo cómplice en herejías mesiánicas, y de Enzo Traverso. Ver en particular Michel Löwy, *Utopie et Rédemption*, París, PUF, 1988, y *Avertisseur d’incendie*, París, PUF, 2002.; Enzo Traverso, *Les Marxistes et la question juive*, París, Kimé, reedición, 1997, *L’Histoire déchirée*, París, Cerf, 1997, *La Pensée dispersée*, París, Lignes, 2003.

4. En castellano en el original. (N deT)

5. El “clinamen” es, según Epicuro, una desviación espontánea de la trayectoria de los átomos, rompiendo la determinista cadena causal. A partir de ahí, Lucrecio desarrolló una respuesta al problema del libre albedrío, prescindiendo de un dios causal. La “teoría del clinamen” ha sido utilizada por autores como Deleuze, Badiou, Beauvoir, Derrida y otros muchos. (N de T).

6. Al distinguir la mesianicidad de un mesianismo contaminado de teología, Derrida subraya que la espera importa más que lo esperado, hasta el punto de excluir la cita que atenuaría la improvisación del acontecimiento.

7. *Noces de cendre* es una película de Larry Peerce (1973), titulada en español “Miércoles de ceniza”, (N de T)

8. Ver Françoise Proust, *Kant, le ton de l’histoire*, París, Payot, 1991, p.290.

9. Franz Rosenzweig, *L’Étoile de la rédemption, op.cit.*

10. Walter Benjamin, *Paris, capitale du XIX siècle, op.cit.*, p. 28.

11. José Carlos Mariátegui, artículo publicado en 1926 en Lima en *Variedades*. El revolucionario peruano había leído a Sorel y a Péguy durante un viaje a Italia. Su concepción de la temporalidad histórica, agudizada por la preocupación por comprender la dialéctica del desarrollo desigual y la no contemporaneidad de las culturas, favorecía esta recepción de los enigmas de un pasado nunca caduco.

12. George Steiner, *Épreuves, op.cit*.

13. “No seré el cantor de una mujer, de una historia, / No diré los suspiros al anochecer, o el paisaje visto desde la ventana, / No distribuiré somníferos ni cartas de suicida, / No huiré hacia las islas, ni seré raptado por serafines. / El tiempo es mi materia, / El tiempo presente y los hombres presentes, / La vida presente” (Carlos Drummond)

Mil (y un) marxismos

"Qué es una teoría, sino preservar el uso de lo posible."

Paul Valéry

"¿Quiénes son los marxistas hoy, qué quiere decir heredar? La herencia no es un bien, una riqueza que se recibe y se guarda en el banco, la herencia es una afirmación activa, selectiva, que a veces puede ser reanimada y reafirmada más por herederos ilegítimos que por herederos legítimos; dicho de otra forma, el compromiso político hoy requiere saber lo que se va a hacer con esta herencia, cómo se la va a poner en práctica."

Jacques Derrida
Marx en jeu

"Será largo", anunció el profeta Jeremías.

Después de la apresurada agitación de los años ochenta, estaba claro que así sería. Entrábamos en un período sofocante de estanflación intelectual. Había llegado el momento de armarse de lenta impaciencia, peritar los cimientos, y (re)leer a Marx. No a un Marx de segunda mano, filtrado por sus lectores ilustres. Sino a un Marx en su propio texto, "escribiendo negro sobre blanco algo rojo"[1]. Releerlo, no para efectuar un enésimo retorno, sino para serle fiel aprendiendo a resistirle. No para oponer el original auténtico a sus falsificaciones, sino para romper la ganga que aprisiona la pluralidad de sus palabras y liberar a los "mil marxismos" de las ortodoxias tiránicas. Para esto, había que someter a la herencia a la prueba de un mundo que se deshace a medida que se mundializa, de las nuevas dominaciones imperiales y de las identidades ambiguas, de los desafíos ecológicos y bioéticos, de la democracia participativa en la época de la revolución comunicacional.

Una obra vive de sus contradicciones íntimas y de las interpretaciones que las permiten. Desenredando el laberinto de las palabras de Marx, Maurice Blanchot destaca "el contraste" que mantiene juntos a estos discursos, sin que Marx llegue siempre a acomodarse con "esta pluralidad de lenguajes que chocan entre sí" [2].

Durante los años ochenta, contra vientos y mareas, dediqué lo esencial de mis cursos a las lecturas de Marx, espulgando *El Capital*, los *Grundisse*, y las *Teorías sobre la plusvalía* con la ayuda de un grupo de valerosos estudiantes[3]. La mayor parte de las sesiones tenían lugar por la tarde, abiertas a los estudiantes asalariados. Como la filosofía clásica iba entonces viento en popa, el alumnado de esta investigación a contrapelo era bastante restringido para que tomase la forma de un seminario, más que de un discurso magistral. Se reunían a veces una docena de nacionalidades: turcos, kurdos, griegos, chipriotas, chilenos, iraníes, malienses, congoleños, españoles, alemanes, italianos, estadounidenses, mexicanos, argelinos, tunecinos, haitianos. Toda una diáspora filosofante, hecha de exilios y de éxodos. La pequeña tropa prolongaba en ocasiones la discusión en un restaurante chino del islote Chalon, todavía sin rehabilitar.

Aunque solía ir a regañadientes a la universidad de Saint-Denis, mal recobrada de su nostalgia de Vincennes, siempre volvía jovial. Compartir el saber es un principio saludable de realidad y de humildad. Enseñar es aprender. Me dedicaba con placer a este deber de servicio público. Pero la urgencia estaba en otra parte. Siempre con prisa, no tuve tiempo para asistir a los cursos de mis colegas. Como si todos temiésemos reavivar heridas políticas mal cerradas, nuestras cordiales relaciones apenas iban más allá de una coexistencia cortés[4]. Y sin embargo, cuántos tesoros en las palabras de Deleuze, de Schérer, de Badiou, de Rancière (por no

remontarnos, mucho más atrás, a la figura tutelar de François Châtelet, benevolente fortachón a quien el departamento de filosofía debía en gran parte su supervivencia).

Para preparar mis cursos, tomaba gran cantidad de notas en gruesos cuadernos de tapas de cartón. A final de la década, había acumulado un montón de materiales brutos, sin intención de publicarlos. Edwy Plenel me animó a hablar con Olivier Bétourné, director editorial de ediciones Fayard. En aquellos años 1993-1994, Marx apenas cotizaba en el *hit-parade* del concepto. *Newsweek* había proclamado su muerte definitiva. Los académicos bienpensantes lo consideraban como un perro apaleado. Sin muchas ilusiones, presenté un plan en tres volúmenes (¡no menos!) y tres críticas: 1. Crítica de la razón histórica; 2. Crítica de la razón sociológica; 3. Crítica de la positividad científica. Para mi sorpresa, Olivier Bétourné tuvo el ánimo de leer mis farragosos manuscritos, y aceptó publicar el conjunto en un volumen, una vez suprimidos unos cientos de miles de caracteres[5]. Salí de la entrevista dispueso a ponerme al trabajo, aunque perplejo sobre la posibilidad de hacer una amputación tan radical.

La solución surgió de manera inesperada. Marc Perelman, editor apasionado, especializado en libros de urbanismo y en el salvamento de clásicos heterodoxos del marxismo, me había pedido una selección de artículos escogidos para sus *Éditions de la Passion*. Acordamos que las partes suprimidas de *Marx el intempestivo* serían la materia de un libro completo, titulado *La Discordancia de los tiempos*. Así tomaron forma estos dos libros gemelos. Aparecieron simultáneamente en otoño de 1995, en el mismo momento en que comenzaban las grandes huelgas en la Seguridad Social y los servicios públicos, y tenía lugar el primer Congreso Marx internacional, a iniciativa de Jacques Bidet y la revista *Actuel Marx*. Estas coincidencias llamaron la atención de los críticos: "¿Vuelve Marx?".

¿Marx? ¿Cuál de sus espectros reaparecidos?

Desde el final del siglo XIX, la recepción de su obra fue el reto de estrategias opuestas de lectura. Su enfrentamiento suscitó las recurrentes crisis del "marxismo", en singular. Cristalizaba en torno a un polo que insistía en el papel de la subjetividad revolucionaria, mientras que el polo contrario cedía a un determinismo histórico o estructural. Esta confrontación expresaba una tensión irresuelta en la teoría misma de Marx.

En Alemania, su recepción estuvo muy determinada por la autoridad de los herederos en línea directa, sobre todo Kautsky, adepto a una filosofía darwinista vulgar, en boga a comienzos del siglo XX. Del complejo concepto de desarrollo se quedaba sólo con "el desarrollo como devenir histórico objetivo en la naturaleza y en la sociedad". Las posteriores lecturas de Marx han sufrido estas simplificaciones, retomadas por el "*diamat*" estaliniano y por su representación de una historia universal de sentido único.

Agravada por las dificultades de traducción y de edición, la truncada recepción de Marx cayó en Francia bajo la férula de la ideología positivista hegemónica en las instituciones académicas y políticas de la Tercera República. De estas improbables nupcias nació un "marxismo inencontrable" a la francesa[6].

Con su cortejo de crisis económicas y de derrotas políticas −de la interrumpida revolución alemana de 1923 al pacto germano-soviético de 1939, pasando por la victoria del fascismo en Italia, del nazismo en Alemania, el aplastamiento de la segunda revolución china, la guerra civil española y la contrarrevolución burocrática en la Unión Soviética− la onda recesiva del período de entreguerras marcó profundamente las posiciones en el seno del movimiento obrero internacional. Los principales debates se refirieron a la dinámica de la economía mundial, a la confrontación estratégica entre un reformismo estatalista y las "lecciones de Octubre", al frente único contra el fascismo y las alianzas en el marco de los frentes populares, a la revolución colonial en Asia y a la reacción termidoriana en la Unión Soviética. Este período regresivo se saldó con la institucionalización de un marxismo de Estado en la Unión Soviética y la cristalización de una ortodoxia refractaria a las aportaciones del psicoanálisis o del surrealismo, ambos condenados en el congreso de escritores de Járkov[7].

La reacción intelectual ahondó una fractura irreductible entre "corrientes cálidas" y "corrientes frías" del marxismo. Las segundas se acomodaron a un insípido discurso propagandista, cuyo canon lo fijaba el inmortal folleto del Padrecito de los Pueblos, *Materialismo histórico y*

materialismo dialéctico. Las primeras inspiraron las múltiples disidencias que han contribuído a la supervivencia de un marxismo crítico. Del Lukàcs de *Historia y Conciencia de clase*, al Gramsci de los *Cuadernos de prisión*, pasando por Karl Korsch, Isaac Roubine, Christian Rakovski, Henryk Grossmann, Pierre Naville y tantos otros. La escolástica estaliniana se propagó tanto más fácilmente por apoyarse en una poderosa razón de Estado, por seguir los pasos de la *vulgata* dominante en el seno de la II Internacional, y porque una parte importante de la obra de Marx era todavía desconocida[8].

Cuando sonó la medianoche en el siglo, algunos rebeldes intransigentes se empeñaron en apostar, como para conjurar la inminente catástrofe, por una improbable justicia inmanente de la historia. Las imposturas acabaron por ser desenmascaradas. Algunos creyeron poder explicar las derrotas políticas del momento por un lamentable "retraso" de la conciencia respecto de las "condiciones objetivas", maduras hasta el punto de pasarse[9]. Ya desde 1923 Karl Korsch había denunciado las consecuencias perversas de una lectura cientifista de Marx: el divorcio entre una teoría petrificada en ciencia positiva, por una parte; y una filosofía rechazada a las tinieblas ideológicas, por otra. Esta mutilación instauró una duradera separación entre una ciencia acartonada como dogma autoritario, y una miserable filosofía apologética de partido. El penoso determinismo de una ciencia instrumental de lo social, emparejado con una filosofía especulativa de la historia, era la señal de un adiós a la crítica dialéctica de Marx. Se hacía necesaria una nueva alianza.

Después de la Segunda Guerra mundial, la expansión de los "Treinta Gloriosos" provocó un nuevo cambio en las prácticas y representaciones del movimiento social. Estimuló las investigaciones sobre el "neocapitalismo" y sobre su desconcertante dinamismo[10]. Al mismo tiempo, las perspectivas de desarrollo de un tercer mundo descolonizado inspiró tesis tercermundistas radicalizadas (como las de Frantz Fanon) y una desconfianza hacia el egoísmo pudiente de "aristocracias obreras" que compartían indirectamente los privilegios del saqueo colonial. En fin, la onda de choque de Hiroshima, las revelaciones sobre los campos de concentración nazis, el reconocimiento de los crímenes de Stalin en el informe Kruschev en 1956 suscitaron en el entorno marxista un mayor interés por las cuestiones éticas. Lo demuestran las apasionadas polémicas sobre el existencialismo y el humanismo.

La escisión de entreguerras entre teoría y práctica estaba todavía lejos de cerrarse. Por una parte favorecía tendencias cientifistas y tecnocráticas, por otra un radicalismo abstracto y una utopía de la abundancia, exigiendo "todo, y de inmediato". El despertar social europeo de los años sesenta, expresado por las huelgas belgas del invierno 1961-1962, las huelgas en Italia o la huelga de mineros en Francia, permitió sin embargo reanudar estos lazos entre luchas sociales y debates teóricos. Este deshielo encontró una expresión editorial, gracias del dinamismo de francotiradores como François Maspero en Francia o Feltrinelli en Italia. Una literatura marxista heterodoxa, colocada durante mucho tiempo en el *índice*, volvía a salir a la superficie. Comenzó por reapropiarse de una memoria largo tiempo confiscada. A comienzos de los años setenta, Perry Anderson pudo anunciar el agotamiento de la tradición filosófica y estética de un "marxismo occidental" que, para defender su autonomía frente a una política secuestrada por los aparatos ideológicos ortodoxos, había encontrado refugio en ámbitos periféricos, menos expuestos a la censura burocrática[11].

La recesión de 1973-1974, inaugurando la vuelta a la baja en la onda larga de la economía mundial, fue el preludio a la ofensiva liberal de Thatcher y Reagan. El reflujo de las luchas sociales suscitó nuevos interrogantes sobre la realidad y sobre la vocación emancipadora del proletariado. La "cuestión social" era rechazada a las bambalinas de la escena universitaria y editorial, en beneficio de la filosofía política clásica. Los paradigmas de la justicia y de la comunicación se imponían sobre el de la producción, la cultura del consenso sobre la del conflicto[12]. La jerga de la postmodernidad llevaba el viento en popa. La línea del frente entre capitalismo y socialismo, entre imperialismo y luchas de liberación, se difuminaba en beneficio de la división ideológica entre totalitarismo y derechos humanos.

Los estudios marxistas, a la defensiva, sufrieron entonces la influencia creciente del individualismo metodológico, de la teoría de los juegos, de la jerga formalista de la equidad. Esta tendencia fue muy evidente en la corriente del "marxismo analítico", importante en los países anglosajones aunque relativamente marginal en los países de cultura latina. La contrarreforma liberal suscitó en cambio un mayor interés por cuestiones dejadas durante mucho tiempo en barbecho o desdeñadas por el marxismo filosófico a la francesa. La cuestión de los "ritmos económicos", discutida con aspereza en los años treinta por Kondratieff, Schumpeter, Henryk Grossmann, Trotsky, había sido abandonada en tanto la larga expansión de postguerra pudo dar la ilusión de un capitalismo dominando sus contradicciones por la regulación fordista y de un crecimiento continuo, regular e ilimitado[13]. Resurgió con fuerza a comienzos de los años ochenta.

En una continuación a su librito de 1976 sobre el "marxismo occidental", Perry Anderson seguía considerando, en 1983, a Francia, Alemania o Italia como países donde había podido sobrevivir un marxismo crítico. A pesar de la aportación de la escuela de Frankfurt, esta retirada habría significado una vuelta a las preocupaciones filosóficas clásicas, a costa de la crítica social. Con los estragos provocados por la irrupción mediática de los "nuevos filósofos", París se convirtía sin embargo, en "la capital de la reacción ideológica en Europa".

Desde que aparecieron, Gilles Deleuze tuvo razón. Su novedad real, decía, era haber "introducido en Francia el *marketing* filosófico y literario" y, "al vivir de cadáveres", haber construído su carrera sobre un martirologio. Anunciaban ya la necrofagia triunfante del *Libro negro del comunismo* o las tribulaciones dostoievskyanas de André Glucksmann en Manhattan. Su tan proclamada "novedad" era en el fondo planamente conformista: "Nada vivo pasa por ellos, pero habrán cumplido su función si se mantienen en escena lo bastante para humillar algo". Y Deleuze concluía: "Es la negación de toda política" [14]. Eso era ver lejos y claro.

La ruina intelectual y moral de una parte importante de la *intelligentsia* de izquierda, tanto en Italia como en Francia, favoreció la migración del centro de gravedad teórica hacia los países anglosajones, considerados durante mucho tiempo, con cierta condescendencia, como el terreno de un pragmatismo sin envergadura. Mientras las "tres fuentes del marxismo"[15], expuestas en un ilustre artículo didáctico de Lenin, no habían dejado, durante más de medio siglo, de jugar al escondite en el viejo continente, sin llegar nunca a alcanzar la anunciada síntesis, el centro de la crítica parecía alcanzar el corazón de la acumulación capitalista mundial.

Contrariando las expectativas de Perry Anderson, los golpes infligidos al movimiento obrero por la ofensiva liberal obligaron a su vez al "marxismo anglosajón" a un repliegue filosófico y estético[16]. A la inversa, en Francia el marxismo filosófico perdía terreno en beneficio de la sociología o de la economía críticas. La nueva generación intelectual se formó en los años ochenta reflejando la lenta renovación de los movimientos sociales.

En el mundo anglosajón, el elemento de renovación vino más bien de lo que se define como un "marxismo político". Este pleonasmo designaba un programa de investigación antideterminista sobre la transición del feudalismo al capitalismo, mostrado sobre todo por los trabajos de Robert Brenner y de Ellen Meiksins Wood. Fue utilizado en un sentido peyorativo por el historiador francés Guy Bois, que reprochaba a Brenner conceder un papel y una autonomía excesiva a la lucha de clases respecto a las supuestas leyes del desarrollo histórico. A pesar de las apariencias, la disputa no era académica. Resonaban las grandes controversias de los años treinta sobre la oposición entre "revolución permanente" y "revolución por etapas", desarrollo histórico multilineal o unilineal, sobre la cuestión del "modo de producción asiático" y, en general, sobre el conflicto entre un marxismo positivista y un marxismo estratégico.

O sea, corrientes frías y corrientes cálidas, de nuevo.

Una importante contribución del marxismo anglosajón al debate sobre los marxismos es su crítica de la postmodernidad. A diferencia de la retórica desarrollada por Jean-François Lyotard o por Jean Baudrillard, los trabajos de Fredric Jameson, David Harley, Alex Callinicos, Terry Angleton, se sitúan explícitamente en la línea de un marxismo crítico. La referencia de Jameson al *Late Capitalism* [Capitalismo tardío] de Ernest Mandel muestra el cuidado por asociar "la lógica cultural del capitalismo tardío" con una periodización rigurosa de los modos de acumulación del capital. El desafío incluído en esta discusión puede ser entendido de diversas maneras. Bien afianzándose defensivamente en una doctrina pseudo-ortodoxa, por la que la postmodernidad se reduciría a un pálido reflejo de lo que está de moda o a una

aclimatización más o menos sofisticada de la ideología neoliberal dominante. O bien, por contra, recogiendo las interpelaciones de la controversia, sin renunciar por ello a la herencia de un marxismo crítico, ni a la de las Luces, por tamizadas que sean.

Al hilo de las metamorfosis sociales y de los desbarajustes políticos del siglo que concluía, "escuelas" que hasta ayer eran influyentes se desintegraron. En un balance de 1987, Robert Boyer reconocía el callejón sin salida de la llamada escuela de regulación, dividida entre una tendencia gestionaria y la búsqueda de un inencontrable "paradigma ecológico".

La escuela del "marxismo analítico" tampoco resistió mucho más la prueba de los años noventa. En el mejor de los casos, el formalismo de la "elección racional" se mantuvo mudo ante los primeros signos de removilización social y de contestación de la mundialización mercantil; en el peor, aportaba agua al molino de un sector modernista del movimiento sindical y a su apología de una cooperación social ilustrada. Esta corriente, que se debatió desde su origen entre una concepción dinámica de la lucha de clases y un individualismo metodológico, difícilmente compatibles entre sí, acabó por admitir su propia dispersión; algunos de sus eminentes animadores reconocieron francamente su ruptura con lo que les quedaba de inspiración marxista.

En fin, la corriente del "operarismo" italiano, expresada desde los años sesenta por los trabajos de Mario Tronti o de Toni Negri, tampoco ha sobrevivido a las mutaciones del trabajo, a las desconcentraciones industriales y a las derrotas sufridas por los grandes bastiones industriales (de los mineros británicos a la siderurgia francesa, pasando por la industria automovilística en Italia). El obrerismo decepcionado se ahogó en lo que Tronti denominó una "desesperanza teórica", o en la búsqueda de nuevos recursos filosóficos (Deleuze y Foucault, sobre todo), llevando a tomar distancias crecientes respecto a la crítica de la economía política.

Considerando la renovación de las investigaciones marxistas de la década transcurrida, sorprende la esterilidad teórica del movimiento comunista oficial. La creatividad renace en los márgenes, entre los *outsiders* y los disidentes heterodoxos[17]. El programa de investigación de Marx sigue siendo fecundo, en efecto, a condición de no contentarse con una producción académica y de entrar a dialogar con las prácticas renovadas de los movimientos sociales. Ahí se manifiesta la actualidad de la crítica del capital, de los sortilegios de la modernidad mercantil, de la privatización del mundo, de la estampida mortífera hacia la conquista de nuevos espacios de acumulación. Esta crítica nació en el siglo XIX, en la época de la mundialización victoriana, del desarrollo del ferrocarril y del telégrafo, de la navegación a vapor. Con las debidas proporciones, esta gran transformación fue el equivalente a la revolución contemporánea de las telecomunicaciones y las biotecnologías. Entonces, como hoy, la especulación conoció un prodigioso desarrollo, con su cortejo de escándalos y de sonoras bancarrotas, mientras properaban la "industria de la masacre" y la colonización del mundo[18].

Frente a los desafíos del nuevo siglo, la eclosión de los "mil marxismos" [19] aniquiló el mito de una doctrina homogénea, que atravesaría la historia como una navaja inoxidable. Si todavía se puede hablar de un "marxismo" en singular, habría que considerarlo como un archipiélago de controversias, de conjeturas, de refutaciones, de experiencias, cuya historia cuenta, elucidando los misterios y los prodigios del capital.

Esta teoría crítica, no doctrinaria, se alimenta de forma pernanente de las luchas y de las prácticas sociales cuya lógica impersonal desenmaraña. La cuestión es saber si, en esta tornasolada pluralidad de los mil marxismos, existe un denominador común que justifique el nombre genérico que todavía reivindican. Porque una multiplicación demasiado generosa de "marxismos" podría conducir a su disolución pura y simple, en un caldo de cultivo sin vigor heurístico ni pertinencia práctica.

Una teoría prueba su vitalidad por la fecundidad de las controversias que suscita. No se puede separar de la historia de sus recepciones. Aunque tenga por misión "preservar el uso de lo posible", no todas las interpretaciones están permitidas, salvo que se quiera hundirse en un eclecticismo dogmático. Una teoría crítica del mundo social no puede transformarse en ideología y en razón de Estado. Debe defenderse sin cesar de los contrasentidos y de las imposturas cometidas en su nombre, desplazar y verificar en permanencia sus propios

contornos y sus propias fronteras. ¿Qué tienen de común el marxismo de Enver Hosha y el de Trotsky? ¿El de Georges Marchais o Robert Hue, y el de Gramsci?

Una espesura de “mil marxismos” aparece así como un momento propicio de liberación, cuando el pensamiento abre su cáscara y rompe las argollas doctrinarias para levantar el vuelo. Muestra la posibilidad de recomenzar. En el umbral de los años ochenta, la gran prensa necrófaga anunciaba como una gran noticia la muerte de Marx. Extraña muerte, proclamada de forma tan ruidosa para que el revuelo mortuorio conjurase un posible retorno del espectro. ¿A qué periodista se le ocurriría, sin hacer el ridículo, anunciar en portada la muerte de Platón, de Spinoza o de Hegel? Estos eternos supervivientes tienen una tenaz posteridad. Con mayor razón Marx, el intempestivo. Fue plenamente de su tiempo, y también del nuestro. Porque siguió la huella, como su sombra, al *social killer* −el capital− que perfiló de forma genial. Por ello, como dice Derrida, no hay futuro sin Marx.

Con él, o tal vez contra él.

Pero no sin él.

NOTAS CAPITULO 20

1. Gérard Granel, prólogo a *La Crise des sciences européenes* de Edmund Husserl, París, Gallimard, “Tel”, 1989..

2. Maurice Blanchot, “Les trois paroles de Marx”, en *L’Amitié*, París, Gallimard, 1971.

3. Entre ellos Stavros Tombazos, chipriota, helenista, germanista, graneado en dialéctica, del que edité el destacado ensayo sobre *Les Temps du Capital*, París, *Cahiers des Saisons*, 1996.

4. No siempre tan cortés, por lo demás. En 1977, los *Cahiers de Yenan*, publicados en Maspero por Alain Baudiou y Sylvain Lazarus, acogieron la publicación del *Rizoma* de Deleuze denunciando “el fascismo de la patata” (*sic*). Ver “La situation actuelle sur le front de la philosophie”, *Cahiers de Yenan*, nº 4. Badiou corrigió después estos excesos, sobre todo en un libro de homenaje póstumo: *Deleuze*, París, Hachette, 1997. Pero el departamento de filosofía de la París-VIII tenía más en común de lo que entonces pensábamos, aunque sólo fuese la aversión compartida hacia los nuevos filósofos y la filosofía política a la salsa Ferry-Renaut.

5. Mi amistosa colaboración con Olivier Bétourné continuó con la publicación del *Pari melancolique* (París, Fayard, 1997), *Qui est le juge?* (París, Fayard, 1999) y *Résistances* (París, Fayard, 2001). Siempre ha sido un lector atento y vigilante, y un crítico pertinente, de lo que le estoy reconocido.

6. Ver Daniel Lindeberg, *Le Marxisme introuvable*, París, Calmann-Lévy, 1975. El positivismo que impregnaba profundamente al socialismo francés desactivó la bomba de la crítica en beneficio de una genealogía de la razón progresista, que llevaba de Condorcet a Guesde y Lafargue, pasando por Saint-Simon, Comte y Durkheim. Ese socialismo pretendía ser el cumplimiento orgánico y necesario de las promesas de 1789. La crítica de la razón histórica quedaba rechazada a los márgenes del naciente movimiento obrero, reservado a *outsiders* como Blanqui, Sorel, Péguy o Gabriel Tarde. Para ver el contrasentido que significa la interpretación positivista de Marx, basta recordar el desprecio con que consideraba a August Comte, “lamentable, comparado con Hegel”, y “esta mierda de positivismo” (*sic*). “Como hombre de partido, seguía escribiendo Marx, adopto una posición completamente hostil hacia el comtismo, y como hombre de ciencia tengo de él una pésima opinión” (*Correspondance*, tomos 8 y 10, cartas del 19 de marzo y del 12 de junio de 1871). La fe en un progreso abstracto, continuo y universal no tiene mucho que ver con las contradicciones, las intermitencias y las ambivalencias del progreso histórico tal como lo concebía el autor de *El Capital*.

7. La evolución de Politzer en Francia, la inclusión en el *índice* de Vygotsky o de los ecologistas críticos (Vernadsky, Stachinsky) en la Unión Soviética, muestran elocuentemente esta siniestra involución.

8. Los Manuscritos de 1857-1858 no se editaron en Rusia hasta 1939, y en Francia no antes de 1967.

9. Mientras Trotsky combinaba un agudo sentido estratégico de la coyuntura (deslumbrante en sus *Escritos sobre Alemania*), el tema del retraso cobró una importancia creciente entre algunos de sus herederos, como Ernest Mandel. La contradicción se volvía explosiva, entre unas condiciones objetivas que no dejaban de madurar, y un “factor subjetivo” que cada vez se retrasaba más respecto a los péndulos de la historia.

10. Ver, en los años sesenta, los libros de Ernest Mandel, Baran, Sweezy, André Gunder Frank, André Gorz.

11 Perry Anderson, *Le Marxisme occidental*, París, Maspero, 1977, y *On the Tracks of Historical Materialism*, Londres, Verso, 1983.

12. Ver György Markus, *Langage et Production*, París, Gonthier, 1982.

13. Con algunas excepciones. La más notable, en los años sesenta y setenta, fue Ernest Mandel, seguida por los trabajos de Dockès y Rosier (*Rythmes économiques*, París, La Découverte, 1983), y despues por Giovanni Arrighi, Robert Brenner en los Estados Unidos, Francisco Louça en Portugal (*Cycles and Growth*, Lisboa, 1994).

14. Suplemento de *Critique*, nº 24, mayo 1977. Retomado en *Deux régimes de fous, op.cit*.

15. La filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés. (N de T)

16. La historiografía marxista anglosajona se expresó sobre todo en los trabajos históricos de Rudé, Eric Hobsbawm, E.P. Thompson, Isaac Deutscher, Christopher Hill. Esta fecundidad tuvo que ver en parte con la relativa debilidad del estalinismo en Inglaterra y los Estados Unidos. La vitalidad de un marxismo filosófico se demuestra sobre todo en las obras de Perry Anderson, de Fredric Jameson, de Marshall Berman, de Terry Eagleton, de David Harley. Existe también una importante crítica marxista directamente implicada en el campo militante: Alex Callinicos, Robert Brenner, Ellen Meiksins Wood, John Bellamy Foster, Tony Smith, etc.

17. Ver en particular Jean Robelin, *Marxisme et Socialisation*, París, Klincksieck, 1989; Michel Vadée, *Marx penseur du possible*, París, Klincksieck, 1992; Jacques Bidet, *Théorie de la modernité*, París, Actuel Marx, 1992; Henri Maler, *Convoiter l'impossible*, París, Albin Michel, 1995; Antoine Artous, *Marx, l'État et la Politique*, París, Syllepse, 1999, y *Travail et Émancipation sociale*, París, Syllepse, 2002; Eustache Kouvélakis, *Philosophie et Révolution de Kant à Marx*, París, PUF, "Actuel Marx", 2003; Georges Labica, *Démocratie et Révolution*, París, Le Temps des cerises, 2003; Gérard Duménil et Dominique Lévy, *Crise et sortie de crise*, París, Actuel Marx, 2000; François Chesnais, *La Mundialisation financière*, París, La Découverte, 1996; Michel Husson, *Misère du capital*, París, Syros, 1996; Jacques Texier, *Révolution et Démocratie chez Marx et Engels*, París, Actuel Marx, 1998; André Tosel, *Vers un communisme de la finitude*, París, Kimé, 1996, y *L'Esprit de la scission*, Besançon, Belles Lettres, 1991; Jean-Marie Vincent, *Un autre Marx*, Lausanne, Page 2, 2011. O también, Karel Kosik, *La Crise des temps modernes*, París, Éditions de la Passion, 2003. E Istwan Meszares, *Beyond Capital*, Londres, Merlin Press, 1995.

18. Ver Daniel Bensaïd, Karl Marx, *Les Hiéroglyphes de la modernité*, París, Textuel, "Passion", 2001.

19. Ver la contribución de André Tosel a Jacques Bidet y Eustache Kouvélakis (dir.), *Dictionnaire Marx contemporain*, París, PUF, "Actuel Marx", 2001.

El trueno inaudible

"Cuando *El Capital* interrumpe el curso y desgarra el tejido de todo el movimiento histórico, es como un trueno inaudible, un silencio, un margen."

Gérard Granel

Prólogo a La Crisis de las ciencias europeas*, de Edmund Husserl*

Durante más de diez años, hemos prestado oídos a este silencio. Y nunca hemos acabado de descifrar los ecos.

En su correspondencia con Ruge, el joven Marx se fijaba como objetivo "ridiculizar como crítico" en vez de "excomulgar como santo". Este programa de pérdida de la inocencia se llevó a cabo. La crítica (de la economía política) no es una doctrina nueva, sino una ruptura, teórica y práctica con los filósofos especulativos que se contentaban con interpretar el mundo sin intentar transformarlo. Se niega a fijar la inteligencia de lo real en las hipóstasis de una ciencia que pretendería decir la verdad sobre la verdad. Especie de ciencia negativa, nunca tendrá la última palabra. En el mejor de los casos, conduce al pensamiento hasta el umbral de la lucha, desde donde podrá alzar su vuelo estratégico.

¿En qué piensa Marx, y cómo? Penetra el espíritu del capital para aniquilar desde el interior su lógica diabólica. El centro de su crítica es *El Capital*. Incansable, siempre inacabada, siempre recomenzada, retomada sin cesar[1].

En el comienzo fue la mercancía. Spinoza comenzó por Dios. Marx, por "esta forma elemental de la riqueza". Los comienzos son siempre difíciles. Hay que desbaratar ante todo las burdas trampas del origen y de la cronología. La mercancía aparece como el punto de partida de una pesquisa sobre los misterios de la acumulación capitalista, del valor autómata que se valoriza, del dinero que hace dinero, de la inmaculada concepción y la partenogénesis del capital que se engendra a sí mismo.

Hay que comenzar por romper la cáscara de esta cosa embrujada, mística y doble: la mercancía. Como de un sombrero mágico, surge de ahí todo un extraño mundo de parejas dialécticas: valor de uso y valor de cambio, trabajo concreto y trabajo abstracto, capital constante y capital variable, capital fijo y capital circulante, etc. Se desvela así la medida común de este universo de objetos tan familiares como dispares, a primera vista inconmensurables: ese "algo común que se muestra en el valor de cambio" y que no es otra cosa que "trabajo humano materializado".

La mercancía ejerce un extraño poder de fascinación, porque está atormentada por la vida que retiene cautiva. Al contrario de las apariencias, no es una cosa inerte y sumisa, tontamente utilitaria, sino "una relación social determinada que reviste la forma fantástica de una relación entre las cosas". De la confusa mezcla de mercancías que se amontonan en la animada plaza del mercado, que se dan importancia en la vitrina, que enganchan al parroquiano con una ojeada prometedora, emerge aquella en la que todas se pueden reconocer y mirar, su equivalente general, el implacable nivelador que abole toda distinción y metamorfosea a una Verdurin en Guermantes[2]: ¡el dinero que "grita su deseo"!

La fantasmagoría mercantil está a tope. El *sabbat* de los fetiches está en su apogeo.

Para comprender por medio de qué asombrosos prodigios la riqueza, no contenta con circular, crece, se hincha y prospera, hay que "abandonar la bulliciosa esfera donde todo ocurre en la superficie y a la vista de todos", para ir a espiar a los protagonistas de un juego sucio, quien posee el capital y quien sólo posee su fuerza de trabajo. Hay que seguirlos hasta el "laboratorio secreto de la producción, en cuya entrada un cartel prohibe entrar, salvo para negocios". El hombre de las monedas abre la marcha. El que vende sus músculos y su saber-hacer le sigue, con la cabeza baja, resignado, "como alguien que lleva su propia piel al mercado y sólo puede esperar una cosa: ser curtido".

Estas inquietantes catacumbas, donde se efectúa la alquimia de la plusvalía y la transustanciación del trabajo en capital, son la escena de un crimen original. Se pasa de la vida al óbito, de la piel viva a la piel muerta y curtida. Conducido a los sótanos del mercado, el trabajador, despojado de toda individualidad, ya sólo es "tiempo de trabajo personificado" o "armazón de tiempo". Seguiéndole en su descenso al jardín de los suplicios, descubrimos un detallado martirologio: la "degeneración física", las enfermedades del trabajo, las mercancías adulteradas, todas las mutilaciones físicas y mentales inherentes a la disciplina del trabajo forzoso, Pero la humanidad negada se rebela. La relación de explotación y de dominación se convierte en el envite de una lucha que ya no cesará.

Después de las determinaciones del proceso de producción introducidas en el libro I, el libro II desarrolla las específicas del proceso de circulación. No se trata sólo de dilucidar el misterio de la plusvalía, sino de descubrir la manera como se realiza. La continuidad del proceso de producción depende de los respectivos ritmos de rotación del capital industrial, del capital comercial y del capital monetario. En la circulación, se desvela el juego de apariciones y desapariciones de esas formas, el juego de sus metamorfosis, "hasta que la mercancía sea finalmente consumida". A la temporalidad lineal de la producción se superpone la temporalidad circular del intercambio.

El libro I traspasa el secreto de la plusvalía. El libro II revela la manera como se realiza alienándose. Su transfiguración en beneficio está en el centro del libro III sobre el "proceso de conjunto de la producción capitalista", o proceso de reproducción. Sólo aquí aparecen las formas concretas engendradas por "el movimiento del capital considerado como un todo". La crítica de la economía política se afirma así como una lógica y a la vez como una estética del concepto, yendo "derecho al malestar íntimo de todo lo que existe" [3].

En su arquitectura de conjunto, *El Capital* se presenta como una organización contradictoria de los tiempos sociales. Marx hace una obra pionera. Para pensar la economía de tiempos, en que se resuelve en última instancia toda la economía política, debe empezar por forjar las categorías conceptuales relativas al factor tiempo: ciclo, rotación, proceso[4]. Retoma la determinación aristotélica recíproca del tiempo y del movimiento. El valor se mide en tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción y el mantenimiento de la fuerza de trabajo. Determinado por las condiciones técnicas e históricas concretas, ese tiempo no puede ser su propia medida. La propia medida debe ser también medida. El tiempo social y el movimiento del capital se determinan por tanto mutuamente. Medida-medidor, el tiempo se vuelve patrón y a la vez relación de valor. Dinámico e inaprensible, este valor no deja de modificarse con las condiciones sociales de su producción. Prodigiosamente místico, se comporta como un instrumento de medida que varía con el objeto medido.

La "doble existencia" de la mercancía lleva consigo el riesgo permanente de la escisión íntima. El germen de las crisis está anidado en el dinero como forma autónoma del valor. La separación temporal de los actos de compra y de venta, convertidos en formas "espacial y temporalmente indiferentes", disociadas la una de la otra, instala la discordia entre producción y circulación, plusvalía extraída y beneficio realizado: "Cesa su identidad inmediata". El consumo se convierte en locura, pero "locura como momento de la economía determinante de la vida de los pueblos" [5].

Esta locura domina más que nunca la vida de los pueblos. Es el secreto de las "violencias estructurales" que asolan el mejor de los mundos mercantiles posibles. Las violencias armadas son sólo su manifestación extrema y espectacular.

La crisis es la manifestación repentina de ese malestar. La unidad rota de los "momentos promovidos con autonomía unos respecto de otros" sólo puede ser restablecida entonces por la fuerza y la violencia[6]. Entendidas en esta perspectiva, las crisis actuales no son simplemente económicas. Son crisis políticas y morales, crisis de civilización, inscritas en las contradicciones internas de la ley del valor. La reducción de cualquier cosa, y de la propia relación social, a tiempo de trabajo abstracto es cada vez más miserable e irracional, conforme a la socialización creciente del trabajo y a la incorporación de una parte creciente de trabajo intelectual en el proceso de trabajo. La crisis se manifiesta trágicamente por medio de los fenómenos masivos de exclusión y de paro, así como por la incapacidad del mercado para regular a largo plazo las

relaciones de la especie humana con sus condiciones naturales de existencia y de reproducción[7].

Es inextricablemente una crisis social, ecológica y ética.

Pone a la orden del día el derrocamiento del orden establecido, sin garantizar por ello las condiciones de posibilidad del otro mundo necesario. Destrucción y construcción no van inmediatamente acompasadas.

La actualidad de la revolución es sin embargo la de la "revolución en permanencia". Fue la conclusión que sacó Marx de las revoluciones abortadas de 1848. Aquellas anunciaban que la humanidad sería ya históricamente capaz de resolverlo, sin certidumbre alguna de conseguirlo. La única brújula para este incierto trabajo consiste en tomar el partido del oprimido, hasta en la derrota si hace falta. Esta ética de la acción no admite cálculos de oportunidad o de puntualidad: intempestivas por naturaleza, las revoluciones no se pliegan a los esquemas intemporales de una meta-historia. Su acontecimiento escapa a la ordenación arbitraria de los grandes relatos de la Historia universal. Surgen a ras de suelo, en las miserias del presente.

Porque el presente es el pivote temporal de esta puerta entreabierta. Es el tiempo específico de una acción política, sin caución divina, que prima en adelante la historia. Es un tiempo profético por excelencia, que desafía la fatalidad de las catástrofes anunciadas.

Son ciertas si, y sólo si… a condición de que…

Pero todavía es posible conjurarlas.

La "necesidad" histórica anuncia lo que debería ser, pero no necesariamente lo será. Porque esta necesidad es inseparable de su parte de contingencia. En su tesis doctoral sobre Demócrito y Epicuro, Marx se apropió de la dialéctica de la posibilidad efectiva que determina la necesidad relativa. Se sitúa en el juego de lo necesario y de lo contingente, en el movimiento que va de la necesidad formal a la necesidad real pasando por la necesidad relativa. Para Marx, "pensador de lo posible" [8], la necesidad indica el horizonte de una lucha cuyos dados desafían las predicciones adivinatorias. La negación de la negación no es la última palabra de la historia, ni su conclusión. No autoriza a girar letras contra el futuro. Sólo opera a través del juego concreto de las mediaciones, las singularidades, las coyunturas y las situaciones[9].

A diferencia de un frecuente contrasentido, Marx no es el último gran filósofo de la historia. Es más bien, antes que Nietzsche y Benjamin, un pionero de la crítica de la razón histórica. Las figuras singulares del acontecimiento se sitúan y se borran en las arenas movedizas de los posibles. Presa del fetichismo de una historia ventrílocua, el Rubashov de Arthur Koestler y el Bujarin de Merleau-Ponty no habían "reflexionado sobre la idea de una historia dialéctica" [10]. ¿Si la historia no tiene fin, ni juicio final, quién tendrá razón a fin de cuentas? ¿Quién es el juez? El "sentido de la historia" no es, desde luego, demasiado seguro. De vez en cuando, el acontecimiento abre claros. La revolución aparece entonces como el "punto sublime" en que se resuelven, en el fulgor del rayo, las antinomias formales entre lo singular y lo universal, el sujeto y el objeto, los hechos y los valores.

Este punto es del orden de la interrupción mesiánica, y no del tiempo mecánico. De Marx a Trotsky, la revolución permanente sutura el acontecimiento y la historicidad, el instante y la duración, la ruptura y la continuidad. Merleau-Ponty se preguntaba se no se trataría de una última argucia de la razón histórica, de un último avatar de las filosofías especulativas, indicio de una salida fallida de la historia religiosa o sagrada. La idea genética de un "transcrecimiento", por el que cada estadio del desarrollo estaría en germen en el precedente, podría dar crédito a esta sospecha. Para liberarse de las secuelas de una historia ideal en forma de leyenda dorada, hay que trabajar, en el chirriante empalme de la historia y del acontecimiento, el "capítulo de las bifurcaciones" [11]. Hay que aprovechar el día que no es igual que la víspera, dice la Heauviette de Péguy, "porque siempre hay un día, en la vida, que no es lo mismo que siempre". Éste es el misterio del acontecimiento, que no surge por magia, ni por milagro.

Así como Marx no es filósofo de la historia, tampoco es sociólogo de las clases sociales. Su crítica de la economía política es también una crítica de la razón sociológica que nacía bajo los aspicios del positivismo. Se buscará en vano, en su caso, definiciones formales y categorías clasificatorias. Desconcertados por esta ausencia, muchos lectores han creído detectar una nefasta confusión entre sociología y economía, o entre ciencia y filosofía[12]. Pero precisamente porque Marx no procede por definiciones estáticas, sino por determinaciones dinámicas, la cuestión de las clases sólo puede ser el tema de un capítulo específico en el tercer libro de *El Capital*, el de la producción de conjunto.

Nada de sociología de las clases, por tanto, nada de ordenación ni de clasificación "socio-profesional", sino una teoría crítica de las relaciones sociales. Se desarrolla a través de la crítica de la economía política y las intervenciones políticas. El concepto de clase se vuelve estratégico. Concebir las clases como grandes sujetos míticos sería volver a caer en las ilusiones fetichistas y "la ficción de la sociedad-persona". Burlándose de quienes "con una palabra hacen una cosa", Marx rechaza tanto la preexistencia abstracta de las clases respecto a los individuos que las componen, como un individualismo metodológico que extrae al individuo de la relación social constitutiva de su singularidad. Nadie es por tanto menos sociólogo y menos estadístico que él. *El Capital* en su conjunto es una exposición no sociológica de las relaciones de clase y de su lucha.

Su primera determinación opone, en la lucha por la limitación de la jornada de trabajo, al empresario capitalista global con el trabajador obligado a vender su tiempo de trabajo. Quedan muchas mediaciones por recorrer para ir del simple productor, órgano a su pesar del capital, a la clase concebida como "clase política". El libro I se mantiene en un enfoque abstracto de la relación de clases como relación inmediata de explotación que determina el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de valor.

El libro II aborda la unidad entre producción y circulación. Las clases aparecen en una relación salarial y monetaria de compra y de venta de la fuerza de trabajo. La instauración de esta relación presupone que las condiciones de uso de la fuerza de trabajo, en tanto que es propiedad de otro, hayan sido separadas de su posesor. El proceso de circulación se presenta así como una serie de actos de compra y de venta. El antagonismo no se manifiesta directamente, en forma de una lucha por el tiempo de trabajo, sino en forma de negociación conflictiva del precio de la fuerza de trabajo en el mercado de trabajo.

Sólo en el tercer libro del *Capital*, el de la reproducción de conjunto, la lucha de clases puede desarrollarse lógicamente de una manera sistemática. Entonces, y sólo entonces, las clases aparecen en concreto, y no ya como simples soportes esqueléticos abstractos de las relaciones sociales, o como una suma de individuos que cumplen funciones análogas o gozan de condiciones similares. Porque "la tasa de ganancia media depende del grado de explotación del trabajo total por el capital total". Los capitalistas constituyen así, a pesar de la competencia que les opone, "una especie de franc-masonería frente al conjunto de la clase trabajadora".

"¿Qué constituye por tanto una clase?" La cuestión sólo se puede plantear al final de un paciente recorrido de lo abstracto a lo concreto. Al contrario de la sociología positiva, que se esfuerza por tratar los "hechos sociales" como cosas, Marx los concibe siempre como relaciones y conexiones. No fija un objeto estático de observación. Recorre la lógica intrínseca de sus "múltiples determinaciones".

Más allá de los tres libros del *Capital*, las clases podrían acoger nuevas determinaciones, introduciendo el papel del Estado, de la familia, del mercado mundial o del sistema educativo. El libro sobre el Estado, inicialmente previsto y después abandonado, representaría así la línea de salida de una teoría inencontrable. La muerte que interrumpió el manuscrito de Marx y dejó inacabado su capítulo sobre las clases no sería el único impedimento.

El enfrentamiento de los partidos políticos manifiesta la realidad de la lucha de clases bajo una forma mistificada, al tiempo que la disimula. Sobre las diferentes formas de existencia y de propiedad sociales, se eleva "toda una superestructura de ilusiones, de impresiones, de maneras de pensar". Hay que aprender por tanto a distinguir la fraseología y las pretensiones de los partidos, de sus verdaderos intereses; lo que se imaginan ser de lo que son en realidad. Teoría de la sospecha, se ha dicho. La teoría crítica presenta, es verdad, cierto parentesco con el psicoanálisis y la lingüística: la representación política no es el reflejo adecuado de una naturaleza social, ni la lucha de clases la imagen de superficie de una esencia escondida.

Articulada como un lenguaje, opera por desplazamientos y por condensaciones, por ocurrencias y lapsus reveladores. Tiene también sus sueños y sus pesadillas.

Desde el momento en que los medios de producción aparecen ante los trabajadores como una potencia extraña, el capital se alza como un poder social alienado, autónomo, como "una cosa que se opone a la sociedad". Se realiza así la forma fetiche pura del capital. Se alza como un gran sujeto tiránico, cuyos miembros y órganos funcionales son los productores. La ley del valor, impuesta a éstos bajo la apariencia de una ley natural, suscita entonces "una verdadera religión de la vida cotidiana".

¿Por qué prodigio el proletariado alienado, subyugado, mutilado física y mentalmente, devastado por la concurrencia en el mercado de trabajo, podrá en esas condiciones desprenderse de los sortilegios de ese mundo encantado? ¡Cuestión decisiva! Justo porque las relaciones sociales no son cosas sino relaciones de fuerzas y conflictos, las clases no existen estadísticamente, fuera de la dialéctica de las luchas y de las resistencias donde se forja su conciencia. Por ello también, a diferencia de las elucubraciones en voga, luchar no es jugar.

El oprimido no escoge jugar. Está condenado a luchar bajo pena de ser aplastado. Esta obligación vital, la imposibilidad en que se encuentra de retirarse de la partida, impide transponer el conflicto social en el formalismo de la teoría de los juegos. Se trata de un cuerpo a cuerpo implacable, sin comienzo ni fin, cuyas reglas varían con la fuerza de los protagonistas. Con todo rigor, la lógica del capital y el individualismo metodológico son incompatibles, tan cierto como que trabajo abstracto y valor son de entrada las formas sociales del trabajo explotado.

Acusado muchas veces de practicar un determinismo vulgar, se ha reprochado también a Marx justo lo contrario, fallar a las exigencias científicas de predictibilidad y de refutabilidad. Sin duda le movía la voluntad de hacer ciencia, inspirada en un ideal científico hegemónico. Fascinado por los prodigiosos resultados de la física, de la química orgánica, de la biología molecular, de la geología, de la termodinámica, buscó ahí los modelos de su crítica de la economía política. La forma mercancía se vuelve así "la forma celular" de la economía, y "las leyes naturales de la producción" se imponen con "una necesidad de hierro". Seducido por los éxitos de la "ciencia inglesa", Marx permanece sin embargo bajo el encanto de las sirenas de la "ciencia alemana", donde se mezclan las voces de Leibniz, Goethe, Hegel. En equilibrio precario sobre la punta acerada de la crítica, su pensamiento tiende a una especie de mecánica orgánica, a esta "ciencia de los bordes y de los rellenos" que mucho más tarde reivindicará Husserl.

La "ciencia" de Marx es desconcertante. En una lógica dialéctica, en que el orden del concepto se incorpora al orden carnal del combate, y en un juego muy pascaliano de doble inclusión, no deja de comprender el sujeto en el objeto, de pensar la objetividad de las relaciones interindividuales, de articular la universalidad estructural de las singularidades históricas. En ocasiones, el estilo literario del *Capital* ha suscitado sarcasmos: ¡demasiado texto para ser riguroso! Pero Marx reivindicaba explícitamente esta estética de la teoría como dimensión necesaria para el conocimiento[13]. Su creatividad metafórica expresaba la preocupación por un conocimiento nuevo, a la vez analítico y sintético, científico y crítico, teórico y práctico.

No se trata sin embargo de oponer al Marx cientifista, imaginado por sus apresurados detractores, un Marx precursor de las revoluciones científicas del siglo XX, de la mecánica cuántica a las teorías del caos. Él piensa bajo la presión de un objeto específico, vivo, hechizado −el capital, cuya lógica inmanente reclama otra idea de la causalidad que la simple causalidad mecánica, otras leyes que las de la física clásica, otra temporalidad que la de un tiempo mecánico, homogéneo y vacío. En resumen, otra manera de hacer ciencia. El recurso a la "ciencia alemana" señala a la vez la necesidad y la carencia.

¿Qué es una necesidad histórica? Una "libre necesidad", habría dicho Spinoza. Una "necesidad inclinante", habría respondido Leibniz. Una "ley tendencial", contrariada sin cesar por sus "contradicciones internas", dijo Marx. Esta necesidad singular tiene la contingencia clavada al cuerpo[14].

Marx, evidentemente, no podía anticipar los cambios científicos del pasado siglo. Pero al contrario de lo que dijo Foucault, su combate despiadado contra las "argucias teológicas" de la mercancía le llevó mucho más allá del horizonte epistemológico de su siglo[15]. Ante la prueba de las grandes controversias contemporáneas, su pensamiento aparece como uno de los menos caducos y menos envejecidos. Su correspondencia abre la pista a un tipo de ciencia inédita, a la que aspiraba: "La economía como ciencia, *en el sentido alemán del término*, está por hacer". Prosigue así la idea hegeliana de una filosofía de la naturaleza y de un conocimiento de la vida, que se opondría a la cohabitación indiferente de los saberes. Frente al desmembramiento disciplinario del saber científico, no renuncia al movimiento de totalización con el pretexto de dilucidar uno a uno los dispersos ámbitos del saber. Para Hegel, las ciencias positivas se enorgullecen de un conocimiento defectuoso, tanto por la pobreza de su objetivo como por la defectuosidad de su materia. Así como la esencia es para él la verdad del ser, el valor es para Marx la verdad del capital, su "pasado intemporal", siempre presente más allá de sus metamorfosis formales. Al igual que la esencia hegeliana se fenomenaliza en la existencia, el valor se fenomenaliza en el capital. Este aparecer no es un travestismo o un traje de desfile, sino el aparecer de su ser.

"Ciencia del tercer tipo", diría Spinoza. "Ciencia de lo contingente", diría Leibniz. "Ciencia especulativa", diría Hegel. Marx persigue a través de la "ciencia alemana" la búsqueda de esta otra cientificidad. Este sueño de una ciencia filosófica, que no rinda las armas ante la consagración de las ciencias positivas, resuena en el trueno todavía inaudible de la lógica hegeliana, prolongado por el rugido del *Capital*, igual de inaudible para sus contemporáneos. ¿Cómo permanecer sordo hoy día a este "otro pensamiento del saber", que "transforma y desborda la idea?".

Maurice Blanchot lo comprendió mejor que la mayor parte de los exégetas de Marx: ni la ciencia ni el pensamiento salen intactas de esta obra. La "tercera palabra de Marx", su verbo científico, se distingue sin separarse de su segunda palabra, su verbo político, breve y directo, que reivindica "la revolución en permanencia" como "exigencia siempre presente" [16].

Cuando las líneas estratégicas se emborronan o se difuminan, hay que volver a lo esencial: lo que hace inaceptable al mundo tal como es e impide resignarse a la fuerza ciega de las cosas. Esta mezcla explosiva de racionalidad parcial y de creciente irracionalidad global. La desmedida y el desarreglo de un mundo trastornado. Por ello hay que cambiar el mundo, más profundamente aún y con más urgencia de lo que imaginábamos hace una cuarentena de años. La duda está en la posibilidad de conseguirlo, no en la necesidad de intentarlo.

¿Cambiarlo? Después de haber admitido la urgencia, el diseñador Pierre Wiaz me preguntó si "lo" deseaba de verdad. "Lo": ¿qué? Ciertamente, no el mejor de los mundos, ni la ciudad feliz, vendida en planos como un pabellón de Leroy-Merlin. ¡Ni modelos, ni palacios utópicos! Al menos hemos aprendido a desconfiar de los *jockers* históricos de la abundancia y de la transparencia absoluta. Habrá que vivir todavía durante mucho tiempo con umbrales y con límites. Habrá que vivir todavía con la economía de recursos y con la opacidad relativa de las relaciones sociales. Esta no es una razón para renunciar al movimiento de lo negativo que mina los fundamentos de un (des)orden tiránico. Ni para renunciar al derecho de las generaciones futuras a inventar su futuro. Quienes derriban el viejo mundo y quienes construyen el nuevo nunca son, después de todo, los mismos. Si Moisés no llegó nunca a Canaan no se debió a que su vida fuera breve, sino a que era una vida humana.

¿Cambiar el mundo? Muchos querrían dejarse convencer. ¿Pero cómo? Emplazados bajo el doble imperativo categórico de resistir y de continuar, en los años ochenta ya no había los medios para plantearse el problema. Lo importante era no plegarse, no ceder, no someterse a la proclamada fatalidad del orden mercantil. Fue el grito de la revuelta zapatista del 1 de enero de 1994, resonando como un llamamiento a recobrarse, a volverse a levantar, a hacer frente: "¡*Ya basta*!"

¡Ahora, ya basta!

Cambiar el mundo es más difícil, sin duda, de lo que Marx y nosotros mismos habíamos creído. Pero no es menos necesario que ayer. E**tre** manifestaciones internacionales y forums sociales, la necesidad impaciente de otra cosa se está moviendo de nuevo. Un

estremecimiento, frágil y tímido todavía, como una incierta convalecencia, insuficiente para invertir la espiral regresiva de los retrocesos y de las derrotas. Pero proclamar que otro mundo resulta necesario, es ya sacudir el yugo del hecho consumado. Quien puede lo más, puede lo menos. Para que este otro mundo sea posible,se necesita otra izquierda. No una izquierda renegada, ni una izquierda vergonzante, ni una izquierda *light* o deshidratada, sino una izquierda de combate, a la altura de los desafíos de la época.

NOTAS CAPITULO 21

1. Hasta la edición parcial, en 1976, de *La Genèse du 'Capital' chez Karl Marx*, de Roman Rosdolsky, apenas se prestó atención en Francia a la arquitectura del *Capital*. Investigaciones posteriores, como las de Enrique Dussel sobre los sucesivos borradores, han enriquecido este conocimiento.

2. La señora de Verdurin, prototipo de mujer burguesa, finalmente casada con el principe de Guermantes, es un personaje de *En busca del tiempo perdido*, de M. Proust (N de T)

3. Carta de Marx a Engels, 31 de julio de 1865.

4. Ver Henryk Grossmann, *Marx, l`économie classique et le problème de la dynamique*, París, Champ Libre, 1975; y Stavros Tombazos, *Les Temps du Capital, op.cit*.

5. Karl Marx, *Manuscrits de 1857-1858*, tomo I, París, Éditions sociales, 1980, p. 209.

6. Ver Bernard Guibert, *La violence capitalisée, op.cit*.

7. Ver Daniel Bensaïd, *Un monde à changer*, París, Textuel, 2003.

8. Según la hermosa formulación de Michel Vadée.

9. Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, París, Éditions sociales, 1969, p. 12.

10. Maurice Merleau-Ponty, *Les Aventures de la dialectique*, París, Gallimard, 1955; Arthur Koetsler, *Le Zéro et l'Infini*, París, Le Livre de Poche, nueva ed., 1972.

11. Ver Auguste Blanqui, *L'Éternité par les astres*, París, La Tête de feuille, 1972.

12. Es el caso de Joseph Schumpeter, de Raymond Aron o de Ralf Dahrendorf.

13. "La ventaja de mis textos es que constituyen un todo artístico, y sólo puedo llegar a este resultado con mi manía de no hacerlos nunca imprimir hasta que los he tenido enteros delante de mí" (Karl Marx, carta a Engels, 31 de julio de 1865).

14. La tendencia, insiste Ernst Bloch, no es una "ley impedida", sino "el modo por el que el contenido de un objetivo que todavía no es, se hace valer" (*Experimentum Mundi*, Lausanne, Payot, 1981, p. 138). Gramsci comprendió muy bien la importancia de esta noción de la ley tendencial: "¿El descubrimiento del principio de lógica formal de la ley de tendencia no implica una nueva inmanencia?", se preguntaba (*Cahiers du prison*, 10, p. 53). Con la noción de ley tendencial, "la contradicción económica se vuelve política y se resuelve políticamente por una inversión de la praxis" (*ibid*, p.112). Todos los que han pretendido deducir de esta ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia una predicción mecánica y una teoría del hundimiento fatal del capitalismo han despreciado gravemente lo que significa esta tendencia.

15. Fue más bien Foucault quien, en sus circunstancias, habría pecado de determinismo encerrando a Marx en el horizonte de su siglo y subestimando los efectos del contratiempo.

16. Maurice Blanchot, "Les trois paroles de Marx", en *L'Amitié, op.cit.*

22

Fin y continuación

“Sentir

Que es un soplo la vida

Que veinte años es nada…”

Carlos Gardel

Los años ochenta fueron sórdidos. Los noventa iniciaron la renovación. Como si después de haber tocado el fondo sólo se podía remontar hacia la superficie. Aunque nunca se puede estar seguro de que lo peor haya quedado atrás. Pierre Frank decía que en 1939 acogió la guerra casi con alivio: después de los terribles años treinta, las cosas parecían no poder empeorar más. Ya se conoce la continuación.

En el umbral de los años noventa, adivinos imprudentes creyeron poder proclamar el fin de la historia, hacer del capitalismo liberal el horizonte insuperable de todos los tiempos y celebrar el advenimiento de la eternidad mercantil.

La historia no tardó en rebelarse.

Y la tierra volvió a temblar. El grito zapatista del 1 de enero de 1994, las huelgas del invierno de 1995 en Francia, la manifestación de Seattle en 1999, son el signo de una inflexión, si no de un vuelco. Como un convaleciente que da sus primeros pasos titubeando, el espíritu de la época recupera el color.

La eternidad y el infinito son conceptos reaccionarios. Más vale abandonar la primera a Dios (si existe), y el segundo a las matemáticas.

Porque nada debe pasar por inmutable[1].

Estos años de renacimiento fueron para mí los de la “prueba capital de la enfermedad”, este “ensayo de la muerte” [2]. A diferencia de Péguy, tocado por la gracia durante una mala gripe, no intenté reconfortarme con ninguna transcendencia. Estuve al tanto de las luchas sociales del invierno de 1995, la mayor parte del tiempo por la radio o la televisión, tiritando de fiebres frías en el fondo de mi lecho, escuchando una y otra vez los conciertos de Francesco Geminiani y releyendo a los estoicos. Me arrastré a algunas manifas sobre unas flaqueantes piernas. Al año siguiente, tuteé directamente a la muerte.

Para el veinte aniversario de *Rouge quotidien*, Denis Pingaud y Bertrand Audusse tuvieron la idea de reunir, a finales de junio de 1996, a nuestra antigua cantina del callejón Guéménée, aquellos y aquellas −periodistas, maquetistas, teclistas, rotativistas, fotograbadores− que habían participado en la aventura. La operación, bautizada “Rouges Baisers” [Besos Rojos], no estaba muy clara. En veinte años había corrido mucha agua bajo los puentes. Existía el riesgo de una velada nostálgica, con sopa de gestos torcidos como entrante y relatos de amargura de postre. Pero, con algunas pocas defecciones, la comida fue calurosa. A pesar de las divergentes trayectorias ideológicas y profesionales, los convidados estaban felices de volverse a encontrar. Aquella noche yo toqué fondo, agotado, macilento, demacrado, como aquel pobre Heine, reducido a “un esqueleto espiritualista en lucha contra su delicuescencia absoluta” [3]. Más que un reencuentro, tenía la impresión de asistir como espectador ya ausente a una ceremonia de los adioses o al último baile en casa de los Guermantes.

Al día siguiente, Sophie y yo partimos para Uzès, donde Denis Pingaud nos había ofrecido hospitalidad. Picoteando delante de las retransmisiones de la Eurocopa de *football*, y gracias a los prodigios de la medicina, recuperé algunos gramos y algunas fuerzas. En setiembre,

después de una estancia en el Clos de la Reina Claude, la cocina hipercalórica con grasa de oca de Lucienne me había engordado lo suficiente para que pudiera acompañar la agonía de mi madre sin desesperar sus últimos instantes con una imagen demasiado espantosa.

Saberse mortal −lo sabemos todos, más o menos− es una cosa. Otra distinta es hacer la experiencia y creérselo en serio. Las proporciones y las perspectivas temporales se modifican. Las especulaciones sobre lo lejano se vuelven fútiles. El presente reviste en cambio nuevos relieves. Se alcanza una especie de plenitud. Se quiere vivir cada instante, según la inspiración y las ganas.

De la muerte misma, por lo demás, no hay gran cosa que decir, excepto que con ella nunca se reconciliará. Su lugar está en el batiburrillo metafísico, al lado del infinito y de la eternidad.

A fuerza de frecuentar espectros y aparecidos, la prueba de la enfermedad me hizo pasar a su lado. Sin poder actuar ni viajar a mi modo, escribir se convirtió en la expresión privilegiada de esta condición espectral. Me retiré de las responsabilidades políticas cotidianas, nacionales e internacionales, aseguradas sin interrupción desde 1966. Reservé mis energías a campañas puntuales: el "no de izquierda" a Maastricht en 1992 (en compañía de Max Gallo, que todavía no había sido tocado por la gracia); las elecciones legislativas de 1995; las peticiones de solidaridad con el movimiento social de 1995; la movilización contra la Ley Debré y por los sin-papeles, en febrero de 1997 (en complicidad con Léon Schwartzenberg, con quien iniciamos un llamamiento de "nombres impronunciables"); el ciento cincuenta aniversario del *Manifiesto del partido comunista* en 1998; el llamamiento "*Como judíos*" (lanzado junto a Marcel-Francis Kahn, Rony Bauman, Stanislas Tomkiewicz), al comienzo de la segunda Intifada[4].

En 1992, en el fondo del fondo de la ola, habíamos creado una "sociedad discreta", la *Societé pour la résistence à l'air du Temps* [Sociedad para Resistir al Espíritu de la Época], Sprat[5]. Su objetivo, muy modesto, era debatir, sin preocupaciones de visibilidad ni de publicación, sobre las cuestiones de actualidad: la construcción europea, el retorno de las religiones, la cuestión laica, las figuras de la ciudadanía, las guerras del Golfo y de los Balcanes, la situación en Oriente Próximo, la cuestión de la vivienda, etc. Las reuniones mensuales, juntando a una cincuentena de afiliados, se mantuvieron durante una decena de años. Cesaron cuando pareció agotada la función amigable de la sociedad. Habían surgido otros lugares de encuentro y de debates, más directamente comprometidos con una práctica militante, como la fundación Copérnico o el consejo científico de Attac. Había que saber terminar una conspiración amistosa.

La enfermedad libera de las vanidades cotidianas, de las preocupaciones ridículas y de los cálculos interesados. Agudiza, en cambio, la sensibilidad hacia los placeres efímeros y presta atención a los nuevos encuentros, a las amistades, que se hacen y se deshacen. Aunque la política ya no me tienta como antes, tampoco me ha abandonado. Después de que el desamor hubiese extinguido su pasión posesiva por Odette de Crécy, Swann constata con asombro decepcionado: "Pensar que he malgastado años de mi vida, que he querido morir, que he tenido mi mayor amor por una mujer que no me gustaba, que no era mi tipo". No tengo la sensación de haber malgastado años de mi vida. No he querido morir por la política. En cuanto a mi "mayor amor", la amo como los primeros días. Me pregunto, en cambio, si la política era verdaderamente mi tipo, y si no me he equivocado de vocación.

Tengo pasión por la acción y por las cuestiones sociales, gusto por la polémica y el debate de ideas. A diferencia de Alain Krivine o de François Sabado, tengo pocas aptitudes para el cálculo de fuerzas, las negociaciones pacientes, el necesario trabajo de alianzas. Y no tengo el menor apetito de poder. Dirigir me inspira una santa repulsión: prefiero hacer que hacer hacer. Esto podría parecer una virtud igualitaria. Podría ser también el signo de una incapacidad desorganizadora para delegar y dar confianza. Fue en todo caso, y durante mucho tiempo, el defecto más compartido por los dirigentes de la Liga. Formados en el combate contra el estalinismo y la burocracia, adquirimos una cultura igualitaria y una desconfianza tenaz hacia los efectos de jerarquía y de mando.

Este curioso leninismo libertario[6] ha tenido relación con la falta de proselitismo, señalada con humor por André Fichaut en sus recuerdos. Tal vez sea la consecuencia de una existencia política demasiado tiempo minoritaria, que fuerza a sugerir, a inspirar, a actuar por delegación,

a susurrar a la oreja de los poderosos, a jugar a ser los consejeros del príncipe. Hemos estado más veces en “minoría absoluta” que en mayoría relativa. Se acaba cogiendo el gusto. Hasta el punto de hacer de la necesidad virtud: “Me opondré por instinto al voto unánime de cualquier asamblea que no se proponga a sí misma oponerse al voto de una asamblea más numerosa pero, por ese mismo instinto, daré mi voto a quienes surjan con cualquier programa nuevo que tienda a una mayor emancipación del hombre y que no hayan sufrido todavía la prueba de los hechos… Considerando el proceso histórico en que la verdad, nunca atrapada, sólo se muestra para reirse a hurtadillas, me pronuncio al menos por esta minoría siempre renovada” [7].

Este desafío tiene su parte de nobleza. Como cualquier nobleza, corre el riesgo de caer en el elitismo, y de ceder a una estética aristocrática de la disidencia y del fracaso. Se expone a desarrollar patologías minoritarias, la más extendida de las cuales es el sectarismo. Algunos han creído ver en esta tenaz ausencia de proselitismo, que nos ha distinguido de la mayor parte de las organizaciones de la izquierda radical, un diferido efecto perverso del mito de la elección: se es elegido o no se es. También se puede interpretar, con más seriedad, como una forma de pudor y de respeto hacia la libre elección de los otros, porque cada cual es lo bastante mayor para decidir lo que tiene que hacer, sin que se le lleve de la mano. Pero este tacto ambiguo puede muy bien convertirse en condescendencia, haciendo creer a los otros que no se les necesita. Ahora bien, la persuasión también es una forma de respeto. Presupone que el interlocutor es capaz de comprender lo que uno mismo cree haber comprendido, e implica una relación de reciprocidad: intentar convencer es aceptar el riesgo de dejarse convencer.

La sospecha respecto de las lógicas de poder es saludable, sin duda. ¿Pero es posible imaginar, hasta nueva orden, una política sin autoridad, sin poderes, sin organizaciones, sin partidos? Sería una especie de política sin política. Los discursos de moda sobre la crisis de la “forma partido” son sobre todo una manera de esquivar la cuestión de los contenidos y de los proyectos. Tal vez la construcción de una organización revolucionaria sea tan necesaria como imposible, como el amor absoluto para Marguerite Duras.

Lo cual no ha impedido a nadie caer enamorado.

La política, arte de la decisión, implica la puesta en pie de un poder. Haciendo valer la excepción como norma, resuelve una situación crítica. Porque un derecho nuevo nunca es deducible genealógicamente, sin rupturas ni discontinuidades, de un derecho antiguo. Llega por medio de la fuerza[8].

¿Cómo hacer para que esta fuerza no se reduzca a una brutalidad arbitraria? Entre dos derechos que se oponen, hay que resolver. “Escoger campo”, sigue siendo decidir. Y decidir es pasar la complejidad por el filo de la espada, sacrificar buen número de posibles, algo así como si se amputase una parte virtual de uno mismo. Lo real, después de todo, lo que se llama “realmente existente”, es un gran cementerio de posibles.

Política melancólica, melancolía de lo político: a falta de orden divino o de juicio final, confrontada a la incertidumbre de su propio resultado, la decisión reviste inevitablemente la forma de una apuesta. Cuando lo necesario y lo posible divergen, esta apuesta se vuelve melancólica. Pero la decisión no es un capricho. Nada es fatal, pero no todo es siempre posible. El cálculo estratégico de las posibilidades señala la diferencia entre la voluntad legítima y el voluntarismo arbitrario, entre la apuesta razonada, que es la condición política del hombre sin dios, y el acto de fé[9].

No hay certidumbre última sobre la que basar el juicio.

Estamos embarcados, decía el sutil Pascal. No se puede escapar al duro deber de decidir.

Hay que apostar por tanto.

Max Weber definía la política como la vocación de aquel que, cuando el mundo le parece lo bastante estúpido o lo bastante mezquino para poder esperar todavía cambiarlo, no se viene abajo y sigue siendo capaz de decir “aún cuando”, “a pesar de todo”.

¿En qué política, exactamente, nos embarcamos hace una cuarentena de años? Desafiando con desprecio a nuestros aplicados condiscípulos, proclamábamos que “todo es política”. “Todo” era decir mucho. Era demasiado. ¿Todo? En cierta medida, y hasta cierto punto. Si se quiere evitar que la política, devorando al resto, se vuelva despótica y totalitaria, esta exacta medida y este justo punto son decisivos. Otro registro, otro régimen temporal: no se legisla sobre el complejo de Edipo, o sobre las orientaciones sexuales, como se hace con el servicio público o la Seguridad social.

Herida de impotencia y amenazada de desaparición, la política está en crisis, se dice. Ya Hannah Arendt estaba preocupada de que llegase a desaparecer por completo del mundo. La estatización de lo social, la confusión entre el derecho y la fuerza, son una forma de esta amenaza. Otra es la trituración del espacio público, entre la muela de la coacción económica y la de un moralismo culpabilizante: el peligro de un totalitarismo *soft* [blando] de mercado. Con la privatización general del mundo, la política pierde su espacio de pluralidad, su sustancia y sus retos. La crisis de la política aparece entonces como crisis de la diversidad sin diferencia y crisis de la legitimidad de un sistema incapaz de conjugar hegemonía y coerción.

Para salvarla de las desapariciones que la amenazan, hay que repensar la política, como lugar de deliberación y de decisión, donde se combinan diferentes espacios y diferentes ritmos. Los de la economía, la información, la ecología, el derecho, ya no se armonizan. Hay que renunciar por tanto a la ilusión de un espacio y de un tiempo políticos homogéneos, para aprender a concebir los lugares y los momentos de la política futura. Se articulación determina la capacidad para abrir perspectivas espaciales (territoriales o locales) y temporales (de memoria y de espera), sin las cuales la política despolitizada degenera en gestión de un presente encogido, sin pasado ni futuro.

Su anemia se manifiesta en la denigración del proyecto. Con el pretexto de que programas impuestos desde arriba han podido mutilar lo real y desfigurar la historia, una sabia prudencia recomendaría quedarse en adelante en la prosaica administración del instante inmediato, y dejar el futuro en barbecho.

Originalmente, la crisis era a la vez lucha incierta y juicio decisivo. Espantoso deber, que impone la terrible facultad de juzgar. En materia de historia o de política, ¿quién es el juez? ¿y en nombre de qué? ¿En nombre de una versátil providencia divina, de un dudoso sentido de la Historia, de una relativa verdad científica? ¿En nombre del pueblo francés o del proletariado mundial?

Hacer de juez es siempre, de alguna manera, hacer de dios. ¿Cómo juzgar sin dudar del juicio? Péguy decía tener tal horror al juicio que prefería condenar que juzgar. ¿Condena sin juicio? Invocar las grandes palabras de Historia o de Humanidad con mayúsculas es arrodillarse ante modernos fetiches. La historia minúscula, que se hace cotidianamente, en la contingencia de la lucha, no es la Historia ventrílocua, y la humanidad minúscula, que se forma en el tumulto de los conflictos, no es la Humanidad majestuosa y soberana.

La política profana trabaja para lo incierto. Opone el hecho por realizar a la fatalidad del hecho consumado. Se mantiene en la incertidumbre de la acción que se inventa, sin la seguridad de un origen o de un fin. No cede ante la fragilidad de un juicio condenado a producir de forma permanente sus propios criterios.

Si todo se engendra por la necesidad y por la lucha, el desenlace de las batallas “se mezcla habitualmente con nuestra apreciación de los fundamentos del derecho” [10]. Con esta finalidad sin fin y esta legalidad sin ley, con los fallos y las injusticias de lo humano, hay que hacer facultad de juzgar. El saber histórico −por desgracia o por suerte − nunca es categórico.

Por eso, y al margen de los rituales con que se adornen, los grandes procesos de herejía, teológica o histórica, siguen siendo “actos políticos”. Su instrucción no tiene fin, no más que la historia. El asunto nunca está archivado. La apelación sigue estando siempre abierta, decía Blanqui, asolado por el vértigo del eterno recomenzar de las derrotas.

Aunque la divisoria entre lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto, suele ser la mayor parte de las veces indecisa, poco segura, sin embargo nunca es nula. Reducida a veces a casi nada, ese casi no es lo mismo que nada. Es la diferencia que permite conjurar el cinismo moderno, para el que todo vale. Por movediza y tenue que sea, esta divisoria de aguas basta para que haya, si no una justicia absoluta, por lo menos momentos y actos de justicia,

para establecer una “demarcación bastante precisa e imborrable”, respecto a la indiferencia escéptica que es el revés de la certidumbre dogmática.

Siempre ha habido Justos, que no pretendían hacer ni de dios ni de juez, para marcar el rumbo y para llamar al orden, no de una verdad tiránica, sino de la justeza, que es una justicia ajustada. En política como en historia, no es fácil seguir esta estrecha línea de crestas. Es incluso tan difícil que ninguna forma de juicio resulta suficiente: ni el juicio histórico, el más rico pero el más dudoso; ni el juicio político, el más honesto pero también el más inquietante. Porque el que juzga, en política, no puede ignorar la reciprocidad del juicio. Será juzgado a su vez. Es necesario por tanto que se pongan todos los medios de juicio, con riesgo de contradecirse. Las controversias entre lo jurídico, lo histórico y lo político son la única salvaguarda concebible contra sus respectivos errores judiciales.

La facultad de juzgar no es por tanto ni fríamente judicial, ni orgullosamente histórica, ni apasionadamente política. Opera en los intervalos y los intersticios, en el movimiento tumultuoso de lo que antaño se denominaban las costumbres. El juicio pierde entonces su aureola sagrada. Se vuelve un arte profano, “un proceso sin sujeto ni fin”, sin tribunal supremo ni Juicio final.

¿Quién es el juez?

¿Quién es culpable?

Y sobre todo, ¿quién es inocente?

Responder a estas cuestiones es una pesada carga. Ni el procurador, ni el historiador, ni el ciudadano podrían llevarla ellos solos sin ceder bajo su peso.

NOTAS CAPITULO 22

1. “Que a nada se le llame natural, para que nada pueda parecer inmutable” (Bertold Brecht)

2. André Suarès, “Puissance de Pascal”, en *Valeurs*, op.cit., p. 15.

3. Heinrich Heine, postfacio a *Romancero*, París, Cerf, 1997, p. 199.

4. Y también, la actividad editorial de la colección “La Discorde”, en Textuel, y a partir de 2000, de la revista *ContreTemps*.

5. El llamamiento inicial estaba firmado por Gilles Perrault, François Maspero, Thierry Jonquet, Jean-François Vilar, Didier Daeninckx, Georges Labica, Philippe Pignarre, Edwy Plenel, Alexis Violet, Hervé Delouche, Vincent Jullien, Michel Löwy, Enzo Traverso, Michel Lequenne.

6. La expresión no es tan rara como lo parece: *El Estado y la Revolución* de Lenin es un escrito de inspiración claramente libertaria, confirmada por su comportamiento en vísperas de la insurrección de Octubre.

7. André Breton, *Prolégomènes à un troisième manifeste surréaliste* [1953], París, Jean-Jacques Pauvert, 1962.

8. Ver Gopal Balakrishnan, *The Enemy: am Intellectual Portrait of Carl Schmitt*, Londres, Verso, 2000.

9. Sobre el tema de la apuesta, ver Lucien Goldmann, “¿Le pari est-il écrit pour le libertin?”, en *Recherches dialectiques*, París, Gallimard, 1967.

10. Emmanuel Kant, *Théorie et Pratique*, París, Garnier-Flammarion, 1997.

23

Y sin embargo

“Están por llegar equilibristas de mallas guarnecidas con lentejuelas de un color desconocido, el único que hasta hoy absorbe a la vez los rayos del sol y de la luna, Este color se llamará libertad, y el cielo hará ondear todas sus oriflamas azules y negras, porque se levantará un viento por primera vez totalmente favorable, y quienes estén ahí comprenderan que acaban de hacerse a la vela y que todos los pretendidos viajes anteriores eran tan sólo un engaño”

André Breton

Hemos visto desaparecer sin pesar el siglo de los extremos, con su cortejo de desastres y de catástrofes. Una película de Margarete von Trotta sobre Rosa Luxemburg representaba a los patriarcas barbudos de la socialdemocracia, el 1 de enero de 1900, festejando el nuevo siglo con una fé inquebrantable en el sentido del progreso: este siglo conocería el final de las guerras y de la explotación, la gran fraternización universal. Ya se sabe lo que ocurrió. Tanto que no hemos tenido el ánimo de celebrar el nuevo milenio con la misma confianza. Guerras y cruzadas sin límites, desigualdades abisales, desencadenamiento de fanatismos religiosos y nacionales: el horizonte está muy plomizo.

Se oyen de nuevo voces lúgubres (a veces son las mismas que ayer todavía cantaban las bienaventuranzas del progreso) prometer el final de los tiempos y el castigo de nuestros pecados. Se trata siempre del mismo pensamiento de sentido único, refractario a la contradicción, que se contenta con invertir la flecha. Resulta muy arriesgado sin embargo establecer entre los siglos un *hit-parade* de las barbaries. Es más problemático que saber si, a escala de la historia, Cerdan se habrá impuesto sobre Carlos Monzón o Ray Sugar Leonard, Joe Louis sobre Jack Dempsey o sobre Cassius Clay. ¡Después de todo, no eran tan clementes aquellas épocas de esclavos constructores de pirámides, de grandes hambrunas y grandes pestes, de la gran Inquisición y el comercio de ébano, de masacres coloniales y hogueras, de guerras religiosas de Treinta o Cien años!

Se pueden ver las cosas de otra manera. El terrible siglo de los extremos fue también un siglo de contrastes. Vio la caída de varios imperios coloniales y continentales (el imperio zarista, el imperio otomano, el británico, el francés, el belga, el holandés, el japonés). Proclamó la universalidad de los derechos, reconoció la igualdad de principio de las razas y los sexos, condenó los crímenes contra la humanidad. Esos principios están todavía lejos de la realidad, pero pocos se atreven a recusarlos abiertamente, de manera que constituyen un punto de apoyo contra el estado real de las cosas.

Pero una visión más equilibrada del pasado no nos autoriza a dejarnos adormecer de nuevo por las canciones de cuna del progreso para las que, como en las operetas de la *Belle Époque*, todo debería arreglarse en una apoteosis final de lentejuelas y canciones.

Se suele pretender que hay que vivir con su tiempo. Este tiempo se muere. ¿Habrá que pudrirse y desaparecer con él? Estaría en el orden de las cosas. ¿O sería mejor recomenzar, como aquel puñado de aguafiestas de uniones sagradas, reunidos en Zimmerwald, o como Victor Serge que se negaba a dar la razón a los vencedores cuando sonaba la medianoche en el siglo, o como los zapatistas sin rostro desafiando la fatalidad mercantil?

El inicio de los años noventa fue crepuscular, es cierto. Pero las señales de la renovación aparecieron antes de lo que se imaginaba, dibujando poco a poco la forma fluctuante de un movimiento por llegar, que no tiene nombre. Los hilos de este tapiz se cruzan y se anudan en el telar. El 1 de enero de 1994, los zapatistas lanzaban, desde las montañas de Chiapas, su “llamamiento intergaláctico” a sacudir el yugo de las fatalidades y las resignaciones. Desde el

año siguiente, siguiendo la estela de las huelgas por la defensa del servicio público, todo tipo de “sin” (sin-vivienda, sin-papeles, sin-empleo, sin-tierras) reivindicaban en Francia su derecho a la política. En 1998, el fracaso del Acuerdo Multilateral sobre inversiones demostraria no sólo la posibilidad de luchar, sino también de ganar. En 1999, una coalición multiforme ponía a Seattle en estado de sitio y atropellaba la cumbre de la Organización Mundial del Comercio. En 2001 tenía lugar el primer Fórum social mundial de Porto Alegre.

Es mucho camino recorrido, en menos de ocho años. ¡El hombre es ese “ser lento, que sólo es posible gracias a velocidades fantásticas”[1]! De año en año, el movimiento se amplía y se politiza. Porto Alegre 2001: una convención contra los excesos de la desregularización liberal, por la tasación de los capitales, la abolición de la deuda del tercer mundo y la lucha contra los paraísos fiscales. Porto Alegre 2002: la globalización de las resistencias, con los temas “El mundo no es una mercancía” y “Otro mundo es posible”. Porto Alegre 2003: lanzamiento de una campaña contra la guerra imperial y el nuevo militarismo, preparatoria de la primera gran jornada de manifestaciones planetarias contra la guerra el 15 de febrero. En menos de cuatro años, Porto Alegre ha eclipsado a Davos. Mientras los multitudinarios foros internacionalistas se celebran en la plaza pública y en la calle, las cumbres de los amos del mundo se hacen a puerta cerrada, por invitación y en estado de sitio: ¡gritos y susurros!

Pero no habría que volver a caer en las ilusiones sobre el sentido de la historia y creer que la globalización del capital va a arrastrar de manera automática, mecánica, indefinida, una globalización de las solidaridades. Quienes apuestan unilateralmente por este círculo virtuoso quedarán decepcionados. El movimiento es doble. Por un lado, la globalización mercantil tiende a unificar las resistencias; por otro, organiza la competencia en el mercado de trabajo, divide y opone a los oprimidos entre sí, generaliza la competición del todos contra todos.

¿Quién vencerá? Cuestión de política.

Las revueltas contra la injusticia mundializada se multiplican. Pero la espiral de retrocesos y de derrotas no se ha roto. Sin voluntad y sin conciencia, el número y la masa no bastan. El pueblo argentino ha derrocado tres gobiernos en pocos meses, pero el país sigue bajo la férula del FMI. El Partido de los Trabajadores ha vencido en las elecciones en Brasil, pero el nuevo gobierno se ha sometido inmediatamente a las obligaciones consentidas de los mercados. Se han manifestado millones, por las calles de Roma o de París, contra las privatizaciones y en defensa de las jubilaciones, pero las privatizaciones y la demolición social continúan. Se han manifestado decenas de millones en el mundo contra la guerra y la ocupación de Irak, pero la guerra ha tenido lugar, Irak está ocupado, y los presupuestos militares se disparan.

Una resistencia sin victorias y sin perspectivas de contraataque acaba por desgastarse. No hay victoria sin estrategia. Ni estrategia sin relaciones de fuerza. Ahora bien, el paisaje de lo que fue la izquierda está devastado hasta el punto de que la oposición entre la derecha del centro y la izquierda del centro es indistinguible. El siglo XX comenzó con tres grandes revoluciones: la revolución rusa, la revolución china y la revolución mexicana. Ha acabado con los escombros de las torres de Manhattan, los cascotes de Bagdag, las ruinas de Naplouse o de Jenine.

¿Estrategia, grado cero?

¿O derrota de los estrategas de antaño?

Y sin embargo, la historia vuelve. La lógica de un sistema regido por el interés privado y el cálculo egoísta es incompatible con la proclamada universalidad de los derechos y con el reconocimiento de una igualdad sustancial[2]. Cada contradicción irresuelta agrava la crisis siguiente y aumenta los peligros.

El capital ha pasado el cabo del siglo XX, ¿pero a qué precio? Dos guerras mundiales, genocidios, ecocidios… ¿y después? Hoy huye ante su sombra, en una escalada de violencias. En boca de George Bush, que declara al mundo entero en guerra preventiva permanente e ilimitada, el estado de excepción se convierte en regla. El derecho internacional ha quedado suspendido. Las instituciones de la “gobernanza global”, de la Organización de Naciones Unidas a la Organización Mundial del Comercio, pasando por las cumbres de la Tierra, son impotentes o están paralizadas.

Esta crisis, que se estira y se arrastra, no es una crisis cíclica corriente, de *stop and go*, con sus altos y sus bajos, y con el consuelo de decirse que mañana tendrá que ir a mejor. Por primera vez desde hace más de un siglo, los ciudadanos de este mundo no están convencidos de que sus hijos vivirán mejor de lo que han vivido ellos. Es una crisis de civilización. Un desajuste generalizado de medidas y relaciones, cuyas dos manifestaciones más flagrantes son la crisis social y la crisis ecológica. Están a punto de soñar con privatizar el sol y patentar el alfabeto y las matemáticas.

La crisis de la política forma parte de esta gran crisis. A medida que se daba la expansión capitalista y las luchas por un reparto menos injusto de las riquezas, cuando los economistas hablaban del desempleo como si se tratase de "bolsas residuales de subempleo" y pronosticaban la salida de los países pobres de la dependencia y el subdesarrollo, la participación ciudadana parecía en expansión. El sufragio tendía a hacerse universal. Ahora está en retroceso. La exclusión y la abstención tienden a restablecer un sufragio censitario de hecho, cuando no de derecho. Emancipado de las obligaciones estatales y jurídicas, a pesar de las líricas odas a la democracia, el capital actúa como la primera fuerza extraparlamentaria.

Con el pretexto de extensión generalizada de los derechos del hombre, las inteligencias serviles de Davos y los mercaderes de ilusión mediática pretendían todavía ayer que las dominaciones imperiales se iban a disolver en la homogeneidad mercantil. Y tenemos el mismo desarrollo, siempre tan desigual, siempre tan mal combinado, el mismo sistema jerárquico de fuerza y de mando necesario para disciplinar el comportamiento caótico de los mercados.

La contrarreforma liberal mina metódicamente los pactos estatales y los compromisos sociales de postguerra. Destruye de la misma los movimientos sociales y deslegitima a los interlocutores virtuales del diálogo social que pretende instaurar.

En los veinte últimos años, la socialdemocracia ha colaborado con esta demolición, cuando no la ha iniciado. Ha serrado así la rama sobre la que estaba sentada. Campeona de un reformismo sin reformas, ha abandonado la reforma a la derecha conservadora, permitiéndole presentarse como el partido del movimiento frente al inmovilismo de los corporativismos y de los conservadurismos.

El desastre del 21 de abril de 2002 fue la consecuencia de este abandono. La noche de su victoria electoral de 1 de junio de 1997, los representantes de la nueva mayoría aparecieron en las pequeñas pantallas como muchachos de aspecto contrito, a quienes se acaba de perdonar una gran falta y que se comprometen con la mano en el corazón a no empezar de nuevo: "No tenemos derecho a decepcionar, ya no tenemos derecho al error". ¡Y sin embargo…! Tres años antes, Lionel Jospin en persona habia avisado: "La reforma ha vencido a la revolución, pero los reformistas dan la impresión de no creer en las reformas" [3].

Perdida en mitad del centro, hundida en la alternancia sin alternativa, la izquierda gubernamental ya no sabe quién es, ni a dónde podría ir. En 1990, Laurent Fabius se preguntaba: "El socialismo moderno es desde luego demócrata, ¿pero en qué es socialista? [4] Buena pregunta, y bien por haberla planteado. Pero una pregunta llama a otra: ¿es posible ser verdaderamente demócrata sin ser verdaderamente socialista?

La izquierda social-liberal en la oposición invoca el mito de un nuevo compromiso social para enmascarar su falta de proyecto. Pero el episodio keynesiano aparece en la historia del capitalismo como la excepción, y no como la regla. Lo hicieron posible el gran temor de las clases dominantes y el crecimiento de los Treinta Gloriosos, sostenido a su vez por la reconstrucción de postguerra y la instauración de un orden mundial hegemónico. Pero la secuencia de desaceleración, estancamiento y recesión, iniciada a mediados de los años setenta, dura ya más tiempo que el crecimiento de los Treinta Gloriosos.

Desde los años setenta, se multiplicaban los signos de agotamiento: caída de las dictaduras en Europa occidental, independencia de las colonias portuguesas, fracaso de la intervención norteamericana en Indochina, fracaso de las estrategias de desarrollo en América Latina, crisis revolucionarias en América central, desintegración del régimen del Shah en Iran, agotamiento de la expansión burocrática en la Unión Soviética y en Europa del Este. Desde entonces,

estaban a la orden del día una redistribución de las cartas y un nuevo reparto. Se ponía en marcha la contraofensiva del capital. Crónica de una guerra (imperial y social) anunciada.

No se puede excluir desde luego un nuevo período de expansión, porque no hay situaciones sin salida y la historia no está escrita por adelantado. ¿Sobre las espaldas de quién, a qué precio? Las precedentes salidas de crisis hacen temer que este precio se eleve hasta el punto de comprometer el futuro de la especie que somos.

De muchacho, me apasionaba la lectura de *La Guerra del fuego*[5] , en la colección ilustrada "Rojo y Oro". Con el corazón en un puño, seguía los esfuerzos de Noah y de sus frágiles compañeros para proteger la chispa y conservar la llama. Salvar lo que habría podido perderse, y todavía podría ocurrir, pasar el relevo entre generaciones, ésta es de alguna manera nuestra guerra del fuego[6]. Es uno de los combates más gloriosos y una de las victorias más rotundas. Por escasa y oscura que sea, no será la menor.

El paisaje político está hoy día devastado por las batallas perdidas sin haber llegado a ser peleadas. Las fuerzas necesarias para la reconstrucción existen, y la relación entre el capital y el trabajo sigue siendo asimétrica: el primero nunca podrá prescindir del segundo, mientras que el segundo puede muy bien prescindir del primero. Estos diez últimos años ha salido a la superficie una izquierda social, no todavía una izquierda política a su medida, que permita andar sobre dos piernas.

Para que otro mundo sea efectivamente posible, es necesaria también otra izquierda. No una izquierda *light*, como la mantequilla sin materia grasa, el vino sin alcohol y el café sin cafeína, sino una izquierda de combate, a la medida de una derecha de combate. Ya no se puede contentar con una izquierda resignada a un papel subordinado de oposición de la burguesía republicana o liberal. Habrá que acabar por romper el círculo vicioso de la subordinación.

Será el papel de las nuevas cabezas que apenas afloran. El ojo de la poesía ve a veces más lejos que el de la política. Hace medio siglo, André Breton escrutaba ya su aparición en alguna parte del mundo. Nadie entonces podía decir con certidumbre lo que iban a inventar. Pero no podían dejar de surgir: "En la tormenta actual, frente a la gravedad sin precedentes de la crisis social, religiosa y económica, constituiría un grave error concebirlas como productos de un sistema que conocemos a fondo. No cabe duda de que provienen de algún horizonte conjeturable; con todo, será necesario que hagan suyos diversos programas conexos de reivindicación, que los partidos han considerado inaplicables hasta ahora −o se volverá a caer pronto en la barbarie. Es indispensable que cese no sólo la explotación del hombre por el hombre, sino tambien la explotación del hombre por el pretendido 'Dios', de absurdo e irritante recuerdo. Es indispensable que se revise de arriba abajo, sin rastros de hipocresía y sin las habituales dilaciones, el problema de las relaciones entre el hombre y la mujer. Basta de debilidades, basta de puerilidad, basta de ideas de indignidad, basta de letargos, basta de simpladas, basta de flores en las tumbas, basta de instrucción cívica entre dos clases de gimnasia, basta de tolerancia, basta de culebras" [7].

NOTAS CAPITULO 23

1. Henry Michaux, *Les Grandes Épreuves de l'esprit*, París, Gallimard, 1966.

2. Istvan Meszaros, *The Alternative to Capital Social Order*, New York, Monthly Reviee Press, 2001.

3. Lionel Jospin, *L'Invention du possible*, París, Flammarion, 1994, p. 179. En 1998, Albin Michel me pidió un libro en forma de balance polémico sobre los primeros meses del gobierno Jospin. En él se podía leer: "Después del desastre de los años Mitterrand, un nuevo fracaso en materia de empleo y de paro tendría consecuencias imprevisibles en el paisaje político del país y en el futuro de toda la izquierda" (p.9). En cuanto a la participación del partido comunista en el gobierno: "La perestroika a la francesa puede conducir a una implosión. En este caso, Robert Hue sólo habrá sido un bonsai de Gorbachov" (p. 266). ¡No hacía falta ser adivino! (Daniel Bensaïd, *Lionel qu'as-tu fait de notre victoire?*, París, Albin Michel, 1998).

4. Laurent Fabius, *C'est en allant vers la mer…*, París, Seuil, 1990, p.9. En cuanto a los partidos comunistas, incapaces de arreglar sus cuentas con el pasado y de explicarse sobre el estalinismo, han conocido el declive y la muerte lenta, tragados por el mundo de ayer, invocando una refundación sin fundamentos y una renovación sin novedad.

5. *La Guerre du feu*, novela (y película) de gran éxito en su época, escrita en 1911 por J.H.Rosny (seudónimo de los hermanos Boex), trata del mundo prehistórico. (N de T)

6. También nosotros la heredamos de esos pasadores insumisos, cuya generación se está extinguiendo. En pocos años, las reuniones en el Père-Lachaise o en el cementerio de Montparnasse se han multiplicado, con un último adiós a David Rousset, a Pierre Naville, a Yvan Craipeau, a Marcel Bleibtreu, a Rodolphe Prager, a Daniel Singer, a Stanislas Tomkiewicz. Los últimos mohicanos no son muchos más.

7. André Breton, *Prolégomènes à un troisième manifeste surrealiste, op. cit.*